



**ÁNGEL Ma
DE LERA
LOS QUE
PERDIMOS**

Lectulandia

En *Los que perdimos*, su autor toma a los personajes de *Las últimas banderas* en el momento y lugar mismos donde los dejara, los conduce en las subsiguientes secuencias dramáticas: interrogatorio, juicio y condena, a través de ambientes y circunstancias en que el valor y el miedo, la esperanza y la desesperación, la vida y la muerte, en fin, se enfrentan en un duelo definitivo e inapelable, y los deja otra vez, rumbo a su incierta suerte, cuando estalla la segunda guerra mundial. Una vez más, Ángel María de Lera confirma su clase de gran narrador. Quizá *Los que perdimos* sea su novela más profunda, compleja y difícil, en la que sus dotes de introspección, análisis y síntesis, y su capacidad evocadora, alcanzan las más altas cotas en su carrera de novelista. Con su estilo directo y vigoroso, su realismo poético, su prosa traslúcida y su manera de conjugar los tiempos reales en un pasado-presente unívoco, Lera nos ofrece un cuadro veraz y alucinante de vida, y unos personajes que son, sobre todo, criaturas humanas, contradictorias, duales, en perpetua lucha por realizar su propio destino, aun en las condiciones más hostiles. Personajes los de Lera que se instalan en nuestra intimidad para siempre y que son, por lo tanto, inolvidables. Los siguientes títulos que completarán la tetralogía de Lera sobre el fenómeno de la guerra civil y sus inmediatas consecuencias serán *La noche sin riberas* y *Oscuro amanecer*.

Lectulandia

Ángel M. de Lera

Los que perdimos

Los años de la ira - 2

ePub r1.0

Mangeloso 18.05.14

Título original: *Los que perdimos*
Ángel M. de Lera, 1974
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A mis hermanas
y a todas las mujeres
que consuelan a los presos
en las cárceles del mundo*

La jornada fue muy larga,
¡ay!, muy larga, compañero...

I

... puesto que en un solo día,
mil días se consumieron,

Siguiendo por el oscuro y largo pasillo, Olivares y Molina se encontraron de pronto en un espacioso cuarto de baño, en el que se advertían los estragos de la incuria y del abandono: azulejos desportillados, goteo incesante de los grifos, manchas de óxido en los recipientes, desconchones en las paredes y mugre por todas partes. En contraste con tanta sordidez, por la ventana que daba a un patinillo se vertía un chorro de luz que doraba el aire.

Después de separar a los dos amigos, Valdivia les advirtió:

—No os juntéis ni habléis. Estáis incomunicados hasta nueva orden.

Los prisioneros quedaron inmóviles y callados, a la expectativa. Su guardián, que no cesaba de mirarlos, se recostó contra el marco de la puerta y luego dijo:

—Sentaros donde podáis.

Molina lo hizo sobre la tapa del inodoro y Olivares en el borde de la bañera de porcelana. Siguió un silencio durante el cual Valdivia miraba de cuando en cuando hacia el fondo del pasillo, sin perder de vista por eso a los detenidos. De fuera llegaban, muy debilitados, ruidos de tranvías y automóviles, y, desde el interior, voces ásperas de mando y algún que otro grito de ¡Arriba España!, coreado por otras voces graves y cansadas.

—Podéis fumar si queréis —volvió a decir Valdivia al cabo de un rato.

Entonces, Olivares sacó su cajetilla y lanzó un cigarrillo a su compañero, y ambos se apresuraron a liar y a encender cada uno el suyo. Valdivia hizo lo propio y los tres hombres, situados en triángulo, quedaron pronto ensimismados y ajenos, aparentemente, a las circunstancias que los habían reunido en aquel lugar. Fumaban, callaban y pensaban o recordaban.

El humo de los cigarrillos se desovillaba perezosamente en la dorada transparencia del aire adormilado. Por un agujero de junto a la bañera asomó una cucaracha. El bicho permaneció un instante inmóvil y, luego, abandonando toda cautela, se aventuró a trepar por los baldosines.

Fue otra vez Valdivia quien rompió a hablar:

—¿Habéis estado presos antes de ahora?

Federico Olivares negó con la cabeza. Molina, en cambio, dijo:

—Yo sí; varias veces, ¿y tú?

—Desde el verano pasado hasta que entraron las tropas nacionales, en San Antón. ¡Lo mío!

Entonces, sonriendo levemente, le preguntó Olivares:

—Así, has pasado de preso a guardián, ¿no?

—Sí, cosas de la vida... —y, tras una pausa, agregó—: Todavía me rasco las costras que me hicieron las picaduras de las chinches. ¡Nos comían vivos!

Olivares y Molina no pudieron contener un amago de risa y Valdivia se exasperó.

—Ya se os quitarán las ganas de reír cuando os muerdan por la noche, eso contando con que os den tiempo para que puedan morderos... En ese caso, ya veréis lo que es bueno, ya. Si te rascas, malo, porque te haces llagas; y, si no, es como si te revolcases entre ortigas. De cualquier manera te las hacen pasar canutas.

Molina, serio ya, le preguntó:

—¿Y por qué fuiste a parar a San Antón?

—¿Que por qué? —y Valdivia se enderezó como si aún sintiera en sus espaldas los agujones de las chinches—. ¡Vaya pregunta, hombre! Ni que llegaras ahora de la China... Vamos, que tú no sabías que las prisiones rojas estaban a rebosar de nacionales, ¿eh?

Molina hizo un gesto de asentimiento y dijo suavemente:

—Sabía que había presos políticos, naturalmente. Estábamos en guerra y...

—Pues yo era uno de ellos —le interrumpió su guardián—. Me trincaron en agosto, junto con otros muchos, por pertenecer a la Falange clandestina, lo que vosotros llamabais quinta columna.

—Pero ¿no estabas movilizado? —la pregunta de Molina parecía envuelta en un tono de reconvención.

—Bueno, sí; pero me había enchufado en el CRIM^[1].

—Ya.

Olivares, que había seguido atentamente el diálogo entre su compañero y Valdivia, tomó la palabra:

—¿Ya eras falangista el 18 de julio?

Valdivia le miró fijamente unos segundos, como si dudara en contestar, pero finalmente dijo:

—Sólo de derechas. Hasta que matasteis a un tío mío, que era cura y muy buena persona. Entonces fue cuando me afilié a Falange.

Federico y Molina cruzaron entre sí una mirada urgente. En ambos, las palabras de Valdivia habían levantado la misma sospecha. Y Federico quiso salir de dudas.

—¿Matasteis dices? ¿Es que piensas que nosotros..., vamos, que fuimos nosotros los que mataron a tu tío cura?

Valdivia se recreció. Miró a sus prisioneros, gozando en silencio de su zozobra, y luego dejó caer sus palabras equívocamente acusadoras:

—Alguien lo hizo, digo yo, ¿no?

—Claro, pero no nosotros —se apresuró a replicar Molina.

Valdivia se encogió de hombros.

—Hombre, ahora todo el mundo se lava las manos o se hace el inocente. Pero ahí

están los muertos... Fueron tantos, que tuvieron que ser también muchos los matadores. ¿Y quién me dice a mí que no habéis dado «paseos» vosotros también?

Las palabras de Valdivia irritaron a Olivares, que estalló:

—Oye, tú, que muertos y matadores ha habido en las dos zonas. ¿O es que me vas a negar que en la otra zona se hizo una buena limpia de partidarios de la República?

—¿De la República? ¡Valiente mierda de República! —y los ojos de Valdivia relucieron.

—Es igual. No vamos a discutir eso ahora —replicó Olivares, enardecido—. Pero ¿es cierto o no que tanto en un lado como en otro se cometieron barbaridades? ¿Y qué culpa tenemos de ello nosotros... o tú?

—¡No compares! —gritó Valdivia.

—Si no trato de comparar, hombre —agregó irónicamente Olivares—. Sólo pretendo aclarar las cosas.

Valdivia, rojo de ira momentos antes, se calmó de pronto. Volvió a mirar despacio a los detenidos, volvió a rascarse la espalda contra el bastidor de la puerta, sonrió con aire de superioridad y, finalmente, dijo:

—Me parece que se te olvida una cosa, rojillo. Una cosa muy importante, y es que nosotros hemos ganado y vosotros habéis perdido. ¿Te parece poca la diferencia?

Ahora se burlaba, y Federico optó por contenerse y callarse. El cigarrillo se le había apagado y aprovechó la pausa para encenderlo otra vez. Molina, por su parte, intentó suavizar la tensión creada por la disputa.

—Tienes razón, hombre —dijo en tono conciliador a Valdivia—, pero todo eso pasó ya, afortunadamente. Aquello era la guerra y esto es la paz. ¿No es bastante que hayamos perdido?

Federico parecía preocupado únicamente por su cigarrillo. Valdivia, en cambio, tiró al suelo la punta del suyo y, después de pisarla con fuerza, se encaró con Molina, nuevamente excitado:

—Sí, y todos iguales, ¿no? Pues no. Alguien tiene que pagar. Haceros a esa idea.

Molina tragó saliva y, sin dejar de sonreír pálidamente, insistió:

—Pero vosotros mismos habéis dicho que el que no tenga las manos manchadas de sangre o robo no tiene nada que temer. Si es así...

—Y es cierto —le interrumpió vehementemente Valdivia—, y es cierto. Pero ¿quién de vosotros tiene limpias las manos? ¡Ninguno! Unos por matar, otros por mandarlo y otros por consentirlo, resulta que todos estáis pringados.

Molina comprendió entonces que no era posible entenderse con aquel hombre sobre un plano real y objetivo, y calló. Volvieron a oírse los ruidos del exterior y las voces airadas que provenían de otras dependencias del hotelito. La luz era cada vez más opulenta y centelleante. Obligaba a Federico a tener baja la cabeza o a defenderse de ella los ojos con las manos cuando la levantaba. Enfrente de él y de

espaldas a la ventana, Molina se entretenía en oprimir con las rodillas sus manos entrelazadas hasta verlas palidecer, para dejarlas otra vez libres y volver a empezar el juego.

Sólo Valdivia parecía excitado. Miraba frecuentemente al fondo del pasillo y, en los intervalos, espiaba todos los movimientos de sus prisioneros o revisaba su pistola. Para ello, extraía el cargador y luego sacaba las balas de éste. Tras de contar y sopesar los proyectiles, volvía a introducirlas en el cargador. A veces cerraba un ojo y miraba a través del cañón a la luz de la ventana.

Así fueron pasando, lentos y aburridos, los minutos hasta que se percibieron las pisadas de un grupo de personas que se acercaban por el pasillo. Valdivia salió, dejando por primera vez solos a los prisioneros, y éstos, alertados también, se quedaron mirando en aquella dirección. Al cabo de unos segundos de espera, aparecieron en la puerta del cuarto de baño dos jóvenes a quienes escoltaba otro armado con un fusil, uniformado de azul y tocado con boina roja, seguidos los tres por Valdivia.

Los recién llegados no pudieron ocultar el asombro en sus ojos al encontrarse con los de Olivares y Molina, que los miraban también estupefactos. Pero ninguno de los cuatro prisioneros pronunció una sola palabra y los últimos, de pie en el centro de la estancia, permanecieron inmóviles, dando la sensación de estar muy aturridos, hasta que habló Valdivia:

—Bien, ya podéis sentaros, si queréis, pero separados y sin hablar.

Mientras los aludidos, después de girar rápidamente la mirada alrededor, se situaban uno frente al otro y tomaban asiento en el suelo, Valdivia ordenó en voz alta al muchacho del fusil:

—Tú te quedas ahora de guardia. Están incomunicados y no pueden hablar entre sí. Si lo intentan, no tienes más que dar una voz, y entonces vendremos nosotros y los encerraremos por separado. ¿Estamos? —y tras de recorrer con la mirada los inexpresivos rostros de los presos, desapareció por el pasillo.

El centinela se situó en medio del vano de la puerta, con las piernas separadas, sosteniendo enhiesto entre ellas el fusil que asía con ambas manos por el cañón. Los prisioneros, pasado el desconcierto inicial, empezaron a mirarse y a tratar en vano de comunicarse con los ojos, al principio a hurtadillas y con mucho disimulo, y luego descaradamente.

De los dos nuevos, uno era alto y frágil, de ojos grandes muy negros y de cabellera ondulada. Sus ojos, cuando miraba intensamente, se llenaban de brillos húmedos y el iris cubría casi toda la córnea. Vestía de oscuro y completamente de paisano. Lucía una corbata deshilachada sobre la arrugada pechera de su vieja camisa de incierto color claro. Calzaba zapatos bajos, muy desgastados, pero limpios. Aparte de sus ojos, lo más singular en él eran sus manos, de finos y largos dedos, casi

femeninas, y su aire indolente, casi enfermizo. Al convencerse de que resultaría inútil cualquier intento de comunicarse con los demás, acabó por reclinarsse, lo más cómodamente que le fue posible, contra la pared y cerrar los ojos.

(¿Y qué hago yo aquí? Mejor dicho, ¿a qué has venido tú aquí, José Manuel Garrido y León? ¿Y cómo saberlo, eh, cómo saberlo? Con todos estos líos... Pero aquí tiene que haber una equivocación, porque yo... Tú sabes que ni siquiera soy español, que me trajeron de Cuba, con doce años de edad, cuando mis padres decidieron regresar a España pensando que con los pesos que habían ahorrado allí podrían vivir aquí, invirtiéndolos en un pequeño negocio. Ya, ya. Buenas estaban las cosas en España cuando llegamos nosotros... Agonizaba la Dictadura, y la baja de la peseta fue lo único de que pudo aprovecharse mi padre para sacar alguna ganancia. Luego cayó la Monarquía y vino la República y, con ella, la huida de capitales, el paro... Mi padre, que era republicano, se alegró mucho por el cambio de régimen.

—Ya es hora de que España se sacuda de las espaldas a los que siempre la jinetearon y se ponga a la altura de los tiempos. Puede que nos cueste caro, pero no importa. Merece la pena.

Mi madre, que no era nada políticamente, pero a quien complacían mucho las historias y chismorreos de reyes y princesas, no perdonó nunca a la República que prescindiese de ellos y los desterrase.

—¿Por qué no puede haber una República con reyes y todo eso, Manolo?

—Porque son cosas incompatibles, Griselda.

—Pues es una lástima, Manolo.

¡Qué guapa era mamá! Una verdadera belleza criolla. Lánguida, friolenta, dulce... Tenía, como yo, horror al frío y se pasaba los inviernos pegada al brasero. Y con razón temía tanto al frío. Un año, por Navidad, se la llevó al otro mundo una pulmonía. Tú sabes cuánto lloré al verla morir entre ahogos y estertores. ¡Dios mío, qué horrible fue aquello!

Se marchó cuando todo se ponía mal para nosotros. La tienda de zapatos que había abierto mi padre, resultó ser un pésimo negocio, una ruina, y él envejeció tan rápidamente que, al poco tiempo, se transformó en un anciano.

—No hay un real —decía—. ¿Cómo va a comprar zapatos la gente?

Se quedó con un solo dependiente, pero ni aun a costa de los mayores sacrificios y economías pudo evitar la catástrofe. Era un hombre bueno. Tuvo que emigrar en su mocedad a Cuba, harto de destripar terrones y de vivir sin esperanza. Empezó a trabajar allí por dos pesos de sueldo al mes y mantenido y el derecho a dormir bajo el mostrador de la tienda, sobre los sacos de azúcar.

—Tuve que trabajar duro, hijo mío, y ahorrar. Por eso no pude casarme

antes.

Cuando murió mamá, mi padre tenía cincuenta años y yo quince, pero él aparentaba setenta y, a partir de entonces, enfermó de tristeza. Cuando el primer embargo, se pasó una noche gritando a solas:

—¿Y para esto trabajé tantos años en la Habana como una bestia?

Se diría que esperó a que yo terminase el bachillerato para irse en busca de mamá. Una mañana no despertó. Hasta para morir se fue humilde y callado. Se fue de puntillas. Yo pasé varios días sin darme cuenta de mi nueva desgracia, atontado. Luego empecé a preguntar a las pocas personas que trataban de consolarme:

—¿Por qué, por qué me ha dejado solo?

Entonces apareció don Tomás, un viejo amigo de mi padre.

—Te queda Dios y te quedo yo.

Don Tomás era dueño de una academia de taquigrafía, mecanografía y preparación de oposiciones. Era viudo y vivía en una pensión. Añadió:

—Vendrás a vivir conmigo y darás clases de gramática en mi academia. Luego, Dios dirá.

Fui el profesor más joven de su academia y el huésped predilecto de la dueña de la pensión, doña Josefina, una bondadosa mujer que a cada dos por tres evocaba sus años jóvenes de cupletista famosa y se consolaba diciendo:

—Y menos mal que guardé algunas alhajas, que, si no, me encontraría ahora pidiendo limosna por ahí.

Fue entonces cuando empecé a sentir dentro de mí el escozor de los sentimientos religiosos. Mis padres eran creyentes, pero tibios, de esos que no pisan la iglesia más que en ocasiones solemnes. La tristeza que me rodeaba fue, sin duda, la que me empujó a buscar consuelo y alegría en la religión. Poco a poco fui aficionándome a frecuentar la iglesia, hasta oír misa, comulgar y rezar el rosario diariamente. Y pensé ingresar en un Seminario y si no lo hice fue porque el bueno de don Tomás me contuvo con sus consejos:

—Espera un par de años a ver si sigues pensando lo mismo. No hay que precipitarse, muchacho, no hay que precipitarse... —y me sugirió—: ¿Por qué no entras de momento en la Escuela de Periodistas de El Debate ? Allí podrías formarte una idea clara de muchas cosas, conocerías gente importante... Tal vez esté tu sitio allí y no en un Seminario.

Seguí su consejo y poco después conocí a Enriqueta, que estudiaba mecanografía y taquigrafía en la academia de don Tomás, y desde entonces no volví a pensar más en el Seminario. Enriqueta era un año más joven que yo y la primera muchacha que se cruzaba en mi camino, y quizá porque me encontraba tan solo me enamoré de ella. Esto ocurrió en vísperas de la revolución del 34,

cuando lo de Asturias. El padre de Enriqueta, el señor Simón, trabajaba como linotipista en el diario La Tierra y era asiduo de la Casa del Pueblo, donde alimentaba sus sueños revolucionarios. Ignoro lo que hizo en los turbulentos días de aquel sangriento otoño, pero fue aprehendido y condenado a varios años de cárcel al ser derrotados los obreros. Las consecuencias de todo aquello me impresionaron profundamente. Me abrieron los ojos y los oídos, y pude darme cuenta de que España padecía una enfermedad muy grave.

En El Debate se respiraban aires de triunfo y se alardeaba de satisfacción y seguridad. Todo eran en aquella casa proyectos y esperanzas.

—¡Gil Robles ha decapitado la hidra de la Revolución!

Conocí de vista a Gil Robles, el gran jefe, a Ángel Herrera y a otros personajes, y me hice amigo de un joven algunos años mayor que yo, que ya destacaba por su facilidad de palabra, por su impetuosidad y sus dotes de poeta; Afrodisio Ruidera. A propósito, ¿por dónde estará ahora Afrodisio Ruidera? Se oye mucho su nombre. Debe de ser un jefe importante. Le diré a Enriqueta que lo busque, porque se acordará de mí, claro, y podrá echarme un cable en esta situación en que me encuentro. A no ser que... ¿Y si me pregunta por qué no seguí su mismo camino? ¡Hum! Yo me quedé con éstos. Pero, ¿qué otra cosa podía yo hacer entonces? Sí, en El Debate se comentaban las barbaridades cometidas por los revolucionarios en Asturias, pero en otros sitios, como la casa de Enriqueta y la pensión, se hablaba de las atrocidades de la represión. Don Tomás, que hubiera podido orientarme, se negaba a comentar los acontecimientos y se limitaba a repetir como un estribillo:

—Veremos qué hace ahora Gil Robles, pero ese Lerroux no me gusta, no me gusta nada. Tú, muchacho, eres cubano, ¿no? Pues entonces ¿por qué preocuparte de lo que pase o pueda pasar en este país?

Pero yo no podía desligarme de lo que me rodeaba, y eso lo sabes tú muy bien. El encarcelamiento del padre de Enriqueta dejó a ésta y a su madre completamente desamparadas. Al faltar el único jornal de la casa, la economía familiar se hundió. El Monte de Piedad y las casas de empeño se fueron llevando, día a día, las pocas cosas pignoras que tenían, hasta que no les quedaron más que algunos cacharros de cocina y los colchones y mantas de sus dos camas, a pesar de que la madre trabajaba hasta el límite de sus fuerzas fregando escaleras y lavando ropa ajena. Y un día me dijo Enriqueta, llorando:

—Mañana tendremos que empeñar mi colchón.

No lo consentí. Le hice aceptar el poco dinero que me daba don Tomás para mis gastos pequeños después de pagar la pensión, y aquella misma noche le expuse el problema a mi protector. El bueno de don Tomás me escuchó atentamente y cuando yo me callé, muy turbado, él se puso a hurgar entre los

papeles que cubrían su mesa de trabajo. Fue un inacabable silencio que me hizo tiritar. Al fin, levantó la cabeza y, después de mirarme largamente con sus tristes y cansados ojos, me dijo:

—Está bien. Desde mañana ocuparás la plaza de Inspector de estudios, que desempeñaba Gutiérrez. Mira que le tengo dicho veces: Gutiérrez, no sea usted niño. No se meta en jaleos políticos. No le digo que no piense como quiera, pero sí que haga lo que yo: estarse quietecito. Pero no me hizo caso y ¿qué ha ganado? Pues la cárcel. Dice que es marxista y no tiene la más remota idea de tal cosa. ¿Marxista y va a misa todos los domingos? Que lo hace por no disgustar a su mujer... ¡Bah! Ahí se ve lo infeliz que es el hombre. Puede que lo que le ha pasado le sirva de escarmiento para el futuro... Bueno, pues mientras no lo pongan en libertad tú ocuparás su puesto, lo que quiere decir que ganarás treinta duros más al mes.

De esta manera pude mantener a Enriqueta y a su madre hasta el triunfo de las izquierdas en las elecciones de febrero del año 36. Pero antes ocurrieron otras cosas. Yo entraba en casa de Enriqueta como si fuera de la familia. Su madre me quería y confiaba plenamente en mí, y hasta los vecinos me saludaban siempre con simpatía. Una mañana en que, debido a no sé qué huelga, no abrió la academia, fui a ver a Enriqueta con la turbadora esperanza de encontrarla sola. Y acerté. Como nos queríamos y nos necesitábamos... Yo perdí el tino en seguida y ella, que había cambiado de color al encontrarse conmigo en la puerta, actuó después como si hubiera pensado antes en esa eventualidad inevitable, mansamente, con complacida y silenciosa complicidad. Un beso, muchos besos y luego el instinto nos guió sin necesidad de que ninguno de los dos pronunciase una sola palabra. Lo que sí me asombró es que Enriqueta se mostrase tan tranquila cuando volvió su madre, en tanto que yo no sabía dónde mirar por temor a que descubriera la culpa en mis ojos. Pero la buena mujer ni lo sospechó siquiera o, al menos, eso aparentó. El descubrimiento del placer nos enloqueció a Enriqueta y a mí, y desde aquel día no pensábamos ya en otra cosa que en buscar y aprovechar cualquier ocasión para repetirlo. Comenzaba el verano del 35, un verano sofocante que nos echaba por las noches a la calle en busca de algún frescor. Cuando devolvía a Enriqueta, su madre dormía ya como una piedra, extenuada por tantas horas de rudo trabajo. Entonces, nosotros, que volvíamos sin hablar, como sonámbulos, nos entrelazábamos sobre el suelo del pasillo, a oscuras, hasta descargar nuestra tormenta interior. A veces, nos interrumpía la voz soñolienta de su madre:

—¿Estás ya ahí?

Enriqueta reaccionaba instantáneamente y contestaba, sin un temblor en la voz:

—Sí, mamá, y ahora mismo me acuesto.

Fue para nosotros aquel verano como una larga fiebre que nos enajenaba por completo. Ni los primeros síntomas del embarazo de Enriqueta nos detuvieron. Pero su madre los descubrió e intervino resueltamente. Aquel día me estaban esperando madre e hija cuando yo llegué. Al ver cómo me miraban, me eché a temblar. Tenían los ojos llorosos y el gesto dolorido. Quise entonces decir algo, pero no pude. Las dos parecían acusarme de algo terrible y presentí una dramática escena de lágrimas y lamentos. Pero no fue así. Después de besar a Enriqueta y de secarle las lágrimas con un pañuelo, su madre dijo, con voz ronca:

—La cosa ya no tiene remedio. Lo único que me preocupa ahora es el disgusto que se va a llevar Simón. En estas cosas es un hombre montado a la antigua. Por eso no le diré nada hasta que estén listos los papeles para casaros. Porque hay que casarse a escape, ¿estamos?

Yo tartamudeé:

—Cuanto antes, mejor.

Enriqueta, inmóvil hasta entonces, abrazó a su madre y la cubrió de besos.

Pero, de ahora en adelante, nada de andar por ahí haciéndolo a escondidas y de mala manera. Quiere decirse que es mejor que lo hagáis en casa. De todos modos os tendréis que quedar a vivir conmigo...

Así cerró el caso la madre de Enriqueta. Don Tomás fue menos explícito:

—Eres tan loco como Gutiérrez, pero de otra manera.

A partir de aquel día, todo fue rápido, y una mañana nos casamos, apadrinados por don Tomás y por doña Josefina, y yo me fui a vivir a casa de Enriqueta. Su madre nunca dijo cuál había sido el comentario de Simón al enterarse de lo sucedido. Cuando fuimos a verle a la cárcel, después de casados, nos saludó sencillamente a través de las alambradas del locutorio y luego se puso a hablar de política. Sólo al marcharnos me gritó:

—Cuídala bien, chaval.

Pero Enriqueta, a preguntas mías, me confesó que el comentario de su padre, al darle su mujer la noticia fue:

—¡Qué se le va a hacer ya! Lo único que me fastidia es que se la lleve un carcunda. Pero no te apures. Ya le leeré yo la cartilla al palomino ese cuando salga de aquí.

El tiempo pasó sin darnos cuenta, y un buen día apareció en casa mi suegro. Yo me temí alguna brusca embestida de él, algún reproche al menos o quizá alguna indirecta, pero, por el contrario, me abrazó efusivamente y me dijo:

—Pocos hubieran hecho lo que tú. Te has portado como un hombre y ya eres para mí como un hijo de verdad.

Conoció a Gutiérrez en la prisión y salieron juntos, pero mi antecesor en el cargo de Inspector de estudios no quiso volver a la academia. Se hizo pagar una indemnización por don Tomás y se dedicó desde entonces a preparar otra revolución.

—¡Insensato! Su locura ya no tiene remedio.

Y don Tomás se dejó decir además:

—Tú estáte quietecito, hijo mío. Esto va a acabar de mala manera. Porque no es solo Gutiérrez el que está loco sin remedio. ¡Ay, si fuera sólo Gutiérrez! Pero no. Su locura es la misma que está prendiendo en todos los españoles.

Fue como si hubiéramos entrado en la espiral de un torbellino. Al mes de hallarse en la casa el señor Simón, Enriqueta dio a luz una niña, y yo empecé a sentirme enajenado otra vez. ¡Es que era padre a los dieciocho años! Primer problema: ¿qué nombre impondríamos a la niña? Mi suegro quería que se llamase Luisa, como su mujer, y ésta se mostraba muy contenta por ello. Pero Enriqueta prefería transmitirle el suyo. Entonces yo corté por lo sano y decidí que su nombre fuese Adoración. Segundo problema: ¿y el bautizo? Mi suegro no quería ni oír hablar de semejante cosa, pero entonces fue mi suegra la que zanjó la disputa de forma inapelable:

—¿Qué quieres, Simón?, ¿que nuestra nieta sea mora? ¿Cuándo se ha visto eso en nuestra familia? Dorita se bautizará como nos hemos bautizado todos, ea, y no se hable más del asunto.

Y Dorita recibió las aguas bautismales y mi suegro convidó a sus amigos a la pequeña fiesta que él mismo organizó para celebrar el acontecimiento. Es decir, que se cumplieron todos los ritos de la tradición. Llegaron después otras complicaciones. El diario La Tierra no se publicaba ya y mi suegro se quedó sin empleo y tuvo que resignarse a ser correturnos en otros periódicos, con lo que sólo hacía un par de jornadas de trabajo a la semana. Enriqueta y Dorita requerían cuidados que resultaban una carga considerable para nuestro exiguo presupuesto familiar, y hubimos de hacer frente a la situación a costa de sacrificios y austeridades. Dejamos el tabaco, al que yo me había aficionado, el chatito de vino, el café...

No es que hubiera perdido la fe religiosa, pero desde mi encuentro con Enriqueta me había descuidado mucho en mis obligaciones de creyente. Ya no oía misa más que los domingos. Alguna vez me acompañaba Enriqueta, más por complacerme que por convicción.

—Una cosa es Dios y otra cosa son los curas —decía, callándose, sin duda, otras razones para no ofenderme.

Por mi parte, respetaba sus opiniones y nunca quise discutir con ella de esas cosas, y cuando el señor Simón apareció en nuestra vida, yo seguí cumpliendo

mis deberes estrictos de católico observante, sin tener en cuenta para nada el juicio que pudiera merecerle mi conducta. Pero mi suegro no se permitió la más ligera crítica, si bien en una ocasión, creyendo, sin duda, que yo no podría oírle, dijo a su mujer:

—Es mejor que él mismo se apee del burro un día, mujer.

En cambio, no sé por qué, empecé a sentir la necesidad de hacer versos. Se me ocurrían de pronto y muchas veces, en medio de reuniones familiares o de amigos y compañeros, tenía que encerrarme en el retrete para apuntarlos en un papel, con el fin de que no se me olvidaran. Después, por las noches, en que me quedaba solo con el pretexto de los estudios, los pasaba en limpio a un cuaderno. Un día me atreví a leerle algunos a Enriqueta.

—A mí me suenan bien, pero creo que en ese plan no te darán mucho. Yo que tú escribiría letras para cuplés.

He oído decir que se gana mucho dinero de esa manera. Por ejemplo... ¿No conoces «Mi jaca» o «El barquito velero»? Pues una cosa así.

Pese a la decepción que me produjeron las palabras de Enriqueta, yo seguí escribiendo versos, mis versos, que me subían desde no sé qué profundidades, como burbujas doradas, y me estallaban dentro de la cabeza. Así fueron pasando las semanas hasta que una noche, mientras yo transcribía y corregía un poema, me despertó a la realidad mi suegro. Volvía de la calle muy excitado, sudoroso y descompuesto, como si estuviese ebrio. Se me quedó mirando con una fijeza que me dio frío y luego, tras de respirar hondo, me dijo:

—Los militares se han sublevado en África y tememos que quieran hacer lo mismo aquí, ayudados por los fascistas. Creo que ha llegado la hora de la verdad para todos. ¿Entiendes, muchacho? ¡La hora de la verdad!

Después puso una mano sobre mi hombro y con acento paternal y dominando a duras penas su excitación, añadió:

—Pase lo que pase, tú no te metas en nada. Eres cubano y esto no va contigo. Tu única obligación es preocuparte de las mujeres y de la niña, ¿estamos? Yo tengo que volver a mi puesto ahora y, si ellas te preguntan por mí, les dices que me he ido a la Casa del Pueblo.

Me dejó estupefacto, sin saber qué pensar ni qué hacer. Al día siguiente, no hubo clases en la academia. Encontré a mi protector sumamente inquieto y receloso. Él también me aconsejó:

—Vete ahora mismo a casa y no salgas de allí hasta que acabe el jaleo.

Pensé hacerlo así, pero mi mujer y mi suegra me obligaron a salir en busca de mi suegro. Grupos de hombres y mujeres, a pie, en camionetas o en los tranvías, marchaban no sé hacia dónde, cantando himnos revolucionarios y lanzando vivas y mueras. Enarbolaban banderas y saludaban con el puño en alto.

Y yo sentía como si vibrara todo a mi alrededor, como una conmoción eléctrica, como un viento abrasador, qué sé yo. Se anunciaba así algo grande, terrible y esperanzador a la vez. Aquella mañana todo parecía de otra manera, cambiado, desconocido. Para mí era incomprensible, misterioso. ¿Qué está pasando, Dios mío? ¿Un milagro? ¿Está ocurriendo un milagro? Hubiera querido entrar en una iglesia y preguntárselo a Dios, pero la única que vi estaba cerrada. Luego, insensiblemente, me fue contagiando aquella exaltación colectiva. Tuve miedo y después una alegría inexplicable. Y otra vez miedo, y un temblor íntimo y una opresión en el pecho y en la garganta muy semejantes a las que me ahogaban en los momentos que precedían a la posesión de Enriqueta. Así, angustiado y aturdido, llegué a la Casa del Pueblo. Las gentes ya no cabían en ella y por mucho que pregunté a unos y a otros, nadie supo darme noticias de mi suegro, porque nadie sabía nada de nada y en todos los labios brotaban las preguntas en vez de las respuestas. La perplejidad y la confusión, mezcladas con el entusiasmo y la esperanza, fue lo único que hallé, formando todo ello como una sinfonía enloquecedora. Hube, pues, de regresar como había llegado, pero a medio camino se me ocurrió visitar la Embajada de Cuba. Tampoco supieron explicarme allí el verdadero significado y alcance de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Madrid. Únicamente me advirtieron que no interviniese en ellos, me expidieron un certificado que acreditaba mi nacionalidad cubana y me dieron dos banderitas de mi país, una para que me la cosiese en la manga de la chaqueta y la otra para que la clavase en la puerta de mi domicilio. Estos detalles, sin embargo, aumentaron mi alarma y emprendí el regreso, huyendo de los grupos, por las calles menos frecuentadas. A pesar del solazo, intermitentes ráfagas de frío me erizaban el vello. También sentía un vacío muy grande en el estómago. Conté a las mujeres algo de lo que había visto, pero, como no le concedieron gran importancia, me retiré a mi alcoba para aislarme y poder reflexionar a solas sobre la nueva situación y sus posibles consecuencias. Mi hijita dormía en su cuna inocentemente. El calor obligaba a mantener entreabierta la ventana y corrido el cortinaje, para atajar la solina y dejar paso al aire del exterior. En aquella ardiente penumbra no me fue posible concentrar mi pensamiento en nada fijo y sí sólo sudar copiosamente. Las vecinas se comunicaban unas a otras noticias inverosímiles, de ventana a ventana, entre gritos y exclamaciones. Y mi hija, al fin, se despertó llorando. No recuerdo más de aquella jornada sino que al alborozo y algarabía de la mañana sucedieron un atardecer triste, con disparos, y ruidos de coches y camiones, y una noche medrosa y calenturienta. El señor Simón no volvió hasta dos días después. Apareció agotado, sucio, con la barba crecida, la camisa desgarrada, ronco y cubierto de polvo, con un fusil en las manos y, en la cabeza, una gorra de oficial.

Nos gritó al abrir la puerta de casa:

—¡Los hemos aplastado!

Y quiso colocar la gorra militar sobre la cabecita de nuestra Adoración, diciendo:

—Se la quité a un teniente.

Comió algo y estaba tan cansado que apenas fue capaz de desnudarse antes de quedarse dormido. Y a la mañana siguiente vino a recogerle un camión repleto de hombres armados. Su despedida fue:

—Nos vamos a la sierra. Esto hay que terminarlo pronto, de un porrazo.

Yo no sabía qué pensar ni qué hacer. Tenía miedo, mucho miedo, y una inmensa desgana, y un perezoso desinterés por todo. Me hubiera gustado entonces dormirme y no despertar hasta sabe Dios cuándo. Creo que las mujeres empezaban a sentir desprecio por mi flaqueza, pero yo no podía remediarla. Al fin, tras algunos días de encierro, me aventuré a presentarme en la academia, temprano. La encontré cerrada. El portero me informó:

—Ya no funciona. Se han llevado las máquinas de escribir y mucho material, todo requisado. Y el local ha quedado por el momento a disposición de Gutiérrez, quien, por lo que se ve, tiene vara alta ahora.

—¿Gutiérrez? ¿Y don Tomás?

—A don Tomás se lo llevó también Gutiérrez en un coche.

—¿Adónde?

No supo decirme más. Volví corriendo a casa y llamé por el teléfono de un vecino a la pensión. Doña Josefina, llorando, me dijo que no había vuelto a saber nada de mi protector desde hacía muchas horas. Entonces, sin ningún motivo cierto, sentí ganas de llorar. Aún ignoraba que ya no vería más a mi gran amigo y, sin embargo, lloré por él, y por mí, y por mi hija, y por todos, porque presentí que nadie podría escapar indemne de aquella explosión de odio y sangre. Enriqueta me sorprendió llorando y no supe cómo excusar mi debilidad. Luego, más sereno, le expliqué lo de la academia y lo de don Tomás.

—A lo mejor se ha ido también, como mi padre, a combatir a los fascistas.

Le dije que no, que don Tomás no era, ni mucho menos, un hombre de acción, que no podía serlo por sus muchos años y sus muchos desengaños. Enriqueta le quería también y quedó muy preocupada. ¡Qué terribles aquellos días de desconcierto, de confusión y embriaguez! Yo llamaba frecuentemente a la pensión para obtener noticias de don Tomás y la respuesta de doña Josefina, siempre igual, me dejaba cada vez más desesperanzado.

—Ni rastro de él, hijo, ni rastro.

Hasta que, inesperadamente, regresó el señor Simón, más magro, más moreno y también menos eufórico.

—No me gusta lo que está pasando en la retaguardia. Por eso me volveré mañana mismo al frente. Aquí hay mucha mierda, sí, y es allá donde hay que batirse, porque tenemos faena para rato. Por lo menos para un mes.

De porrazos, nada. Los tíos esos están muy preparados y dispuestos a todo, a todo menos a dejarse coger por las orejas.

Cuando le comuniqué mi temor de que le hubiera ocurrido algo malo a don Tomás, vi que se estremecía. Se puso en pie y empezó a pasear, muy excitado, de un lado para otro.

—Lo que te decía.

—Pero ¿qué ha podido pasarle si don Tomás no se metía en nada?

—Era cavernícola, desde luego.

—Bueno, pero eso no es un delito.

Mi suegro se detuvo para mirarme fijamente.

—Lo es y no lo es.

—No lo entiendo.

—Pero ¿es que no te has dado cuenta de que esto es una matanza? Aquí, ser carca es muy mala recomendación, tan mala como ser socialista o republicano de izquierdas en la otra zona. Aquí están apiolando a los de derechas y allá a los de izquierdas. ¿Te das cuenta? Si tienes un enemigo personal, no hay quien te salve ni aquí ni allí. Un enemigo por lo que sea. Y ese Gutiérrez no tragaba a don Tomás. Lo sé porque él mismo me lo dijo cuando estuvimos presos los dos.

—Pero es que eso de matar...

—Yo tampoco lo entiendo.

El señor Simón se dejó caer sobre una silla, como si, de pronto, lo derrumbara el cansancio.

—Tenemos noticias de lo que están haciendo en Valladolid con los ferroviarios, y yo tengo allí un hermano que es factor.

Movió la cabeza y, casi sin voz, y añadió: Seguramente...

Perdí el dominio de los nervios y le interrumpí gritando:

—¿Por qué? ¿Por qué?

Al día siguiente me acompañó a pedir trabajo para mí en un periódico sindicalista.

—Ahora, mientras yo lucho en el frente, tú tienes que trabajar en algo porque hay que sacar la casa adelante, y no puedes pensar en la academia de don Tomás ni en ninguna otra por el momento. El comer es cosa de todos los días, muchacho. Yo tengo mujer y tú tienes mujer e hija, y con mis dos duros de miliciano no hay para todos, ¿comprendes?

Fue allí, en la redacción del periódico, donde conocí a Molina, que lo dirigía. Mi suegro y él se profesaban una vieja amistad, porque Molina era también

ferroviario y compañero de lucha de su hermano Vicente, el factor de Valladolid,
—Llega a tiempo, hombre —dijo Molina al señor Simón—. Necesitamos profesionales de la pluma y del periodismo, gente que sepa de esto, en suma. Así que puede quedar acoplado desde este mismo momento.

Me dieron un carnet político y a partir de aquel día pasé a formar parte de la redacción, con un sueldo de diez pesetas diarias. ¿Quién iba a pensar entonces que la guerra duraría casi tres años? Muchas veces me acordé durante ese largo tiempo de las palabras del señor Simón: «Esto hay que terminarlo pronto, de un gorrazo...». Murió en la batalla del Jarama. Claro que para entonces no pensaba así: veranos, inviernos, primaveras y otoños interminables... Hambre, miedo, bombardeos, tristeza, orgullo, desesperación, heroísmo sin voces y voces sin heroísmo, y la muerte al acecho. ¿Que me fui dejando ganar poco a poco por la causa de estos hombres? He sufrido su propio dolor, he compartido con ellos desastres y esperanzas, la angustia y los temores, los deseos de vivir, la amistad, la miseria y los sueños... He temblado por lo mismo que ellos, sus alegrías han sido mis alegrías y hasta su increíble entusiasmo me ha arrebatado a veces... Y han sido más generosos conmigo que yo con ellos. Porque, salvo mi trabajo en el periódico, nada hice para ayudarlos. En algún momento pensé que debería cambiar la pluma por el fusil, pero me faltó el valor necesario para hacerlo. Ellos, en cambio, me decían:

—No, tú no debes ir al frente. Tu sitio está en la retaguardia, combatiendo con la pluma.

Así me dejaba convencer y así quedaba oculto a su mirada mi enorme, mi asquerosa cobardía. Ni por curiosidad siquiera me asomé nunca a un frente de batalla, ni empuñé un arma, ni cavé trincheras ni presté mi colaboración personal a ningún trabajo de guerra. Por no dar, hasta negué mi sangre para los heridos. Sólo luché por el chusco, por las lentejas, por un bote de leche condensada, por una cajetilla de tabaco... Esos fueron los únicos combates en que participé con todo el ardor de que soy capaz, que ni para eso es mucho. Gracias a Enriqueta y a mi suegra, que se alternaban en una fábrica de municionamiento, pudimos malcomer los tres y mi hija no careció de lo imprescindible. Soy así y no puedo remediarlo por más que me avergüence de ello. Nací y crecí débil, flojo, cobarde, egoísta. Hasta me olvidé de Dios, al principio por miedo y después por comodidad y por desidia. Y aquí estoy sin saber por qué. ¿Por qué? ¿Quién me habrá denunciado y de qué? ¿Lo sabrán éstos? Por lo del periódico no puede ser, porque ni Olivares ni Agustín pertenecían a su redacción. Por otra parte, nunca he sido amigo de Olivares. ¿Amigo? Yo creo que no he cruzado jamás una palabra con él. Y en cuanto a Agustín... No es ningún personaje. Sí, he asistido con él a alguna reunión de la

juventud sindicalista, hemos pasado juntos algunos ratos discutiendo de literatura, de política, de fútbol, de mujeres, del futuro..., pero todo era hablar por hablar, sin compromiso, hasta que reclamaron su quinta y se lo llevaron al frente como soldado. A partir de entonces, nos hemos visto muy de tarde en tarde. Además, ¿de qué podrán acusarle, eh? Aquí debe de haber un lío. Lo que yo te digo: un lío. Sin duda, un lío que podrá aclararse. Pero mientras tanto... Lo que hace falta es que Enriqueta encuentre pronto a Afrodisio Ruidera...).

El otro de los recién llegados era muy joven todavía aunque su cabeza mostrara señales de calvicie. En cambio, poseía una barba apretada y negrísima. Los ojos, oscuros y brillantes; la dentadura, blanca y agresiva; el talante, aplomado; abdominal, cuadrado y prognato. Miraba sin cesar a todos los lados, bien a los ojos del centinela, bien a los de sus compañeros, inquiriendo razones, explicación, motivos, pistas y huellas, como quien examina las piezas de un rompecabezas. Con osadía e inconsciencia, como si se tratase de un juego.

(Vaya, ya estamos en chirona. ¡Ja! Y con Olivares y Molina, como si formáramos parte de alguna plana mayor. Esto sí que tiene narices. Pero si yo, Agustín Arias, no he sido más que un triste comisario accidental de compañía... Si ni siquiera pude conseguir el nombramiento oficial de mi cargo... ¡Comisario de compañía! Lo que no quería ser nadie. Mucha responsabilidad y dos duros de sueldo, hala. Y todo porque dicen que hablo bien, vamos, porque soy capaz de estar tres horas hablando de lo que sea. A ver, Agustín, repítenos el discurso de Prieto. ¿Es que es tan importante eso de aprenderse de memoria un discurso? Parece que sí. Por eso me tomaron por un tipo culto. ¡Y no he pasado de la escuela primaria! Claro que he leído mucho; bueno, mucho en comparación con los demás. Me conozco a Anselmo Lorenzo, a Pi y Margall, a Nietzsche, a Sorel, a Stirner... Sobre todos, a Ortega y Gasset. ¡Qué cabezota la del tío! Luego he visto que todo el mundo lo cita, pero que son muy pocos los que han leído sus libros. Yo sí; todo lo que ha publicado. La lectura y el fútbol. Y fumar puros y comer bien. A todo ello me enseñó mi padre. Él era también anticlerical y liberalote. De él me viene a mí la vena... Se pasaba leyendo todo el tiempo que le dejaba libre su ropavejería, que era mucho, porque en cuanto ganaba lo suficiente, echaba el cierre y ya no había dios que le sacara de sus libros, aunque le ofrecieran oro en paño. Y, sin embargo, creía en el espiritismo y en otras monsergas. ¡Gran tipo mi padre! Decía que hablaba con Dantón, con Lenin y hasta con el Conde de Aranda y con Santa Teresa.

—Si Santa Teresa viviera hoy —decía—, sería otra Pasionaria u otra

Federica Montseny.

¡Qué formidable! Y acertó cuando me dijo, poco antes de que acabara con su vida uno de aquellos achuchones del corazón que le daban frecuentemente:

—Te aseguro que antes de un año va a estallar en España una verdadera revolución, una revolución con «comité de salud pública» y todo. Una revolución tan importante como la francesa. Nos lo dijo el otro día el propio Maximiliano Robespierre. ¡Qué sesión, hijo mío! Hacía ya muchos años que no asistía yo a otra igual. ¡Qué médium, Agustinito, esa mujer de Cuevas de Almanzora! Analfabeta perdida y medio tonta, pero ¡cómo habla cuando está en trance! Robespierre, después de vaticinar la revolución española aún nos recitó el discurso que pronunció en la Convención francesa sobre el Ser Supremo. Cuando terminó, yo tuve el valor de preguntarle: ¿Y cuándo va a estallar esa revolución en España? Y él me contestó: Cuando se siegue el trigo en Castilla. Y yo insistí: ¿En qué año? Y él me respondió: Cuando sus números sumen veinte menos uno. La cosa quedó clarísima.

—¿Qué quedó claro, padre?

—La fecha. ¿Cuánto suman 1 más 9 más 3 más 6. Diecinueve, ¿no? Pues quiere decir que la revolución estallará en el verano del año que viene. ¿Está claro o no está claro?

Podría haberse dicho lo mismo del año 1945, o del 1954, o del 1963, y de otros muchos. Pero fue en 1936.

A mí me cogió jugando al fútbol en un solar del barrio. Lo anunciaron unos tiros que oímos por allí. Y me lo confirmó mi madre cuando apareció en el solar, muy alborotada, para gritarme:

—¡Agustinín! Tú, ahora mismo, a casa. Yo he cerrado ya la tienda. ¡Hala, vamos!

Pero al día siguiente me escapé de casa para averiguar lo que estaba pasando. Me reuní con la panda y fuimos todos a ver cómo ardía la iglesia de un convento.

—Dicen que los frailes y los fascistas disparaban desde arriba.

Alguien, de entre los muchos curiosos que, como nosotros, contemplaban el espectáculo, añadió:

—Es la justicia del pueblo.

Luego, ya se sabe. Todo vino como rodado. Yo no tenía entonces más que dieciséis años. Algunos de mis amigos se alistaron voluntarios en las milicias y yo hubiera querido hacer lo mismo, pero mi madre no me dejó. Ella no tenía más que a mí en el mundo y no pude resistir sus lágrimas. Pero me afilié a las juventudes sindicalistas. Como éramos muy pocos, y por aquello de que yo hablaba como un papagayo, pasé a formar parte de la secretaría de propaganda.

Así, cada vez que se organizaba un mitin en las barriadas o en algún pueblo, allá iba yo de telonero.

De esta forma conocí a José Manuel, que escribía en nuestro periódico; a Molina, que lo dirigía; a Ángel Pestaña y a algunos otros dirigentes, y vi alguna que otra vez a Olivares. Por cierto, me llevé un chasco con Pestaña. Yo pensaba que sería un hombre violento, arrollador, de ardiente temperamento, y era todo lo contrario: razonador, calmado, frío. Recuerdo que nos dijo una vez a los jóvenes:

—Nosotros no hemos desencadenado esta revolución. Nos la han impuesto, lo cual quiere decir que nos ha cogido desprevenidos, sin preparación. El anhelo revolucionario del pueblo es grande y nosotros lo compartimos, porque España, nuestra sociedad, necesita una honda transformación. Pero ¿cómo podemos repartirnos la piel del lobo si el lobo anda suelto por el monte? Lo primero será matar al lobo, ¿no? Una vez logrado eso habrá llegado el momento de empezar a construir según nuestras ideas, que no son las de un solo grupo, sino las de todos. Es decir, que tendremos que llegar previamente a un acuerdo sobre lo que debemos hacer. De lo contrario, si cada uno tira por su lado, el final será la ruina de todos.

Y en otra ocasión:

—No busquéis mujeres entre las que trabajan aquí con nosotros, sino fuera, a no ser que pretendáis encontrar una verdadera compañera. Pero no creo que por vuestra edad y por las circunstancias que estamos viviendo os veáis en ese apuro. Hay que huir de la irresponsabilidad y del arrebató. La ética es fundamental siempre, y mucho más aún en un período revolucionario.

Hubo muchas mujeres por medio, me parece a mí, que hicieron más daño a nuestra causa que las balas de los fascistas. Me gustó mucho Pestaña. Era un hombre honrado, sincero, con una gran experiencia de los hombres. Y sencillo y austero. Sí, fue uno de los pocos que vieron claro y al que, quizá por eso mismo, no se quiso escuchar. Así nos ha lucido el pelo. Menos mal que se murió antes de ver este final tan triste. En fin... Ahora sí que habrá que resistir como sea, porque cualquiera sabe lo que piensan hacer con nosotros. A mí no me convenció nunca aquello de que «el que no tenga manchadas las manos de sangre o robo nada tiene que temer». Se dice, sí, pero... Me parece que ha sido el anzuelo para que picásemos. Y, si no, ¿por qué estoy yo aquí? Ni he robado ni matado, pobre de mí. Más de cuatro avales a tontas y a locas sí que he dado. ¿Hice bien? ¿Hice mal? No lo sé. El caso es que los di. La verdad es que no he hecho gran cosa por nuestra causa. Hasta que me movilizaron no supe de verdad lo que era un frente. Claro que me había asomado alguna vez por las líneas, pero sólo de visita. Y luego me tocó un frente tranquilo, estabilizado. De no haber tenido lugar la segunda batalla de Brunete, hubiera terminado la guerra sin ver un verdadero

combate. ¿A quién se le ocurriría la idea de numerar los oficiales y comisarios de cada unidad combatiente para que se relevasen según fueran cayendo? Justamente cuando el número dos, a quien yo debía sustituir, cayó ante las alambradas fascistas, se dio la orden de suspender aquella descabellada operación. Eso me salvó y ahí terminó mi historia de guerrero. Veremos si ahora tengo la misma suerte... ¡Hum! Por de pronto no sé de qué se trata y me parece que éstos están tan informados como yo. ¿Será una denuncia? ¿Y quién me ha denunciado y de qué si yo no soy nadie políticamente? Bueno, Agustinito, bueno. ¿Sabes lo que te digo? Pues que es inútil por ahora darle vueltas a la cabeza, y que tengo hambre. Sí, hambre, para que te enteres. Y lo peor es que me da en la nariz que nos van a tener a palo seco hasta que nos traigan algo de casa para llenar la andorga. Pero ¿cómo se va a enterar la señora Engracia, mi madre, de que estoy aquí? Y que pesa el hambre, eh. Vaya si pesa. Siento un vacío en las tripas y un sueño... Mira, no quiero ni pensar siquiera en el hambre que vamos a pasar. Si al menos tuviese un cigarro puro, una faria, para calmar este hormiguillo...).

Un reiterado carraspeo de Molina atrajo la atención de sus compañeros. Entonces hizo que se fijasen en sus manos. En vez de seguir oprimiéndolas con las rodillas, formó con los dedos de la derecha el primer signo del alfabeto de los sordomudos, al tiempo que hacía, disimuladamente, el gesto correspondiente con la boca. Olivares, José Manuel y Agustín, que le habían visto hablar de esa manera con el novelista Hoyos y Vinent, comprendieron rápidamente su intención y siguieron con vivo interés sus movimientos. Primero la letra «a». Muchas veces, hasta que todos lograron imitarla. Luego, la «b», con la misma insistencia y resultados. Y la «c»...

El centinela ya no los espiaba tan pegajosamente. Salía al pasillo de cuando en cuando o se quedaba ensimismado. A veces, sonreía. Otras, silbaba el himno de la Falange. O se quedaba mirando fijamente las baldosas del pavimento, como si las contase, o se entretenía con los proyectiles del fusil que guardaba en un bolsillo de su pantalón. Claro que entreveraba todas estas acciones con ojeadas a sus prisioneros, pero por simple rutina. Sin embargo, Molina suspendía sus manipulaciones siempre que el centinela tornaba hacia él sus ojos, y le sostenía firmemente la mirada hasta que aquél retiraba la suya.

Así fueron apareciendo y desvaneciéndose en el aire los garabatos del alfabeto para sordomudos. Molina hubo de repetir incontables veces cada uno de ellos hasta dejarlo fijado en la memoria visual de sus amigos. Entre tanto, relevaron al centinela. El nuevo era también un muchachito con acné juvenil. Molina aprovechó el cambio para beber agua del grifo del lavabo y orinar. El centinela no se alteró, pero cuando los demás trataron de imitar a su compañero, se alarmó, dirigió hacia ellos el cañón

del fusil y les advirtió:

—¡Cuidado! ¡Uno a uno y sin hablar!

Así lo hicieron, por turno y en silencio. Cuando cada cual volvió a su sitio, desentumecidos un tanto los músculos y las articulaciones, el sopor cayó de nuevo sobre la estancia y los hombres quedaron en actitud inmóvil y de aburrimiento.

Pasaron lentos, lentísimos, los minutos, cangilones de una noria sin fin. Los rumores que se percibían, procedentes tanto del exterior como del interior, seguían inalterables y monótonos. Sólo el sol ventanero había hecho una pirueta juguetona y desaparecido después, dejando en su lugar una claridad que griseaba lentamente.

Poco a poco también, el nuevo centinela fue como licuándose. Primeramente desapareció su tiesura; luego, se retrajo a sus propias cavilaciones. Cuando Molina advirtió que se reblandecía su vigilancia, volvió a convocar a sus compañeros con un carraspeo para continuar el interrumpido juego de manos. La «m», la «n», la «o», la «p»... Para Olivares, José Manuel y Agustín aquello era como descifrar un crucigrama o un acertijo. La «r», la «s», la «t»...

Al fin, Molina pudo formular su pregunta:

—¿Sabe alguno de vosotros por qué nos encontramos aquí los cuatro?

Apenas se veían ya las caras y por eso advirtieron que había anochecido. Molina tuvo que repetir la frase, palabra por palabra, una y otra vez, casi a oscuras. Y, de pronto, se encendió la luz eléctrica. Tanto los prisioneros como el guardián quedaron deslumbrados y éste pareció sentir entonces la abrumadora pesadez de varias horas de estar inmovilizado allí como un mueble, y salió al pasillo para reclamar:

—¡Eh! ¡A ver cuándo me llega el relevo!

Entre tanto, lo mismo Olivares que José Manuel y Agustín, mirando fijamente a Molina, le respondieron, sin necesidad de recurrir al alfabeto tan pacientemente aprendido, con un simple encogimiento de hombros. Muy contrariado, Molina articuló trabajosamente otra pregunta:

—¿No sospecháis de alguien?

La respuesta fue también unánimemente negativa por el procedimiento de mover la cabeza, y los cuatro hombres se encontraron como al cabo de un indeciso camino que termina en medio de un bosque, perplejos y desalentados.

Tras sucesivos y furiosos bostezos que casi le desencajaban las mandíbulas, se puso en pie Agustín, intensamente pálido por efecto del hambre y de los reflejos de la luz eléctrica. José Manuel se levantó también y, al desperezarse, se oyeron los crujidos de sus articulaciones. El centinela, sorprendido, dio un paso atrás y apercibió el arma, pero se relajó en seguida al ver que los presos se limitaban a recostarse perezosamente sobre la pared sin demostrar ninguna intención agresiva. Olivares y Molina cambiaron de postura, pero permanecieron sentados. Aquél sacó su paquete de cigarrillos y lo ofreció por señas a sus compañeros, mas uno a uno fueron

rechazando todos su invitación. Él mismo, después de dudarle un momento, renunció también a fumar.

Habían aumentado los ruidos dentro de la casa. Se oían gritos de mando y carreras. Luego, tras un breve silencio, un conjunto de voces dispares empezó a cantar el «Cara al sol». A la primera frase del himno, el centinela juntó los talones y colocó el arma al costado, en posición de firmes, y gritó a los prisioneros:

—¡En pie! ¡Rápido!

Los prisioneros le obedecieron de mala gana y él unió su voz al coro, en actitud tensa, desafiante, crispada.

El himno estremecía. Fuerte, cortado, rotundo, como una marcha militar. Sus frases líricas reventaban como cohetes multicolores en la noche festiva. Era un canto de victoria juvenil, alegre, punzante, que removió en los prisioneros los entusiasmos de otras horas.

Siguieron los gritos:

¡ESPAÑA! ¡UNA!

¡ESPAÑA! ¡GRANDE!

¡ESPAÑA! ¡LIBRE!

¡ARRIBA ESPAÑA! ¡ARRIBA!

Tres gritos como tres descargas de fusilería. Luego, a la orden de ¡Rompan filas!, el coro contestó:

—¡FRAN-CO!

Siguió una algarabía de voces juveniles, como de escolares al comenzar el recreo, que no tardó mucho en dispersarse, y otra vez volvieron los rumores apagados, las voces ahogadas y la quietud.

Pasada la conmoción, provocada en sus espíritus por el canto y los gritos, los prisioneros fueron sentándose y acomodándose cada cual como mejor pudo. José Manuel se cruzó las solapas y se subió el cuello de la chaqueta y cerró los ojos. Sus compañeros parecían dormir también al poco rato. Así, cuando relevaron al centinela, ninguno de ellos padeció la tortura de ver al nuevo comerse una naranja y un pedazo de pan.

II

... o mil días fueron uno,
un solo día de fuego

¡Federico Olivares!

La voz le hizo estremecerse y, al abrir los ojos, se encontró con que Valdivia, envuelto en la niebla de humo del cigarrillo que colgaba de sus labios, le hacía señas con la mano para que se levantase.

—¡Vamos! —insistió Valdivia, impaciente, al tiempo que movía el cigarrillo y escupía vellones blancos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, aturdido, mientras afianzaba las manos en el borde de la bañera.

—¡A declarar! —contestó Valdivia—. ¡Date prisa!

Olivares recobró instantáneamente la conciencia y la lucidez como si hubiera recibido un chorro de aire frío en la cara. Se puso en pie de un vigoroso estirón y se restregó los ojos.

Luego miró a sus compañeros. Hasta Agustín se había despertado; los tres le miraban atónitos y ninguno se movió.

—¿A declarar? Está bien —dijo, esforzándose por aparecer sereno y clavando sus ojos interrogantes en los de Valdivia. Valdivia apuntó una leve sonrisa.

—Sí, hombre, a declarar. No se trata más que de eso. Puedes estar tranquilo.

Olivares se encogió de hombros con fingido desdén.

Por la ventana se asomaba la noche, indiferente y enigmática. Debía de ser la hora medrosa en que la muerte puede presentarse de pronto en un descampado, junto a las tapias de un cementerio, al borde de una cuneta... ¡Cualquiera sabe! La muerte alevosa, vengativa, miserable...

—¡Vamos, hombre!

Sus compañeros seguían mirándole, como si ya estuvieran muertos, con ojos redondos y apagados y una mirada estúpida y lejana. Se despidió así de ellos y se enfrentó con Valdivia, que le señalaba la puerta y le invitaba a que saliese. Entonces advirtió Federico que Valdivia llevaba un vergajo sujeto a la muñeca con una correa. Pasó junto a él, casi rozándole, y oyó que decía:

—Nosotros no damos paseos, rojillo.

El centinela que estaba en el pasillo se echó a un lado y le miró impasiblemente. Detrás, Valdivia le clavaba el aliento y la mirada en la nuca.

—Tira para adelante.

Su única preocupación era dominar el temblor de sus piernas y para ello pisaba con fuerza las carcomidas tarimas del piso, que crujían a su paso. A medida que avanzaba por el oscuro y largo pasillo iban tomando cuerpo e identificándose los

ruidos interiores de la casa: golpes como de portazos, voces destempladas... Se detuvo en el pequeño vestíbulo convertido en cuerpo de guardia, donde vio al centinela que guardaba la puerta principal y a otro hombre sentado en una mesa. Aquél sólo volvió un poco la cabeza para mirarle, pero el otro preguntó a Valdivia:

—¿Éste es de los que trajiste tú esta mañana?

—Sí.

—¿Algún pez gordo?

—Ahora lo veremos, camarada Núñez.

Núñez era un hombre recio, de barba cerrada y espesas cejas negras, que se cubría con un capote de soldado. Se levantó y se acercó a Olivares, diciendo:

—A ver si le conozco, hombre —pero después de examinarle atentamente de arriba abajo, movió la cabeza y añadió—: No, no tengo su ficha en la cabeza, pero si necesitáis relevo en el interrogatorio...

Entre tanto empezaron a oírse en la escalera las pisadas de un grupo de personas que bajaba por ella, junto con un quejido entrecortado y monótono. Entonces, Valdivia cogió a Olivares por un hombro y le hizo dar media vuelta y ponerse de cara a la pared hasta rozar ésta con la nariz.

—¡Quieto así hasta que yo te avise! —le ordenó.

Federico quedó inmóvil y crispado. Valdivia permaneció junto a él en tanto que Núñez fue a situarse al pie de la escalera para observar desde allí a los que bajaban. Tras unos momentos de expectación, dijo:

—Traen a un rojazo que actuó en una checa de Chamberí.

Valdivia no hizo ningún comentario y Núñez siguió diciendo:

—Dicen que el muy cabrón tiene en su cuenta más de trescientos asesinatos.

La quejumbre era ya más sensible entre fuertes resoplidos. Y aumentó cuando los que bajaban pusieron el pie en el final de la escalera.

Federico, con la piel tan tensa que le escocía, miró de reojo al grupo. Lo formaban tres hombres, dos de los cuales conducían a otro, cuya cabeza de pelos alborotados pendía sobre su pecho.

—¿Ha cantado ya? —preguntó Núñez a uno de los que acompañaban al hombre aquel.

—Todavía se resiste, pero cantará. ¿Dónde lo dejamos? Núñez señaló la puerta de un cuchitril situado debajo de la escalera.

—Ahí mismo —dijo—, en el cuarto de las escobas.

El grupo siguió la indicación de Núñez mientras Valdivia tocaba en el hombro a Olivares y le decía:

—Vamos, ya podemos subir.

(¿Que ya podemos subir? ¿Adónde? Si esto parece una fantasía, un mundo

aparte. ¿Qué soy yo ahora? ¿Dónde he caído? No soy nada ni sé dónde estoy).

Inconscientemente empezó a subir la escalera cuyos viejos peldaños gemían como si quisieran romperse. En el hueco que formaba su espiral confluían y se mezclaban los ruidos misteriosos que escapaban de las distintas habitaciones de los dos pisos del hotelito: jadeos, imprecaciones, gritos...

—¿A cuántos has matado? —preguntaba una voz terrible.

—¡A nadie! ¡Yo no he matado a nadie! —respondía otra voz exasperada.

—No creas que me gusta este trabajo —oyó que decía Valdivia tras él—. Pero alguien tiene que realizarlo. Habéis hecho tanto mal... ¿O es que me vas a negar que se torturaba a los presos en las checas del SIM, tanto de Madrid como de Barcelona? ¿Es que vosotros no os habéis hartado de matar?

(Matar, torturar... ¿Es que todo ha quedado en esto: yo mato, tú matas, yo torturo, tú torturas? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿De qué ha servido el cristianismo? ¿Es éste el fruto de dos mil años de civilización? No. Esto es el fracaso del hombre, el fracaso de la sociedad. ¡De todos! ¡Qué horrible miseria!).

Al llegar al descansillo de la primera planta se detuvo. Entonces percibió claramente unos chillidos de mujer que le atravesaron los tímpanos como agujas al rojo vivo.

—Sigue. Vamos al segundo piso —le ordenó Valdivia.

Y continuó la ascensión, peldaño a peldaño, perdiendo en cada uno de ellos pedazos de su ser, quedándose poco a poco huero, insensible, flotante.

(Yo debo de estar soñando. No puede ser verdad todo esto, no puede ser verdad. ¿No estaré muerto? ¿No serán éstas visiones de ultratumba? Pero ¿cuándo y dónde he muerto yo?).

—El que dice la verdad no tiene nada que temer —decía entre tanto Valdivia—. Porque eso sí, queremos saber la verdad, aclarar todas las fechorías cometidas en zona roja, y que los tíos den la cara como es debido y no nos vengan con cuentos chinos. No queremos que se escape ningún culpable. Por eso apretamos en los interrogatorios. Si tú no te haces el tonto o el demasiado listo, saldrás como entres y nadie te tocará el pelo de la ropa siquiera...

(Mamá y Alfonsina estarán ahora durmiendo, sin sospechar lo que me ocurre en estos momentos, mi agonía, porque es una agonía... No consigo verles las caras. Tampoco las de Aurora, Marilú, Matilde... Se desvanecen en el aire. A ver... Nada. Vacío. No han existido nunca, ¡nunca! Eran fantasmas de un sueño. Las soñé. Eso: las soñé. El verdadero mundo es éste de ahora. Mi vida es ésta y no aquélla. ¿Y soy yo el mismo?).

Le contestó la voz de su guardián:

—Espera.

Habían llegado ya al rellano del segundo piso. Las puertas que daban a él, aunque cerradas, no podían impedir la filtración del rumor de los interrogatorios: una especie de jadeo de refriega y acoso, interrumpido por voces conminatorias o por súbitos silencios.

Valdivia entreabrió una de aquellas puertas y asomó la cabeza a la habitación. Luego se echó atrás y dijo a Olivares:

—Anda, pasa.

Federico obedeció automáticamente. Era una estancia rectangular, alumbrada por una lámpara de techo y por el flexo de la mesa que había al fondo. Sentados tras esta mesa le miraban dos hombres: uno de ellos de mediana edad, pálido y delgado, con la camisa azul remangada hasta los codos y, el otro, más joven, con bigotito y también con las mangas de la camisa azul recogidas. El del bigotito tenía ante sí una vieja máquina de escribir Underwood y el más viejo una carpeta con papeles. Frente a ellos, y al otro lado de la mesa, aparecía una banqueta metálica de cuarto de baño. Dos hombres más, con vergajos como el de Valdivia, fumaban despatarrados sobre un deshilachado y cojo diván, al otro extremo de la habitación. El papel de las paredes presentaba grandes manchones de humedad. Por el suelo se veían papeles, puntas de cigarrillo y otras escorias. Y olía a tabaco, a polvo, a aliento humano y a orines.

Una rápida ojeada bastó a Federico para darse cuenta de que había sido conducido a una trampa sin escapatoria posible. Vio que los hombres de los vergajos se levantaban y, después de apagar los cigarrillos de un pisotón, avanzaban hacia él. Comprendió que comenzaban a cerrarse en torno suyos los férreos tentáculos de la fuerza bruta para quebrar su voluntad.

(La escena está preparada para infundirme miedo, para desmoralizarme. Estoy solo e inerme, es cierto, pero no hay que acobardarse. Eso sería lo peor).

Entonces, la turbación y la congoja dieron paso en su espíritu a la lucidez y a la calma. Su mente se iluminó como si hubiese estallado dentro de ella una fría claridad, y dejaron de temblarle las piernas y se le secó el sudor en todo el cuerpo. Y pudo decir sencillamente, como si se encontrase en una reunión con amigos:

—Buenas noches.

La escena, paralizada unos instantes, se puso en movimiento. Valdivia cerró la puerta tras él y, aunque nadie contestó a su saludo, el hombre de detrás de la mesa, el que apoyaba los codos sobre la carpeta, le señaló el asiento de cuarto de baño y le dijo:

—Acércate, hombre, y siéntate.

Olivares obedeció lentamente sin dejar de mirar a los ojos de aquel individuo, oscuros, inteligentes, rodeados por un círculo de sombras. Cuando se hubo sentado, percibió que Valdivia y los otros dos hombres le rodeaban y que el de la máquina de escribir colocaba en ella dos folios con una hoja de papel carbón en medio.

Fue un momento de angustiosa tirantez. Olivares sintió sequedad en la garganta y, al mismo tiempo, una respuesta eléctrica de todo su organismo ante el peligro acechante, la que le sacudía siempre al saltar fuera de los parapetos en los combates.

Al fin, el hombre de los ojos oscuros le preguntó:

—¿Me conoces? —y como Olivares hiciera un gesto negativo, añadió—: Bien. Pues para que lo sepas y no se te olvide te diré que me llamo Blas. También te diré que aquí no nos comemos a nadie, ¿sabes?, y que si contestas la verdad a lo que se te pregunte, nada tienes que temer, ¿comprendes? Pero que si te haces el tonto o el desmemoriado, o te pasas de listo... —y miró significativamente a los tres hombres que le rodeaban. Hizo una pausa y volvió a preguntarle—: ¿Tranquilo? Federico contestó con un gesto ambiguo.

(¿Por dónde me atacará? ¿Qué sabrá de mí? ¿Qué es lo que querrá que yo diga?).

El llamado Blas hizo como que leía en el papel que tenía delante, levantó luego la mirada para clavarla en los ojos de Federico y, con voz pausada y tono mordiente, le planteó la cuestión:

—Vamos a ver... Queremos que nos digas qué tramabais tú y tus amigos en vuestras reuniones contra el nuevo régimen.

—¿Reuniones? —preguntó, asombrado, Federico.

—Sí, reuniones he dicho.

—Pero ¿cuándo?

—Hombre, se entiende que después de la liberación.

Sucedió entonces algo absurdo e imprevisible. Fue que Olivares rompió a reír y su risa creció hasta convertirse en un verdadero estallido de carcajadas. Y era realmente el estallido histérico de todos sus temores. Cuando temía que el interrogador iba a atacarle con hechos concretos —falsos o verdaderos, pero en cualquier caso verosímiles, le salía con una acusación, ciertamente peligrosa, muy peligrosa, pero grotesca y absolutamente inverosímil.

La risa convulsiva, irrefrenable, de Federico dejó atónito y desconcertado a Blas. Los hombres de los vergajos levantaron los brazos, pero los contuvo un gesto de aquél y quedaron a la expectativa. Mientras, las carcajadas seguían estridiendo en el aire viciado y triste de la estancia. Para dominar el espasmo, Olivares dobló la cabeza y la apoyó en sus puños, sobre la mesa. El estómago se le contraía y dilataba dolorosamente. Faltaba aire a sus pulmones. Sin embargo, su mente trabajaba al máximo voltaje, desesperadamente.

(¿Reuniones clandestinas contra el régimen de los vencedores? Es una acusación gravísima y puede significar, sin duda, la muerte rápida, tal vez esta misma madrugada, junto a cualquier paredón siniestro. Absurda, sí, pero... ¿Cómo evitarla, cómo destruirla? ¿Cómo salir de este embrollo? No bastaría negar, no. Claro que no. Todo menos negar. Entonces, ¿qué?).

La risa se quebró al fin, disolviéndose en jadeos. Blas esperó que Federico levantase la cabeza para decirle:

—Bueno, hombre —y la voz de Blas hería con su acento irónico—, conque encima te hace gracia, ¿eh?

Los efectos de la risa desaparecieron fulminantemente en Federico, que se secó con los puños las lágrimas que le rodaban por las mejillas. Después habló de prisa, atropellándose casi sus palabras:

—¿Y cómo quiere que no me ría? Si hasta ayer, como quien dice, hemos tenido un ejército de medio millón de hombres, cañones, tanques y aviones, y nos hemos rendido incondicionalmente, ¿cómo quiere que nos reuniéramos después cuatro individuos que no somos nada, que no tenemos ninguna fuerza, ni dinero ni influencia para oponernos a sus resultados? ¿No comprende usted que es absurdo? Habría que estar locos, y, créame, ninguno de nosotros está loco.

A medida que hablaba, Federico iba leyendo en los ojos de Blas el estupor, y vio que ganaba terreno y que había que aprovechar a fondo la oportunidad antes que él reaccionase y que interviniesen los otros. Y siguió:

—El único al que me une verdadera amistad es Molina. Con los otros dos apenas si he cruzado alguna palabra en toda mi vida. Ni siquiera son militantes destacados. No los conozco prácticamente —y, tuteándolos ya, agregó—: Además, ¿no me habéis detenido por pura casualidad cuando a quien buscabais era a Molina? Seguramente ni sabéis siquiera quién soy yo. ¿Estoy en lo cierto o no?

La pregunta quedó colgada en el aire. Blas bajó instintivamente la mirada a los papeles que tenía delante, pero Federico, sin esperar a que la contestase, retomó audazmente la palabra:

—Ahí constará que he sido capitán del estado mayor de una brigada. Y nada más. Justo lo que dije cuando me descubrieron los agentes que habían detenido a Molina. Pude declarar entonces otra cosa, dar una pista falsa, pero preferí atenerme a la verdad. Por otra parte, como nada más me preguntaron, nada más dije. Pero ahora estoy dispuesto a contar todo desde el principio.

(Me estoy ganando a Blas. Realmente no saben nada de mí, y acaso no sepan gran cosa tampoco de mis compañeros. Habrá que cargar las tintas, exagerar un poco la verdad, para que queden satisfechos. Tendré que demostrarles, sobre todo, que no trato de engañarlos y de escabullirme. El caso es quitarse de encima esa acusación de reuniones clandestinas..., porque si este hombre se obstina en mantenerla estamos perdidos. Y sería doblemente triste morir por lo que ni siquiera se ha pensado... Blas me mira con la boca abierta... El mecanógrafo también se muestra sorprendido y los hombres de los vergajos parecen menos agresivos...).

—Por ejemplo —añadió Federico antes que Blas pudiese intervenir—: soy fundador del Partido Sindicalista y he pertenecido a un círculo dirigente. Fui amigo y admirador de Pestaña hasta su muerte. Me sorprendió la guerra en zona nacional y me pasé voluntariamente a la zona roja...

—Espera, espera —le interrumpió Blas.

(Le brillan los ojos de contento y malicia. ¿Qué se le ocurrirá hacer ahora? ¿Mandaré entrar en funciones a los otros? Porque ¿me creerá o, por el contrario, sospechará que pretendo engañarle? Si insiste en lo de las reuniones clandestinas, ¿qué hacer, por dónde tirar? ¡Valiente canalla el que se ha inventado esa historia! Tiene que ser alguien que conozca a Molina y a los otros, quizá para vengarse de algo o tal vez para cubrirse a tiempo y hacer méritos a los ojos de los vencedores... A ver...). Pero Blas dijo el mecanógrafo:

—Ponte a escribir —y, dirigiéndose a Federico, añadió—: Y tú cuéntalo todo, todo, sin olvidar nada. No creas que te va a ser fácil engañarnos. Aquí lo sabemos todo, aunque tú no te lo creas. Tenemos fichas personales de cada uno de vosotros, millones de fichas. Así que ándate con cuidado. Venga, ya puedes empezar.

(No sabe nada. ¡No sabe nada! Claro que no. Pues ahora te vas a enterar).

El mecanógrafo empezó a escribir, aporreando torpemente la máquina, las primeras respuestas de Federico, concernientes a su nombre y apellidos, fecha y lugar de nacimiento, estado, profesión y demás generalidades. Fueron preguntas rápidas de Blas, seguidas de respuestas concisas de Olivares. Tras este breve prólogo, Blas instó a Olivares:

—Ahora tú tienes la palabra. Por derecho y claro, ¿entiendes?

Con alegría temeraria que hubiera podido levantar sospechas u ofender los sentimientos de los que le oían, puesto que, más que responder a una indagatoria procesal parecía dictar la relación de sus méritos, Olivares se lanzó a contar su historia:

—Cuando Ángel Pestaña propuso la idea de un partido sindicalista, yo fui de los primeros en responder a su llamamiento, y constituida la agrupación local del nuevo partido, pasé a ser su secretario general. Ocupaba ese cargo el 19 de julio de 1936. Por eso, cuando aquel día por la tarde el pueblo cayó en poder de las tropas sublevadas en Algeciras, me oculté y, al cabo de unos días, me escapé a Gibraltar. Desde allí salté a Málaga y, seguidamente, a Madrid, donde me presenté a mi partido y me destinaron a su sección de propaganda.

Así que has sido un propagandista activo, ¿no? —le preguntó Blas, interrumpiéndole.

—Efectivamente.

—Sigue, sigue...

—Permanecí en la sección de propaganda pocos días y me incorporé, con el grado de teniente, a uno de nuestros batallones de milicianos destacados en la sierra, en Cebreros. Poco después, cuando, perdido Toledo, las tropas de Varela tomaron Illescas, me hicieron bajar del frente para asistir a una reunión en que se hicieron los primeros nombramientos de comisarios. Fui uno de ellos.

—Fuiste comisario, ¿eh? ¡Muy bien, muy bien! —exclamó Blas muy contento.

—Sí, fui comisario, pero por poco tiempo también. Renuncié al cargo a los quince o veinte días y volví a mi batallón, ya como capitán. Y llegó el mes de

noviembre. Nuestro gobierno se marchó a Valencia, Madrid quedó prácticamente indefenso. Entonces, para levantar la moral de sus habitantes y de sus defensores, volvieron a acordarse de mí y ésa fue la razón de que anduviera dando mítines relámpago por las calles en aquellos días críticos.

Tuvo que detenerse y repetir varios párrafos porque su palabra era más rápida que los dedos del mecanógrafo. Entretanto, Blas encendió un pitillo e invitó a fumar a Olivares, que aceptó sin vacilar. El mecanógrafo hizo un alto para encender el suyo y, por su parte, los hombres de los vergajos, sentados ya sobre el borde de la mesa, hicieron lo mismo. Pronto se formó en torno a la lámpara del techo una espesa y fluctuante nube de humo blanco. Era evidente que había aflojado la tensión y que aquel paréntesis marcaba el principio de una fase de relajamiento. Así, cuando reanudó su relato, tanto el interrogador como sus ayudantes habían depuesto ya su actitud hostil y a Olivares pudo parecerle, incluso, que le miraban con ligera simpatía.

—Después —continuó diciendo—, fui destinado al frente de Guadalajara, donde permanecí hasta el final de la guerra. Esto es todo.

—Bien, bien, pero ¿por qué estabas en Madrid cuando lo ocuparon nuestras tropas? ¿Es que te escapaste del frente para no rendirte allí con tus fuerzas?

—No. Vine a Madrid para disfrutar cuarenta y ocho horas de permiso, pero no pude volver al frente. Por eso me cogió en Madrid el final de la guerra:

—¿Y con quién estuviste: con Casado o con Negrín?

—Por suerte, pude mantenerme al margen de la disputa. Quiero decir que fui neutral.

Blas se dio por satisfecho y ordenó al mecanógrafo que entregase a Olivares la copia de su declaración, y dijo a éste:

—Léetelo despacio. —Luego, dirigiéndose a Valdivia, añadió—: Que traigan café y coñac para todos. Creo que nos lo hemos ganado.

Salió Valdivia a cumplir la orden y Blas comentó con sus hombres:

—Así da gusto. Si todos se portaran como éste...

El mecanógrafo y los hombres de los vergajos asintieron con un movimiento de cabeza. Entretanto, Olivares había concluido la lectura de su declaración, que apenas ocupaba un folio.

—¿Ya? —le preguntó Blas.

—¿Estás conforme?

—Completamente.

—Pues firma los dos ejemplares.

Le dieron una pluma estilográfica y, mientras estampaba su nombre y rúbrica al pie de las dos hojas de papel, oyó que le decía Blas:

—Te felicito. Te has portado como un hombre. Claro que con esa declaración de haber sido comisario no hay quien te salve. Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

Aunque dichas sin énfasis, aquellas palabras hicieron estremecerse a Federico. Otra vez comenzaron a temblarle las piernas, pero pudo, no obstante, sobreponerse a la impresión y preguntar con afectada indiferencia:

—¿Cuándo me vais a fusilar? Blas se encogió de hombros.

—Eso no depende ya de nosotros. Antes tendrás que pasar por un consejo de guerra.

—¿Un consejo de guerra?

—Sí, pero no te hagas demasiadas ilusiones. Te condenarán a muerte, no lo dudes. Ya te he dicho que el haber sido comisario es la peor recomendación...

(Conque no van a matarme ahora, ¿eh? La cosa cambia, a no ser que me engañe Blas. Pero no creo que pretenda engañarme. ¿Con qué objeto lo haría sabiendo que yo no podría valerme de ningún recurso para evitarlo? Estoy, como quien dice, a su merced, y puede hacer conmigo lo que quiera. Luego no tienen por qué disimular ni andarse con paños calientes... Además, parece sincero. Ha dicho bien claro que el consejo de guerra me condenará a muerte. Pero el consejo de guerra llevará sus trámites, su tiempo y entre tanto... ¡quién sabe!)

—Está bien —dijo—, pero en todo caso pagaré por lo que he sido y hecho.

—¿Es que no te asusta la muerte?

Olivares vaciló y, tras concentrarse durante unos segundos, dijo:

—Bueno, no sé qué responderte. Si digo que no, podrías tomarlo por una jactancia mía y, si digo que sí, no sería suficiente. No se puede contestar sí o no a secas. Lo único que puedo decirte es que no quisiera morir tan pronto.

Blas hizo un gesto afirmativo y luego se lamentó:

—Es una lástima que no nos hayamos entendido antes de la guerra o en la guerra, porque nosotros también somos sindicalistas. —Olivares permaneció impassible y Blas agregó—:

—Claro que nos separa algo muy importante y es que nosotros somos católicos y vosotros ateos.

Federico sonrió entonces levemente.

—Hombre, tanto como ateos... Entre nosotros también hay creyentes. Lo que pasa es no somos confesionales y dejamos fuera de nuestra actividad la cuestión religiosa que, a nuestro juicio, debe resolverse en la intimidad de la conciencia de cada individuo. Hemos combatido, eso sí, la influencia de los curas, pero porque han estado siempre a favor de los ricos y de los opresores, y no por otra cosa.

—¿Tú crees en Dios? —le disparó a bocajarro Blas. Olivares le miró, pensativo, antes de contestar. Siguió una pausa. Los ojos de Blas brillaban, codiciosos, y sus

ayudantes se mostraban igualmente ávidos. Federico, acosado, movió lentamente la cabeza y dijo:

—No lo sé.

Blas saltó sobre su asiento. Los otros quedaron pasmados. Y aquél le preguntó:

—¿Cómo que no lo sabes? ¡Eso sí que es absurdo! En un asunto como éste no puede uno quedarse al margen.

—Pues no es tan absurdo como tú crees, no —prosiguió diciendo Federico—. Se trata de una pregunta demasiado amplia y compleja para contestarla con un sí o con un no escuetos. Primeramente, tendríamos que ponernos de acuerdo acerca de que lo que entendemos por Dios. Y me sospecho que no sería posible. Si no estamos de acuerdo en otras proposiciones mucho más sencillas, ¿cómo podríamos coincidir en la idea de Dios, partiendo de la base de que Dios es incognoscible?

—Bueno, pero se cree o no se cree en Él.

—Lo sé, lo sé —replicó Federico—. Y en eso precisamente consiste la dificultad. La fe no depende de la voluntad. Tampoco se reduce a cumplir una orden.

Blas, desconcertado por los argumentos de Olivares, guardó silencio, sin dejar de mirar fijamente a su interlocutor, esforzándose, sin duda, en hallar alguna razón con que apabullarle y dejarle sin salida, pero la llegada de Valdivia con el coñac y el café interrumpió bruscamente el combate dialéctico y la tensión creada por él. Se sirvió el café en silencio y, tras el primer sorbo, Blas se dirigió de nuevo a Olivares para decirle:

—Eres un valiente.

(Lamento que estos hombres no sean mis jueces, porque, si lo fueran, estoy seguro de que escaparía bien. No hay duda de que me los he ganado. Y me los he ganado sin proponérmelo, sin recurrir a ninguna bajeza. Realmente, todo esto parece un sueño. ¿Iré a despertarme de un momento a otro? A veces he soñado que, despertaba y, sin embargo, seguía soñando. Dice que soy valiente...).

—No lo creas. Lo que pasa es que estoy al final de mi camino, con haber sido tan breve, y en mi situación no vale la pena fingir y engañar. ¿Para qué? Es como si estuviera dictando mi testamento, ¿comprendes?

Blas no podía resistir ni disimular la atracción que sentía por aquel enemigo que tan desconcertantemente se comportaba. ¿Cínico? No. ¿Ingenuo? Tal vez. De lo que no podía dudarse era de su sinceridad.

—¿Amas a España? —le preguntó.

—¿Estaría aquí si no? —le retrucó rápidamente Federico.

—¿Colaborarías con nosotros?

—Ahora no.

—¿Por qué?

(¿Cómo decírselo? Ha sido una gran suerte para mí que me haya tocado como interrogador en vez de uno de esos verdugos a cuyas víctimas he oído gritar. Y no quisiera ofenderle. Debiera decirle que nos separan los muertos, la sangre..., que están siendo utilizados como instrumento de venganza contra el pueblo por sus enemigos de siempre...).

—Porque no os conozco bien e ignoro lo que pensáis hacer.

—¿Sabes quién fue José Antonio?

—¿Primo de Rivera, el hijo del Dictador? Sí.

—¿Conoces su doctrina?

—Si te he de decir la verdad, no. Pero detesto las dictaduras.

—¿También la comunista?

—Claro. Por eso soy sindicalista.

—También nosotros, ya te lo he dicho, somos sindicalistas.

—Pero de otra manera, de arriba abajo. Nosotros partimos de abajo hacia arriba y creemos que sólo el pueblo es soberano, que el poder viene del pueblo y vuelve a él, que sin libertad no se puede vivir dignamente, que...

—Por eso habéis perdido la guerra.

—Tal vez. Pero una cosa es la guerra y otra la razón. Más vale perder aquélla que ésta.

—Entonces crees que teníais razón el 18 de julio, ¿no?

—Por supuesto. De no haberlo creído así, no estaría ahora donde estoy.

—Nosotros también creíamos que la razón estaba de nuestra parte el 18 de julio.

—Es natural. El hombre sólo se juega la vida cuando cree que las ideas que defiende valen más que ella.

Siguió una leve pausa. Blas observaba a Federico atentamente. Espiaba sus movimientos, sus gestos, sus reacciones, hasta sus parpadeos, implacablemente. Quería exprimir hasta su última gota de verdad.

—¿A qué o a quién atribuyes tú la causa de que perdierais la guerra?

—No lo sé aún con certeza. No tengo todavía suficientes elementos de juicio. Por otra parte, no soy belicoso. Odio la guerra.

—¿Y por qué la hiciste?

—Tú sabes muy bien que no había opción.

—Eso es verdad.

—Nos vimos metidos en una guerra y en seguida estalló la revolución, para la que

no estábamos preparados, a mi juicio. Intervinieron luego las potencias extranjeras y ya no fuimos dueños de nuestros actos.

—Nosotros sí.

Olivares se encogió de hombros. Blas prosiguió:

—Y haremos ahora la revolución, nuestra revolución, porque no podemos traicionar a nuestros muertos.

(Yo le preguntaría ahora a qué muertos se refiere. Vamos, Blas, ¿incluyes acaso entre ellos a los del Requeté, a los gilrroblistas, a los de la aristocracia de la sangre y del dinero, a los caciques y a los latifundistas? No me vas a decir que murieron éstos también por vuestra revolución nacional-sindicalista... Pero sería inútil. Este hombre está todavía ebrio de victoria y de palabras).

—Me gustaría ver los resultados. De veras me gustaría.

—Y a mí encontrarte algún día para seguir hablando de todo esto, para decirte: mira lo que hemos conseguido, ¿qué te parece esta nueva España, alegre, trabajadora y justa?

(Y siente lo que dice. ¡De veras! Lo que pueden las palabras... Son como el alcohol...).

—¡Ojalá, Blas!

Blas apartó sus ojos de los de Olivares y fueron a posarse en el papel que éste había firmado y, tras una pausa, dijo: — ¡Ojalá!

Olivares comprendió la intención.

—Me fusilarán, ¿verdad?

Se encontraron de nuevo sus ojos. Olivares sonreía débilmente. En cambio, el rostro de Blas se había ensombrecido. Movié la cabeza y murmuró:

—No hay que olvidar que has sido comisario.

Después, se quedaron sin palabras y sus miradas se desenredaron. Durante la pausa que siguió, Blas puso dentro de la carpeta los dos ejemplares de la declaración y Federico cerró los ojos. El silencio latía penosamente. Entonces, Valdivia cogió un cigarrillo del paquete de Blas al tiempo que decía:

—Que son ya las dos de la madrugada y aún tenemos que tomar declaración a unos cuantos...

Blas, sorprendido, miró su reloj de pulsera.

—Es verdad —dijo. Luego, dirigiéndose a Valdivia, añadió—: Llévate a éste donde están los otros, pues ya no es necesaria la incomunicación, y tráete a... — repasó con la vista el papel que tenía delante y precisó—: A ese Molina, Manuel Molina.

Olivares se puso en pie lentamente. Parecía muy cansado. Blas le preguntó:

—Tendrás hambre, ¿no? Olivares afirmó con la cabeza.

—Bien —y ordenó a Valdivia—: Entrégales los paquetes de comida que hayan traído sus familiares, ¿estamos? Y tú —Blas se dirigió de nuevo a Olivares— quédate con mi paquete de cigarrillos. No puedo hacer otra cosa por ti.

Apenas tuvo Olivares tiempo para darle las gracias, pues sintió en su espalda la presión de la mano de Valdivia y oyó su voz:

—Vamos.

Salieron al descansillo de la escalera y allí los atrapó la marea de rumores de los interrogatorios, pero entonces ya no impresionaron tanto a Federico porque de pronto se le echó encima un cansancio insoportable. Sobre su instinto y su inteligencia oscurecidos empezó a flotar un solo deseo: dejarse caer en cualquier rincón para dormir y no despertar nunca. Le llamaba al sueño una voz cariñosa, lejana, irresistible, y, delante de él, la barandilla, los escalones, las paredes y su mismo guardián eran como fantasmas de humo o de niebla que se retorcían. Los rostros de Blas, de Valdivia, del mecanógrafo, de los hombres de los vergajos, de su madre, de su hermana, de Aurora, de Matilde, de Molina, de José Manuel y de Agustín giraban y giraban vertiginosamente alrededor de él y se apagaban y se encendían. Sonaban dentro de su cabeza voces de mando y descargas de fusilería. Seres desconocidos, enterrados hasta la cintura, se agarraban a sus piernas y le impedían moverse. Andaba luego entre cadáveres de niñas despanzurrados por las bombas. Le llamaban desde esquinas sin gente. Oyó estrépitos de aviones incendiados en el aire. Y gritos, muchos gritos, en un campo solitario, de color ceniza, sin árboles ni cultivos, inmenso. Vio largas hileras de hombres muertos que tiraban unos de otros. Tuvo que atravesar un pantano pestilente que se hundía bajo sus pies. Y sintió náuseas sin que pudiera aliviárselas el vómito... Y, por fin, cayó.

—Vamos, Federico. Despierta, hombre.

(Parece la voz de Molina. ¿Dónde estoy? ¿Y por qué me zarandean? Con lo bien que me siento ahora... ¡Y dale! Si lo que yo... ¡Dejadme en paz! Si lo que yo deseo es seguir durmiendo. Tengo sueño, mucho sueño, mucho...)

Se removió un poco. Abrió los ojos. Volvió a cerrarlos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —balbució inconscientemente.

—Nada, hombre, nada. Que ha llegado el momento de comer algo.

Abrió otra vez los ojos. Molina, arrodillado junto a él, le sacudía suavemente. Sentados más allá en torno a unas tarteras, José Manuel y Agustín, cuchara en mano, le hacían señas amistosas. Entonces pasó un codo por encima del borde de la bañera, pero antes de incorporarse preguntó:

—¿Habéis declarado ya?

—Sí, hombre, sí —respondió Molina.

—¿Y qué tal?

—Bien.

—Como la seda —remachó Agustín.

Se puso en pie trabajosamente, tirando de su cuerpo dolorido, con la ayuda de Molina. Se dirigió luego con paso torpe al lavabo, abrió los grifos y puso la cabeza bajo los chorros de agua. Se oyeron sus jadeos y espeluznos. Cuando se volvió a mirar a sus compañeros, el agua escurría por el cabello pegado a la frente, por el cuello y por las orejas... Parecía extremadamente débil y mucho más delgado.

Ya no había centinelas a la vista. En cambio, la puerta aparecía cerrada. En la ventana, de par en par abierta, se había hecho de día.

Federico sintió frío y se estremeció. Sus amigos parecían también cadáveres desenterrados. Se enjugó el rostro con los antebrazos y, al dejarse caer en cuclillas para formar corro con sus compañeros, dijo:

—Creo que hemos tenido mucha suerte. ¡Mucha suerte!

—Sí —convino Molina—. No sabían nada y cada uno de nosotros se ha limitado a contar su historia.

—¿Y a ti cómo te han tratado? —le preguntó José Manuel.

Federico sonrió.

—Milagrosamente bien.

—Bueno, ¿no os parece que es mejor dejar los comentarios para después? —intervino Agustín—. Estoy que no me tengo de hambre.

La proposición de Agustín fue aceptada por unanimidad y, durante un largo silencio, se aplicaron a limpiar dos tarteras que contenían un aguado potaje de lentejas, y una tercera, la de Molina, que encerraba un guiso de bacalao con tomate. Aquello no era comer, sino devorar, especialmente por parte de Agustín, cuya poderosa mandíbula se movía sin pausas, como una trituradora. No quedaron ni migas. Por último, Agustín sorbió las últimas gotas de caldo de los tres recipientes.

Cuando dieron fin a la tarea respiraron con satisfacción, como al llegar al término de una carrera, y encendieron los cigarrillos con que los obsequió Olivares.

—Son de Blas —dijo sonriendo,

—Pues para ser «ideales» del enemigo, no están mal —bromeó José Manuel.

—A falta de un «faria»... —comentó Agustín, lanzando una bocanada de humo.

Molina, por su parte, quiso saber cómo había transcurrido el interrogatorio de Olivares.

—¡Psché! —dijo Olivares, encogiéndose de hombros—. No sabían nada de nosotros, es cierto, pero existía una gravísima acusación: la de que celebrábamos reuniones clandestinas en las que conspirábamos contra el nuevo régimen. ¡Así como suena!

—¡Coño! —exclamó Agustín.

—Sí —continuó Olivares—. Pero, afortunadamente, la cosa me salió bordada. Claro, mi preocupación era adivinar por dónde me atacarían, así que, al oír semejante paparrucha, rompí a reír. De miedo, de puro miedo y de alegría, qué sé yo... El caso es que me dió un verdadero ataque histérico de risa. ¡Qué carcajadas, Dios! Pues me salvaron, ya veis. Porque se quedaron sorprendidos, sin saber qué hacer ni qué decir y, en vista de ello, aproveché su confusión para llevarlos a otro terreno, al de la verdad. Como no tenían ningún dato concreto sobre mí, al contarles mi historia se encontraron con materia suficiente para meterme el paquete, y se dieron por satisfechos. Luego hablamos de sindicalismo y de religión, pero ya tomando café, casi amistosamente, aunque, como podéis suponer, sin confiarme ni poco ni mucho. A pesar de todo, sin embargo, creo que el haber escapado tan bien se lo debemos a Blas más que a otra cosa. Si en vez de atender a mis razones se hubiera empeñado en que confesase lo de las reuniones clandestinas...

—Por eso nos extrañó tanto que no nos acusase de nada y que se contentase con averiguar quiénes somos cada uno de nosotros... —murmuró Molina moviendo dubitativamente la cabeza.

—Pues de buena nos hemos librado —dijo José Manuel.

—Y tanto, pero de todas maneras nos han dicho que no tenemos escapatoria —apuntó Agustín.

—Pues yo no creo que se pueda matar a un hombre por haber sido comisario o periodista. En ese caso, tendrían que matar a más gente que en la guerra —y Molina fue subrayando sus frases con punteos de su dedo índice.

Olivares sonrió.

—Pues lo vamos a saber muy pronto, Molina. Intervino Agustín:

—¿Quién habrá sido el hijo de puta que nos ha denunciado?

—A saber. Quizá alguien del partido. Es lo más probable —opinó Molina.

—Sí, algún arrepentido o alguno que quiere hacer méritos en el nuevo régimen —dijo José Manuel.

—Pues daría algo por saber quién es —insistió Agustín.

—Me parece que te vas a quedar con las ganas, hombre, porque no nos van a dar tiempo para averiguarlo —y José Manuel puso una mano sobre el hombro de Agustín.

—¿Qué dices, hombre? —se revolvió Agustín vivamente—. Puede que a nosotros no, pero a ti... Tú eres cubano, no has intervenido en nada y tienes antecedentes de derechas. ¿Qué más quieres, coño?

Terció Molina, dirigiéndose a José Manuel:

—Tiene razón Agustín. A ti ni siquiera te harán pasar por un consejo de guerra. Ahora, lo primero que debe hacer tu mujer es presentarse en la embajada de Cuba y exponer allí tu caso. Después de haber protegido a tantos fascistas durante la guerra las embajadas americanas, ¿cómo van a permitir ahora que tú, un americano a quien sorprendió aquí la guerra, que no ha empuñado un arma y a quien no se puede acusar de ningún delito de derecho común, seas tratado como un rojillo cualquiera? Ni hablar, hombre, ni hablar. Tu situación nada tiene que ver con la nuestra. Vamos, es que no se parece ni por el forro...

—Claro que no —aseveró Olivares—. Con nosotros pueden hacer lo que quieran, pero contigo... Yo creo que no tienes nada que temer y que lo peor ya ha pasado para ti.

—¿Sabes lo que te digo, José Manuel? —y Agustín golpeó amistosamente en el hombro a su amigo—. Pues que no te perturbes, ni te conturbes, ni te masturbes, ¿estamos?

La chusca salida de Agustín disipó momentáneamente los presentimientos que angustiaban a sus amigos, y José Manuel no pudo disimular el gozo que le producía la opinión unánime de sus compañeros, que venía a confirmar su secreta y egoísta esperanza. Sonrió tímidamente e iba a murmurar algunas palabras tal vez protestas de amistad, cuando se abrió bruscamente la puerta del cuarto de baño y apareció Núñez, apresurado, con los ojos enrojecidos y ronca la voz.

—¡En marcha! ¡Deprisa! —gritó.

La sorpresa les impidió reaccionar con la prontitud que reclamaba Núñez, y éste hubo de repetir la orden, gritando más fuerte:

—¡Vamos! ¡Rápido!

Salieron al pasillo con Olivares en cabeza, sin más tiempo que para cruzar entre sí rápidas e interrogantes miradas. Al llegar al vestíbulo, se acercó Blas a Olivares para decirle:

—He preferido que os trasladen a la cárcel antes del relevo, por si acaso, ¿comprendes?

Federico asintió con un movimiento de cabeza, dándose así por enterado de lo que significaban aquellas palabras: nuevo interrogatorio, vergajos, insultos..., y murmuró, muy conmovido, mirándole a los ojos:

—Gracias. No lo olvidaré nunca.

Se les unió otro grupo de hombres terrosos y amedrentados, y, después, todos juntos, impelidos y azuzados desde atrás, fueron obligados a subir a un camión militar descubierto, que les aguardaba con el motor en funcionamiento. Los últimos en saltar a él fueron los guardianes, que se sentaron en el filo de la trampilla.

(Parece repetirse, Federico, lo de aquella noche en que los negrinistas me llevaban preso en un camión como éste y hacia un destino incierto. Pero entonces era diferente. Podíamos, al menos, discutir, y quedaba alguna esperanza de escapar con bien del embrollo. Ahora, no. Ahora somos unos derrotados, sin voz ni voto, camino de la muerte. Todos estos son ya cadáveres. No hay más que verles las caras. Y yo también soy un cadáver aunque conserve la conciencia y rememore, y sienta, y sufra, y me compadezca a mí mismo. Peor que cadáveres, porque sufrimos. Si al menos descansáramos ya definitivamente... Pero no. Aún nos espera..., ¿qué? ¿Qué es lo que nos espera? Morir tan joven es un fracaso, un total y tremendo fracaso. Tenía tantos proyectos en la cabeza... ¿Y qué habrá sido de mi madre y de mi hermana? Si han logrado sobrevivir hasta ahora, de ahora en adelante, ¿qué? Porque yo no puedo hacer nada por ellas ni por nadie. Somos, estamos muertos, y si andamos aún es porque vamos en busca de nuestra fosa. ¿Qué día es hoy? A ver... ¡Pero si sólo han pasado veinticuatro horas! Lo que quiere decir que estamos a veinte de abril de mil novecientos treinta y nueve y que pronto cumpliré veintisiete años. ¡Veintisiete años! ¿Muchos? ¿Pocos? Según se mire. ¿Y qué más da? Esos años son todos. Todos. Y sin embargo...).

El cielo estaba encapotado y corría un viento desapacible. Se veían balcones engalanados con las banderas triunfantes o con colgaduras religiosas, pero algo así como una polvareda de odios y miedos residuales, aventados de un estercolero tan grande como la ciudad, se arrastraba por las calles. En los tranvías se apretujaban, hasta descolgarse por los estribos, hombres y mujeres demacrados y silenciosos, aunque hubiese algún viajero que se esforzara en aparecer desafiante y distinguirse entre la masa en que por fuerza tenía que ir incrustado, hablando en voz alta sobre la sordidez y la cobardía de los rojos. Por las aceras, muchas sotanas, hábitos religiosos, uniformes militares y algunos hombres huidizos, con la gorra encasquetada hasta las cejas y los cuellos de las zamarras subidos hasta la nariz, y mujeres enajenadas y sin rumbo. De entre los transeúntes, algunos volvían su mirada de odio incandescente a los presos del camión; otros, los menos, con una velada simpatía y los más los ignoraban cobardemente.

En la calle de Hortaleza y en sus adyacentes, seguían las colas formadas por

mujeres y chiquillos ante algunas tiendas de comestibles devastadas por los tres años de hambre de la ciudad, sin la certeza de conseguir algo, y que se hallaban allí por imperativo de la costumbre y de la necesidad, y eran las parroquianas fijas, de todos los días, desde la madrugada hasta el anochecer, iguales a las de todas las colas de todas las tiendas en todas las calles... Mujeres envueltas en toquillas, mantones y abrigos raídos, calzadas con pantuflas, zapatos agrietados, destaconados, y hasta con viejas botas militares; entumecidas y devoradas físicamente por las interminables horas de espera sin esperanza. Agotados los chismorreos, bulos y rumores, aparecían soñolientas, insensibles, inexpresivas. Sin embargo, al paso del camión, hubo entre ellas quien miró ávidamente los rostros de los detenidos; quien cerró los ojos, quien bajó la cabeza, quien sorbió lágrimas, quien dijo algo entre dientes... En cambio, los flacos chiquillos, arropados muchos de ellos con viejas prendas militares, los señalaban, y uno de ellos gritó:

—¡Jolín, más presos!

En los rostros de los presos quedaban visibles aún las huellas de los interrogatorios: párpados amoratados, labios tumefactos, hematomas aquí y allá. Uno, joven, mostraba fuera de la boca la lengua hinchada y blanquecina. Eran unos cuarenta e iban sentados casi unos encima de otros. Sin fuerzas para pensar, casi materia inerte, despojados de sí mismos, buscando en su interior, los más conscientes, alguna salida del laberinto en que se encontraban atrapados, o tratando de comprender su situación o, acaso, recordando a saber qué episodios, qué detalles, qué rostros, qué palabras.

El camión entró al fin en una calle estrecha y se detuvo frente al gran edificio de un colegio religioso, habilitado para cárcel durante la guerra. A ambos lados de la puerta principal se alineaban mujeres portadoras de cestas con comida, paquetes de ropa, colchonetas. Las había viejas, jóvenes y casi niñas. Con aspecto distinguido, de clase popular, con talante barriobajero y hasta con aires de golfería. Formaban todas un conjunto abigarrado. Mas, a pesar de su colorido y vivacidad, en la expresión de los ojos y en los ademanes de aquellas mujeres se advertía su desgarramiento interior y la violencia de un gran grito estrangulado.

—¡Pobres mujeres! Ellas son las que siempre pagan los vidrios rotos —dijo una voz entre los presos.

Los centinelas y la guardia del camión impidieron ásperamente, formando una valla con sus cuerpos y sus fusiles, que las mujeres se acercasen a los detenidos, pero no pudieron evitar que los animasen con sus calientes palabras y gritos:

—¡Ánimo, que os queda muy poco!

—¡Pronto estaréis en casa!

—¡Guapos!

Una ola de ternura y efluvios femeninos envolvió un instante a los hombres, que

se sentían así consolados, fortalecidos y acompañados. Ellas reían o lloraban, o lloraban y reían a la vez, y ellos componían una actitud grave y digna. Entre ambos grupos, pese a la barrera aislante de los guardias, se estableció una intensa ósmosis emocional que removi6 el l6gamo de sus sentimientos m6s íntimos y profundos.

Un guardi6n abri6 la verja, subieron unos escalones de piedra y penetraron en un amplio zagu6n, cuyos accesos defendían otras tantas cancelas de hierro. A un lado, había una oficina, protegida igualmente por rejas. Hombres, unos uniformados y otros no, iban de un lado para otro y, cada vez que entraban o salían del o hacia el interior de la prisi6n, chirriaban los grandes cerrojos de las cancelas, por las que fluía adem6s, hacia fuera, un espeso y nauseabundo olor a suciedades m6ltiples.

El responsable de la escolta los hizo formar en dos hileras y, despu6s, entr6 en la oficina. Olivares y sus compañeros le vieron entregar un papel a un hombre uniformado, tocado con gorra galoneada, quien, tras una r6pida ojeada, lo entreg6, a su vez, a un individuo sentado ante una m6quina de escribir. Por 6ltimo, el hombre de la gorra de plato se asom6 por la ventanilla y desde all6 contempl6, sin disimular su contrariedad y su mal humor, a los reci6n llegados.

—¿Y d6nde los meto? —exclam6 en voz alta—. Si ya no queda sitio ni para un alfiler... ¿Qu6 se creen, que esta mierda de c6rcel tiene paredes de goma o que se puede estirar como un acorde6n? ¿Est6n locos o qu6?

Los presos le oían sin atreverse a realizar el m6s m6nimo movimiento que pudiese ser interpretado de alguna manera en favor o en contra de las palabras pronunciadas por aquel hombre, y, menos a6n, que revelase la satisfacci6n que les producía comprobar que, efectivamente, eran tantos los presos que ya no había c6rceles suficientes en Madrid para albergarlos. Miles, miles, miles de presos. Millones. Mejor. As6 no tendrían m6s remedio que abrir la mano y enviar a muchos a sus casas.

Se oy6 susurrar en las filas de presos:

—Y si no cabemos, ¿qu6?

—Por m6... Que no se preocupen. Me largo a casa y en paz.

—No caer6 esa breva, muchacho.

—¡Silencio! —grit6 uno de los guardianes.

El hombre de la gorra de plato se volvi6 al centro de la oficina y se dej6 caer sobre un sill6n giratorio, frente a una amplia mesa entre cuyos montones de papeles se destacaba una botella y dos vasos. Llen6 6stos de vino oscuro e invit6 al jefe de la escolta, que rehus6 y, tras saludarle brazo en alto, se reuni6 con sus subordinados en el vestíbulo y, seguido de ellos, abandon6 el edificio de la prisi6n. Momentos despu6s, el camión militar se puso de nuevo en marcha.

Entre tanto, el oficial de prisiones, irritado, apur6 de un solo trago uno de los vasos, dijo unas palabras al mecan6grafo, encendi6 un cigarrillo y se sumi6 en una larga meditaci6n. As6 transcurrieron varios minutos, hasta que el mecan6grafo se

levantó y le mostró un papel.

—Juraría que es Toledano —murmuró Molina.

—¿Quién? —le preguntó Olivares.

—Digo que me parece que es Toledano, un chófer del partido.

—Pero ¿quién?

—El mecanógrafo, hombre.

Así, cuando el mecanógrafo apareció ante la formación con un papel en la mano, Molina dio con el codo a su amigo y exclamó entre dientes:

—¡El mismo!

Efectivamente, el aludido guiñó disimuladamente a Molina y luego gritó:

—¡Oído! ¡Formen de a dos y síganme!

Olivares y Molina quedaron en cabeza de la columna, pero antes de arrancar se les acercó Toledano.

—Soy el escribiente del Centro y os he destinado a la sala mejor, a la de intelectuales. Con el jefe de hoy, el *Pelines*, tengo mucha mano. Si algo necesitáis...

—y se interrumpió él mismo para gritar:

—¡De frente! ¡March!

La columna se puso en marcha, pasó por una de las cancelas y anduvo por un pasillo hasta que, a una orden de Toledano, se detuvo ante una puerta vidriera, sin vidrios, de una gran sala con ventanales que fueron encristalados. La estancia aparecía repleta de hombres en pijama o en mangas de camisa, de pie o sentados en el suelo, que charlaban en corros o callaban, ensimismados, escribían sobre las rodillas o jugaban sobre improvisados dameros de papel...

—¡A ver, el jefe de sala! —llamó Toledano.

Se levantó un hombre alto, corpulento, de abundante pelo canoso, con gafas, que vestía un elegante pijama de seda y salió al encuentro de Toledano. Éste le dijo:

—Cuatro ingresos más, doctor.

El jefe de sala encogió la nariz para subirse las gafas y protestó suavemente:

—¿Cuatro más? Pero si ya no tocamos más que a cuarenta centímetros por cuerpo para dormir...

Pero Toledano se encogió de hombros y se despidió diciendo:

—Más tarde los llamarán para hacerles la media filiación.

Desapareció la columna, pasillo adelante, y Olivares y sus amigos se encontraron frente al silencio de más de cien hombres que los miraban impassiblemente.

—¿Quieren decirme sus profesiones? —preguntó el doctor.

—Periodista —dijo Molina.

—Periodista —repitió José Manuel.

—Profesor —contestó Olivares.

—Chamarilero más bien —bromeó Agustín.

—¿Cómo, cómo dice? ¿Chamarilero? —y el doctor se apuntaló las gafas con un dedo—. Pero ésta es la sala de intelectuales.

—Muy bien, pero yo digo —replicó Agustín—: ¿Es que no puede ser intelectual un chamarilero?

El doctor puso la boca redonda y se encogió de hombros.

—Bueno —dijo después—, hoy todo es posible —y añadió—: Pasen, pasen y acomódense como puedan.

Pero nadie se movió para hacerles un hueco, y Olivares y sus amigos tuvieron que sentarse allí mismo, junto a la puerta.

III

Te lo digo yo, y basta,
porque fui de los primeros

—Me llamo Gaspar Hernández y llevo nueve días encerrado aquí. Pertenezco a Unión Republicana y soy dueño de una mercería en la calle de la Magdalena. Cuando empezó el lío, como por mi edad no podía ir al frente, me dije a mí mismo: *Gaspar, tú no puedes quedarte mirando al toro desde la barrera. Tienes que echarte al ruedo y lidiarlo como puedas*. Yo soy muy aficionado a los toros, ¿comprendes?

El hombre habla y habla, tragando saliva de cuando en cuando y subiéndose las pesadas gafas de oscuros y pesados cristales que se le escurren hasta la punta de la nariz poco a poco.

—Y me metí en el Socorro Rojo. Allí, claro, como sabía de cuentas, me encargaron del almacén.

Tiene cerca de sesenta años y habla en tono muy bajo. A veces no se le oye y muchas de sus palabras son soplos sin sonido alguno.

—¿Habéis declarado ya?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Federico Olivares.

—¿Y os han zurrado?

—Por suerte, no, pero nos han hecho pasar mucho miedo.

—Pues habéis tenido suerte, muchachos, porque a mí me metieron varias veces la cabeza en una bañera llena de agua para que firmase que había sido masón y marxista. ¡Figúrate! Pero ni por ésas consiguieron lo que querían. Les dije que yo no era ni había sido nunca nada de eso y que aquí estaba más bien fichado como pequeño burgués...

Se aproxima aún más a Federico y le sopla al oído:

—Y espiritista, ¿sabes?, pero eso no se lo dije. No creas que soy ningún médium, no. Que me gusta asistir a las sesiones; eso es todo. No creo que con eso se haga mal a nadie, ¿eh?

—Claro que no.

—¿Cómo? ¿Qué? Bien, pero al llegar aquí, además de mi profesión, la de comerciante, di la de profesor de Ciencias Psíquicas, ya ves, y por eso me admitieron en esta sala. Porque aquí hay muchos intelectuales de pega como yo, ¿me comprendes? Claro que me comprendes. Por eso te hablo. De lo que se trata ahora, amigo mío, es de pasar lo mejor que se pueda estos días —y, al sonreír, se le mueve la dentadura postiza, que presenta varias melladuras—, porque nuestra prisión no puede durar mucho. —Vuelve a juntar su cabeza con la de Federico y susurra—: He

echado mis cuentas y éstas no fallan. Fíjate en lo que voy a decirte. ¿Sabes cuántas cárceles hay en Madrid? Pues, que yo sepa, unas cuarenta. A cinco mil presos una con otra... Aquí ya somos unos tres mil. Pues, como te decía, a cinco mil presos una con otra, suman doscientos mil. Añade las de Barcelona, Valencia, Bilbao y, en fin, las de todas las capitales de provincia, las de los partidos judiciales y pueblos importantes, y los campos de concentración, y obtendrás un resultado de millones de presos. ¿Cuántos millones: tres, cinco, siete? ¿Crees que puede haber un Estado que aguante tantos presos? ¿Cómo alimentarlos aunque sea a base de lentejas? Y sobre todo, ¿quién va a trabajar?

—Irán expurgando poco a poco esa masa hasta quedarse con los que les interese...

—Ca, de tontos, nada. ¡Ni hablar! Eso creíamos. No van por ahí los tiros. No es más que apariencia. Quieren sembrar el miedo, asustar, meter a todo el mundo en un puño y luego... ¡zas!, a la puñetera calle. La amnistía. ¿Y quién se mueve, eh? Ni el Potito. Pero, ¡ajo!, porque tenemos entre nosotros muchos chivatos y agentes provocadores. No falta quien...

—¿Agentes provocadores dice?

—No falta seguramente quien pretenda armar un follón en las cárceles con el fin de provocar la entrada de la guardia y... —garabatea en el aire el gesto de cortarse el cuello, y sigue—: Están las viudas de los muertos, y los padres de los muertos, y los parientes de los muertos, y los amigos de los muertos... Saldrán como moscas. Ya están saliendo como moscas. Unos, para vengarse; otros, para colocarse bien; y muchos más, para aprovecharse. Pero el Gobierno de Burgos ha dicho que no. Lo sé de muy buena tinta —y guiña un ojo—. Hay en el piso de arriba un médium estupendo. Es valenciano. Anoche tuvimos sesión y lo dijo. Bueno, pero era Pi y Margall el que hablaba, ¿comprendes? Así que, por ese lado, tranquilo. Pero no os fiéis. No habléis con cualquiera. Puede ser un chivato y entonces lo que pasa es que le sacan a uno a diligencias...

—¿A diligencias? Pero si uno ha declarado ya...

—Lo que quiere decir pasar por un nuevo interrogatorio y ya se sabe... ¡Mucho cuidado! No vale la pena meterse en líos siendo esto cosa de pocos días. No te fíes. Pueden llevarte a declarar todas las veces que quieran.

Cuarenta rostros los miran. Cuarenta rostros que pueden ser los de otros tantos soplones y delatores. Uno tiene los ojos muy grandes. Otro tiene los ojos muy pequeños. Aquél sonríe. Ése toma notas. Los hay sin afeitado y recién rasurados. Viejos y jóvenes. Gordos y flacos. En pijama o en camiseta. ¡Qué de chivatos!

—Oiga, Gaspar.

Gaspar sonríe con su mellada dentadura postiza. Y sigue hablando, mejor dicho, soplando, porque apenas se le oye y no se le entiende. ¿Será también él un agente

provocador?

—Se apuntan a todo, ¿sabes?; al orfeón, a la catequesis, a la brigada de rancheros, para ser acólitos y porteros...

—¿Quiénes?

—Es que quieren hacerse presentes, que no los olviden, que sepan que son buenos chicos. El cura dice...

—¿Qué cura?

—Que todos vamos a volver pronto a nuestras casas. Soy un poco teniente, ¿sabes?, desde lo de la farmacia de El Globo. Me pilló muy cerca de allí la explosión de la bomba y... Creí que se hundía el mundo.

—Oiga, oiga.

—No grites, que se van a despertar éstos.

Los chivatos ya no miran, duermen. ¿Estarán muertos? Cuarenta rostros. No, no, muchos más.

—¿Es también chivato el jefe de sala?

—¿Cómo?

—¡El je-fe de sa-la!

—¡Cuidado! Es médico. Se llama Segundo Planas. Teniente coronel de Sanidad Militar. Y está con los comunistas. Porque aquí hay dos grupos: el comunista y el de todos los demás.

—¿Es posible?

—Que se miran de reojo y se echan la culpa recíprocamente de lo sucedido. Ya sabes, lo de la Junta, lo de la paz honrosa y todo eso... Pero no les hagas caso tampoco. Siguen como si no hubiera pasado nada, con comités, reuniones, consignas y qué sé yo qué más niñerías. No hacen más que hablar y hablar. Que si nosotros, que si vosotros... Ya ves tú, igual que antes... ¿Has leído un artículo que se ha publicado en *Domingo*, ese semanario que sale en San Sebastián? Ya se ve que no, joven. Pues es de espanto. Se titula «El castigo de la espalda curvada» y lo firma una mujer. Se refiere a lo que deben hacer con nosotros... Nada de matarnos ni de tenernos presos. ¡Ca! Según la autora, ése sería un trato demasiado benigno. ¿Qué, cuatro tiros y ya está, no? ¡De ninguna manera! Pide que nos pongan a trabajar, sin sueldo y sin descanso. Toda la vida con la espalda curvada sobre la tierra, sin interrupción, sin redención, como esclavos. ¿Qué te parece? Algo serio, muchacho. Por eso hay que olvidarse por ahora de elecciones, mítines y demás. Todo eso volverá algún día, pero ¿cuándo y cómo, eh? Pi y Margall nos aconseja que tengamos paciencia, mucha paciencia, mucho aguante. Dijo: correligionarios, acabáis de penetrar en un túnel muy largo, muy largo, muy oscuro, muy oscuro... Le quisimos sonsacar algo a Lenin y ¿sabes lo que conseguimos? Sólo frases como éstas: guerra revolucionaria, conciencia de clase, disciplina y mando único, y otras por el... por el... por el estilo.

Gaspar bosteza. Le rechina la dentadura. Se hurga en los oídos con los dedos meñiques. Le tiemblan los mofletes. Bufo. Ronca. Finalmente, su rostro se derrite y se esfuma en la oscuridad.

De pronto, Federico se estremece. Tiene miedo de encontrarse solo, como un naufrago, en aquella negrura sin límites. Y se agarra con todas sus fuerzas. ¿A qué? ¿Es una roca? ¿Es el tronco de un árbol?

—¡Papá! —clama.

Entonces, otras manos cogen las suyas. Unas manos fuertes que le quitan el miedo y le trasfunden una ola de suave calor que le recorre todo el cuerpo. Y oye una voz antigua que le envuelve en calma y seguridad:

—Un poco de paciencia, hijo. Ya estamos llegando.

Siente el balanceo de la cabalgadura y, al abrir los ojos, su mirada tropieza con la ancha espalda de su padre. Se inclina a un lado y ve delante otros jinetes. Vuelve la cabeza y ve más jinetes a retaguardia. Son las primeras horas de una tarde llena de sol, de un sol que revienta en el azul altísimo como una yema de huevo, chorrea por la comba del horizonte y pringa el aire de reflejos dorados. A ambas orillas del caminejo se extiende un bosque de encinas y carrascos. Entre las untuosas hojas de las jaras cabecean, al suave aliento de la siesta, sus flores, blancas como azucenas. Todo chasca, cruje o jadea bajo el peso del sol y, súbitamente, un torpe aleteo rasga aquel vasto rumor de soledades.

—¡Perdices, don Julio! —grita uno de los jinetes.

—Ya, ya —responde el padre de Federico—, pero ahora no tenemos tiempo para seguirlos.

Al declinar la tarde descubren el humilde caserío del pueblo, rodeado de una atmósfera estática, Nada se mueve dentro ni alrededor. Parece abandonado. Por la parte de acá lo abraza el cauce seco de un arroyo y, por la parte de allá, linda con unas huertas que se hunden en un estrecho valle, entre dos colinas boscosas.

Las cabalgaduras se detienen.

—Aquí, el alcalde pedáneo será de los contrarios, ¿no? —pregunta don Julio.

—Sí, señor —le responde el jinete más próximo.

—Pues tienes que ir a verlo, Hipólito, para lo del pregón. Hay que hacer las cosas como manda la ley.

—Usted manda, don Julio.

Hipólito espolea su caballo, que inicia un trote ligero, y se pierde de vista. Los demás continúan la marcha al paso. Cruzan el cauce seco y se detienen ante la posada. El portalón está abierto y penetran en el corral, que tiene en el centro un abrevadero para las caballerías, y descabalgan. Luego pasan a la cocina de lar con campana y vasares, con una larga mesa de pino rodeada de banquetas

con asiento de anea. El posadero es tuerto, achaparrado, de jeta peluda. Los recibe en mangas de camisa, muy zalamero. Una faja de lana negra suelda las dos partes desproporcionadas de su cuerpo: tórax de gigante y piernas de enano. La posadera es gorda, chata y desdentada, y lleva cubierta la cabeza con un negro pañuelo anudado a la nuca.

—Aquí es don Julio, el médico de Álamos de Arriba. Venimos a recoger votos —presenta el acompañante de don Julio, que no deja de la mano un saco de lona.

El posadero invita con un gesto a que se sienten y después dice:

—Hasta aquí han llegado los rumores de lo mucho que sabe don Julio. En Álamos de Arriba tenéis más suerte que nosotros...

De una de las vigas, negra y resinosa, pende una alcarraza rezumante, sostenida por un cordel que pasa por una garrucha y termina atado a una argolla en la pared.

—Pero quiera Dios que no lo necesitemos... —sigue diciendo el posadero mientras desanuda el cordel y hace descender la alcarraza.

A cada uno de sus movimientos se levantan enjambres de moscas que hinchen la estancia penumbrosa con el monocorde zumbido de sus aleteos. Las moscas se estrellan contra los rostros de los viajeros, quienes tienen que ahuyentarlas a manotazos, y con la cortina de arpillera que transparenta la claridad del corral. Se revuelven, giran, se posan, vuelven a levantar el vuelo... La posadera, entre tanto, allega unos vasos de grueso vidrio que su marido llena con el contenido de la alcarraza: vino oscuro y áspero.

—Verán qué fresco está —murmura el posadero.

Don Julio solo lo cata y cumple:

Sí que está fresco. Gracias.

Los demás lo beben gustosamente. Entonces, la posadera repara en Federico y dice:

—Y este angelito de Dios, ¿qué va a beber?

—¿Tienen leche? —pregunta don Julio.

—¡Oh, no, señor! —responde la posadera, sorprendida—. Gracias a Dios, tenemos todos buena salud en casa.

—Entonces...

—Tengo pan y miel —y pregunta al niño—: ¿Te gusta la miel, tesoro? —y, antes de que Federico responda, añade, mirando a don Julio—: No tenemos hijos, ¿sabe usted?

Se desgració el primero —continuó el posadero—y ya no hubo más gracia de Dios. ¡Qué se le va a hacer!

La posadera prepara la untada de miel en encarnizada lucha con las moscas, que acuden, innumerables, y forman en torno a la mujer un torbellino zumbador.

—¡Jesús! ¡Jesús! —exclama ella agitando los brazos.

Pero las moscas no cejan y el rumor de sus alas crece como el de una cascada según nos vamos acercando a ella. La mujer tapa apresuradamente el puchero de la miel y deja sobre la mesa la navaja pringada que, inmediatamente, se cubre de alitas vibrátiles.

—Toma, tesoro.

Pero antes de que Federico pueda morder el pan, las moscas se precipitan en tromba sobre la untada y se quedan pegadas a ella, formando un convulso amasijo que el niño repele.

—¡Acudan a la posada! —grita una voz lejana.

—Es el pregón —dice uno de los hombres.

—¿Vendrán? —pregunta don Julio.

—Vendrán las mujeres —contesta el posadero—. Eso lo apañan aquí ellas.

Federico abandona la merienda, intacta, en manos de la posadera, quien mueve los labios, pero no dice nada, y corre hacia la puerta.

—Voy afuera, papá.

Don Julio pregunta en ese momento:

—Los contrarios pasaron por aquí hace dos o tres días, ¿no?

—Antier —responde el posadero.

Federico choca contra el telón de luz que iza en el corral el sol poniente y se deslumbra, pero no deja de correr hasta llegar al abrevadero, en el que se chapuza gozosamente. Una de las veces en que saca la cabeza chorreando agua descubre a Hipólito, todavía a caballo, seguido por un grupo de mujeres enlutadas. Hipólito echa pie a tierra, ata su caballo junto a los otros, pasa por entre las mujeres y desaparece tras la arpillera que cubre la puerta de la cocina. En seguida se oye su voz:

—Ya están ahí fuera, don Julio.

—¿Y el pedáneo? —pregunta don Julio.

—Nada. Se conoce que se fue al campo para no decir ni que sí ni que no. Por eso he tenido que echar yo mismo el pregón sin permiso de la autoridad.

Sigue una pausa. Federico, recostado en el abrevadero, contempla las mujeres. Aunque a la primera impresión todas parecen iguales, las hay de distintas edades y tipos. Eso sí, todas usan sayas negras, blusas pechugonas y pañuelos negros. Cuchichean. Una de ellas, renegrada y angulosa de ojos de ardilla, es la que lleva, al parecer, la batuta en aquel coro. Cuando aparece don Julio con Hipólito a su derecha y el hombre del saco a su izquierda, enmudecen, y sigue un silencio expectante, durante el cual el grupo de mujeres y el grupo de hombres se curiosean recíprocamente.

—Buenas tardes —dice don Julio, rompiendo el silencio.

—Buenas se las dé Dios —se oye murmurar entre las mujeres.

Y otra vez vuelve el silencio, hasta que dice Hipólito:

—Aquí es don Julio, el médico de Álamos de Arriba —y, tras una pausa, añade—: ¿Cuánto queréis por el voto de vuestros hombres?

Las mujeres sonrían, pero ninguna contesta. Poco a poco, sin embargo, empiezan a rebullirse y a juntarse en corro. Luego, las palabras sopladitas al oído circulan, dan la vuelta... Algunas cabezas hacen movimientos afirmativos, otras deniegan... Más palabras al oído, otra vuelta... Aumenta el número de cabezas que dice que sí... Una tercera vuelta y ya la conformidad es unánime. Entonces se encara con los hombres la de los ojos de ardilla:

—Los otros dan dos duros —dice, sonriendo fríamente.

Don Julio e Hipólito se consultan con una mirada.

Aquél asiente y éste manifiesta en voz alta:

—Está bien. Nosotros daremos tres.

Los ojos de las mujeres relucen de contento, pero la que hace de portavoz de todas retruca:

—¿Y si los otros ofrecen cuatro?

Hipólito habla quedo con don Julio. Mientras, las mujeres parlotean por lo bajo, excitadísimas. Sólo la de los ojos de ardilla permanece impassible, alta la cabeza, en actitud de reto.

—Nosotros daríamos cinco.

La voz de Hipólito deja sin aliento a las mujeres.

—¿Cuándo? —pregunta rápidamente la portavoz.

—Mujer, cuando pasen las elecciones.

—No vale. Tiene que ser ahora.

Hipólito forcejea:

—Ahora, tres; al día siguiente de votar...

—No. Tiene que ser ahora. Las promesas se olvidan.

Ya pasó eso un año.

Hipólito consulta otra vez con don Julio y luego inquiere:

—¿Cuántos votos?

—Cabalmente veinticuatro.

El coro negro ha quedado paralizado. Sólo hay vida en los ojos de las mujeres.

—¿Cómo se llama? —pregunta entonces don Julio a la que les hace frente.

—Emilia, para servirle —contesta la de los ojos de ardilla.

—Es usted muy lista.

—Regular nada más.

—Bien —y don Julio sonrío—, ha ganado usted.

Les daré cinco duros por voto.

—¿En plata?

—En plata.

Las mujeres suspiran hondo y ríen infantilmente, entre grititos. Emilia, en cambio, arruga y arquea los labios y en sus ojos puntea un irreprimible relumbre de orgullo. Se rompe el estatismo de la escena. Las mujeres rodean a Emilia y los hombres siguen a don Julio, de vuelta a la cocina. Federico recobra también el movimiento y va tras su padre por entre el grupo de las mujeres, algunas de las cuales tratan en vano de acariciarle el rostro.

Don Julio, Hipólito y el hombre del saco se han sentado en las banquetas de anea junto a la gran mesa de pino. Los demás se alinean a retaguardia. La pareja de posaderos se ha retirado a un rincón y desde allí contempla la escena. Por su parte, Federico se arrima a su padre y queda entre él e Hipólito, de pie.

A una seña de don Julio, el hombre del saco vierte el contenido de éste sobre la mesa. Se levanta una nube de moscas y se esparce un tintineo metálico que atrae hacia allí todas las miradas. Entonces, las mujeres levantan la cortina y se quedan absortas ante el montón de monedas de plata, sin importarles que las moscas, en su alocada huida hacia la claridad del corral, les golpeen los párpados, la nariz, los labios...

—Pasen, pasen —dice don Julio.

Se acercan a la mesa, fascinadas por el brillo de la plata. Hipólito, que tiene ante sí un cuaderno y unos papelitos, pregunta a Emilia:

—¿Cómo se llama tu marido?

—Francisco Rebollar López —contesta ella.

Hipólito apunta trabajosamente en el cuaderno con un lápiz que ensaliva a cada palabra.

—Bien. Toma —y le da uno de los papelitos—. Este es el voto que tiene que echar, ¿comprendes?

—De sobra lo sé, buen hombre —dice ella con orgullo, pasándose los dedos por la comisura de los labios.

Entre tanto, don Julio ha hecho un montoncito con cinco grandes monedas de plata y lo empuja hacia la mujer. Emilia coge, una a una, las monedas... Hipólito dice:

—A ver, otra.

Y don Julio comenta:

—El día de las elecciones...

** * **

Federico, tras su padre, contempla la hermosa mañana del campo. Un aire fresco que baja de los encinares peina, ondula y alisa, sucesivamente, las mieses doradas. Hay en torno un rumor que se aleja y una palpitación que crece. El sol rampante espejea en lo alto, y la lejanía es un círculo impreciso en que llanura y cielo se confunden. Una doble hilera de álamos altaneros señala los lindes del ancho camino real que lleva al pueblo. Píán débilmente algunos pájaros invisibles que no logran romper, sino acompañar, el silencio de la campiña, que es más bien una flotante sinfonía de sonidos inconcretos.

La Fuente, cabeza del municipio, es un poblado destartalado y polvoriento, de casitas blancas y ocres y calles desiguales, con una plaza en el centro. A un lado de la plaza está la iglesia y, enfrente, el caserón del Ayuntamiento, con soportales. En medio se alza un gran nogal, rodeado de bancos de azulejos donde se sientan los ancianos en los atardeceres.

Don Julio cabalga al frente de un cortejo de amigos y parciales. Se han detenido todos al remontar un alcor desde el que se ve el pueblo como al alcance de la mano y desde donde el camino se desliza entre trigales hasta empalmar con el de los álamos. Federico, como siempre, monta a la grupa y se agarra a la cintura de su padre.

A derecha e izquierda se descuelgan de las pequeñas alturas, por trochas y caminejos, más jinetes, en grupos bulliciosos. Hipólito los va reconociendo y señalando con el brazo extendido:

—Aquéllos son nuestros... Y éstos... ¿Ve los que vienen por allí? Son contrarios. Los que se ven más allá son también de los nuestros...

—Nuestros y contrarios... —murmura don Julio.

—¡Eh! ¿Qué es lo que pasa allí? —pregunta uno de los acompañantes, indicando la línea del pueblo.

Todos miran en aquella dirección.

—¡Los civiles! —exclama Hipólito.

Los ha identificado por el brillo de los tricornios. Son varias parejas de guardias civiles. Detienen a los caballistas que llegan y los dividen en dos grupos, a derecha e izquierda del camino.

—Vamos, vamos a ver qué sucede.

Y don Julio espolea al caballo. Le siguen y rodean sus hombres. Pasan corriendo por entre los rezagados y llegan allí, entre nubes de polvo y estruendo de cascos. Los guardias, al verlos aparecer, miran a su jefe, un sargento de negros bigotes a lo káiser, quien, sin inmutarse, ordena al grupo de jinetes que tiene a su izquierda:

—Hala, vosotros ya podéis seguir.

Luego se adelanta y se yergue en medio del camino, obligando así a don Julio

a detener su caballo a pocos pasos de él. Mientras, los hombres a quienes el sargento ordenara seguir han penetrado al galope por una calle del pueblo. El otro grupo permanece a la expectativa, callados los hombres, cabeceantes los caballos. Hipólito murmura entonces cerca de don Julio.

—Los que tiene parados son de los nuestros.

—¡Buenos días, sargento! —saluda don Julio.

El aludido se lleva dos dedos de la mano derecha al borde del tricornio, en silencio y sin mover los labios.

—Soy candidato y quiero saber qué pasa.

El sargento es un hombre cetrino, alto, de mirada severa y aspecto triste. Bajo la oscura capa quedan ocultos su fusil y sus manos.

—Que éstos —y tuerce la cabeza en dirección a los retenidos— venían alborotando y desafiando.

—¿Alborotando y desafiando? —Y don Julio sonrío—.

¿Es que hay que ir a votar como a un entierro? Yo respondo por ellos, sargento, y le garantizo que...

—Llévenselos —le interrumpe el sargento, dirigiéndose a sus subordinados.

—Pero... —intenta protestar don Julio.

Entonces el sargento le mira de frente. Su expresión es fría, inanimada, y átona la voz:

—Lo siento, señor, pero tienen que declarar.

—¿Por qué? —insiste don Julio.

—Por perturbar el orden público. ¿Comprende ahora?

El grupo de caballistas, rodeado por los guardias, echa a andar a paso lento hacia el pueblo. Sólo quedan otros dos guardias, que se colocan a unos pasos tras su jefe. Éste permanece inmóvil, en actitud de cerrar el camino a don Julio y a sus acompañantes. El viento mueve ligeramente los pliegues de su capa. ¿Y los rezagados? Don Julio vuelve la cabeza y no ve a nadie. Transcurren así unos minutos de indecisión por parte del médico de Álamos de Arriba y de sus hombres. Federico, mientras tanto, no quita ojo al sargento, fascinado por su rigidez, su impasibilidad y su silencio. Sus negros ojos son adustos, obstinados, autoritarios. Ponen distancias, paralizan, mandan.

Al fin, subiendo el barboquejo por su mentón, dice el sargento:

—Puede dar parte, si quiere, pero no intente usted impedir que se cumplan las órdenes.

—Bien. ¿Podemos seguir, sargento?

El sargento se echa a un lado.

Sí, pero no me alboroten el pueblo. A los detenidos no les va a pasar nada. En cuanto declaren todos y se instruyan las correspondientes diligencias, serán

puestos en libertad. Vamos, a no ser que armen jaleo.

Don Julio no replica y da rienda suelta a su caballo.

Sus hombres les siguen en silencio. Y entran así en el pueblo. Hipólito es quien rompe a hablar:

—Los demás han tenido miedo y se han vuelto.

En la primera esquina les sale al paso un hombre, vestido de pana y calzado con abarcas, que se para ante ellos.

—Es un pastor del señor Pablo —avisa Hipólito.

—¿Qué pasa? —pregunta don Julio al pastor al tiempo que detiene su caballo.

—Nada —contesta el hombre—. Que el señor Pablo me manda a decirles que los nuestros están todos borrachos en las bodegas.

Don Julio mira gravemente a sus hombres como pidiéndoles consejo. Y, como siempre, es Hipólito el que habla. Federico lo ve por primera vez aunque lleva mucho tiempo viéndole y oyéndole, y sabe que pretendió ser torero y que ahora es muñidor de elecciones al servicio de su padre. Tiene unos ojos claros que miran siempre con impertinencia, irreverentes. Una leve cicatriz de asta de toro divide en dos su barbilla. Dicen que mató a un hombre en pelea. Su mujer es hija del jefe local de los contrarios. La enamoró y se la llevó al monte. Luego, se casaron como Dios manda, pero porque quiso él, magnánimamente. Cuando no hay elecciones trapichea en ganado y cereales. Y, aunque va para rico, sigue siendo capaz de jugárselo todo a una carta. Dice:

—Al Ayuntamiento, don Julio. Vamos al Ayuntamiento. Hay que dar la cara y, si es menester...

La amenaza queda inconclusa. Se reanuda la marcha y pronto desembocan en la plaza solitaria. Asomado al balcón del Ayuntamiento se ve a un hombre que viste un elegante traje gris, se toca con un sombrero del mismo color y muestra enguantadas las manos.

—¡El marqués! —exclama Hipólito.

Federico sabe que el marqués es el contrincante de su padre. Dicen que, además de marqués, es banquero y hombre de mucha influencia en Madrid. Lleva ganadas varias elecciones por falta de candidato contrario y en ésta se presenta a favor del Gobierno. No conoce su nombre ni su título, pero ha oído comentar que es el cacique de la provincia. Un día, su padre recibió la visita de un mensajero del marqués, que le dijo: No sea usted tonto, don Julio. Pásese a los nuestros y tendrá lo que quiera. El señor marqués es muy de los suyos. Su padre se encolerizó y lo echó de casa. ¿Qué se habrá creído ese marqués —decía en voz alta a su madre—, que yo me venda por un plato de chuletas? ¡Ay, Julio, Julio, esto va a ser nuestra ruina, le replicó su madre llorando. ¿Es que quieres que me

venda? No, Julio, no. Claro que no. Lo que yo quiero es que dejes la política antes que sea tarde. Ya sabes que la política fue la ruina de nuestra familia. Soy médico y no pretendo vivir de la política. Si me he metido en ella es por contribuir a echar de la política a los vividores y granujas que la deshonran. Ahora, Federico ve al marqués de cerca. Sin uniforme, espadín y sombrero de plumas, tal como se lo imaginara, no parece marqués. Es un hombre como tantos otros. Entonces, ¿qué quiere decir que se es marqués, para qué sirve eso? ¿A qué se dedica un marqués, qué hace? Pero está ahí y los mira orgullosamente desde el balcón del Ayuntamiento... Federico siente ganas de llorar y se agarra fuertemente a la cintura de su padre.

Suenan inesperadamente las campanas del reloj de la iglesia, y los jinetes se detienen junto al gran nogal, sorprendidos al oír cuatro lentas y gruesas campanadas.

—¿Cómo es eso? —exclama, indignado, Hipólito, después de comprobar la hora en su abultado reloj de bolsillo—. Mi reloj anda conforme con el sol y todavía no marca las once.

El reloj de don Julio coincide con el de Hipólito. Los demás miran a lo alto y luego hacen signos afirmativos con la cabeza.

—¡Bien nos la han jugado, bien! —y la voz de Hipólito revela la cólera que le domina—. Mientras los nuestros siguen en las bodegas sin haber votado, los contrarios estarán ya levantando las actas... ¡Hijos de puta! —y pregunta a don Julio—: ¿Qué hacemos ahora?

—Vamos a casa de Pablo.

Vuelven grupas. La casa de Pablo tiene enjalbegada la gran fachada donde se abren, asimétricamente, ventanas con verjas de hierro. El zaguán, de piso de tierra apisonada, es amplio, destartado. Una puerta conduce al corral; la otra, a la cocina. El dueño es un hombre corpulento y vigoroso, de mirada dominante y pelo cano.

—¿Qué es esto, Pablo? —entra preguntando don Julio.

Pablo está de pie, junto a su mujer y los varones de la familia, cinco hijos como cinco varales. Detrás, aparecen las hembras —hijas y nueras—, vestidas de negro como la mujer de Pablo y, como ella, tímidas y ceremoniosas.

—Velay, don Julio. Que nos han hecho trampa otra vez.

Sigue un silencio cargado de ira, explosivo. Don Julio lee en todos los ojos una sombría resolución que sólo aguarda una orden suya para estallar en algarada. Aquellos hombres son como podencos ansiosos de cacería. Con sólo azuzarlos un poco se lanzarían sobre los colegios electorales para romper las urnas o los cráneos de los contrarios. En sí, son pacíficos y socarrones, pero se sienten humillados, burlados, en juego la honra personal. En el fondo no les

importa quien gane las elecciones, pero forman grupo y son leales a él por encima de todo y contra todos. Llegarían a la riña sangrienta y habría en La Fuente un día de luto. Pregunta al fin don Julio:

—¿Y el notario de Ciudad Real?

Contesta Pablo, moviendo apesadumbradamente la cabeza:

—Seguramente los contrarios no le han dejado llegar a La Fuente. No precavimos eso, don Julio.

—¿Y el de aquí?

—Ése se fue de caza bien temprano. No es de unos ni de otros y, como usted ya sabe, no quiere compromisos.

Vuelve a caer el silencio sobre la reunión. Don Julio saca entonces su petaca de piel y la ofrece a Pablo. Éste se sirve tabaco y la entrega después a otro, y así va pasando por las manos de todos los hombres. El manejo de liar el cigarrillo rompe la tensión. Cuando, al final de la ronda, don Julio recoge su petaca, toma asiento en el estrado, sobre un cojín multicolor. Y dice, sin énfasis, resignadamente:

—Hemos perdido, señores.

Los hombres le miran, pero él parece atento tan sólo a la tarea de envolver el tabaco en el papel de fumar, que realiza pausadamente. Lo enrolla con los dedos, estira luego el cigarrillo, lo retoca, aguza uno de sus extremos y cierra el otro con la uña del dedo meñique...

Es Hipólito el que se adelanta y dice:

—Queda todavía un remedio, don Julio.

Después de prender el cigarrillo, don Julio sacude el fósforo hasta apagarlo y lo arroja después al fuego de leños que arde en el lar. Por último, levanta la mirada hasta los ojos de gato de Hipólito y le pregunta:

—¿Sí? ¿Cuál?

—Pues apostarnos en el camino, agarrar a los que lleven las actas y ...

—Romperlas, ¿no?, para que se repitan las elecciones.

—Cabalito.

Don Julio medita unos instantes.

—Podría ser —dice, sonriendo, con desilusión en los ojos—. Sé que suele hacerse eso. Pero hasta ahí no llego yo. Prefiero renunciar y... renuncio. —Y luego murmura como para sí—: Todo eso es como una fruta podrida y yo no quiero morderla...

- oOo -

El silencio es ahora largo, espeso, sofocante, como una de esas nubes de polvo caliente en el verano. Pero Federico siente frío y oye decir a su madre:

—Este chiquillo se va a constipar, Julio.

—Abrígalo bien y no te preocupes, Cristina. Es conveniente que vea estas cosas.

—¡Pero si es muy pequeño y no se va a enterar!...

—No importa. Tal vez no lo entienda ahora, pero llegará un día en que lo recuerde y lo comprenda, mujer.

Están en el balcón de su casa, sobre la plaza del pueblo, y sucede en las primeras horas de una mañana manchega. Llegan del campo aires de escarcha y el sol es apenas un resplandor aterido en la cima del campanario. Todos los balcones aparecen llenos de curiosos y en el del Ayuntamiento se ha preparado un tinglado consistente en dos bombos con una tarima en medio. Sobre la tarima permanece en pie y, en primer término, un hombre, con chaquetilla de dril, bufanda al cuello y gorra de plato. Tras él se yerguen las figuras de otros hombres endomingados.

Abajo, junto al portón de la Casa Consistorial, hay dos grupos. El de la derecha lo forman hombres jóvenes, mozos, que empuñan guitarras, acordeones, bandurrias y vihuelas. El de la izquierda está constituido por mujeres jóvenes, mozas, y por otras de edad madura, sus acompañantes. Las muchachas, luciendo sus mejores galas: refajos, corpiños y mantillas, muestran, sobre grandes bandejas, alguna obra de dulcería casera: tartas, mantecados, rosas... Unos y otras aguardan una grave decisión de los hados, el sorteo de los quintos, porque la guerra de África reclama más carne de cañón cada día.

Nadie parece escuchar las primeras voces del alguacil, el hombre de la gorra de plato, mientras lee una especie de bando u orden gubernativa. Luego, cuando su mano impulsa los bombos y éstos empiezan a dar vueltas, los espectadores ahogan hasta la respiración. Es tal el silencio, que puede oírse perfectamente el chirrido de los ejes de los bombos.

—Papá, ¿qué pasa? —pregunta Federico en voz baja, atemorizado.

—Escucha y calla, hijo. Escucha y calla.

Los bombos se han detenido. Entonces, la mano del alguacil extrae de uno de ellos una papeleta. La lee y grita:

—¡Fidel López López!

De entre los mozos se destaca uno que lleva agarrada por el cuello una vistosa guitarra, adornada con borlas, madroños y cordones multicolores. Una de las muchachas, en cuyas manos tiembla una tarta de miel y almendras, sale a su encuentro.

Entre tanto, el alguacil lee la papeleta que ha sacado del otro bombo:

—¡Número dos! ¡África!

Se oye el grito de una mujer y luego:

—¡Virgen Santa del Espino!

El mozo de la guitarra y la moza de la tarta se encuentran y entonces él coge la bandeja con la confitura, la levanta en alto, como haciendo un brindis al público, y la estrella después contra el suelo, al tiempo que grita con una voz ronca de vino y de insomnio:

—¡Para mí solo!

El papel con el número fatídico es prendido a la gorra del futuro soldado por su novia, que se retira seguidamente en dirección a su casa, bajo la custodia de su madre, y sigue el sorteo.

Federico tiritita, da diente con cliente. Su madre le hace acostar de nuevo y el chico sueña con los quintos que, durante un par de semanas, someten al pueblo a su vandálica tiranía. Asaltan los corrales y se llevan sus mejores piezas para sus ininterrumpidas comilonas; atacan a las mozas en plena calle; organizan serenatas estruendosas por las noches; irrumpen violentamente en las casas reclamando dinero y bebidas; duermen todos juntos en los pajares sus descomunales borracheras...

Y ve a su padre ante el retrato a pluma de la cabeza de un militar de grandes mostachos enhiestos, que ocupa casi toda la primera página de un diario, y se oye su exclamación:

—¡Los moros han matado al general Silvestre! Esto es un desastre. ¡Pobre país!

Se dice que las madres se sientan sobre las vías del tren para impedir que sus hijos sean llevados a la guerra.

—¡Con lo que cuesta criar un hijo, Virgen Santa!

Y otra vez el silencio, el chorro de humo que todo lo envuelve, la oscuridad...

- oOo -

Federico siente una fuerte presión en el pecho. Intenta moverse, pero no puede. Está atrapado en un cepo. Los pensamientos se le confunden con los recuerdos y de esta mezcla resulta una perturbación total de sus ideas. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? No tiene tiempo de encontrar las respuestas porque otro rostro, el de un funcionario de prisiones, se le aparece para preguntarle:

—¿Nombre?

—Federico Olivares García.

—¿Edad?

—Veintiséis años.

—¿Profesión?

—Maestro.

El funcionario repite sus respuestas al mecanógrafo.

—¿Nombres de sus padres?

—Julio y Cristina.

Después de saber el lugar y la fecha de su nacimiento, remata el interrogatorio con una sorprendente pregunta:

—¿Religión?

—Agnóstico.

—¿Ag... qué? ¿Cómo ha dicho?

—Agnóstico.

El funcionario, ceñudo, le mira entre receloso y amenazador.

—Pero, bueno, ¿está usted bautizado o no?

—Sí.

—Pues entonces —y se dirige al mecanógrafo— pon católico.

Y se reúne con José Manuel, Molina y Agustín, maniatados los cuatro. José Manuel llora y tiembla, y Federico tiene que tirar de él y sostenerle mientras atraviesan un campo de labor surcado por numerosas zanjas; abiertas unas; a medio tapar otras. Está amaneciendo entre temblores y escalofríos en un cielo nuboso y apesadumbrado. Tras ellos suenan las pisadas de la escolta, con un ruido esponjoso, ahogado. No se oye una palabra. Tan sólo, de cuando en cuando, una tos o un carraspeo rompen el temeroso silencio.

José Manuel se tambalea y tiene que detenerse. Entonces, Molina susurra:

—Aún puede llegar el indulto, José Manuel. ¡Ánimo! La escolta se ha detenido también. Tiritando, balbuce José Manuel:

—¿Y qué va a ser de mi hijita ahora?

Una voz ordena secamente:

—¡Adelante!

Federico coge del brazo a José Manuel y siguen.

Tropiezan. José Manuel anda con los pies a rastras.

—¡Adoración! ¡Dorita! —gime.

Así llegan hasta un pequeño muro de cemento que les cierra el paso. El suelo es también de cemento liso, con una serie de regueros que confluyen en un pequeño foso central. Al otro lado del muro se extienden las colinas, sembradas de cruces, de un cementerio. Largos y oscuros cipreses se cimbrean en la incierta luz a impulsos de la brisa del alba.

—¡Alto! —ordena la voz de mando—. ¡Media vuelta!

Obedecen torpemente, por las ligaduras. José Manuel se derrumba y sus amigos tienen que levantarlo y apoyarlo en el muro. Frente a ellos se alinea un grupo borroso de soldados de rostros invisibles en posición de disparar. A un lado se coloca el oficial, también sin rostro, y, en el opuesto, aparecen Blas y Valdivia, ambos con la cabeza baja. Pasa sobre todos ellos un aleteo de aire frío.

Ya no carraspea nadie. Y dice Molina:

—¡Compañeros, ha llegado la hora de la verdad!

—¡Si somos inocentes, Señor! —apela, entre sollozos José Manuel.

Agustín permanece silencioso, con los labios apretados. Federico, en cambio, intenta algo, pero sólo dice:

*—Tenía pensada una frase para este momento, pero se me ha olvidado...
¡Viva la...!*

—¡Fuego! —le corta la voz terrible.

No suenan las detonaciones, pero Federico siente un fuerte dolor en una pierna...

* * *

Abrió los ojos y se incorporó. Unos pies descalzos huían hacia el pasillo. Una luz tímida, apenas un resplandor lechoso, le llegaba por detrás. Vio tendidos a su lado a Molina, a José Manuel, a Agustín... Pero eran más, muchos más, los hombres tendidos, apretujados, incrustados los unos en los otros. Y estaba allí también Gaspar, cuyos mofletes temblaban a impulsos de sus mansos ronquidos. Observó que todos tenían gotas de sangre en el cuello. Collares de gotas de sangre como lentejas, que se movían. De pronto, uno de los cadáveres se levantó y echó a andar por la espesa alfombra de cuerpos humanos, sorteando cabezas, pechos, vientres, pies... Se respiraba un denso, casi asfixiante, olor a humanidad.

Federico se levantó también y se dirigió al hombre que fumaba tranquilamente, sentado en el pasillo. El hombre, al verle, sonrió y le dijo:

—Menudo pisotón te ha dado ése. Ya lo he visto. Me llamo Gonzalo y estoy de imaginaria.

—¡Ah!

—Claro, es la hora de las vejigas. Pronto va a sonar diana.

Como eres nuevo, no sabes que la gente se anticipa para poder lavarse y hacer sus necesidades antes que se formen las colas.

—Y eso que tienen en el cuello, ¿qué es?

Gonzalo sonrió otra vez.

—¿Eso? Chinchas, hombre, chinchas. Las hay a manta y están muy bien amaestradas. Durante el día no se ve ni una, pero en cuanto suena el toque de silencio, por las noches, salen en formación de sus nidos y se preparan para el ataque. Se ceban especialmente en el cuello porque debe de ser la parte más tierna y donde corre la sangre más dulce. Y tan pronto como oyen el toque de diana, se escabullen.

—Son unos bichos asquerosos.

Sí, pero es peor lo que les ocurre a los reclusos que ocupan las escaleras para dormir. Allí son las ratas, por cientos, las que acuden a devorar la poca comida que guardan en sus bolsas los compañeretes. Y saltan y corren por encima de ellos...

Federico se restregó los ojos con los dorsos de las manos.

Luego contempló, pensativo, el cuadro que ofrecían tantos hombres durmiendo sobre el entarimado de aquella habitación que, años atrás, tal vez hubiera sido una aula donde se explicase Historia de España, o Matemáticas, o quien sabe si Catecismo y Apologética. Después, en cambio, se enseñaba en ella la difícil asignatura del dolor y la muerte...

—Te he estado observando mientras dormías —dijo Gonzalo, interrumpiendo sus cavilaciones—. Te quejabas y te retorcías. ¿Es que soñabas que te estaban zurrando?

—Algo peor: que me estaban fusilando.

—¡Coño! ¿Y qué tal se pasa?

—Muy mal, desde luego, pero no tan mal como se piensa. Se puede aguantar.

—Ya. Como no ha podido contarle nadie todavía... De todas maneras no debe de ser un plato de gusto. Yo no quisiera averiguarlo.

—Ni yo.

Iba a seguir Olivares su camino cuando Gonzalo le preguntó, de sopetón:

—Oye, oye... ¿A qué organización o partido perteneces?

Federico le miró a los ojos y Gonzalo sostuvo su mirada, impassible.

—Al partido sindicalista, pero ¿a qué viene eso ahora?

—Yo, a la CNT. Así que somos compañeros, ¿no?

—Claro, pero estamos todos en el saco y no creo que vayamos a andar con esos tiquismiquis en esta situación.

—Ya lo creo que sí. Ya lo verás. Por de pronto, ten cuidado con los chinos.

Olivares no pudo ocultar su desagrado por aquella advertencia, pero se limitó a decir:

—Bien, bien, descuida.

Pasillo adelante, se encontró con otros presos que, en calzoncillos y con una toalla al hombro, se dirigían al mismo sitio que él. Ya había formada una cola de aspirantes ante el único grifo. Pidió en ella su vez y luego hizo lo mismo en la que iba estirándose ante la puerta del cuchitril que servía de retrete. El que se la dio en esta última le ofreció tabaco y, mientras liaban los cigarrillos, le preguntó:

—¿Cuándo ingresaste?

—Ayer.

—¿Eres del partido?

Federico vaciló un instante.

—Pues... sí.

—Entonces ten cuidado con ceneteros y socialeros, ¿estamos?

—Descuida.

Sobre tres tazas turcas, tres hombres descargaban sus intestinos a la vista de varios pacientes espectadores. Federico cerró los ojos.

IV

... en emprender la faena,
y de los últimos tercios

El antiguo colegio de religiosos fue convertido en prisión por las autoridades republicanas durante la guerra. Era un viejo caserón corroído por el tiempo y desgastado por el paso agresivo de varias generaciones de muchachos y, después, por su precipitada acomodación a cárcel en circunstancias apremiantes. Puertas, ventanas, suelos y paredes aparecían rotos, sucios, quemados. Hedía a cloaca. Las verjas y los rastrillos le daban un aspecto siniestro. Constaba de tres plantas y dos pequeños patios áridos, sin árboles, con el piso de cemento y cerrados por altos muros en los que se habían habilitado puestos y garitas para los centinelas. Situado casi en el centro de la ciudad y rodeado de estrechas calles populosas, los ruidos de la población penetraban libremente en su recinto, por lo que los encerrados tras sus muros se consideraban todavía ligados a la vida libre.

Dentro del sombrío edificio sudaron interminables agonías muchos partidarios de las tropas franquistas en las trágicas noches del mes de noviembre de 1936, cuando sus vanguardias llegaron a los suburbios de la ciudad y se especulaba con el inminente derrumbamiento de la defensa republicana. Noches de tiroteos y de insomnio en que el odio, la desesperación y el miedo corrían desbocados por sus calles. Cada esquina era una trampa, cada árbol un peligro, cada portal una asechanza. Aires de traición y de sospecha, de conjura y de terror mantenían a sus gentes suspensas entre el heroísmo y el crimen. Entre rumores y alarmas contradictorios, unos esgrimían sus cuchillos amenazadores y otros aguzaban los suyos en las sombras. Todos vigilaban a todos. Cada cual desconfiaba de su vecino y le acechaba. Dentro de las mismas familias levantaban sus cabezas de serpiente el recelo y la desconfianza. Eran hermanos contra hermanos. Noches de Caín victorioso, del Caín lúbrico y sanguinario que Machado viera vagar por campos y aldeas armado con la quijada fratricida. Cuando en la ciudad se ponía el sol, la muerte, disfrazada de mil maneras distintas, se adueñaba de sus calles y abatía, aquí y allá, a ciudadanos desconocidos, sin preguntarles su nombre, su condición o sus ideas, o subía a los pisos y era la temida visitante nocturna que se presentaba con unos golpes secos a la puerta y se marchaba arrastrando llantos y gemidos por las escaleras.

Por sus puertas salieron, en horas clandestinas, remesas de hombres que se encontraron en el camino con una muerte alevosa. En sus salas y corredores se padecieron angustias mortales; se alumbraron esperanzas fallidas; se celebraron las victorias de los amigos y las derrotas de los enemigos; se pasó hambre y frío; se escribieron poemas y cartas de amor; se cantó en voz baja el «Cara al sol» y se soñaron desfiles victoriosos; se hizo proselitismo y se reclutaron adeptos; se dio

cobijo y aliento a conspiraciones... Hubo quien entró allí no siendo nada y se convirtió rápidamente en un militante fervoroso de la Falange o del Requeté. Hubo quien robusteció su fe y quien la perdió, y también quien, siendo enemigo de los reclusos, trató de congraciarse con ellos a fin de reservarse una plaza en el futuro, porque siempre hay quien juega a todos los paños y a todos los colores; o agudizó sus sufrimientos, porque abundan los hombres con alma de verdugo, en cualquier ocasión y con cualquier pretexto.

Una, mañana de marzo de 1939 se produjo el relevo. Se abrieron sus puertas para dejar salir a los que estaban dentro y dar entrada a muchos de los que estaban fuera. Los nuevos inquilinos venían exhaustos, desesperanzados, irredentos. Dejaban atrás una guerra perdida o, lo que es lo mismo, todos sus bagajes, su ayer y su mañana, en una gran fogarada inútil. Llegaban estigmatizados por la derrota, que es el peor de los estigmas cuando los hombres recurren a la guerra como supremo juez de sus destinos. Sin embargo, poco a poco empezaron de nuevo a forjarse un mundo para ellos. Un mundo donde pronto apuntaron nuevas ilusiones. La guerra, pura carroña ya pudriéndose a la intemperie de los campos de batalla, sobrevivía allí en las imaginaciones, en el lenguaje, en los recuerdos, en los hábitos, incluso en los proyectos para el futuro. La guerra eran ellos, y otra vez en sus pasillos, en sus salas, en sus patios y en sus rincones se cultivó persistentemente el conjunto de verdades y mentiras necesarias para seguir viviendo.

—Dicen que...

—A mi mujer le han prometido...

—Un amigo mío, que está en la calle y es chófer de un capitán jurídico, ha oído decir a un comandante que...

Bulos y más bulos. Verdades ambiguas y mentiras hábilmente elaboradas que nacían en los conciliábulos mañaneros de los patios, de los retretes, de las escaleras, de las oficinas..., a poco del desayuno. El comentario era como un chispazo eléctrico que recorría la prisión para tornar luego a su punto de partida, remozado, corregido, detallado; de tal forma que llegaban a creérselo sus mismos inventores.

—¿Qué noticias hay, camarada?

—¿Qué se dice, compañero?

—Dime algo, hombre, que me levante la moral.

Por las mañanas, los que comunicaban con sus familiares, vertían fuera las noticias del interior. Dichas noticias recorrían las hileras de mujeres que aguardaban pacientemente en la calle con sus paquetes de comida y ropa el momento de pasar al locutorio, se recogían y volvían a entrar por boca de esas mismas mujeres, a través de las alambradas y rejas, certificadas, con un contraste de legitimidad y autenticidad casi notariales. Así se alimentaba durante varias horas el espíritu de los reclusos y la prisión entera se convertía en una caracola resonante de rumores.

Por las tardes, mientras la mayoría descabezaba un sueño o jugaba a las damas o a los acertijos, después del consabido cazo de lentejas con palitroques, las noticias eran estudiadas, analizadas y exprimidas hasta sus últimas consecuencias en el seno de los muchos comités actuantes en los diversos compartimientos. De allí salían luego las órdenes y las consignas.

De noche, tras otro cazo de lentejas de idéntica calidad, y antes del toque de silencio, los bulos y comentarios de la jornada pasaban por última vez a ser objeto de discusión o rumia.

Y cuando, finalmente, el silencio oficial se extendía por toda la prisión, se olvidaban el presente amargo y el futuro equívoco y se hablaba del pasado en voz susurrante, de preso a preso.

—Tenía diecinueve años cuando la conocí. No creas, me costó mucho trabajo acercarme a ella. Luego... Claro, nos casamos. Era llenita, ¿entiendes?, como a mí me gustan las mujeres. Esas que son como palos, a mí ni pum. Fuimos a Valencia en viaje de novios, pero no vimos la ciudad porque apenas salíamos de la pensión... ¡Ya te puedes figurar! ¡Qué días aquellos, camarada!

—No me hables...

—He tenido suerte con ella y cuando salga de aquí pienso quererla más que nunca, porque hasta ahora, con la puñetera política, la verdad es que la he tenido un poco olvidada.

—No me hables, no me hables...

El sueño se mostraba esquivo. Huía como una mujerzuela tras las esquinas de los recuerdos o se iluminaba como un espejo donde tomaban vida tantos fantasmas turbadores.

Detrás de los baldeadores, cuya labor consistía en arrojar cubos de agua a los suelos de salas y pasillos, iban los que manejaban los hisopos formados por palos con trapos liados a sus puntas.

—Lo único que hacemos con esto —dijo uno de los hombres de la brigada de limpieza— es repartir la mierda equitativamente.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer con estos apaños? —replicó uno de los que restregaban los hisopos por los suelos.

—Por lo menos nos libramos de la misa, ¿no?

—Eso sí.

Los demás reclusos habían salido a los patios en filas de dos y, según llegaban, los guardianes los colocaban en apretadas filas. Los hombres quedaban hombro con hombro y, las hileras, pecho contra espalda. La maniobra invertía mucho tiempo y constituía una tortura para los primeros, que tenían que aguantar, a pie firme y sin poder moverse, desde su comienzo hasta el final. Por eso, los veteranos procuraban

escabullirse o formar los últimos.

En la confluencia de los dos patios aparecía un altar, consistente en una mesa cubierta con los paños litúrgicos y sobre la que destacaban el crucifijo, dos candelabros y el atril con el misal. Frente al altar habían colocado tres reclinatorios y, detrás de él, tres mástiles para las banderas victoriosas: la nacional, en el centro; a su derecha, la rojinegra de Falange y, a su izquierda, la blanca con aspas rojas del Requeté. Las tres colgaban flácidas.

Cuando quedaron emparedados finalmente en el sitio que les correspondía, Olivares preguntó al desconocido que tenía a su izquierda, un joven atlético:

—¿Cómo te llamas?

—Eulogio Martínez Vega. ¿Y tú?

—Olivares.

—¿Compañero?

—Sí.

Tras una breve pausa, volvió a preguntar Federico:

—¿Es que nos van a encasquetar una misa?

—Claro. ¿No ves que es domingo?

—Pero, bueno —insistió Federico—, ¿para qué nos han hecho dar un paso al frente, cuando estábamos formados en la sala para el recuento, a los que no quisiéramos oír misa?

—Eso lo hacen siempre, hombre, para quedar bien. Pero luego no vale.

Hablaban sin mover apenas los labios, con un hilo de voz, inclinada hacia delante la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Molina, a la derecha de Federico.

—Ya lo estás oyendo: que nos obligan a oír misa.

—Es como para dar saltitos de gusto, ¿verdad? —bromeó alguien por detrás.

Agustín terció, dirigiéndose a Molina, en tono de zumba:

—No te inmutes, hombre, ni te conmutes ni te permutes.

—Pues *dóminus vobiscum* —volvió a soplar el gracioso de la fila posterior.

Callaron. Las filas siguieron plegándose una junto a otra. Los primeros en llegar daban ya muestras de cansancio. El sol acuchillaba oblicuamente el patio. Era un sol alegre, primaveral, un gallo de pelea enardecido y cacareante. De los cuerpos de los reclusos brotaba una espesa onda de calor y las cocinas desahogaban allí su flato pestilente a través de puertas y ventanas abiertas. Por eso, el aire que se respiraba parecía recalentado y ensuciado por el uso.

—¿Quiénes son aquéllos y qué hacen allí?

Federico se refería a un grupo de reclusos situados a un lado del altar.

—Es el orfeón —informó Martínez Vega.

—Un orfeón. ¿Es que va a ser cantada la misa?

—Naturalmente. Una misa por todo lo alto. ¿Qué te creías?

—Y cantada por rojillos nada menos.

—Pues es un detalle, hombre, un buen detalle —dijo Molina.

—Como para que se le haga a uno la boca agua —comentó Agustín.

—Serían fachas camuflados en la guerra, ¿no? —quiso saber Olivares.

—Que va... Los hay de aúpa entre ellos. A algunos les han dado más que a una estera. Pues ya verás el monaguillo. Dicen que estuvo en lo de Paracuellos.

El corneta puso en el aire el toque de atención.

—Pues el corneta —volvió a decir Martínez Vega— fue cabo de la Legión y, luego, teniente de tanques con nosotros. Fue el primero que entró en Brunete.

Había cesado, entre tanto, el trasiego y colocación de los reclusos y éstos formaban una masa compacta que oscilaba constantemente. Los hombres cargaban el peso de su cuerpo sobre un pie y, después, sobre otro. Se inclinaban hacia delante o hacia atrás. Movían las cabezas. Sudaban. Molina, debido a su baja estatura, miraba hacia arriba y soplabla.

—Como dure mucho esto —murmuró—, creo que me voy a marear, Federico.

—Piensa en algo ajeno a lo que nos rodea, por ejemplo en una excursión al campo —le aconsejó su amigo.

—Yo estoy ya jugando al ajedrez —dijo Agustín.

José Manuel callaba, ensimismado. Otros contaban chistes e historietas sofocando la risa.

Sonó el toque de firmes, que la masa obedeció desmayadamente, y cesaron los rumores. Apareció entonces el director de la prisión —gorra galoneada, uniforme nuevo, bastón de mando—, seguido de otros funcionarios. Él y otros dos más ocuparon los reclinatorios. Los restantes miembros de la plana mayor se alinearon en el lateral opuesto al orfeón. Entre los recién llegados atrajo la atención de Olivares el que vestía el uniforme de oficial del ejército.

—¿Quién es ese oficial? —preguntó a Martínez Vega.

—No lo sé, pero debe de ser el jefe de la guardia exterior.

—Es que su cara no me es desconocida...

Hizo su aparición el sacerdote, vestido para el rito y con el cáliz. Le seguía el acólito, un hombre alto y delgado, con gafas, con el cabello cortado en forma de cepillo, y grandes orejas muy separadas del cráneo.

Y comenzó la misa. Algunos presos de la primera fila, siguiendo él ejemplo de los funcionarios, se persignaron, pero el resto permaneció impasible.

Se oyeron perfectamente las primeras palabras del celebrante:

—*Introibo ad altare Dei.*

(Todavía es de noche. El cierzo se desmanda por las estrechas calles aullando y

mordiendo con sus fríos dentezuelos. Federico corre, cuesta arriba, porque está sonando el último toque. Va arropado en su gabán y lleva arrollada a la cabeza una bufanda de lana que sólo le deja al descubierto los ojos y cuyos pelillos le hacen cosquillas en la nariz. El pueblo duerme, engarabitado bajo las mantas, el sueño triste de su cansancio y de sus desventuras. Sólo algunas beatas, negras y silenciosas como cucarachas, abandonan los portales oscuros o doblan las esquinas en dirección a la iglesia monumental, casi catedralicia. Al trasponer sus grandes puertas ferradas, Federico toma el agua bendita. El cierzo rabioso ha quedado fuera, y siente de pronto que la cara le arde y que el corazón le golpea aceleradamente el pecho. Ya le ha desaparecido el sueño y se encuentra completamente despabilado.

Cruza el templo a lo largo de una de las naves laterales mientras busca ávidamente con la mirada a alguien de entre los asistentes a la misa del alba. Son pocos. Dos o tres hombres y diez o doce mujeres, repartidos en las filas de bancos. ¡Gracias a Dios, Virginia está en su sitio de siempre! Virginia, hija del jefe de la banda municipal y la mejor voz del coro de las Hijas de María, muchacha en flor, deslumbrante y hermosa como una estrella. Pasa por su lado mirándola de reojo y ella levanta la vista del devocionario para sonreírle. El corazón de Federico aletea como un pájaro loco y el muchacho anda tan fuera de sí que tropieza con la escalerilla del presbiterio. Pero la lamparilla del sagrario le atemoriza y le serena,

—¡Perdóname, Dios mío! —murmura, santiguándose.

El párroco, revestido ya, le espera, cejijunto y enojado. Es un hombre corpulento, de pobladas cejas negras y mirada dominante, que emboba a las beatas solteronas y sueña con ser canónigo algún día.

—¡Buenos días! —saluda Federico.

—Hoy se te han pegado las sábanas, mocete —dice el cura y le da un suave capón en la cabeza.

Arde la estufa de la sacristía. Aguilando, el cabezudo sacristán, le entrega las vinajeras y le empuja detrás del sacerdote.

—Introibo ad altare Dei.

—Ad Deum qui laetificat juventutem meam —contesta Federico sabiendo que dice—: A Dios, que alegra mi juventud.

Cada vez que cambia el misal mira a Virginia disimuladamente. Un día le dijo ella:

—Ya veo que vas para curica, Federico. Pero ¿de veras te gusta ser cura?

—No lo sé, Virginia.

—Pues si cantas misa, yo iré a que me confieses en el confesonario que hay debajo del coro.

Y a Federico se le escaparon sus deseos, que brillaron en sus ojos como una bandada de mariposas al sol.

—Si es así...

—¿Qué?

—Que sería capaz de hacerme cura.

—No, no, tú no tienes ojos de cura.

¡Virginia! el momento más emocionante y más impacientemente esperado por Federico es el de la comunión. Virginia se acerca, pálida, con una leve sombra del velo en la frente. Sus párpados, sumisos, aletean para rozarle con su mirada y abatirse otra vez. Luego asoma la punta sonrosada de su lengua para recibir en ella la blanca hostia... Federico cierra los ojos...

—¡Quién fuera tú, Dios mío! —reza el muchacho, tembloroso.

Y abre los ojos, pero Virginia... De espaldas, con las manos recogidas y la cabeza inclinada, su figura se desvanece en la oscuridad del templo...).

El orfeón cantaba el «gloria» de la misa «De ángelis», desafinadamente, en voces de milicianos, de guerrilleros y tanquistas de la República, bajo la batuta de un hombre descaecido y calvo.

(—¿Qué, me confiesas?

—Cuando tú quieras, Virginia.

La muchacha atrevida ríe y no puede contener el impulso de cogerle la cara entre las manos y retorcerle la nariz cariñosamente.

—¡Y qué requetemajo eres, demonio! Lástima que seas tan chico para mí.

¡Cómo canta Virginia! Su voz sobresale nítidamente, como un trino de ruiseñor, sobre el conjunto gangoso y turbio de las demás voces femeninas del coro.

Federico se siente enajenado, transido... Se olvida de que está revestido de acólito y se va corriendo al encuentro de la muchacha por entre un trigal verde, rizado por el viento fresco y limpio de la mañana... Se enderezan al fondo los álamos del río... La voz de Virginia recorre el campo como un estremecimiento de júbilo, y es una llamada irresistible a...

—¿A qué, Dios mío, a qué?).

El celebrante, vuelto de cara a los presos, decía:

—Todos sufrimos. Cristo nos dio el ejemplo. A pesar de ser Hijo de Dios, permitió que los hombres le injuriasen, abofeteasen, juzgasen y crucificasen. La

justicia de los hombres no es la que importa, sino la de Dios, que es la verdadera y definitiva, la que no se equivoca nunca. El que sea inocente, inocente aparecerá ante Él, y el culpable será salvado por su misericordia infinita. Llevad, pues, con resignación vuestro cautiverio. Confiad en Cristo y en su Santa Madre...

—Oye, Martínez Vega, ¿es éste el que dice que pronto estaremos en libertad?

—No, compañero Olivares. Éste es un cabrón. El otro es un cura asturiano, dicen que hijo de minero, que viene algunas tardes a explicarnos el catecismo.

La homilía terminó con el panegírico de los sacerdotes y religiosos muertos violentamente en la zona roja durante la guerra y el canto a la Iglesia triunfante sobre sus seculares enemigos: el ateísmo, la masonería, el liberalismo, el marxismo y el anarquismo, esas cinco horribles locuras inventadas por los sindiós y los envidiosos de la grandeza de España...

(Por las tardes, la merienda: una onza de chocolate y una rebanada de pan con miel, y a jugar al marro, o a la pelota, o a perseguir chicas.

—A mí me gusta Marichu.

—A mí, Encarnación.

—Pues a mí, ninguna.

—¡Mentira! Te gusta Virginia, pero es muy grande para ti.

La persecución. La pelea.

—Como vuelvas a mentar a Virginia, te rompo la cara.

Tiene al otro chico debajo, pero no le pega. Se contenta con decirle:

—Mi novia es Teresita, la hija del maestro. Para que te enteres.

Luego suelta a su contrincante, que anda siempre rondando a Teresita y a quien ella no hace caso.

—¿Teresita? ¡Un farol tuyo! ¿A que no le das un beso?

—¿Que no? Ahora verás.

Teresita está jugando con otras niñas a la comba bajo las acacias de la plazuela. De pronto, Federico corre a su encuentro y, antes de que ella pueda evitarlo, le estampa un beso en la mejilla. A la niña le salen los colores y se le cae la cuerda de las manos.

—¿Es tu novio? —le preguntan las amigas.

—¿Es o no mi novia? —pregunta él a su rival.

¡Qué lejano todo ello! Pero ¿no fue ayer? ¿Quién podría decirlo? ¡Quién hubiera dicho entonces que yo iría a la guerra! Ni pensarlo siquiera, y mucho menos aún que después sería encarcelado y que acaso...).

En el momento de alzar, sólo se arrodillaron los presos de la primera fila. Los demás,

que no hubieran podido hacerlo aunque hubiesen querido, se contentaron con abatir la cabeza los menos, y con mostrar ostentosamente su indiferencia los más. José Manuel fue de los pocos, quizá el único, que siguió como fascinado el movimiento de las manos del sacerdote.

Poco después se produjo en el fondo de las filas un pequeño revuelo. Uno de los hombres se había derrumbado, desvanecido, sobre su compañero de la fila posterior. Mientras los más cercanos le soplaban a la cara o le daban aire con las manos, otros trataban inútilmente de sacarlo de allí, estorbados por el remolino formado en derredor. Dos guardianes, braceando y empujando sin contemplaciones, lograron llegar hasta el centro del desorden, pero la brecha volvió a cerrarse tras ellos y les fue preciso hendir de nuevo la masa para el retorno. Cayeron más hombres, creció el tumulto y las protestas llegaron a oídos del director, a pesar de que el coro alcanzaba en aquellos instantes la cumbre de uno de sus frecuentes paroxismos musicales.

El director volvió bruscamente su voluminoso cuerpo y clavó la desafiante mirada en la multitud, pero sólo logró paralizar a los reclusos de las primeras filas y hubo de aguardar, temblando de cólera, a que el grupo formado por los guardianes, el hombre desvanecido y los que conducían a éste, saliera del amasijo de la formación y se restableciese paulatinamente el orden, perturbarlo por el accidente. En el entretanto, el sacerdote, tras las últimas plegarias de la misa, se situó de espaldas al altar. Los acompañantes del director le imitaron y entonces, a una señal de éste, dada con el bastón de mando, el corneta tocó «firmes». Los funcionarios se cuadraron bizarramente y hasta el cura dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo. Por su parte, los presos se removieron, pero guardaron silencio. Siguió una pausa, y luego, el director levantó el brazo al estilo fascista, ademán que repitieron los funcionarios y el cura, los reclusos del orfeón y de las primeras filas, e inició el canto del primer himno:

«¡Viva España!».

«¡Alzad el brazo, hijos del pueblo español...!».

Era la música de la antigua Marcha Real con letra del poeta gaditano José María Pemán.

Se notó claramente el fallo de gran parte de las voces de los reclusos, y varios guardianes, con el brazo tieso y cantando con rabia, se lanzaron por entre las filas para descubrir a los que se hacían los mudos y los mancos. Allí donde hacían acto de presencia, arreciaban las voces y se estiraban los brazos, pero en cuanto se alejaban, el canto decaía y el saludo se arrugaba. Así transcurrió todo el himno y los siguientes, el «Cara al sol» y el «Oriamendi».

Para terminar el acto, el director dio los tres gritos rituales:

—¡España!

Los presos contestaron mortecinamente:

—¡Una!

—¡España!

Los presos bajaron más el tono:

—¡Grande!

Pero cuando sonó por tercera vez el nombre de España, la respuesta unánime de tantas voces enardecidas atronó el patio:

—¡Libre!

Debió de oírse hasta en la Puerta del Sol. Sus vibraciones sonoras, como de cien trompetas, retumbaron largamente sobre el patio e impidieron oír los postreros vítores del director, al que se vio palidecer primero y verdear después de rabia. Cuando se extinguieron los últimos ecos del estampido, el silencio se cristalizó como si preludiasse la culminación del drama. Pero el director, tras de dar al corneta la orden de romper filas, se limitó a desaparecer apresuradamente, precedido por el cura y seguido de sus funcionarios, mientras estallaba tras ellos, al romperse los diques que contenían el ansia de hablar en aquellos tres mil hombres, el estruendo ensordecedor de sus voces.

Olivares y sus amigos formaron un pequeño grupo, al que se agregó Martínez Vega, dentro de la compacta masa humana que no podía disgregarse por falta de espacio.

—¿Habéis visto a ese oficial del ejército que estaba entre los funcionarios? —preguntó Federico.

—Sí, ¿y qué? —quiso saber Agustín.

—Que me parece un antiguo conocido mío. Si es él, y no me equivoco, tal vez pueda ayudarnos en algo.

—¿Ayudaros? —intervino Martínez Vega—. ¿En qué? A lo mejor, lo que hace es liaros más todavía. En tu lugar, yo no me daría a conocer, por si acaso.

Olivares se encogió de hombros. José Manuel callaba. Agustín dijo:

—Como siempre, tengo hambre, una hambre canina. Me comería ahora..., pero mejor es callarse.

—Sí, sí, cállate —le aconsejó Molina—. Si llega a durar un poco más la fiestecita, me caigo redondo al suelo. —Y, tras secarse el sudor de la frente, añadió—: No se dan cuenta de que no se puede estar tanto tiempo en pie y sin moverse con el estómago vacío y sin siquiera aire para respirar. Obligarnos a oír misa en estas condiciones...

—Ni en ninguna —le interrumpió Olivares.

José Manuel hizo un gesto afirmativo y añadió:

—Calla, calla... Os diré una cosa: hace ya casi tres años que no oía misa y estaba deseando, la verdad, que llegara el momento de poder asistir de nuevo a ella. Bien, pues si de mí hubiera dependido, me habría marchado nada más empezar. Ha sido un trágala tan repugnante como una purga.

—Y eso que tú eres creyente...

—Por eso mismo, Molina, porque siento estas cosas. La misa de hoy es lo más anticristiano que he visto en mi vida. Junto a la verja de salida, un recluso, subido en lo alto de una banqueta de madera, demandaba enérgicamente silencio con las manos. Empuñaba unos papeles y llevaba prendido al pecho un rectángulo de cartón en el que aparecía escrita la palabra «ordenanza». Su requerimiento fue transmitiéndose lentamente de grupo en grupo hasta conseguir un relativo silencio. Entonces, el ordenanza leyó unos cuantos nombres y gritó al final de la lista:

—¡A diligencias!

Se cuajó otra vez el silencio, súbitamente, como si una ráfaga de viento helado hubiese congelado las voces.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Molina.

—Que se llevan a esos compañeros para someterlos a nuevos interrogatorios. Ya puedes imaginarte lo que eso significa... —dijo Martínez Vega.

—¿Y adónde los llevan? —quiso saber Agustín.

—Pues, hombre, a alguna comisaría o a alguno de los centros de investigación que han montado para eso.

—Pero ¿por qué?

—Por alguna nueva denuncia o por la misma, porque hay denunciantes que no se resignan a que dejen en paz a su denunciado y repiten la denuncia en varios sitios distintos para que ande de interrogatorio en interrogatorio.

—Ya —y Agustín palideció—. Se ve que no descansan ni en domingo.

Los hombres designados se reunieron en grupo junto al ordenanza, tras despedirse precipitada y nerviosamente de sus amigos. Un guardián bajo y regordete, con sotabarba, los hizo alinearse de a dos en fondo y, después de contarlos, les ordenó que salieran delante de él.

—*Von Papen* tenía que ser —murmuró Martínez Vega.

—¿*Von Papen*? —le preguntó Olivares.

—Sí, es el mote que le han puesto a ése porque parece que tiene paperas, ¿no te das cuenta? Al tipo le gusta estar en todo aquello que más puede perjudicar a los presos. Dicen que era un golfo en tiempo normal, uno de esos que echan las tres cartas en los alrededores de la plaza de toros.

Cuando desaparecieron el guardián *Von Papen* y los reclusos alistados para ir a nuevas diligencias, el ordenanza cantó otros nombres, entre los que sonaron los de Molina, Agustín y José Manuel, y al fin de la relación lanzó al aire, estirando mucho

la voz, unas palabras mágicas que devolvieron el habla a los presos:

—¡A comunicar!

Como un golpe de batuta, se restableció el fragor de las conversaciones, que fue subiendo hasta alcanzar la intensidad ensordecedora de antes. Ahora eran encargos rápidos, casi suplicantes, de los que no esperaban comunicar aquel día a los amigos afortunados que pronto conversarían con sus familiares.

—Que me traigan una manta...

—Que vaya la parienta a ver a don Florencio para lo del aval...

—El número de teléfono es...

—Que no tenga miedo, que todo va bien...

—Que no se confíen...

—Que comemos regular, pero que guarden para ellos la poca comida que puedan conseguir.

—¡Avales, avales!

—Y algo de tabaco... Olivares también recomendó a Molina:

—Que escriba Rosario a mi madre, a ver si da con ella, para que venga a Madrid sin pérdida de tiempo.

—Descuida, Federico.

Se quedó a solas con Martínez Vega.

—¿No te toca comunicar hoy? —le preguntó.

—Ni hoy ni nunca,

—¿Es que no tienes familia?

Martínez movió apenadamente la cabeza.

—Mis padres murieron en Barcelona durante un bombardeo. Sólo me queda una hermana, pero huyó a Francia con su marido. Estoy solo.

—Pero tendrás, digo yo, primos, tíos... Martínez Vega sonrió con tristeza.

—Sí, pero son carcas, y es como si no los tuviera...

—¿No les echaste una mano durante la guerra?

—Ya lo creo. No permití que les tocasen siquiera el pelo de la ropa y, además, los ayudé en lo que pude.

Se miraron a los ojos los dos hombres y en los de Olivares no se desvanecieron el asombro y la duda hasta que oyó decir a su interlocutor:

—Les he escrito, como es natural, pero ¿sabes lo que me han contestado? —y, ante un gesto negativo de Olivares, continuó—: Pues que le pida ayuda a Negrín.

Siguió una pausa. Como obedeciendo a una secreta y misteriosa sugestión, ambos hombres abatieron la mirada. Al cabo, preguntó Olivares:

—Y novia, ¿tampoco tienes novia?

—¿Y de qué vale una novia en estas circunstancias?

—Hombre...

—Sí, he tenido varias. Tal vez alguna se acuerde aún de mí, pero yo prefiero olvidarlas a todas. Así se encuentra uno más ligero.

A Martínez Vega, aunque muy joven todavía, el dolor de vivir le había dejado ya profundas huellas en la frente. Al hablar y al sonreír se le formaban pliegues a ambos lados de la boca y un corcusido en torno a los ojos, claros y fríos. Era recio, pero todo músculo, con algo felino en la mirada y en los movimientos. Añadió:

—¿Y tú?

—Espero que mi madre y mi hermana vivan. Son las únicas personas de la familia en que confío.

—Ya. Y les cogió el corte en Barcelona, ¿no?

—No. Quedaron con los nacionales, en Andalucía.

—¡Atiza!

—Pero he tenido noticias de ellas a través de la Cruz Roja Internacional.

—Entonces vivirán. Si salvaron el principio, vivirán —y añadió, gravemente—: Tienes mucha suerte, compañero, porque las madres no fallan nunca.

Entre tanto, se habían ido escabullendo los presos y aparecían grandes claros en el patio, al que el sol de finales de abril caldeaba intensamente. La columna formada por el humo de los cigarrillos, y que ascendía perezosamente, apenas velaba su hiriente reverberación. Por otra parte, los hombres de la brigada de rancheros, con sus pringosos petos de tela de saco y sus alpargatas putrefactas, limpiaban con escobillas, bajo el chorro de agua de un grifo, las perolas embadurnadas aún por el condumio de la noche anterior. Podía verse, asimismo, cómo otros vertían las lentejas directamente de los sacos a las calderas de la cocina y la forma en que algunos meneaban la cochura con largas estacas ennegrecidas por el uso, levantando nubes de vapor y un espeso olor a sebo y a residuos fermentados.

—¿Nos vamos a la sala nosotros también? —propuso Olivares.

—Sí —contestó Martínez Vega—, porque viendo esto no hay quien coma después.

Comían sentados en el suelo, junto a la puerta de la sala. Después de la comunicación, Molina, Agustín y José Manuel recibieron los paquetes con ropa y víveres que les habían llevado sus familiares.

—Por lo menos hoy no comeremos rancho —dijo Molina. Resultó para ellos un verdadero banquete. Se repartieron las lentejas bien guisadas que aportó Agustín, la tortilla de José Manuel y las rodajas de merluza de Molina.

Pero no por eso rehusaron al rancho pestilente. Había grupos de hambrientos que vagaban de sala en sala, mendigando las sobras: unas cucharadas de caldo negruzco, la broza resultante después de escoger las lentejas, algún mendrugillo de pan..., a cambio de fregar el plato al generoso donante. Eran, en su mayoría, andaluces o

extremeños, a los que el reflujo de la guerra había ido alejando cada vez más de sus lugares de origen y obligado a dejar en las interminables retiradas, yendo siempre de un lado para otro, familiares, amigos y paisanos, muertos o desaparecidos, y jirones de su propia carne, de su propia salud, de su propia conciencia y de su propia sensibilidad. Muchos de ellos, jóvenes con aspecto de chiquillos. Vestían sucios «monos», viejos y destrozados, o desgarradas guerreras militares, sin camisa ni camiseta, ropa toda ella demasiado holgada para sus cuerpos, reducidos casi al mero esqueleto, y calzaban miserables alpargatas agujereadas por los dedos de los pies desnudos. Olían a carroña. Eran unos desenterrados, de mejillas hundidas, de ojos ávidos y huidizos, de actitud acechante e insegura, de movimientos medrosos, de gesto estólido a veces y, a veces, ratonil. Auténticos despojos humanos de la terrible batalla, sombras, exhombres, que se encontraban solos, indefensos, animados tan sólo por el irreductible instinto animal de sobrevivir.

—Tomad el rancho, pero que no se os ocurra fregar los platos. Eso es cosa nuestra —dijo Molina al elegir los tres o cuatro que le parecieron más necesitados.

Los agraciados efectuaron el trasvase rápidamente, sin perder gota, rebañando con los dedos los últimos residuos, y luego empezaron a engullir de prisa, entre sorbetones, casi sin respirar.

—Se le atraganta a uno la comida viéndolos —comentó José Manuel.

Los demás compañeros de sala comían solos o en pequeñas «repúblicas». Unos, los más, rancho a secas; otros, rancho y, como sobrealimentación, un poco de lo recibido de casa. Pero había también quien no tocaba el rancho y se alimentaba con los víveres que diariamente les pasaban sus familias, platos sustanciosos y bien condimentados. De entre estos últimos había quien trataba pudorosamente de ocultar esos ofensivos extraordinarios y había quien hacía grosera ostentación de ellos. Un exgobernador de provincia, de aspecto socrático, comía las lentejas lentamente, con gran esfuerzo, extrayendo los palitroques con que estaban mezcladas con la misma delicadeza que si se tratase de espinas de pescado, mientras, a su lado, otro recluso, mucho más joven y robusto, se complacía en saborear un muslo de pollo.

A través de los ventanales penetraba la madura claridad del mediodía y el gran silencio de la prisión. De cuando en cuando se oía el ruido de un motor procedente de alguna calle cercana o la nota cantarina y estremecedora de una voz de mujer en las casas contiguas. Los centinelas se ocultaban en las sombras. Los guardianes no se dejaban ver. Eran los momentos de calma y relajamiento en la jornada carcelera, después de unas horas de tensión, como esa pleamar estática que sigue a la brega tumultuosa de la marea ascendente y precede al reflujo. Por encima de las cabezas de los reclusos planeaban serenamente sus pensamientos, igual que las gaviotas sobre las aguas tranquilas. Menos enajenados por el tumulto y la refriega a que los obligaban la promiscuidad y los nerviosos coletazos del reglamento, los hombres estaban más en

sí mismos, más a solas con su conciencia y sus preocupaciones.

—Y de noticias, ¿qué? —preguntó al cabo de un rato Olivares—. Todavía no me habéis contado lo que os han dicho en la comunicación.

—Pero si no hay manera de entenderse en medio del guirigay que se forma en el locutorio... Veinte presos de una parte de la tela metálica y por lo menos el doble de visitantes, por la otra, todos hablando a la vez y en voz alta... ¡Figúrate! —dijo Molina.

—Es como para desesperarse —aseguró José Manuel—. Yo sólo he podido comprender, de todo lo que me ha dicho Enriqueta, que Dorita está bien y que no ha logrado todavía ponerse en relación con Ruidera, no sé si porque está en Burgos o porque nadie ha querido decirle dónde se encuentra... Eso es todo.

—Pues yo —terció Agustín— he tenido que contentarme con mirar a mi padre todo el tiempo, porque el vocerío no nos dejaba oír una sola palabra. Tiene la voz muy débil, y claro... Era inútil esforzarse. Yo le he dicho a gritos que vaya vendiendo lo que quede en la tienda, porque lo primero es comer y resistir. Pero ella meneaba la cabeza. No sé qué querría decir.

—Gracias a que Rosario conoce el lenguaje de los sordomudos que yo le enseñé —prosiguió diciendo Molina— y por alguna palabra suelta que me llegaba al oído he sacado en consecuencia que la represión empieza a amainar, porque ya no hay cárceles para meter más presos. Es cosa que se comprende fácilmente, ¿no? Así que no les queda más remedio que tomar una determinación, y ésa no puede ser otra que la de pasar lo antes posible a la normalidad.

Olivares, que le escuchaba atentamente, le preguntó:

—Pero ¿cómo?

—El rumor que corre es que en cuanto el Gobierno de Burgos se instale en Madrid, harán una selección entre los presos para retener sólo a los acusados de delitos comunes y echar a la calle a los demás.

—¿Y tú te lo crees, Molina?

—¿Y de qué otra manera puede arreglarse esto, Federico? Olivares movió dubitativamente la cabeza.

—No lo sé —contestó—, pero me parece que no nos damos exacta cuenta de la realidad. Porque vamos a ver: ¿quién es peor enemigo del nuevo régimen: el que se ha visto mezclado por ignorancia, por obligación o por mal instinto en un asunto de sangre, o el militante que ha animado y sostenido durante treinta y dos meses la resistencia contra los fachas? Creo que no hay la menor duda sobre la mayor responsabilidad de estos últimos.

Molina le apuntó con su dedo índice y le replicó:

—No te olvides de que la mayoría ni han intervenido en actos de represalia ni tampoco son militantes conscientes...

—Eso es verdad —aceptó Olivares.

—Pues ahí está el intrínquilis, hombre, porque ¿cómo separar a los unos de los otros? Tendrían que instruir millones de expedientes y eso llevaría muchos años. No te olvides de que es media España a la que tendrían que empapelar. ¿Te das cuenta de lo que eso supone?

—Pues que nos ahogaríamos todos, ellos y nosotros, entre papeles —dijo Agustín, mostrando, al sonreír, sus grandes y blancos dientes.

—Por otra parte —insistió Molina—, han de dar alguna satisfacción a los familiares de los muertos en nuestra retaguardia, ¿comprendes? Por eso no tendría nada de extraño que retuviesen en prisión a los acusados de haber intervenido en esas muertes.

Aún quedaban en la tartera de Molina algunas rodajas de merluza y como Agustín se dispusiera a acabar con ellas, José Manuel le contuvo diciendo:

—Yo creo que deberíamos dejar algo para la noche, ¿no os parece?

La propuesta de José Manuel se aprobó por unanimidad y, a cambio de ello, se repartió, como postre, una onza de chocolate a cada uno.

Gaspar, que comía sólo cerca de ellos, alargaba el cuello, esforzándose por oír lo que hablaban. Olivares, tras mordisquear distraídamente su onza de chocolate, volvió sobre el tema.

—Puede que tengas razón, Molina, pero no acaban de convencerme tus argumentos. Me supongo, sin que sepa decirte por qué, que van a resolver el problema de otro modo. ¿Cómo? Hay que partir, desde luego, de que esta vez no ha habido abrazo de Vergara y que uno de los dos bandos se ha proclamado vencedor absoluto, sin condiciones ni compromisos. ¿Y qué quiere decir eso? Pues, a mi juicio, que estamos a merced del vencedor y que éste sólo piensa por ahora llevar la represión tan lejos como crea necesario para impedir que levantemos la cabeza algún día. Que lo consiga o no es otro problema, pero su intención no es otra. Si nos lo están diciendo todos los días, a todas horas y...

Molina, impaciente, le interrumpió:

—Pero una represión como la que tú piensas paralizaría completamente la vida del país y sembraría odios inextinguibles.

—De acuerdo. Tú y yo pensamos así, ¿y qué?... El que a nosotros nos suceda lo peor no quiere decir que a ellos no les parezca lo mejor.

Agustín y José Manuel seguían la discusión sin perderse un solo gesto ni una sola palabra de los dialogantes. Sus ojos saltaban del índice que Molina esgrimía como un estilete para abrir paso a sus razonamientos a los ojos de Olivares, más expresivos que sus propias palabras. Agustín se mostraba indeciso y, por sus gestos, parecía adherirse, alternativamente, a la postura de uno o de otro. En cambio, José Manuel se inclinaba decididamente a favor de Olivares. Por eso, dirigiéndose a éste, intervino

para decir:

—Estoy de acuerdo contigo en que, como no ha habido abrazo de Vergara, una de las partes tendrá que pagar los vidrios rotos por las dos. Para mí está claro.

Pero Molina no cedió:

—¿Es que no están diciendo ellos todos los días que la guerra ha terminado y que han comenzado las tareas de la paz? Ello quiere decir que hay que poner mano a la reconstrucción del país para que éste vuelva pronto a la normalidad.

—Desde luego, Molina. Pero se refiere a ellos exclusivamente. Nosotros no entramos en esos planes. Nosotros estamos aquí.

—Pero no se puede borrar de un plumazo a tanta gente...

—¡Ah! —exclamó José Manuel levantando los hombros.

—No es nuevo, compañero —siguió diciendo Olivares—. Los católicos fueron segregados en Inglaterra de la misma manera que lo fueron los protestantes, los judíos y los moriscos en España.

—Bueno, hombre, bueno. Eran otros tiempos —y Molina sonrió, por primera vez, como si la apelación a esos hechos históricos fuese una puerilidad.

—¿Sí? —rearguyó Federico—. ¿Y qué me dices de lo que les ocurrió a los socialistas revolucionarios, a los anarquistas, a los pequeños y grandes burgueses, liberales o no, en la Rusia de Lenin? ¿Y a los demócratas y a los marxistas, a los liberales y a los judíos en la Alemania de Hitler? ¿Y no ha devorado, deportado y encarcelado Stalin a millones de adversarios? Y todo esto ha ocurrido en nuestros días, en nuestras propias narices...

Agustín continuaba perplejo, en tanto que José Manuel asentía cada vez más vehementemente a los razonamientos de Olivares. Molina, por su parte, se removía, nervioso. Su índice apuntó a la frente de Federico como si fuese el cañón de una escopeta.

—Me están hablando de revoluciones, y lo que se pretende hacer aquí es una contrarrevolución.

Olivares levantó las manos como para contenerle.

—Calma, hombre, calma. Y no juguemos con las palabras. Dejémonos ahora de si es una revolución o una contrarrevolución. Para el caso es igual, porque lo que yo trato de hacerte comprender es que son posibles en cualquier época esas segregaciones masivas en la vida de un país. ¿Que luego resultan catastróficas? De acuerdo. ¿No son catastróficas también todas las guerras? ¿Y qué? La Historia está plagada de esas calamidades. Por lo tanto, pienso que pudiera tocarnos la china a nosotros en esta ocasión. Figúrate que eres un protestante en tiempos de Torquemada o un católico en la Inglaterra de Isabel I, o un judío bajo el poderío de Hitler, o un troskista con Stalin... Claro que yo no aseguro que haya de ser así exactamente, pero tampoco lo descarto. Me quedo con la duda y el temor. Además, pronto vamos a

saber lo que vale un rojo en la España de hoy...

Poco a poco habían ido atrayéndose la atención de los demás y eran ya muchos los que seguían o trataban de seguir la discusión entre Molina y Olivares. Pero, de pronto, alguien les siseó misteriosamente y ambos amigos se quedaron con la palabra en la boca, mirándose. Se repitió el siseo y entonces trataron de descubrir a su autor. Era Gaspar, que se aproximó a ellos andando a gatas hasta colocarse entre los dos y que, después de repetir el siseo, dijo:

—¿Qué?

Olivares y sus amigos le miraban, atónitos. Gaspar les invitó por señas a que acercasen sus cabezas y, cuando se cerró su círculo, murmuró:

—¡Cuidado con los chivatos! Los hay a docenas, en esta sala y en todas las salas. Yo no he podido entender lo que estabais diciendo, pero por las orejas que ponían algunos he sospechado que se trataba de asuntos peligrosos. ¿Es así?

Molina trató de tranquilizarle:

—Verá usted...

—¿Qué ha dicho?

—Pues que...

—¡Cuidado! —Gaspar sacó la cabeza, miró en torno y, volviendo a encerrarla en el corro, prosiguió—: Cualquier descuido puede costarle a uno que le lleven a diligencias, ¿entendido? —Sacó de nuevo la cabeza para cerciorarse de que nadie fuera del grupo podía oírle, y añadió—: Ahora voy a daros un notición... Pero que no salga de aquí, ¿entendido?

Los oyentes, tras cruzar entre sí miradas de inteligencia, asintieron por señas al requerimiento de Gaspar, y éste les sopló luego la noticia, en tono casi inaudible:

—Madrid está lleno de pasquines rojos. Me lo ha dicho mi hija en la comunicación.

—¿Cómo? ¿Pasquines rojos?

Pero Gaspar no atendió las preguntas de Molina y repitió, con énfasis:

—¡Pasquines rojos!

A continuación, y tras recomendarles silencio con el índice sobre los labios, se puso en pie y traspuso la puerta de la sala, haciendo ostentación, seguramente para disimular, del plato sucio que llevaba en la mano.

—¡Este pobre hombre está loco! —exclamó Molina al perderse de vista Gaspar.

—¡Quia! Lo que le ocurre es que está sordo como una tapia. ¡Pasquines rojos! — y Agustín rió estrepitosamente. Mientras se desahogaba, sus amigos encendieron sus cigarrillos, final deleitoso de una comida excepcional. Docenas de ellos humeaban ya en la sala como un sahumero de olorosas candelas de paz y beatitud. Algunos fumadores soltaban lentamente, recreándose en el juego, las bocanadas de humo. Otros lo aspiraban ávidamente. Todos gozaban con el tabaco y lo demostraban con su

silencio, sus párpados entrecerrados o su mirada lejana, y con la laxitud de su postura.

Al fin, después de enjugarse las lágrimas que la risa le había provocado, Agustín informó a sus compañeros:

—Gaspar estuvo a mi lado durante la comunicación. Su hija le gritaba algo que él no podía oír. Yo estaba desesperado porque aquellos gritos me impedían entender a mi madre. Por eso hice señas a la hija de Gaspar para que bajase la voz. Pero como si no, y la muchacha terminó ronca de tanto chillar y sin que su padre se enterase de nada. Bueno, ¿pues sabéis lo que le decía? *Papá, te he metido los calcetines rojos de lana, porque todavía puede hacer frío. ¿Qué, cómo?*, preguntaba él. Y ella repetía: *¡Que te he puesto entre la ropa los calcetines rojos! ¿Rojos? ¿Qué rojos?*, volvía a preguntar Gaspar. Y ella: *¡Los calcetines!* Y él: *¿Pasquines? ¿Pasquines dices?* La pobre muchacha se desgañitaba: *Pasquines, no. Te he dicho calcetines.* Y vuelta a insistir él: *¿Pasquines rojos? ¿Por dónde? ¿Muchos?* Y ella, aupándose por la tela metálica: *No, papá, no. ¡Que te he metido los calcetines rojos!* Y otra vez lo mismo. En fin, el despiporren, compañeros.

Entonces les tocó reír a sus amigos y Agustín pudo empezar a fumar.

Entretanto, se inició el desfile hacia el grifo de los retretes para fregar los platos. Aquel día le tocaba a José Manuel ser el friegaplatos del grupo. Tras apurar el cigarrillo y hacer un gesto de resignación, empezó a amontonar los cacharros. Se movía lánguidamente y Agustín le dijo, con sorna:

—A ver cómo se porta hoy la marmota.

—Ya veremos lo que sale —repuso José Manuel, encogiéndose de hombros.

Cuando al fin se marchó, llevándose en difícil equilibrio platos y tarteras, dos hombres se dirigieron sin vacilar al grupo. Uno de ellos era Gonzalo. El otro, de cabellera ensortijada; de ojos pequeños, casi ocultos por la maraña de las cejas; de boca grande y descarnada y de mejillas enjutas; alto, de figura magra y correosa; joven aún, pero de aspecto adusto y con ademanes de hombre resuelto, saludó a Molina:

—¿Que hay, compañero?

El tono de su voz era grave y duro como el de un militar. Molina le sonrió.

—¡Hola, Cantero! —y haciéndose a un lado para dejarle sitio, añadió—: Anda, siéntate un rato con nosotros.

Pero Cantero negó con la cabeza. Se puso en cuclillas a su lado y preguntó:

—No estáis controlados, ¿verdad?

Molina, sin perder la sonrisa, le contestó:

—Pues... no.

—Bien. Vengo en nombre del Comité de Alianza de esta prisión.

Molina hizo un gesto ponderativo encogiendo los labios y moviendo la cabeza.

—Conque ya habéis formado el comité interior, ¿eh?

—Habla más bajo, compañero. Sí. Y en él estamos representados por todos los grupos menos los comunistas, que se han organizado por su cuenta.

—Ya.

—El Comité me manda a decirlos que elijáis un compañero delegado para que pase a formar parte de él. Suele reunirse después del almuerzo, porque es cuando afloja la vigilancia. Está reunido en este momento. Así que lo mejor es que nombréis al delegado ahora mismo. Yo le acompañaré a la reunión.

—¿Ahora mismo? —y Molina exteriorizó con un gesto su perplejidad.

—Sí. Creo que hay noticias importantes. Molina, irresoluto, consultó a Olivares:

—¿Qué te parece?

Y Olivares, igualmente desconcertado por tan apremiante e inesperada proposición, sólo supo responderle:

—Bueno, tú verás.

Los ojillos sombríos de Cantero saltaban de Olivares a Molina, escrutadores, mientras él permanecía impasible, con cara de palo. Entonces intervino Agustín con su habitual desparpajo:

—Si no es más que eso... Yo creo que no perdemos nada con...

Pero una mirada de Cantero le cortó la palabra.

—Bien —resolvió Molina—. Irás tú, Federico, si no tienes inconveniente.

—¿Yo? Pero si ya sabes que para eso de los comités...

—No creo que éste te dé muchas cavilaciones, hombre —y Molina volvió a sonreír.

Olivares se resignó.

—Vamos —dijo entonces Cantero secamente, poniéndose en pie. Mientras Olivares hacía lo mismo, agregó—: Desde ahora, este compañero os tendrá al tanto de todo. Supongo que será de fiar...

—Tanto o más que yo —se apresuró a contestar Molina.

—Me alegro. ¡Salud!

Y salió, seguido de Olivares, quien aún cruzó con Molina una última mirada de asombro, y de Gonzalo, que se había mantenido en silencio durante todo el diálogo.

—¡Vaya tipo el Cantero ese! —estalló Agustín cuando se quedó a solas con Molina—. ¿Quién es? ¿Le conoces bien? Molina hizo un gesto ambiguo.

—Hombre, sí sé quién es. En otros tiempos actuamos juntos dentro de la organización confederal. Desde luego, es un militante de toda confianza. Me parece que durante la guerra ha sido uno de los elementos más activos del Comité de Defensa de la C.N.T.

—¡Atiza!

Se miraron los dos amigos y Molina movió lenta y afirmativamente la cabeza.

—Cantero me llevó hasta el tercer piso. Por cierto... Me parece que vosotros no habéis subido todavía allí. Cuando lo hagáis podréis contemplar el espectáculo de la escalera. En cada escalón vive y duerme un preso. Están cien veces peor que nosotros. Si alguno, en sueños, por la noche, cae rodando escalera abajo, por encima de los compañeros dormidos... ¡Ya podéis figuraros la que tiene que armarse! Cuando pasé yo por allí, cada uno estaba sentado en su escalón. Parecían pobres de pedir. Pero dejemos eso. Siguiendo a Cantero, y después de atravesar varias salas, llegué a una más pequeña, situada al final de todas. En su rincón más oculto estaba reunido el Comité. Cantero me presentó a sus miembros y luego se colocó con Gonzalo junto a la puerta. Entonces, uno, a quien llaman Casi, me dio la bienvenida en nombre de todos diciendo algo así:

—Ya sabía yo que en la hora difícil no faltarían los pestañistas.

Y yo le interrumpí:

—Querrás decir los sindicalistas.

Él se sonrió y me dio la mano.

—Está bien, los sindicalistas.

Después, cada uno fue dándome también su mano, al tiempo que su nombre y representación: Reparaz, un joven aseñoritado y gordo, por Unión Republicana; Viñas, ya mayor y muy solemne, por izquierda Republicana; Cejador, un viejo afable y tranquilo, por el Partido Socialista, y un tal Méndez, con cara de sacristán, por la U.G.T. Casi representa al Movimiento Libertario. Las juventudes de todos estos grupos tienen su comité aparte, aunque subordinado a éste. Como la cosa se presentaba muy protocolaria, yo, después de los saludos, me senté en el sitio que me hizo Casi a su lado y me dispuse a escuchar.

—Compañeros —empezó diciendo Casi—, tendré que hacer un breve resumen de lo tratado para que el compañero Olivares sepa lo que hay, y luego continuaré. Bueno, pues la cosa marcha, según la información que hemos recibido hoy. Por una parte, están las noticias que han dado los familiares de los que han comunicado. Coinciden todas en que la situación se hace insostenible para los vencedores. Las redadas de antifascistas son tan abundantes que ya no caben en ningún sitio, y ni en las comisarías ni en los cuartelillos especiales pueden dar abasto a tomar declaraciones. Hay compañero contra el que se ha presentado una misma denuncia en diez centros de información diferentes, y hay denuncias que no tienen ni pies ni cabeza, porque, de ser ciertas, resultaría que fueron mil los que mataron a Calvo Sotelo, diez mil los que asaltaron el tren de Jaén, cincuenta mil los que tomaron parte en lo de Paracuellos y un millón los que entraron en el cuartel de la Montaña... En fin, un caos. Lo que sí está claro es que aprietan fuerte en los interrogatorios. En general, se resiste bien, pero no faltan tampoco los que se van de la lengua y dicen lo que es y lo que no es. Por aquí andan sueltos algunos de estos desgraciados, pero no

es conveniente, como quieren algunos compañeros, asustarlos ni insultarlos, porque aún nos pueden hacer mucho daño. Es mejor tratar de atraérselos y convencerlos de que por ese camino no se va a ningún lado. Pero ése es otro cantar. Lo que ahora más nos interesa es saber que la situación empieza a ser insostenible para los fachas y que tendrán que tomar pronto una determinación. Parece ser que el Gobierno de Burgos, según nos informan los compañeros de la calle, quiere terminar esto de una vez poniendo en libertad a la mayoría de los presos actuales, pero que se encuentra con una fuerte oposición en sus partidarios que han vivido la guerra en nuestra zona, y en la Prensa de Madrid. Ya estáis viendo los artículos que publica a diario contra nosotros, en los que aparecemos como monstruos, y las esquelas mortuorias, en las que se repite la consabida coletilla «vilmente asesinado o asesinados por la horda roja», aunque algunos de los así conmemorados muriese de enfermedad, años o hambre, como cualquier hijo de vecino. El mayor peligro para nosotros reside, pues, en esa sorda pugna entre el Gobierno y su gente, porque puede ocurrir que, antes de que el Gobierno promulgue la amnistía, los disconformes asalten cualquier noche las prisiones y se tomen la justicia por su mano. Ya sabemos que la mayor parte de los que están encerrados aquí o en otras cárceles esperan recobrar la libertad de un momento a otro. Están cansados y desmoralizados por tres años de guerra y por la derrota final, y lo que quieren es rehacer sus vidas cuanto antes. Estoy por apostar que, para conseguirlo, no dudarían en salir con el brazo en alto y dando vivas fascistas, aunque sangrasen por dentro. Por eso viven tan confiados, sin percatarse de lo que los amenaza. ¿Qué harían si una madrugada los despertasen los gritos de los asaltantes, eh? Pues que se dejarían coger y matar como conejos. —Me miró especialmente y, luego, prosiguió, repartiendo su mirada entre todos—: Hay que tenerlos alerta por si llega ese momento. Conviene —y volvió sus ojos a mí otra vez— correr la consigna de que, si eso sucediera, en vez de presentarse voluntariamente cuando los llamen, corran a refugiarse aquí arriba. Así formaríamos al menos un bloque imponente. Tendrían que entrar a cogernos y nosotros podríamos abalanzarnos todos a la vez contra ellos. Sería una carnicería, eso sí, pero lograrían salvarse muchos de los nuestros. Y el que cayera, lo haría peleando, y se formaría tal revuelo, un escándalo tan grande que se enteraría el mundo entero. ¿Estamos de acuerdo? —y recontó los votos unánimes de nuestro mudo asentimiento y prosiguió—: De lo contrario, nos llevarían en grupos, sin ruido y sin molestias, a las tapias del cementerio del Este y allí nos apiolarían como a borregos.

Cesó de hablar, como a la espera de una adhesión más explícita a su propuesta, y entonces, Reparaz, el de Unión Republicana, dijo:

—Completamente de acuerdo. Hay que correr la consigna. Los demás repitieron, poco más o menos, las mismas palabras.

—¿Y tú, Olivares? —me preguntó a mí.

—Pienso lo mismo —dije.

—Ahora —y Casi retomó el hilo— vamos a tratar el asunto de los destinos dentro de la cárcel. No es necesario, creo yo, insistir en su importancia. Teniendo en la mano los destinos, se controla la cárcel. Por consiguiente, hay que ir por ellos. Como pasa siempre, se nos han adelantado los comunistas. Hay que reconocer que son más prácticos que nosotros. Bien, pero todavía no es tarde. Quedan muchos huecos que llenar. Por de pronto contamos con Toledano, que está en la jefatura de Servicios. Es vuestro, ¿no?

—Sí —le contesté.

—También es vuestro Pedrola. Es mecanógrafo de la oficina de «Régimen» —y como yo no supiera qué decirle, continuó—: De todas maneras lo tenemos controlado. Son dos puestos importantes, dos puertas abiertas por las que podremos colar otros amigos.

Al llegar aquí guiñó, dio una chupada a su cigarrillo apagado y volvió a encenderlo. Mientras tanto, el de la UGT propuso establecer un enlace con los comunistas a fin de organizar conjuntamente el plan de defensa para el caso de que intenten asaltar la prisión, y ello provocó una larga discusión en la que no quise intervenir. Los delegados del Partido Socialista y de Izquierda Republicana eran los más opuestos a cualquier clase de relación con los comunistas.

—Si están diciendo a todas horas —alegó Cejador, el socialista— que el compañero Besteiro es un traidor... Si parece que se alegran de lo que nos ha ocurrido, como si no fuera con ellos... ¿Cómo es posible que nos pongamos de acuerdo en nada? El otro día tuve una violenta discusión con uno de sus mandamases. Estábamos en la cola del agua y va y me dice :*¿Qué, dónde se ha quedado la paz honrosa?* Yo le contesté: *En la cárcel, haciéndole compañía a Besteiro. Naturalmente, no puede estar con la Pasionaria ni con Negrín, porque tanto la una como el otro se largaron a París, donde viven muy tranquilos.* Luego, la liamos. Menos mal que apareció por allí *Von Papen* que, si no, acabamos a leñazos, porque ya empezaban a intervenir jóvenes de una y otra parte.

—Poco más o menos —dijo Viñas, el de Izquierda Republicana— me pasó a mí lo mismo. Se metieron con Azaña. Que si no debió dimitir la presidencia de la República y sí volver a Madrid para morir en medio de los combatientes. Yo les grité: *¿Y qué hicieron los vuestros? ¿No salieron también pitando sin importarles dejarnos a todos tirados como colillas?*

Tuvo que intervenir Casi para centrar la cuestión. A mí me parece Casi un hombre prudente y hábil. Y no sólo eso, sino que emana de él una especie de autoridad paternal. Su pelo canoso, su rostro ascético, su mirar tranquilo y sus gestos pausados inspiran confianza. ¿Qué te parece a ti, Molina, que le conoces hace mucho tiempo? ¿Verdad que da la impresión de ser un amigo de toda la vida? Veo que coincidimos.

Supe después que se llama Casimiro Huertas, que su oficio es el de mecánico, que antes vivió en Barcelona y anduvo con Pestaña en lo de La Canadiense y que, desde entonces ha estado complicado en todos los movimientos revolucionarios de España y que durante la guerra se incautó de unos talleres que se convirtieron bajo su dirección en una fábrica de municionamiento. Me dijo todo esto Gonzalo.

El compañero Casi habló así:

—Éste es un pleito entre los comunistas y nosotros que no es posible resolver ahora, y creo que nunca. Así que lo mejor es dejarlo a un lado si no queremos que entre tanto lleguen los podencos y se coman la liebre, ¿estamos? Lo cortés no quita para lo valiente y el interés común nos aconseja ponernos de acuerdo con ellos siquiera sea en algo tan concreto como es la amenaza de un asalto a la cárcel. Propongo, por lo tanto, que se les haga saber lo que hemos acordado y que nombremos un enlace que nos sirva de intermediario con los chinos, ¿de acuerdo? — y como nadie se opuso, siguió diciendo—: Queda todavía otro asunto que tratar, un asunto muy importante. Y es el siguiente. No hay duda de que hemos quedado a merced del vencedor y que no se levanta en el mundo una sola voz para defendernos. Estamos solos, compañeros, solos y contra la pared. Y sin un céntimo. Si tuviéramos algún dinero podrían intentarse muchas cosas: aliviar el hambre de los nuestros en las cárceles y también el de las familias hundidas en la miseria, por lo menos. El dinero lo puede todo, por desgracia, compañeros. ¿Quién nos dice que a base de dinero no se podría hacer desaparecer muchas denuncias contra nuestros compañeros, conseguir documentaciones falsas y poner a salvo a muchos comprometidos que todavía no han sido atrapados? Por eso, nuestra organización de la calle está preparando el envío a Francia de uno o de dos delegados que expongan allí nuestra verdadera situación y las posibilidades que existen para mejorarla. Porque en Francia hay dinero de la República, que es de todos. Bien que lo utilicen en atender las necesidades de los refugiados políticos, que son muchos; pero sin olvidar a los que nos quedamos aquí, que somos más y corremos mayor peligro. ¿No es así?

Todos escuchábamos atentamente y ninguno se opuso a la idea expuesta por Casi. Por el contrario, las muestras de adhesión fueron unánimes y lo suficientemente expresivas para que Casi se animase a proseguir:

—Bien, pues que cada organización y partido representados aquí haga lo mismo.

Cejador, el del Partido Socialista, informó que sus correligionarios estaban haciendo gestiones en ese sentido, y otro tanto nos hizo saber Méndez, el de la UGT, mientras que los republicanos prometieron transmitir este acuerdo a sus comilitantes de la calle. Yo pienso que los republicanos no cuentan con grupos organizados fuera de la cárcel, pero... ¿y nosotros? Éramos tan pocos que, a estas horas, debemos de estar todos en chirona, ¿no te parece, Molina?

—Casi, casi —dijo Molina.

—Sigue, sigue —pidió Agustín.

—Sigo. Cuando estaba en el uso de la palabra Viñas, recogimos una voz que corría a través de las salas: ¡Oído! ¡Firmes!, y, seguidamente, ¡Arriba España! Alguien gritó: ¡Queo! ¡Queo! y se nos acercó Cantero para decirnos:

—¡Que viene el *Conde Ciano*!

Hubo un pequeño revuelo, pero Casi impuso otra vez la calma diciendo:

—Estamos hablando de la conquista de Méjico y yo os contaba la historia de doña Marina, ¿entendido?

Se repitieron, más cercanas, las voces anteriores. Casi decía: —Doña Marina se enamoró de Hernán Cortés y le amó toda la vida. En cambio, el conquistador...

Le interrumpió la voz del jefe de sala:

—¡Oído! ¡Firmes!

Nos levantamos todos, como es natural, y nos quedamos en la posición de firmes. El *Conde Ciano* es ese guardián que lleva una sahariana sin botones y llena de manchas, y la gorra de plato caída sobre una oreja. Al aparecer en la sala, levantamos el brazo y le saludamos con el ¡Arriba España! El *Conde Ciano* se situó en el centro y nos recorrió a todos, de abajo arriba, con sus ojos rientes y burlones. Su inspección se detuvo en nuestro grupo y preguntó:

—Hablando del tiempo, ¿eh? Nadie respondió y él insistió:

—Vaya, ¿es que se han vuelto mudos? —hizo una pausa y prosiguió, en tono socarrón—: De algo tienen ustedes que hablar y el tiempo no es un mal tema, ¿no es verdad?

Me fijé entonces en las manos de Casi y vi que restregaba entre sí sus dedos como si hiciese pelotillas con algo. Fue Viñas el que habló:

—No, señor. Estábamos hablando de doña Marina y de Hernán Cortés.

El *Conde Ciano* se cimbread un poco sobre los pies y, sin dejar de sonreír maliciosamente, replicó:

—¡Caramba!

Luego, sin quitarnos ojo, volvió a pasear su mirada por el círculo de hombres rígidos.

—Bueno, lo que quería hacerles saber —dijo pausadamente— es que se van a formar grupos de gimnasia. El que quiera pertenecer a ellos que dé su nombre al jefe de la sala —marcó otra pausa y prosiguió—: Hay que hacer ejercicio físico para no perder facultades. Se van a atocinar si están todo el día quietos, sin moverse. Y eso es malo. Las grasas son malas, ¿no les parece?

Naturalmente, nadie habló ni se movió. Por su parte, el *Conde Ciano* dio media vuelta y se dirigió a la puerta, pero aún se volvió desde allí para decirnos:

—Les queda tiempo más que sobrado para hablar de todo lo que quieran. ¡Mucho tiempo! Hala, ¡rompan filas!

—¡Fran-co! —le contestamos.

El *Conde Ciano* desapareció e, inmediatamente, se organizó una larga cola de aspirantes a gimnastas ante el jefe de sala. Supongo que en las demás salas habrá ocurrido, poco más o menos, lo mismo. No creo que les importe un pito la gimnasia, como no les importa nada la música ni el canto a los del orfeón, ni la misa a los que hacen de monaguillo o sacristán. Lo que buscan apuntándose a todo eso, me parece a mí, es mostrar de alguna manera que son buenos chicos y, sobre todo, que no los ignoren, que los tengan en cuenta... Tiene razón Casi. Muchos de estos hombres saldrían de aquí con el brazo en alto y gritando los nuevos vótores. Les han caído demasiadas cosas encima. Están cansados, abrumados, deseosos de volver a sus quehaceres de antes de la guerra y a la vida familiar. Uno se siente a veces avergonzado por ellos, sí, pero... Los del comité nos miramos y estoy seguro de que el que más y el que menos pensó en ese momento que los días heroicos quedan muy atrás. Yo, por el contrario, pienso que los días verdaderamente heroicos los estamos viviendo ahora, ya veis... En cuanto a los que se apuntan a todo... No se puede exigir de la gente más de lo que puede dar y ellos ya han dado bastante: tres años de guerra, de miedo, privaciones y derrotas, para terminar en la cárcel. ¿Es que tienen que ser forzosamente de hierro? Y a cambio de todo eso, ¿qué podemos ofrecerles nosotros, qué podemos decirles? ¿Que la razón sigue estando de nuestra parte? Bueno, ¿y qué? Ahora se trata para ellos de sobrevivir... Casi puso el epílogo a nuestros pensamientos:

—Veremos cómo se portan en los consejos de guerra, porque los consejos de guerra están ya en marcha.

Los demás debían de conocer ya la noticia porque no hicieron ningún comentario, pero a mí me cogió desprevenido y me dejó anonadado. ¿No creímos siempre nosotros que los consejos de guerra tardarían bastante tiempo en comenzar? Pues nos equivocábamos, como creo que seguimos equivocándonos en otras muchas cosas referentes a nuestra situación. En fin, ya lo sabéis. Ello quiere decir que tenemos que prepararnos para afrontar esa prueba, amigos míos...

Se deshizo la reunión y cada cual se dirigió a su sala. A mí me acompañó Gonzalo, quien, entre pitillo y pitillo —fuma como un desesperado— me fue contando cosas... Él está aquí, atrapado en el mismo expediente con Cantero, por haber pertenecido los dos al Comité de Defensa de la CNT. Por lo que se dejó decir, los acusan de haber intervenido en registros, ejecuciones y demás, y les atribuyen más de cien muertes. Pero les queda una esperanza y es que están complicados en todos esos hechos un fulano que ahora ocupa un cargo importante, a quien llaman *el Mediquín*, y una aristócrata, *la Condesita*, que pertenece a una de las familias más poderosas e influyentes en el nuevo régimen. *El Mediquín* y *la Condesita* eran chivatos del Comité de Defensa y se dedicaban a marcar por la calle, o en cines y

cafés, a los elementos de Falange o de los partidos de derecha más significados que encontraban. A causa de sus delaciones, vete tú a saber si por razones políticas o por simple odio personal, yo creo que por hacer méritos para salvar sus cabezas, fueron liquidados muchos fascistas o simpatizantes de los fascistas. *La Condesita*, que debía tener pocos más de veinte años y era guapísima, celebraba como un triunfo cada vez que una de sus víctimas acababa de la peor manera, es decir, asesinada. Se acostó con todos los miembros del Comité y, por supuesto, también con Cantero y con Gonzalo. Ellos confían más en *el Mediquín*, porque, poco antes de terminarse la guerra, los que se habían servido de él decidieron ejecutarle. Cantero se opuso y le salvó la vida. Y esperan que ahora les corresponda haciendo desaparecer el sumario que los ha traído a la cárcel. ¿Qué os parece? Verdaderamente, uno se entera de muchas cosas aquí...

V

... en abandonar el tajo
con los demás jornaleros.

*Ya se van los pastores
a la Extremadura...
Ya se queda la sierra...*

—¡Fuera! Hace falta más oído y que sigáis mi mano. ¡Otra vez!

*Ya se van los pastores
a la Extremadura...*

—¡Que no! ¡Que no es así! A ver si nos enteramos de una vez.

Siguió así el ensayo del orfeón en el patio de la cárcel, entre interrupciones, gritos del director y estropicios musicales. Dos docenas de reclusos cantaban al compás de los movimientos de la mano del que los dirigía, subido a un cajón. Muchos, al llegar a la última «a» de Extremadura abrían la boca y la nota parecía desfallecer en un largo bostezo. El director era un hombre larguirucho, escuálido, con la nuez del cuello muy saliente, ojos saltones tras las gafas de concha y cabello entrecano, espeso en el cogote y ralo en la bóveda craneal. Usaba como batuta su largo dedo índice y daba los tonos con su voz de barítono.

—Que no es un «do», sino un «la» —repetía—. Así, «la», «la»...

Entre los orfeonistas, sólo tres o cuatro tenían alguna noción de lo que eran y significaban las notas musicales y el pentagrama. Para el resto eran como caracteres chinos. Todos ellos se habían agregado al orfeón por los dos cazos de rancho de que disfrutaban sus componentes, o por matar el aburrimiento de tantas horas sin hacer nada o, más bien, por puro afán de notoriedad. Creían que el cartoncito que llevaban prendido sobre el pecho con la inscripción de «Orfeón» les otorgaba cierta preeminencia sobre los demás reclusos, como si se tratase de una condecoración. Y algo había de verdad en ello, porque los *destinos*, es decir, todos aquellos que ostentaban un cartoncito con la indicación del servicio a que estaban adscritos podían circular más libremente por dentro de la prisión, gozaban de comunicaciones especiales con sus familias, y, en cualquier caso, los guardianes les dispensaban un trato de favor con respecto a los demás reclusos.

Su director, Susano García, era maestro de escuela en un pueblecito cercano a

Madrid cuando estalló la guerra. Allí había organizado un coro infantil que lo mismo actuaba en las fiestas religiosas que en las laicas. Interpretaba con el mismo entusiasmo la misa «De ángeles» que canciones populares o los himnos políticos en las conmemoraciones del 14 de abril o de la muerte de Pablo Iglesias, organizadas por el Ayuntamiento. Fue destinado desde el primer momento a la llamada sala de intelectuales y no tardó en establecer relaciones amistosas con el grupo de Molina, en especial con José Manuel, con el que compartía la fe religiosa y la afición a los versos y a la música.

—Es que la música es para mí como el aire que respiro. También me gusta mucho componer cuartetos y ponerles son —dijo confidencialmente a José Manuel mientras se arrancaba uno de los largos pelos que le asomaban por la nariz—. El arte no tiene color político, ¿no te parece? Es como las mujeres... Bueno, las mujeres... Pero te voy a contar lo que me pasó. El alcalde me prohibió que el coro cantase en misa, y el cura me advirtió, por su parte, que no me admitiría en la iglesia si mis chicos cantaban otra vez la Internacional o el Himno de Riego, para el que yo había escrito una letra más fina. Y no tuve más remedio, para quedar bien, que disolver el coro y dedicarme a componer letras y música para mí solo. Yo estaba con la República, naturalmente, pero ya sabes cómo se las gastan en los pueblos... El que no es de los tuyos, es tu enemigo. Si a mí no me había hecho ningún mal don Fulano, ¿por qué negarle el saludo? Pues había que hacer como que no se le veía cuando se cruzaba uno con él en la calle. Date cuenta. Pues por esta razón dejé de saludar al cura y, claro, él me correspondió del mismo modo. Y así nos cogió la guerra. Se formó, como en todas partes, un comité para gobernar el pueblo, y un día empezó la limpieza de la retaguardia, como se decía entonces, por aquello de que los fascistas no dejaban vivo a ninguno de los nuestros, que en la otra zona querría decir que nosotros no dejábamos vivo a ninguno de los suyos, con lo que en una y otra parte se azuzaba a la matanza. Yo fui a ver a los del comité para decirles que aquello me parecía una barbaridad, que sería mucho más inteligente poner a trabajar a todos los enemigos de la República. ¿Qué se adelantaba con matarlos? Nada. En cambio, haciéndolos trabajar de balde para el pueblo... Pero no sirvió de nada. Mataron a los mandones de derechas y también al cura. En vista de ello, para no ser testigo de más fechorías, me vine a Madrid y me alisté en las milicias. Y lo pasé bien al principio porque me nombraron miliciano de la cultura. Era mi oficio. Organicé en seguida una biblioteca en la columna, di clases y conferencias culturales, hasta que la cosa se puso seria. Las unidades de milicianos fueron transformadas en brigadas y a mí me destinaron a una de choque. Y empezó el ir y el venir de aquí para allá, de fregado en fregado. Y para que veas las cosas que pueden pasarle a uno... Fue en el frente de Aragón, cuando lo de Belchite. El chaqueteo de un batallón nos había costado un pueblo y nos mandaron a recuperarlo. Contraatacamos de noche y entramos en el pueblo sin disparar un tiro.

Los fascistas, después de echar a los nuestros de allí, viendo que, por estar en un hoyo, la posición no tenía defensa, se habían retirado a una línea de cabezos fortificados. Eso lo supe después. El pueblo estaba vacío. Muchas de sus casas ardían y otras parecían despanzurradas. Como no encontramos resistencia, yo me metí en la casa que me pareció mejor en busca de algo de comer, porque tenía una hambre animal. Me animó mucho el que no presentase señales de haber sido saqueada. Total, que entré. Por el zaguán comprendí que pertenecía a gente acomodada y, rápido, me dirigí a la cocina. No funcionaba la luz eléctrica y encendí, para alumbrarme, uno de los candiles de dos brazos que vi sobre un vasar. Encontré pan tierno en el cajón de una mesa y, hurgando hurgando, me topé con una ristra de chorizos en una alacena. ¡Figúrate! Comí hasta que no pude más y, cuando me sentí harto, me guardé el sobrante en el macuto y me dispuse a abandonar la casa, temeroso de que me hubiesen echado de menos mis compañeros. Se oían tiros y me daba, además, vergüenza quedarme allí, al resguardo, mientras mis amigos peleaban. Pero, en el último momento, pudo más la curiosidad y quise echarle un vistazo a las demás habitaciones. Cogí el candil, atravesé el zaguán y entré en la sala. ¡Dios! ¿Sabes lo que me encontré allí? ¡Pues un piano, fíjate bien, un piano! Verlo y olvidarme de la guerra fue todo uno. Dejé el fusil y la mochila en el suelo, coloqué el candil sobre el piano y me puse a tocar en él como un loco. Ni sé el tiempo que estuve allí ni lo que pasó entre tanto en el pueblo. Hasta que, de pronto, me di cuenta de que alguien estaba allí, conmigo, escuchando la música que yo le arrancaba al instrumento lo mejor que podía. Había estado tocando, me parece, la serenata de Schubert y algunos valeses. Dejé quietas las manos y me quedé a la escucha. Al pronto pensé que sería algún compañero que hubiese ido a buscar en aquella casa lo mismo que yo, pero el silencio que me rodeaba me desconcertó. El combate había terminado. Entonces... Miré alrededor y no vi a nadie. Sin embargo, sabía, sentía que estaba cerca de mí otra persona, porque me llegaba su onda, diría yo. Y empecé a temblar de miedo. No me atreví ni a moverme. ¿Y si los fascistas habían vuelto a ocupar el pueblo? ¡Dios! ¿Estaría acechándome desde la sombra algún enemigo? Aunque noté cómo me corrían por la espalda gotas de sudor frío, no perdí la serenidad. Pensé que lo mejor sería dar la cara y salir de dudas. Me costó trabajo decidirme, pero lo hice. Empuñé el candil y enfoqué su luz a todas partes. ¡Válgame Cristo! Desde un rincón de la sala me miraban, con ojos de susto, un hombre y una mujer, ancianos los dos. Estaban de pie y muy juntos, abrazados. Me quedé paralizado, no ya de miedo, sino de asombro, hasta que me sonrieron y ella empezó a hablar:

—Estábamos escondidos en la cueva desde que los nacionales abandonaron el pueblo para situarse en las alturas que caen a la parte de ellos...

Se acercó el hombre, dando la mano a la mujer, y me dijo:

—Soy el médico del pueblo.

Yo también sentí ganas de hablar y les pregunté si vivían solos. Cruzaron entre sí una mirada y supe por el hombre que no, que no vivían solos, pero que su hija, su yerno y los nietecillos se habían ido con los nacionales. Ellos no habían querido seguirlos.

—¿Adónde vamos que no estorbemos? —dijo la mujer.

Y el médico añadió:

—Yo he sido republicano toda mi vida. Poca cosa para los tiempos que corremos, ya lo sé; pero lo suficiente, creo yo, para que no me consideren enemigo los suyos, ¿no es así? En cambio, mi yerno pertenece a una familia muy derechista, fascista se dice ahora. A su padre y a sus dos hermanos mayores se los llevaron a Bujaraloz y los fusilaron, según supimos después. Por eso aproveché la oportunidad de irse con los nacionales y llevarse consigo a su mujer, nuestra única hija, y a los pequeños.

Claro, al oír el piano no supieron qué pensar, pero poco a poco fueran confiándose y, al fin, se atrevieron a abandonar el refugio. ¿Quién sería el que tocaba? ¿Rojo o azul? Del combate ya sólo llegaba el eco de algunos tiros espaciados. Los dos ancianos, acurrucados en el zaguán, aguardaron, tiritando de miedo y de incertidumbre, a que cesara el estrépito de la fusilería, y cuando oyeron voces de gentes que corrían, se asomaron a la puerta y comprendieron que los republicanos se retiraban.

—Se ve que no pudieron tomar las alturas donde se habían atrincherado los nacionales y pensaron que quedarse aquí sería demasiado expuesto, hacer de carne de cañón... —y el viejo sonrió. Luego añadió—: Entramos aquí para advertirle que no queda en el pueblo más soldado rojo que usted, pero no nos atrevimos a interrumpirle. Era tan bonito lo que usted tocaba..., ¿verdad, Rosa?

La viejecita, que tenía cara de muñeca de trapo arrugada, asintió con un leve movimiento de cabeza al tiempo que brillaba en sus labios una infantil sonrisa sin dientes. Los viejos hubieran seguido hablando incansablemente, pero yo me sentía como sobre ascuas. Estaba expuesto a caer prisionero. Lo presentía con toda claridad. Hay que escapar de aquí corriendo, me dije. Me cargué el macuto, cogí el fusil y me dirigí bruscamente hacia la puerta, pero me detuvo allí la voz de la vieja. Ella no podía consentir que me fuese de su casa con las manos vacías y hube de consentir que me llenasen el macuto con unas cuantas viandas que la mujer sacó de un armario de la cocina. Creo que me abrazaron y me besaron después. Al fin pude abandonar la casa a toda prisa. Por fortuna, no me tropecé con nadie ni oí un solo disparo durante todo el tiempo que tardé en llegar a nuestras posiciones. Pero, así y todo, pasé mucho miedo. La noche era tan oscura que no alcanzaba a ver más allá de dos o tres metros delante de mí, y tan silenciosa que podía oír los latidos de mi propia sangre. ¿Qué hacía yo en aquel campo solitario, Dios mío? Las sombras se retorcían a mi lado como si quisieran estrangularme. Me detenía y, entonces, el temblor de mis piernas

esparcía entre los yerbajos un ruidillo misterioso, como si reptasen hacia mí manos enemigas. De pronto, me sentí perdido. ¿Iba hacia nuestro campo o hacia el de los otros? No sería yo el primero que se extraviara en la noche y fuese a parar a las trincheras enemigas. ¿Qué harían conmigo si me atrapaban? Me acordé de toda mi vida en un momento, como dicen que les pasa a los condenados a muerte...

De repente, me pareció oír voces no muy lejos. Voces ininteligibles. ¿Estaría soñando? Me detuve. No, no soñaba. ¿Qué hacer? ¿Avanzar a pecho descubierto? ¡Ni hablar de eso! Me eché al suelo y avancé a rastras, haciendo adrede ruido para que me oyesen. Si me descubrían y eran enemigos, podía, en último extremo, desaparecer en la densa oscuridad. En cambio, si eran amigos...

—¡Alto! ¿Quién va? —me gritó una voz.

—¡Yo! —contesté instintivamente.

Entonces, el escucha me pidió la consigna, dándome la primera parte de ella. Yo la concluí. ¡Menos mal! Bueno, la lucha por aquel pueblo aún duró dos días más. Por último, quedó en nuestras manos. Pero ya no era más que un montón de ruinas. Cuando busqué la casa aquella, no encontré más que su sitio. Una bomba de aviación había rebanado hasta sus cimientos... ¿Qué habría sido de los dos ancianos? ¿Yacerían sepultados bajo los escombros de su casa? Los he recordado muchas veces y los recuerdo cada día más frecuentemente. Y los veo allí, en el rincón de la sala, escuchando la música de Schubert en actitud de éxtasis. ¿Muertos? Pensé volver allí cuando acabase la guerra para averiguar el final de la historia, pero ya no podré. Ahora sí que estoy atrapado, amigo mío...

*Ya se queda la sierra
triste y oscura...*

—¡Fuera! ¿Cómo os voy a decir que no abráis tanto la boca?

Al otro lado del patio, un centenar de reclusos ejecutaba movimientos gimnásticos a toque de silbato, dirigidos por *Mister Eden*, un guardián zanquilargo y remilgoso, con aires de seminarista, que trataba siempre a los presos desdeñosamente, como si le repugnasen. Desnudos de medio cuerpo para arriba, la mayor parte de los gimnastas mostraba una paupérrima anatomía de huesos y pellejos. Después de repetidas flexiones de piernas y cintura, *Mister Eden* les ordenó un nuevo ejercicio, consistente en tumbarse boca abajo y, una vez en esa posición, izarse sobre las manos y las puntas de los pies, para volver a posarse suavemente, a pulso, sobre el suelo, siguiendo la cadencia de la voz de mando:

—¡Uno, dos! ¡Uno, dos!

Cada vez, cinco o seis de aquellos desdichados atletas se derrumbaban, sin

fuerzas ni aliento para continuar el ejercicio, exhaustos, resollantes. Mientras, el monitor proseguía martilleando:

—¡Uno, dos! ¡Uno, dos!

Hasta que no quedaron en pie más que dos. Eran más fuertes que sus compañeros, pero estaban también a punto de entregarse. Se les había enrojecido la piel, temblaban sus piernas y sus brazos, sudaban, jadeaban... Sus ojos, veteados de sangre, suplicaban a *Mister Eden* que diese por finalizada la prueba.

Mister Eden, moviendo despectivamente la cabeza, dio con el silbato la señal de descanso, y esperó a que estuvieran en pie los hombres, algunos todavía temblorosos, para decirles:

—Y vosotros queráis ganar la guerra, ¿eh?

—¡Ya podían callarse de una vez esos verracos! —exclamó Agustín, porque los berridos de los orfeonistas apenas dejaban entenderse a los que, sentados en sus mantas enrolladas o en el suelo, charlaban en corro junto a uno de los ventanales de la sala.

—Déjalos, hombre. Así, por mucho que gritemos nosotros, ni los guardianes ni los chivatos podrán oír lo que decimos.

—Tiene razón Olivares —dijo Molina—. ¡Que berreen todo lo que quieran!

Tras una pausa, preguntó don Alberto, el exgobernador de rostro socrático:

—¿Se teme de verdad un asalto a la cárcel?

—Pudiera ser, don Alberto —contestó Olivares, añadiendo a continuación—: Personalmente lo dudo, pero los informes que se reciben no pueden ser más inquietantes. Todos coinciden en que el día señalado para ello es mañana, primero de mayo, una fecha, como usted sabe, que odian. Sería una buena manera de celebrarla al revés. Y como, por otra parte, el Gobierno no se ha instalado todavía en Madrid, es probable que sea la última oportunidad que les quede para intentar el desquite del asalto a la Cárcel Modelo, ¿comprende?

—¡Aquello fue una barbaridad! —exclamó don Alberto—. Una barbaridad que nos cubrió de oprobio.

—De acuerdo; pero, desgraciadamente, ya no tiene remedio. Ahora hay que atenerse a las consecuencias. Tenemos con nosotros algunos individuos acusados de haber intervenido en el asunto, aunque, a lo mejor, ni lo olieron siquiera, pero para el caso es lo mismo.

—Ya —asintió don Alberto, moviendo pesarosamente la cabeza.

—Entra en la herencia, ¿sabe?

—Vamos, que tenemos que pagar todos, ¿no?

—De eso se trata, don Alberto. Así como todos y cada uno de los vencedores se sienten partícipes de la victoria, de la misma manera los que perdimos tenemos que

repartirnos las consecuencias de la derrota.

Los del coro seguían vociferando y los pitidos de *Mister Eden* desgarraban de cuando en cuando el aire. Oscurecía y los impacientes se paseaban ya, inquietos, con el plato de aluminio colgado a la cintura, en espera del último rancho del día. Era la hora en que despertaban los recuerdos y en que los fantasmas comenzaban a invadir la prisión. Había quien permanecía obstinadamente aislado en medio de un nutrido grupo de compañeros, quien se dedicaba a recorrer los largos pasillos sin ver ni oír lo que se movía o sonaba alrededor, como si anduviera por un camino solitario; quienes, sentados en el suelo, ocultaban el rostro entre las manos; quienes, con los ojos cerrados, aparentaban dormir, y quienes hablaban a solas en voz alta. No faltaban los que escribían, quién sabe qué, en sobados cuadernos, quizá cartas que no leería nadie o testimonios de amor que no llegarían nunca a su destino, puesto que no estaba permitido enviar fuera más que una tarjeta postal de diez líneas como máximo cada semana. Eran más, sin embargo, los que buscaban compañía, tal vez para evitar la tortura de la nostalgia. Entonces surgían entre ellos diálogos incoherentes, porque cada cual pretendía más bien oírse a sí mismo que a su interlocutor, y que, en realidad, eran obsesivos monólogos entrecruzados.

—Mi novia me esperaba a la salida del trabajo. Nos cogíamos del bracete y nos íbamos a comernos unas tapitas y a bebernos unas cañas en el bar de la esquina. Luego...

—Pues a mí me gustaba jugarme una partida de mus con los amigos antes de volver a casa...

—Entonces Pilar estaba jamón. No parece la misma ahora, después de treinta y dos meses de guerra. También la han enchiquerado a ella, la pobre. Está en la prisión de las Ventas.

—Por la cara que llevaba, la parienta sabía si había perdido o ganado la partida. No es que me importase mucho pagar mi parte, como puedes suponer. Era la honrilla, ya me comprendes.

—Cuando estalló la guerra iban a ascenderme a jefe de sección en los almacenes. Ahora todo se ha ido al carajo. Ya veremos, cuando salga de aquí, si me quieren aunque sea para llevar bultos en una carretilla. Aunque lo más fácil es que no vuelva por allí.

—¿Para qué valen tres años aprobados de Medicina si ni siquiera es uno practicante?

—No pienso más que en lo que van a tener que hacer los viejos para atendernos a Pilar y a mí en la cárcel, porque aquí palma uno de hambre si no le ayuda la familia, y a los peques.

—Me gustaría llamar a la puerta de mi casa aunque hubiese perdido, no una, sino mil partidas.

—Se lo dije bien claro al gerente el 18 de julio. Ni jefe de sección ni nada, que me iba a luchar contra el fascismo y que ya hablaríamos del asunto cuando ganásemos la guerra, que era cosa de poco. ¿Y qué me podía decir él si tenía más miedo que siete viejas? Y, en medio de todo, acerté porque lo apiolaron pocos días después los del comité de incautación, y así nada tienen que achacarme por ese lado.

—Y aunque me dejaran matricularme, ¿qué? ¿Cómo podría mi familia pagarme los estudios si han dejado a mi padre cesante en el ministerio? ¿Y cómo me voy a ganar la vida cuando me pongan en libertad si no sé hacer nada?

—Menos mal que hemos escapado con vida y que pronto estaremos en casa.

—¿Será verdad eso de la amnistía?

—Eso dicen, y también que se quedarán los peces gordos. Y es natural. Bien que lo pasaban ellos en la guerra. Mando, coche, ¿no? Y gachís, ¿eh? Pues no les vendría mal pringar un poquito ahora, hombre. ¿Te acuerdas de lo que cantábamos cuando veníamos a retaguardia?

—Claro que sí —y empezó a cantar, coreado por sus amigos:

*A la entrada de Madrid,
lo primero que se ve
son milicianos de pega
sentados en el café,
con pantalones de cuero
y la chaqueta también.
Y a los que vienen del frente
las pelotas se les ven.*

Alguien puso una mano sobre el hombro a José Manuel. Se volvió éste y se encontró con una sonrisa. Se la dedicaba un hombre de mediana edad, de rostro huesudo y pálido, y era una sonrisa de dientes ennegrecidos por el tabaco.

—Tú eres José Manuel Garrido, ¿no es verdad?

—Sí. ¿Qué quieres?

—Verás. Es que me ha dicho Susano que haces versos. José Manuel se sonrió a su vez.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Es que resulta que mañana es el cumpleaños de mi nena. Cumple quince, ¿sabes? Vendrá a verme y quisiera regalarle algo como recuerdo. He pintado una tarjeta —y mostró a José Manuel una cartulina en la que aparecía torpemente dibujado un festón de flores— y he pensado que con unos versitos quedaría estupendamente. Se los pedí a Susano, pero me dijo que tú los haces mejor. Así

que... Me llamo Fidel y soy compañero.

El tono y la actitud le conmovieron. Sin embargo, José Manuel trató de excusarse:

—Es que así, en frío...

—No importa. Con cualquier cosilla que pongas quedará bien. Un poeta tiene siempre algo bonito que decir. No es como uno que, aunque quiera, no le sale nada.

El hombre estaba en cuclillas a su lado y temblaba como si estuviera suplicando por su vida. José Manuel hizo un gesto de resignación y luego se enderezó lentamente hasta quedar de pie.

—Está bien —dijo—, pero vámonos de aquí.

Se dirigieron a un rincón y se sentaron los dos en el suelo.

Fidel le entregó la cartulina.

—No. Escribiré en mi cuadernillo y luego lo pasas tú a pluma, ¿estamos?

—Lo que tú digas.

José Manuel sacó de uno de sus bolsillos un pequeño cuaderno y un lápiz y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu hija?

—Consuelo.

—Hombre, no podía tener un nombre más adecuado a tu situación. Además, es bonito.

—Es el de su abuela.

—Ya.

Y José Manuel se quedó ensimismado frente a la página en blanco. Tras unos momentos de silencio, murmuró:

—Yo también tengo una hija que todavía no ha cumplido los cuatro años.

—¿Y cómo se llama?

—Adoración, Dorita. ¿Qué te parece?

—Me gusta, compañero.

Tras otro silencio, José Manuel levantó la vista del cuadernillo. Tenía los ojos humedecidos. Fidel tragó saliva.

—Oye, Fidel, ¿tienes alguna foto de la chica?

Fidel rebuscó en sus bolsillos y extrajo una abultada cartera de cuero y, después de hurgar en ella, mostró a José Manuel una pequeña fotografía, diciendo:

—Se la hicimos antes de la guerra. Ahora es más bonita.

La fotografía revelaba el rostro indeciso de una niña delgaducha, de lacia melena y sonrisa triste. Lo más notable eran sus oscuros ojos, de mirada tímida y acariciadora. El padre quedó pendiente del comentario del poeta, pero éste se limitó a decir:

—Vale. Viendo un poco cómo es, se me ocurrirán mejor las ideas...

—¡Es clavada a su madre! —exclamó Fidel, sin poder contenerse.

Pero José Manuel ya había empezado a escribir.

*Más de cuatro zagalas
quedan llorando.*

Cantaban a voz en grito los del orfeón.

—¿Y tú crees que con concentrarnos en las últimas salas de arriba conseguiremos algo práctico si asaltan la prisión? —preguntó a Olivares un joven con aire de intelectual, que vestía cazadora y pantalones de soldado.

Olivares se encogió de hombros.

—No hay alternativa, compañero.

—Me llamo Zaldúa, Ignacio Zaldúa.

—Vasco, ¿no?

—Sí. Bueno, mi familia. Yo nací y viví siempre en Madrid, pero es igual —y añadió—: Yo creo que no hará falta, porque, de lo contrario, el recurso...

—No hay otro.

—Sí, ya sé, pero...

—Todo antes que dejarse apiolar como borregos —le interrumpió Agustín.

—Eso mismo teníamos que haber pensado antes de entregamos —y Zaldúa, con el rostro ensombrecido, recorrió el corro con la mirada—. Ya ¿qué más da? ¿No tiramos las armas? Pues ¿a qué venir ahora con lamentaciones?

Se hizo el silencio en el grupo. Los circunstantes se miraron unos a otros, repentinamente sobresaltados, como si alguien hubiese colocado en el centro de la reunión una bomba a punto de estallar. Las palabras de Zaldúa y, sobre todo, el tono y la intención con que fueron dichas, significaban un reto y hasta un insulto para algunos de los presentes. Molina, antes que una réplica dura produjese la explosión, intervino:

—No se trata ahora de discutir lo que hubiera podido ser, sino de atenerse a lo que es. Y nada más.

—Debimos resistir, porque ésa sí que era nuestra única posibilidad —insistió Zaldúa.

—Ya estamos como siempre: que si debemos hacer esto o lo otro, que si la culpa la tiene Fulano o Mengano, que si hubiéramos seguido ésta o aquella táctica no estaríamos donde estamos... ¡Bah! Eso sí que son lamentaciones vanas. Hay que mirar adelante y no atrás —replicó Molina, esgrimiendo su dedo índice.

—No estoy de acuerdo —y Zaldúa agregó: Hay que dejar bien sentadas las cosas para el futuro.

—¿Dejar sentado qué?

—Las responsabilidades.

Molina sonrió levemente. No así los demás, en cuya expresión se traslucían los odios y los rencores que despertaban las alusiones a un pasado inmediato en el que, agonizantes ya, se habían combatido entre sí, con renacido furor, los aliados en la lucha contra el fascismo. Era como derramar vinagre sobre una llaga en carne viva.

—¿Qué responsabilidades? —preguntó Agustín.

—¿Qué responsabilidades pueden ser? Las de la guerra.

Molina se adelantó a contener con un gesto a los impacientes que ya habían abierto la boca y adelantado el busto para replicar violentamente a Zaldúa, y dijo:

—Mira, Zaldúa, yo creo que no estamos en la cárcel por gusto y que no vale la pena echarse la culpa los unos a los otros. No ha sido un solo error el causante de este final desastroso, sino miles de errores acumulados por unos y otros. ¿Qué vamos a adelantar con seguir mordiéndonos aquí como nos mordíamos en la calle?

—Sí, y todos iguales, ¿no? Pues no. Nada de borrón y cuenta nueva. Existen unos responsables y son los que querían la paz a toda costa, y que...

—Mira, mira —le interrumpió Molina—, ya he dicho antes que el final de la guerra no se decidió en ocho días. Venía de muy lejos el mal.

—Cierto. Siempre hubo derrotistas. Desde el principio. Para eso estaban los Prieto, Largo Caballero, Besteiro, Azaña...

—Ojo, que te la ganas —gritó un joven blandiendo el puño.

Zaldúa miró fríamente al muchacho y le dijo, rechinando las palabras:

—¡Cuidado con las chulerías!

—Pues no insultes —le replicó el otro.

—Yo no insulto. Estoy diciendo la verdad.

—Será tu verdad —terció Agustín—. Eso es lo que nos ha perdido, el que cada grupo se creyera en posesión absoluta de la verdad y pensara que los demás estaban radicalmente equivocados. ¿No es más justo conceder que todos nos hemos equivocado alguna vez?

—Tienes razón, Agustín —opinó, sonriendo tristemente, Molina, que añadió—: Es una pena, mejor dicho, una tragedia, que los españoles, cualquiera que sea su color político, sigamos siendo los hombres de Trento: o aceptas lo que yo pienso, o te mando a la hoguera. La soberbia del dogma nos destruye.

Pero Zaldúa se mostró impertérrito. Tajó el aire con la mano y dijo secamente:

—Nosotros quisimos resistir, resistir y resistir. De haberse seguido nuestra consigna estaríamos aún con las armas en la mano y no aquí.

—¿Para qué? —preguntó Molina.

—Pues para ganar.

—Pero ¿con qué íbamos a ganar, con qué? —no pudo menos de gritar Agustín, exasperado—. ¿Con los dientes?

—Menos teníamos el 18 de julio —prosiguió Zaldúa, inalterable.

—Claro que entonces teníamos menos —y Agustín hablaba a borbotones—. Como que no teníamos a nuestra espalda treinta y dos meses de guerra, ni la pérdida del Norte y de Cataluña, ni el corte por Castellón, ni el resultado catastrófico de la batalla del Ebro... Teníamos, en cambio, el Gobierno en Madrid, y teníamos, teníamos... Mira, el 18 de julio estaba todo por ver mientras que el 5 de marzo estaba ya todo visto.

—Porque la Junta de Casado nos traicionó —terció bruscamente Segundo Planas, el jefe de sala.

Aquello era la bomba que al fin estallaba, y los cascos de metralla empezaron a silbar por el aire.

—¿Y qué hicisteis vosotros para impedirlo? Nada. Una pamema. Con los tres cuerpos de ejército que teníais en Madrid hubierais podido aplastar a la Junta en menos de veinticuatro horas. Pero no lo hicisteis. ¿Por qué? —y Molina prosiguió diciendo—: Pues porque vuestro partido daba por perdida la guerra, pero quería que fueran otros los que cargasen con el mochuelo, ¿no? Y plantasteis cara a la Junta, pero sólo para cubrir las apariencias, y luego quisisteis formar parte de ella, cuando habíais destrozado el ejército, que era la única baza que les quedaba a Casado y a Besteiro para negociar, por si se presentaba todavía alguna circunstancia de la que pudierais sacar provecho y, si no, para echar toda la responsabilidad sobre los hombros ajenos. Vosotros sois muy listos, pero en esta ocasión se os ha visto demasiado el plumero.

—¡Eso es mentira! —gritó Planas.

—Todo eso que acabo de decir es una verdad como un templo y todo el mundo lo sabe —le replicó en el mismo tono Molina.

—¿No nos había abandonado antes Rusia? —cargó Gonzalo, añadiendo: Además, ¿dónde están la Pasionaria y los demás gerifaltes de vuestro partido? Bien que se dieron el zuri, ¿no?

Planas, acorralado, guardó silencio, pero Zaldúa no se amilanó:

—¿Qué habríamos hecho sin la URSS? —gritó, a su vez—. ¿Quién nos mandó armas y alimentos para que pudiéramos oponernos al fascismo?

—Para la jaca, amiga, para la jaca —y Gonzalo levantó una mano como para contenerle—. Sí, nos enviaron armas y alimentos, pero las armas fueron para vosotros y los alimentos para cacarearlos por ahí, pura propaganda. Y todo pagado por adelantado. Lo que Rusia quería era que nos partiéramos la crisma con los fachas y a ver, si de paso, podían quedarse con todo. La prueba está en que nos dejaron tirados como una colilla en cuanto las cosas empezaron a ponerse muy mal para nosotros.

Entonces saltó el insulto anónimo:

—Camarada, eres un fascista por decir eso.

Gonzalo se irguió blandiendo en el aire el puño crispado.

—¿Fascista yo? ¡Fascistas vosotros! ¿Qué hicisteis con los del POUM?

—¡Basta ya! —tronó Olivares—. ¡Esto parece una riña de putas!

Olivares había seguido en silencio el debate hasta que alcanzó, como preveía, una temperatura peligrosa. Par eso se colocó en el centro del corro con los brazos extendidos antes de que la discusión degenerase en pelea. Su grito y su actitud contuvieron a los más exaltados y se produjo un colapso que él aprovechó para decir:

—¿Es que queréis que venga un guardián a poner paz entre nosotros? Eso sería lo último, ¿no os parece? Hay que saber perder, compañeros.

Su llamada al sentido común relajó un tanto la tensión.

—Tendremos mucho tiempo para analizar las causas de nuestro fracaso —continuó diciendo—, que, como decía Molina, no son una, sino muchas. La verdad que tenemos que afrontar ahora es que estamos en la cárcel a merced de los vencedores y que nuestro deber consiste en salvar este bache lo más dignamente posible.

Pero Zaldúa movió obstinadamente la cabeza en señal de disconformidad y dijo:

—No creo que eso sea lo más importante.

—¿Que no?

—No. Lo más importante es que está en puertas la guerra mundial, en la que España tendrá que entrar al lado del Eje, ¿no? —y como nadie le replicara, prosiguió—: Entonces, ¿cuál va a ser nuestra postura? ¿Vamos a luchar a favor del fascismo o a favor de las democracias que nos traicionaron? Ése es el dilema, camaradas. Pero antes es preciso dejar bien aclarado el desenlace de nuestra guerra, con el fin de que no volvamos a las andadas y adoptemos desde el principio una línea política justa.

—La vuestra, ¿no? —le preguntó Gonzalo.

—Tú dirás cuál, si no, después de lo ocurrido en España.

—Bueno, bueno, vamos por partes —y de nuevo extendió sus brazos Federico Olivares—. Puede que estalle pronto esa guerra, o puede que aún tarde bastante en estallar o que no estalle por ahora. Caben todas las hipótesis en este punto. Pero, suponiendo que empezaran los tiros mañana mismo, ¿qué crees tú —y se dirigió a Zaldúa— que haría la URSS? Tendría que decidirse también por un bando, y lo más lógico es suponer que se alinearía al lado de las democracias, ¿no?

—Por supuesto —concedió Zaldúa.

—Pues en ese caso, nuestro puesto estaría junto a las democracias y Rusia. —Miró fijamente a Zaldúa, hizo una breve pausa y añadió—: ¿O no? A lo mejor, vosotros, el Partido Comunista, creéis que tendríamos otro opción.

—Naturalmente —fue la tajante respuesta de Zaldúa.

—¿Cuál?

Por primera vez, Zaldúa sonrió, aunque fríamente, desde un nivel de superioridad.

—La históricamente justa.

Olivares dejó igualmente asomar a sus labios una leve sonrisa, pero no despectiva, sino burlona.

—Bien, explícate.

—Está claro. Ni nosotros ni la URSS podemos luchar a favor de las democracias, aunque sí contra el fascismo.

—¿Qué, qué? ¿Cómo se come eso? —y Agustín añadió—: Porque a mí me parece un galimatías.

Olivares interrumpió a su amigo:

—Déjalo. Ya sé dónde quiere ir a parar, pero es mejor que lo diga él.

—Si es pura dialéctica —y Zaldúa adoptó otra vez una actitud doctoral.

Para él se trataba simplemente de convertir la guerra imperialista en guerra revolucionaria, tal como la concebía Lenin. La próxima guerra sería una disputa entre perros —los fascismos y las democracias— por un hueso: el dominio mundial. Las fuerzas revolucionarias —la URSS harían de árbitros y, al final, se alzarían con la victoria.

—Es claro como el agua —y terminó diciendo: Pero no podremos sostener esa difícil postura si antes no nos unimos todos los antifascistas, ni formar una verdadera unión si antes no llegamos a un acuerdo para que no se repita la acción de tipos como Casado... Ése debe ser el punto de arranque.

—Total, que vuelves a lo tuyo, a lo del principio, ¿no es eso? —le preguntó Gonzalo, quien añadió—: Vamos, que lo que vosotros pretendéis es que os demos la razón en todo, para empezar, y que luego arrimemos el hombro a la sardina rusa, ¿eh? Pues estáis listos.

—¿Es que hay otro camino? —inquirió desabridamente Planas.

—Vamos, anda, ni que nos chupáramos el dedo. De manera que nosotros os ayudamos a triunfar y luego vosotros nos pasáis por la piedra, es decir, nos fusiláis por contrarrevolucionarios. Muy bonito, hombre, muy bonito. Las cosas no pasan más que una vez, hombre —le contestó Gonzalo.

Entonces Zaldúa se volvió al desairado Planas para decirle:

—Es inútil insistir. ¿No ves que están todos pensando en la amnistía y no les importa la tarea política que nos aguarda en la calle?

De pronto, Olivares rompió a reír. Como el orfeón se había callado y no se oían tampoco los pitidos de *Mister Eden*, sus carcajadas sonaron estrepitosamente en medio del asombro general. Por un momento nadie supo qué decir. Mientras algunos se sentían contagiados por el hormigueo de la risa, otros, por el contrario, se mostraban más sombríos y recelosos. Entre tanto, Olivares hacía esfuerzos inútiles por dominarse.

Al cabo, Zaldúa, pálido de rabia comprimida, le increpó:

—¿A qué viene esa risa ahora, camarada?

—Calla, hombre, calla... —pudo balbucir Federico entre frenazos a su risa desatada.

—¿Es que he dicho algún chiste o alguna tontería? —insistió aquél, desafiándole con la mirada.

Tuvo que intervenir Molina para evitar que se agravase más la situación:

—No le hagas caso, Zaldúa. Cuando le da la risa, no hay quien se la pare. Una vez, en Valencia, según me dijo, interrumpió una función de teatro y los actores tuvieron que esperar a que dejara de reír.

A Zaldúa no debió de convencerle totalmente la explicación de Molina, pero esperó, no sin evidenciar su impaciencia y su enojo, a que Federico se repusiese.

—Perdona, chico, perdona —se excusó, al fin, Olivares—, pero es que no he podido contenerme. Me ha parecido tan grotesca y tan fuera de lugar la discusión, que me he echado a reír como podría haberme puesto a gritar. No tenemos remedio —agregó, ya completamente sereno—. A mí, a veces, me asalta una duda: y es la de si estaremos locos todos nosotros, y por eso no nos damos cuenta de lo hondo que hemos caído.

Y reprochó a Zaldúa que sólo hablase de la junta de Casado que, en fin de cuentas, fue la liquidación de una larga serie de traiciones y desastres, y no, por ejemplo, de los que se quedaron en el extranjero a vivir tranquilamente con el dinero que les confiaron para comprar armas con destino a los ejércitos de la República, ni de las sucias maniobras de los grupos políticos en la retaguardia para apoderarse del mando mientras en los frentes caían antifascistas de todos los matices, ni de los jefes militares que sabotaban las operaciones de las tropas republicanas, como aconteciera en la última ofensiva de Extremadura, ni de los vergonzosos enjuagues del comité de No Intervención, ni de las promesas de armas que nunca llegaron, ni de las unidades combatientes que monopolizaban toda clase de armamentos y pertrechos junto a otras que carecían de lo más indispensable, ni de los que atesoraron joyas y dinero y situaron fondos fuera de España por si la guerra se perdía, ni de tantos otros pecados y miserias, propios de la condición humana, pero que, en definitiva, habían sido las verdaderas causas determinantes de la derrota de la República.

Se había enardecido y las palabras le fluían encadenadas unas con otras, inconteniblemente, como resultado de largas y doloridas meditaciones. Tuvo que hacer un alto para tomar aliento y prosiguió después, en un tono más sosegado:

—Por eso me parece que ha llegado el momento de mirar hacia delante y no hacia atrás ni al extranjero. Es absurdo creer que se preocupa alguien por nosotros en Francia, Inglaterra o Rusia, ni siquiera nuestros propios compañeros que han ido a parar a esos países. No, estamos absolutamente solos y la guerra se acabó. Pero se ha abierto para nosotros una etapa mucho más difícil, la de la derrota. Ahora sí que es

preciso estar unidos, codo con codo, para no desfallecer ni dejarnos dominar por el miedo o por falsas esperanzas, ¿comprendes lo que te quiero decir? —Hizo otra breve pausa, sin dejar de mirar intensamente a Zaldúa, se puso luego en pie y terminó diciendo—: ¡Basta ya de restregarnos las llagas unos con otros! Por mi parte, no pienso decir una palabra más en un asunto que huele a podrido.

Y Olivares salió del grupo sin esperar la réplica de Zaldúa. Éste hizo un gesto de desdén con los labios y se retiró a su rincón. Uno tras otro, los demás contertulios fueron haciendo lo mismo. Mientras, la sala se había ido llenando de reclusos. Lucían ya las pobres bombillas eléctricas y en los patios nacía y se hinchaba la noche, cuyos tentáculos, como los de un pulpo gaseoso, penetraban a través de los ventanales. De pronto, sonó la trompeta y sus notas alegres, seguidas de las voces de los jefes de sala llamando a formar, estremecieron la prisión y pusieron en movimiento a los hombres. Corrían los rezagados por escaleras y pasillos y los tempraneros se disputaban los primeros puestos en las filas. Al principio fue una ligera vaharada de agrios olores lo que trascendió de los patios, donde estaban alineadas las grandes perolas humeantes, y, después, un tufo pestilente que fue creciendo a medida que iba llegando el rancho a sus puntos de distribución. Era un olor a heces fermentadas que producía una sensación táctil de sebo rancio. Pronto estuvieron en sus puestos los hombres del cazo, al aire el vello lustroso de los brazos, grasientas las manos de uñas renegridas, tiesos de costra sus mandiles de arpillera. Repentinamente la cárcel se quedó en silencio, en un silencio tan cristalino que podía oírse el repiqueteo de las uñas de algún impaciente sobre el fondo de los platos de aluminio, hasta que la aparición de los funcionarios encargados de vigilar el reparto del condumio desencadenó un nuevo grito que fue repitiéndose de sala en sala como un eco:

—¡Oído! ¡Fir-més!

Apenas habían tenido tiempo Olivares y sus amigos de sorber el caldo de las lentejas, cuando se presentó el jefe de servicios con un papel en la mano. Planas, sorprendido, salió a su encuentro atropelladamente al tiempo de gritar:

—¡Fir-més!

El *Pelines*, de rostro abotagado y nariz enrojecida, miró a los hombres, puestos mecánicamente en pie, con sus ojos saltones, adormilados y amarillos, de saurio. Mirada densa y pesada que provocó en los presos un mareo de ansiedad.

Los hombres miraron, a su vez, al *Pelines* preguntándose qué podía significar aquella insólita visita, a qué vendría, de qué noticias sería portador. Podría traer la libertad para algunos o quién sabe si para todos. ¿Tal vez la tan cacareada amnistía? Pero, ¿no era ya de noche? Podrían estar esperando afuera los sicarios como se dice que ocurrió en otras noches durante la guerra... Pero, simultáneamente, volvían a resonar en la memoria las palabras animosas de la hermana, de la hija o de la propia

mujer: *No te preocupes, porque me han asegurado que te van a poner muy pronto en libertad. Es cosa de días, quizá de horas.* ¡Qué entrada en casa! ¿Qué diría la alcahueta de la portera? ¿Y el vecino, carca redomado? ¡Dios, la cama blanda, las sábanas limpias! Lo primero, lavarse todo el cuerpo con agua caliente. ¡Y chitón! Ahora, a estarse quietecito y callado. Si alguien te pregunta algo, que vaya a otro sitio a enterarse. ¡Ni una palabra de nada!

La voz del *Pelines*, viscosa, gargajienta, aumentó aún más la incertidumbre y el desasosiego de los reclusos cuando dijo:

—Los que vaya nombrando, que se preparen para salir inmediatamente.

Salir... ¿Quién? ¿Adónde? ¿En libertad? ¿A diligencias? ¿A otra prisión? ¿No sería que empezaban los famosos «paseos» al por mayor? Mañana, uno de mayo, ¿no? Tal vez hubieran cambiado de plan y, en vez de asaltar las cárceles, sistema arriesgado y escandaloso, prefiriesen vaciarlas y repetir varias veces lo de Paracuellos...

Entre sudores y angustias de los presos, el *Pelines* cantó el primer nombre:

—Federico Olivares García.

Siguió un palpitante silencio, que interrumpió desabridamente el *Pelines*:

—¿Es que no está aquí?

—Sí, señor —contestó Olivares desde su sitio.

—Pues diga presente.

—Presente.

Siguieron después, entre pausas:

—Manuel Molina Rodríguez.

—Presente.

—José Manuel Garrido León.

—Presente.

—Agustín Arias Moreno.

—Presente.

El *Pelines* se quitó entonces el papel de delante de los ojos y se dirigió a Planas:

—Que formen rápidamente en el pasillo y que los demás sigan cenando.

Volvió después la espalda a la formación y se fue, con paso cansino, caída la barbilla sobre el pecho. Cuando desapareció con rumbo a las demás salas del interior, se oyó la voz de Gaspar, preguntando:

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué ha dicho?

Unos le sisearon y otros le hicieron señas para que se callase, y Gaspar se quedó mirando a unos y a otros, visiblemente contrariado y perplejo. Por su parte, Federico y sus compañeros cedieron, a quien las quiso, sus raciones de rancho, enrollaron sus mantas y prepararon sus saquitos con la ropa y la poca comida casera que les quedaba.

Nadie se atrevía a hacer comentarios en voz alta. Incluso los cuatro amigos ejecutaron todas esas diligencias en silencio, mirándose entre sí de cuando en cuando, pero sin atreverse a manifestar lo que pensaban y temían. Estaban pálidos y serenos. Agustín, el menos impresionable, acabó encendiendo una punta de cigarro puro que guardaba desde mediodía, y Olivares, Molina y José Manuel prendieron también fuego a sus correspondientes cigarrillos. Los demás los contemplaban entre intimidados y curiosos, con una mezcla de simpatía y compasión en la mirada. Algunos reanudaron la cena, pero fueron mayoría los que se quedaron sin apetito. El silencio era agobiante y paralizador. Fue don Alberto el primero en acercarse a Olivares y hablarle en voz baja, aunque oyeron todos sus palabras:

—Yo creo que no es más que un traslado, a no ser que se trate, y ojalá sea así, de la libertad para ustedes.

Olivares sonrió.

—O nuevas diligencias, don Alberto, o...

—Calle, amigo; no sea pesimista.

—Lo que sea, sonará, ¿no le parece?

—Ya verá, ya verá —y el exgobernador le miraba cariñosamente— como no será para nada malo. Por mi parte, les deseo lo mejor. ¡De veras!

—Gracias.

Después de estrecharse las manos, don Alberto, con voz conmovida, murmuró:

—¿Y quién me va a contar ahora hermosos bulos para poder dormir?

Las últimas palabras de don Alberto provocaron algunas sonrisas y pusieron en movimiento otra vez la escena, paralizada por el estupor y el miedo. Hubo entonces una aproximación masiva a los cuatro amigos, palmadas amistosas en sus hombros, palabras de aliento, restregones de manos, bromas y otras muestras de amistad, hasta que intervino Planas para recordarles la orden del *Pelines*.

Cargados con sus cosas, salieron, al fin, al pasillo y quedaron frente a la puerta enrejada. Detrás, fueron formando en filas de a dos hasta casi medio centenar de reclusos, procedentes de las otras salas. Luego llegó el *Pelines*, quien dio orden de que se abriese la cancela, y pasaron al vestíbulo, débilmente iluminado por unas bombillas polvorientas. Allí los aguardaba un piquete de guardias grises. Fuera, en la calle, runruneaban lúgubrementemente los camiones.

El jefe de servicios y el jefe de la escolta recorrieron juntos las filas para contar los reclusos. Cuando terminaron y mientras se cruzaban entre ambos jefes firmas y papeles, Toledano, el escribiente, se acercó a Olivares y Molina, que encabezaban la expedición, y les dijo en un susurro:

—Tranquilos. Vais a las Salesas para ser juzgados.

—¿Para ser juzgados? —preguntó, incrédulo, Molina, sin mover los labios.

—Sí, en consejo sumarísimo de urgencia.

Y Toledano, fingiendo que volvía a contarlos, fue repitiendo, mientras recorría la formación:

—Vais a consejo, vais a consejo, vais a consejo...

Al desvanecerse sus peores dudas, los expedicionarios sintieron de nuevo el calor de la esperanza y recobraron la vivacidad. Pero no les dejaron tiempo para cambiar impresiones.

—¡De frente, march!

Se acomodaron estrechamente en dos camiones descubiertos, en compañía de guardias armados con fusil y pistola, y rompieron a hablar tan pronto como se pusieron en marcha.

—¿Nos puede decir adónde nos llevan? —preguntó alguien a uno de los guardias.

—Sí, hombre; a las Salesas.

La voz del guardia, segura y casi amistosa, los tranquilizó aún más.

—Consejo de guerra sumarísimo, de urgencia... —murmuró Molina.

—He estado dándole vueltas a las palabrejas —dijo Olivares— y pienso que se trata del sistema empleado en la línea de fuego para sancionar un delito grave.

—Pero ¿cómo van a juzgarnos tan rápidamente sin haber hablado una sola vez con nuestro defensor? Porque tendremos defensor, digo yo.

—Pronto saldremos de dudas, Molina —y añadió Olivares—: Pero a lo peor es así.

—No puede ser, hombre.

—Claro que no —terció José Manuel—, y como somos cuatro, tendremos cuatro defensores. De algo nos valdrá a todos, además, el ser yo cubano. Podremos avisar a nuestras familias para que asistan al juicio y tendremos, de paso, una comunicación extraordinaria, sin rejas por medio. Si Enriqueta ha podido localizar, al fin, a Afrodisio Ruidera, es muy probable que este amigo mío quiera comparecer como testigo de descargo. Sería fenomenal, ¿no?

—Y tanto. Pero me parece demasiado bonito, ¿no crees? —y Agustín, moviendo dubitativamente la cabeza, agregó—: Y no es que quiera aguarle la fiesta, José Manuel, es que no me fío ya de nadie.

Al paso del camión, algunas ráfagas de luz iluminaban sus rostros, que aparecían exangües. La noche era cálida, dulcemente primaveral, sosegada y translúcida en lo alto, donde unas nubes livianas velaban la luna y se destejían en la remota negrura del cielo; y descolorida, como ojerosa y sonámbula, en las calles. Todavía el alumbrado, el de los comercios y el municipal, era pobre, discontinuo y parpadeante. Funcionaba algún viejo anuncio luminoso, lucía una farola entre varias apagadas, se asomaba la luz doméstica en algunos balcones y ventanas, pero persistían aquellas medrosas sombras de las noches de asedio, pegadas a la paredes y arrastrándose por las aceras. En cambio, los árboles, mutilados de guerra muchos de ellos, reventaban de furor

germinal, y se veía gente por todas partes. Había largas colas en las paradas de los tranvías y éstos transitaban repletos, dejando tras sí una estruendosa estela de timbrazos y chirridos. Circulaban escasos automóviles, de los que algunos conservaban todavía la pintura camaleónica de la guerra. En los escaparates de los comercios, presididos por retratos de Franco y de José Antonio, se advertía el esfuerzo por disimular la falta de mercancías. Por doquiera, en mil detalles, se delataban los síntomas del estado convaleciente de una ciudad que había padecido una agonía de meses y años: ruinas, vejez desportillada, servicios públicos deficientes, hombres y mujeres con trajes raídos... Aún parecían rondar por las esquinas los espectros del terror. El muñón de un árbol, el esqueleto de un banco público, el hueco del tablón de un anuncio, las ventanas sin marcos, los hoyos del pavimento, las huellas de metralla y los hierros retorcidos evocaban la larga lucha a muerte. Aquí y allá, brotaban los testigos de la desolación. Madrid aparecía salpicado de cicatrices, de vendas y esparadrapos, y apoyado en ortopedias, como un inválido que acabase de abandonar el hospital de sangre.

Los cuatro amigos, al igual que sus compañeros de aventura, perdieron pronto las ganas de hablar, atraídos por el espectáculo de la noche callejera. El torrente de la vida, en el que ellos eran como un barquichuelo varado en su margen, fluía alrededor, indiferente y esquivo. Y los presos, como obedeciendo a una tácita consigna, se esforzaban en mirar y ver, en mirar y ver y fantasear. ¿Quién sería aquel hombre que se había detenido a verlos pasar? ¿Y aquellos dos que hablaban a la puerta de un bar? ¿Y la mujer asomada al balcón? Parejas de enamorados se multiplicaban en sus retinas ávidas como en las incontables esquirlas de un espejo roto. Desde un tranvía, rostros confundidos e inidentificables, pegados al cristal, los miraban inexpresivamente durante un fugaz segundo. ¿Los miraron? Pero ¿los vieron?, ¿los reconocieron? Por más que desde su interior lanzaban vehementes mensajes: *Vamos a que nos juzguen. Hemos luchado por vosotros. Somos de los vuestros. ¿Es que no nos recordáis? Pronto estaremos de vuelta, a vuestro lado otra vez. Ya lo veréis*, nadie les contestó. Nadie los aplaudió. Nadie les sonrió siquiera. ¿Acaso los compadeció alguien? Tal vez, pero ellos no pudieron saberlo ni entonces ni nunca.

Olivares cerró los ojos.

(¡Cuántos de los que esta noche pasan a nuestro lado, como si no nos vieran, temerán ser también detenidos y encarcelados! Tal vez por eso se hacen los desentendidos. Bien mirado, su situación es aún peor que la nuestra. Un día cualquiera, a cualquier hora, ¡zas!, les echan el lazo y los enfrentan con una o varias denuncias anónimas sobre vaya usted a saber qué delitos... El miedo nos ha dispersado, pero, queramos o no, permanecemos uncidos, y bien uncidos, a la misma carreta. Éste es un naufragio en el que cada cual busca un tablón al que

asirse para salvarse. Hay quien no piensa más que en volver con los suyos, taponarse después los oídos y no querer saber nada de nada, olvidar, seguir viviendo como sea. Pero no son todos, ni los mejores, porque hay quien no se deja avasallar por el miedo, que no abjuraría por nada, que seguirá fiel a sí mismo y a los demás hasta el fin... Nos quedan las ideas, aunque hayamos perdido todo lo demás, sin las cuales no tendría justificación nuestro pasado, ni nuestro presente, ni mereceríamos ningún futuro. Ideas, ideas, ideas... Pasaremos horas, días, tal vez años interminables hablando de ellas. Ellas son nuestra sangre y nuestro espíritu... No importan los desengaños, ni las decepciones, ni las flaquezas. Era tan resplandeciente, tan alta y pura, la cumbre que queríamos alcanzar... Era tan justo, tan humano, lo que pretendíamos conseguir... Valía la pena, ya lo creo... Por eso, la lucha fue tan encarnizada, y seguirá siéndolo, porque la guerra no ha sido más que el comienzo. Lo peor de la lucha empieza ahora... Solos, abandonados, indefensos... Y nuestra naturaleza es cobarde. Todos somos cobardes, queremos vivir. Yo también, como el que más. Mi madre, mi hermana Alfonsina, Aurora, Matilde... ¿Quieres cenar? ¿Vas a salir? ¡Adiós, Federico! ¡Buenos días, don Federico! Vamos a ver: ¿quién de vosotros sabe los nombres de los ríos y de las cordilleras más importantes de España? Sí, es cierto que el Guadalquivir fue navegable hasta Córdoba en los tiempos del Califato, y que el Mulhacén es el pico más alto de la Península Ibérica... Ven aquí tú, Vicentillo, y dime el pretérito imperfecto del verbo..., de cualquier verbo, del que se te ocurra... Anda, hombre... Bien, bien. ¿Queréis que leamos algo ahora? Ya sé que os gustan los versos... Entonces... Tú mismo, Vicentillo. ¿Cómo está tu abuelo, Vicentillo? Buen hombre tu abuelo, sí. Toma este libro. Son versos de Machado. ¡Ay, Machado, Machado! «Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios, una de las dos Españas ha de helarte el corazón...». Pero no, no. Me gustan más estos otros, éstos, que comienzan: «Yo voy soñando caminos...». Sí, porque la vida es un camino, un camino que no deja huellas. ¡Caminos! ¿La vida es o la soñamos? Lo peor es despertar, como yo, como mis compañeros. ¿Qué vendrá después? ¿Habrá después? Y si lo hay, ¿qué haré, adónde iré? Tendré que buscar una mujer, porque Aurora, Marilú y Matilde ya me habrán dejado atrás. Le diré... ¿Qué podré decirle? Pechos morenos, temblorosos, cálidos... Muslos... ¡Ay, el sexo entre vellones oscuros! Y el vientre suave, tibio, sumiso, misterioso... ¡No! Es mejor pensar en el combate de la Mocasilla, recordar cómo trepaban los soldados por la pendiente. Pero ¿por qué se me borran tan pronto estas imágenes de la guerra? En cambio... Otra vez los pechos redondos...).

Olivares suspiró y abrió los ojos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada, que ya hemos llegado.

Los camiones, en efecto, se habían detenido al pie de la mole amedrentadora del Palacio de justicia. Por entre las sombras se percibía el movimiento de los guardias apresurados y se oía el rechinar de las botas y de las culatas de los fusiles. Se les ordenó que saltaran a tierra desde las plataformas.

—Nunca he estado ahí dentro —comentó Olivares.

—Toma, ni yo —dijo Agustín.

—Pues yo sí —confesó Molina dejándose caer al suelo.

Los obligaron a formar en dos filas y los contaron otra vez. Mientras comprobaban que no faltaba ningún preso y se realizaba su traspaso entre los jefes de la escolta y de la guardia, alguien bromeó:

—Ésta es la ocasión de coger una buena ración de aire libre, muchachos. ¡A saber cuándo se presentará otra!

—¡Silencio! —ordenó un guardia, recorriendo las filas con la mirada—. No hemos venido aquí de juerga.

—Ya lo sé, cabrón —le replicó un susurro seguido de risas ahogadas.

—Pues a mí me huele a mujer. Mira que si estuviera Enriqueta por ahí —bisbiseó José Manuel escudriñando la gente que discurría por los alrededores o se detenía a mirarlos. Algunas mujeres, especialmente, parecían buscar alguna cara conocida entre ellos, pero a distancia, sin osar acercárseles.

—Yo lo que siento ahora es hambre. Sí, señor. No sé lo que daría en este momento por un buen bocadillo de anchoas en aceite —y Agustín agregó, después de un bostezo—: Anchoas en aceite o... pepinillos en vinagre. Algo. Tengo el estómago como un acordeón.

Por fin las filas se pusieron en marcha. Una ancha puerta y, luego, un amplio pasillo, sucio, gris, con ese característico olor de transpiraciones añejas que exhalan los recintos públicos. Después, una puerta de barrotes de hierro y, finalmente, un corredor sombrío, con puertas ferradas a ambos lados, repleto de mujeres de todas las edades, de pie o sentadas en sus hatos de ropa. Los guardias que marchaban en cabeza hicieron detenerse a la columna y ordenaron ásperamente a las mujeres que se alineasen junto a uno de los muros. Mientras, a los presos les llegó hasta lo más hondo aquel espeso y mareante vaho femenino.

—Se ve que las hueles desde una legua. Tienes mejor olfato que un podenco, José Manuel —sopló quedamente Agustín a su amigo.

Los ojos de las mujeres parecían uno solo, inmenso, ávido, adhesivo y seccionador como una ventosa. Dos corrientes de signo contrario, pero idénticas, se cruzaron, como dos espadas chispeantes, entre unos y otras. Pero los guardias, apercebidos, se interponían entre ambos polos como una barrera de cristal. Distribuyeron rápidamente a los hombres por los calabozos y los dejaron encerrados

en ellos tras golpes y chirridos de llaves y cerrojos.

Si alguno tiene una necesidad, que dé tres golpes en la puerta y grite el número de la celda. Pero sólo para eso —fue la última advertencia de los guardias.

Olivares y sus amigos, al quedarse solos, inspeccionaron detenidamente la pequeña estancia rectangular. Suelo, techo y paredes eran lisos, de cemento. Sobre la puerta, y protegida por una funda de alambre, la sucia bombilla derramaba una luz tan pobre que sólo lograba palidecer las sombras. Suciedad integral. Olor a orines. Letreros y dibujos. *La Tomasa tiene el coño como una pasa. ¡Viva la FAI! El que no beba ni joda, que se pegue un tiro. ¡Viva Stalin! ¡Viva Falange! Para puta, la Maruja.* Hoces y martillos. Testículos y penes. Yugos y flechas. Desnudos de mujer. *Vaya par de tetas, compadre.* Nada más.

—Bueno, esto sí que da verdadera sensación de cárcel, amigos —dijo Olivares.

—Pues ni aun así se me quita el hambre —se lamentó Agustín.

—Pues come algo, hombre —y Olivares le señaló el fardel de la comida.

Se sentaron en el suelo, en uno de los ángulos, apoyando las espaldas en los muros, e, inmediatamente, Agustín desplegó una manta y extendió sobre ella las escasas provisiones.

—¿No coméis vosotros? —preguntó.

—Hombre, no vamos a dejar que te lo comas tú todo y te dé un cólico —le contestó Molina en tono burlón.

Entonces les llamó la atención un ligero repiqueteo sobre la puerta. En seguida sonó una voz de mujer:

—¡Camaradas! ¡Eh, camaradas!

Después de mirarse, sorprendidos, se levantaron y se dirigieron a la puerta. La voz surgía de la cerradura. Luego de dar el nombre de la prisión de que ellos procedían, la voz añadió:

—¿Conoce alguno de vosotros a Félix Casavieja? Es mi marido y está preso allí.

Se consultaron con la mirada y Molina respondió por los cuatro:

—No, no lo conocemos.

Otra voz de mujer más joven preguntó:

—¿De qué os acusan?

—¿Y a vosotras? —retrucó Olivares.

—¡Huy, de todo! ¿No sabéis que en los periódicos nos llaman tiorras a todas?

Sí. Pero ¿por qué dices que os acusan de todo?

—Porque las hay con denuncias de haber asaltado el cuartel de la Montaña, o tomado parte en la muerte del obispo de Jaén, de bailar alrededor de los cadáveres de los «paseados», de pertenecer al Socorro Rojo o a la FAI, al partido comunista o a las juventudes libertarias, de insultar a las fachas y hasta de pisotear el pan que echaron los aviones fascistas... De todo. Ya te lo dije.

—¿Y a ti?

—De haber llamado carca y farsante a una vecina.

—Eso no es nada, mujer.

—¿Que no es nada? Pues a lo mejor te sale la Pepa por menos —dijo la primera voz.

—¿La Pepa? ¿Y quién es la Pepa?

—Chicos, estáis en Babia. La Pepa es la pena de muerte.

Entonces intervinieron otras voces desconocidas, que se atropellaban y se interrumpían unas a otras.

—Ya os enteraréis mejor mañana.

—¿Por qué mañana? —preguntó Molina.

—Toma, pues porque mañana os pasarán por la piedra. A nosotras, también.

—¿Os ha visitado el defensor? —volvió a preguntar Molina.

—No. ¿Y a vosotros?

—Tampoco.

—Menos mal.

—¿Por qué dices menos mal? —quiso saber Agustín.

Porque temíamos que se hubieran olvidado de nosotras. Se ve que no.

—¿Qué tal los interrogatorios? —preguntó Olivares.

Se sucedieron las exclamaciones:

—De espanto.

—De miedo.

—No quieras saber...

—¿Cómo, también a vosotras...?

—¡Huy!

—¡Claro!

—Sí, hijo, sí.

Siguió un silencio. Luego, preguntó Olivares:

—¿Tenéis miedo al consejo de guerra?

—Y cómo no, pero menos que a las diligencias. Esto es gloria en comparación, muchachos.

Tras otra pausa, inquirió Molina:

—¿Sabéis algo de la amnistía, compañeras?

—¿Y vosotros?

—Sólo lo que se dice.

—Lo mismo que sabemos nosotras. Una compañera se lo ha preguntado a un guardia y el guardia le ha contestado que sí, que la amnistía está para salir. También dice lo mismo uno de los curas que nos da pláticas en la prisión de las Ventas. Va a darnos pláticas de catecismo y sólo nos habla de la amnistía.

Y, seguidamente, las mujeres dieron la alerta:

—¡Chist! ¡Chist! ¡Cuidado!

Por los ruidos, los siseos y el repentino silencio de las mujeres, los cuatro amigos comprendieron que acababa de llegar otra expedición de reclusos, y volvieron a ocupar rápidamente sus sitios en el rincón de la celda.

—Con que la Pepa, ¿eh? —murmuró Olivares.

—Parece cachondeo —dijo Molina.

José Manuel ahogó un suspiro. Agustín, en cambio, tomó un trozo de queso y un pedazo de pan, diciendo:

—Los duelos con pan son menos, ¿no?

—Eres un energúmeno —le reconvino Molina en broma. Entonces, Agustín, alzando los brazos y con la boca llena, exclamó:

—Pero si esto es fantástico, gimnástico, orgiástico...

VI

Al remate, nos rendimos,
sin sol ni luna en el cielo...

La sucia lámpara eléctrica que luce encima de la puerta impide que amanezca en el calabozo y no percibimos el resplandor de la mañana hasta que salimos al corredor para ir a los lavabos. Las mujeres se han aseado ya someramente y esperan en corros, de pie o sentadas en sus petates. Las mayores callan, abstraídas en sus preocupaciones. En cambio, las jóvenes colman de risas y parloteo la galería. Ni los guardias, con toda su adustez y malhumor, han podido acallarlas, y han tenido que rendirse ante su zumba maliciosa. Aún huele a lecho plural y a nocturnidades íntimas. Es primero de mayo, primero de mayo de mil novecientos treinta y nueve. ¿Es posible que sea hoy primero de mayo? Pues lo es, sin duda, aunque parezca mentira, aunque sea tan diferente de aquellos otros...

(Bandadas de muchachos y muchachas esparcidos por los alrededores campestres o montañosos de cualquier ciudad o villa importante. Visten de blanco y se tocan con el gorrito, en forma de merengue, de los marinos yanquis. Van y vuelven cantando letras ingenuamente burlonas o agresivas, rematadas casi siempre por el absurdo estribillo:

*¡Ay, chíviri, chíviri!
¡Ay, chíviri, chíviri, cho!*

En algún lugar, otros jóvenes aprenden la instrucción militar bajo las órdenes de algún sargento u oficial del ejército. A pesar del aire conspirativo y revolucionario de tales concentraciones, se diría más bien que se trata de excursionistas domingueros aficionados a jugar un poco a la revolución en vez de representar historias de policías y ladrones, aunque alguna vez, como en cierta tarde madrileña, ya de vuelta a la ciudad, alguien, se dijo que una aristócrata muy conocida, disparase desde un coche contra ellos y matase a Juanita Rico.

—A mí me dan náuseas, Federico, estas juerguecitas campestres —dice un joven libertario—. En primer lugar, esta fiesta es nuestra, de los anarquistas. Nosotros la celebramos de otra manera. Nos reunimos para discutir puntos doctrinales o programas de acción, para oír conferencias de los compañeros más experimentados y solventes, o para recordar a los mártires de Chicago, que así es como debe ser, y no con estas mojigangas a que son tan aficionados nuestros marxistas de pega. ¿Y para esto se han apoderado de nuestra fiesta, que no es

una fiesta, sino una conmemoración? Ya veremos lo que hacen los del chíviri cuando llegue la hora de la verdad.

—¿Crees que llegará pronto?

El joven libertario tiene una mirada fría y pungente. Sus finos labios son como los bordes de una herida fresca. Es inflexible y vive sólo para su idea, para su alucinante aventura revolucionaria. Ama con absoluta entrega. Decide con rigor y sin miedo. Se llama Cruz y debe de ser temible.

—¿Y tú qué piensas?

—No sé.

—Pero ¿es que no hueles ya a chamusquina, Federico?

No fuma. Odia el alcohol. Su novia, libertaria como él, estudia el bachillerato y es la que enarbola la bandera rojinegra en las manifestaciones.

El anochecer es rumoroso y cálido el día primero de mayo de mil novecientos treinta y seis. La luz se desmaya de cansancio en los confines del horizonte. La paz de los campos y la pereza del mar en calma se desploman sobre la ciudad y la arropan suavemente.

Cruz me mira y sonrío difícilmente.

—Yo creo que son las ganas —digo.

—Claro, vosotros, los pestañistas...

—¿Qué?

—Tranquilo, hombre. Ya sé que sois buenos, pero llegáis tarde, Federico. El tiempo de las contemplaciones ha pasado. ¿Qué puede esperarse después de Lerroux y de Gil Robles? ¿Quieres que nos quedemos con Azaña para siempre?

—Vuelve a reírse con dificultad y añade—: No, compañero. Están los marxistas, que van a lo suyo. Y estamos nosotros, que sabemos lo que queremos.

Es la hora en que las novias se preparan para asomarse a las rejas con un ramo de jacintos o de nardos en el pelo, pálidas y exigentes en la oscuridad.

—¿Qué, qué es lo que queréis?

—La revolución.

—¿Cuál?

—La nuestra, hombre. Supongo que vosotros la aceptaréis y la apoyaréis, ¿no?

Si sois capaces de hacerla...

—Ya lo verás. ¿O es que lo dudas?

—Es que no veo la cosa tan sencilla. Vuestros proyectos me parecen demasiado simples.

—Fíjate en que todo lo importante es simple: el cambio de las estaciones, el rodar de los astros, el nacer y el morir... Tú eres un intelectual y lo complicas todo.

—Está bien, y ¿cuándo crees que caerá la breva?
Piensa un momento, los ojos perdidos en los últimos grupos de excursionistas que regresan.

—Depende. ¿Un año más? Tal vez dos, pero puede que no tarde tanto.
Pasa un grupo de jóvenes, con camisa azul y corbata roja, cantando la Internacional, y Cruz comenta:

—Están verdes. No saben nada de nada.

—¿Y vosotros?

Se queda serio, chispeando sus ojos verdinegros.

—Nosotros sabemos que tenemos que morir. ¿Te parece poco?

—Hombre, todos estamos de acuerdo en que la muerte es la única verdad que no admite dudas.

Sí, pero los demás no cuentan con ella. Nosotros sí.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que nos da lo mismo que la muerte venga antes o después, si el antes es a causa de la revolución, ¿comprendes ahora? Yo prefiero morir luchando por la revolución a vivir cincuenta años más, para morir finalmente como vivo ahora.

—¿Y tu novia piensa lo mismo?

—Claro.

—¿No os queréis?

—¿Seríamos novios si no? Nadie nos obliga a ello.

—Pero ¿no sería más deseable vivir muchos años para amaros?

—En una sociedad como ésta no vale la pena. Nos desmoralizaríamos, nos cansaríamos el uno del otro, uncidos, arreados, con los hijos auestas. Mira alrededor y verás que es eso lo que pasa. En cambio, en nuestra sociedad libertaria, seremos libres, en amor y en todo...).

En el cuarto de lavabos, rezumante, maloliente y frío, hay que guardar cola para todo. Hay quien da saltitos o se retuerce para contener la apremiante exigencia de sus intestinos o de su vejiga. Algunos, que no pueden resistir más, orinan alrededor del que aligera el vientre sobre la taza turca, salpicándole. Agustín y José Manuel nos guardan sitio en la cola de los lavabos mientras que Molina y yo se lo reservamos a ellos en la de los retretes. Digo a Molina:

—Al ver a todos estos tan despreocupados, al parecer, de lo que los aguarda, nada menos que un consejo de guerra, me ha venido a la memoria el recuerdo de otros primero de mayo, especialmente el del año treinta y seis.

—Apunta para otro sitio, coño —protesta alguien, encolerizado.

—Perdona, hombre. Es que no podía aguantarme más.

—Qué perdona ni qué leche. Lo que hace falta es tener mejor puntería.

Molina fuma y me da un cigarrillo.

—Así —me dice— se defiende uno mejor contra los malos olores. —Cuando enciende el cigarrillo prosigue—: Me había olvidado ya del día que es hoy. Sí, aquellos primero de mayo...

—En la tarde del último, en el del treinta y seis, conocí a un joven libertario que se llamaba Cruz. Hablaba de morir por la revolución como si tal cosa. ¡Quién nos hubiera dicho entonces que estábamos a menos de tres meses del estallido de la guerra! Ni él, con todo su optimismo y toda su impaciencia, podía sospecharlo.

—Es verdad —asiente Molina pensativamente—. ¿Te acuerdas de aquella litografía que generalmente ocupaba un testero en las bibliotecas de los ateneos libertarios y en la que aparecía un reloj cuyas agujas señalaban el postrer minuto anterior a la hora de la revolución? Pues ya ves: después de tantos años de estar esperando que sonase, las campanadas de la revolución nos pillaron desprevenidos...

—Hace una pausa y me pregunta—: ¿Y qué fue de aquel joven libertario?

—Murió el mismo 19 de julio en un tiroteo.

Le llega su turno para ocupar el retrete y callamos. Agustín, por su parte, ya se ha lavado la cara y viene a sustituirme. Y yo corro al lavabo.

Los últimos se ven apremiados a terminar rápidamente. Algunos salen abrochándose los pantalones y otros escurriéndose los cabellos y la cara con las manos. Casi a empujones nos meten de nuevo en los calabozos que alguien, en nuestra ausencia, ha baldeado. El piso del nuestro está húmedo, y sentimos frío. Molina propone que paseemos en fila india para desentumecernos, y empezamos a dar vueltas y vueltas hasta que José Manuel se detiene, mareado. Los demás hacemos alto también y nos quedamos muy juntos, de pie en un rincón, arropados con nuestras mantas. Ninguno tiene ganas de hablar. Agustín está pálido, terroso, de desfallecimiento. José Manuel, el más débil de todos, es también el más abatido. Para mí que llora por dentro. En realidad, es casi un niño. Cubano, católico, poeta e indiferente en política, ¿qué hace aquí? Además, tiene una hijita. ¡Pobre José Manuel! Molina es otra cosa. Molina es un veterano. Ha pasado por la cárcel en varias ocasiones, siempre por delitos políticos y sociales, y está acostumbrado a todo esto. Suele decir que la cárcel es descanso entre dos combates. Quiere mucho a su mujer, pero ella está avezada a estos contratiempos. ¿Y yo? Bueno, yo soy un novato y este episodio significa para mí una experiencia interesante... siempre que no dure mucho. Y la verdad es que tengo miedo. No es una huelga lo que hemos perdido ni estamos aquí por una algarada de más o menos. No. Hemos perdido una guerra a muerte, y eso es grave, muy grave. Lo peor de todo es que entre tantos odios, rencores, violencia y muerte, se ha perdido el respeto a la vida humana. ¿Y quién nos defenderá? La derrota se ha llevado las organizaciones, los partidos y los sindicatos. Antes, cuando un revolucionario iba a parar a la cárcel, sus compañeros y

correligionarios podían actuar en su favor desde fuera. La Prensa y los oradores se ocupaban de él. Había movimientos de opinión que reclamaban su libertad. Le defendían buenos abogados en los tribunales y diputados adictos en el Congreso. Él y su familia eran socorridos económicamente. Podía convertirse en héroe. De hecho, casi todos los dirigentes políticos han pasado por el noviciado de la cárcel. Pero ahora... Nadie puede preocuparse por nosotros, porque tiene bastante cada cual con preocuparse de sí mismo. Estamos solos. Y, a pesar de ello, la mayoría de los compañeros no quieren darse cuenta del peligro que nos acecha. La gente prefiere tomar a broma la situación. Espera la amnistía. Hala, todos a la calle.

Aquí no ha pasado nada. Borrón y cuenta nueva. ¡Viva Franco! ¡Viva España! Y otra vez a empezar. Ni siquiera se toma en serio la pena de muerte. La llaman la Pepa. Al principio, también se reían de la guerra. La Pepa es como el café de Mola, como los desfiles por la calle de Alcalá, como las excursiones de los primero de mayo... Verbena. Pura verbena. Pero esto no es una verbena. Claro que no...

De pronto, los ruidos del corredor nos sacuden y espabilan. Órdenes. Toses. Advertimos que son evacuadas las mujeres por el rumor de sus pasos y de sus sordos adioses. Sigue un silencio y, a continuación, percibimos el chirrido de algo metálico que es arrastrado por el suelo y el de las puertas girando sobre sus goznes. Cruzamos entre nosotros miradas interrogantes, pero permanecemos mudos, a la expectativa. Pasan así unos minutos y, luego, suena la llave en la cerradura de la puerta de nuestro calabozo. Nos erguimos. Es abierta la puerta y, en su marco, vemos primeramente una caldera humeante. Después, dos guardias y un hombre con un cazo en la mano.

—¡El café! —dice un guardia—. ¡Rápido!

Ya Agustín ha sacado del talego los platos de aluminio y nos los reparte. No es café, por supuesto. Es una agua negra, ligeramente edulcorada, que, como está caliente, nos reconforta. La bebemos con tanta ansia que no nos damos cuenta de que han desaparecido los guardias, el ranchero y la caldera y se han olvidado de cerrar la puerta. Agustín, que es el primero en apurar su ración de aguachirle, se asoma con precaución y luego nos hace señas para que nos acerquemos. El largo corredor está vacío y las celdas han quedado abiertas tras el reparto del desayuno. Los demás prisioneros asoman también la cabeza y nos preguntan con la mirada lo mismo que nosotros quisiéramos saber. El silencio nos contiene a todos, y, cuando los guardias abren la última celda, uno de ellos se vuelve para gritarnos:

—Salgan y formen en filas de a dos. Pero dejen en las celdas las mantas y todo lo demás. ¡Rápido!

Obedecemos apresuradamente y empezamos a hablar.

—¿Adónde nos llevarán? —nos preguntamos todos, unos a otros.

—Las mujeres nos dijeron que nos sacarían para ir a juicio.

—¿Pero así, sin más ni más?

—Y yo qué sé.

Más preguntas y respuestas incongruentes:

—¿De qué cárcel venís vosotros?

—¿Es verdad que piden la Pepa por nada?

—¿Habéis visto qué valientes son las gachís?

—Habla bien, coño. Son compañeras.

—Y de la amnistía ¿qué?

—¿De la amnistía?, ¡leches!

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Que no sé nada, hombre.

—Pero se rumorea.

—Lo dice todo el mundo, es verdad.

—¿El qué, lo de la amnistía?

—¿Es que estamos hablando de fútbol?

—También dicen que te ponen la Pepa en broma, pero que luego te fusilan de veras.

—¡Qué van a fusilar!

—Entonces, ¿por qué ponen la Pepa?

—Porque son unos cachondos, compañero.

—Unos cachondos, ¿eh?

—Claro. Tienen que hacer algo para meternos el resuello en el cuerpo. Pero de ahí no pasan, ya lo verás...

Un guardia grita:

—¡Silencio!

Entonces cuchicheamos. Molina me dice:

—Yo creo que nos llevan a algún sitio donde podamos hablar con nuestros defensores.

José Manuel rompe su largo mutismo:

—¿Queréis que se lo pregunte a un guardia? Yo creo que es lo mejor para salir de dudas.

Y antes de que podamos contestarle se separa de nosotros y se dirige al encuentro de los guardias. Le vemos detenerse ante uno de ellos, saludarle con el brazo extendido y hablarle.

No podemos oír lo que dice ni lo que le contesta el guardia, pero, tras repetir el saludo fascista, vuelve a donde nos encontramos y nos informa:

—Amigos míos, de aquí vamos a consejo de guerra.

El más desconcertado es Molina.

Los guardias nos ordenan marchar en dos filas. Abren la puerta de barrotes de hierro y salimos al gran pasillo por donde llegamos la noche anterior. Yo voy

emparejado con Molina, que parece sumido en penosas cavilaciones. Los demás callan también y observan.

La luz de la mañana me deslumbra al principio y luego despierta en mí una tumultuosa, efervescente sensación de vida que casi me ahoga. La sangre se atropella y derrama calor por todo mi cuerpo. Siento el golpeteo del corazón y cómo se me templan las cuerdas viriles. Se me han olvidado el cansancio y el hambre de una noche turbia, y subo la escalinata con la misma ligereza y el mismo alborozo con que, en otras circunstancias, he corrido por una playa o he trepado, con viento fresco de frente, por la ladera de una colina. Pronto cumpliré años. Tal día bailábamos en la azotea de mi casa hasta que se hacía de noche, y Aurora era mi pareja de toda la tarde. A veces, apretaba su cuerpo contra el mío con tal fuerza que, en algún momento, ella se quejaba dulcemente de que no la dejaba respirar. Yo le besaba las mejillas acaloradas y, con el pretexto de decirle algún secreto al oído, le mordisqueaba los carnosos lóbulos de las orejas. Su rostro ardía todo el tiempo como una lámpara de tibios y rosados resplandores. Cuando abría sus ojos para mirarme desde el fondo de sus entrañas conmovidas, aparecían húmedos y enturbiados. Era un largo y delicioso suplicio que continuábamos por la noche, en su ventana, entre besos y silencios.

Hacemos un alto. ¿Qué pasa? De frente viene otra columna de hombres como la que formamos nosotros. La dejamos pasar y después seguimos hasta detenernos finalmente ante una gran puerta cerrada. Nos encontramos en una galería a la que asoman otras grandes puertas, ante cada una de las cuales aguardan largas filas de hombres y mujeres. Por entre las formaciones de los reos se mueven los guardias y también algunos curiosos que no se atreven a acercárenos, pero que nos envían con la mirada mensajes de simpatía y adhesión.

De pronto se abren las puertas y se nos ordena entrar en la sala que hay tras ellas. Es una sala de audiencias, con estrado y asientos para el público. Está vacía y huele intensamente a aire viciado. Su luz es gris y polvorienta. Inmediatamente percibo una bocanada de tristeza y desolación, y toda la plétora visceral que sentía momentos antes se me apaga. La sangre se me aquieta y el corazón se agazapa a la defensiva. En cambio, en mi cerebro se encienden todas sus luces.

Nos hacen sentar. Yo lo hago en el primer banco y quedo entre Molina y José Manuel.

—No me gusta nada esto, Federico —me dice José Manuel.

—Tampoco me gusta a mí —le contesto.

Molina sigue ensimismado y Agustín se entretiene en mirar alrededor como si curioseara en un campo de fútbol. Echo yo también una ojeada en torno y veo que los reos ocupamos dos filas de bancos y que cierran el cuadro varios guardias. Detrás, aparecen algunos curiosos, cinco o seis, diseminados entre los asientos para el

público.

El juicio comienza inmediatamente. Por las puertas de estrados entran varios hombres uniformados. A su aparición se nos obliga a ponernos en pie y, cuando los jueces han tomado asiento, nos manda que tomemos asiento. El presidente declara abierta la audiencia pública, con voz carrasposa, y en seguida entra en funciones el relator, que lee algo, poco, y en tal forma que apenas si entendemos que se trata de un relato de tropelías, crímenes y responsabilidades gravísimos. Mi nombre y los de mis amigos suenan mezclados con otros, pero no puedo discernir cuál es la parte que nos toca a cada uno en el reparto. Inopinadamente termina la lectura y en el silencio que sigue revolotean las preguntas entre los reos. Y ahora, ¿qué?, nos decimos con los ojos Molina y yo. Y nos decimos también ¿qué quiere decir esto? Y no nos respondemos nada. Es el presidente el que nos contesta:

—La acusación tiene la palabra.

Y el fiscal empieza:

—Con la venia.

Todo es tan apagado, tan susurrante, que me parece un sueño. Hemos llegado hasta aquí tranquilamente, sin que nadie nos haya increpado, maldecido o insultado en el camino, y sin que nadie tampoco haya abogado por nosotros. No nos ha sido posible adoptar una actitud gallarda. ¿Ante quién, contra quién enardecernos? Hubiera sido ridículo. Nos hemos deslizado rodeados de silencio, indiferencia y frialdad. A pesar de todo, en el 93 de Francia cabía la satisfacción de ser protagonista de una tragedia cuando, entre gritos e insultos, arrojaban a uno a la barra del tribunal revolucionario. Era víctima, sí, pero una víctima que podía revolverse y pelear frente a la acometida de los adversarios. Fouquier-Thienville acusaba con elocuencia siniestra, desde luego, pero era una elocuencia resonante, llena de grandes palabras, en una sala caldeada por la pasión de un público enfurecido. Era una gran representación de cara a la posteridad. Y el reo tenía también ocasión de lucirse. Podía gritar, despreciar, acuñar frases. Los reos entraban en la Historia clamorosamente. Así lidiaron con la muerte los girondinos, y Dantón, y Desmoullins, y tantos otros, reaccionarios y revolucionarios, víctimas y verdugos, inocentes y culpables... ¿Y nosotros? Miro al fiscal y lo veo lejano, desvanecido. ¿Qué es lo que está diciendo?

—Los hechos expuestos, que resultan probados, son constitutivos de un delito de adhesión a la rebelión exactamente tipificado en los artículos 238 y 239 del Código de Justicia Militar en relación con el bando declarativo del estado de guerra, debiéndose estimar por el Consejo como concurrente la circunstancia agravante de perversidad y trascendencia de los hechos, a que se refiere el artículo 173 del mismo cuerpo legal...

Hace una pausa. ¿Contra quién se dirige el fiscal? Molina y yo nos miramos otra

vez y siento que José Manuel me da un suave codazo. En la sala hay un silencio de desván. Pienso que no hay nadie. ¿Y si todos fuéramos únicamente fantasmas? Los del tribunal yacen reclinados sobre los respaldos de sus sillones. Y ese joven rubio sentado a la izquierda del tribunal, ¿quién es? Apenas levanta la vista del papel que tiene delante. Vuelve a hablar el presidente con su voz de tabaco:

—Ahora, vayan poniéndose en pie a medida que los nombren.

Hace una seña al fiscal y éste continúa.

¿Qué? ¿Mi nombre? ¿Pena de muerte? Me pongo en pie inconscientemente. No me tambaleo. Ni siquiera me tiemblan las piernas. Eso sí, me parece que floto. Soy ingrávido. Me han levantado las miradas que me punzan por detrás, por delante, por los lados... Si siguen empujándome, llegaré a dar con la cabeza en el techo... Pero el presidente paraliza mi ascensión con un movimiento de su dedo índice y empiezo a bajar, a bajar y bajar hasta quedar otra vez sentado. Automáticamente. Ahora hay como un gran disco luminoso ante mí, que gira y gira mientras oigo otros nombres: Molina, José Manuel, Agustín..., y muchos más. El disco luminoso se aleja por el aire hasta perderse de vista y tras él aparece un campo herido por las explosiones de los obuses y las bombas. Es una llanura árida, sin confines, salpicada de embudos siniestros. Se ven esparcidos por ella innumerables cadáveres de soldados con las manos crispadas y los rostros vueltos hacia arriba. Una gran multitud de combatientes desharrapados, macilentos y silenciosos, entre los que me encuentro yo, marcha penosamente, a rastras casi, hacia el confuso horizonte, desde cuyo fondo avanzan hacia nosotros una gran nube de polvo y un estruendo ensordecedor. Nos detenemos despavoridos, y entonces vemos surgir de la polvareda la figura de un joven rubio que monta en pelo un nervioso caballo blanco. Jinete y cabalgadura flotan en la luz y aumentan de volumen a medida que se nos acercan. En la expresión de mis compañeros advierto un resplandor de asombro y de esperanza. Suena una voz:

—La defensa tiene la palabra.

En Molina resplandece la esperanza.

José Manuel parece en éxtasis.

Agustín se ha quedado con la boca abierta.

El resto de los compañeros, grises, inmóviles, aguarda sin respirar.

El jinete rubio empieza a hablar sin mirarnos y el aire se lleva sus palabras antes de que podamos oírlas; pero, súbitamente, cesa el viento, se desvanece la polvareda, se oscurece el horizonte, el caballo se transforma en una silla de madera, y oímos:

—... pido para los acusados la pena inmediata inferior.

Otra vez estamos en la sala de audiencia y el silencio se desploma sobre nosotros. El joven rubio nos mira tímidamente. Nos miran también los jueces. Y nosotros miramos al joven rubio y a los jueces. ¿Qué ha pasado? ¿Qué está ocurriendo?

—¿Tiene algo que alegar alguno de los procesados? —pregunta el presidente con

su voz de tabaco.

¿Alegar? Yo alegraría. Sí, pero ¿qué? ¿Contra quién? Tendría que alegar contra la derrota, única causa de que yo esté aquí. Pero ¿cómo voy a echar en cara a los ganadores su victoria?

No digo nada. Nadie alega nada. En vista de ello, los jueces se ponen en pie y a nosotros se nos grita la orden de hacer lo mismo. ¡En pie! Después, los jueces desaparecen por la puerta de estrados y nosotros salimos de la sala de audiencia formados en filas de a dos.

El sol me deslumbra otra vez al pisar la galería. Tenemos que abrírnos paso entre las filas de los que aguardan su turno para ser sometidos a la prueba que nosotros acabamos de pasar.

—¿Qué, muchas Pepas? —preguntan los que esperan.

—La tira —contesta alguien entre nosotros.

—Esto no puede ir en serio —comenta Molina—. Yo creo que se trata, ni más ni menos, de un paripé para aplacar a las víctimas de nuestra zona.

—Paripé o no —dice Agustín—, tengo entendido que el fiscal ha pedido nuestras hermosas cabezas.

—Sí —replica Molina—, pero es cosa que entra en el juego.

Yo sólo digo:

—Y ahora ¿qué?

Los guardias no nos impiden hablar, pero nos obligan a acelerar el paso. Mientras descendemos por la escalinata no hago más que repetirme a mí mismo la pregunta: Y ahora ¿qué? Es como si me encontrara de pronto en un paraje desconocido, en un cruce de sendas cuyas direcciones ignorara, y estuviese solo, y no supiera nada. Porque en este momento he olvidado todo y se interpone una polvareda que no me permite ver ni recordar lo que he dejado atrás en mi vida ni tampoco lo que aún puede haber delante de mí. Soy incapaz de razonar.

—No te sulfures, ni te moltures ni te tortures —oigo decir a Agustín.

—¿Estaremos locos? ¿Seremos víctimas de una broma o de un mal sueño? Porque ¿cómo puede seguir bromeando Agustín?

—Esto es apocalíptico, sicalíptico, apodíctico...

—Vayamos por partes... —empieza a razonar José Manuel.

Ah, sí. Ahora recuerdo. Pero ¿de verdad me dijo Aurora una noche ...? *Prométeme antes que no te enfadarás, porque, si no, no te lo digo. Pues claro que te lo prometo, mujer. — Bien, Federico. Me han echado las cartas, ¿sabes? Yo no quería, pero se puso tan pesada la gitana... Ya sabes cómo son. Me comprendes, ¿verdad? — Naturalmente que sí, Aurora. ¿Y qué te ha dicho la gitana? — Cosas buenas y malas, más buenas que malas. Pero no te las voy a contar todas. Te diré una sola: que dentro de treinta años nos veremos reunidos en esta misma sala mi*

madre, ya vieja; tú, con el pelo casi blanco, y yo, un poquito, bueno, un muchito más gorda.

Gitanerías, zalemas para obtener una limosna sin pedirla descaradamente. Bobadas. ¿Cómo puedo creer ahora que viviré tanto tiempo? Acaso no me queden ni horas de vida. Quizá esta misma noche...

—Hay que tener en cuenta —arguye Molina— que vamos a ser muchos, muchísimos, los juzgados y condenados, y que... Pero yo sólo tengo una preocupación, y cuando penetramos en el sombrío corredor de las puertas ferradas, me pregunto a mí mismo, sin darme cuenta esta vez de que hablo en voz alta:

—¿Y adónde nos llevarán desde aquí?

Estamos ante la puerta de nuestro calabozo. Mis compañeros enmudecen y yo no me contesto porque la respuesta me horroriza.

Cuando de nuevo quedamos encerrados en el calabozo, observo que mis compañeros acusan un gran cansancio. Olivares, sentado frente a mí, fuma en silencio, con los ojos cerrados. José Manuel se ha cubierto la cabeza con la manta. Es Agustín, como siempre, el que aparece menos afectado. Tal vez las emociones le provoquen el apetito, porque se sujeta en la oreja el cigarrillo sin encender, coge el talego de las provisiones y me hace una seña como invitándome a comer o pidiendo mi consentimiento, ya que soy el único que permanece alerta, para echar un bocado. Le hago un signo negativo con la cabeza y él se encoge de hombros como si no comprendiese mi inapetencia. Luego, abre el saco y contempla lo que contiene: media gallega, un trozo de queso y algunas onzas de chocolate. Parece que duda. Vuelve a mirarme de reojo y yo hago como que estoy abstraído en mis cavilaciones, pero no dejo de espiarle con disimulo. Agustín presume de comilón. Le he oído decir que una vez se apostó a que se comía treinta bocadillos con sus respectivas cañas de cerveza, y que ganó la apuesta. Según cuenta, padeció en su infancia síntomas de epilepsia y una curandera recomendó a sus padres que sólo lo alimentasen con fruta y verduras. *Naturalmente, tenía que ingerir grandes cantidades de forraje para poder sostenerme. Se me curó la epilepsia, sí, pero se me dilató el estómago. Lo tengo como un saco y he de llenarlo siquiera una vez al día con lo que sea, pues, de lo contrario, me desmorono,* suele repetir. Y parece cierto, porque cuando está en ayunas se le desencajan las facciones, le tiembla la barbilla, se le enronquece la voz y su rostro adquiere una tonalidad terrosa, color de cadáver según Federico. También presume de agudo, de ser un poco cínico y despreocupado. Federico le toma el pelo, a veces, diciendo que las salidas de Agustín son tan agudas como las puntas de un colchón. Pero es inteligente, de rápida comprensión y posee una excelente memoria. Se sabe discursos enteros de Azaña, de Prieto y de Pestaña, y conoce los nombres de todos los jugadores de fútbol que ha habido y que hay en los equipos federados españoles. Es

entendido en tauromaquia y puede citar de corrido la lista de los mejores lidiadores, con las fechas de sus nacimientos y muertes, como asimismo la filiación de los toros que adquirieron triste celebridad como homicidas. Me da vergüenza seguir espiándole y cierro los ojos. Vamos a ver qué ha ocurrido. No hay duda de que el fiscal ha pedido para los cuatro la pena de muerte. Bien. Pero, ¿hay que tomar el resultado al pie de la letra? Pese a lo mal que leía el relator, yo he entendido muy bien que a nosotros no se nos complica en ningún hecho criminoso, lo que quiere decir que nos aplicarán la norma que han venido pregonando: *el que no tenga manchadas las manos de sangre o robo, no tiene nada que temer*. Eso está bien. Claro es que nos van a cobrar de algún modo nuestra participación en la guerra. Sí, nos mandarán a algún campo de trabajo cierto tiempo. Iremos a formar parte de las brigadas encargadas de reconstruir los puentes, las carreteras y los edificios destruidos... Seremos jornaleros sin jornal. En el fondo, un castigo político. Olivares me echa muchas veces en cara mi optimismo, pero es que no puede ser de otra manera... Nadie pretendió el 18 de julio cometer un crimen. El que más y el que menos se lanzó a la calle para salvar al país. ¿Que se mezclaron bajas pasiones y que éstas llegaron a extremos pavorosos? De acuerdo. Aquí y allá se mató por venganza, por odio y por fanatismo y, en muchos casos, ni por eso, sino simplemente por la morbosa complacencia de matar, como los cazadores. ¿Por qué el asesinato tiene para algunos tan irresistible atractivo? Es un misterio. Ese mismo misterio que empuja a un hombre a violar a una mujer. Porque ¿cómo se puede gozar de una mujer poseyéndola a la fuerza cuando basta un simple gesto de desgana o de resignación en ella para que se nos afloje el deseo? Pues se viola. Y hasta se violan niñas. ¿Qué nos pasa a los hombres? Pues que en el fondo continuamos siendo bestias o que, al menos, nos queda todavía dentro una gran parte de bestia sin domar. De Perogrullo. De Perogrullo será, pero se nos olvida. De ahí lo peligroso que resulta siempre provocar una guerra. Es abrir la esclusas y decir ¡Mata!, ¡Mata!, ¡Mata!... ¿Qué importa cuándo y cómo mate? ¿Cómo se puede juzgar entre una muerte y otra? ¿Es lícito despanzurrar a un grupo de enemigos con una bomba de mano o triturarlos con la cadena de un tanque, e ilícito fusilar a un grupo de prisioneros? ¿Por qué? Se puede juzgar y fusilar a un enemigo y, sin embargo, está prohibido fusilarlo sin el trámite de un juicio cuyo resultado está ya previsto. Un soldado descubre que otro soldado de enfrente busca un lugar solitario para aliviar una necesidad fisiológica, lo enfila con su fusil y espera a que se quede quieto y tranquilo, tal vez pensando en la carta que acaba de recibir de su novia o en la partida de naipes con sus compañeros que ha dejado interrumpida, y entonces dispara y lo mata. ¿Esto no es también un asesinato? Si asesinato es ametrallar a unos cuantos hombres indefensos junto a una cuneta o a las tapias de un cementerio, ¿por qué no ha de considerarse lo mismo, o peor, descargar bombas ciegas sobre una ciudad? ¿Dónde está el límite entre el homicidio justo y el injusto? ¿Cuándo se puede

matar y cuándo no? Pero, ¿es que existe el homicidio justo? Y en una guerra civil aún resulta todo esto mucho más indescernible. Un hermano está en un bando y otro hermano en el contrarió. Padre e hijo combaten bajo banderas irreconciliables. Lo que para unos es meritorio, para los otros constituye delito, y viceversa. ¿Cuál de los hermanos tiene derecho a matar, es al padre o es al hijo a quien le está permitido hacerlo? ¿Quién de aquéllos o de éstos es el asesino y cual el héroe? Además, muchos están en uno o en otro bando por razones geográficas tan sólo. A nadie se le permite escoger. Ah, si se les deja escoger, lo más probable es que la mayoría no se decida por ninguno de los bandos contendientes. ¿Entonces? Entonces, ah, entonces... ¿No estaremos ante un monstruoso crimen colectivo? Si es así, todos los que toman parte en una guerra civil son matadores, porque se puede ser matador de muchas maneras: apretando el gatillo, o consintiendo, tolerando, alentando y glorificando a los que lo aprietan. Ello quiere decir que en una guerra civil todos somos culpables. Tiene razón Olivares cuando dice que la guerra es una herencia a la que no podemos renunciar. Naturalmente, sus valores y créditos son para los ganadores, y a los perdedores les toca cargar con sus deudas. ¡Los perdedores! Los hay entre los que ganaron como hay ganadores entre los que perdieron. Así no es posible deslindar bien los campos. No sabemos ni quién es verdaderamente culpable ni quién es verdaderamente perdedor. ¿Y yo? Responsable sin duda alguna. Llevo quince años trabajando por la revolución: huelgas, campañas de Prensa, mítines, asambleas, manifiestos... He vivido para la revolución. Gracias a mí y a otros muchos como yo, los explotados y los humillados han comprendido su condición de víctimas en una sociedad injusta. Gracias a mí y a otros, muchos han sido capaces de rebelarse contra ella y, en la primera ocasión, no han dudado en destruirla. Como han podido. Como han sabido. De mala manera. Atropelladamente. Sin éxito. Hemos fracasado. Responsables: nosotros, yo. ¿Y Olivares? Menos. ¿Y Agustín? Mucho menos. ¿Y José Manuel? Nada. Yo soy el más responsable. Comprendí, a los pocos días de estallar la guerra, que la revolución se nos escapaba. Pero ya era tarde. Olivares llega a Madrid diciendo: *Vengo de Málaga y Cartagena y no me gusta nada de lo que he visto allí, porque no hay un orden revolucionario, porque la guerra lo corrompe todo, porque no existe espíritu creador, porque no se parece a lo que yo tengo leído de la Francia del 89 y de la Rusia del 17. Estoy confuso, porque sin revolución las masas no son capaces de hacer la guerra y con revolución no es posible ganar la guerra. ¿Qué me dices tú?* Que ya verás lo que hay por aquí. Igual. Pero no tenemos opción. Treinta y dos meses de lucha sin opción. Ahora, claro, responsable. No hay salida. Es decir, que no hay opción tampoco ahora. ¿Perdedor? De momento, sí. A la larga, no. El desarrollo histórico es incontenible y nosotros marchamos a su aire. Eso es lo que importa. Lo verdaderamente descorazonador, desesperante, sería quedarse sin fe, sin viento en la velas. Y ése no es nuestro caso. A

esperar. Rosario está acostumbrada. No tenemos hijos. No tenemos nada fuera de nosotros. ¿Qué nos pueden quitar? Nada, porque tampoco el deseo sexual es gran cosa ya para nosotros. ¿Separados? Es doloroso, pero soportable. Ya volveremos a estar juntos. Lo único que importa es que Rosario no se desmoralice. Y que estos compañeros míos tampoco se desmoralicen. Olivares aguantará bien. Es un idealista. Un romántico. Y no tiene mujer ni hijos. Le queda mucho futuro y él lo sabe. A Agustín le salva su inconsciencia. No es más que un muchacho y no flaqueará. José Manuel es diferente. Le esperan en la calle una mujer joven y una hijita. No siente nuestras ideas. No le importan mucho. No le importan nada. Habrá que sostenerlo. Es sensible a la amistad y muy inteligente. Poeta y casi un niño. Tendremos que arroparlo, mimarlo... El hecho de que le hayan condenado junto con nosotros y a la misma pena indica que estos juicios no tienen más objeto que dar una satisfacción espectacular a los familiares y amigos de los asesinados en esta zona. Así se calmarán y luego... ¿Cómo se puede condenar en serio a un hombre como José Manuel? ¿Por cubano y católico y por haber estudiado en *El Debate*? Si es por haber sido redactor de un periódico durante la guerra, ¿cuántas penas de muerte tendrían que aplicarme a mí, que he sido su director? Que no, que no puede ser... No hay que asustarse. Necesitamos paciencia, eso sí, mucha paciencia. Paciencia y barajar... Hay que ver lo que nos guarda la vida... Yo, ferroviario, factor, tenía que haberme resignado a vivir con poco más de cuarenta duros al mes. Y como yo, miles. ¿No te conformas? Mi padre se conformó, ¿y qué? Miseria, miseria y miseria. Yo, al menos, he hecho lo que he podido, por mí y por los demás. Y aquí estoy, condenado a muerte, en un calabozo, tan tranquilo. Bueno, tranquilo... Sí, tranquilo. Porque, de todas maneras, si llegaran a ejecutar la sentencia, ¿qué? Condenados a muerte estamos todos desde que nacemos. Claro que yo no quisiera morir ahora. Eso de los balazos en frío... Pero no, que no. Que no puede ser, hombre. ¿Eh? Parece que se rebullen mis compañeros. Sí, Olivares me mira muy sonriente.

—¿Dormías? —me pregunta.

—Pensaba, que no es lo mismo.

—Entonces hablabas solo.

—¿Qué he dicho?

—Nada. Movías la cabeza.

—¡Ah!

—¿Y qué?

—Nada importante.

Federico vuelve a sonreír.

—Ojalá aciertes.

Agustín, por su parte, zarandea suavemente a José Manuel.

—¡Eh! ¡Eh!

José Manuel se descubre la cabeza y nos mira. Tiene los ojos enrojecidos. ¿Habrá llorado? Pero no.

—Chicos, me he quedado dormido —se excusa.

—Pues eres un tío con toda la barba. Hace falta mucho valor para dormirse tan despreocupadamente después de un consejo de guerra en que le han pedido a uno el cuello.

—No es valor, Federico —se defiende José Manuel, casi ruborizado—, es sueño lo que hace falta. Y yo tenía mucho.

¡Caramba! Ya está Agustín sacando otra vez los platos. Este hombre no piensa más que en comer. Dice:

—Pues a mí no me ha dejado dormir el hambre.

—¿Qué hora es? —pregunto.

Olivares se palmorea los muslos y se pone en pie.

—Y cómo quieres que lo sepamos dentro de esta mazmorra y sin reloj —se estira y añade—: Puede ser cualquier hora. Para mí ya han pasado días, tal vez semanas, desde el consejo de guerra.

El caso es que comparto esa sensación. Me encuentro cansado, muy cansado, y ahora mismo no sé por dónde anda el tiempo. ¿Cuánto duró el consejo de guerra? ¿Un minuto? ¿Un día? ¿Tres años? Pero ¿ha tenido lugar o es sólo un sueño? A lo mejor es que va a sonar el toque de diana de un momento a otro. A ver si es que sueño que estoy soñando... A ver, a ver qué dice Agustín.

—¿Es que no oís el ruido de la caldera? Es señal de que nos van a dar un rancho. Eso es lo importante y no la hora.

Y nos reparte los platos. Cojo el mío y me pongo en pie inconscientemente. José Manuel y Olivares han hecho lo mismo y ya estamos los cuatro en fila. Sí, se oye el chirrido de la caldera al ser arrastrada por el pasillo. Y el ruido de las llaves en la cerradura... Escuchamos quietos, callados, como hipnotizados. Ahora me doy cuenta del vacío de mi estómago, de la flojedad de mis músculos. Estoy desfallecido, desinflado. De buena gana me dejaría caer al suelo. Me quedaría dormido instantáneamente, creo, porque me pesan los párpados y me parece que floto. Pero hay que comer antes. Sin apetito. Sí, sin apetito. Tengo que vivir. Eso es: resistir, aguantar... Vaya, ya están aquí. ¡Hala, el cazazo! Casi se me cae el plato con el peso violento del condumio. ¡Dios! Pero hay que tragar... Paciencia, hermano, paciencia. Y, ahora, a comer. ¡Uf! Huele mal, pero sabe peor. ¿Cómo harán este comistrajito que ni los cerdos comerían? Mejor es no pensarlo. Nos sentamos en el suelo. Hasta Olivares ataca las lentejas sin remilgos. Si no fuera por los palitroques... Agustín sorbe el caldo ruidosamente. José Manuel cierra los ojos y engulle sin respirar. Claro, es conveniente no respirar hasta que la bola cae en el estómago. Así no se gusta. Es lo que hace Federico también. Me mira por encima de la cuchara y sonrío. Ah, pero le

da una arcada. ¡Coño, cómo se domina! Le lloran los ojos, pero él sigue. ¡Hay que vivir! Hasta rebaña el plato, anda. Acabamos en un santiamén. Ya podemos respirar hondo. Nos miramos como después de una pelea, jadeantes. Únicamente Agustín se relame. ¿Será posible? Pues lo es.

—¿Le metemos también mano a esto? —y señala el fardel donde quedan nuestras últimas provisiones.

Olivares propone.

—Podéis hacer lo que queráis, pero yo creo que lo más prudente es reservarnos eso para cuando no podamos aguantar más.

José Manuel es de la misma opinión. Sin embargo, solicita comerse media onza de chocolate para quitarse el gusto a sebo rancio de las lentejas. Y así se acuerda. La media onza de chocolate es nuestro postre. A mí me sabe a gloria. La rechupeteo.

—Quién inventaría el chocolate —comenta jocosamente José Manuel.

—Un tío grande —dice Agustín—. Más grande que Ramón y Cajal.

Luego, el cigarrillo. Andamos escasos de tabaco y partimos un «Ideal» para cada dos.

—Si tuviera ahora un «Faria», sería más feliz que el Guerra —se lamenta Agustín.

Fumo de prisa. No puedo más. Me siento tan a gusto... El fiscal... Se me borra la cara del defensor... ¿Tiene usted algo que alegar?

Ahora son ellos los que duermen. Hasta Olivares. Sí, parece que al fin ha caído Federico, aunque es posible que abra de pronto los ojos y me mire. Él es así, el más alerta siempre entre nosotros. El de ideas más realistas. A veces molesta su modo implacable de juzgar nuestra situación. No nos engañemos, hemos de pagar, estamos solos y nadie se preocupa de nosotros, hay que hacerse a la idea de que no hemos perdido una huelga sino una guerra y que esto es muy grave... Olivares tiene una mentalidad lógica, rigurosa. *Al grano, al grano, menos palabras y al grano, las palabras nos emborrachan...* Razona con absoluta frialdad, pero luego es capaz de actuar apasionadamente. ¿Un romántico? No del todo. *El amor que no es acompañado de la posesión de la mujer, es una calentura, una especie de gripe.* Y se ríe de Molina cuando éste le recita «Los motivos del lobo», de Rubén. *Eso no es poesía, Molina, desengáñate, eso es pura sensiblería facilona, es poco más que una fábula de Samaniego.* ¿Materialista? Tampoco. Dice siempre que lo importante es la vida, el hombre, pero que sin imaginación no es posible vivir. Hay que poner imaginación en todo. *La vida es el fuego, pero la llama que, además de calentar alumbra, es la imaginación.* Sí, este Federico Olivares es una extraña mezcla de realismo y fantasía. Por eso tal vez es el que más me convence de todos. Cuando ataca es demoledor y, cuando se defiende, ataca. ¿Un luchador? No lo sé, pero a mí

sus palabras *ánimo, José Manuel, ánimo, que todo esto no va contigo*, me tranquilizan siempre. Yo creo que Olivares es, sobre todo, un carácter. Eso: un carácter. Y resulta muy consolador tenerlo al lado de uno en estas circunstancias. Porque Molina es bueno, sí, pero demasiado sentimental y, a veces, demasiado infantil, demasiado crédulo, y tiene menos cultura que Olivares. Molina es más blando, mucho menos enérgico. Molina se hace querer. Olivares se hace respetar. Son completamente distintos. Y Agustín... Bueno, Agustín es demasiado joven y un poco bárbaro todavía. Tiene talento, eso sí, pero carece de sensibilidad. Todavía no se ha enterado bien de lo que nos ocurre. Si pudiera comer y fumar todo lo que apetece, lo pasaría muy bien. Los tres me miran como si fuese yo un niño. Los tres me quieren como a un hermano pequeño. No se dan cuenta de que yo sí me doy cuenta de que me consideran como un estorbo en esta situación. Y, verdaderamente, es así. Pero me ofende que me tengan por un extraño. Soy su amigo. Durante la guerra fueron muy buenos conmigo y eso yo no puedo olvidarlo, porque sabían de sobra que yo no compartía sus ideas, y me respetaban y me defendían. Ya sé que yo no debería estar aquí. Tampoco ellos. Ahora conozco muy bien sus ideas y si algún defecto tienen es que son irrealizables por desgracia, porque son hermosas. Yo soy demasiado egoísta para sacrificarme por los demás hasta el punto de profesarlas íntegramente. Además, tengo a mi hijita y a mi mujer, que me esperan y que son lo primero para mí en el mundo. Yo sería feliz con ellas. Nada más que con ellas. Y tengo a Dios. Y ellos no tienen hijos ni esperan nada de Dios. Son más pobres y desvalidos que yo. A mí no me harán nada, me soltarán cualquier día y podré reunirme de nuevo con Dorita y con Enriqueta. Pero ¿qué será de mis amigos? Tal vez los maten. ¡Dios mío! ¿Cómo puedes consentir que los sacrifiquen? Otros han sido sacrificados también injustamente. Miles. Aquí y allá. ¡Qué pavorosa matanza entre hermanos! ¡Qué estúpida matanza! ¡Qué odiosa matanza! ¡Qué inútil matanza! Y tú, Dios mío, ¿hasta cuándo vas a permitir que continúe esa locura fratricida? Salva, al menos, a estos amigos míos. Duermen tranquilamente. Molina hasta sonrío. Y me da horror pensar que puedan ser fusilados el próximo amanecer o en otro amanecer cualquiera. ¡Fusilados! ¡Atravesados a balazos! Pero eso no puede ser. ¿O es que tú también, Dios mío, te has quedado ciego y sordo? ¿O es que tú también, Dios mío, eres partidario como dicen los curas? A ti te mataron. Pero tú eras Dios. Estos son solamente hombres. No puedes permitirlo, tú, el Dios de los pobres, el manso cordero, el que perdonó a la adúltera, el que arrojó del templo a los cambistas, el que despreciaba a los fariseos, el que prefería dejar abandonadas a las noventa y nueve ovejas buenas para ir en busca de la oveja perdida, el de la ley del amor. No puedes permitirlo. Yo te prometo... ¿Qué puede complacerte más? ¿Que renuncie a todo lo superfluo, que dedique el resto de mi vida a defender tu causa? ¿A cumplir a rajatabla los mandamientos? ¿A morir, si es preciso, por ti? Pues te lo prometo. A ver, ¿a qué

puedo renunciar ahora? No tengo nada. Sí. Puedo renunciar al tabaco. Pues ya no fumaré más. Me privaré de todo aquello que no sea imprescindible para vivir. Hasta reprimiré mi amor por Enriqueta y trataré de convencerla para que ella participe voluntariamente en el sacrificio. No gozaremos, como hasta ahora, sin medida ni miramientos. *No. No me acaricies de esa forma, Enriqueta. ¿Que te acaricie yo? Perdóname, Enriqueta, pero yo prometí a Dios... ¡Cómo me gusta tu cuerpo desnudo! Cúbrete, cúbrete. ¡Por Dios santo, Enriqueta! Tápate los pechos. Y no te des la vuelta. No. Ya no me pararé a medio camino para que tú me digas sigue, sigue... ¡No! ¿Que qué me pasa? Que tengo sobre mí la vida de mis amigos. Pero, Enriqueta... Y ahora, ¿cómo huir de todo esto? No quiero, no quiero. ¡Quietas, manos! Está lloviendo y hace frío. Es un camino cubierto de nieve. Y me espera Dorita pequeña. ¿No me das un beso? Soy papá. ¡Es inútil! Tengo que levantarme. Así y ahora... Aquí, en este otro rincón. Las paredes de cemento están sucias de esto. De prisa. No puedo más. ¡Enriqueta! Sólo esta vez... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Enriqueta! ¡Ay, Enriqueta mía, mía, mía...! ¡Mía! No tengo remedio. Soy débil y miserable. Pero tengo que reprimirme. ¡Sí! Me doy asco. Enriqueta mía... Y yo que te prometí, Dios mío... Pero lo cumpliré, lo cumpliré. No quiero que los maten, Señor. Ten piedad de mí y de ellos. A sentarme otra vez en el suelo. Cansado. Asqueado. Quieto. Tranquilo. Que no sospechen mis amigos lo que acabo de hacer... ¡Qué vergüenza! Tiene razón Olivares cuando insinúa que soy un sensual. Lo soy, lo soy, por desgracia. O por suerte. ¡Yo qué sé! Pero tengo que luchar contra ello. De firme. Porque si no... Sí, ahora me encuentro flojo y arrepentido. Lo malo es que cuando me entra ese temblor y empiezo a ver y a recordar...*

—¿En qué piensas, José Manuel?

¡Ah! Es Federico. ¿Se habrá dado cuenta...?

—¿No has dormido, Olivares?

—Sí, un poco.

—Pues estaba pensando en... eso de la Pepa. Sí.

Se sonríe. A saber de qué se sonríe.

—Yo también. Me quedé traspuesto pensando en lo grotesco que resulta el nombrecito. Y, al despertarme, se me ha ocurrido que debiéramos hacer algo así como un himno a la Pepa. En cachondeo. ¿Qué te parece?

—Hombre, no estaría mal.

—Con música de chotis, por ejemplo, ¿eh?

—¿Y por qué no lo intentamos y así nos distraemos?

Ya han conseguido despertarme, leche. Con lo a gusto que me encontraba yo en el limbo... Y son José Manuel y Olivares los que arman el jaleo. Se ríen. Y hasta parece que cantan... Es por la Pepa. ¡La Pepa! Pero mejor es no pensar ahora en ella y seguir

durmiendo. Así, con los ojos cerrados y quietecito. Olivares dice que es un buen recurso para agarrar el sueño ponerse a contar imaginariamente ovejas negras. Puede que tenga razón. Este Olivares es un tío cojonudo. Si no fuera por ese aire de profesor que tiene a veces... Da gusto con él por lo claro que lo ve todo. No se entusiasma tan fácilmente como Molina, ni se hunde como José Manuel. Es el más sereno y el más consciente de todos nosotros. Si nos llevan contra la pared, Olivares será el único capaz de hacer una frasecita para la posteridad *.Compañeros, cumplamos como hombres nuestro destino de hombres. Compañeros, ésta es nuestra última lección.* O algo por el estilo. Tiene mucha literatura en la cabeza. Si yo hubiera leído siquiera la décima parte que él... Hasta cuando va y me dice: «Agustín, tus agudezas son como las puntas de un colchón», y se ríe un poco de mí, me cae simpático. Es un jodido, pero un buen compañerete. Yo iría con él a cualquier parte. Y también con Molina, claro, porque Molina es bueno como el pan. No falla. Y siempre tiene disculpas para todo y una frase amable en cualquier momento, y ayuda al que sea, y nunca se da importancia por nada. Y es cariñoso. Yo le quiero como a un hermano. Y a José Manuel también le quiero, pero como a un hermano pequeño. José Manuel es un cachondo triste y más vago que yo, que ya es decir. Si la misma Enriqueta me lo ha contado muchas veces: *éste, en cuanto no tiene nada que hacer ya se está metiendo en la cama y pidiéndome que le haga compañía. Si siempre le hiciera caso, ya se habría consumido como una vela.* Veremos cómo aguanta esto de la Pepa. Porque es flojo, eso sí. Todo lo que tiene de cachondo lo tiene también de miedica. Veremos, veremos... Porque a mí esto de la Pepa no me da muy buena espina, que digamos. Todo lo fantástico que se quiera, pero me han reunido unos jueces, han hablado un fiscal y un defensor, bueno lo del defensor sí parece una broma, y nos han echado una pena de muerte para algo, digo yo. ¡Hostias! No es para reírse como están haciendo estos cabrones ahora. ¿Quién dice que no nos saquen de aquí y nos lleven junto a las tapias del cementerio del Este? Eso es lo que yo quisiera saber. Te pegan cuatro tiros y después, ¿qué? Reclamaciones al maestro armero, recluta. Y se acabó. ¡Hum! No vale decir que uno no ha hecho nada, que uno ha sido un gilipollas toda su vida. ¿Qué culpa tiene uno de que sea delito ahora lo que antes no lo era? Pero ¿a quién se lo dices, Agustín de mi alma, eh? Aquí no hay maestro armero. Ahora lo que hacen falta son avales. Digo, si nos dan tiempo a buscarlos por ahí como sea y no nos apiolan antes.

No quiero ni pensarlo. No he matado a nadie ni he visto fusilar tampoco a nadie, pero me figuro que debe de ser un trago... ¡Dios, qué trago! ¡Apunten! ¡Fuego! ¿Qué pasa después? Yo soy Agustín, el mejor amigo de Agustín y, cuando Agustín termine, quiere decir que yo y mi mejor amigo, que somos el mismo, ya no seremos nada. Se dice muy bien, pero... Nada. A pudrirse en una zanja y ya está. Anda, pasa hambre y fatigas, ten ilusiones, no te aproveches de una amiga, lucha por el bien de todos,

moléstate en leer y aprender, protesta por las barbaridades que hacen algunos, juégate el tipo por otros y jódete muchas veces para eso, para ir a criar malvas.

—Pero, Agustín, ¿para qué te metes en líos, hijo?

—Mire, señora Engracia, este servidor tiene una cabeza para algo. Y también un corazón que no es una patata. Quiere decir que pienso y siento algo. ¿Comprende, señora Engracia?

—Pues piensa en mí y quiéreme a mí, que soy tu madre.

—Pero, madre, ¿es que no te quiero y te respeto?

—Sí, pero...

—No seas egoísta. También hay que pensar en los demás. Porque, vamos a ver, ¿de quién vivimos nosotros? De los pobres, ¿no es así? ¿O es que viene algún marqués a vendernos o a comprarnos alguna prenda? Claro que no. Son los pobres, madre, los pobres. Pues tenemos que luchar junto a ellos, porque ésta es una guerra de los pobres contra los ricos o de los ricos contra los pobres, y para el caso es lo mismo. Y es en todo el mundo, madre.

—Bien, como tú digas, pero estáte quietecito en casa. ¿O es que piensas ganar tú solo la guerra?

—Claro que no. Pero si todos hiciesen lo mismo, ¿qué sería de ellos? No, hay que dar la cara. Ayudar. Y tú sabes que es así. Si viviera mi padre, me daría la razón...

—Es que estamos muy solos en el mundo, hijo mío.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero no hay que pensar en lo peor. No me va a tocar la bola a mí precisamente.

Pues me ha tocado, por lo que se ve. A ver si puedo soltarla y que siga rodando. Pero tengo que decírselo bien claramente a mi madre. Bueno, señora Engracia, ha llegado el momento de espabilarse. Tienes que buscarme avales. ¿De quién? La verdad es que no hay fascistas en mi barrio. Allí todo es UGT y CNT y algún republicanillo. Como no sea Valeriano... Sí, el hijo de don Valeriano, el comandante retirado por la ley de Azaña, el que se fue a combatir a la sierra con una columna de milicianos de la FAI y que luego se pasó a los fachas, según dijeron. Valeriano, sí, madre, aquel chico de mi panda. Desapareció del barrio cuando corrieron rumores de la traición de su padre. A lo mejor vive. Y, si vive, lo más probable es que esté con éstos y hasta puede que sea un mandamás de los de ahora. Yo le di un aval de las juventudes sindicalistas. A ver si se acuerda. Él era un buen chico entonces. Claro que ahora es diferente y nadie quiere saber nada, pero no recuerdo ningún otro nombre. Dí muchos avales, sí, muchos, demasiados tal vez, quién sabe, pero se me olvidaron los nombres de los tipos... Bueno, es imposible dormir. Éstos siguen con su matraca. ¿Qué es lo que

hacen? Anda, si están cantando...

—¡Eh! ¿Se puede saber por qué no dejáis dormir a las personas decentes?

También Molina ha abierto los ojos. Olivares sonrío. Este jodío Olivares.

—Perdona, hombre. Es que entre José Manuel y yo hemos compuesto un himno a la Pepa.

—¿Un himno a la Pepa? —Molina tampoco comprende.

—¿Qué, qué? ¿Qué clase de himno es ése? ¿Os parece que tenemos pocos himnos ya en España?

José Manuel parece muy contento.

—Sí, uno más —dice—, pero éste es nuestro. Y con música de chotis.

—¡Huevos!

Ésta sí que es buena. Un himno a la Pepa con música de chotis, puro cachondeo. Está visto que en este país todo es cachondeo porque la guerra tuvo mucho cachondeo y ahora...

—¿Se lo cantamos? —propone José Manuel a Olivares.

—Vamos allá.

—¡Qué tíos! Y lo tienen escrito de verdad en el cuadernillo de José Manuel... Y lo cantan muy serios...

*Es la Pepa una gachí
que está de moda en Madrid
y que tié predilección por los rojillos.
Pepa,
¿dónde vas con tantísimo tío?
Pepa,
que te vas a meter en un lío.
Y es la Pepa una gachí
que está de moda en Madrid...*

Hombre, pues está muy bien. Se pega al oído.

—¿Qué, lo cantarnos los cuatro? La letra es bien fácil —dice José Manuel, más contento que un chico con zapatos nuevos.

Y tan fácil. Lo cantamos a grito pelado:

*Es la Pepa una gachí
que está de moda en Madrid
y que tié predilección por los rojillos.*

Pepa,

—¡Silencio!

Y suenan, a la vez, unos golpes autoritarios en la puerta de nuestro calabozo. Debe de ser un guardia. Nos miramos, expectantes, y dejamos de cantar. Sigue un largo silencio.

—Claro, han debido de oírnos hasta en el cuerpo de guardia —dice Molina.

Olivares se mete conmigo:

—Ha sido por culpa de la voz de barítono de Agustín.

—¿Ya la has tomado otra vez conmigo, Federico?

—No, hombre, es que hay que decir algo.

—Ya.

—No tienes sentido del humor, Agustín —insiste—. En realidad, les fastidia que cantemos. Ellos querrían oírnos llorar o gemir.

—Naturalmente.

—Pues ahora vamos a cantar por lo bajo otra letra que se le ha ocurrido a José Manuel con música de tango. ¿A la una, José Manuel?

Y canta con sordina:

*Por un hijo de puta
cuatro sindicalistas
se buscaron la ruina
delante de un fiscal.
Los condenan a muerte,
pero ellos se sonríen
pensando que las cosas
aún tienen que variar
y que si no varían
no hay más que palmar.
Ya sé que ahora
vendrán caras extrañas
fingiendo indultos
que están en el alero.
Todo es mentira.
Nos matarán primero
y luego, acaso, indultarán.*

—¡Estupendo! —y Molina aplaude sordamente.

A mí también me ha gustado.

—Si nos llevan a dar el paseo, tenemos que cantar hasta que se nos corte la respiración —propone Federico—. ¿Qué os parece?

Molina se encoge de hombros. Yo digo:

—Mejor sería no tener que cantar en esas condiciones, ¿no?

—Por supuesto, pero si llega el caso, que no lo creo, sería la mejor forma de hacerle un corte de manga a todo esto como despedida —dice Molina, mirándonos sucesivamente a todos. Luego nos quedamos en silencio hasta que pregunto:

—¿Qué hora será?

—Tarde —contesta Olivares y me retruca—: ¿Es que ya tienes hambre otra vez, Agustín?

Siempre, pero ahora lo que más me aprieta es la sed.

En efecto, me doy cuenta de pronto de que tengo sed, mucha sed. Mis labios y mi garganta están secos. También tengo hambre, porque el hambre no me abandona desde hace años, pero lo que yo quisiera ahora es beberme una docena de cañas de cerveza bien fresca.

—¿Qué tal nos vendría una cañita de cerveza? —bromeo.

—¡Cállate!

—¡Cállate!

—¡Cállate!

Los tres han coincidido. La cerveza tiene algo de chavala, de melena de chavala rubia... Los tres chascan la lengua. Están tan sedientos como yo. A mí no me importaría ducharme en frío con tal de poder tragarme unos buchets de agua. ¡Y dale con la sed! Habrá que pensar en otra cosa.

—¿Un cigarrillo? —propongo.

Olivares y Molina aceptan sin mucho entusiasmo, pero José Manuel dice:

—Paso.

Partimos por medio los «Ideales» y nos entretenemos en liar nuestras pajitas. Es un modo de pasar el tiempo. A mí, la primera chupada me sabe mal. Y es que tengo como goma en vez de saliva en la lengua.

—¿Adónde nos llevarán desde aquí y cuándo? —pregunta Olivares mientras expulsa una bocanada de humo.

Nadie contesta de momento. Nadie quiere contestar, se ve. Y ¿si nos llevan directamente al cementerio del Este para pegarnos allí cuatro tiros a cada uno? Lo digo en voz alta y Molina me replica:

—No puede ser tan pronto, hombre. Tendrán que darnos algún plazo para poder apelar.

—¿A quién? —pregunto.

—Hombre, ¿no hay un Tribunal Supremo de Justicia Militar?

—Supongo.

—Pues al Tribunal Supremo de Justicia Militar.

No sé cómo se llevan estas cosas, pero me parece muy razonable la opinión de Molina. ¿Por qué no? Olivares no hace ningún comentario, tal vez por no amargarnos más aún la espera, pero no parece muy convencido. Fuma en silencio, como abstraído. Sobre José Manuel parece que se ha derrumbado una sombra espesa. A ver si se nos hunde ahora... Hay que cantar, aunque sea en voz baja. Empiezo:

*Por un hijo de puta
cuatro sindicalistas...*

Y cantamos todos. Al principio, mecánicamente; luego nos animamos mirándonos, sonriendo... Nos divierte. Nos ahuyenta las preocupaciones, aquello en que no queremos pensar. José Manuel es quizá el más aliviado. Cantamos y cantamos. Repetimos varias veces las dos letras. Por fin cedemos y poco a poco, como si se nos hubiera consumido toda la mecha, volvemos a nuestro silencio y a nuestra taciturnidad. Entonces dice bruscamente Olivares:

—Una cosa hay cierta y es que Molina, Agustín y yo quisiéramos estar en el pellejo de José Manuel.

José Manuel se estremece, sorprendido:

—¿Por qué?

—Toma, porque tú eres el que tienes más probabilidades de escapar de esta trampa. Te pondrán de patitas en la frontera, ya lo verás.

José Manuel sonrío, halagado. Hasta se sonroja un poco.

—El que está en peor situación soy yo, por mis antecedentes y por mi cargo de director del periódico —y añade Molina—: Vamos, que por mí no se puede dar ni un real en este momento.

Y se ríe. Es verdad. Si la cosa se pone fea, a él le tocará la peor parte. Así lo reconoce Olivares, que dice:

—Y después, yo. Luego, a mucha distancia, Agustín.

Y es así.

—Y no lo digo por presumir —agrega Olivares.

Siento la sed como una bola de harina atravesada en la garganta. Voy a tener que llamar al guardia... Bueno, ¿habrán asaltado por fin las cárceles anoche? Lo pregunto.

—Y cómo vamos a saberlo estando encerrados aquí?

—Tienes razón, Molina.

Agua, agua, agua. ¡Agua!

—¿Qué, no habéis oído?

Si, también ellos han percibido el mismo ruido que yo y guardan silencio. Fuera, en el pasillo de los calabozos, suenan voces y portazos. Inconscientemente nos ponemos en pie los cuatro. Una angustiosa incertidumbre se apodera de mí y me parece que también de mis compañeros. ¿Qué pasará ahora? No se oye el chirrido de la caldera del rancho. Se me ocurre una idea:

—¿No será un reparto de agua?

Mis compañeros ni me miran. Sólo escuchan. Los tres tienen abierta la boca, como peces fuera del agua.

—¡Salgan con todo lo que tengan!

Es una orden. Nos miramos. Murmura Molina:

—Nos trasladan. Seguro.

—¿Adónde? —inquiero.

Pero nadie me contesta. El rumor de las voces ha crecido fuera. Se abre la puerta de nuestro calabozo. Es un guardia, que repite:

—Salgan con todo lo que tengan.

Obedecemos rápidamente. Como no puedo resistir más tiempo la sed, corro, seguido de mis compañeros, a la sala de lavabos, que ya han invadido los demás presos. Hay que ponerse en cola. Cuando me llega el turno para beber, pongo mi cara bajo el chorro. El agua me corre por la cara y la sorbo a borbotones. ¡Qué gusto, madre! Me hincho. Alguien, impaciente, me empuja, pero yo me agarro al lavabo con todas mis fuerzas y sigo bebiendo hasta que oigo el glo-glo del líquido en mi estómago. Entonces corro a otra cola y, mientras espero mi turno, cazo al vuelo trozos de preguntas y respuestas:

—¿Yo? La Pepa. ¿Y tú?

—Nada más que treinta años.

—Coño, enhorabuena.

—¿Adónde nos llevan?

—He oído decir a un guardia que nos devuelven a las cárceles.

—A saber. Yo estoy mosca.

—Toma, y yo. Estos cabrones son capaces de apiolarnos esta misma noche.

—No diría ni que sí ni que no.

—Yo no me he enterado de nada de lo que han dicho en el consejo.

—¿Tampoco de la pena?

—Me parece que han sido doce años y un día.

—¿Es que eres camisa vieja?

—¡Leches!

—Pues más vale que no preguntes. No te jode... Doce años y un día, y dice que no se ha enterado de nada.

Todos aparecemos nerviosos, atolondrados, excitadísimos. ¡Atiza! Olivares se ha puesto a mear contra la pared. Y también Molina. Bueno se va a quedar esto cuando nos marchemos. Una letrina. Pues yo no espero más. Aquí mismo, en medio del corro. Cualquiera sabe cuándo podremos vaciar la vejiga otra vez. Hombre, ya están los guardias metiéndonos prisa... Vamos, vamos, rápido. Salimos a trompicones y a trompicones formamos en dos filas. Aparecen aún algunos rezagados con los pantalones caídos o secándose la cara con pañuelos...

—¡Silencio! ¡De frente!

José Manuel marcha a mi lado. Detrás, Molina y Olivares. Vamos en el centro, aproximadamente, de la formación. José Manuel parece un gorrión mojado. Suda miedo. Yo también. ¿Volvemos, de verdad, a la cárcel? Encontramos guardias armados a todo lo largo del recorrido y en la calle percibimos un ostentoso despliegue de fuerzas. Siento cómo, al andar, el agua me hace glo-glo en el estómago. Es ya de noche y el ambiente es cálido. Ahí tenemos los camiones... Pero están ya ocupados todos ellos hasta rebosar. Nos mandan hacer alto. Nos agrupan y nos cuentan. Mientras, caen las trampillas de los camiones y empiezan a saltar a tierra sus ocupantes. Por lo visto es el relevo. Otro rebaño. Otra cola. Más pretendientes a la mano de la Pepa. Más de ciento, ya lo creo. Claro, los hacen formar y, hala, para adentro.

—Mira: Martínez Vega. Y Gonzalo. Y Cantero también —dice tras de mí Olivares.

Es cierto. Y más caras conocidas. Ha empezado a funcionar la noria, se ve. Pues les ha caído buena a los jueces... Tendrán que darse mucha prisa si quieren terminar antes de que llegue la amnistía. A ver... Ciento al día, hacen tres mil al mes, treinta y seis mil al año. Pongamos treinta mil al año, por los descansos. ¿Cuántos seremos los presos en Madrid? ¿Cien mil? Pongamos sesenta mil. Necesitan dos años, pues, para pasarnos por consejo de guerra a todos. ¡Ya está bien! Dos años funcionando como una máquina de hacer chorizos... ¿Qué hacen ahí esas mujeres enlutadas? Se han camuflado con crucifijos y medallas en el pecho... Se acercan a los guardias. ¿Por quién preguntarán? Por algunos presos, familiares suyos, seguramente. Sí. Bueno, andando, al camión. Ah, las mujeres enlutadas. Nos miran. ¿A quién buscarán? Parece que intentan acercarse más a nosotros y que los guardias lo impiden. ¿Cuándo aprenderán los guardias a tener corazón? ¡Bestias! Pero ¿qué dicen esas mujeres?

—¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Malditos rojos!

—¡Atiza! Si es contra nosotros. Coño, si pudieran, nos despedazarían. ¡Vaya unas señoras! Y yo que las había tomado por compañeras... ¡Qué patinazo!

¿Qué te parece, José Manuel?

—Increíble, espantoso.

Subimos al camión. ¿Que no caben más? Vaya si caben. Más. Más. ¿Ya? Bueno. Nos meten como a sardinas en lata. Todo el mundo gruñe, pero nadie protesta. ¿Qué adelantaríamos con protestar? En marcha.

—¡Las tías putas esas...! —masculla alguien.

En efecto, la actitud de esas mujeres, inesperada, nos ha dejado atónitos, primero, y nos ha hecho estremecer de pavor, después. ¡Qué explosión de odio! Si ése es el ambiente que nos rodea... Si cayéramos en sus uñas, seguro que serían capaces de sacarnos la piel a tiras. Nadie habla, y yo siento otra vez el gorgoteo en el estómago a cada salto del camión sobre el adoquinado. Estamos pendientes de la ruta que seguimos. Pronto, sin embargo, se aclara la cosa. ¡Volvemos a la cárcel! ¡Menos mal! Se nota el alivio que esta evidencia produce en todos, porque los viajeros se rebullen y empiezan a bromear. Pero hay uno que apunta:

—¿Y si volvemos a la cárcel sólo para dejar en ella a los que no tienen la Pepa?

Puede ser, claro, y esta suposición vuelve a hundirnos en el silencio lleno de temores. Yo quiero pensar en otra cosa. Sí. Es la primera vez que entro en un prostíbulo. Me falta un real para el duro que cuesta en esta casa estar un rato con una mujer. A ver si me echan... Estoy sentado en el recibidor. Hay hombres aquí que esperan lo mismo que yo. Entra una mujer, se levanta un hombre y desaparecen los dos por un pasillo. ¿Cuándo me tocará a mi la vez? ¿Qué tendré que decirle para que no me rechace? Porque éstos y ellas ya se conocen y no se dicen nada. Pero yo... Las idas y venidas se suceden y al fin me quedo solo. ¿Me voy? ¿Me quedo? ¿Qué hacer? Pero si me voy... La verdad es que se me han quitado las ganas. Me voy. No. Alguna vez tienes que empezar, Agustín. Mira quién está mirándote. Me tiemblan las piernas.

—¿Vienes, rico?

Es a mí. Y me sonrío.

—Me falta un real para el duro, ¿sabes?

Ríe más. No me gusta esta mujer; pero ¿quién se atreve a decírselo? Yo la querría más no sé cómo y menos no sé qué. Pero ya no hay tiempo.

—Anda, vamos, guayabín.

Me ha llamado guayabín. ¡Guayabín! ¡Ja! Está medio desnuda y me siento de pronto envuelto en el calor y en los olores que despide su cuerpo. Cierro los ojos y trato de abrazarla, pero ella se me escurre.

—Después, después, rico.

Luego, me coge de la mano y me lleva. Yo pensé que esto sería diferente... Cuando entramos en la alcoba, cierra la puerta y se quita el quimono y los sujetadores. No está mal de cuerpo, pero tiene los pechos caídos.

—Soy maña, ¿sabes? Y me llaman «la Maña». Te lo digo por si vienes otro día y quieres ocuparte conmigo.

Y se sienta en una especie de palangana.

—Y limpia como los chorros del oro, ya lo ves.

Y se enjabona el vello... Yo miro para otro lado. La colcha de la cama es amarilla con ramos muy brillantes. Hay un espejo sobre la cabecera. Y otro en el techo, y los dos están empañados, sucios.

—Eres novato, ¿verdad, chaval?

—¿Quién, yo? Vamos, anda.

—Bueno, hombre, bueno. Pues no te quedes ahí pasmado y desnúdate. Tengo que lavarte. La higiene es lo principal. Por eso a esta casa la llaman «la higiénica», ¿comprendes?

El camión se detuvo ante la cárcel y una voz de mando hizo que los presos descendieran de él:

—Vamos, de prisa.

Esa vez no había nadie esperando en la calle. Por toda ella se extendía una pastosa oscuridad en la que abrían su blanca pupila algunos tristes faroles. Los presos respiraron aire libre por última vez y cruzaron el umbral del gran portalón. En el vestíbulo, donde los acogió el familiar olor a rancho, a retretes y a transpiraciones humanas, advirtieron un nerviosismo y una expectación inusitados en guardianes y ordenanzas, que habían acudido allí en gran número y los contemplaban con una mal disimulada curiosidad. Toledano se encargó de ordenar su formación y, al pasar a la altura de Molina, murmuró quedamente:

—Toda la cárcel sabe ya que traéis la Pepa.

Molina, asombrado, le preguntó, silbando las palabras y sin mover los labios:

—¿Y cómo?

Pero Toledano ya le daba la espalda y no pudo contestarle.

Se ve que las malas noticias corren más que la pólvora —comentó entre dientes Olivares.

Salió de su oficina el jefe de servicios y se le acercó el encargado de la escolta para entregarle unos papeles. Aquél no era el *Pelines*, sino un joven de aspecto agradable que vestía sahariana del ejército y aparecía destocado. Miró los papeles un instante y luego recorrió lentamente la formación con la vista. Firmó por último uno de los documentos con su pluma estilográfica, se lo devolvió al guardia y cuando éste, tras saludar militarmente, se reunió con sus hombres en la calle, ordenó:

—Ahora vuelvan a sus respectivas salas.

La formación se deshizo al atravesar la cancela de hierro. Cada cual marchó en dirección a su sala, pero hubieron de detenerse muchas veces en los corredores a contestar las preguntas de los amigos y compañeros que les esperaban.

—¿Qué tal? La Pepa, ¿no?

—¿Habéis tenido defensor?

—¡Coño, déjame ahora!

—¿Os han dejado hablar?

A Federico y sus amigos los interceptó Segundo Planas, que les preguntó:

—¿A qué sala os han destinado? Contestó Molina:

—A la misma de antes.

—¿A la nuestra?

—Claro.

Segundo Planas pareció muy contrariado.

—Pero eso no puede ser —murmuró, confuso.

¿Por qué no? —le preguntó Olivares.

—¿No es cierto que traéis petición de pena de muerte? —y Planas lo dijo atenuando mucho el tono de su voz.

—Sí, ¿y qué?

Pero Planas, en vez de contestar a Olivares, se dirigió a Molina:

—Comprende, Molina. Volver con la pena de muerte a una sala tan significada en la prisión como la de los intelectuales sería ponerla peligrosamente en evidencia.

—¿Qué, qué dice? —saltó Agustín—. ¿He oído bien?

—Oye —le dijo Olivares impacientándose—. ¿Es eso lo que piensan los compañeros de la sala o es solamente lo que piensas tú?

Dirigiéndose otra vez a Molina, Planas contestó:

—Al enterarnos de que habían pedido la pena de muerte para vosotros se planteó en la sala la cuestión si sería conveniente o no que volvierais a ella, y por mayoría de votos se decidió que no, ¿comprendes? Le comunicamos el acuerdo a Toledano para que os cambiase de sitio, y eso esperábamos.

—No podemos comprender que nuestros compañeros, en vez de solidarizarse con nosotros, nos repudien. Es una cobardía —protestó Olivares.

—¡Una hijoputez! —remachó Agustín.

—De manera que los compañeros se niegan a admitirnos de nuevo en la sala, ¿no? —insistió Molina.

Planas, ya muy nervioso, trató de excusarse:

—Bueno, yo no he hecho más que cumplir su encargo. Olivares se interpuso entre Planas y sus amigos, volviendo la espalda a aquél, y dijo a éstos:

—Está bien. Vamos a hablar con el jefe de servicios. Que decida él.

—Tienes razón. Vamos —propuso asimismo Molina.

Y, sin cambiar una palabra más con Planas, ni siquiera mirarle, volvieron sobre sus pasos. Al llegar a la cancela hablaron con el ordenanza encargado de su custodia y éste se dirigió a la oficina del jefe de servicios.

—¡Qué compañeros! Lo que nos faltaba —se lamentó José Manuel, que se había

mantenido silencioso hasta entonces.

—Me huele a maniobra política —sugirió Molina.

—¡Ca! Yo creo que es miedo —fue la opinión de Olivares.

—De todos modos, una marranada. ¡Valientes cabrones! Peor que fachas —dijo Agustín.

Entretanto apareció el jefe de servicios, que los increpó con voz autoritaria:

—¿Qué es lo que pasa?

Los cuatro amigos se pusieron en actitud de firmes y levantaron el brazo. Fue Molina el que habló por todos:

—Que no nos admiten en la sala porque el fiscal ha pedido la pena de muerte para nosotros.

El funcionario, ceñudo, repasó a los cuatro con la mirada.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —dijo, después de una breve pausa.

Hizo una seña al ordenanza para que abriera la cancela y, sin detenerse, les ordenó:

—Sígueme.

Era de mediana estatura, delgado, joven. Andaba muy ligero, y en su actitud se traslucía el esfuerzo que le costaba aparecer rígido y autoritario.

—¡Atención! ¡Firmes! —se oyó gritar a Planas, quien, asomado a la puerta, los había visto dirigirse hacia allí. Y saludó después, brazo en alto, al jefe de servicios, diciendo—: ¡Sin novedad!

—¿Cómo que sin novedad? —gritó, a su vez, el funcionario, empujándose un poco sobre las puntas de los pies—. ¿Por qué se ha resistido a cumplir mis órdenes?

Podría, por la edad, ser hijo de Planas, pero en aquel momento el joven tenía tras sí toda la enorme fuerza del aparato represivo y era el más viejo quien debía rendirse a su autoridad.

—Ha sido un acuerdo de la mayoría y yo... —balbució Planas.

—¡Cállese! ¿Cuándo se van a enterar de que ya no hay comités, ni votaciones,—ni ninguna otra de esas zarandajas? —siguió una tensa pausa y luego—: Usted no tiene más cometido que cumplir las órdenes que se le den, ¿comprendido? —Planas hizo un gesto de asentimiento y el jefe de servicios prosiguió—: Estos reclusos ocuparán el mismo sitio que tenían antes de ir a consejo, y que no me entere yo de que les ponen dificultades, porque disolvería la sala y formaría con ustedes brigadas de limpieza. —Se había acalorado. Paseó la mirada por la formación y dijo por último: Debería darles vergüenza, porque... —pero se interrumpió y, dando bruscamente la espalda, se dirigió a paso rápido hacia la cancela.

Siguió un penoso silencio. Mientras los demás rompían la formación, Olivares, Molina, José Manuel y Agustín penetraron en la sala y se sentaron al lado de la puerta, muy juntos, como protegiéndose mutuamente contra la hostilidad que los

rodeaba. José Manuel, muy consternado, murmuró:

—Ni que fuéramos enemigos.

Molina se encogió de hombros y Agustín propuso distribuirse las viandas que les quedaban, añadiendo:

—Porque ya hace rato que repartieron el rancho y a mí los disgustos me dan hambre.

Molina hizo las particiones y empezaron a comer. En los otros grupos se cuchicheaba y, poco a poco, las conversaciones fueron subiendo de tono y girando sobre temas ajenos por completo al incidente, incluso bromeando, movidos, sin duda, por el deseo de borrar cuanto antes su efecto deprimente. Pronto comenzaron los preparativos para pasar la noche. Mientras unos extendían las mantas, otros salían al pasillo para efectuar su última visita a los retretes. Los grupos se disgregaban, y como cada día a la misma hora, surgían acaloradas discusiones por el trozo de suelo que correspondía a cada uno en el lecho común del suelo entarimado de la sala.

—A ver si haces el favor de lavarte los pies. Apestan.

—Pues diles que me pongan en libertad.

—Jefe de sala, éste quiere ocupar una tabla más.

—Y yo ¿qué culpa tengo de no ser tan esmirriado como tú?

—Te juro que no me hace ninguna gracia dormir tan pegado a ti.

—Si fueras una gachí...

—Para ti iba a ser, hombre.

—Algo me darías, ¿no?

—Claro, una patada en los cojones.

Planas advirtió en voz alta:

—Menos discutir y más hacer. Va a sonar muy pronto el toque de silencio.

Don Alberto, el exgobernador, que se había mantenido aparte en su rincón, callado y fumando su pipa todo el tiempo, se acercó tímidamente a Olivares.

—¿Me puedo sentar aquí? —y como no obtuviera respuesta, se sentó diciendo—: Lamento mucho lo que ha pasado.

Los cuatro amigos le miraron en silencio y, tras una pausa, le preguntó Federico:

—¿Es que ha pasado algo, don Alberto?

Don Alberto parpadeó, confuso.

—¿Cómo? ¿Qué? —Gaspar, que había imitado a don Alberto sin pedir permiso a nadie, continuó en voz alta—: Ha sido una vergüenza. Se lo dije a toda la sala. ¡No hay derecho, no hay derecho a lo que queréis hacer! Pero no me hicieron caso.

Estaba furioso. Alargaba el cuello con las dos manos pegadas a las orejas. Olivares le hizo una seña para que se calmase y entonces habló don Alberto:

—A eso quería referirme. Cuando se supo que el fiscal había solicitado la pena de muerte para ustedes...

—¿Cuándo lo supieron? —le interrumpió Molina.

—A mediodía. Por lo visto, la noticia se filtró por el locutorio.

—Y parecía que no había nadie conocido en las Salesas... —comentó Agustín.

—Siga, siga, don Alberto —le apremió Olivares.

—Que empezaron los comentarios.

—¿Qué comentarios?

—Pues unos decían... Sí, decían que cuando el fiscal pide la pena de muerte será por algo. Que hay que dejarse de tonterías y disimulos, que en nuestra zona se han hecho muchas cosas feas y alguien ha tenido que hacerlas... Que si los comisarios, que si los periodistas... Que ahora ninguno quiere saber nada, pero que en la guerra bien que mandaban y se daban postín y se aprovechaban... En fin, ya conocen ustedes la moral de algunos de los nuestros, bueno, de algunos de los que están aquí. Y, claro, no faltó quien dijo que resultaría un desprestigio para la sala que ustedes volvieran a ella. Y eso de que hubo votación es un cuento. Lo que pasó es que algunos lograron convencer a Planas de que pidiera el traslado de ustedes a otras salas, sin que valiese mi oposición, la de Gaspar, la de Zaldúa y la de otros varios.

Don Alberto hablaba mordiéndose la pipa sin lumbre, lo que daba a su voz un tonillo gangoso. En el entretanto, se había ido alfombrando con mantas el suelo de la sala y en las primeras filas de junto a los ventanales los hombres, semidesnudos, se tendían unos junto a otros a fin de que los de las filas siguientes pudieran, a su vez, hacer lo mismo. Se apagaron algunas bombillas, y la luz que iluminaba la escena quedó reducida a una débil y difusa claridad. Las íntimas transpiraciones humanas se expandieron formando un gas pesado y soporífero. Algunos se cubrían los ojos con las manos. Otros mantenían sus pañuelos junto a la nariz. Había quien esperaba al sueño mirando a lo alto con los ojos de par en par. Para muchos era la hora de la fuga hacia el mundo de los recuerdos, en lucha contra el insomnio y los temores. No faltaba el que consumía su postrer pitillo sirviéndose para ello de una lata de conservas vacía como cenicero. Era el momento preferido para las confidencias susurradas. Comenzaba para todos la interminable noche de la prisión. Pronto sonarían ronquidos espeluznantes, gemidos por quién sabe qué aventuras eróticas soñadas o por quién sabe qué torturantes remordimientos. Alguien se sentaría de pronto, jadeante, y miraría alrededor para cobrar conciencia después de una horrorosa pesadilla. Alguien permanecería horas y horas pensando, soñando despierto, hasta que los primeros espeluznos de la madrugada lo abatiesen. Y comenzaría la callada y feroz batalla contra las chinches, contra el escozor de la piel sudada, contra la náusea, contra la angustia, contra la agonía del espíritu. Bajo la aparente calma de la noche, como bajo la película del agua estancada, hervirían mil vidas truncadas, febriles, incoherentes, y se ahogarían palabras impronunciadas, deseos inconfesados y ambiciones nunca entendidas, y se sufrirían otras muertes, quién sabe qué muertes y

qué negros odios y qué pérfidas venganzas. Todos los sufrimientos: el de la espera y el de la desesperanza, el de la ira y el del miedo, el del rencor y el de la lujuria, el del hambre y la sed, el de la soledad y el desamparo, el de la duda y el de la desconfianza, el de la autoconmiseración, el de la envidia, el del orgullo, el de la cobardía, el de la crueldad, y quién sabe cuántos otros más, serían los fantasmas atroces, los fantasmas ardientes, los fantasmas implacables, los fantasmas acosantes, los fantasmas impíos que torturarían, que desgarrarían con uñas y dientes, con cuchillos y con clavos, con ascuas y tizones, con aceite rusiente, con púas de ortigas, con descargas eléctricas, con bofetadas, con vergajazos y quién sabe con cuántos otros martirios, los nervios y las vísceras, los sentidos y el alma, de aquellos réprobos, para no se sabe qué purificaciones, qué deleites, qué espasmos, qué orgías ni qué místicas expiaciones. La noche estaba ya allí, densa, pegajosa, asfixiante, pestilente, ciega, sorda, misérrima, sin paz y sin sosiego, como la cuesta arriba de un calvario para una procesión de suplicantes, como un prólogo de tambores siniestros que anunciasen la muerte, una muerte pavorosa, una muerte degradada, sucia, triste, tristísima...

—Don Alberto, que ya le toca a usted —le gritaron desde su rincón.

Pero don Alberto quiso saber antes algo que le inquietaba y preguntó, o mejor, suplicó a sus callados interlocutores con la palabra y la mirada:

—¿Y qué bulos corren por ahí? Aquí se sigue hablando de la próxima amnistía. ¿Y en la calle? Porque ustedes acaban de llegar de la calle.

Federico le puso una mano sobre el hombro:

—Váyase usted tranquilo, don Alberto, y procure dormir sin preocuparse de nada, porque en la calle también se habla de esa amnistía, también.

Don Alberto sonrió como un niño y cuando se fue hacia el rincón desde el que le reclamaban, Federico, moviendo la cabeza, murmuró:

—A quién se le ocurriría nombrar gobernador a este hombre...

Entonces sonó triste, retorciéndose como un gemido inacabable, el toque de silencio.

VII

... quebrados y sin saliva
en la boca, con los huesos...

A la noche siguiente, la sala de intelectuales hubo de admitir más huéspedes amenazados con la pena de muerte, entre ellos Gonzalo, Cantero y Martínez Vega, y, a partir de entonces, fue ya raro el día en que Planas no tuviera que borrar o inscribir nuevos nombres en su lista. También se hizo pronto familiar la escena cotidiana de la vuelta de los consejos de guerra. Por la expresión de los que llegaban de las Salesas podía predecirse la pena que el fiscal había solicitado para cada uno de ellos. Los amigos que salían al pasillo a recibirlos, no se equivocaban.

—La Pepa, ¿verdad?

—Sí —respondía el infortunado queriendo, no obstante, aparentar estoicismo o indiferencia—. La tenía tragada.

—Bueno, pero no hay que apurarse, hombre.

—Si no me apuro. Tú verás: de treinta, sólo nueve han escapado con penas de años. Es lo que yo digo: cuantas más Pepas, mejor. Lo malo sería que sólo nos tocara a unos pocos.

Algunos gritaban al llegar a su sala:

—¡Aquí me tenéis, muchachos!

—¿Qué?

—¡Treinta años! A ver si aprendéis.

Otros trataban de disimular hipócritamente su emoción:

—Me da vergüenza decirlo, compañeros. Me han tomado por una hermana de la caridad. ¡Doce años!

—¡Facha, más que facha! —le embromaban entre risas quienes bajo su estrépito trataban tal vez de encubrir sus íntimos e inquietantes temores.

Planas, ante uno de esos trasiegos que tanto le molestaban, se lamentó:

—Está visto que la sala de intelectuales se va a convertir en la sala de los condenados a muerte, y no hay derecho.

—Los hay espurreados también por otras salas —le objetaron.

—Sí, pero aquí vienen los casos más graves.

Sin embargo, tomaban más cuerpo los rumores acerca de la inminente amnistía a medida que se acercaba la fecha en que el nuevo Gobierno, el de los ganadores, haría su entrada oficial en Madrid. Hasta el número creciente, y ya abrumador, de los presuntos reos de la pena capital servía para mantener desplegadas y hinchidas todas las velas de la esperanza y el optimismo.

—Que te digo yo que nunca se ha visto nada igual, hombre. Si quisieran hacer un escarmiento de esa categoría, de miles y miles de tíos apiolados, ¿crees tú que se iban

a molestar con tanto papeleo y tantas idas y venidas y, sobre todo, con tanto ruido? Ni hablar. Buena gana de complicarse la vida sin necesidad. Con unas cuantas horas de hacerse el loco hubiera sido suficiente. Y con lamentarlo después... Primero, cuatro tiros y, luego, pues mire usted, no sabíamos nada, los incontrolados... y ya está.

—Pues eso mismo pienso yo. Esto es una advertencia para que en adelante no se mueva ni Dios. No hay quien me lo quite de la cabeza.

Aunque empezaron a cundir vagas noticias acerca de la ejecución de algunas recientes sentencias de muerte, no se le dio crédito.

—Yo se lo he preguntado a la parienta y me ha dicho que no son más que rumores sin fundamento para asustarnos. Claro, aquí nos dicen que las víctimas eran presos de Santa Rita; en Santa Rita, que eran de Yeserías; en Yeserías que eran de Porlier, y en Porlier...

—Que de cualquier otra prisión. Como hay tantas en Madrid... Y yo no es que diga que sí ni que no, pero me parece que se trata de simples paseos a fulanos que pertenecieron al SIM. Es que los del SIM... ¿Qué podían esperar, digo yo?

—A lo mejor, rosquillas.

—El que les den el paseo no tiene nada de particular. Es la forma de que no se les escapen con vida, de ajustarles la cuenta antes de que llegue la amnistía. Luego ya no podrían hacerles nada, ¿no te parece?

La larga lista de cárceles abarrotadas sugería asimismo la idea de la improrrogabilidad de la situación.

—¿Cómo van a funcionar los ferrocarriles si están en la cárcel todos los ferroviarios?

—¿Y quién va a sembrar ni a recoger las cosechas teniendo presos a los campesinos?

—Si en la calle no hay ni médicos, mira tú.

—Ni médicos, ni maestros, ni metalúrgicos, ni mineros...

—¿Cómo va a vivir un país con toda la gente que trabaja enchiquerada?

—Imposible.

El éxito de la catequesis era cada día mayor. La recluta de asistentes a las lecciones del padre Basilio era espontánea y se realizaba por contagio. En cuanto se tenía noticia de que el robusto cura asturiano se disponía a hablar en el patio, subido en un cajón, numerosos reclusos corrían a escucharle.

—Parece un buen hombre.

—Vamos a ver qué nos dice hoy el padre Basilio.

Explicaba brevemente cualquier punto de la fe católica y luego atacaba su tema favorito:

—Debéis tener un poco de paciencia, un poco de paciencia nada más, y sobrellevar esta prueba con resignación y sin desesperaros, porque ya falta poco, muy

poco, para que volváis al seno de vuestras familias: los padres, con sus hijos; los hijos, con sus padres; los esposos, con sus esposas. Los asturianos volverán a Asturias, los valencianos, a Valencia; los catalanes a Cataluña; los andaluces, a Andalucía; los gallegos, a Galicia... Cada uno a su tierra, con los suyos.

Al llegar aquí en su perorata, el auditorio aplaudía clamorosamente, y el padre Basilio se enardecía:

—El campo y la fábrica están esperando vuestros brazos, porque vosotros sois la energía que mueve la maquinaria de la nación. Vosotros sois la fuerza, el trabajo, el músculo y el cerebro. ¿Hay algo tan hermoso como la aldea donde uno nació?

—¡No! —le contestaban.

Y él insistía:

—Allí, en la iglesia del lugar, siguen sonando las campanas que anuncian penas y alegrías. Y en la ermita, desde la que la imagen sagrada de alguna advocación de la Virgen María, nuestra santísima Madre, o la de algún glorioso santo, protegen vuestro pueblo y derraman sobre él las gracias del Espíritu Santo, hay un lugar reservado para cuando vosotros volváis. Y las campanas aguardan vuestro retorno para retumbar como en los días de fiesta mayor. Yo os digo que volveréis pronto, como han vuelto ya las cigüeñas y las golondrinas. ¡Estamos en primavera! ¿Hay alguna estación del año tan bonita como la primavera?

—¡No!

—¡Tened confianza en Dios! ¡Amad a la Virgen, su Santísima Madre y Madre nuestra también, queridos hermanos! Faltan ya pocos días para que podáis dar gracias a Dios con la suerte que os ha reservado. ¡Arriba los corazones! *Súrsum corda!*

Solían asistir los guardianes *Von Papen*, *Conde Ciano* y otros que no disimulaban su total desacuerdo con las palabras del cura, mediante gestos despectivos, encogimientos de hombros, risitas burlonas e, incluso, actitudes desafiantes. Ello provocaba un mayor ardimiento en los reclusos que, a cada *súrsum corda!* del padre Basilio, atronaban la prisión con sus aplausos, como si estallase en el patio una traca valenciana.

—¡Esto es un mitin, compañero!

—Como que yo me temo que un día no dejen salir de aquí al padre Basilio.

—¡Ca! Tanto como eso, no. Menudos son estos tíos. Cuando un cura se atreve a hablar así es porque tiene permiso, no lo dudes. Algo buscan, porque todavía está por ver que un cura dé un paso de balde. Y no hay quien se meta con ellos. Salen como los hongos. Quién iba a decir que después de la limpieza que aquí se hizo, que nos veríamos otra vez comidos por los curas. A lo mejor, lo que ellos pretenden es que les agradezcamos después la amnistía. No te lo pierdas de vista, muchacho.

En una ocasión, *Von Papen* no pudo contenerse y abofeteó a un recluso que aplaudía demasiado a juicio del guardián. El padre Basilio suspendió en el acto su

exaltado y bucólico discurso y, rojo de indignación, sudoroso y jadeante, se marchó diciendo:

—Así no puede ser. Daré parte al director, daré parte al director.

No pasó nada y, a la vez siguiente, comenzó así:

—Hay que perdonar, queridos amigos míos, hay que perdonar si queremos que se nos perdone. Nuestro Señor nos pide que contestemos a una bofetada poniendo la otra mejilla.

Luego inició su acostumbrado vuelo por los campanarios de aldea y volvió a recoger su cosecha de aplausos.

La guerra quedaba detrás del quiebro del camino que para la mayoría había supuesto su brusco final. La guerra, en aquellos días y para aquellos hombres, era como un cenagal de donde acabasen de salir, chorreando barro todavía los pies. Ante un inmenso futuro pendiente de dramáticas interrogantes, el volver la vista al pasado resultaba terriblemente acusador, porque la guerra se había convertido en una monstruosa culpabilidad que golpeaba implacablemente las conciencias.

—Todos fuimos a la guerra alegremente, pero ahora nadie quiere saber nada de la guerra —dijo Casi en una reunión del comité de enlace—. Pocos se ufanan ya de haber participado en ella. Y no sólo eso, sino que el que más y el que menos daría cualquier cosa porque no hubiese sucedido.

—Será porque la hemos perdido —aventuró otro de los asistentes.

—Naturalmente —terció Federico— pero aunque el resultado hubiese sido distinto y fuésemos nosotros los ganadores, puede que muchos de los nuestros pensasen lo mismo. Porque tanta matanza y tanta destrucción, ¿para qué? La guerra es siempre un mal negocio, compañeros.

—La guerra es una mierda —sentenció Méndez, de la UGT.

—Sí, eso es —continuó diciendo Olivares—, y más una guerra como la nuestra. Una guerra civil la pierde siempre el país entero. Sólo pudo habernos salvado a todos un perdón incondicional —movió pesarosamente la cabeza y añadió—: Pero no ha sido así.

—Si hubiéramos luchado sólo españoles contra españoles... —insinuó el representante de Unión Republicana—. Es lo que siempre decía don Diego:

—Lo que sí parece es que los comunistas se alegran o aparentan alegrarse de tanta Pepa —dijo Cejador, el socialista—. Ya sabéis lo que dicen: *¿No queríais una paz honrosa? ¡Pues ahí la tenéis!* Como si resistiendo dos o tres meses más hubiéramos podido conseguir mejores condiciones.

—Ésa es otra hipótesis que ya no vale la pena discutir. Es tarde. En lo que tenemos que pensar es en lo que se nos viene encima. —Casi hizo una pausa y continuó—. Porque tengo malas noticias. Noticias confirmadas. —De nuevo se

detuvo, miró a cada uno de sus compañeros y dijo después, lentamente—: Han empezarlo a ejecutar sentencias... Algunos ya lo sabíais y a todos os habían llegado los rumores. Pues bien, ya no son rumores. Es cierto.

Todos los del comité miraron instintivamente a Olivares, que les correspondió con un sobrio gesto de resignación, y siguió un embarazoso silencio hasta que volvió a hablar Casi:

—Bueno, dentro de poco puede que todos nosotros tengamos la Pepa también como Olivares. Pienso que alguno se ha de salvar y que a lo mejor es él el afortunado. ¡Quién sabe! De todas maneras, llevamos viviendo de propina desde el 18 de julio del 36. —Sonrió forzosamente y siguió—: Esta es la situación, amigos. Pero ¿cómo va a reaccionar la gente? Habrá que tener más cuidado que nunca con los chivatos. Ayer se llevaron a diligencias a un compañero por haberse fiado de ese tipo que anda por ahí, un tal Conos, al que llaman *Maravillas*. Está muy pringado y, por lo visto, quiere hacer méritos sonsacando cosas a los presos y yendo después con el soplo a *Von Papen*. Y habrá todavía más chivatos peligrosos. Ahora andamos tras la pista de otros dos. Ya veremos qué resulta.

—¿Y por qué no hacemos un escarmiento con esos tipos miserables? —preguntó el de Izquierda Republicana.

—Por ahora, no —respondió Casi—. Podría acarrear represalias contra todos. Hay que vigilarlos y, de momento, lo mejor es señalarlos para que todos los presos los conozcan también. Eso hay que hacer ya con *Maravillas*. Así ya no podrán hacer ningún trabajo y, en cuanto dejen de ser aprovechables, el mismo *Von Papen*, el *Pelines* o quien sea, se encargarán de deshacerse de ellos.

—Dicen que *Von Papen* es de la Gestapo, ¿es cierto? —quiso saber el de Izquierda Republicana.

—Sabemos que toda su vida ha sido un golfo, que jugaba a las tres cartas junto a la plaza de toros y que es muy mala persona —respondió el socialista, quien después se dirigió a Casi—: Y diles ahora lo de la amnistía.

—Sí, es la última esperanza —dijo el de Unión Republicana.

Casi movió la cabeza.

—Ya. La amnistía, la amnistía... Hay opiniones para todos los gustos. Unos dicen que es un cuento y hay quien asegura que el decreto de amnistía, otros lo llaman de indulto o de perdón, está sólo a falta de publicarse y que se publicará el mismo día, o la víspera, de la entrada de Franco en Madrid para presidir el desfile de sus tropas victoriosas. No sé, pero de todas maneras vamos a salir pronto de dudas porque faltan ya muy pocos días para ese desfile.

Cantero y Gonzalo que, como siempre, hacían la centinela de puerta de la sala, sisearon e hicieron señas de que se acercaba algún peligro. Entonces Casi se puso en pie diciendo:

—Creo que lo mejor es que cada mochuelo se vaya a su olivo. De todas maneras, si quisieran saber de qué hemos estado hablando les diremos que comentábamos la noticia de ese desfile que se prepara, ¿estamos?

—De acuerdo, Casi, pero ¿no podrías decirnos algo acerca de la gestión de nuestros compañeros en Francia? —preguntó Olivares a tiempo de levantarse.

Y Casi informó rápidamente:

—Bien. Hace varios días que salió un delegado del interior para Francia. Los socialistas han hecho lo mismo, ¿no? —y requirió el asentimiento de su delegado, que hizo un signo afirmativo con la cabeza—: Los dos son portadores del mismo mensaje. Ahora esperamos el resultado. Eso es todo.

En la sala inmediata se oyó gritar a alguien:

—¡Oído! —y después—: ¡Los que pertenecen a la catequesis, que bajen al patio! Seguidamente, se disolvió la reunión del comité.

—Sí, ¿qué iba a alegar? ¿Tú crees que podía decir en qué sitios de Zaragoza y de Burgos recogía yo la información militar ni el nombre ni las señas personales de quienes me la daban? Hubiera sido peor para mí. Ya lo pensé, ya, cuando me interrogaba aquel hijo de puta. Pero entonces también me dije, ¿qué adelantarás? A mí no me van a creer, pero se van a enterar los interesados, y cómo éstos están ahora, a lo mejor, en cargos de mucha importancia, lo más seguro es que metan prisa para quitarme de en medio. Y me callé entonces y me he callado ahora. No sé si he hecho bien, pero... ¿Qué piensas tú?

Olivares se detuvo y puso una mano sobre el hombro de Martínez Vega.

—Pues creo que las dos veces has obrado muy cuerdamente, Eulogio.

Paseaban por el patio. La mañana, en cuyo lejano cielo azul navegaban algunas nubes primaverales, transcurría al mismo ritmo de todas las mañanas, mucho más vivo que el del resto del día a causa de las comunicaciones. La emoción de los presos que esperaban ser llamados a comunicar y de los que volvían del locutorio contagiaba a todos. Las noticias, en forma de tromba de aire de la calle, alteraban los nervios de la población reclusa, cualquiera que fuese su significación, y, a su impulso, se levantaban olas de esperanza que, después de barrer hasta los más escondidos rincones de la cárcel, morían más tarde en la resaca de las horas vacías. De cuando en cuando, el ordenanza voceaba los nombres de los llamados a comunicar, los cuales corrían a su encuentro y formaban espontáneamente en dos hileras, y, de cuando en cuando también, irrumpía entre los corros alguien que volvía de comunicar y empezaba a lanzar noticias que, al pasar de boca en boca, se hinchaban como irisadas y gigantescas pompas de jabón. Ello hacía que en el patio hirvieran mil rumores distintos que formaban entre todos un vasto clamor de mar alborotado. Se veían presos que ostentaban en la pechera cartoncitos con frases como «No me hables de la

guerra» o «No me cuentes tu caso». Algunos iban de grupo en grupo escuchando ávidamente lo que en ellos se decía. No faltaban los solitarios, los retraídos, a quienes deprimía la excitación de los demás, ni los precavidos que hablaban mirando antes alrededor, ni los que se hacían escuchar como oráculos, ni los que pretendían sostener a todo trance su superioridad, ni los que estaban dispuestos a creer lo que fuese, ni los sempiternos discrepantes, ni los que se divertían burlándose de otros, ni los que respondían con gestos serviles a las humillaciones, ni los que hacían gala de estar en el secreto de todo, ni los que demostraban no haberse dado cuenta todavía de nada, ni los bromistas, ni los chistosos, ni los juguetones, ni los graves y asentados, ni los frívolos y atolondrados, ni los vestidos con esmero, ni los andrajosos, ni los bien nutridos, ni los caquécticos, ni los que fumaban rollizos cigarros o comían ostentosamente alguna golosina, ni los que husmeaban a la caza de una colilla o de un desperdicio.

—Así que tú estabas en el servicio de información ¿no?

Sí —respondió Martínez Vega—. Servicio de información en zona nacional.

—¿Y cómo te admitieron no siendo comunista?

Martínez Vega sonrió.

—Muy fácil. Me apunté en el partido por orden de mi organización. Hice como que me pasaba a ellos, asqueado, y me creyeron. Así pude dar luego muchos informes a mi gente.

Olivares se quedó un momento pensativo y ambos guardaron silencio. Al cabo de un rato, aquél murmuró:

—Sabes que era un plan muy atrevido, ¿eh? Y muy expuesto, coño.

—¡Ca! No lo creas, porque uno se acostumbra pronto a disimular, igual que se acostumbra a otras muchas cosas.

—Bueno, bueno..., no tanto. La cosa tiene sus pelendengues, ya lo creo... Y dime, ¿pasabas con frecuencia a la zona franquista?

—He pasado cinco veces en todo el tiempo. Iba vestido de alférez nacional, con toda la documentación en regla, con dinero de aquella zona...

—¿Y direcciones, no?

—Naturalmente.

—¿De centros oficiales?

—Creo que otros sí; pero yo sólo una vez tuve que entrar en un cuartel, porque el enlace mío era otro alférez de ellos y aquel día estaba de guardia en el interior, en las oficinas, y yo no podía esperar. Me salió bien, pero no veas el canguelo que pasé... Pero por lo regular yo iba derecho a una casa, donde ya me esperaban y donde me tenían preparado todo. Lo más difícil era atravesar las líneas de ellos, tanto a la ida como a la vuelta, porque aunque siempre tenía lugar por frentes tranquilos, podía uno encontrarse con lo que no esperaba. Podían haber cambiado las fuerzas o estar

haciendo alguna concentración para un ataque, y entonces no te valía de nada lo que habías pensado hacer. O te volvías o tirabas por otro camino, o qué sé yo. Una vez tuve que echar marcha atrás porque el paso estaba muy vigilado. Bueno, tuvimos que hacer lo mismo los cuatro que habíamos salido juntos. Siempre nos juntábamos varios al ir para allá o para volver. Para volver, quedábamos citados en un punto y desde allí ya no nos separábamos.

—Ya, ya —y Olivares movió la cabeza ponderativamente—. Eso sí que era jugar con fuego.

Martínez Vega se encogió de hombros.

—Bah, todo en la guerra es así. Tanto o más peligro se pasa en la trinchera y además se vive en ella como un miserable piojoso. Nosotros, en cambio, nos lo pasábamos estupendamente después de cada servicio. Teníamos buena cama, tabaco a placer, y comíamos como Dios y podíamos pasar el rato con gachís. Para tiempo de guerra no estaba mal, ¿eh?

—Desde luego era una vida de maharajá en comparación con la del frente, pero eso de no poder estar tranquilo ni un momento y que al menor descuido...

Martínez Vega le interrumpió:

—¡Para! A mí no me podían coger vivo ni durmiendo. Antes me hubiera pegado un tiro en el corazón. Para eso llevaba una pistola de siete sesenta y cinco en la sobaquera.

Se detuvieron otra vez y Olivares sacó su paquete de tabaco y ofreció un pitillo a su compañero y, mientras lo encendía, le estuvo observando atentamente. Olivares no podía comprender cómo un hombre que había demostrado tan grandes cualidades de valor y sangre fría se hubiera dejado coger finalmente como un corderillo, y se lo preguntó. Martínez Vega hizo un gesto desdeñoso.

—¡Psch! alguna vez tiene que salirle a uno mal alguna cosa, digo yo. Verás. Yo estaba en Alcalá cuando el follón de última hora y decidí escaparme porque los de mi grupo estaban con Negrín. Me vine a Madrid, a campo través, solo. Luego me uní a las fuerzas de Mera. Cuando se acabó la «semana del duro» me hice el plan. Como tenía documentación y dinero de la otra zona, me dije que si todo se hundía de la noche a la mañana, como luego sucedió, lo mejor sería mezclarme al principio con las tropas que entrasen del otro lado y, aprovechando el barullo, largarme después a Zaragoza, donde yo conocía gente que hubiera podido camuflarme. Y así lo hice, pero como te decía, me salió mal la combinación. A los dos días de entrar los nacionales, era por la mañana, iba yo por Cibeles con una chavala, por cierto facha rabiosa, como que le habían matado aquí a su padre, cuando, de buenas a primeras, sentí que me encañonaban por detrás y me decían que me diera preso. No me dejaron echar mano a la pistola de la sobaquera... —movió la cabeza, dio una chupada al pitillo y prosiguió—: Total, que me llevaron detenido a la casa número siete de la

calle de Vallehermoso, al sótano, donde me tuvieron lo menos cuarenta y ocho horas incomunicado y sin comer. Había allí un fulano... ¡La madre que le parió! Llevaba una insignia de ferrocarriles en el pecho. El tío era bizco y arreaba cada vergajazo por nada... Había que llamarle si querías hacer alguna necesidad. Entonces abría la puerta. Tú te tenías que poner al fondo del cuartucho, tieso, con el brazo en alto y gritar ¡Arriba España! cuando él aparecía. Te miraba y, si tú le mirabas también, te soltaba un vergajazo donde te pillara y te decía: *¡Para que otra vez bajes los ojos en mi presencia, cabrón!* Y, si no le mirabas, te sacudía también, diciéndote: *¡Esto para que aprendas a mirar de frente, como los hombres, so hijo de puta!* Así que, de todas maneras, ir al váter te costaba un buen vergajazo. Bueno, al fin me sacaron a declarar... Yo me había inventado una historia, pero fue inútil. Lo sabían todo. Seguramente me había denunciado alguien del servicio, porque sacaron a relucir algunos detalles que sólo conocemos nosotros. Por ejemplo, una vez, cuando ya nos disponíamos a atravesar las líneas para volver a nuestra base, descubrimos una patrulla enemiga que marchaba hacia retaguardia. Eran como ocho hombres. Seguramente una patrulla de vigilancia. En casos así, debíamos ocultarnos y evitar el choque; pero, en aquella ocasión, a uno de los que venía conmigo se le ocurrió que debíamos atacarlos para coger algún prisionero.

—Yo me opongo —digo—. La orden es bien clara.

—Pero si los tenemos en el saco... —dice mi compañero.

—¿Y si se arma jaleo, nos descubren y se pierde el servicio?

—Están ya muy cerca. Es entre dos luces.

—No se van ni a enterar. Cuando quieran hacerlo, ya estarán en el otro barrio.

Nos escondemos detrás de unos carrascos. El sendero por donde ellos vienen pasa por delante. No pueden descubrirnos. Se les oye hablar. Bromean.

—Yo me lavo las manos —digo.

—Haz lo que quieras.

Algunos intentaron revolverse y tuvimos que matarlos a todos. Sólo pudimos recoger su documentación y salir pitando —aplastó la colilla con la punta de la bota y añadió, moviendo la cabeza—: Como no haya una amnistía, a mí no me salvan ni la paz ni la caridad.

Luego se quedó callado, distraída la mirada en los grupos de alrededor. Olivares le miraba de reojo. Martínez Vega era un hombre en el comienzo de la vida, fuerte, saludable, templado, pasmosamente dueño de sí en todo momento, como si careciera de emociones y de pasiones.

—¿En qué piensas ahora? —le preguntó.

El otro, sin mirarle, le contestó:

—En la mierda que hay en todo esto.

Siguió una pausa. Echaron a andar de nuevo y, como si pensara en voz alta,

Martínez Vega añadió:

—Hay quien ha jugado con dos barajas, para ganar siempre, y ha ganado. Uno, en cambio, tenía que perder a la fuerza.

—¿Por qué?

Martínez Vega le miró.

—¿Que por qué?

Su mirada era limpia, pero helada. Sus ojos parecían de cristal.

—Pues porque no se puede ser joven y confiado en estas andanzas. Hay que ser viejo o zorro. ¿Piensas tú que si, en vez de ser Franco, hubiera sido Negrín, o Largo Caballero, o Prieto, el ganador, nosotros, los jóvenes, tendríamos algo que hacer? Nada, te lo digo yo. ¡Nada! Claro, no estaríamos en la cárcel ni condenados a muerte, pero ¿qué? En resumidas cuentas, ¿qué? El joven es bueno para dar la cara, para matarse, y para de contar. Si a mí me hubiera cogido la guerra con veinte años más o hubiéramos mandado los que nos partíamos la cara por ahí, otro gallo me cantaría ahora. ¿Qué crees que van a hacer con los jóvenes del otro lado, eh? Ya lo verá el que viva: darles una patada en el culo y a casa. Ni siquiera las gracias, una patada en el culo.

La voz se le había enronquecido y carraspeó.

—¿Quieres darme otro pito? No tengo tabaco, Olivares. Federico se apresuró a complacerle. Fumaron en silencio.

—Eres demasiado pesimista, Eulogio —dijo al fin Olivares.

—¿Y tú no?

Se miraron a los ojos y Federico se encogió de hombros.

—Pienso, como tú, que hay mucha mierda en todo esto. En la guerra hay mucha mierda, es cierto. Que a los jóvenes se nos traiciona siempre es cosa vieja; que la vida es un absurdo, no hay más que abrir los ojos para verlo; que sobran muchas palabras, es evidente. Pero hay una cosa que no puedo olvidar, y es que estamos aquí. Por casualidad tal vez, cierto, pero estamos aquí, en la vida, y tenemos que emplear el tiempo en hacer algo. Si me preguntases que para qué, no sabría contestarte. Nos dieron un billete para un viaje a no se sabe dónde, cuando nacimos, y nos montaron en el tren. ¡Hala! No sé si me explico —Martínez Vega sonrió— o si me entiendes. La vida no valdría nada absolutamente si no acabase. Daría asco, no sabríamos qué hacer, pero como acaba, siempre nos queda el deseo de hacer algo, y hacerlo rápidamente por si acaso. Por eso no queremos morir. Yo no quiero morir. Yo creo que nadie quiere morir, ni siquiera los que dicen creer en el más allá, ni el Papa, ya ves, ni los obispos, ni los frailes, ni los que gritan que vale más morir de pie que vivir de rodillas, como La Pasionaria, aunque la frasecita no es de su invención, ni los enfermos, ni los ancianos, ni los tullidos, ni siquiera los miserables que se arrastran por la vida como por un estercolero. Todavía no he visto a nadie, Eulogio, decir de

verdad que quisiera morirse, y yo creo que, si pudiéramos penetrar en la conciencia de los suicidas, descubriríamos que se arrepintieron de su decisión en el último segundo... Hasta Cristo flaqueó, ¿eh? —hizo una pausa y luego preguntó a su amigo —: Y tú, ¿quieres morir?

Martínez Vega hinchó el pecho y, luego, mientras expulsaba el aire, movió negativamente la cabeza y añadió:

—No es que quiera morir, no, pero me parece que muchos de nosotros estamos ya muertos, aunque sigamos moviéndonos, hablando, comiendo, durmiendo...

El ordenanza, que ya había comenzado a vocear los nombres de otra lista, gritó:

—¡Federico Olivares García!

Martínez Vega le miró, extrañado.

—¿Lo esperabas?

Olivares había palidecido súbitamente y apenas podía dominar su creciente excitación.

—Sí y no. Sabía por Molina que mi madre y mi hermana llegaron ayer por la mañana a Madrid, pero no estaba seguro de que pudiera verlas hoy, porque no toca mi letra.

En los ojos de Martínez Vega, Olivares, pese a su nerviosismo y a las prisas, pudo percibir cómo una ligera niebla velaba el brillo habitual de su mirada mientras decía:

—¡Enhorabuena, hombre!

Entraron en tromba, pero, al pasar de la luz del exterior a la penumbrosa del locutorio, quedaron momentáneamente como cegados. Inmediatamente, sin embargo, estalló la tempestad.

—¡Aquí estoy, aquí estoy!

Era el grito para encontrarse y ponerse frente a frente los interlocutores a través de la doble reja de alambre. Federico corrió de un lado a otro, como los demás, hasta que divisó las dos figuras de mujer que, desde la otra orilla, seguían ansiosamente sus movimientos, le llamaban y le hacían señas vehementes con las manos. Entonces se detuvo y se abalanzó contra la alambrada, incrustándose entre dos compañeros que hubieron de estrecharse un poco para dejarle sitio. Entre los presos y sus visitantes quedaba un pasillo vacío como de un metro de anchura.

Olivares sólo pudo entender claramente las primeras palabras:

—¿Cómo estás, hijo?

—Federico, guapo...

Después se formó un guirigay ensordecedor. Las palabras, al chocar en su camino con otras, se extraviaban. Sólo se percibían algunas, que detonaban como taponazos: *¡Avalés, avales!, ¡La Pepa!, ¡Sí!, ¡No!, ¡El consejo!, ¡El consejo!, ¡Comida!, ¡Libertad!, ¡Pronto!, ¡No tengas miedo!, ¿Y los chicos?, ¡Lentejas!...*

Y los diálogos se dislocaban, se entremezclaban, se confundían:

—¿Un capitán? ¿Qué capitán?

—Y te mando jabón.

—¿Jabón? Pero ¿qué capitán?

—Que no es eso.

—Dime qué capitán. ¿Lo conozco yo?

—Que vas a salir pronto.

—¿Cuándo?

—La Puri ya está mejor.

—¡No entiendo nada, Teresa!

—¿Te han zumbado?

—Me mudaré luego.

—Ha sido la portera. ¡La portera!

—¿Qué dices?

Los presos se desesperaban. O sacudían la alambrada gritando: *¡Más bajo! ¡Más bajo! ¿Es que no podéis hablar más bajo?*, o se resignaban a establecer con sus familiares un puente de miradas y gestos a través del cual iba y venía, silenciosamente, un flujo de ternura, cariño y compasión. Con los rostros pegados, incrustados casi, a la alambrada, se lanzaban besos y murmuraban frases que caían a medio camino, en aquel campo de nadie entre rejas que separaban los dos mundos.

Así, intentando hacer llegar hasta su corazón el, tantos años contenido y ya desbordado, caudal de sus sentimientos, miraba Cristina a su hijo Federico, comiéndoselo con los ojos y esforzándose dolorosamente por no llorar.

(No ha cambiado mucho. Parece más hombre, eso sí, y tan guapo como siempre. Y no aparenta miedo ni susto. ¡Y está condenado a muerte, Dios mío! Pero no quiero, no quiero pensar en ello ahora. Tengo que sonreír. Sí, hijo, no te pasará nada. Tú eres bueno. Fuiste bueno siempre. ¿No dicen que el que no tenga las manos manchadas de sangre ni de robo no tiene nada que temer? Compréndelo bien: tú no tienes nada que temer. Ay, hijo, tus ideas, tus ideas... Si me hubieras hecho caso... Pero los hombres sois así: crédulos, confiados, soñadores. Tú eres igual que tu padre en eso... Así le fue al pobre... Le engañaron, le amargaron la vida... Tú, a tus enfermos, Julio. Y tú, a tu escuela y a tus estudios, Federico. Déjate de quimeras. Sí, ya sé que es inútil. Pero ya ves ahora... ¿Qué puedo hacer por ti? No me importa todo lo que he sufrido y lo que ha sufrido tu hermana durante estos tres años. No nos importa a ninguna de las dos. Si supieras cuántas y cuántas noches hemos pasado las dos hablando de ti, temiendo por ti, sin poder coger el sueño. Ay, hijo. Que salgas con bien de ésta y sea lo que Dios quiera después. No te tenemos más que a ti y tú no tienes ahora a

nadie más que a nosotras dos, porque Aurora, a quien tú creías tan enamorada, y que puede que lo estuviese, se cansó de esperar. ¿Tú no sabes que Aurora va a casarse con otro? Claro, cómo lo vas a saber, pobre. ¿Quién lo iba a pensar, eh? Pero ¿quién iba a pensar en una guerra así? ¡Maldita guerra! Ella es la culpable de todo, pero tú no te preocupes, hijo. Mujeres no te han de faltar, y más bonitas y más enamoradas que Aurora. Tú perdónala y olvídala. Se la llevó la guerra, como se llevó nuestra casa y tantas vidas. Ya ves, tu hermana tiene un novio falangista. Te enterarás, no hay remedio. Pues hazme caso y no sufras por eso. Es la guerra, la guerra, la guerra y siempre la guerra, por muchos años, quizá por toda nuestra vida, a mí, desde luego, por todo lo que me queda de estar en este mundo, que será poco, porque ya me siento acabada. Por eso, lo primero ahora es salvarte. Sí, eso es lo primero. Después, ya veremos. Ayer mismo por la tarde fuimos a ver a Matilde. Nos habló de ella Rosario. Y nos recibió muy bien. Esa mujer te quiere. No me gusta, pero te quiere y puede hacer mucho por ti. Nos ha prometido un buen aval. Y también va a proporcionarle un empleo a Alfonsina. Hay que aprovechar lo que sea con tal que tú te salves, hijo. De que tú te salves y volvamos a reunirnos otra vez los tres. Los tres bien juntitos, como antes de la guerra. Aunque tengamos que vivir debajo de un puente. Ya nos arreglaremos y, poco a poco...).

Alfonsina sonreía constantemente a su hermano; pero, de cuando en cuando, desviaba de él la mirada para observar a los demás presos y a las mujeres que, junto a ella, se desgañitaban gritando.

(¡Dónde has caído, hermano! ¡Pobre! Tú, siempre tan pulcro, tan educado, tan fino, mezclado con esta gente que no hace más que gritar y empujar, tan ordinaria... No. Federico, no digo que no sea buena gente, pero tiene mucho que aprender. Por eso habéis perdido la guerra. Por eso, no porque sea mala, porque los otros... Pero es una lástima que tú te hayas mezclado en todo esto. Tienen razón esos hombres que están contigo y estas mujeres, pero no saben tenerla, y eso es lo que me da más rabia. Claro que son buenos. ¿Qué hubiera sido de mamá y de mí en el primer año de guerra sin su ayuda? Tenías que haber visto cómo, al hacerse de noche, llamaban a nuestra puerta. Entonces vivíamos con el corazón en un puño, porque todo eran registros y amenazas y malas maneras. ¡Figúrate a mamá y a mí solas aquellas noches interminables en que nadie se atrevía ni a asomarse siquiera a la calle! Pues el primero de los que llamó era un viejo vestido muy pobremente. No sabíamos qué hacer, si abrirle o no. Al fin decidimos abrirle, temblando, después de decirnos que era amigo tuyo. Más tarde

nos contó que era abuelo de uno de tus discípulos y que te había tenido escondido en su alfar, y que te había arreglado la huida en barca. Nos dejó cinco duros y se fue. Luego vinieron otros, también desconocidos, con trazas de obreros o de hombres del campo. Se sentían muy cohibidos, avergonzados, y no sabían qué decir, y siempre tenían mucha prisa. Se conoce que les daba miedo lo que hacían. Entonces todo el mundo tenía un miedo espantoso. Era terror. Se apoyaban en la pared para descalzarse. Entre el pie y el calcetín se sacaban algún billete y hasta duros de plata, que entregaban a mamá. No sé cómo podían andar así. Apenas decían algunas palabras. Si acaso, que hacían aquello en nombre de otros, porque apreciaban mucho al compañero Olivares o a don Federico, el maestro. Eran gentes pobres, humildes, muy agradecidas y muy valientes, porque podía costarles la vida el socorrernos. No nos daban sus nombres ni se los pedíamos. Y siempre era distinta la persona. Y es una lástima, porque así no sabremos nunca quiénes fueron. ¡Todo un año vivimos de esa manera, Federico! Después, gracias a Magda, la maestra a la que tú le gustabas tanto y que se metió el primer día en la Falange, pudimos ganar algo mamá y yo, la comida, cosiendo ropas y haciendo punto para el frente y los hospitales. Y más tarde apareció por allí Fernando, convaleciente. Le hirieron en una pierna cuando la toma de Málaga. Se fijó en mí y empezó a rondarme. A mí no me disgustaba como persona, pero era enemigo tuyo. Mamá tampoco quería. Pero... Total, que nos hicimos novios, Federico. A mí me costó llorar mucho, todas las noches cuando me acostaba y me acordaba de ti. Ahora mamá tiene miedo de que tú lo sepas. ¡Qué asco de guerra! Nos ha destrozado la vida a todos. Si hubieran ganado los tuyos, Federico, a estas horas estaría Fernando donde estás tú. Lo que quiere decir que yo tenía que perder saliera lo que saliera, ¿no? ¿Y qué he hecho yo para eso, Dios mío? Y si te ocurre algo malo a ti, ¿qué? ¿Cómo podré vivir con un hombre que es amigo y partidario de los que te condenan a muerte? Tu recuerdo me ahogaría).

Federico tenía encerradas en el círculo de su mirada los rostros de las dos mujeres. El de su madre, abrasado por todos los dolores; el de su hermana, en el ardor pleno de la juventud y los sentimientos. El uno, marchito; el otro, floreciente.

(Mamá ha envejecido mucho, ¡mucho! En cambio, Alfonsina se ha hecho toda una mujer, y una mujer hermosa. A las dos las he arrastrado a la desgracia. ¡Cuánto habrán sufrido durante estos tres años y cuánto más les queda aún que sufrir! Y todo por mi culpa. Pero ¿soy yo realmente responsable de su desgracia? ¿No soy, por el contrario, una víctima también de los acontecimientos? Estalla la

tormenta y pobres de aquellos a quienes les cae un rayo encima... ¿Te acuerdas, mamá, de aquellas pavorosas tormentas que estallaban en la Mancha? Todos los años hacían víctimas. Al tío Pimentón, ¿te acuerdas del tío Pimentón, mamá?, lo mató un rayo cuando volvía del majuelo montado en su borrico. El borrico se salvó. Por eso, la gente tenía tanto miedo a las tormentas, sobre todo las mujeres. En cuanto se oía el primer trueno, recogían los chiquillos y se refugiaban con ellos en la cocina, encendían velas a Santa Bárbara y se ponían a rezar. Tú también nos cogías a Alfonsina y a mí bajo tu chal, te juntabas a la criadas, la Manuela, tan bruta, y la Antonia, la morenucha presumida que cada año tenía un novio diferente, a uno de los cuales, su Juan, como ella decía, le cortó las dos piernas el tren... Rezabais a Santa Bárbara bendita, ¿por qué a Santa Bárbara?, temblando de miedo. Alfonsina cerraba los ojos y se dormía. A mí me pasaba todo lo contrario. A mí me excitaba mucho el gangueo de las avemarías, las lágrimas de la Antonia, el olor a tierra mojada y a azufre, el olor a infierno que decía la Manuela, las oscilaciones de las llamas de las velas y las sombras que bailaban en las paredes de cal. Una vez apareció papá. Parece que le estoy viendo. La Antonia estaba sonándose las narices. Tú, que rezabas en voz alta, te volviste a mirarle, pero sin suspender el rezo. Mi padre entonces se te acercó, me cogió de un brazo y me sacó de debajo de tu chal.

—No es bueno asustar a un muchacho que tiene que ser hombre —te dijo.

Te lo dijo sonriendo y tú no opusiste resistencia ni protestaste, pero la Manuela arrugó los labios y meneó la cabeza con un gesto de pavo ofendido, y la Antonia se echó a llorar, y Alfonsina abrió los ojos y miró a todos, y no comprendió nada. Mi padre me cogió de la mano y me sacó de allí. Subimos la escalera sin decir palabra. Atravesamos luego vuestra alcoba y salimos al balcón. La calle estaba desierta. El aire era morado, como el cielo, donde, de cuando en cuando, seguidas de estampidos que hacían temblar los cristales, corrían las culebrinas de fuego como cohetes. Olía a parva mojada.

—Esto de las tormentas no es juego de ángeles y demonios, Federico. La evaporación del agua produce las nubes y éstas llevan una carga de electricidad negativa; porque hay electricidad negativa y electricidad positiva. La electricidad negativa es como si chupase, ¿comprendes?

Sí, papá.

—Y la positiva, que es la que tiene la tierra, es como si escupiese. Se establece una corriente entre la electricidad de arriba y la de abajo y cuando se encuentran, zas, se produce la descarga. ¿Lo ves claro?

Sí, papá, y ésas son las descargas que matan, como aquella que mató al tío Pimentón, ¿no es así?

Sí, hijo.

—¿Y qué es la muerte, papá?

—¿Qué?

—¿Que qué es la muerte?

—La muerte no existe.

—¿Que no?

—No.

—Entonces, ¿por qué hablan tanto de la muerte?

—¿Tú has visto la sed?

—No.

—Pero la has sentido.

—Claro.

—Pues es igual. No existe la sed, sino personas que tienen sed, y no existe la muerte, sino personas que mueren.

—¿Y qué pasa cuando muere uno, papá? Porque tú has visto morir a muchas personas...

—Nada, no pasa nada.

—¿Cómo nada?

—Nada, te digo. ¿No has visto nunca parado el reloj del comedor?

—Sí, papá.

—Pues eso es lo que le pasa a una persona cuando muere.

Los truenos, entre tanto, reventaban en el aire y aparecían los bordes cárdenos de sus desgarraduras, y temblaba el mundo. Algún perro corría con la cola entre las patas y aullando. Saltó una chispa rojiamarilla en la punta del pararrayos de la iglesia... Mi padre estaba tranquilo. Su mano, caliente y grande, apretaba la mía. De pronto, una ráfaga de viento, de un viento muy gordo, como si fuese algodón, nos tambaleó, empujó fuertemente los batientes del balcón y arremolinó las cortinas hasta el techo.

—¿Tienes miedo, Federico?

Y me habló como si tuviera llena la boca.

—Contigo no, papá.

Y yo también tenía llena la boca de aire gordo.

—No hay que tener miedo a la muerte, ¿sabes?, porque la muerte no existe. Es uno el que muere, como un reloj que se para, y ya está. ¿Qué más da morir de un modo que de otro? Yo moriré, y mamá, y Alfonsina, y todos. De la muerte no hay quien se libre, Federico.

—Sí, papá.

Yo hubiera querido entonces volar con aquel viento fuerte y gordo, como quise volar cuando corría una cometa y el viento fuerte y gordo me entró por la boca como los buches de agua que tragaba nadando en el río. Pensé que cuando

me hinchase de aire, volaría. Y di un salto para que la cometa tirase de mí. Pero no pudo conmigo y entonces tuve que pararme, porque ya no podía respirar...).

Sonó el pito del guardián y amainó algo aquella tempestad de voces. Entonces pudo oír Federico que le decía su hermana:

—Nos veremos luego.

—¿Dónde?

—Luego —repitió su madre.

Sonó otra vez el pito, que fue como un hachazo que hendiera una masa gelatinosa. Las voces cesaron temblorosamente y se hizo un silencio jadeante.

—¡A formar! ¡Aprisa! —gritó el funcionario.

Los reclusos obedecieron de mala gana, renuentes, vuelta la cabeza hacia sus familiares y cruzando con éstos los mudos adioses de las manos. Al fin dejaron el locutorio. Olivares vio entonces a Toledano hablando con el guardián. Éste hizo un gesto afirmativo y Toledano se le acercó y, cogiéndole de un brazo, le dijo:

—Ven. Te llama el jefe de servicios.

—¿A mí? —preguntó extrañado.

—Sí. Anda, vamos.

Salió de las filas y siguió al ordenanza.

—Me parece que vas a tener una comunicación extraordinaria, en el despacho del jefe de servicios. Has tenido suerte con que esté hoy don Félix.

Federico, todavía turbado por las recientes emociones, no supo qué decir a su compañero. Además iban tan de prisa que se encontró, de pronto, frente al jefe de servicios, que era el joven de la sahariana militar. Le saludó, brazo en alto, y esperó:

—A sus órdenes, don Félix —dijo Toledano.

El jefe de servicios, que revisaba unos papeles sentado a su mesa, dejó pasar unos momentos de silencio antes de levantar la vista y ordenar a Toledano:

—Ve a traer a esas señoras.

Salió el ordenanza a cumplir la orden y entonces el jefe de servicios, tras de examinar atentamente a Olivares, le preguntó:

—¿No es usted uno de aquellos cuatro a quienes sus compañeros no querían admitir en la sala porque traían petición de pena de muerte?

—Sí, señor.

Don Félix movió la cabeza.

—Pero ¿aún siguen ustedes tan mal avenidos?

Olivares se encogió de hombros por toda respuesta.

—Es increíble —continuó diciendo el funcionario, quien se levantó y ofreció un cigarrillo al preso.

Mientras fumaban, volvió a preguntar a Olivares:

—¿De qué le acusaron en el consejo de guerra?

—Pues de haberme pasado voluntariamente de la zona nacional a la roja y de haber llegado a ser comisario y capitán.

—¿Y por eso quiere el fiscal que le condenen a muerte?

—Sí, señor.

—¿Sólo por eso?

—Sí, señor.

—Pues también es increíble.

El gesto de asombro de don Félix y su comportamiento animaron a Federico a decir:

—Uno perdió y tiene que pagar, ¿no le parece?

Don Félix se le quedó mirando a los ojos mientras chupaba su cigarrillo. Se volvió luego de espaldas, lentamente, anduvo unos pasos y murmuró:

—Lo que habría que aclarar es quiénes son los que han ganado.

Olivares permaneció callado. El jefe de servicios, por su parte, se acercó a la ventana que daba al vestíbulo y, tras un silencio, murmuró:

—Mi padre estuvo encerrado en esta misma prisión y lo asesinaron después. Yo me pasé a los míos, combatí dos años en primera línea y ahora estoy aquí de carcelero. ¿Es esto ganar?

La pregunta aleteó como una mariposa y se deshizo en el aire. Federico no se movió siquiera y, al cabo de unos segundos, oyó que don Félix se dirigía a la puerta, y su voz.

—Ya están aquí.

Entonces se volvió Federico a mirar en aquella dirección y se encontró con los ojos del funcionario, quien, golpeando suavemente con un dedo la esfera de su reloj de pulsera, decía:

—Tienen quince minutos. No puedo concederles más tiempo.

Abrió la puerta y desapareció. La puerta quedó abierta y, de pronto, surgieron en su marco su madre y su hermana. Corrió Federico hacia ellas y se abrazaron los tres entre sollozos. Luego, Federico advirtió, para reportarse:

—Tenemos un cuarto de hora.

Atropelladamente, saltando de tema en tema y del pasado al presente, trataron de zurcir las orillas de aquel largo vacío de tres años. La madre, más que hablar, miraba con hambre en los ojos a su hijo. Hacía de cuando en cuando signos afirmativos o negativos con la cabeza, se secaba las lágrimas silenciosas que le rodaban por las mejillas y murmuraba; *si tú supieras, si tú supieras...* Federico contó brevemente cómo el fiscal había solicitado para él y para sus tres compañeros de sumario la pena de muerte, cómo se esperaba un perdón general y cómo a él le parecía muy incierto esto último.

Fue Rosario quien las avisó. Vendieron inmediatamente, en horas, todo lo que tenían por lo que quisieron darles y se pusieron en viaje.

—Si tú supieras, hijo, si tú supieras...

—Bueno, Federico, llegamos a Madrid ayer mañana y ya por la tarde fuimos a ver a Matilde. No digas que no es correr.

—¿A Matilde? ¿Y cómo se os ocurrió...?

Pero a Alfonsina no le detuvo el gesto de disgusto de Federico.

—¿Y por qué no?

—Nos recibió muy bien, hijo, muy bien.

—Sí, y nos ha prometido un aval que yo misma llevaré a Burgos, a la Auditoría general; allí hay que dirigirse ahora. Esta misma noche saldré para Vitoria, en cualquier tren, como sea, pues ya no me asusta viajar con soldados. Iré a ver a los abuelos. Como son tan carcas y tan beatos, podrán hacer algo por ti, por lo menos conseguir que me reciban en la Auditoría y que me acepten el aval de Matilde, ¿comprendes, Federico? Intentaremos todo, todo lo humanamente posible. Rosario, que no para de un lado para otro —hasta creo que piensa ir a ver a los frailes de El Escorial—, me ha dado el número de vuestro sumario. Esto es muy importante saberlo, pues es lo primero que te preguntan dondequiera que vayas a solicitar una ayuda o a enterarte de cómo va la cosa. Sin el dichoso numerito es como si anduvieses a ciegas. ¡Son tantos y tantos! Cerros, Federico, cerros de expedientes. Pero yo he cogido ya la pista del tuyo y de ella no me apartará nadie hasta que logremos el indulto. El que mejor de vosotros está es José Manuel, porque se ha hecho cargo de su asunto la embajada de Cuba y va a pedir su indulto y el vuestro, como es natural. Matilde opina que no va a ser difícil conseguirlo. Y también opina así... Fíjate qué suerte. Cuando veníamos esta mañana sin muchas esperanzas de verte, ¿sabes a quién nos encontramos? Pues a Antolín, aquel amigo tuyo. Tú y él terminasteis juntos el bachillerato. Luego, como su familia se trasladó a Sevilla porque el negocio de su padre quebró o no sé qué líos, ya no volvimos a saber de él. Ahora es alférez y manda, cuando le toca, la guardia de la prisión. Me conoció nada más verme, a pesar de los años transcurridos. Nos preguntó por ti y cuando supo lo que pasaba se ofreció para todo, porque es amigo de uno de los jefes de la prisión. Por él nos hemos visto antes y estamos ahora hablando contigo. Ha estado muy cariñoso y, como te decía, él también cree que todo es cuestión de un poco de paciencia, que lo más seguro es que tengas que estar algún tiempo encerrado, pero que de lo otro, de la pena de muerte, ni pensarlo.

Alfonsina hablaba casi sin tomar aliento, mirando continuamente su reloj de pulsera por temor, sin duda, a que se acabase el tiempo disponible antes de que pudiese comunicar a su hermano todas aquellas cosas que se había fijado en la memoria. *Tengo que decir esto y esto, ah, y esto y esto también. ¿Se me olvida algo?*

Federico, por su parte, la dejaba hablar y hablar, sonriente, haciendo gestos admirativos, asintiendo, dudando... ¡Qué enérgica se ha hecho y qué inteligente! Bueno, lista siempre lo fue. ¿Estará enamorada? ¿De quién? La verdad es que le he inferido un daño irreparable. Ella también ha perdido la guerra por mi culpa.

Cuando Alfonsina hizo, al fin, una pausa, Federico dijo, moviendo dubitativamente la cabeza:

—Ir a ver a los abuelos... ¿Crees que los convencerás?

—Eso déjalo de mi cuenta, hermano —y, como recordando algo de pronto, añadió—: Ah, te he traído tu juego de ajedrez y tu libro de versos de Antonio Machado.

—Está en todo —terció la madre—. Yo no podría. Si no fuese por ella, yo no podría...

—No lo creas, no lo creas, Federico. Mamá está bien —y empezó a hablar de carrerilla—. Lo que pasa es que como ha sido todo tan brusco: la noticia de tu situación, la venta de nuestras cosas, el regalo, mejor dicho, de lo poco que nos quedaba, el viaje en un tren de soldados, qué viaje, y parando horas y horas en cualquier estación y hasta en pleno campo, y menos mal que llegamos... Pero en cuanto pase en Madrid unos cuantos días y se serene, volverá a ser la de antes. Vivimos con Rosario y con los tíos, que ya han vuelto, ¿sabes? El tío tiene un pánico loco. Se pasa las noches sin dormir, temiendo a cada momento que vayan por él... La tía le dice que se va a morir si sigue así, temblando cada vez que oye pasar un automóvil por la calle o cada vez que alguien llama a la puerta de casa, antes de que lo detengan... No se atreve a salir a la calle, qué digo, ni a asomarse al balcón, ni a mirar a través de los visillos siquiera... Es un caso. Pero tú no te preocupes por nosotras. Nos arreglaremos como podamos y te traeremos lo que necesites: ropa limpia, tabaco, algo de comida, para que puedas ir tirando. Sabemos que aquí os dan de comer fatal. Y ahora toma esto —y le puso en la mano un rollito de billetes de cinco pesetas.

Federico quiso retirar su mano, pero Alfonsina se la retuvo con fuerza.

—No seas tonto. Te hará falta.

A él se le saltaron las lágrimas y los tres quedaron en silencio, mirándose.

—Bueno, basta ya —dijo bruscamente Alfonsina a su madre que estaba a punto de romper a llorar. Después se dirigió a su hermano—: Y de Aurora, ni acordarte, ¿estamos?

—¿Qué? ¿Qué dices, Alfonsina? —y Federico pareció volver en sí.

—Que la olvides. No vale la pena, ¿comprendes?

—Creo que sí —contestó él, moviendo afirmativamente la cabeza. Luego, cogiendo entre las palmas de sus manos el rostro de la muchacha, añadió—: Eres formidable.

Alfonsina sonrió.

El ruido de la puerta y un ligero carraspeo les hizo volverse a mirar en aquella dirección. Entraban en ese momento el jefe de servicios y Antolín. Éste se dirigió hacia Federico con los brazos abiertos.

—Vaya, hombre, vaya —le dijo con marcado acento andaluz mientras se abrazaban—. Mira tú dónde nos ha traído nuestra mala cabeza, la de todos.

Federico se limitó a sonreír pálidamente. Entre tanto, las mujeres se habían apartarlo un poco y Alfonsina preguntó a don Félix:

—Ya es la hora, ¿verdad? —y como el funcionario afirmara con un movimiento de cabeza, añadió—: Pues muchas gracias. No sabe usted cuánto le agradecemos mamá y yo este favor.

—Y yo —dijo también Federico, gravemente.

—Ha sido cosa de Antolín. A él tiene que agradecerse más que a mí —repuso don Félix mirando, sonriente, a su amigo.

—No hagas caso, chiquillo —replicó Antolín, dirigiéndose a Olivares—. Él sí que es canela fina.

Llegó el trance de despedirse. Federico y las mujeres se besaron y se abrazaron en silencio. Al llegar a la puerta, aún se volvió la madre para decirle:

—Y no te preocupes, hijo. Ya verás como todo se arregla. Entonces, don Félix ofreció tabaco a Federico y a Antolín.

—Sí, sí, trae —dijo éste—, que estoy más seco que la mojama. Ni para tabaco me ha dado la guerra, ya ves tú.

Don Félix y Antolín se miraron y sonrieron y aquel dijo:

—Valiente mierda de guerra.

Encendieron los cigarrillos y Antolín prosiguió diciendo:

—Ya te dije, Félix, que Olivares y su familia son buena gente. De siempre. —Luego dijo a Federico—: Como sabes, mi padre quebró y se fue a vivir a Sevilla con toda mi gente. ¿A qué? Pues a pasar fatigas. Yo tuve que dejar la Facultad y ponerme a trabajar en un Banco para tirar adelante con toda la prole, porque mi padre ya no era capaz de nada. Tenía yo dos cursos de derecho y pensaba terminar por libre. Yo, de política, nada, de nunca, niño, que tú me conoces. A mí lo que me quitaba la cabeza eran las gachís, los noviazgos, los planes, el cachondeo. Y en eso, zas, el follón. La cosa se puso muy mal, como te digo. Digo que si se puso mal... Negra. Más negra que el sobaco de un grajo. Pues como mi padre tenía el reconcomio de que la culpa de su ruina fue la República, me empujó y me presenté voluntario al Ejército. Ya ves tú, de chorchi. Sí, niño, y pegué más tiros que un loco hasta que me sacaron para hacer los cursillos de alférez. Me he salvado de milagro, como éste —y señaló a don Félix— y como todos. Ya sabes aquello de alférez provisional, cadáver definitivo. Y era verdad, ¿eh, tú? —don Félix hizo un signo afirmativo, y él prosiguió—: ¿Y qué? Pues aquí me tiene ahora, sin cinco, más cabreado que una mona y con más ganas

que nadie de dejar todo esto y ganar parné. A ver si es verdad eso de los cursillos patrióticos y puedo terminar la carrera en dos o tres golpes. A éste —y volvió a señalar a su amigo el funcionario— le pasa lo mismo. No creas que para nosotros todo es coser y cantar. ¡Ni hablar! La guerra nos ha hecho polvo a los de nuestra edad, a unos más y a otros menos, pero a todos nos ha buscado la ruina. Claro que a ti te ha tocado lo peor, Federico, pero como no te van a matar ni te van a tener preso mucho tiempo, pronto nos encontraremos por ahí y a lo mejor tienes tú más suerte que yo, que todo puede ser. Mira, el que pega tiros no va a ninguna parte. Los que ganan de verdad son los cuatro de siempre, los que ven los toros desde la barrera... Si no hubiera sido por la guerra, yo estaría ya bien colocado, y éste igual, ¿no es verdad, Félix?

—Con toda seguridad. Y tendría a mi padre —respondió el jefe de servicios—. Porque ahora, ¿quién me devuelve a mi padre y los tres años que se me han ido en la guerra? Nadie —mover la cabeza y repitió—: ¡Nadie!

Tiró al suelo la punta del cigarrillo, la trituro con el tacón de la bota y fue a sentarse después en su sillón de junto a la mesa. Desde allí gritó:

—¡Ordenanza!

Toledano, que debía de estar esperando la llamada, apareció inmediatamente.

—¡A sus órdenes!

Entonces se dirigió a Olivares.

—Cualquier cosa que le ocurra o cualquier problema que tenga, si de mí depende, ya sabe... —y alargó hacia él su mano por encima de la mesa.

Federico se adelantó a estrechársela y le dio las gracias, y luego, acompañado de Antolín, que le despidió en la puerta con un abrazo, salió de la oficina del jefe de servicios bajo custodia de Toledano, que le dijo mientras se dirigían a la cancela:

—Si todos fueran como don Félix, ¿eh? También es simpático el alférez ese. No le importa nada de nada y lo mismo da un cigarro que lo pide.

Con alguna sorpresa por parte de los reclusos, tan sensibles a cualquier mínima alteración en la mecánica de la cárcel, se repartió el rancho nocturno con más celeridad de la acostumbrada, si bien nadie supo a qué atribuirlo porque, después de la experiencia del uno de mayo, no se concedía ya mucho crédito a los persistentes rumores de un posible asalto a la cárcel por parte de los falangistas. Por la tarde, como era ya de rutina, se cruzaron las expediciones de los que iban a consejo de guerra y de los que volvían de él, sin que se advirtiese ningún sospechoso cambio en el porcentaje de Pepas. Lo que había constituido la nota más sobresaliente de la jornada, aparte de los habituales debates entre los comunistas por un lado, y el grupo de los no comunistas por otro, en torno a la guerra y a su final, fue el ingreso de dos individuos acusados de haber desvalijado, tres o cuatro días antes, una joyería en la calle de la Montera. Eran dos tipos jóvenes que se dedicaron inmediatamente a

exhibir por toda la prisión sus detonantes pijamas de seda amarilla y que, a la hora del rancho a mediodía, dieron el espectáculo de un verdadero festín con la succulenta comida que les pasaron de la calle. No faltó quien, impelido por la curiosidad, tratase de establecer una relación amistosa con ellos. Sin embargo, el que de los dos parecía llevar la voz cantante se apresuró a establecer las debidas diferencias.

—Ni mi consorte —y señaló a su cómplice— ni yo somos políticos —sonreía despectivamente, añadiendo, con énfasis—: Nosotros somos profesionales y no estaremos mucho tiempo aquí, porque nuestras parientas saben muy bien lo que tienen que hacer.

El grupo de Molina, debido a la renovación constante del personal, había avanzado en dirección a la pared, y ocupaba ya cuatro puestos en la línea central de la sala.

—De manera que ya lo sabes, José Manuel —decía Olivares mientras Agustín recogía los platos—. Tu asunto, como no podía menos de suceder, ha pasado a manos de la embajada de Cuba. Por lo tanto, lo más probable es que, sin tardar muchos días te pongan en la puñetera calle.

El aludido sonrió tímidamente.

—Bueno, eso es lo que pretendía Enriqueta. Lo que pasaba al principio es que había una confusión tremenda en la embajada. Como no hay embajador, sino encargado de negocios, y deben de andar muy enredadas las relaciones diplomáticas entre el gobierno de Cuba y el de Burgos, nadie se atrevía a tomar una determinación en mi caso ni en el de otros cubanos que se encuentran también en una situación comprometida. Pero por lo que te ha dicho tu hermana, se ve que han recibido instrucciones de allá últimamente. Enriqueta ya no lo dejará y...

—Si te he visto no me acuerdo, ¿eh? —bromeó Agustín, que ya se disponía a ir a fregar los platos.

José Manuel levanto la vista hasta él, meneó la cabeza y tras una pausa en que se le vio palidecer súbitamente, dijo:

—Os prometo una cosa, y es que, si me ponen en libertad y logro llegar a Cuba, intentaré por todos los medios dar a conocer vuestra situación y la de todos los que se quedan en la cárcel. No faltarán periódicos donde yo pueda hacer una campaña en vuestro favor. Si los demás callan, yo no me callaré. ¡Os lo juro por Dios!

Le brillaban como nunca sus grandes ojos oscuros y le temblaban de emoción los labios y las manos. Agustín, para calmarle, le dio suavemente con la punta del pie.

—Pero si era sólo una broma, hombre...

—Anda, anda, vete a lavar los platos y déjate de bromas, Agustín —de dijo Molina.

Agustín se encogió de hombros.

—Está bien, pero que conste que ha sido una broma, ¿eh? —y se fue un poco

malhumorado, cruzándose en la puerta con Gaspar, el cual venía sacudiendo en el aire su plato recién fregado.

Cuando desapareció Agustín, Olivares ofreció tabaco a sus amigos. José Manuel lo rehusó.

—Pero ¿es que no piensas fumar nunca más?

—Por ahora, no, Federico.

—Bien, bien...

Se les acercó Gaspar y les habló en tono confidencial:

—Oigan, esta noche tendremos sesión arriba. Me han avisado mientras fregaba el plato.

—¿Sesión de qué? —preguntó José Manuel.

—De espiritismo, hombre —le respondió Olivares—. ¿Es que no sabías que Gaspar pasa por doctor en ciencias psíquicas?

—¿Qué, qué dicen? —pero Molina hizo un vago gesto para indicarle que no se preocupara y Gaspar continuó—: Es que me gustaría que asistiese alguno de ustedes, Federico, para evitar que los gazaparullos incordien al médium preguntándole bobadas: que si los van a juzgar pronto, que si va a salir el decreto de amnistía, que cómo está su asunto... Como si los espíritus se dedicaran ahora a andar por los juzgados militares... Con esos cotilleos lo único que se consigue es que los espíritus se enfaden y se nieguen a hablar o, como pasó el último día, que un chungón, que también hay guasones entre los espíritus, nos soltase un discurso en inglés...

—¿En inglés? —le interrumpió José Manuel, quien tenía que hacer un gran esfuerzo para no romper a reír a carcajadas.

Pero Gaspar siguió, impasible, con su historia, relucientes los labios de saliva y alargando cada vez más su escuálido cuello:

—Y soltando cuchufletas... Yo, con este oído y en inglés... No me enteré de nada. Y el compañero Nogales, el médium, un médium fenomenal, pasó un mal rato el pobre. Sudaba como si estuviese en un horno, se retorció y daba golpes con la cabeza en el suelo y, como chillaba tanto, tuvimos que echarle una manta sobre la cara... Estuvimos a punto de asfixiarle. Una pena, aquello fue una pena...

Don Alberto, que se había acercado a la husma de noticias, preguntó con voz gangosa mientras mordía su pipa:

—¡Qué pena, qué pena! ¿Es que han juzgado a Gaspar?

Gaspar estiró su cuello de grulla hacia don Alberto y se lo quedó mirando fijamente:

—¿Qué?

—No, no le han juzgado —intervino Olivares.

—Ah, entonces es un bulo, ¿no? —y, bajando mucho la voz, lo que obligó a Gaspar a llevarse inútilmente las manos a las orejas, siguió hablando don Alberto—:

Pues Zaldúa, Planas y otros estaban hace poco discutiendo sobre la alianza de los rusos con los franceses y los ingleses para acabar con el fascismo en Europa. Y un joven, que me parece que ha sido comandante...

—¡Oído! ¡En pie!

Era la voz atropellada de Planas. Los hombres, molestos por aquella inesperada interrupción de la sobremesa, se hicieron los desentendidos, pero la súbita aparición de *Von Papen* y de otro funcionario a quien apodaban *Popeye* por su parecido con el popular marino de las películas de dibujos, los puso en pie automáticamente y en silencio. *Von Papen*, llevando un papel en la mano, fue hasta el centro de la sala mientras que su compañero se situaba junto a la puerta. Por el pasillo, más funcionarios, taconeando apresuradamente, se dirigían a otros puntos, gritando:

—¡Cada cual a su sala!

Los rezagados, entre ellos Agustín, aparecieron corriendo y pasaron a ocupar sus sitios. Se oyeron algunas toses. La prisión, hasta entonces resonante como una inmensa caracola, quedó pronto en silencio, tras de callar los rumores de sala en sala como luces que se fuesen apagando. Cesaron hasta los ruidos de los rancheros en el patio. Por los ventanales sólo penetraba la noche de mayo, tímida, expectante y como atemorizada.

—¿Se habrán fugado los dos «choris» que han ingresado esta mañana?

La pregunta se le escapó a alguien en un levísimo susurro que, sin embargo se oyó claramente, como un indiscreto ruido intestinal. Muchas cabezas se volvieron hacia el punto donde sonó, entre ellas la de *Von Papen*, que carraspeó pero no dijo nada.

Los reclusos barruntaban una inminente y desconocida amenaza en el aspecto y en la actitud de los guardianes. Los dos se mantenían callados, atentos, vigilantes, como al acecho de una señal o de un peligro. *Popeye* giraba de cuando en cuando la cabeza en ambas direcciones del pasillo y *Von Papen* recorría sin cesar con la vista el círculo de rostros en los que se traslucían la ansiedad y el miedo. La situación se fue atirantando agotadoramente durante unos minutos interminables, hasta que, a una leve indicación de *Popeye* con la cabeza, convenida sin duda con *Von Papen*, éste dijo en voz alta.

—Los que nombre ahora, que se preparen rápidamente para marchar.

A continuación se encaró con el papel y leyó doce nombres, los doce correspondientes a inquilinos de la sala sobre los que pendía petición de pena de muerte por parte del fiscal. Terminada la lista, uno de los requeridos, un hombre recio, de pelo canoso cortado a cepillo, siempre taciturno y huraño, preguntó a *Von Papen*:

—¿Con todo?

El funcionario pareció titubear ante la dura mirada inquisitiva de aquel hombre

intensamente pálido:

—Cojan la manta —contestó al fin, desviando sus ojos de él.

Aquél, sin embargo, insistió:

—¿También la comida?

—Sí, sí, pueden llevarse también la comida —volvió a contestar *Von Papen* sin mirarle y añadiendo—: Y dense prisa en salir al pasillo.

Sólo se movían y hacían ruido atolondradamente los elegidos, que cuchicheaban entre sí. En el tenso silencio pudieron oírse algunas de sus palabras:

—Se ha acabado la historia, compañeros.

—¿Es que van a picarnos?

—Lo que no creo es que nos lleven a una fiesta.

—A la mierda entonces.

Los demás, que parecían clavados en el suelo, cruzaban entre sí miradas de zozobra, de angustia y miedo. Mientras, otros funcionarios asomaron a la puerta de la sala.

Abriéndose paso entre sus compañeros inmovilizados de estupor, los doce hombres de la lista fueron saliendo al pasillo, no sin antes despedirse de los que quedaban.

—¡Salud!

El que interpelara a *Von Papen*, exclamó, bien fuerte:

—¡Hasta el valle de Josafat, compañeros.

Entonces habló *Von Papen*:

—No tienen nada que temer. Van trasladados a la prisión provincial.

Los funcionarios rodearon en seguida al grupo y así, en pelotón, prescindiendo del acostumbrado orden de las dos filas, marcharon todos en dirección al rastrillo. Apenas sonó éste al cerrarse de nuevo, los de la sala recobraron el movimiento y la palabra. Se deshizo la formación y empezaron a preguntarse unos a otros sobre el destino de los que acababan de desaparecer.

—Dice *Von Papen* que van a la provincial y la provincial es la prisión de Porlier. ¿A qué van a Porlier?

—Eso quisiera saber yo, ¿a qué?

Molina y Olivares se miraron intensamente, pero antes de poder decir nada hubieron de hacer frente a las preguntas de José Manuel, que no ocultaba su angustia:

—¿Qué, qué os parece esto?

Molina trató de sonreír.

—Hombre, ya lo has oído. Se trata de un traslado.

—¿Piensas tú lo mismo, Olivares?

—¿Y qué otra cosa quieres que piense?

—Entonces, ¿por qué *Von Papen* no les dijo desde el primer momento que

cogieran todo lo suyo?

Federico se encogió de hombros.

—Ya sabes qué clase de bicho es el *Von Papen* y cómo le gusta hacer sufrir a los presos. A lo mejor, lo que buscaba con ello era dejarnos hechos polvo a nosotros toda la noche.

La sala, entre tanto, había sido invadida por grupos de reclusos procedentes de todos los departamentos de la prisión, que llegaban con la boca llena de preguntas sobre lo mismo. José Manuel, a quien no satisficieron las respuestas de sus amigos, se mezcló entre los diversos grupos a la caza de una información más convincente. Molina dijo entonces:

—Me da mala espina, ¿eh, Federico?

—A mí, malísima. Creo que ha comenzado lo que tanto temíamos.

Entre los invasores de la sala se había deslizado también Toledano, que se llegó a Molina y le sopló al oído unas palabras. Luego, se escabulló entre los grupos que discutían cada vez más acaloradamente, eludiendo preguntas y tirones de mangas.

—¿Qué te ha dicho?

Molina tenía cerrados los ojos. Los abrió de nuevo y después de mirar fijamente a su amigo contestó:

—Los concentran en Porlier para que pasen todos juntos la noche en capilla.

Olivares palideció.

—Quiere decir que al amanecer...

Molina hizo un leve gesto afirmativo y añadió:

—No lo comprendo.

Olivares miró alrededor y vio que hacían esfuerzos por acercárseles Gaspar y don Alberto.

—Gaspar y don Alberto vienen hacia acá —murmuró.

—Pues no hay que decirles nada. Más vale que pasen la noche tranquilos. Ya se enterarán mañana.

—De acuerdo.

Tras un último empujón, aparecieron los aludidos, cogidos del brazo. Fue don Alberto el primero en hablar:

—¿Es cierto que se los llevan para fusilarlos?

—¿Y quién ha dicho eso? —preguntó, a su vez, Molina, fingiendo despreocupación—. Eso sí que es un bulo, don Alberto.

—Es lo que dicen todos.

—Pues por eso es un bulo, ¿no lo comprende?

Don Alberto no supo qué replicar. Mordió la pipa y sonrió, muy aliviado. Entonces intervino Gaspar, dirigiéndose a Olivares.

—Han tenido que suspender la sesión, claro. Y es una lástima porque hubiéramos

podido salir de dudas.

—¿Ah, sí?

Pero alguien había empezado a cantar el chotis de la Pepa y su sonsonete prendía rápidamente entre los demás. Olivares y Molina, sorprendidos al pronto, no tardaron en unir sus voces al creciente clamor. Gaspar estiró el cuello y se adhirió también con sus berreos al coro general mientras don Alberto lo tarareaba sin quitarse la pipa de la boca y lo subrayaba con acompasados movimientos de cabeza.

*Pepa,
¿dónde vas con tantísimo tío?
Pepa,
que te vas a meter en un lío.
Y es la Pepa una gachí
que está de moda en Madrid
y que tié predilección por los rojillos...*

El canto se desparramó por salas y pasillos como una ola sonora que fue creciendo, hinchándose y encrespándose, reventando en las paredes y vertiéndose al exterior por balcones y ventanas. Estallaba atronadoramente en el silencio de la noche y estremecía la vieja arquitectura de la prisión. Era un grito multitudinario de reto y protesta, extraña y absurdamente sometido al compás de una canción verbenera, por lo que quizá se hacía irresistible, convirtiéndose en la respuesta burlona y desenfadada al miedo medular y a la desesperante impotencia que irritaba a los reclusos. Tuvo que sonar insistentemente la aguda trompeta tocando a silencio para que los cantores empezaran a bajar el tono y pudieran oír luego las apremiantes y rabiosas órdenes de los pálidos y aturdidos guardianes, que corrían de sala en sala gritando:

—¡Silencio! ¡Silencio!

A sus gritos se unieron los de los jefes de sala y el vocerío se quebró bruscamente, en seco, como si hubiesen enmudecido a la vez todos los hombres. Sucedió un profundo silencio, igualmente estremecedor.

—¡Cada uno a su sala! ¡Cada uno a su sala! —ordenaron entonces los guardianes, crispando sus manos sobre las culatas de sus pistolas.

Lo presos, sin darse cuenta muchos de ellos de lo sucedido, obedecieron dócilmente y pronto quedó restablecido el orden.

Se formaron colas en los retretes, comenzó la difícil tarea de tender las mantas en el suelo y de distribuir los puestos para dormir, se nombraron las imaginarias, y el miedo, ahuyentado poco antes por el ruido y las voces, tornó a apoderarse del

corazón de aquellos hombres, como vuelve la oscuridad cuando se apaga la luz.

Zaldúa, cercano a Olivares, susurró a éste:

—Nos han puesto contra la pared, pero no por mucho tiempo. Ya lo verás. Se esperan grandes acontecimientos en Europa.

—Ojalá —dijo Olivares por todo comentario, y siguió haciendo su cama.

—Por una noche al menos dormiremos más anchos— bromeó alguien.

Martínez Vega, desde el otro extremo de la sala, dejó oír su voz.

—¡Cállate!

VIII

... roídos por las escarchas,
por el hambre y por el hierro...

«Mi querido hermano: El viaje ha sido una verdadera aventura, tanto a la ida como a la vuelta. Fui en un tren con soldados por todas partes: en los pasillos, en los retretes, en las redes para equipajes, debajo de los asientos... Volvían a sus casas con permiso o licenciados, sucios, malolientes, hartos de guerra; bebiendo, fumando, cantando o roncando todo el tiempo. ¡Tardamos treinta horas en llegar a Vitoria! Imagínate. Pero conmigo se portaron estupendamente. No sabían qué hacer para agradarme. ¡Como que era yo la única muchacha que viajaba con ellos! Los pobres me hablaban de sus madres, de sus novias, de lo que pensaban hacer, de las fiestas de sus pueblos, de su capitán, de su sargento, de su cabo... Y vuelta a repetir lo mismo. También me hacían preguntas acerca de mí y del objeto de mi viaje. Al principio les mentí diciéndoles que iba a reunirme con mi familia, después de casi tres años de separación, porque la guerra me había pillado en Madrid mientras preparaba unas oposiciones. Entonces quisieron saber cómo se vivía en zona roja, si era verdad que los rusos se habían apoderado de todo, si a los rojos españoles los llevaban al combate los comisarios poniéndoles la pistola en la nuca, si se repartían las mujeres, si se obligaba a adorar a san Lenin, si se fusilaba en las calles, si habían convertido las iglesias y los conventos en cabarets... Bueno, salieron a relucir todas esas historias que yo me conocía tan bien por haberlas oído y leído tantas veces. Yo no sabía qué contestarles, ésa es la verdad, y procuraba hacerles comprender con mucho cuidado que gran parte de lo que se decía de los rojos eran exageraciones de la propaganda, y ellos lo aceptaron porque, y no ocultaban su decepción al confesarlo, no habían visto rusos por ningún lado, ni en Madrid ni en ninguna otra ciudad de la zona roja por donde pasaron. Que sí, que muchas iglesias servían de cocheras y depósitos de intendencia, que se había encarcelado y matado a partidarios de los nacionales, lo mismo que en la zona nacional se había hecho con los partidarios de los rojos, que se había pasado hambre y necesidad, que seguramente habría habido extranjeros como los había entre los nacionales, pero que la culpa de todo la tenía la maldita guerra, que si ellos habían ganado era porque tuvieron mejores mandos y más disciplina... Me parecieron tan buenos chicos que les conté, al fin, la verdad, o sea, que tenía un hermano preso en Madrid, condenado a muerte, y que el propósito de mi viaje era movilizar a nuestra familia de Vitoria para trabajar por tu indulto. A partir de ese momento, los soldados extremaron sus atenciones conmigo. Me dieron de comer y beber y bebieron a tu salud y me desearon mucha suerte en mis gestiones. ¡Qué cosas! Hasta me hicieron llorar de emoción cuando me despedí de ellos. En cambio, los abuelos... los tíos y las tías... Para ellos tú eres una especie de demonio, o de loco, o de malvado. Para ellos,

un comisario rojo es peor que un sacamantecas. No conciben que alguien de su sangre haya podido serlo. Yo creo que hasta llegan a pensar o a imaginar que un comisario rojo tiene rabo. Me recibieron muy fríamente y, cuando les expuse tu situación y a lo que iba, el abuelo se levantó y se fue, y los tíos y las tías se quedaron callados como muertos. Así estuvimos un largo rato, hasta que reapareció el abuelo, quien me dijo: *No nos queda más recurso que rezar por tu desgraciado hermano* — no dijo por mi nieto, como si tú ya no fueras nieto suyo—. *No podemos hacer otra cosa*. Entonces la abuela se atrevió a proponer que consultáramos el caso con don Faustino, el canónigo, que tiene tan buenas relaciones en el Ministerio de justicia. El abuelo accedió a regañadientes y se acordó que fuera yo al día siguiente por la mañana a hablar con don Faustino. Después, iniciaron el rezo del rosario. Si te he de decir la verdad, yo estaba tan desconsolada, tan triste y, a la vez, tan irritada contra todos ellos, que no quise tomar parte en semejante velatorio, porque era como si ya estuvieras muerto y rezasen por tu eterno descanso. ¡Qué escena, Dios mío! Era ya de noche. Nos hallábamos en el saloncito de visitas, a la luz de las lamparillas de aceite del pequeño trono del Sagrado Corazón colocado sobre el piano, que tú conoces, sentados en las viejas butacas de gutapercha, en torno a la mesita de centro sobre la que estaba el crucifijo de marfil, adornado con la boina del requeté colgada en los brazos de la cruz, por la parte posterior, de forma que la figura de Jesús aparecía como sobre una mancha roja, de sangre. Ya sabes que yo conservo la fe, que soy creyente, pero te aseguro que en aquel momento me sentía avergonzada y hubiera armado una gorda de no estar por lo que allí estaba. Tal era mi cansancio, por otra parte, que no tenía fuerzas ni para llorar, y me quedé dormida. Me dijeron después las tías que habían rezado los quince misterios y el oficio parvo, que no me preocupara, que todo saldría bien y que ya conocía a los abuelos, tan piadosos, pero tan chapados a la antigua; que don Faustino tenía mucha influencia y que harían lo que él dijese. Estaba deseando acostarme para poder llorar a mis anchas. ¡Qué noche, Federico, dando vueltas y más vueltas en la cama, tramando mil cosas, todas disparatadas, absurdas, y sin saber qué decisión tomar! Me quedé dormida muy tarde, empapada en sudor, y me desperté asustada, porque al pronto me pareció que alguien me abofeteaba. Era tía Camila que me sacudía y me decía: *Vamos, vamos, que tenemos que ir a misa y se está haciendo tarde*. Me costó trabajo darme cuenta de la realidad. Me levanté, me lavé y me arreglé, completamente atontada. Era aún muy temprano y yo me caía de sueño. El olor de la iglesia, el silencio y el vacío del estómago me enervaron de tal manera que me quedé otra vez dormida de rodillas, sobre el respaldo del banco anterior, con la cara entre las manos. Y otra vez tuvo que despertarme tía Camila: *Hija, te duermes en cualquier postura. Anda, despabila. Don Faustino te espera en el confesonario*. No sé qué me entró, que me despabilé del todo, como si me hubieran echado un cubo de agua fría por la cabeza. Lo primero que me preguntó

don Faustino fue si quería confesarme. Le dije que no y entonces me pidió, con voz muy amable, que le expusiera el asunto. Se lo conté todo desde el principio y hasta le repetí por tres veces el número de tu sumario. Le hice ver el peligro que corres y le supliqué que hiciera por ti todo lo que estuviese de su mano, porque tú puedes tener tus ideas, estar equivocado o no, eso sólo Dios lo sabe, pero has obrado siempre de buena fe, honradamente, que eres incapaz de hacer mal a nadie a sabiendas, que él ya te conoce y sabe la educación que has recibido... En fin, puedes suponerte todo lo que le dije. Cuando terminé de hablar, esperé a que empezase él a hablarme. Pero permaneció callado y por eso le pregunté:

—¿Me ha entendido usted, don Faustino?

—¡Dios mío, lo que tuve que oír! Muy enfadado, me habló de los curas, monjas y frailes asesinados en la zona roja; de las iglesias y conventos convertidos en cuadras y lupanares; del espíritu satánico de los rojos, enemigos de la Iglesia y de Dios, anticristos; de los innumerables crímenes cometidos por ellos; de la venta de España a Rusia; de las destrucciones, incendios y demás monstruosidades de comunistas, anarquistas y separatistas, tales como los bombardeos del Pilar de Zaragoza y de Guernica; de cómo los comisarios son los responsables de que la guerra haya durado tantos meses y de cómo todo ello había provocado la cólera exterminadora del Señor... ¡Tuve que tragarme toda la retahíla. Federico! Aguanté y aguanté mordiéndome los labios para no gritar y armar un escándalo. Me hubiera gustado entonces verle la cara y que él viese la mía. Pero hube de resignarme a oír su voz solamente; su voz, que silbaba y me hacía daño en el oído. Que Dios me perdone, pero me pareció estar oyendo la del odio, la de la venganza, la de la soberbia y la de la crueldad en vez de la voz de la misericordia, del perdón y de la caridad. ¿Puede hablar así un sacerdote de Jesucristo, Federico? Al final, don Faustino se refirió a ti:

—Aunque tu hermano no haya tomado parte en esas fechorías, no olvides que ha sido comisario político y, por lo tanto, cómplice de los criminales. Su responsabilidad, como ves, es muy grande, hija mía. Pero está en buenas manos y hemos de confiar en que la justicia sea piadosa con él.

Y se calló. Esperé y, al convencerme por su silencio, de que ya me había dicho todo lo que tenía que decirme, le pregunté:

—¿Nada más?

—¿Y qué más podemos hacer? La justicia tiene sus normas, sus trámites... No es aconsejable intervenir en sus decisiones. Ahora hay que esperar —me contestó.

Yo ya no pude contenerme más:

—¡Pues que Dios le perdone, don Faustino!

Me levanté y me fui mientras le oía rebullirse y resoplar.

La misa había terminado. Al salir de la iglesia, tía Camila quiso saber lo que había obtenido del canónigo. Yo le contesté que nada y que el tal don Faustino me

parecía más un vengador que un sacerdote evangélico, un hombre lleno de ira, un hombre sin sentimientos humanos. ¡Para qué lo dije! Creí que iba a darle un ataque de locura a la pobre tía Camila. Me clavó las uñas en el antebrazo y, como si ladrara, me gritó al oído:

—¡Desgraciada! Tú también tienes el demonio en el cuerpo. ¡Estás en pecado mortal! ¡Cabeza de chorlito! ¡Descarada! ¡Chapucera!

Y cosas por el estilo.

Yo iba volada, porque la gente nos miraba al pasar y hacía comentarios. Por eso no quise replicarle y soporté en silencio el chaparrón. Tía Camila acabó su filípica haciéndome prometerle que emplearía otras expresiones delante de la familia, cuando preguntasen por el resultado de mi conversación con don Faustino, y siguió refunfuñando hasta llegar a casa:

Que no se te ocurra otra vez hablar así de un ministro del Señor, chiquilla. Don Faustino es un hombre lleno de sabiduría y un santo varón.

Me hubiera echado a reír de buena gana, pero estaba demasiado indignada para ello y, además, comprendí que sería inútil todo intento de explicación, porque ella sí que tiene una cabeza de chorlito. Así que permanecí callada todo el tiempo. La familia nos esperaba en el saloncito, todos muy solemnes, muy tiesos, como formando un tribunal. Dejaron que me desayunase y después me hicieron comparecer ante ellos. El abuelo llevó la voz cantante, como siempre.

—Bueno, vamos a ver qué te ha dicho y aconsejado don Faustino —me preguntó.

—Nada —contesté.

—¿Cómo nada, chiquita? ¿Qué dices?

—Lo que oyes, abuelo: ¡Nada!

—Pero ¿no le has contado tú...?

—Sí.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Y dices que no te ha dicho nada?

—Sí, que sobre mi hermano pesa una gravísima responsabilidad, que hay que dejar que la justicia siga adelante y que lo único que podemos hacer es esperar. Es como si no me hubiese dicho nada.

El abuelo movió la cabeza aprobatoriamente y los demás le imitaron y suspiraron en señal de alivio.

—Don Faustino es un hombre discreto —dijo el abuelo.

—Don Faustino es un hombre sin corazón o algo mucho peor todavía —dije yo—. Además, no me importa lo que piense o diga ese señor.

—¡Chiquita! —me gritó agudamente tía Camila.

El abuelo se puso pálido.

—¡Has insultado a un sacerdote, desdichada! ¿No sabes que insultar a un sacerdote es casi una blasfemia? Ahora mismo vas a confesar delante de todos que te has equivocado, que no quisiste decir lo que has dicho.

No sé lo que me pasó. Me entró como una furia que no pude dominar. Me levanté y les eché en cara su mal comportamiento. Los puse verdes.

—Es muy bonito y muy cómodo eso de dejar pasar las cosas y luego decir que Dios así lo ha querido. Estarse quietecitos en casa, no molestar a nadie, no pedir, no suplicar... Que lo arregle Dios, ¿no? ¿Es que no se os conmueve el alma al pensar que pueden matar a un inocente por falta de un poco de ayuda, y que ese inocente es de vuestra misma sangre? ¿Es que no tenéis alma ni corazón, ni conciencia ni nada? Unos egoístas, eso es lo que sois. No basta rogar a Dios. Hay que dar con el mazo al mismo tiempo.

Me miraban todos atónitos. Debí de parecerles una loca. Salí dando un portazo. En ese momento, cuando no sabía qué hacer ni por dónde tirar, me acordé del padre Bernardino, el carmelita. Había sido confesor mío, cuando niña, y creo que tuyo también. ¿No te acuerdas de aquel fraile gordo y bondadoso que, cuando murió papá, consiguió una plaza gratuita para mí en el colegio de las Carmelitas? Pues ése. No lo dudé siquiera. Tal como estaba me fui corriendo a verle. Tuve que esperar porque el padre Bernardino había salido del convento a no sé qué. Pero al fin llegó y me reconoció en el acto, y algo muy alarmante debió de advertir en mí porque me dio unos cachetes en la mejilla, me cogió del brazo cariñosamente y me hizo tomar asiento mientras decía:

—Cálmate, cálmate, chiquita. Y luego dime qué es lo que te ocurre, y dímelo sin miedo, como cuando eras pequeña.

Era el hombre bueno de siempre. Me conmovió y rompí a llorar.

—Chiquita, chiquita... —repetía suavemente.

Cuando me calmé un poco, volví a contar toda la historia, añadiéndole el nuevo capítulo de la actitud de la familia y del canónigo. En tanto que yo hablaba, el padre Bernardino no hacía más que mover la cabeza, a veces en sentido afirmativo y otras en sentido negativo. Cuando dejé de hablar, me dijo:

—Tienes razón, chiquita, ese mocete corre un tremendo peligro y hay que hacer algo por él y que, luego, Dios Nuestro Señor decida. Hay que hacer algo e inmediatamente. Pero ¿qué?

Me miró, confuso y angustiado, y después cerró los ojos. Estuvo así un rato. Por fin volvió a mirarme y, ya más animado, murmuró:

—Conozco a alguien muy allegado al Ministro de Justicia... Entonces yo me atreví a decirle:

—No, padre. Es mejor hacer la gestión que sea en Auditoría general, en Burgos. Aquello le desconcertó.

—¿En Burgos?

—Sí, padre, porque el asunto de Federico depende de las autoridades militares.

—Ya —murmuró moviendo pensativamente la cabeza.

Se quedó mudo otra vez, abstraído, hasta que, de pronto, se levantó tirando bruscamente de su cuerpo.

—Espérame, chiquita. Vuelvo en seguida.

Y salió. Pese a su corpachón, a sus grasas y a sus años, el padre Bernardino se mueve con mucha agilidad todavía, con mucha fuerza. Parece un oso. Antes de que pudiera darme cuenta, me encontré sola en el pequeño aposento. Pasó qué sé yo el tiempo, tal vez una hora o más, que fue una eternidad para mí, y reapareció el buen padre Bernardino, decidido y dispuesto.

—Vámonos.

Yo le pregunté que adónde y él me dijo que a Burgos, que ya estaba preparada la furgoneta del convento para llevarnos allí.

—No hay que perder un minuto, chiquita.

Pasamos primero por casa para recoger mis cosas. La familia seguía deliberando, yo creo que rezando, y sólo pude despedirme de tía Camila, quien se quedó de piedra cuando le dije que me marchaba inmediatamente.

—¿Estás loca, criatura? ¿Cómo puedes marcharte sola, sin comer, y así, tan de repente?

—También vine sola, tía. Ahora me acompaña el padre Bernardino. ¿Qué quieres, que me esté rezando y discutiendo mientras tal vez fusilen a Federico? El comer y todo lo demás no tiene ninguna importancia ahora. ¡Que os aproveche!

—¡Mocosa, mocosa! —me gritó tía Camila, asustada, escandalizada.

Pero yo ya corría escalera abajo. La dejé con la palabra en la boca.

El buen fraile se colocó delante, con el hermano conductor, y yo pasé dentro de la camioneta, donde me habían preparado un asiento con un cajón y unas mantas. La camioneta era un verdadero cacharro. Parecía que iba a romperse en cualquier momento. Daba saltos y bandazos, y el motor sonaba como una carraca. A pesar de ello, me dormí nada más salir de Vitoria. Durante el camino me despertaron dos o tres veces los coscorriones que daba mi cabeza contra un travesaño de la carrocería. Así viajamos todo el tiempo y llegamos a Burgos al caer la tarde. Yo me enteré cuando me despabiló el padre Bernardino. Estábamos ante un edificio que debía de ser el de la Auditoría. Me miré un momento en el espejito de mano y me encontré horrible, despeinada, con los ojos hinchados, pero no tuve tiempo más que para darme un poco de saliva en las pestañas. Seguí al padre. De pronto sentí frío y empecé a temblar. Aquéllos no eran los soldados con quienes había hecho amistad en el tren. Eran diferentes. Serios, estirados. Miraban mostrando extrañeza, desconfianza. Pero el padre lo arrollaba todo. Yo andaba detrás de él y oía su agitada y fatigosa respiración.

Preguntó aquí y allá. Subimos escaleras y recorrimos pasillos, y al fin nos detuvimos en una especie de antesala, triste y destartalada. Vuelta a preguntar. Sí, era allí y teníamos que esperar. Frecuentemente pasaban oficiales, con papeles o carpetas bajo el brazo, de un lado para otro. Me miraban y algunos hacían gestos como de asombro y otros hasta se sonreían maliciosamente. A poco apareció un soldado a decirnos que le siguiéramos, y así lo hicimos. Llegamos ante una puerta que nuestro guía entreabrió al tiempo que preguntaba:

—¿Da usía su permiso?

—Que pasen, que pasen —oímos decir dentro.

Mi temblor aumentó. En cambio, el padre Bernardino me pareció más confiado y más seguro que nunca. Nos recibió de pie un militar de cabello gris, muy correcto y ceremonioso, que nos sonrió levemente y que, después de besar la mano del padre Bernardino y de saludarme con una inclinación de cabeza, nos invitó a tomar asiento en dos butacas que había frente a su mesa. Él ocupó su sitio, sonrió de nuevo y empezó a hacer preguntas al padre sobre amigos o conocidos comunes de Vitoria. El fraile sudaba, y, mientras se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo de los llamados de hierbas, grande como una servilleta, contestaba con frases breves. Las preguntas y las respuestas cesaron al fin y siguió una pausa, que cortó el militar diciendo:

—Bien, bien, bien... ¿Y qué le trae por aquí, padre?

Entonces el padre Bernardino propuso que fuera yo quien hablase por estar mejor enterada del asunto que él y, volviéndose hacia mí, añadió:

—Anda, chiquita, dilo sin miedo.

La mirada del militar me azoraba. Era una mirada penetrante y fría.

—Anda, chiquita, anda —y el Padre pretendía animarme con una sonrisa y sus gestos.

Tuve que hacer un esfuerzo terrible para repetir —¿cuántas veces ya?— la misma lección. El militar, creo que debía de ser coronel, me escuchaba atentamente. De cuando en cuando fruncía el entrecejo o aguzaba la mirada. Me dejó hablar sin interrumpirme. Anotó cuidadosamente el número de tu sumario y esperó a que yo terminase. Luego me preguntó:

—No quiero asustarla, señorita, pero ¿sabe usted que los comisarios políticos eran el alma del ejército rojo, los hombres de confianza de su gobierno y, por consiguiente, los causantes de que la guerra haya durado tanto tiempo?

Me vi perdida, pero en vez de acobardarme por ello, me envalentoné sacando fuerzas de no sé dónde, pues estaba lo que se dice agotada. Me dolía todo el cuerpo de la cabeza a los pies. No era un dolor fijo, sino calambres dolorosos que corrían a lo largo de mi espalda, de mi vientre, de mis piernas... Ahora creo que lo que me sostenía era mi propia desesperación. De pronto empecé a hablar y mis palabras me

sonaban como si fueran de otro, como si las dijera alguien detrás de mí.

—Pero mi hermano no ha robado ni matado, ni denunciado, ni perseguido a nadie...

—Sí, pero...

No le dejé seguir.

—Entonces, ¿por qué decían ustedes que el que no hubiese robado ni matado no tenía nada que temer? Ustedes tienen que cumplir su palabra también y, si no, no haberla dado.

—Olvida usted, señorita, que...

—Ustedes son católicos, ¿no? Pues parece que lo olvidan.

Yo creo que grité demasiado porque el militar miró al padre Bernardino como pidiéndole que me hiciera callar. Pero yo insistí:

—Mi hermano es un caballero, un hombre decente y ustedes lo quieren fusilar. ¿Es eso cristiano? ¿Es eso patriótico?

Se me rompieron los nervios y me eché a llorar, yo creo que histéricamente. Sentí que el padre me cogía de la mano y me decía que estaba muy nerviosa, que lo mejor sería que saliese un momento afuera mientras él hablaba con aquel señor. Me dejé llevar por él a la antesala.

—Calma, chiquita, calma. Tranquilízate. Ya verás como yo arreglo esto. Es que a los militares no se les puede hablar así ni aun siendo mujer.

Me quedé sola y como vacía... con una angustia que me apretaba fuertemente el estómago: seguí oyendo, como un rumor lejano, las voces del fraile y del militar, hasta que sentí otra voz cerca, a mi lado, que me preguntaba:

—¿Qué le ocurre, señorita?

Me pareció uno de aquellos oficiales que pasaban por allí llevando y trayendo papelotes. Estaba junto a mí y me miraba sonriendo, y se me ocurrió pensar que tal vez fuera un moscón, un impertinente, y volví la mirada para otro sitio. Pero él no se dio por vencido.

—Por Dios, señorita. No se trata de una broma ni de una galantería. No es usted la única mujer que he visto en esta misma sala llorando.

Entonces levanté la cabeza y le miré a los ojos. No sé por qué me pareció que hablaba en serio. Sus ojos me inspiraron confianza y me decidieron a explicarle en pocas palabras el asunto. Él me escuchó muy atentamente y, por todo preguntar, me pidió que le dijese el número de tu sumario. Se lo dije, tomó nota de él y luego me advirtió:

—No se mueva de aquí. Vuelvo en seguida.

Me quedé un poco más calmada, aunque la verdad, sin muchas ilusiones. El fraile y el militar continuaban hablando. Oía el rumor apagado de sus voces, pero no podía entender lo que decían, centré mi atención en los jóvenes oficiales que pasaban por

allí, esperando volver a ver el que me había abordado. Todos se le asemejaban al pronto. Cada vez que aparecía uno de ellos, me daba un vuelco el corazón, y eso sucedió con varios, hasta que, desengañada por tantas decepciones, pensé que todo había sido como una alucinación, con lo que se volvió a apoderar de mí el pesimismo. En eso estaba cuando se abrió la puerta del despacho y aparecieron el coronel y el fraile. El padre Bernardino se limpiaba el sudor de la frente con su gran pañuelo de hierbas y parecía muy contento. Vinieron los dos donde yo estaba y el coronel me dijo, fría y cortésmente:

—No puedo ocultarle, señorita, que la situación de su hermano es muy comprometida, por tratarse de un comisario político; pero, teniendo en cuenta sus antecedentes familiares, que me ha hecho conocer el padre Bernardino, será tratado con toda la benevolencia posible. Confíe en Dios y en la magnanimidad del Caudillo. Es todo lo que puedo decirle por ahora.

Volvió a besar la mano al padre Bernardino, inclinó la cabeza al estrechar la mía y se retiró alegando el mucho trabajo inaplazable que tenía que despachar urgentemente. Al quedarnos solos, el padre Bernardino, me dijo, bajando mucho la voz:

—Es todo un caballero, hija mía, y ha estado muy atento y ha tomado nota de todo lo que le he dicho. Me ha dado su palabra de honor de que ayudará a Federico todo lo que pueda. Y puede mucho. Lo que no haga él por tu hermano, ninguna otra persona podría hacerlo. Así que...

Íbamos ya a abandonar la antesala, pero en ese momento oí que me llamaban por mi nombre. Me volví. Era el teniente, mi teniente, quien rápidamente me dijo:

—He leído los «resultandos» de la sentencia de su hermano y he visto que no encierran ningún peligro serio. Entrará en la primera firma de indultos.

El padre me miraba sin comprender y yo debí de hacer algún gesto de incredulidad o de asombro, porque el teniente añadió con vehemencia:

—Puede creerme y marcharse tranquila. ¡Palabra de honor!

Creí ver sinceridad en sus ojos, Federico. ¿Por qué habría de engañarme? Me dijo después que, no obstante, sería muy conveniente unir a tu expediente un aval, algún papel en que se hablara a tu favor, y le di el certificado de Matilde.

—Es suficiente —me dijo, después de leerlo.

Entonces yo le pregunté cómo se llamaba, pero él movió la cabeza y se excusó así:

—¿Y qué importa mi nombre ahora?

Sigo creyendo en su buena fe. Ni siquiera sabe mi nombre de pila ni mi dirección en Madrid, porque no me lo preguntó ni ha hecho posteriormente nada por averiguarlo. No he vuelto a saber de él. He telefoneado a Matilde por si había recibido alguna noticia del teniente, pero su respuesta ha sido negativa. Matilde

piensa que el teniente no tiene ningún interés en engañarme ni ha pretendido en ningún momento jugar ni presumir conmigo; que seguramente está muy acostumbrado a estas cosas; que lo más probable es que se compadeciera de mí y que, al comprobar después que la acusación que hay contra ti no es tan grave como para que te fusilen, haya sentido el deseo de intervenir para que se resuelva tu indulto lo antes posible; que con toda seguridad, no es la primera vez que ese joven actúa de esta manera; que así como existen personas que gozan haciendo sufrir al prójimo, las hay también que proceden de manera absolutamente contraria. En efecto, estoy convencida de que hay buenos y malos en todas partes. Fue una suerte que entre todos aquellos oficiales que me vieron llorar y no sintieron ninguna compasión por mí o que, si la sintieron, no se atrevieron a manifestarla, hubiera uno al menos capaz de conmoverse y dejarse llevar por sus buenos sentimientos. Sí, ésa fue nuestra suerte. Pero fíjate cómo son las cosas, Federico. Sólo me ha quedado en la memoria la expresión de sus ojos. Por más esfuerzos que haga ahora no logro recordar cómo es: si rubio o moreno, alto o bajo, gordo o delgado, feo o guapo. Nada. Si pasase a mi lado por la calle, no lo reconocería, ya ves tú. Bueno, me he adelantado un poco. A todo esto, el padre Bernardino no acababa de entender lo que estaba pasando. El teniente no le había dirigido la palabra y yo creo que ni siquiera le miró, como si no existiese. Por eso, cuando desapareció el joven por uno de aquellos pasillos, me preguntó, un poco molesto:

—Pero ¿qué significa esto, chiquita? ¿Quién es ese joven y qué es lo que quiere? —y después de que se lo hube explicado, dijo, moviendo pensativamente la cabeza —: Ya, ya... Puede que sea un camuflado, quién sabe si masón... Estamos minados...

Anduvo absorto hasta que pisamos la calle. Entonces murmuró, volviendo hacia mí bondadosamente su mirada.

—Pero lo importante ahora es que se salve el pobre mocete. Hágase el milagro aunque lo haga el diablo, ¿no te parece? —Yo asentí a sus palabras con un gesto y él sonrió y siguió hablando—: Creo que el coronel cumplirá su palabra, pero no hay que olvidar que los hombres que ocupan un cargo de tanta importancia como el suyo, se ven tan asediados y tan comprometidos que no pueden siempre obrar como quisieran. En cambio, un tenientillo, un simple tenientillo... ¿me entiendes? Nadie se fija en él y, zas, aprovecha cualquier descuido para meter un papel entre los muchos de los que se firman en barbecho, tanto para bien como para mal, porque los que los firman no tienen tiempo para leerlos y han de confiar en sus subordinados. Así que ha sido una gran suerte que ese muchacho se fijase en ti. Los caminos del Señor son inescrutables, hija mía.

Quiso que volviese a Vitoria con él, pero le convencí de que era más útil mi presencia en Madrid lo antes posible. Ya era de noche cuando llegamos a la estación,

que estaba llena de soldados y de aldeanos, rodeados éstos y aquéllos de bultos de toda clase y tamaño. No despachaban billetes y la única esperanza que nos dieron fue la de que se formaría un tren de mercancías con dirección a Valladolid, probablemente a la madrugada. Pese a tan descorazonadora perspectiva, preferí correr esa aventura a enfrentarme nuevamente con la familia de Vitoria. El padre se encargó de informarla. ¡Qué bondadoso, qué sencillo y qué humano fue conmigo el carmelita! Al lado de personas como él, una siente que no está sola y que puede confiarse. Ni por un momento dudó de ti y, sin preguntarme nada, se puso en viaje, dispuesto a llegar hasta donde fuera preciso para ayudarte. ¡Qué diferencia entre el padre Bernardino y el canónigo! Al despedirme de él, se me saltaron las lágrimas.

—Ánimo, chiquita, ánimo. Ya verás como todo sale bien. Dile a tu hermano que le bendigo y que lo tendré presente en mis oraciones —fueron sus últimas palabras.

Cuando se perdió de vista la furgoneta de los frailes me di cuenta de pronto de que llevaba muchas horas sin comer y, lo que me apuró aún mucho más, sin aliviar una necesidad que en aquel momento se me hizo insoportable. Temí que tuviera que desahogarla allí mismo, delante de todo el mundo. Pero hice un último esfuerzo y me puse a buscar un retrete, ya sabes, esos urinarios de los andenes de estación. Lo encontré en seguida, pero había largas colas de soldados que aguardaban su turno ante ellos. Una vez más tuve ánimo y, en vez de echarme a llorar o cerrar los ojos y dejarme vencer por la necesidad, me dirigí a los que esperaban ante el urinario de mujeres. No sé qué les dije ni qué cara de dolor y angustia pondría. El caso es que uno de aquellos soldados me abrió paso e hizo desalojar rápidamente el lugar. Se encargó también de guardarme el maletín y me dijo:

—Y no se preocupe, joven. Nadie va a molestarla. Se lo aseguro yo.

Tal era mi apuro que no reparé ni en el olor ni en la suciedad que allí había hasta después. Pero entonces ya estaba tranquila y me encontraba tan bien que no me importó nada toda aquella inmundicia. Lo que sí sentí fue una gran vergüenza al recoger mi maletín y darle las gracias a mi protector. No pude mirarle a la cara siquiera. El hombre lo comprendió y no me dijo nada tampoco. Hacía un frío terrible y me caía de desfallecimiento, Por fin encontré una mujer que vendía bocadillos de anchoas y le compré dos. Luego me dirigí a la sala de espera. ¡Dios mío, qué espectáculo! Estaba llena hasta los topes. El humo del tabaco formaba una neblina que hacía llorar los ojos e impedía ver. Y no se podía dar un paso porque se enredaban los pies entre los paquetes y las piernas y los brazos que cubrían totalmente el suelo. Me quedé inmóvil tratando de descubrir un hueco. Inútil. Bajo la nube de humo sólo se veía una espesa masa de cabezas y cuerpos humanos apretujados. ¿Qué hacer? Me encontraba envuelta en un calorcillo tan agradable, que se me estremecían las carnes con sólo recordar el frío de fuera. Así que puse el maletín de canto en el suelo y me senté. La postura no podía ser más incómoda y

seguramente no hubiera podido resistirla mucho tiempo. Menos mal que, al poco rato de estar así y mientras me comía uno de los bocadillos, alguien me tocó en el brazo. Era un soldado.

—Venga —me dijo—. Estará mejor con nosotros, entre otro compañero y yo.

¡Siempre los soldados! Han sido mis mejores amigos en todo este penoso trajín. No lo dudé y me fui con él teniendo que hacer verdaderos equilibrios para no pisar a nadie. Efectivamente me hicieron un sitio en uno de los bancos de junto a la pared y quedé fuertemente aprisionada entre mi acompañante y su amigo. Eran dos muchachos leoneses que volvían licenciados a su pueblo desde Cataluña. Llevaban ya una semana de viaje, de tren en tren, de estación en estación, durmiendo y comiendo donde podían y como podían. Quieras que no hube de compartir su cena, pero entre mis anchoas y su chorizo picante me entró una sed irresistible. ¿Y quién se atrevía a abandonar aquel sitio caliente para ir en busca de agua sabe Dios dónde? La sed apretaba de tal manera, que hube de apagarla con su vino, un vino áspero que se me agarraba a la garganta y me subía a la cabeza. Así que con unas cosas y otras, el vino, la digestión y el calorcillo, empezaron a pesarme los párpados y a sentir que perdía el sentido y, aunque luché contra el sueño con todas mis fuerzas, pues yo misma me decía: *no te duermas, Alfonsina; por favor, no te duermas*, acabé durmiéndome como una marmota. Ya no me di cuenta de nada hasta que me sacudieron fuertemente y oí que me decían:

—¡Vamos, joven, despierte, que se marcha el tren!

Me sacaron de allí en volandas, como quien dice, cogida de ambos brazos por los dos mozos leoneses, en medio de un gentío que se movía como un rebaño de carneros, dando codazos, empujando, pisando y golpeando con sus maletas de madera y sus paquetes, y que pretendía tomar por asalto un tren de mercancías cuya máquina soltaba chorros de vapor y cuyo pito desgarraba los tímpanos. Estaba amaneciendo dolorosamente y en el andén nos abofeteó un aire helado que levantaba túrdigas. Yo me vi en vilo y, luego, lanzada al interior de uno de aquellos vagones de carga. Caí rodando entre bultos y cuerpos humanos, casi inconsciente, pero sin que se me oscureciera del todo el instinto, el instinto de mujer creo yo, que fue mi único guía en aquella barahúnda. Me arrastré por el suelo cubierto por una gruesa capa de paja revuelta con excrementos secos de animales, y fui a situarme contra uno de los costados del vagón. Allí me hice un ovillo, extendidas las faldas hasta los pies, rodeando y apretando las piernas con los brazos. Mis dos compañeros de la sala de espera llegaron a poco y se colocaron junto a mí y formaron en torno mío como una barrera defensiva con sus cuerpos. Entre tanto, llovían los paquetes y continuaba el abordaje del vagón. Los de dentro cogían de las manos a los de fuera y los aupaban entre voces, tacos y juramentos. Algunos de los acomodados protestaban al tiempo que se protegían de los bultos catapultados desde el exterior:

—¡Que ya no caben más!

Pero otros les replicaban:

—¡Todavía caben lo menos mil y la madre que los parió! Realmente estábamos hacinados. No obstante, siguieron subiendo más, aun después de ponerse en marcha el tren. Algunos, despedidos de otros vagones, se aferraban unos instantes al nuestro, lo soltaban y, seguramente, intentaban de nuevo la misma operación en el siguiente, ignoro si con la misma o mejor suerte, hasta que la progresiva velocidad de la marcha hizo ya imposible cualquier intento de asalto. ¿Cómo hubiera podido yo reanudar el viaje sin la ayuda de mis dos amigos leoneses? Ahora pienso que, a no ser por ellos, todavía estaría yo en Burgos esperando un tren. A veces es bueno ser mujer y, más aún, mujer joven, aunque la verdad es que nadie intentó propasarse conmigo. Tal vez la tentación rondara por muchas cabezas, pero ninguno se atrevió a obedecerla. Bueno, continúo. Cuando ya estábamos en plena marcha, se planteó el problema de la puerta. Los que se encontraban bien resguardados del viento en el interior eran partidarios de que estuviese abierta. Yo era del mismo parecer por miedo a la oscuridad, rodeada como estaba de hombres jóvenes excitados por tantas peripecias y por tantos tragos de vino. Pero los que estaban al borde de la puerta se impusieron a los anteriores y la cerraron, porque, decían, el aire helado que entraba por ella les segaba el pescuezo. Y tenían razón. Quedamos, pues, sumidos en una oscuridad no del todo cerrada, porque entraba luz por los ventanucos y porque también la aclaraba bastante el rojo resplandor de los cigarrillos encendidos. Pero los olores fueron más fuertes a partir de entonces y con ellos aumentó el calor del ambiente. Pronto empezaron a sonar las canciones del frente, las risotadas y, finalmente, los ronquidos. Yo seguía todo aquel jaleo con los ojos cerrados, tratando de pensar en otras cosas como, por ejemplo, repasar todo lo que me había acaecido desde mi salida de Madrid. Empezaba a recordar, sí, pero me entraba sueño, y por más que me esforzaba en tener abiertos los ojos me quedaba dormida. De pronto, un brusco frenazo, que nos lanzaba a unos contra otros, me despertaba, estremecida. Era una de tantas paradas que tenían lugar muchas veces en pequeñas estaciones y que solían durar una hora o más. Entonces describían la compuerta y saltaban a tierra los hombres en busca de comida o de vino, para satisfacer alguna necesidad fisiológica o, simplemente, para estirar las piernas. En una de ellas bajé yo también. Me encontraba entumecida. Me dolían las articulaciones y, como en otra ocasión, me obligaba una imperiosa necesidad. Tuve suerte. Era una pequeña estación perdida en el campo, y la esposa del jefe me invitó a pasar a su casa. Allí pude verme bien en un espejo. ¡Qué trazas, Dios mío! Con briznas de paja entre los cabellos despeinados, con tiznones en la frente y en las mejillas, con el vestido arrugado y manchado, podía tomármeme por una cualquiera de la peor especie, de esas que rondan por los alrededores de los cuarteles. Sin embargo, la mujer del jefe de estación se dio cuenta en seguida de que yo no era una de éstas.

Las mujeres tenemos para esos casos un ojo clínico que no falla. Pude peinarme y asearme un poco, lo suficiente para parecerme a mí misma. Después, aquella alma caritativa me hizo tomar un tazón de leche caliente que me revivió. Cuando quise darle las gracias, me dijo:

—No se preocupe, por Dios, no se preocupe. En la vida, hoy por ti y mañana por mí.

Todavía hicimos varias paradas más por el estilo, pero yo no abandoné el tren en ninguna de ellas hasta Valladolid, donde llegamos a la caída de la tarde. Allí se despidieron de mí los dos buenos muchachos que se habían convertido en mis protectores. No los olvidaré nunca. Me trataron como a una hermana aunque a veces se notaba en sus ojos la turbación que yo les producía sin querer. Conservo sus rostros, sus gestos y el tono de sus voces grabados en mi memoria para siempre. ¡Que Dios los proteja y les dé mucha suerte en la vida! Les deseo todo el bien del mundo. Se lo merecen. En la estación de Valladolid se observaba más orden, pero no se daban más facilidades al viajero. Se veían tricornios de guardias civiles y eso inspiraba más tranquilidad, aunque también infundía más temor y recelo. Yo, animada por mi anterior experiencia con ferroviarios, me dirigí en seguida a uno de ellos para orientarme, un viejo con cara de buena persona, y no me equivoqué. Tan pronto como le expuse mi situación, me dijo que le siguiera, y le seguí. Atravesamos varias vías y fuimos a parar a una muy apartada donde se encontraban estacionados varios vagones de tercera. Entonces me informó que aquellos vagones serían enganchados sin tardar mucho a un tren que bajaba del norte con dirección a Madrid. Subí a uno de ellos. Era un viejo vagón con asientos de madera, pero limpio y aireado, que a mí me pareció casi un lujo. El buen viejo cerró todas las ventanas y encajó bien todas las puertas para que yo no pasara frío, y luego me dijo que me acomodase bien, a gusto, en el sitio que me pareciera mejor. Y, cuando así lo hice, se brindó a traerme unos bocadillos y una botella con café y leche bien calientes. Después se fue. Yo había ocupado un asiento junto a una ventanilla y desde allí podía ver a las gentes moverse por los andenes de la estación, y a los grupos que subían a los vagones de ganado desuncidos en una vía muerta, esperando tal vez, lo mismo que yo, que fueran enganchados a algún tren. No lejos de mi vagón se hallaba detenida una máquina dispuesta, al parecer, para echar a andar y que me dio la impresión de un caballo deseoso de galopar y al que tuvieran sujeto por la brida. También se veían algunos empleados del ferrocarril yendo de un sitio para otro por entre las vías. El sol ya se había ocultado y llegaban las sombras como empujadas por el viento. Por momentos oscurecía, lentamente, silenciosamente. Y una gran nube de tristeza iba envolviéndolo todo. ¿Por qué serán tan tristes las estaciones ferroviarias, Federico? Me lo he preguntado yo misma muchas veces y nunca he hallado la respuesta. Bien. Pues, como te decía, me quedé sola en el vagón y aproveché la circunstancia para

cambiarme algunas prendas de ropa interior. Sentía picores y desazón por todo el cuerpo. ¡No sé qué hubiera dado en aquel momento a cambio de una ducha, aunque hubiera sido de agua fría! Pero eso era para mí entonces como un sueño. La ropa limpia me produjo un gran alivio. Me sentí más descansada y también más optimista. Recordé una por una las palabras del teniente, como quien oye un disco hasta aprenderse la canción, o ve repetidas veces una misma película. Por eso creo que se me han quedado tan bien grabadas en la memoria. No las olvidaré mientras viva. Luego volví atrás y fui reviviendo muchos trozos de nuestra vida pasada. ¿A qué será debido que no pueda nunca evocar la figura de papá por completo? Siempre se me aparece borrosa como una fotografía manchada o desvanecida. Cuando no la boca, es la frente, o los ojos, o la nariz, o una mejilla, lo que le falta. Era verdaderamente una niña todavía cuando él murió. Cierto. Pero guardo el recuerdo íntegro de otras personas, enteramente como si las hubiese visto ayer. Por ejemplo, para mí es un rostro inolvidable el de Liborio, el practicante. Lo sigo viendo tal como era: con aquellos pómulos de chino, con aquella nariz que parecía un cacahuete, con aquellas orejas tan separadas del cráneo y aquel pelo tieso que no podía domar. Teníamos una criada, Antonia, también chata y descarada. Liborio se enamoró de ella, pero la muchacha no le hacía caso. Entonces papá le pidió a mamá que hablase a Antonia y le hiciese ver las ventajas que le reportaría casarse con un hombre tan formal y trabajador como Liborio. Yo estaba presente el día que mamá se lo dijo. Antonia se echó a reír y le contestó que sí, que Liborio era un buen partido, pero que ella no podía casarse con él porque los hijos que tuviesen nacerían desnarigados como el hijo de la señora Perfecta, que sólo tenía dos agujeritos por los que casi se le veía la sesera. ¿Y aquel día en que mamá, muy preocupada, me dijo que tú estabas metido en unos líos de política que no le gustaban nada? Recordaba los chascos que la dichosa política le había dado a papá, y la ruina de su padre, nuestro abuelo, por la misma causa. La política es buena para los aprovechados, para los que no valen para otra cosa, para los intrigantes y los desaprensivos, decía. ¡Pobre mamá! Yo me temí, en los comienzos de la guerra, que se me muriera de un susto. Cada vez que una patrulla aparecía por casa preguntando por ti, perdía el color y tenía que sentarse, a punto de perder el conocimiento. ¡Pues imagínate cómo se puso el primer día que registraron nuestra casa, de abajo arriba, vaciando los cajones y los armarios, dejándolo todo tirado, incluso nuestra ropa interior! Por poco no se cayó redonda al suelo viendo a aquellos hombres reírse y gastar bromas con mis bragas y mis sostenes en la mano. Una de las veces le llegó el turno a tus libros. Los fueron mirando uno por uno, pero no los entendían y acabaron por llevárselos todos como quien se lleva un cargamento de bombas. ¿Te acuerdas de Mateo y de sus hermanos, hijos de don Severino, el médico, que fueron amigos tuyos y que me sacaban a bailar en el Casino? Pues también vinieron acompañando a una patrulla de forasteros para hacer un registro y

preguntar por ti. Mamá le dijo:

—Pero, Mateo, ¿cómo se te ha ocurrido venir a buscar a Federico? Tú lo conoces muy bien y sabes que es incapaz de cometer una mala acción.

¿Y sabes lo que contestó Mateo? Pues como lo oyes:

—Su hijo, señora, es un rojo, un enemigo de España, un traidor. Estamos buscándolo para ajustarle las cuentas. Tan pronto como sepa su paradero debe hacérselo saber inmediatamente si no quiere que volvamos por ustedes dos.

¡Qué bestia! En fin, todo esto —y otras cosas más— estuve recordando mientras miraba por la ventanilla de aquel vagón de tercera, completamente a oscuras, en medio de la noche. Algunas luces eléctricas brillaban ya pálidamente en la estación y se veían faroles de ferroviarios como si anduvieran solos por las vías o por entre aquellos restos inmóviles de trenes. Abstraída en mis cavilaciones, me había olvidado por completo del viejo ferroviario que me instalara allí. Pero se presentó. El buen hombre me trajo una botella llena de café con leche caliente.

—Esto le sentará muy bien, señorita —me dijo. Y me entregó después un billete.

—Sí, es bueno llevarlo encima por si acaso. Cuando la gente toma por asalto los trenes, como no hay sitio para todos, tienen que intervenir las autoridades, y, en ese caso, obligan a bajar a muchos, pero si llevan billete los respetan y se salvan, ¿comprende, señorita?

No quiso admitir ningún dinero, ni por el café ni por el billete.

—Si nosotros no nos ayudamos, hija mía, ¿quién nos va a ayudar?

Ya sabes que yo he pensado muchas cosas de diferente manera que tú. No me gustaba, por ejemplo, el trato con gentes de la clase social inferior a la nuestra, pero no porque fuesen pobres, porque pobres también lo éramos nosotros, sino por su distinta educación, por su manera de hablar y de entender las cosas. No te lo dije nunca, pero me dolía verte mezclado con ella a ti, tan culto, tan refinado, tan educado. Tampoco a mamá le hacía gracia, sino todo lo contrario, ésa es la verdad. Y ya ves tú... Cuando hemos necesitado ayuda han sido esas personas las únicas que nos han tendido la mano, tanto durante la guerra como ahora, mientras que las de nuestra clase nos han vuelto la espalda, incluida la propia familia, por miedo y por egoísmo. Ha sido una gran lección para mí, te lo aseguro. Claro que tienen sus defectos, ¿y quién está libre de ellos?, pero les sobra corazón y comprenden el dolor ajeno, quizá porque están acostumbrados a sufrir. Los otros, en cambio, siempre tienen a mano una excusa, acompañada de una sonrisa y de muy buenas maneras, para negarse y quedar tan bien. De lo que deduzco que lo que llamamos buena educación es muchas veces una bonita forma de ocultar la cobardía, la pereza y hasta quién sabe si la envidia. Te confieso que yo he obrado así en muchas ocasiones, en pequeño desde luego, seguramente porque nunca se me presentó la ocasión de hacerlo en grandes cosas. De ahora en adelante creo que me portaré de otra manera,

aunque no sea más que por un egoísmo mejor entendido, por lo que me dijo la mujer del jefe de estación: *Hoy por ti y mañana por mí*, o por lo que me contestó mi amigo el ferroviario: *Si nosotros no nos ayudamos, hija mía, ¿quién nos va a ayudar?* Ese buen hombre estuvo haciéndome compañía hasta que llegó el tren del Norte. Me contó entre tanto que había muerto en la batalla del Ebro un nieto suyo de veinte años, que se apuntó en la Legión cuando fusilaron aquí a su hijo, padre del muchacho, ferroviario también. Su otro hijo, que estaba de factor en el Cerro de la Plata de Madrid cuando estalló la guerra, se halla ahora preso en Albacete porque fue capitán de las milicias ferroviarias en la zona roja. Así que tiene a su cargo las dos nueras, seis nietos y el hijo encarcelado en Chinchilla. Gracias a un hermano de su mujer, que se adhirió al Alzamiento desde el primer día en Coruña y que actualmente desempeña un cargo importante en los ferrocarriles, pudo continuar en su empleo. Su cuñado, además, le envía también algún dinero de cuando en cuando. Mi amigo me contó todo esto serenamente, como si fuera una pena antigua e irremediable, ya cicatrizada, aunque, eso sí, se le humedecieran alguna vez los ojos. Su mujer es la que está peor. Le dio una parálisis cuando se enteró de que su hijo había sido fusilado, y desde entonces está clavada en una silla. Menos mal que conserva todas sus luces y puede gobernar la casa todavía desde su sitio. Historias tan tristes como ésta te las encuentras por dondequiera que mires, en toda España, y con quien quiera que hables. ¡La guerra! ¡La guerra, hermano! ¡La maldita guerra! Por fin, aquella locomotora que yo había visto preparada para funcionar, empezó a moverse. Enganchó, por último, mi vagón, junto con otros más, y lo llevó a la cola del tren del Norte. Entonces se despidió de mí el viejo ferroviario y se fue. Yo apenas pude decirle nada porque, en menos de lo que te lo cuento, nos cayó encima un verdadero enjambre de viajeros. Subían al vagón por todas partes. Los primeros en llegar bajaron los cristales de las ventanillas, incluso el de la mía, y comenzó a entrar por ellos una tromba de paquetes, hatos de ropa, sacos, maletas y qué sé yo. Se armó la gran tremolina. Aquello parecía una batalla. Se llamaban a gritos unos a otros, se empujaban, se disputaban los asientos... Llegaban en oleadas. Había de todo: hombres, mujeres, niños... Menos soldados que otras veces. Los más eran aldeanos, campesinos u obreros. Me pareció que entraban con ellos el calor y la fuerza, como una bocanada de vida, y tuve la sensación de que me hubiera amanecido en un bosque entre árboles frondosos y regatos de agua. Me acordé del día que pasamos en la Almoraima. ¿Te acuerdas? Acababa de ser proclamada la República. ¡Cuánto disfrutamos! Corrimos por las colinas y los prados, montamos en burro, anduvimos en pernetas por el agua, comimos sobre la fresca hierba y sesteamos a la sombra de las encinas contando historias de amoríos y jugando a las prendas. Tú te hiciste novio de Isabelita, aquella muchacha malagueña que luego se fue con su familia a vivir a Ceuta. Os escribisteis durante algún tiempo y creo que hasta le hiciste versos, y, lo

que pasa, ella se echó otro novio, un militar, y tú te enamoraste de Aurora, y la historia se acabó. Quién sabe si Isabelita se casó con aquel militar y quién sabe si ahora su marido es un coronel o un general que podría salvarte a ti... Pero son imaginaciones. ¿Quién iba a pensar entonces lo que sucedería a los pocos años? Aquel día todo el mundo estaba alegre, cantaba y reía, como si hubiese llegado la felicidad para todos con la República. Se veían banderas tricolores por todas partes. Muchachos y muchachas lucían pañuelos con los colores republicanos. ¿Y lo que bailamos al son del gramófono de don Evaristo? ¡Don Evaristo! Parece que estoy viéndolo. Alto, cargado de hombros, verde de puro moreno. Con sus aventuras por las Américas buscando oro y vainilla, con su entusiasmo por la República y la historia, que repetía constantemente, de sus descubrimientos arqueológicos. ¡Y cómo murió el pobre una noche, contra las tapias del cementerio! ¡Qué lástima que todo aquello acabase tan mal! Es lo que yo me pregunto siempre: ¿por qué?, ¿por qué? ¿Por qué hemos tenido que padecer nosotros tanto sin tener culpa de nada? En una zona y en otra, en todos los pueblos, en todas las familias. Pienso que sólo Dios lo sabe, pero hay veces que llego a dudar de que Dios lo quiera así. No, Dios no podía querer que muriese así don Evaristo ni tantos otros... Cuando pienso en esto, te aseguro que pierdo la cabeza, Federico. Dudo de todo. Me armo un lío. Y no quiero darle más vueltas, no quiero. ¡Jesús, qué vuelcos da la vida! Pero por más que yo trato de olvidarlo, cualquier motivo es suficiente, como mis nuevos compañeros de viaje, para resucitarlo en mi memoria. Mis nuevos compañeros de viaje... En seguida supe quiénes eran, adónde iban y a qué. Procedían de pueblos de por allí, y algunos de muy lejos, y otros de la misma ciudad, que se dirigían a la zona roja recién conquistada para visitar a los parientes que allí tenían, cargados de cosas de comer porque les habían dicho que se estaban muriendo de hambre. Judías, garbanzos, aceite, ristras de chorizos, quesos y panes de hasta cuatro kilos, figúrate. Buena gente, aunque alborotaba y que se movía mucho. Y preguntaban sin cesar, como si fuesen a un mundo desconocido, a otro planeta. En cuanto el tren echó a andar, se pusieron a comer y se entabló entre los más próximos a mí una pugna por ver quién me obsequiaba con la mejor tajada. Hube de probar tortillas, emparedados, chuletas de cordero, costillas de cerdo adobadas, roscones, miel y qué sé yo cuántas cosas más. De comer yo todo lo que ellos pretendían, hubiera reventado de una indigestión. El jolgorio y el barullo duraron hasta la media noche, en que, ahítos de comer y beber, cansados de tanto hablar y agotados por el ajetreo y las emociones, empezaron a cabecear y, luego, a dormir con la boca abierta, y a roncar como energúmenos. Se quedaron pálidos, fofos, desencajados, como muertos. Eran carne nada más, carne mal lavada y sudorosa, que irradiaba calor y despedía un olor denso y mareante. El tren corría, entre tanto, por los campos negros y sin fin. De cuando en cuando titilaba a lo lejos alguna luz solitaria o surgía en lo más espeso de la negrura un grupo de

pequeñas luces que hacían guiños desde las esquinas de algún pueblo dormido. Yo estaba rota también y me dormí. Pero me desperté muchas veces, la primera de ellas por el dolor que sentí en un hombro, debido a que mi vecina de asiento había tomado esa parte de mi cuerpo por almohada. La pobre mujer se despertó asustada cuando yo hurté mi hombro a su cabeza. Me miró con unos ojos hinchados y soñolientos, se excusó torpemente, reclinó la cabeza en el hombro de su marido, que roncaba al otro lado con la gorra sobre la cara, y siguió durmiendo. Después fueron los topetazos en las paradas los que me sacudían e interrumpían bruscamente mi sueño. En las estaciones nos esperaba casi siempre gente que pretendía colarse de alguna manera en el tren. Yo veía sus rostros a través del cristal empañado de la ventanilla y casi me daban miedo; bueno, tal vez miedo y pena a la vez. Eran rostros de personas agotadas por sabe Dios cuántas horas de espera, ateridas, que me miraban con una expresión de angustia y desesperación tales que me estremecían el alma. Pero ¿qué hacer si había viajeros dormidos de pie y dándose cabezazos entre sí porque no quedaba sitio ni para poder sentarse en el suelo? Y allá quedaban, rebozadas en sus capotes, en sus toquillas y en sus mantas, en espera de otra oportunidad incierta. El amanecer nos puso a todos caras de cadáveres desenterrados. Poco a poco fuimos despabilándonos entre carraspeos, toses y deserezos que hacían crujir las articulaciones. Teníamos los párpados hinchados, enrojecidos los ojos, secas las gargantas, dolorido todo el cuerpo. Yo hubiera querido levantarme para estirar los miembros agarrotados. Pero ¿cómo hacerlo si tenía un niño dormido a mis pies, en el suelo, sobre un mantón, y estaban obstruidos los pasillos por los hombres que habían pasado allí la noche amontonados? Los hombres sí podían abrirse una brecha hasta la plataforma, pero las mujeres teníamos que permanecer inmóviles donde estábamos, aunque sintiéramos el dolor de las tablas del asiento y del respaldo y aunque nos torturase la vejiga. Algunas no pudieron resistir esta necesidad y la satisficieron sin moverse de su sitio, tomando las únicas precauciones de avisar a los de alrededor y cubrirse de cintura para abajo con una manta. El caso de los pequeños fue peor. A ellos no se los podía contener con ninguna clase de consideraciones. Hubo, pues, que sacarlos sin más dilación a las ventanillas, pero como el viento revocaba sus orines, ya puedes imaginarte cómo me pusieron de salpicaduras... Además, me volvieron los picores y la desazón... ¿Para qué contarte más calamidades? Basta decirte que llegué a casa hecha un trapo. Ése fue mi viaje, Federico. Al fin pude tomar un baño y cambiarme completamente de ropa. ¿Y sabes a qué obedecían los picores y los escozores de la piel? Pues a los piojos. Sí, hermano, llegué comida de piojos. Nunca los había visto hasta entonces, aunque los conociera de oídas. Eran para mí algo tan remoto como los cocodrilos. Ahora ya sé lo que son. Como es natural, a mamá sólo le he contado lo bueno. ¿Para qué acongojarla con cosas que, por otra parte, ya han pasado, no te parece? Ni que decir tiene que se encuentra mucho más animada. Espera que te llegue

el indulto cualquier día y vive pendiente del teléfono, del timbre de la puerta y del ruido del ascensor, y a veces oye llamadas que sólo han sonado en su imaginación, porque piensa que puedes presentarte en casa de un momento a otro. No he querido decirle, y te suplico que tú tampoco se lo aclares, que, después de indultado, aún tendrás que permanecer en prisión algún tiempo. Ya se enterará cuando llegue el caso y se acostumbrará a ello y se resignará por la fuerza misma de los hechos y sin necesidad de que nosotros le anticipemos el disgusto. Seguimos viviendo con los tíos, en su piso, acompañados de Rosario, la mujer de Molina. El tío Andrés está muy acobardado. Como no hay en casa más dinero que las cuatro perras que trajimos nosotras y lo poco que aporta Rosario, el tío se ha visto obligado a hacer algo para ganarse la vida. Entre todas las mujeres le empujamos para que saliera a la calle. Al fin se decidió y parece que con suerte. Resulta que los rojos, y eso tú lo sabrás mejor que nosotras, requisaron todo lo que tenía algún valor a sus enemigos y que muchos de ellos vivieron, como evacuados, en sus casas. Total, que al volver sus dueños se han encontrado con que les faltaban muebles, ropas, enseres, de todo. En vista de lo cual se ha constituido un Centro de Recuperación, adonde va a parar lo que ahora requisan a los rojos, y al que acuden a reclamar sus cosas los nacionales, y parece ser que aquello es una especie de merienda de negros. Hay muchos que se aprovechan y arramblan todo lo que pueden, suyo o no. Pues el tío Andrés se ha puesto en relación con un italiano, al que conoció en un bar cuyo dueño es amigo suyo, en el momento en que el señor Torrebianca, así se llama el italiano, pretendía venderle una máquina de escribir de segunda mano. El tío intervino como perito y desde ese día se ha dedicado a reparar y reconstruir las máquinas de escribir que el italiano compra a bajo precio a los que las obtienen en el Centro de Recuperación, y que luego revende a otros. De esta manera ha resuelto momentáneamente el tío Andrés la situación de su casa. Rosario recibe algún dinero de unos parientes que Molina tiene en Gijón, y además vende o empeña alguna cosa, y así va tirando. Nosotras trajimos, como sabes, unas pocas pesetas, las pocas que nos dieron por todo lo que dejamos allá. Con eso y con lo que yo gano en el empleo que me ha proporcionado Matilde, nos arreglamos bastante bien. Este empleo es de mecanógrafa en una oficina que ha montado un grupo de fabricantes de productos químicos. Es un buen trabajo, y, aunque me pagan poco por él, nos ha venido a nosotras como anillo al dedo. Pensamos tomar un piso para vivir independientemente, porque a pesar de toda la buena voluntad del mundo, es imposible evitar roces y quisicosas en la vida en común, además de que estamos abusando de la hospitalidad de los tíos y no podemos, en modo alguno, seguir explotando indefinidamente el parentesco. Otra cosa es la manera de comportarse que tienen las familias de tus compañeros en relación con las gestiones para conseguir vuestros indultos. En vez de aunar nuestros esfuerzos, cada cual tira por su lado. Rosario va y viene, visita a quien le parece, busca aquí y allá papeles y

recomendaciones, sin dar cuenta de ello a los demás ni decirnos lo que se trae entre manos. Por cierto, el otro día llegó a casa muy disgustada. Había ido a El Escorial a visitar a un fraile agustino que Molina empleó, sabiendo quién era, en la biblioteca de vuestro partido, con el fin de protegerle contra todos los peligros que entonces amenazaban a las personas de su condición. Prácticamente le debe la vida. Pues bien, después de hacerla esperar más de una hora, el fraile la recibió de pie para decirle que, sintiéndolo mucho, no podía hacer nada en favor de Molina. A Enriqueta, la esposa de José Manuel, apenas la conozco, pero sé por Rosario que está trabajando mucho por su marido en la embajada de Cuba. La más sincera y desinteresada es la madre de Agustín. Viene a casa con frecuencia y yo la oriento lo mejor que sé. Parece que la aprecian mucho en el barrio donde vive y que ha logrado varias firmas, de personas adictas al Alzamiento, en favor de su hijo. En cuanto a los demás miembros importantes de vuestro partido aquí en Madrid, a quienes no conozco, como es natural, pero de los que tengo referencias por Rosario, algunos han podido escabullirse, ocultos o protegidos por alguien, y otros, o están presos como vosotros, o andan huyendo de escondite en escondite. En general, cada quién se preocupa solamente de sí mismo y de los suyos, y procura jugar sus triunfos sin dar participación a nadie. Esto es como un «sálvese quien pueda», por lo menos de momento. El miedo se impone a cualquier otra consideración. El miedo es como una epidemia o algo así que ha destruido la amistad, el parentesco, la solidaridad y la gratitud. Nadie quiere dar la cara por nadie, y el que más y el que menos trata de zafarse como puede de cualquier clase de compromiso. No digo que lo hagan todos ni que sea siempre así, pero es lo primero con que te tropiezas: ojos que se cierran, oídos sordos, rostros que se vuelven para otro lado, excusas, evasivas, cuando no negativas rotundas, portazos, recriminaciones e insultos. Somos como la peste, como una peste peor que todas las pestes conocidas, a cuyo paso se cierran a cal y canto todas las puertas y huyen hasta los perros. No hay lástima ni misericordia. Es el odio lo que priva. Un odio feroz, inclemente, azuzado y estimulado desde todas partes. Un odio que es como un incendio, alimentado constantemente por unos y otros; por los vencedores vengativos y por los vencidos que intentan hacerse perdonar a costa de denuncias y vilezas. La denuncia es el mejor procedimiento para vengarse y para prosperar. No se oye hablar de otra cosa. Yo denuncio, tú denuncias, él denuncia... El caso es adelantarse al otro y denunciarle antes que él te denuncie a ti. Hay miles de delatores dedicados a descubrir la más mínima concomitancia de cualquiera con los rojos para buscarle inmediatamente la perdición. Así se consiguen empleos, pisos, coches, máquinas de escribir, muebles, ropas, joyas, dinero... En cuanto ven que tienes algo que les interesa, se te echan encima diciéndote que lo has robado. Ha habido muchos ladrones y aprovechados entre rojos durante la guerra, por supuesto, pero no es posible creer que todos hayáis robado y saqueado. Sin embargo, se mide a

todos con el mismo rasero, por la sencilla razón de que no pueden presentar facturas que acrediten que aquel reloj de oro, que aquella máquina de coser o que esos muebles los adquirieron en forma legal. ¿Quién es el que guarda una factura, si es que se la dieron, durante tantos años? Y si vas a quejarte o pretendes algo, lo primero que te preguntan es en qué zona estuviste. Si dices que en la zona roja, lo mejor que te puede pasar es que te echen a la calle de mala manera, porque puede suceder que te acusen de algo y te metan en chirona. Ésta es la realidad fuera de la cárcel. Ignoro cómo será dentro. El dinero vale mucho, más que nunca, pero ¿quién lo tiene? Pocos, muy pocos, y el que lo tiene lo oculta con mucho cuidado por si le piden cuentas y se lo quitan. Me refiero, claro está, a los que hicieron la guerra con vosotros. Los que la hicieron en el bando opuesto, llegan por lo general con los bolsillos vacíos y, después de tantas fatigas como han pasado, su principal preocupación es cobrar cuanto antes la parte que les toca para poder rehacer su vida y desquitarse de lo mucho que han perdido. Por suerte para nosotras en estas circunstancias, estuvimos durante toda la guerra en zona nacional. Ello nos libra de sospechas y nos pone a salvo de denuncias. Ah, si nosotras tuviéramos sólo unos miles de pesetas... Hay quien trafica con avales, certificados de buena conducta y de adhesión al Alzamiento y todo eso. Hay quien compra y quien se vende. Hay quien estaría dispuesto a firmar y a jurar lo que le pidiesen a cambio de unos billetes. También pueden mucho, muchísimo, las mujeres. Las hay dispuestas a todo con tal de conseguir la salvación del esposo, del amante, del hermano o del padre; las hay, las hay. Nosotras no tenemos dinero y, como mujeres, somos incapaces de tirar por el camino de en medio. Por esa razón, creo yo, Dios nos ha querido ayudar de otra manera: el padre Bernardino y el teniente de Burgos. También mamá y Matilde lo creen así. Y ya que hablo de Matilde, te diré que me parece una excelente persona, aunque a mamá no le gusta ni poco ni mucho ni nada. Hemos hablado ella y yo de mujer a mujer y conozco perfectamente hasta dónde han llegado las cosas entre vosotros dos, y te aseguro que te quiere, que te quiere de verdad, que te sigue queriendo, a pesar de que ya nada puede esperar de ese amor por ti que se llevó la guerra para siempre. Ha vuelto a vivir con su marido. Es verdad que estuvo a punto de ser fusilado en los comienzos de la guerra, que le salvó en el último instante un tío suyo canónigo y que estuvo preso en el penal de Burgos. Lo que no se sabe es cómo y de qué manera obtuvo la libertad dos o tres meses antes de la toma de Madrid ni de qué medios se valió para entrar en el servicio de información de los nacionales. Actualmente es uno de los elementos más peligrosos para vosotros. Según Matilde, goza descubriendo rojos camuflados. No piensa más que en eso ni vive para otra cosa que para eso. Es su obsesión. Sería capaz de denunciar y perseguir a su propio hermano. Yo le he visto una sola vez y me dio miedo. Puede que esté enfermo, porque me ha confesado Matilde que algunas veces, cuando llega a casa a altas horas de la noche, ojeroso y pálido, sin poderse tener en

pie de tanta fatiga y cansancio, después de alardear de las piezas gordas que ha cobrado ese día (las piezas son los rojos) y de soltar contra sus antiguos camaradas los mayores insultos, rompe de pronto a llorar, a dar puñetazos sobre la mesa, a gemir y a gritar que por culpa de ellos, de los rojos, ha perdido la ilusión de vivir, que es un desgraciado, un maldito... Y acaba emborrachándose para poder dormir. Pero a la mañana siguiente parece no acordarse de nada y ya está otra vez dispuesto a proseguir, con mayor entusiasmo todavía, la caza de enemigos del nuevo régimen. Esta situación, el vivir con él, oírle y soportarle, es para Matilde un suplicio atroz. Le tiene miedo. Si ese hombre llegara a conocer lo que ha habido entre Matilde y tú, aunque parece que sospecha algo vagamente, sería capaz de aniquilarla de alguna manera. Por eso ella aguanta y disimula, y se pasa las noches temblando y llorando en silencio, sin que él lo advierta. Por eso no va a visitarte ni se atreve a escribirte. Y me cita siempre en Auxilio Social, donde ella sigue trabajando, con el fin de que no me vea él y trate de averiguar quién soy y qué clase de amistad me une a ella, es decir, para evitar que por el hilo saque el ovillo. Me resulta muy violento encontrarme en aquel ambiente por las cosas que tengo que oír contra vosotros y por las que me veo obligada a decir, que no siento ni me gustan. Pero la cuestión está planteada así y hay que hacer de tripas corazón. Matilde me regala siempre que voy a verla cosas de comer para ti y tabaco. La última vez me encargó que te dijese que por ahora no hay ni que pensar en amnistía o indultos, que no hagas caso de los rumores que corren sobre este particular porque no son más que bulos, que lo único en lo que se piensa de verdad es en la venganza. ¡Pobre del que tenga un enemigo personal que lo persiga! Hemos de dar gracias a Dios porque no la haya tomado nadie contigo directamente. No está el horno para bollos, no. Los que tienen la sartén por el mango son los curas, y al decir curas me refiero también a los frailes y a las monjas. Son los amos. Una sotana puede más que un espadín. Ante una sotana se abren todas las puertas y todo el mundo se inclina. En el tranvía o en el metro, cuando aparece un hábito religioso, hay verdaderos pugilatos por hacerle sitio y dejarle un asiento. Y es que la gente sabe la influencia que tienen. Por eso se llenan las iglesias. Por eso todo son procesiones y manifestaciones religiosas. Te encuentras en todas partes con frailes y monjas, hasta en los cafés; se te acercan a pedirte una limosna y ¿quién es el guapo que se resiste y dice que no? Nadie. El que más y el que menos tiene miedo de ser tachado de ateo y de desafecto al Régimen y da y da, aunque le escueza por dentro. Al ver así de sumisas a las personas, mamá y yo nos preguntamos muchas veces dónde están tantísimos rojos como aquí había, dónde se han metido, y llegamos a la conclusión de que no era tan fiero el león como lo pintaban o que el miedo puede más que nada. Si los curas quisieran, se acabaría rápidamente la persecución contra vosotros y entonces sí habría un indulto general. Pero no quieren. Está claro que no quieren. Ya ves cómo pensaba don Faustino el canónigo. En cuanto les hablas de ello te salen

diciendo que los rojos mataron no sé cuántos miles entre curas, frailes, monjas y obispos. Y tras eso se parapetan para no hacer nada en vuestro favor. El padre Bernardino es una excepción, no lo dudes. Pero dejemos todo esto porque quiero hablarte algo de mí, que ya va siendo hora. Quiero que sepas que tengo novio formal. Sí, Federico, tengo novio. Nada del otro mundo, ¿verdad? Pues puede que hasta cierto punto sí, porque mi novio es falangista. Ya está dicho. Ahora verás: Fernando, que así se llama, se apuntó a Falange. Su padre era de derechas. Él y su familia son de Cádiz y allí le cogió la tormenta en plenas vacaciones, pues él estudiaba para intendente mercantil en Madrid. Como es natural, se unió a los militares en los primeros días del Alzamiento, pero se fue al frente en seguida porque le repugnaba lo que se hacía en la retaguardia, todo eso de las detenciones, los registros y los fusilamientos, y anduvo haciendo la guerra por Andalucía hasta que cayó gravemente herido en la toma de Málaga. Después fue a parar a nuestro hospital, el del pueblo, y por esa razón lo conocí, ya convaleciente. No hará falta que te diga que al principio no quería ni verlo, pero él insistió tanto y me fue cerrando de tal manera todos los caminos que, por miedo a una represalia, no tuve más remedio que escucharle. Él sabía de sobra quién era yo, quién eras tú y dónde estabas, pero desde el primer momento me habló como si nada de eso existiese y se interpusiera entre nosotros, como si no hubiese guerra y no estuviera matándose la gente. Poco a poco fui conociéndole mejor y llegué al convencimiento que Fernando era uno de tantos muchachos que soñaban con la transformación radical de nuestro país y creyeron que eso podía lograrse fácilmente a base de entusiasmo, buena fe y valor. Tú eras también uno de ellos, Federico, aunque quizá tomaras las cosas un poco más en serio. Tú, en un lado, y Fernando, en el contrario, pretendíais, en el fondo, algo muy semejante, me parece a mí. Tal vez me equivoque, porque yo no entiendo ni quiero entender de política, pero creo que todos vosotros, los jóvenes que hicisteis la guerra con unos o con otros, habéis sido juguete de los mayores, precisamente de los que no fueron a las trincheras, y habéis luchado sin saberlo ni sospecharlo por intereses que no eran los vuestros. Fernando decía muchas cosas que yo te había oído antes a ti. A veces, cerrando los ojos, me parecía escucharte, hermano. Sí. Hablaba como tú de las injusticias sociales, del derecho de los débiles, de la tiranía del capitalismo, del atraso cultural y de la ignorancia y la miseria de las gentes. Cuando tomaron Bilbao se le escapó algo que luego me ha repetido muchas veces. Me dijo que estaban perdidos y, como yo le replicase que por qué se expresaba así cuando la verdad era que estaban ganando la guerra, él, después de asegurarse de que no podía oírle nadie más que yo, me contestó estas palabras: *La están ganando el capital y los curas, y la hemos perdido irremisiblemente los que queríamos un cambio, otra cosa para España, los que hemos luchado y luchamos por una España más justa y más hermosa.* Ya ves tú. Así llegó a hacérseme simpático y, cuando quise darme cuenta, estaba enamorada de

él. Te aseguro que me costó muchas lágrimas y muchas noches sin dormir llegar a esta conclusión, confesarme a mí misma que quería a ese hombre. Imagínate el esfuerzo que tuve que hacer para decidirme a confesarle a mamá mis sentimientos. Ella se daba cuenta de lo que pasaba por mí, según me lo confesó más tarde, pero callaba y no me concedía ninguna facilidad. Al fin lo hice y el que llorásemos juntas me descargó la conciencia y me dejó tranquila. Mamá me dio su consentimiento y formalizamos nuestras relaciones. ¿Qué hacer, si no, Federico? Nuestra vida no está en la guerra ni en la política. La guerra se acabaría un día y, fuese cual fuese su resultado y fuese cual fuese el régimen político que aquí se impusiera, seguiríamos viviendo y cada cual tendría que ocuparse de su porvenir y, por consiguiente, yo estaba en mi derecho de decidir el mío. Esto es lo razonable, pero... Tanto para mamá como para mí, la principal dificultad consistía en tenernos que enfrentar contigo. Algún día deberíamos decírtelo, cualquiera que fuese el final de la guerra y, en todo caso, yo me encontraría, fatalmente, entre la espada y la pared. Temíamos, y con razón, que lo tomaras como la mayor ofensa que se te pudiera hacer. Sin embargo, no me abandonaba la esperanza de que fueses capaz de comprender y admitir una realidad que está por encima de las conveniencias y los prejuicios. Te conozco y sé que, pasada la primera impresión, recapacitarás, dominarás tus impulsos y acabarás por hacerte a la idea, por admitirla y, al fin, consentirla. ¿Verdad que sí, hermano? Parece que te estoy viendo. Pálido, primero; luego, encolerizado; más tarde, triste, y, por último, emocionado, por tratarse de mí y de mi felicidad. Ahora te confieso que he estado a punto de decírtelo todas las veces que he hablado contigo, y que siempre me contuvo el miedo a hacerte demasiado daño, porque hubiera sido para ti como una burla. Por esa razón pensé que lo mejor sería comunicártelo por carta. Resulta más fácil decir ciertas cosas por escrito que de palabra. Se pueden dar más detalles, más explicaciones, sin temor a ser interrumpida, y se pueden decir las cosas más claramente, con más sosiego. Es como decírselas a una misma, como contárselas a la almohada, y de esa forma se puede ser más sincera. Claro, como tenía que informarte ampliamente acerca de mi viaje, del comportamiento de nuestra familia en Vitoria, de lo que hicimos en Burgos, y ponerte al corriente de nuestra vida, de lo que se piensa en la calle acerca de vosotros, y como no es posible decirte todo esto en el locutorio, donde no se entera una de nada, ni en esas entrevistas que nos consigue el amigo Antolín, porque con querer abarcar tanto en ellas no hay tiempo para hablar extensamente de ninguna, empecé este memorial, que he ido escribiendo en los ratos libres que me deja mi trabajo en la oficina y que me ha resultado muy largo y un poco revuelto, pero en el que está todo lo que yo quería que supieras, he aprovechado la ocasión para enterarte también de mi noviazgo. Espero que esta carta la haga llegar a tu poder Antolín bajo cuerda, por su amistad con don Félix, el Jefe de servicios, y que te distraiga y te sirva de consuelo. Y voy a terminar, porque, si no corto por lo sano,

estaría dale que te dale, escribiendo cuartillas hasta el día del juicio. Pero antes de ponerle punto final quiero recalcarte que todo lo que te cuento es verdad, que lo del indulto para ti es cierto, que no trato de engañarte con falsas esperanzas ni de taparte los ojos, que confío sinceramente en que está a punto de terminar esta pesadilla, esto sobre todo, y, además, que mamá vive pendiente de ti, y que te quiere mucho, muchísimo, tu hermana *Alfonsina*.

Federico Olivares permaneció aún unos segundos contemplando la última de aquellas cuartillas apresuradamente mecanografiadas. Con abundantes tachaduras y saltos de renglón. Sentado en el suelo del pasillo, frente por frente a la puerta de su sala, vigilaba desde allí el reposo de sus compañeros. Sobre él caía el débil resplandor de una bombilla, sucia de polvo y telarañas.

La población reclusa dormía el agitado sueño de la madrugada, lleno de sobresaltos y despertares súbitos. La noche se desvanecía ya en el patio al empuje tembloroso del amanecer, cuyo frío aliento hacía removerse y arrojarse a los durmientes. En el palpitante silencio seguían oyéndose los ronquidos y alguna que otra rabiosa palmada, a ciegas, contra las chinchas. Como sonámbulos, sujetándose a la cintura los calzoncillos, deambulaban algunos presos en sus idas y venidas a los urinarios. Parecían grotescos fantasmas con sus cabellos revueltos, andando casi a ciegas, completamente obnubilados e insensibles todavía.

Federico rasgó las cuartillas en menudos pedazos e hizo con éstos un rebusco. Después miró la hora en el reloj de bolsillo que servía a los imaginarios para medir sus turnos de vigilancia. Eran las cinco del nuevo día. Se levantó y entró en la sala. Los cuerpos de los durmientes formaban un grueso tapiz del que emergían sus rostros, intensamente palidecidos por el resplandor lechoso de la amanecida. Sobre su piel grisácea se destacaban los oscuros lunares de las chinchas, de las insaciables chinchas que a esa hora debían estar ahítas de sangre humana y que, sin embargo, continuaban succionándola, en grupos o en cadena, de las mejillas o junto a las orejas, o de las gargantas, hasta que el toque de diana las dispersase. Agustín resoplaba boca arriba. José Manuel escondía la cara bajo el brazo. Molina dormía de perfil. A Gaspar le retemblaban los mofletes y, junto a él, Planas, depuesto de su cargo por haber sido condenado a muerte, roncaba con estruendo. De cuando en cuando alguna lengua chascaba al modo como se hace para animar a las bestias, y entonces Planas lanzaba un hondo suspiro, se removía un poco y dejaba de roncar momentáneamente hasta que, al cabo de un rato, iniciaba de nuevo la escala de los ronquidos y provocaba otra vez los desesperados siseos del mismo o de algún otro insomne. Federico se dirigió a su yacija, que quedaba casi reducida a nada entre Gaspar y Molina, realizando verdaderas acrobacias para no pisar a nadie, y extrajo de debajo de lo que le servía de cabezal una toalla y una pastilla de jabón. Luego

zarandeó suavemente a Molina hasta que éste abrió los ojos sobresaltado.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada, hombre, no te asustes. Que te ha llegado la hora de la imaginaria.

Molina se incorporó rápidamente al tiempo que se restregaba los párpados, y Federico le dijo en un susurro:

Seguro que estabas soñando con algo bueno, ¿eh?

Molina se rascó la cabeza.

—Puede, pero no me acuerdo de nada. ¡Aaah! —y bostezó.

—Pues levántate rápido porque voy a darme una ducha. Y, mientras Molina se ponía los pantalones, Federico, saltando otra vez con mucho cuidado por entre los cuerpos de sus compañeros dormidos, se dirigió a los urinarios. Lo primero que hizo allí fue arrojar a uno de los retretes los pedazos de la carta de Alfonsina. Luego se desnudó junto al grifo y, como éste se alzaba a muy poca altura sobre el suelo, tuvo que ponerse en cuclillas para ducharse. El chorro de agua fría le escoció como un latigazo y le dejó sin aliento, pero Federico aguantó estoicamente la voluntaria tortura que le dejaría relajado, limpio y más vigoroso.

IX

... y con el alma partida por
no estar vivos ni muertos

Habían terminado de tomar el «tupi» y Agustín guardaba ya en el talego los platos de aluminio recién fregados por él. Sus amigos formaban corro como de costumbre, con los asiduos de siempre, más algún que otro agregado. En el lado opuesto de la sala, Zaldúa y Planas, con varios camaradas más de la misma cuerda política, constituían asimismo un grupo cerrado. Entre aquéllos y éstos se abría una especie de campo de nadie por el que transitaban los solitarios o en el que anclaban los que preferían una partida de ajedrez, una charla más íntima y personal, escribir a los familiares, coserse algún botón o despiojarse la ropa. Estos últimos, sentados en sus petates y con los calzones caídos sobre los pies, perseguían con el alicate de sus uñas a los piojos por entre las costuras de los calzoncillos. De cuando en cuando, un diminuto chasquido anunciaba el cobro de uno de aquellos asquerosos bichitos, y entonces el hombre sonreía y, a veces, al hombre se le caía un poco de ceniza del cigarrillo que sostenía entre los labios.

—Hasta para eso van a tener suerte estos tíos. Les va a hacer un día estupendo.

Eulogio Martínez Vega señalaba el trozo de cielo que se veía sobre el patio, desvaídamente azul, con sólo las veladuras de algunas nubecillas transparentes como gasas.

—Sí que tienen potra, sí —convino Agustín.

Molina asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Nosotros también soñamos alguna vez con un día como éste. ¡La victoria final! ¡Desfilar por Madrid! Ahí es nada, compañeros.

—Ya lo creo —y Agustín suspiró.

Siguió una pausa. La nostalgia y la tristeza ensombrecían los semblantes. La ciudad había madrugado aquel día más que de ordinario y empezaban a sonar unas musiquillas en algunos remotos altavoces, que llegaban hasta los reclusos como rumores de una fiesta lejana.

—Demasiado romántico, ¿no te parece? —preguntó Olivares, que prosiguió diciendo—: Yo también pensé en este desfile victorioso por Madrid, pero no por eso dejo de comprender que esas cosas son pura teatralería, que parecen el acto final de una ópera.

—Quizá tengas razón, Federico, pero es hermoso, debe de ser muy hermoso...

Entre tanto, José Manuel empezó a recitar los versos de la «Marcha Triunfal» de Rubén Darío:

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! ¡Ya se oyen los claros clarines!
La espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

—Sí, suena bien, suena bien —le interrumpió Olivares—. Es música. Pero nada más que música.

José Manuel miró, asombrado, a Federico.

—¿Es que no te gusta?

Federico se encogió de hombros.

—Hombre, oírla alguna vez en un recital y sin asociarla a ningún hecho concreto, como un desahogo lírico, puede pasar. Pero es un topicazo como una catedral y no se la puede tomar en serio, José Manuel. Eso de que el abuelo de la barba blanca señala al niño de melena de oro el paso de los héroes y que la más bella mujer mira al más fiero de los vencedores, eso de los soles del rojo verano —y sonreía al decirlo— y lo de las nieves y viento del gélido invierno, me parece una cursilada monumental. Y mentira, mentira toda ella, tan falsa o más que toda esa literatura heroica que se han inventado los que no han visto la cara de la guerra. ¿Por qué no hablan de los piojos, de la mugre, del sueño, ni del hambre ni de las cagaderas del miedo?

José Manuel no pudo contenerse.

—¡Eres un bárbaro, Federico!

Había palidecido y sus ojos brillaban húmedos como si fuese a llorar. Federico se dio cuenta inmediatamente del estado de ánimo de su amigo y se apresuró a excusarse:

—Dispensa, chico. Ya sé que Rubén es uno de tus dioses, pero es que yo, por desgracia, he hecho la guerra y sé cómo es. De poesía, nada, y, si tiene poesía es otra muy distinta a toda esa palabrería sonora de Rubén. Seguramente Rubén Darío no vio nunca mujeres y niños despanzurrados por un obús.

Intervino Molina:

—Bueno, dejemos en paz a Rubén Darío, que es también mi poeta predilecto. Lo que cuenta es que hoy es el día de la entrada oficial de Franco en Madrid. Es natural que lo celebren con un desfile y con todo el ruido que sean capaces de armar después de tres años de haberlo estado viendo sin poder entrar en él. ¡Madrid es mucho Madrid, compañeros! —movió la cabeza ponderativamente y añadió—: Eso lo sabemos nosotros muy bien.

—Madrid, rompeolas de todas las Españas... —murmuró Agustín.

—¡Machado sí que era un gran poeta, nuestro poeta! —y a don Alberto le

temblaba la voz.

—De acuerdo —accedió Molina en un suspiro—, pero no es a eso a lo que yo quería referirme. Yo quería ir a parar a otra cosa. Y es que hoy es el día en que debe aparecer el decreto de amnistía o de indulto general. ¿No es eso lo que se venía diciendo?

—Eso se rumoreaba, pero me parece que era sólo un bulo.

—Sí, sólo un bulo, Eulogio —afirmó Olivares rotundamente—. Un bulo que ha servido para tener confiada a la gente.

—Coño, por eso hace ya más de una semana que se acabaron las arengas del padre Basilio...

—Pues habrá que inventar otro en seguida... Otro bulo, digo.

La proposición de don Alberto provocó algunas sonrisas maliciosas. Molina, señalando con su índice a Olivares, insistió:

—Bulo o no, saldremos de dudas tan pronto como comiencen las comunicaciones o, a lo mejor, antes, y en cualquier caso sabremos a qué atenernos.

—Los tres falangistas que ingresaron el otro día —intervino Gonzalo— me dijeron que no pensáramos en nada que oliese a perdón, que la palabra amnistía ha sido borrada del diccionario.

—A que también van a cambiar el diccionario... —comentó irónicamente Agustín, acompañando sus palabras con un gesto cómico—. ¡Qué tíos más listos, leche! —Luego preguntó a Gonzalo—: ¿Y por qué han metido aquí a esos falangistas?

—Yo los conozco porque estuvieron en mis interrogatorios, y os aseguro que pegan fuerte los muy cabrones. ¡Ya lo creo! Según me han dicho los de la oficina están enchiquerados por exceso de celo nacional. Eso quiere decir que se han pasado de la raya, ¿comprendes?

—Está claro. Pues ahora las van a pasar canutas —dijo Eulogio Martínez Vega.

—Y así no se lo tomarán tan a pecho otra vez... —apuntó Agustín.

—¡Bah! —continuó diciendo Gonzalo. Estarán aquí cuatro días, ya lo veréis. ¿Qué les ha pasado a esos choris que robaron en la joyería de la calle de la Montera? Todos pensábamos que los iban a liquidar sin darles tiempo ni a despedirse de sus parientes, ¿y qué? El fiscal no les pidió más que seis años y ellos han solicitado encima la revisión de la causa porque les parecen muchos. Y hasta les han dado un destino en la prisión, en paquetes. ¿No es cojonudo eso? Unos ladrones profesionales para revisar los paquetes de comida y ropa que entran en la prisión para los presos... Ésos no van a comer mucho rancho aquí, no. Pues los falangistas, menos. Está visto que los únicos que pringan de verdad ahora son los políticos, nosotros.

Entonces apareció Toledano en la puerta de la sala, y, tras una rápida ojeada por los diversos grupos, descubrió el formado por Molina y sus amigos. Pero no se

dirigió allí, sino que esperó a que alguno de los contertulios le descubriese. Y fue Olivares el primero que cruzó su mirada con él. Le hizo una seña para que fuese a su encuentro y, a poco, se reunieron los dos en el pasillo.

—¿Qué? ¿Qué noticias hay? —preguntó Olivares entre dientes y sin mirar a su acompañante.

—Nada de particular —respondió el otro de la misma forma—. He leído el ABC y no trae ninguna noticia sobre indultos ni amnistías. Ni una palabra. Y si no lo trae ABC...

Olivares insistió:

—Entonces, nada, ¿no?

—Nada de nada.

—¿Y del extranjero?

—Lo de siempre, ya lo sabes: lo del pasillo de Danzig y todo eso...

—¿No acaban de entenderse polacos y alemanes?

—Ni hablar.

—¿Y de la cárcel?

—Pues que han colocado a los tres falangistas en las oficinas para vigilarnos. Ahora tenemos que andar por allí con pies de plomo, con doble cuidado, porque esos tipos son capaces de liársela a uno por menos de nada. Menos mal que nos necesitan...

Tras una pausa mientras seguían su paseo emparejado, preguntó Olivares:

—¿Habrà lista esta noche?

—Eso nunca se sabe hasta el momento crítico, poco antes de que vengan los guardias por ellos.

—Ya. Es que como se trata de un día tan señalado... Toledano se encogió de hombros y, ya con gesto y con voz normales, invitó a fumar a Federico.

—¡Y tanto que hoy es un día señalado, compañero! Eso del desfile va a ser formidable. No se habla de otra cosa en Madrid y a estas horas ya debe de estar la Castellana de bote en bote. Claro, nadie se lo quiere perder. Y para que nosotros podamos seguirlo desde aquí, se han pasado la noche varios soldados de transmisiones colocando unos grandes altavoces en el patio.

—Pero habrá comunicaciones, ¿no?

—Claro, hombre.

—Menos mal.

Después, Toledano, tras de cruzar con su amigo un gesto de inteligencia, murmuró:

—Y como no hay más asuntos de que tratar me voy, porque ya es la hora del recuento.

Y marchó hacia el rastrillo. Por su parte, Olivares se vio interceptado por Zaldúa,

quien le preguntó a quemarropa:

—¿Algo importante?

Olivares movió la cabeza en sentido negativo y añadió:

—Para nosotros, nada. Únicamente lo de Polonia, que sigue enredado.

—¡Es la guerra, Olivares, no lo dudes! —exclamó Zaldúa, alborozado, y como Olivares dejara entrever sus dudas en un gesto, insistió—: ¡Seguro! Nosotros tenemos informes que lo confirman.

—Pero si Polonia es el país más reaccionario y feudal de Europa, Zaldúa.

—Sí, pero es un hueso que se le ha atravesado en la garganta a Hitler.

—Bueno ¿y qué?

—Pues que Hitler tratará de tragárselo.

—Como se tragó a Checoslovaquia, ¿no?

—Sí, pero esta vez las democracias no podrán quedarse al paio.

—¿Que no? Pero, hombre, si Chamberlain y Daladier están dispuestos a bajarse los pantalones siempre que Hitler se lo pida.

—No te olvides, Olivares, de que esta vez entrará en juego la URSS. ¡Que no se te olvide ese detalle!

—¿La URSS? —y Federico se encogió de hombros—. ¿Para qué? ¿Para defender a los coroneles y a los terratenientes polacos, eh?

Zaldúa blandió el puño en el aire.

—¡Para machacar a Hitler!

Habían vuelto a la sala y eran el punto de atracción de muchas miradas.

—¿Tú crees, Zaldúa, que Stalin se atreverá a atacar a Hitler?

—¿Y por qué no? —le preguntó el otro, a su vez, airado.

—Eso tendría que decírnoslo el propio Stalin, ¿no te parece? Uno podría imaginarse cualquier razón, pero sólo él conoce la verdadera.

—¿Y cuál podría ser esa razón?

—Pues el miedo que le tiene a Hitler, tan grande o más que el que le tienen las democracias. Entre cobardes anda el juego, Zaldúa... Yo no me fío.

Entre tanto se habían puesto en pie los que formaban los grupos, y los que jugaban al ajedrez o estaban entretenidos de cualquier otra manera, interrumpieron el juego o el quehacer que tenían entre manos y se quedaron mirando, expectantes, a los dos interlocutores. Olivares aparecía tranquilo y sonriente, mientras que Zaldúa dejaba entrever bien claramente el esfuerzo que hacía para dominar su creciente indignación.

—Stalin sabe muy bien lo que hace, Olivares.

—Entonces es que se entiende con Hitler. De otra manera no se explican los triunfos de Hitler en Alemania, en España y en toda Europa.

Iba a replicar Zaldúa cuando sonó la orden conminatoria de los guardianes:

—¡A formar para el recuento! ¡Rápido!

Los funcionarios aparecían mejor vestidos. *Von Papen*, bien afeitado y con el calzado brillante, lucía uniforme nuevo.

Su actitud era también menos autoritaria y hosca. Él, que siempre gritaba e insultaba agriamente a los reclusos por el menor motivo o sin motivo alguno, esperó pacientemente a que terminaran de formar y luego de realizar rápidamente el recuento dio la orden de descanso y desapareció. Este cambio de maneras hizo que alguien aventurara:

—Es por la amnistía. Se ve que el hombre quiere quedar bien a última hora.

El comentario dio lugar a un tiroteo de réplicas y bromas y pronto cundió en las filas el desorden, sin que sirvieran de nada los esfuerzos del nuevo jefe de sala para imponer silencio. El sustituto de Planas había sido cabo de carabineros en la guerra y ya estaba juzgado y condenado a doce años y un día de prisión. Se llamaba Juan Diéguez.

—¡Silencio, por favor, no vayamos a liarla!

—¿Vas a ser tú ahora el hueso? —dijo una voz entre las filas.

—Ni hueso ni nada, pero si hay una cornada será para mí, ¿no? —replicó él.

—Bueno, muchachos; tiene razón Diéguez. No debemos comprometerle. Demasiado tiempo nos queda para hablar todo lo que queramos —salió otro en su defensa.

Apenas había remitido algo el alboroto cuando reapareció *Von Papen*. Diéguez gritó:

—¡Firmes!

Volvió el silencio. *Von Papen* se hizo el desentendido y ordenó:

—¡De a dos! ¡March!

Y empezó el desfile de los reclusos hacia el patio mientras se cruzaban entre ellos nuevos comentarios en voz baja:

—¿Habrá misa hoy?

—¡Seguro, hombre, seguro!

—Pero si no es fiesta religiosa...

—¿Y eso qué importa? Estos tíos te clavan una misa por menos de nada.

—¿Y de la amnistía qué?

—¡Leches!

—¡Bulos!

—Claro, eso lo dices tú porque ya estás juzgado. Pero ¿y los que estamos sin juzgar?

—También pasaréis por la piedra. Ya lo verás.

Los presos de cada sala fueron ocupando en el patio el sitio que se les tenía designado. Para todos fue una sorpresa encontrarse con el director y su estado mayor,

sobre la plataforma en que solían colocar el altar para la misa, de punta en blanco, y, tras ellos, las tres banderas del Movimiento ondulando en sus mástiles.

—Parece un general —dijo uno refiriéndose al director, henchido dentro de su reluciente uniforme.

Aletazos de viento fresco se abatían a intervalos sobre la formación y, en el cielo, las nubes se oscurecían y se alargaban interceptando a veces el paso de los rayos del sol. La primavera palpitaba en el aire con latidos rápidos y profundos, angustiosamente. Sonaban en torno a aquel silencio rumoroso los ruidos de las casas y de las calles próximas: jirones de voces femeninas, músicas de altavoces radiofónicos, chirridos de vehículos, e incluso rebotó la voz de un hombre llamando:

—¡Pilar! ¡Pilar! ¿Dónde andas?

Y la respuesta:

—Voy, hombre, voy.

Los presos callaban, tensos los sentidos, íntimamente turbados por aquellos reclamos de la vida. De pronto, la corneta tocó atención y luego ordenó la postura de firmes, y los presos volvieron a la realidad. Se oyó un rastreo de pies y un golpeteo irregular de las manos sobre los muslos. Después, uno de sus oficiales entregó un papel al director. Se puso éste las gafas lentamente y, mientras duró la operación, los hombres de las filas contuvieron el aliento.

—¡El decreto de amnistía! —murmuró alguien con la voz estremecida, y, una descarga emocional recorrió todas las espaldas y erizó los vellos a muchos.

En el vacío del más expectante silencio, el director inició un trémolo para cantar la grandeza de la España recobrada y anatemizar los inauditos crímenes y tropelías de los rojos. Por fortuna, triunfaron los mejores, gracias a la protección de Dios y al genio del Caudillo. En aquellos momentos, representaciones de todos los ejércitos se preparaban para desfilan ante su jefe supremo y rendirle así el homenaje por su triunfo sobre los enemigos de Dios y de España: el comunismo, el anarquismo, el liberalismo y la masonería, y testimoniarle su inquebrantable adhesión. Sería como aquellos triunfos de los césares en la antigua Roma. Los que le escuchaban debían abandonar definitivamente cualquier sueño de desquite. *¡No habrá más vueltas de tortilla!*, gritó. La cuestión se había zanjado para siempre, y los vencidos deberían sufrir sus consecuencias. Era tan enorme la responsabilidad contraída por los rojos, que no se podía ni pensar siquiera en una amnistía. Eso de la amnistía y del borrón y cuenta nueva era propio de los regímenes débiles, sin fe ni ideales. El régimen nacionalsindicalista, por el contrario, era la fortaleza misma y estaba inspirado en los grandes ideales de unidad, autoridad y justicia social. Por eso había borrado la palabra amnistía de su vocabulario. Y en el día en que se celebraba la victoria incondicional de la buena causa, los triunfadores, fuertes, imbatibles y al mismo tiempo, generosos, con la generosidad que les inspiraba su espíritu profundamente

cristiano, se acordaban de sus enemigos para anunciarles que las puertas de la patria no quedaban irrevocablemente cerradas para ellos. Un día, cuando hubiesen purgado sus culpas, serían integrados de nuevo en la gran familia española y podrían participar en las tareas comunes. Para adelantar en lo posible esa fecha, el régimen nacionalsindicalista, católico y misionero, inauguraría un nuevo sistema penitenciario, un verdadero modelo de caridad y de amor cristiano. Un tercio de las penas podría redimirse mediante el trabajo. Eso, la redención de las penas por el trabajo era la buena nueva que tenía que comunicarles. El país de la legislación de Indias continuaba así su gran tradición humanitaria y católica. Quien no se olvidó de proteger a los indígenas de América, tampoco podía olvidarse de sus propios hijos descarriados. Con el Fuero del Trabajo y la Redención de penas por el Trabajo, la España victoriosa se mostraba un vez más como hija obedientísima de la Santa Madre Iglesia y fiel cumplidora de la doctrina social de sus Sumos Pontífices. Y terminó su piadosa y patriótica arenga con los gritos:

—¡Por Dios y por España! ¡Arriba los corazones!

Acabó ronco, convulso, congestionado, sudoroso. Cuando se extinguieron sus gritos, todo quedó en un silencio análogo al que sigue a los bombardeos: un silencio sordo, hueco, de desolación y vacío. Hasta los ruidos de los alrededores se contuvieron unos instantes. Para salir de aquella especie de coma, el director hizo una señal a los del orfeón y empezó el canto de los himnos, de los tres himnos, que los reclusos corearon lánguidamente, torpemente, con balbuceos. Siguieron los tres gritos históricos y los vivas de ritual, que sólo los oficiales y guardianes contestaron entusiásticamente. Los reclusos se limitaron a abrir la boca y emitir un clamor confuso, inarticulado, como un eco. El director, lívido de rabia, descendió bruscamente de la tribuna y, seguido de sus edecanes, abandonó el patio. Entonces se produjo una situación embarazosa. Los guardianes que habían permanecido en sus puestos, se miraban unos a otros sin saber qué determinación tomar. Por su parte, los reclusos, vencido el pasmo, daban ya muestras de impaciencia. De repente, tras unos chirridos, se abrieron los grifos de los altavoces y saltó sobre la formación el chorro de las músicas marciales. Unos agudos cornetines contrapunteaban con sus alaridos metálicos el ritmo vibrante de la marcha. Era el himno de la Legión. Sonaba a incendio, a toque de rebato, a delirio. Todo parecía romperse y estallar.

Al fin, uno de los guardianes gritó algo que nadie oyó, pero por sus gestos se entendió que ordenaba a los reclusos que rompieran filas. Se deshizo la formación y la gente se repartió en grupos. Pronto, el humo de los cigarrillos se condensó como un hongo gris sobre el patio. El clamor taladrante de los altavoces dominaba por completo todos los demás ruidos e impedía seguir una conversación en tono normal. Después del himno legionario sonaron «Los voluntarios» y otras marchas igualmente agresivas y ensordecedoras. Algunos hombres se tapaban los oídos con las manos.

Sólo Gaspar parecía complacido, sin duda porque se sentía menos sordo.

Susano García discutía con los hombres del coro.

—A mí me borras ahora mismo —le gritaba uno.

—¡Y a mí, también!

—Y a mí.

En vano trataba de calmarlos con gestos de contención y gritándoles:

—¡Eso se lo decís al jefe de servicios!

—Se lo dices tú, que para eso eres el director —le replicaban.

—Que canten ellos la misa si quieren.

—Os quedaréis sin el cazo extra de rancho y sin la comunicación extraordinaria —argüía Susano.

—Está bien, pero la misa se la cantarán ellos.

Otros miembros del coro callaban, indecisos.

—Bueno —accedió al fin Susano—, pero no podéis daros todos de baja al mismo tiempo. Yo también desearía dejar esto. Creí, como vosotros, que iba a ser cosa de pocos días, que nos echarían pronto a la calle, y pensé que lo mejor sería entretenerse con algo mientras tanto. Pero ahora...

—Ni amnistía ni indulto, ya lo has visto, Susano.

—Sí, ya lo he visto. Pero hay que hacer las cosas con tiento. Si os retiráis todos a la vez, lo van a tomar como una conspiración y ya sabéis cómo las gastan estos tíos. Es mejor hacerlo poco a poco. Primero, uno; a los pocos días, otro, y así hasta que me quede yo solo, ¿entendido?

Los razonamientos de Susano hicieron mella en los cantores y, sin más discusión, convinieron ir desertando uno a uno. Aún les dijo Susano:

—Según mis noticias, me van a llevar a consejo muy pronto. En ese caso, el orfeón se deshará por sí solo, porque, aunque no he matado al cura de mi pueblo, que es de lo que me acusan, no me escaparé sin unos cuantos años de cárcel. Y si es así, no creo que me dejen en este destino.

—No, si de aquí no se escapa ni Dios sin una buena condena. Es lo único que ha quedado bien claro...

Entre tanto, habían comenzado las comunicaciones, igual que todos los días.

—¿Habrà rancho extraordinario hoy? —preguntaba un hombre en los puros huesos, vestido de harapos, a un rancharo reluciente de sebo.

—Sí, pollo con tomate —y el rancharo se echó a reír.

El hambriento recibió la broma como una bofetada, pero no replicó. Siguió con mirada canina al rancharo hasta que éste desapareció, y luego reanudó su merodeo en torno a los grupos, al acecho de una colilla o de una cáscara de plátano. Eran muchos los que, como él, se dedicaban incansablemente, desde que abrían los ojos cada mañana, hasta que los cerraban cada noche, a la husma y recogida de desperdicios;

como no faltaban los que hacían gala ostentosa de sus abundantes provisiones. Algunos opulentos reclusos tomaban a su servicio a aquellos otros que, enfermos de hambre, estaban ya al borde de la animalidad, para que les extendiesen o recogiesen el petate, les fregaran los platos, hicieran por ellos las imaginarias, o los sustituyesen en los servicios de limpieza, a cambio del rancho y de las colillas.

Señalando al que, a la hora de las comidas sacaba a relucir sobre la tabla que le servía de mesa sus embutidos, sus quesos y sus latas de conserva, aunque se limitara luego a tomar un poquitín de cada cosa, dijo una vez Martínez Vega:

—A este tío me lo cargo yo un día. Es un asqueroso burgués, pero mil veces peor que los otros. Como venga una segunda vuelta... —y le rechinaron los dientes.

Las nubes, por momentos más densas y grises, ocupaban ya todo el cielo, y el aire se había impregnado de humedad.

—Se les va a aguar la fiesta —dijo, sin poder ocultar su satisfacción, Agustín.

—Pero quién pudiera estar ahora en la Castellana viendo desfilar a nuestros batallones, ¿no? —preguntó Martínez Vega, añadiendo—: Aunque cayera el agua a cántaros.

—Es verdad —concedió Molina.

Callaron, de pronto, entristecidos. Los altavoces tronaban.

Al cabo de un silencio largo e introspectivo, recordó José Manuel:

—Dieciocho días llevamos ya condenados a muerte.

—Ya casi se ha acostumbrado uno —comentó Agustín.

—Pero una noche cualquiera... —insinuó José Manuel.

—Es mejor no pensar en ello —dijo Olivares.

Zaldúa se acercó al corro y dejó caer la noticia:

—Lo de Danzig está que arde. Hitler no se puede echar atrás y las democracias se están poniendo de acuerdo con la URSS para hacerle frente. ¡Es la guerra a corto plazo! Y Zaldúa se marchó para decir lo mismo en otros grupos.

—¿Qué piensas de ello? —preguntó Olivares a Molina.

—Que no creo que la guerra esté tan próxima. Después del abandono de Checoslovaquia por parte de Inglaterra, Francia y la URSS, no se van a pelear ahora por una ciudad como Danzig.

—Pero es que después de Danzig, Hitler reclamará otra cosa, Molina —dijo Olivares.

Cuando llegue el día, Hitler atacará a Rusia —replicó aquél—. Y se la tragará con el beneplácito de todos.

—Entonces el mundo se hará fascista, ¿no es eso? —volvió a la carga Agustín.

Molina movió negativamente la cabeza.

No. Por algún tiempo, aparentemente sí. Pero no a la larga ni definitivamente.

—No lo entiendo —confesó Agustín.

—Pues es muy sencillo. Hitler atacará a Stalin. La lucha será durísima y, en cualquier caso, el vencedor saldrá tan débil y destrozado de ella que quedará prácticamente a merced del gran capitalismo de Francia e Inglaterra. Entonces se producirá el cambio, también para nosotros. Los que salgan de ésta con vida podrán verlo.

Olivares sintió que le tocaban en el hombro. Era Gonzalo. Éste le hizo señas de que le siguiera y ambos se apartaron un poco. Gonzalo aparecía pálido y nervioso. Rápidamente empezó a hablar:

—¿A que no sabes la putada que me ha hecho Cantero? —y como Olivares, sorprendido, no supiera qué contestarle, prosiguió—: Para que te fíes de los compañeros... Acabo de comunicar y mi compañera me ha dicho que de un expediente en el que íbamos juntos él y yo, han hecho dos distintos, independientes. Quiere decir que nos van a juzgar por separado. ¿Te das cuenta?

Olivares no comprendía.

—No sé... —balbució.

—Pues está bien claro, muchacho. Como Cantero es el que ha protegido más que nadie al *Mediquín* y a *la Condesita*, se ve que éstos sólo quieren protegerle a él y no a mí. Por eso han separado los expedientes. Salvan a Cantero y me fusilan a mí y, todos tan contentos, ¿no? ¡Me cago en la madre que los parió a todos!

—Bueno, pero a lo mejor Cantero no tiene culpa de nada. ¿Y si *el Mediquín* y *la Condesita* han obrado sin consultarle?

—¡Quia! Antes que mi compañera lo sabría la de Cantero, digo yo, y, sin embargo, le dije a la mía que no tenía idea de ello. Y Cantero tampoco me ha dicho nada a mí. Claro, porque suponía lo mal que me iba a sentar la noticia. —Movié la cabeza airadamente y prosiguió—: Le traicionan a uno por todas partes. ¡Que asco! Si yo hubiera sabido... ¿Por qué me metería yo en estas cosas?

—¿Qué cosas, Gonzalo?

Gonzalo le miró gravemente y, luego, desviando sus ojos de él, dijo, con voz quebrada y oscura:

—En lo del Comité de Defensa. Se empieza sin querer y luego...

Siguió una pausa. Olivares sacó su cajetilla, extrajo de ella un cigarrillo, lo partió por la mitad y dio una de las partes a Gonzalo. Liaron después en silencio sus delgados pitillos y empezaron a fumar.

—¿En qué trabajabas antes de la guerra, Gonzalo? —preguntó al cabo de un rato Olivares, tratando así de aliviar a su amigo.

Gonzalo soltó dos chorros de humo por las narices.

—En la construcción. Yo era solador. Estábamos en huelga cuando estalló la guerra. Formaba parte de los piquetes de huelga contra los esquirols, ya sabes, pero yo no llevaba más arma que una tira de cubierta de camión, para cuando había que

dar leña. Y sí, he dado muchos zurriagazos, pero nunca quise llevar pistola. No me gustaban los tiros, y los compañeros lo sabían. Por eso no me obligaban. Hasta que el 18 de julio tuve que coger un fusil. En aquellos días andaba uno como loco. Estuve en lo de Alcalá. Allí disparé por primera vez en mi vida. No sé si maté a alguien. A lo mejor, no; pero a lo mejor, sí. ¡Quién sabe! Desde luego, lo que se dice fusilar, no fusilé a nadie. Pero cuando regresábamos de Alcalá... ¿Te acuerdas de Charo Chávez?

—¿Charo Chávez? —se preguntó en voz alta Olivares, sorprendido.

—Sí, hombre. Una estrella de revista. Extranjera. De Cuba o de Puerto Rico. No lo sé muy bien. Creo que hasta fue querida del rey...

—Ya, ya... Me parece que ya caigo. Sí. Me suena su nombre —dijo Olivares manteniendo aún entrecerrados los ojos por el esfuerzo en recordar. Y preguntó seguidamente—: Pero ¿qué tiene que ver esa mujer con tu historia?

—¿Que qué tiene que ver? Mucho, compañero.

Federico se le quedó mirando atentamente. El ruido de los altavoces les obligaba a acercarse mucho el uno al otro para entenderse.

—¿Es que tú...?

Gonzalo negó con la cabeza.

—No es lo que tú estás pensando, no. —Hizo una pausa y prosiguió—: Como te decía, volvíamos en los camiones, hechos trizas de cansancio y sueño. Llevábamos varios días sin dormir y casi sin comer. Al desembocar en la plaza de Manuel Becerra oímos un «paco» y, en seguida, otro. Ya te puedes imaginar lo que vino después. Nos tiramos de los camiones. Alguien había localizado la casa de donde salieron los disparos y, mientras algunos compañeros rodeaban la manzana, yo seguí a Barrios, que era el responsable de la expedición. Ya habrás oído hablar del compañero Barrios, un antiguo militante de los grupos y de los sindicatos, muy destacado en la Organización de Madrid. Un gran compañero, valiente, desinteresado y siempre dispuesto a dar la cara. Un compañero como hay muy pocos, vaya. Pues no veas cómo subimos la escalera. Registramos piso por piso hasta llegar a uno donde salió a abrirnos una mujer vestida con un pijama transparente, de seda. Nos dejó al pronto sin respiración, pero Barrios la echó a un lado sin muchos miramientos y entramos todos en el piso. Éramos cinco hombres, los cinco armados. Con barbas de ocho días. Apestando a sudor. Con los monos desgarrados y con las caras manchadas de polvo y tiznajos. Debíamos de parecer demonios. Pues no creas que se asustó la gachí aquella, no. Al contrario. ¿Qué *buscáis*?, nos gritó, mejor dicho, le gritó a Barrios, cogiéndole de un brazo. Barrios se soltó de un tirón y le contestó: *A ese cabrón que acaba de dispararnos desde aquí.* Y ella se sonrió y dijo: *Está bien, pero no rompáis nada. Venid conmigo.* Y nos llevó hasta una puerta cerrada, y delante de ella volvió a hablar: *Ahí lo tenéis.* Nosotros vacilamos. ¿Y si era una trampa? Por si acaso, Barrios

me ordenó que le pusiera la punta del cañón de mi pistola en la sien y que apretase el gatillo si aquello era una encerrona. Yo había cogido en el cuartel de Alcalá una pistola Astra del 9 largo y apunté con ella a la cabeza de la gachí. Ella se puso muy pálida, pero no hizo ningún aspaviento. Por su parte, Barrios dio con los nudillos en la puerta. Luego gritó: *Que salgan inmediatamente con las manos en alto los que estén ahí. Si no, echaremos la puerta abajo y tiraremos dentro un par de bombas de mano.* No hizo falta, porque se abrió la puerta y apareció por ella un hombre alto, moreno, joven y bien parecido. Muy pálido. Parece que lo estoy viendo ahora. Estaba desnudo de medio cuerpo para arriba y le brillaba la piel por lo mucho que sudaba... No abrió la boca. Miró a la mujer y ésta bajó los ojos. Barrios apuntó al hombre con su pistola y le preguntó si había alguien más allí. El fulano dijo que no y que la mujer no tenía culpa de nada. Luego, todo fue muy rápido. Dos compañeros amarraron al hombre. A los otros dos les ordenó Barrios que registraran bien toda la casa por si había gato encerrado, y a mí me hizo señas de que empujase a la mujer hacia la habitación, cosa que no tuve que hacer porque ella misma se adelantó a complacer a Barrios, y entramos los tres en la alcoba. Era una alcoba muy lujosa, como yo no había visto ninguna hasta entonces. Lo primero que descubrimos fue el fusil. Estaba junto a una ventana. Barrios se dejó caer sentado sobre la cama, que debía de ser muy blanda porque se cimbrecó suavemente, y cerró los ojos. Entonces me fijé bien en la mujer. Era una de esas hembras que quitan el sentido. Alta, morena, de buenas carnes, con unos ojos negros que cegaban. Se le transparentaban los pechos y las bragas... Y los pies los llevaba con las uñas pintadas... Y olía a gloria. ¡Que tía! ¡De miedo! Había que verla como yo la estaba viendo...

Brillaban los ojos de Gonzalo, enajenado todavía por el recuerdo de aquella mujer. Hizo una pausa. Tiró al suelo la punta del cigarrillo y la aplastó con la alpargata. Luego prosiguió:

—Barrios abrió mucho la boca en un largo bostezo, y también los ojos, enrojecidos. Se caía de sueño. Dejó la pistola sobre la cama, a su lado, y le preguntó a la mujer si era su marido el hombre que habíamos trincado allí. Ella contestó que no, que no era su marido, que era su amigo, un amigo. Entonces le preguntó Barrios: *¿Y quién eres tú? Y ella le dijo: Pero ¿es que no me habéis conocido? Y lo dijo casi enfadada, como si nuestra obligación fuera conocerla, ¿comprendes? Barrios y yo nos miramos y nos encogimos de hombros. Como no te expliques..., le dijo Barrios. Y ella fue y nos dijo: ¿No habéis oído nunca hablar de Charo Chávez? Pues esa soy yo, Charo Chávez.* Claro que habíamos oído su nombre, pero ninguno de los dos pudimos nunca ir a verla al teatro. Conque ¡Charo Chávez! Vaya, vaya... Y dirigiéndose a mí, dijo después Barrios que me encargase yo del grupo y lleváramos al prisionero al Comité de Defensa y que les dijese a aquellos compañeros que él iría después..., en cuanto interrogase a la fulana. *A lo mejor me llevo a ésta o, a lo mejor*

no. *Depende de lo que me diga y de lo que encuentre yo aquí, porque puede que encuentre algo...* Eso hice y ya no supe más del asunto hasta que, pasados unos días, me llamaron para hacer un servicio. Era por la tarde, a última hora. Sólo me dijeron que se trataba de un servicio especial, pero cuando el coche se detuvo ante la casa de Charo Chávez, sospeché que íbamos a detenerla. En el portal hacían guardia dos compañeros. Nosotros subimos directamente al piso. Llamamos y nos salió a abrir ella, esta vez vestida y calzada para salir. Normal, vamos. Nos preguntó qué queríamos, pero el compañero Lucas, que iba de responsable, la empujó adentro. Charo Chávez casi se cayó y la puerta quedó de par en par. Entramos y, de pronto, vimos a Lucas, que había echado delante de nosotros, quedarse pálido y tieso como un muerto. Y es que tenía enfrente a Barrios con la pistola en una mano, apuntándole. Con la otra tenía cogido un maletín. La gachí había ido a parapetarse detrás de él. Barrios podía matarnos a los tres del grupo y yo, la verdad, me di por muerto. Barrios nos miraba fijamente y nosotros no sabíamos qué hacer. Al fin recobró el habla Lucas y fue y le dijo a Barrios: *¿Qué vas a hacer, compañero? Puedes matarnos, si quieres, pero estás perdido.* Entonces Barrios bajó la pistola y se la dio a Lucas por la culata. También le dio el maletín y luego dijo: *Soy culpable y me entrego.* La mujer, que había estado callada hasta ese momento, se puso como una fiera. Insultó a Barrios con las peores palabras y, de no impedírselo nosotros, se hubiera tirado a arañarle. Pero la sujetamos. Se calmó un poco. Sin embargo, durante todo el camino de regreso al Comité de Defensa, estuvo llamando a Barrios maricón y cobarde. Barrios parecía no oírlo y no abrió la boca hasta que compareció ante los compañeros del Comité. Entonces contó lo que había pasado. Cuando se quedó a solas con Charo Chávez el día en que detuvimos a su amigo, empezó a interrogarla, pero tenía tanto sueño que se quedó dormido sin darse cuenta. Al despertar se encontró metido en la cama, desnudo. Charo Chávez, sentada en una butaquita a su lado, le contemplaba, medio en cueros. Barrios creyó al principio que soñaba, pero ella le hizo comprender bien pronto que aquello era verdad, que estaba despierto. Quiso él levantarse, pero Charo le dijo que llevaba veinticuatro horas seguidas durmiendo y que lo que necesitaba era comer. Y le sirvió el almuerzo que tenía allí preparado sobre una bandeja, con lo mejor de lo mejor. Barrios estaba hambriento como un lobo y comió y bebió hasta que no pudo más. Se hinchó, vamos. Luego, ella se metió en la cama con él y empezó el lío. ¡Figúrate! Yo conocía a la compañera de Barrios, una mujer harta de trabajar y pasar necesidades, con cinco chicos, hecha unos zorros. ¿Cómo podía resistir a Charo? Cualquiera otro en su lugar... Barrios, en su declaración, no hacía más que decir a los compañeros: *Yo creo que me dio algo para dormirme...* Te parece poco lo que le daba, ¿eh, Olivares? Pueden más dos tetas que siete carretas, y es verdad. Y, claro, Barrios claudicó. La gachí hizo con él lo que quiso, lo que ella empezó a tramar en cuanto lo vio por primera vez. Le propuso ocultarse en la embajada de Cuba y salir

luego de España y comenzar una nueva vida en América con el importe de las alhajas que ella tenía. Y Barrios se tragó el anzuelo. Los del Comité, entre tanto, habían empezado a sospechar y le siguieron los pasos. Así supieron que había ido a la embajada de Cuba a preparar la fuga, y esperaron al último momento para cogerle con las manos en la masa. Barrios contó todo, sin necesidad de que le apretasen los del Comité. Cuando hubo terminado, el Comité se fue a otra habitación para deliberar, pero no tardaron mucho sus miembros en ponerse de acuerdo. Habían acordado que Barrios debía morir, pero teniendo en cuenta sus méritos, le ofrecían la oportunidad de rehabilitarse. Para ello debía subir al frente de la Sierra inmediatamente, como miliciano raso. De cómo se comportara allí dependía que o lo matara el enemigo, o lo picaran los compañeros, o se conquistase de nuevo la confianza de la Organización a base de valor, coraje y sacrificio. Pero para que veas qué clase de tipo era, Barrios se opuso a la determinación del Comité. Dijo que no quería privilegios y echó en cara a los compañeros del Comité su falta de espíritu revolucionario. Empezó a gritar: *¡Tenéis que fusilarme! Yo he sido un traidor y merezco la muerte. Por mucho menos se mata a la gente ahora en aquella zona y ésta. Soy peor que un fascista. ¿No veis que si me perdonáis la vida dejáis la puerta abierta para que otros hagan lo mismo que he hecho yo? Además, ya no quiero vivir.* ¡Qué tío, Olivares! Los del Comité discutieron con él y Charo Chávez, que se olía que su suerte iba ligada a la de Barrios, se hincó de rodillas y, abrazada a sus piernas, le suplicaba, entre gritos y llantos, que aceptase la decisión de sus compañeros. Pero nadie pudo convencer a Barrios. Así que no hubo más remedio que matarlos a los dos aquella misma madrugada, junto a las tapias del cementerio del Este. Por desgracia, me tocó formar parte del pelotón. Barrios se portó como un hombre, sereno, callado, como si aquello no fuera con él. Nos repartió las pocas cosas que llevaba encima: unos cigarrillos, el encendedor de mecha, un billete de diez duros y algunas pesetillas sueltas, y el carnet, con el encargo de que éste lo hiciéramos llegar a su compañera. En cambio, Charo Chávez, cuando, harta de chillar y retorcerse como una loca, se dio cuenta de que no había escapatoria, nos pidió que la dejáramos emborracharse. Le dimos una botella de coñac y se la bebió entera mientras íbamos en el coche. Llegó borracha perdida. Tuvimos que sacarla a rastras y dejarla sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared para que no se cayera. Lloraba y babeaba, pero yo creo que estaba inconsciente y que se fue sin darse cuenta de lo que ocurría, porque a ella nos la cargamos la primera. Nunca hasta entonces había disparado yo así, a bocajarro, contra una persona indefensa. Lo hice atolondradamente, para terminar pronto, yo creo, porque me estaba sintiendo mal. Y tan mal, que estuve con diarrea lo menos una semana. Después le tocó a Barrios. ¡Aquello sí que fue un trago! Nos pidió, por favor, que nos diéramos prisa y gritó: *¡Viva la revolución social!* Nosotros estábamos más acongojados que él, ya lo creo, pero disparamos y lo matamos. Tanta rabia me dio el

que hubiéramos tenido que matar a un compañero como aquél por culpa de los fascistas que ya no deseé otra cosa que matar fascistas, pero fascistas emboscados, de la retaguardia, de los que no daban la cara. Y así fue cómo empecé. Al principio, con rabia, acordándome de Barrios. Después, fríamente, como aquel que hace su trabajo. Yo no conocía a las víctimas. Me decían: *Ése es un facha, un enemigo, y hay que acabar con él.* Y yo cumplía. A veces, sin embargo, me preguntaba si aquello era justo. Entonces me acordaba de que en todas las revoluciones se había hecho lo mismo y me decía que tendría que ser así. Por otra parte, no oía otra cosa que el relato de lo que los fachas habían hecho en Badajoz, en Valladolid, en Salamanca y en tantos otros sitios con nuestros compañeros, y se me encendía la sangre... Pero según fue pasando el tiempo los que andábamos en estas cosas nos fuimos dando cuenta de que los demás nos miraban con desprecio. A los tres o cuatro meses de guerra, la cosa dio un cambiazco. Ya no se hablaba tanto de revolución. En algunos periódicos y en algunos mítines empezaron a meterse con nosotros y a llamarnos asesinos, aunque todavía con disimulo, con medias palabras. Y no te digo nada cuando la guerra, después de la pérdida del Norte, se puso fea... Se nos señalaba con el dedo, se nos llamaba asesinos, ya claramente. Todo el mundo nos daba de lado y gracias a que nos tenían miedo, que, si no, yo creo que nos hubieran liquidado a todos como a perros rabiosos. Pues mira tú cuando entraron en tratos con Burgos... Hombre, resultaba que los únicos que debían pagar el pato éramos nosotros. La única condición para salvarse era la de no haber tomado parte en paseos y ejecuciones... ¡Qué bien! Todo el mundo se sacudía así las pulgas y nos las echaban a nosotros... Pero ¿qué habíamos hecho? Bailar con la más fea, apechar con lo peor... ¿Y los compañeros muertos en Valladolid, en Badajoz, en Salamanca, en Sevilla y en Granada, tan cacareados, estaban bien muertos? ¿Y las represalias? ¿Y la justicia revolucionaria? Ya nadie se acordaba, por lo visto, de lo que tanto se gritaba al principio, de que la retaguardia era aún más peligrosa que el frente. No. La guerra estaba perdida y lo que había que hacer era salvarse cada cual como pudiera. Los buenos se marcharon, y los que nos quedamos, porque no pudimos marcharnos, somos los malos. Y nosotros, los peores entre todos. Pero uno dice que ha salvado a un cura; el otro, que ha avalado a yo no sé cuántos fachas; algunos, que han tenido escondidas en su casa a unas monjas... Y no faltan los que quieren alegar que estuvieron a favor de la República a la fuerza, por miedo... Yo sé que no todos se han rajado, que hay quien se mantiene en su puesto... Pero son, seguramente, los que menos chillaban entonces. Claro que el miedo es libre y que no hay que tener muy en cuenta lo que el miedo obliga a hablar. Hasta ahora han estado engolosinados con la amnistía. Pero ¿a partir de hoy, qué? Yo sé que no tengo salvación, y menos desde que Cantero me ha dejado en la cuneta, y que cualquier noche me sacarán para fusilarme. Te voy a decir una cosa: nunca creí que yo llegara con vida al final de la

guerra, así que he vivido mucho más de lo que pensaba, de propina. Y te voy a decir otra cosa, y es que me alegro de que no haya amnistía y de que a todos nos midan por el mismo rasero. Así es como se salvará la revolución, que es por lo que yo he luchado y voy a morir. Si hubiera amnistía, más de la mitad de los que están en la cárcel se pasarían al enemigo, se harían fachas, mucho más rabiosos que los de verdad. En cambio, ahora, delante del toro y sin defensa, el que más y el que menos tendrá que atarse muy bien los machos y echarle coraje a la cosa. Y se salvará lo mejor, ¿no te parece, Olivares?

Entonces se cernió sobre el patio un estrépito de motores que estremecía el aire al tiempo que por el altavoz gritaba histéricamente el locutor:

—¡Los cóndores llegan! ¡Llegó la Victoria!

Era una formación de trimotores Junker. En cabeza, varios de ellos formaban la letra F. Volaban solemnes, lentos, imperturbables, bajo la capa de nubes, como grandes pajarracos oscuros que presagiaran una tormenta de bombas y alaridos. Su runruneo sonaba como el resoplido fatigado de la muerte. Parecían enormes, invulnerables, irresistibles.

—¡Las pavas! ¡Las pavas! —gritaron muchos presos a la vez.

Todos, incluso Gonzalo, habían levantado la cabeza y contemplaban sobrecogidos, el paso de los temidos aviones. Temidos, admirados y envidiados. Con centelleantes estrías grises en las alas y el aspa negra en la cola.

—¿Os acordáis de aquella tarde de las treinta y tres pavas volando sobre Madrid?

—Ya lo creo. ¡Menudo zafarrancho se armó! Luego estuvo ardiendo toda la noche el centro de la ciudad.

—Fue cuando prendieron fuego al café Colonial, al hotel Savoy, a la farmacia de El Globo, al Círculo del partido radical en la calle Preciados...

Aquellos aviones, pesadilla de los republicanos durante la contienda, tanto en el frente como en la retaguardia, traían a la memoria de los reclusos estremecedores recuerdos. Era como si, de pronto, un fuerte viento removiera el polvo de sus terrores pasados.

—A mí me cogió en la calle. Había bajado del frente por suministro.

—Pues yo estaba en el hospital del Hotel Palace. Me acuerdo de que temblaron las lámparas. Hubo heridos que saltaron de las camas y echaron a correr como locos buscando la salida. Y es que parecía que se iba a hundir el edificio encima de nosotros.

—Si malo era lo de los aviones, ¿dónde me dejas los «pacos» que aprovecharon la confusión para disparar a mansalva?

—Yo vi como un casco de metralla arrancaba de cuajo una pierna a una mujer. Era de un pueblo de Extremadura, una evacuada. Había venido huyendo de la guerra, y ya ves...

—Pues ¿y los niños que palmaron aquella tarde? Las bombas no tienen ojos... ¡Maldita sea la madre que las parió!

—Ahora no llevan bombas y se ríen de nosotros...

—Muchas veces pienso que nos hubiera valido más morir en el frente. Al menos se hubiera uno ahorrado esto.

—Puede que tengas razón. Además está ya visto que van a ser muy pocos los que salgan de ésta y puedan contarlo. Gonzalo callaba. Olivares murmuró:

—Sí, aquella tarde conocí yo a Matilde. Lo que son las cosas...

Tras los trimotores, apareció el enjambre de los cazas distribuidos en grupos de tres. Por delante avanzaba una palabra que crecía y crecía hasta cubrir el cielo: FRANCO. Era el nombre del supremo vencedor, escrito en el aire por la geométrica disciplina de los aparatos y acompañado por el redoble triunfal de sus motores. Los reclusos la vieron flamear sobre ellos y la siguieron con la vista hasta que se perdió tras el filo de los tejados, pero aún continuó retumbando en el embudo del patio de la prisión su estela de truenos como una amenaza inextinguible. Y empezó a llover.

—Ha llegado el momento —dice el compañero Casi a los miembros del comité de enlace— de hacer frente a la realidad. Los compañeros se habrán dado cuenta de que no hay que contar con amnistías ni indultos y de que cada cual tendrá que defenderse como gato panza arriba. Y de que, para hacernos respetar algo aquí, en la cárcel, el único medio que tenemos es el de la unión y la solidaridad. Trabajar de común acuerdo, conseguir el control de la cárcel y acabar con los chivatos. El mejor camino para ello es acaparar los destinos, que compañeros de confianza entren a trabajar en las oficinas, sobre todo en la de «régimen». Con tanto papeleo como hay, los oficiales se arman un lío y no saben por dónde andan, y son los presos que tienen como auxiliares los que manejan los papeles. Ya han hecho desaparecer algún expediente y se han roto escritos de jueces militares que reclamaban a algunos presos para nuevas diligencias. Se cambian los nombres y la filiación... El objetivo ahora para nosotros en ese terreno es producir la mayor confusión y el mayor desbarajuste posibles... El director no puede leer todos los oficios que se le ponen a la firma... Esto es un follón y tenemos que aprovecharnos... —Hace una pausa para obtener el asentimiento tácito de sus amigos y prosigue—: No hace muchos días se presentó una pareja de la guardia civil con la orden de traslado a la prisión de Guadalajara de uno de nuestros compañeretes, reclamado por un juez de allí. Él estuvo en la toma de Guadalajara y le acusan de no sé cuántas muertes, creo que doscientas. Como veréis, la cosa no podía ser más grave. Si se lo llevaban, no le darían tiempo a defenderse, lo liarían y ya no tendría remedio. Por eso, tan pronto como los de «régimen» tuvieron conocimiento del caso, escondieron la orden del juez para que el oficial no la viese, advirtieron al interesado, que es Alejo Díaz, y vinieron a preguntarme qué podía hacer en favor

del compañero. A mí se me ocurrió que, de momento, lo único que interesaba era retener aquí a Alejo Díaz, y fui a ver a Caballero. Es él quien lleva la dirección de la enfermería porque el médico oficial no aparece por la prisión más que para firmar los partes y recoger su chusco. Entonces Caballero lo primero que hizo fue ingresar a Díaz en la enfermería y dar parte de que se encontraba inmovilizado por un ataque agudo de ciática. Por suerte, el médico oficial se encontraba en la prisión en aquellos momentos y firmó el parte sin leerlo. Todo ello se hizo en menos de diez minutos. Lo demás ya fue muy fácil, y la guardia civil se marchó llevándose tan sólo un oficio del director negándose a autorizar el traslado del recluso Alejo Díaz, porque, según el parte facultativo, no podía moverse de la cama. Alejo Díaz continúa sin salir de la enfermería, ni siquiera para comunicar, dando berridos cada vez que tiene que dejar la cama para hacer sus necesidades. Echándole más teatro a la cosa que Borrás. Mientras tanto, su familia, que conoce la verdad, está haciendo gestiones en Guadalajara para aclarar los hechos. Por lo visto, los que le acusan son otros compañeros...

—¡Chivatos! Son los chivatos los que nos pierden —le interrumpió, indignado, el representante del partido socialista.

Se encuentran reunidos, como de costumbre, en el rincón de la última sala, bajo la protección de sus propios centinelas. El resto de los reclusos, mientras tanto, dormita, caza piojos o mata el tiempo jugando a las damas o escribiendo interminables cartas a sus familiares. Es la hora de la siesta.

—Bueno —sigue diciendo Casi—, a veces, como en este caso, no se trata de chivatos. Los que acusan a Alejo Díaz pensaban que había logrado huir al extranjero. A mí me parece legítimo todo medio de defensa, siempre que no perjudique a un tercero, en las circunstancias en que nosotros nos encontramos.

—Naturalmente —concede Olivares.

—Por eso, de haber resultado cierta su suposición, la maniobra no podía ser más perfecta. Lo malo es que se equivocaron; pero parece ser que, en vista de ello, están dispuestos a rectificar.

—El juez instructor no les admitirá una nueva declaración, ya lo veréis —dice Cejador el socialista.

Seguro que no. Los instructores tienen tanto trabajo, que todos somos culpables para ellos mientras no demos lo contrario, ¿comprendes, Casi? —dice Viñas, el republicano de Azaña, y añade—: Y como eso es tan difícil, qué difícil, imposible, en la mayoría de los casos, prefieren dar por buena la acusación. Así todo es más rápido. ¿Cómo puedes demostrar, por ejemplo, que no entraste en el cuartel de la Montaña? ¿Dónde estabas en aquellos momentos? Puede que no te acuerdes con absoluta certeza, pero es que si te acuerdas de que el hecho sucedió mientras estabas en tu casa, ¿cómo lo atestigüas? Y aunque pudieras probarlo con el testimonio de un

vecino, ¿es que ese vecino estará dispuesto a prestar declaración? Puede que se encuentre también en la cárcel, o fugitivo u oculto, en cuyo caso nada se puede esperar. Pero aunque se encuentre en libertad, ¿es que en estas circunstancias hay nadie capaz de declarar a favor de un rojo?

Nadie contesta a sus preguntas, antes al contrario, todos hacen mudos gestos de asentimiento, salvo Olivares, que comenta:

—Quieres decir que no hay forma de evitar que nos coja el toro, ¿no?

—Más o menos —responde Viñas—. Mientras no se afloje un poco el nudo del miedo en unos y no se aplaque algo el odio en los otros, nuestra vida dependerá de un hilo. Esto es como una lotería con un solo número para ganar y todos los demás para perder. Si tienes la suerte de acertar el primero, te salvas, pero si no...

—Lo sé, sé todo eso —replica suavemente Casi—, pero no nos vamos a estar quietecitos. De cualquier modo, hemos hecho por Alejo Díaz lo que debíamos hacer, ¿no?

—De acuerdo, hombre, de acuerdo —opina Olivares, que añade—: Precisamente por el enorme peligro que corremos y por lo indefensos que estamos se impone la solidaridad entre nosotros como cuestión de vida o muerte. Contemos con que lo tenemos todo perdido, incluso la vida, y hagamos comprenderlo así a nuestros compañeros para que no se dejen engañar por falsas ilusiones, y de esa manera es posible que podamos organizar una resistencia efectiva empleando en la defensa todos los medios a nuestro alcance. No van a morir todos y, si actuamos de común acuerdo, morirán menos de los previstos. Si llegamos a controlar la prisión, evitaremos muchos males y podremos ayudar a los que más lo necesiten. Lo ocurrido con Alejo Díaz demuestra hasta dónde podemos llegar, compañeros.

—Ahí quería ir yo —y toma de nuevo la palabra Casi—, ahí es dónde quería ir yo. Para ello, es preciso tener compañeros de confianza en todos los departamentos de la prisión.

—Por supuesto —le apoya el socialista—. Es cosa que no admite discusión. Del mal, el menos ¿no? Es la única posibilidad que nos queda y hemos de aprovecharla. Estoy también completamente de acuerdo con Olivares en que hay que poner en estado de alerta a toda la prisión. Que nadie se confíe. Que todo el mundo sepa que nos estamos jugando la vida como en la guerra. Así como hasta ahora nuestra moral estaba por los suelos, porque la mayoría de los nuestros se habían dejado engatusar por las falsas promesas de indultos y amnistías, de hoy en adelante tenemos que procurar elevarla desengañándolos, diciéndoles la verdad sin tapujos, hasta poniéndoles todo más negro de lo que es. Tenemos que conseguir que la gente reaccione, que se encorajine. Así se darán cuenta los otros de que no somos un hato de borregos, y nos respetarán.

—Claro que sí —opina Méndez, el de la UGT.

Los del comité se miran unos a otros. No hay nadie que disienta. Tras una pausa, pregunta el republicano de Azaña:

—¿Hay algo más?

—Sí —contesta el socialista—. Tenemos el problema de la correspondencia. Con una tarjeta cada semana, que es lo que nos permite la dirección de la cárcel, no hay posibilidad de informar debidamente a nuestras familias ni de orientarlas en lo referente a nuestros expedientes. En las comunicaciones orales, menos todavía. ¿Cómo decir en veinte líneas de una tarjeta postal lo que han de hacer nuestros familiares en la calle para conseguir avales, pruebas, informes y declaraciones que nos favorezcan? En la calle apenas tienen idea de lo que pasa aquí y en los juzgados. Se creen lo que les dicen: que no hay que preocuparse por nosotros, que se estudiará cada caso imparcialmente, que se nos aplicará la ley lo más benignamente posible, etcétera. También se les dice que no tengan miedo, que éstos no son como los tribunales populares de los rojos, en los que no había garantía alguna para el acusado. Sigue lo de que nada tienen que temer los que no tengan manchadas las manos de sangre o robo. Claro, con estas monsergas los confían, como si lo que nos espera fuera poco más que una regañina. Algunos hasta se creen los horrores de que la Prensa nos acusa a todos sin distinción, y somos para ellos asesinos y ladrones, verdaderos monstruos que no merecemos más que el garrote vil. ¿Cómo convencer a familiares y amigos de lo contrario? No hay más que un camino: explicar lo que ocurre. A través de las tarjetas postales que tienen que pasar por la censura de la cárcel, o de las comunicaciones orales, donde no se entiende nadie, es imposible. En vista de ello, hemos realizado una gestión que ya ha empezado a dar buenos frutos. Vosotros conocéis a ese cura, don Odón, que viene mucho por aquí para hablar con los presos y convencer a los compañeros que se casaron en la guerra de que tienen que volver a casarse por la iglesia y bautizar a sus hijos. Es un tipo que nadie sabe qué cargo tiene ni de dónde ha salido. A nosotros nos tiene eso sin cuidado, como comprenderéis. Lo que sí nos importa es que pasa más hambre que el perro de un ciego. En vista de ello, aconsejamos a dos compañeros que se ganaran su confianza. Estos compañeros están casados antes de la guerra, pero tenían sus hijos sin bautizar. Pues en cuanto consintieron que don Odón les preparase el bautizo y se saliera con la suya, se lo metieron en el bolsillo. Una vez logrado eso, ya les fue fácil persuadirle de que los presos deberían poder comunicar libremente con sus familiares por medio de cartas sin límite de extensión, siempre que se tratara de asuntos relacionados con su proceso. Entonces le sugirieron que organizase él mismo el servicio. Y ya lo ha hecho. Él se compromete a hacer llegar a su destino todas las cartas que le entreguemos, al precio de una peseta por cada una de ellas. Las que sean para Madrid, las distribuirá a domicilio, y las que no, las pondrá en los buzones normales de correos. Naturalmente, hay que entregárselas abiertas, con el fin de que él pueda

comprobar que no se le mete contrabando, es decir, que sólo se trata en las cartas de asuntos familiares o relacionados con la situación procesal o penal del preso. ¿Está claro? Él hace su negocijo y nosotros resolvemos nuestra difícil papeleta.

—Pero ¿no será una trampa? —le sale al paso Viñas, el republicano de Azaña—. ¿No entregará luego las cartas al director?

—Ni hablar de eso —le replica Méndez, el ugetista—. ¿Qué conseguiría con ello? Además, lo descubriríamos en seguida, ¿no comprendéis? Por otra parte, ya lo hemos experimentado.

—¿Y funciona como él quiere hacernos creer?

—Como un reloj. Se le entrega la carta por la mañana y antes de que llegue la noche está ya en manos del destinatario. Ahora va a tomar a su servicio dos muchachos con sus correspondientes bicicletas. Sólo para eso, porque calculamos que tendrán que repartir diariamente unas cien cartas. Claro, es muy importante que nadie más que nosotros conozca el conducto para evitar una indiscreción y que todo se venga abajo. Cada uno de vosotros se encargará de recoger las cartas y las pesetas de los respectivos compañeros y luego me las entregarán a mí después del primer recuento; yo seré así el único que trate con don Odón. El tío se las mete en los bolsillos de la sotana, unos bolsillos especiales que le llegan casi hasta los pies, y anda, vete a descubrírselas...

Sonríe el socialista y sonrían los demás. El republicano de Martínez Barrio dice:

—En las mismas barbas de los guardianes... La cosa tiene gracia, hombre.

Olivares bromea:

—Habría que preguntarle cuánto nos cobraría por cada preso que consiguiera sacar bajo la sotana.

—Ésa sí que sería una buena solución, ¿no? —apunta el de Martínez Barrio.

—Todo se andará, todo se andará dice el socialista siguiendo la broma.

—Bien, está bien —habla el de la UGT—. Contando con que la cosa salga como queremos, me parece una idea genial. El peligro está en los chivatos. Ahora los tenemos, y muy peligrosos, en la oficina de «régimen» y en el departamento de paquetes. Son los falangistas y los chorizos.

Casi, silencioso durante largo rato, interviene:

—Tenemos un plan en marcha para cargarnos a esos tipos. No creo que falle; pero si fallase, intentaríamos otro porque, en efecto, su presencia en esos departamentos puede ser catastrófica para nosotros. Es cosa de pocos días; pero cuanto menos se hable del asunto, mejor. ¿De acuerdo?

Casi espera el asentimiento de sus amigos, que es unánime, y luego dice:

—Y ahora vamos con las noticias de Francia, pero antes quiero advertiros que no deben salir de entre nosotros por ahora, porque sería contraproducente, como veréis —mira lentamente a cada uno de sus compañeros y luego prosigue—: Ha vuelto el

emisario que nuestra organización envió a París, y he recibido su informe, informe que he quemado después de leerlo. Nuestro objetivo, como recordaréis, era recaudar dinero de las organizaciones antifascistas españolas en Francia. Con dinero se pueden comprar avales, declaraciones e, incluso, destruir expedientes, hacer que duerman en los cajones de los juzgados o arrancar de ellos documentos peligrosos. Es un error tratar de maniobrar por las alturas. Es mucho mejor trabajar en la base. Lo que no se puede pretender de un auditor, se logra sobornando o engañando a un mecanógrafo. Pasa en todas partes lo que aquí: que los que andan con los papeles son esos tipos en que nadie se fija. Luego, los de arriba firman en barbecho, y santas pascuas. Cuando quieren darse cuenta, si se enteran, la cosa ya no tiene remedio ni nadie es capaz de encontrar el hilo para llegar al ovillo...

Los del comité siguen atentamente las palabras de Casi. Éste marca una pausa que acrecienta aún más el interés de aquéllos y, antes de reanudar el informe, se cerciora con la mirada de que nadie más que ellos pueden oírle. Por si acaso, baja aún más la voz:

—Con dinero es posible casi todo —insiste—. Desgraciadamente, no podremos contar con él en esta ocasión. Los refugiados en Francia se han llevado consigo nuestros mayores defectos. No se entienden entre sí. Cada grupo tira por su lado. Y no es eso lo peor, sino que se hacen la guerra los unos a los otros. Se insultan y se echan en cara públicamente la culpa de lo sucedido en España. Cada cual ha ido a su avío y, mientras unos se encuentran bien instalados en París, en Toulouse y en otros puntos, la mayoría sigue sufriendo indecibles calamidades en los campos de concentración. Y en cuanto al dinero —hace un gesto de asco—, los que lo tienen se han olvidado de que es de todos. Se han formado dos grandes grupos: el SERE y el JARE, dominados respectivamente, por Negrín y Prieto, que sólo ayudan a sus amigos. Y los comunistas, por su parte, siguen haciendo proselitismo, el mismo que aquí durante la guerra, y tan sólo se preocupan por sus camaradas más incondicionales. Los altos cargos de la República gozan de sueldos y pensiones y, en cambio, miles y miles de excombatientes se mueren de hambre y de frío en las playas acotadas por alambradas y custodiadas por senegaleses. Si nada menos que Antonio Machado murió como murió y ahora sabemos muy bien cómo murió: abandonado por todos, sin un céntimo, recogido por caridad junto con su madre, ¿qué podemos esperar nosotros? Claro que aquello ocurría en los primeros días, cuando mayor era la confusión, cuando la riada se lo llevaba todo por delante... Pero es que no han cambiado de conducta.

Todo sigue allí igual o peor. A veces, se dejan ver por los campos de concentración unos tipos bien alimentados y bien vestidos, que llegan en flamantes automóviles, y en nombre de Negrín, o de Prieto, o del partido comunista, o de algún grupo de nuestra organización, reparten miserables socorros, pero solamente a sus

amigos o correligionarios más afines. A los demás, que los parta un rayo. Y lo de Rusia... Rusia no ha admitido más que a algunos, muy pocos, militantes comunistas. Y para América no embarca todo el que quiere, sino los hombres importantes o los que tienen influencia en las organizaciones... ¿A qué seguir removiendo mierda? Si supieran todo esto nuestros compañeros de la cárcel, ¿qué pasaría? La desmoralización podría llegar a extremos peligrosísimos para todos nosotros. Algunos no querrían saber nada de nada, porque ni están aquí todos los antifascistas ni son antifascistas verdaderos todos los que están enchiquerados. Así como la prisión está convirtiendo en rabiosos antifascistas a muchos que no lo eran y que lucharon a nuestro lado por pura casualidad, las noticias de Francia los convertirían en nuestros peores enemigos. Así que hay que procurar que sigan creyendo que nos llegará ayuda de fuera, que los refugiados en Francia están llevando a cabo una intensa campaña internacional en favor de los presos y perseguidos en España, que, en fin, nos estamos convirtiendo en héroes y mártires de la libertad. Que sigan creyendo todo eso, porque es la única manera de que conserven el orgullo y la rabia y la dignidad...

Sigue un oprimente silencio. El informe de Casi ha pasado sobre los hombres del comité como un soplo letal. Están anonadados, perdidos. Se miran entre sí, interrogantes, enfrentados al absurdo, incapaces aún de comprender lo que acaban de oír y temiesen haber oído mal. Casi espera en vano una reacción y es Olivares el primero que recobra la lucidez.

—Quieres decir —puntualiza— que las organizaciones de los refugiados se han negado a darnos ese dinero que nos es tan preciso ¿no?

La sonrisa de Casi no puede ser más triste ni más despectiva.

—Eso es. Da vergüenza decirlo, pero la verdad es que se rieron de nuestra pretensión. ¿Cómo —piensan por lo visto— entregar dinero para una causa tan perdida como la nuestra? De ningún modo. Ni poco, ni mucho, ni nada. Sería tanto como tirarlo por la ventana. Estamos prácticamente muertos y nada se puede esperar de nosotros.

—¡Cabrones! ¡Traidores! —exclama el de la UGT.

Casi, imperturbable, continúa:

—La esperanza de la República son ellos, sólo ellos, que han conservado la libertad y son los únicos capaces de devolvérsela a España. Pero nosotros... ¿Qué podemos hacer nosotros por la causa? Morir y hacer mártires de ella. —Mueve la cabeza pesarosamente y dice—: Pues aún hay respuestas peores.

—¿Peores? ¿Respuestas peores? —pregunta Olivares.

—Sí, aún hay más porque algún día se sabrá lo de los barcos... —y como advirtiera cierta perplejidad en sus oyentes, añade—: Sí, lo de los barcos. El gobierno de la República había constituido una compañía de navegación con barcos de diferentes pabellones extranjeros, de los que se servía para aprovisionarse de

municiones y víveres donde los encontrase, y al precio que exigieran los traficantes de armamentos y los especuladores. Pues bien, después de la «semana del duro» se contaba con esos barcos para la evacuación de cuantas personas quisieran abandonar España para no caer en manos de los fascistas. Por eso corrió tanta gente hacia Levante a última hora, cuando se rompieron las negociaciones con Burgos. Había que huir y allí esperaban los barcos... Sí, sí. Sólo algunos de los que se encontraban atracados en puerto admitieron fugitivos a bordo. Los demás se fueron de vacío. Otros, en ruta hacia España, recibieron orden en alta mar de volverse inmediatamente al punto de partida... Pero, hombre, si hasta hubo barco que dio media vuelta a la vista de quienes, enloquecidos por el miedo a caer prisioneros, los aguardaban como la única posibilidad de salvación. Así quedaron burlados tantos compañeros y compañeras concentrados en los puertos de Gandía y Alicante, y que tuvieron que entregarse después como morralla a los vencedores. ¿Por qué no se organizó la evacuación? ¿Quién cambió el rumbo de los barcos en alta mar o les ordenó volverse dejando en tierra a tantos antifascistas desesperados?

—Pero ¿por qué? —pregunta Olivares.

Casi se encoge de hombros y mueve la cabeza, dando a entender con sus gestos que se trata, en efecto, de algo incomprensible, fuera de toda lógica, o de algo tan siniestro y turbio que aterra y avergüenza sospechar tan sólo que pueda ser cierto.

—Tal vez —dice tras una pausa— porque quien dio esas órdenes a los capitanes nos considerase a todos nosotros enemigos del gobierno de Negrín y merecedores, por lo tanto, de que nos machacasen los vencedores. El organismo que controlaba la compañía de navegación estaba en manos de gente de mucha confianza del gobierno. De manera que esas órdenes no pudo darlas ningún franquista.

—¿Quién las dio? ¿Se sabe quién las dio? —quiere saber el republicano de Azaña.

—¡Dinos su nombre o sus nombres! —pide el correligionario de Unión Republicana.

—No se sabe con certeza, pero algún día se sabrá. Los que salgan con vida de ésta podrán conocer la verdad. Entre tanto, todo son suposiciones, nada más que suposiciones —contesta Casi.

—Pero ¿por qué hicieron eso? —insiste Olivares.

—Eso es, ¿con qué objeto? —pregunta el delegado de la UGT.

—Hombre —y Casi parece titubear—, pueden ser varios los motivos: crear mártires que sirvan de propaganda en lo futuro. En política todo es válido, compañeros... También es un modo muy sencillo de librarse de una fuerte oposición el día de mañana. Si los que nos tienen prisioneros nos eliminan, ¿quién podrá pedir cuentas, cuando llegue el momento, a los que se fueron y nos dejaron en la estacada? Ya estáis viendo cómo piensan de nosotros y en cuánto nos valoran, ya que no

quieren soltar ni una peseta para aliviar nuestra situación...

—¡Cabronazos! —estalla Méndez, dando un puñetazo sobre el petate.

—Lo que hay que procurar ahora —dice Casi— es que no lleguen a conocimiento de nuestros compañeros estas porquerías. Más vale que no sospechen nada. Con saberlas no se salvarán. Y si las ignoran podrán morir con más entereza.

—¿Y nosotros? —pregunta el de Azaña.

Casi sonrío.

—Nosotros somos militantes, y los militantes saben muy bien que hay mucho barro en todo, pero que, a pesar de ello, vale la pena luchar, ¿no es así, compañeros?

—Así es —se adelanta a decir el socialista.

Los demás callan y, tras una pausa, vuelve a resumir Olivares:

—Lo importante ahora, creo yo, es saber que nos encontramos solos frente al toro, ¿no es eso?

—Tal es nuestra situación —confirma Casi—. Estamos completamente solos.

El republicano de Azaña recobra la voz:

—Pero ¿y los franceses? ¿Cuál es la actitud de los franceses? ¿Qué piensa de nosotros la CGT, los socialistas, los comunistas y los demócratas franceses? Ellos no han pasado por nuestra prueba...

—¿Los franceses? —le interrumpe Casi—. Olvídalos. Son los que han encerrado a nuestros compañeros en campos de concentración y harían cualquier cosa para librarse de ellos, incluso entregarlos a Franco. ¿No ves que están asustados, que tienen miedo a Hitler y que lo único que desean es conservar la paz al precio que sea? Según lo que ha oído y observado nuestro compañero allí, los franceses están enfermos de miedo. Tanto miedo tienen, que son capaces de hacerse todos fascistas por no disgustar a Hitler. Por eso no creo que vaya a estallar pronto la guerra. Los franceses consentirán en lo de Danzig y en todo lo que venga después con tal de no ir a la guerra. Hasta le darían a Hitler la Alsacia y la Lorena si Hitler se las pidiese.

—Pues los comunistas opinan lo contrario —arguye el de Azaña.

Casi se encoge de hombros.

—Bah, lo que opinen o digan nuestros comunistas importa bien poco. Ellos tienen que pensar así. También pensaban que la URSS se volcaría incondicionalmente a nuestro favor y que correría toda clase de riesgos por nosotros. ¿Y qué pasó? Pues que nos dejó en la cuneta. Sin embargo, nuestros comunistas justifican a Stalin y siguen creyendo en él. Si no estalla esa guerra que ahora anuncian como inevitable, le echarán la culpa a los socialistas y a los demócratas de Francia e Inglaterra y sostendrán que Stalin no se equivoca nunca.

Los demás presos de la sala empiezan a removerse, a desperezarse. Gonzalo, uno de los vigías, se acerca al comité.

—¿Qué hay? —le pregunta Casi—. ¿Viene algún guardián? Gonzalo mueve la

cabeza negativamente y aclara:

—Los guardianes están muy ocupados ahora con los choris que metieron en el departamento de paquetes. Han encontrado en el petate de uno de ellos la libra de chocolate que esta mañana echó de menos un recluso .*Von Papen* les ha dado para empezar una buena mano de hostias, y ahora los está interrogando en la jefatura de servicio.

Casi mira a sus compañeros de comité, sonrío maliciosamente y comenta:

—No iban a ser malas hoy todas las noticias, ¿eh?

Ha terminado el despioje. Se recogen los juegos y los avíos de escribir. Se alisan y arreglan los petates. Está a punto de sonar el toque de corneta para salir al patio.

X

... y sí desnudos y solos
en un vasto cementerio

—Toma, fuma.

Y el hombre ofreció un cigarrillo a José Manuel. Éste levantó la vista del cuadernillo donde escribía, sonrió y dijo:

—No fumo, amigo mío; y no fumaré mientras esté en la cárcel.

—Es que quisiera obsequiarte con algo.

—No te preocupes. Yo no cobro mis versos —y siguió escribiendo.

Estaban sentados sobre las mantas enrolladas. Cerca de ellos, Olivares y Martínez Vega jugaban al ajedrez, observados atenta y silenciosamente por Molina, Agustín, Gonzalo y otros curiosos y aficionados a este juego. En los corros se charlaba en voz susurrante. Había quienes permanecían pensativos y ausentes; quienes escribían, interrumpiéndose a menudo, atentos a cualquier ruido o movimiento que se produjese a su alrededor y dirigiendo furtivas miradas al pasillo solitario; quienes leían y releían las mismas cartas; quienes contemplaban, enajenados, las manoseadas fotografías familiares que habían extraído de la cartera; quienes espían a los demás, inquietos, mordiéndose las uñas y fumando sin interrupción, y quienes vagaban imaginativamente por los caminos de la calurosa noche de junio que se dejaba ver sobre los tejados. Los más estaban desnudos de cintura para arriba, brillantes de sudor los velludos torsos.

Pocos momentos antes, la caldera del último rancho del día había sido retirada de allí, intacta, para ser repartidas sus sucias lentes en otras salas. Sólo se oía el rumor sofocado de la prisión, que formaban los pequeños ruidos inevitables en una comunidad de hombres tan nutrida.

—¿Te gusta el chocolate?

José Manuel contestó sin levantar la vista del cuadernillo:

—Hombre, sí. El chocolate es una de mis debilidades.

—Tengo una pastilla.

—No, no —y le sonrió—. Te aceptaré sólo una onza.

—Dos.

—Bueno, no vamos a discutir por eso —y José Manuel trató nuevamente de seguir sus ideas.

Martínez Vega se rascaba suavemente el pecho sudoroso, cubierto de negro vello ensortijado, pendiente de la mano de Olivares, que acababa de mover un caballo, y, tras una ligera vacilación, puso sus dedos sobre un alfil, pero no se decidió a realizar la jugada, detenido, sin duda, por el movimiento de la cabeza de Agustín, a quien veía con el rabillo del ojo. Entonces se oyó una voz de mujer por los tejados:

—¿Quieres venir a cenar?

Instintivamente, hasta los más abstraídos dirigieron sus ojos a la ventana, como si hubiese asomado por ella alguna extraña aparición. Pero en seguida volvieron a la realidad, sonriendo unos; encogiéndose de hombros otros. Cantero se levantó y salió al pasillo y tomó la dirección de los urinarios.

—Vamos, te toca mover —murmuró por fin Federico.

—Ten cuidado, Eulogio —le aconsejó Agustín—. Federico te está preparando una trampa.

—¿Quieres estarte callado? Los mirones no hablan —le reconvino suavemente Olivares.

Volvió el silencio. Martínez Vega seguía sudando y retorciéndose los vellos del pecho. Molina sonreía. Agustín miró para otro lado, hacia la peña de Zaldúa, en la que éste leía algo en voz muy baja y los demás escuchaban.

Gaspar parecía dormir, con la cabeza recostada en la pared. Don Alberto chupaba de cuando en cuando su pipa sin tabaco, y miraba el vacío. Gonzalo, que había advertido la salida de Cantero, se levantó, encendió un pitillo y fue a situarse en la puerta de la sala.

Cuando todo parecía más tranquilo, Gonzalo se volvió de pronto, lívido, y se dirigió a donde se encontraba Diéguez, el jefe de sala, que mataba el tiempo pintando flores sobre una cartulina blanca.

—Ya están ahí —le dijo al oído.

Diéguez dejó a un lado la cartulina y se puso en pie automáticamente, intensamente pálido también y estremecido. Su movimiento desencadenó una corriente simpática que sacudió a los demás presos. Olivares y Martínez Vega interrumpieron la partida de ajedrez y se levantaron. En la peña de Zaldúa se apagó la charla. José Manuel dejó de escribir versos onomásticos. Todos, unánimemente, se levantaron, y se hizo un silencio espeso, asfixiante, que se extendió rápidamente por toda la prisión. Se oyó entonces la tos de un centinela en los tejados, seguida del chirrido de la cancela en el corredor, y los presos avanzaron lentamente hacia el centro de la sala, callados, anhelantes. Siguió una breve pausa y, luego, aparecieron *Von Papen* y *Mister Eden*. Éste se quedó en la puerta y *Von Papen* penetró en la sala llevando un papel en la mano.

En ese momento reapareció Cantero, con el rostro de color verde oliváceo. Sus negros y penetrantes ojos buscaron los de Gonzalo y se entabló entre ambos un mudo diálogo de preguntas sin respuesta, cargado de reproches, de odio y avidez.

Los presos rodearon inmediatamente a *Von Papen*, sin que los contuviera la orden de permanecer en posición de firmes que les gritó Diéguez. Se apretujaron aún más, por el contrario. Olivares quedó junto a Martínez Vega. Todos ellos pretendían ver lo antes posible la lista para conocer su suerte, con la esperanza de no figurar en ella.

Von Papen braceó para quitarse de encima a los que le presionaban por delante mientras que por su espalda otros, de puntillas y alargando el cuello todo lo posible, se esforzaban por ver los nombres escritos en el papel, y empezó su lectura en alta voz, recreándose en la lentitud y en los silencios:

—Antonio...

Diez Antonios al menos sintieron un escalofrío por la espina dorsal y un calambre en el corazón.

—Biedma García —añadió *Von Papen*.

—¡Presente! —contestó una voz reseca.

Una pausa. Un hondo y plural suspiro y otra vez la voz de *Von Papen*.

—Coja la manta.

A Antonio Biedma García no le miraba nadie. El hombre se apartó lentamente del grupo y se dirigió hacia donde tenía sus cosas. Cogió la manta e hizo un montoncito con sus demás pertenencias.

Entre tanto, iban sonando otros nombres, con la misma parsimonia y seguidos de las mismas frases rituales:

—¡Presente!

—Coja la manta.

Olivares y Martínez Vega, sudorosos y casi abrazados, habían renunciado ya al intento de leer la lista y aguantaban el sorteo con los ojos entrecerrados. De pronto se oyó:

—Eulogio...

Olivares miró a su amigo y lo vio palidecer hasta quedar su rostro del color de la ceniza y, en un movimiento irreprimible, le atenazó fuertemente los brazos. Fue un momento atroz para ambos amigos.

—Martínez Vega —puntualizó la voz de *Von Papen*.

Entonces volvió a colorearse el rostro de Martínez Vega, súbitamente, violentamente, como si se le hubiese roto el dique del corazón y la sangre se le derramara por la superficie. Al mismo tiempo se relajó y dijo en un suspiro:

—Menos mal. Yo soy Vega, no Vega.

No obstante, lo oyó *Von Papen*, quien, volviendo la cabeza hacia donde se encontraba Martínez Vega, preguntó:

—¿Cómo? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Martínez Vega —contestó éste casi triunfante.

—¿Eulogio Martínez Vega? —insistió aquél.

—Sí.

—Pues es usted. Es que me había equivocado al leer.

Martínez Vega quedó con los ojos muy abiertos, paralizado por el estupor. Parecía no entender lo que estaba pasando o que no quería creer lo que acaba de oír. Su

cerebro no funcionaba. Federico, por su parte, temió un despertar violento de su amigo, hombre valeroso a toda prueba, y se apercibió instintivamente para impedir las consecuencias de un posible arrebató de furor de él al volver en sí. Pero Martínez Vega cerró los ojos, y al abrirlos de nuevo, miró a Olivares como un niño al que han cogido en falta, avergonzado, y murmuró débilmente:

—¡Qué tonto he sido!

Luego se apartó del grupo y se dirigió a su sitio para recoger la manta cuartelera, resignadamente, indefenso y entregado. En cambio, Federico, que seguía sus movimientos atentamente, temblaba de excitación, al borde del grito que sólo una crispación de la voluntad pudo retener en su garganta. La voz de *Von Papen*, inalterable, le dominó y le encadenó otra vez a su alucinante juego:

—Pedro...

La pausa. La caída en el vacío. La garra en el pecho y la punzada en el estómago.

—Pérez Caballero.

El suspiro liberador en cien pechos y la respuesta:

—¡Presente!

—Coja la manta.

Más nombres y otras tantas alternativas y vaivenes entre la renuncia y la esperanza. «¿Quedan aún más? ¿Estará el mío también? No puede ser. No, no puede ser. ¿Qué he hecho yo para ser elegido como víctima? Y los que se llevan, ¿qué han hecho para merecerlo? ¡A saber! ¡Cuidado, cuidado! No seas así, amigo. Porque no se trata tanto de haber hecho o dejado de hacer como de ser un vencido, y yo lo soy. Ahí está la clave de todo. ¿Y qué es un vencido? Pues el que paga, el que paga por todo y por todos. Entonces... A ver... Y Olivares oyó:

—Remigio...

Miró a Cantero. Cantero miraba a su vez a Gonzalo. Lo barrenaba con sus negros ojos fosforescentes. Cantero se había recobrado. Otra vez, su rostro moreno, de rasgos duros y severos, irradiaba serenidad. Miraba triunfalmente y sonreía con desprecio a Gonzalo, a quien le temblaba la barbilla y a quien se le había desangrado el rostro.

—Cantero Buendía —completó *Von Papen*.

Sonó entonces la grave voz de Cantero:

—Va, hombre, va.

Von Papen plegó lentamente la lista sin perder ojo a Cantero, y dijo:

—Coja la manta.

Cantero sonrió.

—No me hace falta. Yo no tengo frío.

Se había deshecho el grupo en torno al guardián y *Von Papen* dio un par de pasos hacia Cantero, con la diestra sobre la empuñadura de su pistola, en medio de un

silencio angustioso, tenso como la piel de un tambor. Los anteriormente nombrados formaban ya dos filas en el pasillo bajo la vigilancia de *Mister Eden*. Sólo permanecía en la sala Cantero, y *Von Papen*, mirándole como el cazador que teme que se le revuelva la pieza mal herida, le ordenó:

—Forme en el pasillo con los demás.

Cantero, siempre dueño de sí, con una calma teatral impresionante, preguntó al guardián:

—¿No puedo antes despedirme de un compañero?

Von Papen, nervioso ya y desconcertado, dudó un momento, pero el temor tal vez a la cólera fría de aquel hombre, le hizo acceder a ello.

—Bien, pero dese prisa.

Seguidamente, Cantero avanzó hacia Gonzalo con la mano extendida y, cuando éste se la estrechó débilmente, le dijo:

—Ya ves, soy yo el que va delante. Quiero que sepas que no hice nada por separar mi expediente del tuyo. Fue cosa del *Mediquín* para cerrarme la boca para siempre — y añadió, dirigiéndose ya a todos los mudos espectadores de la escena—: No me arrepiento de nada. Si todos hubieran hecho lo que yo, no estaríamos ahí ahora. Vivimos de propina desde el 18 de julio. Así que... Si alguno escapa con vida de ésta, que aprenda la lección para otra vez. ¡Y salud, compañeros!

Hablaba a muertos. Ni Gonzalo ni ningún otro contestó a sus palabras, dichas sin énfasis, sin ira, pero sí con la fuerza de quien expresa un convencimiento definitivo. Después dio media vuelta y se dispuso a cumplir la orden de *Von Papen* dócilmente, pero al pasar junto a *Mister Eden*, como éste le empujase suavemente hacia sus compañeros de expedición, se revolvió como si le hubiesen aplicado una ascua en la carne. Se encaró con *Mister Eden*, que dio un paso atrás y echó mano a la pistola, y le rozó el rostro con el aire de sus palabras rechinantes:

—¡No me toque ni me empuje!

Mister Eden cruzó una rápida mirada con *Von Papen*, pero éste se limitó a hacerle una leve indicación con la cabeza para que se contuviese, y ordenó en voz alta:

—Vamos. ¡De a dos! ¡March!

Las dos filas se pusieron en movimiento. Una postrer mirada amistosa de Martínez Vega hizo estremecerse a Olivares. Cantero marchaba solo, el último, y cerraban la comitiva los dos guardianes. Cuando desaparecieron todos por el pasillo y se oyó el golpe seco de la cancela, en la sala se quebró el encantamiento que mantenía inmóviles, paralíticos, a los hombres. Olivares, seguido de sus amigos, volvió a su petate. José Manuel, antes de unirse al grupo, tuvo que librarse de su cliente, diciéndole:

—Mañana terminaré la poesía. Ahora no puedo, ¿comprendes?

Olivares propuso a Gonzalo continuar la partida de ajedrez que interrumpiera

poco antes la irrupción de los guardianes:

—Juegas con blancas y te toca salir, Gonzalo.

Gonzalo se encogió de hombros, indeciso, pero ante la mirada de Olivares, que le instaba vehementemente a jugar, accedió, diciendo:

—Está bien, pero yo creo que lo mejor sería comenzar una nueva partida.

—Como quieras. El caso es jugar, o lo que sea, con tal de olvidarnos de esta pesadilla que acabamos de vivir. ¿No te parece?

Agustín, Molina, don Alberto y José Manuel, sentados alrededor de los jugadores, observaban en silencio cómo éstos alineaban las fichas en el tablero. Los demás reclusos recuperaban también la acción. Zaldúa y Planas formaron corro con sus camaradas. Hasta los más solitarios y sombríos buscaron la compañía de los más afines, y los amigos de los que se había llevado *Von Papen* hurgaban en sus petates para recoger las cartas de despedida que casi todos los condenados a muerte tenían escritas, con el fin de hacerlas llegar a sus familiares por conducto clandestino. Alguien levantó la voz al hablar y alguien abrió primero la bolsa de la comida y se dispuso a calmar su hambre.

Olivares levantó la vista del tablero de ajedrez y, mirando a sus compañeros, comentó:

—Es una vergüenza alegrarse de que hayan sido otros los elegidos —derribó suavemente las fichas con un movimiento de la mano y añadió—: Es una vergüenza, pero es así.

Sus compañeros hicieron un gesto afirmativo y Olivares, después de recorrer la sala con los ojos, prosiguió:

—Nos hemos salvado por esta vez y la gente vuelve a sentir apetito. Pasa siempre igual.

—Mientras hay vida, hay esperanza —suspiró don Alberto.

—Pues yo también tengo hambre. ¿Comemos algo? —preguntó Agustín y, como excusándose, agregó—: El estómago no entiende de estas cosas y, cuando está vacío, reclama lo suyo, que es lo que está haciendo ahora el mío.

—¡Dos noches más de plazo por lo menos —exclamó Molina—. Pueden pasar muchas cosas buenas y malas en ese tiempo. Esperemos que sean buenas, ¿no?

Olivares se encogió de hombros y Agustín insistió:

—¿Cenamos?

Sí, vamos a cenar, compañeros. Esa es ahora nuestra obligación —dijo Molina.

Agustín echó mano rápidamente a la bolsa de las provisiones y Gonzalo se puso en pie para ir en busca de la suya, diciendo:

—Pues yo creí que iba detrás de Cantero.

Olivares le miró. Gonzalo ya se había repuesto totalmente.

—Es la condición humana —murmuró Olivares como para sí.

—¿Qué? —le preguntó Gonzalo.

—No, nada. Que ha habido suertecilla.

—Desde luego.

—Y usted se ha salvado definitivamente, creo yo —opinó don Alberto.

—¿Qué piensas tú, Molina? —preguntó Gonzalo.

—Lo mismo, hombre, lo mismo.

Gonzalo sonrió impudicamente, sin disimular la onda de caliente alborozo que le corría por las venas. Sin embargo, trató de justificarse, diciendo al separarse del grupo:

—Me alegro por la parienta y los hijos...

Siguió un silencio y, cuando Gonzalo ya no podía oírle, comentó Molina:

—El que se ha portado como un jabato ha sido Cantero. Nos ha dado una lección a todos. Y es curioso. Antes de nombrarle estaba pálido y tembloroso como los demás, acaso más que muchos. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que iban por él y de que no había escapatoria, se serenó el tío y se puso a la altura de las circunstancias. Parecía que fuese él quien mandaba aquí. Hasta *Von Papen* y *Mister Eden* se achicaron.

José Manuel, callado hasta entonces, apuntó tímidamente:

—Puede ser la reacción natural de quien se encuentra en un callejón sin salida, el hombre a quien se pone contra el paredón.

Sí, pero otros se resignan. Algunos se derrumban —replicó Molina.

—Es un misterio —dijo entonces Olivares—. Ya veis lo que ha pasado con Martínez Vega. Todos sabemos que ha sido un valiente, un temerario en la guerra. Pues bien, yo le he visto temblar, recobrase y quedar luego como paralizado, en pocos segundos. Al fin, marchó como un cordero... Nunca se sabe, pues, cuál va a ser la reacción de cada individuo en el momento decisivo. Pasaba igual en la guerra. Ha habido casos de tipos hartos de derrochar valor en los combates que, de pronto, volvían la espalda al enemigo y echaban a correr como locos, mientras que algunos de los que se desconfiaba, fulanos blandos y espantadizos al parecer, se clavaban en su sitio, como si la guerra no fuera con ellos, y no se movían de allí pasase lo que pasase, o saltaban los parapetos sin importarles los tiros. Yo he visto a uno de éstos subirse a un tanque que había producido una desbandada en los nuestros, romperle una cadena con una bomba de mano y esperar que abriesen la escotilla los de dentro para dejar caer por ella otra bomba de mano, como si todo fuese de mentirijillas... No hay quien entienda esto del valor de los hombres.

En la puerta aparecieron curiosos procedentes de otras salas, que acudían para averiguar quienes habían sido los elegidos de la muerte. Se detenían, miraban, consultaban entre sí o preguntaban al amigo o conocido que allí tenían:

—¿Cuántos?

—Quince.

—¿También Biedma? No lo veo.

—Sí, también Biedma.

—¡Dios! Era un buen camarada. Pero se lo tenía tragado. Diéguez, el jefe de sala, les salió al paso:

—Hala, hala, que van a tocar silencio y el personal no ha cenado todavía. Dejadlo para mañana, muchachos.

Fueron retirándose, no sin remolonear todo lo que pudieron. Poco a poco fue creciendo en la prisión el rumor de colmena humana. Los reclusos volvían a enhebrar sus interminables conversaciones en torno a los temas de siempre: las disensiones políticas de los diferentes grupos mezcladas con recuerdos de la guerra, la familia, los proyectos para cuando recobrasen la libertad, especulaciones sobre el conflicto de alemanes y polacos, las mujeres, el hambre, los piojos... Y empezaban las bromas y disputas al extender los petates para pasar la noche... Las preocupaciones, las inquietudes, los temores, las obsesiones y los deseos, contenidos transitoriamente por la aparición de los guardianes con la lista, se desbordaban de nuevo por salas, escaleras y pasillos.

La sala de los intelectuales, sin embargo, permanecía silenciosa. Comían los hombres mecánicamente, absorbidos por sus pensamientos. En las repúblicas se deslizaban algunos breves y apagados comentarios, ajenos casi siempre a la realidad inmediata.

—¿Y qué tal van tus versos, José Manuel? —preguntó Olivares a su amigo, entre bocado y bocado del trozo de tortilla que les había repartido Agustín.

José Manuel tragó su bocado de prisa y, luego, encogiéndose de hombros, contestó:

—¡Bah! Son versos de encargo y siempre sobre lo mismo. Es una rutina nada más.

—Pero les gusta a los interesados, y eso es lo importante ahora —insistió Federico, añadiendo—: Te has hecho más famoso que Espronceda y que Rubén Darío, que son los únicos poetas de los que ellos han oído hablar.

—Pero si no da abasto... —terció Agustín—. Yo que tú les cobraría algo por los versos. No digo dinero, pero sí algo de comer.

—Tú no piensas más que en comer, Agustín —le amonestó Molina.

—Perdonad, chicos, pero en estas circunstancias creo que es lo único positivo.

—Una noticia, compañeros —dijo al cabo de un silencio Molina—: Toledano me dijo esta tarde que nos van a proponer a unos cuantos colaborar en un semanario que van a editar para los reclusos expresamente.

—¡Caramba! —exclamó Agustín—. ¿Y habrá algún cabrón entre nosotros que se preste a ello?

—A lo mejor... —y Olivares se encogió de hombros—. Si prometen algo a cambio, puede que pique alguno. ¿No hay quien canta en el orfeón? ¿No hay quien ayuda a misa?

—Pues yo no colaboraría ni aunque fuese a cambio de la libertad.

Fue tan tajante, que los tres amigos se quedaron mirando a José Manuel.

—Chócala —y Olivares le extendió su mano derecha. José Manuel se la estrechó y dijo después, en tono más suave:

—Creo que es lo menos que se puede hacer.

—Entonces te negarás, ¿no?

—Por supuesto.

—Bien —y Molina esgrimió su dedo índice—, pero yo opino que es más político no negarse en redondo, sino imponer una condición imposible. El resultado es el mismo, pero se evita uno la represalia. Cuando me lo propongan a mí les diré que yo no puedo escribir estando preso, que para tomar una determinación en un asunto como ése, tienen que ponerme en libertad previamente. Ya sé que no lo van a hacer, pero así quedo yo como Dios. ¿Qué os parece?

Olivares hizo un gesto de duda. Agustín dijo:

—No me parece mal en ti, estando como estás condenado a muerte y habiendo dirigido un periódico durante la guerra. Pero el caso de José Manuel es diferente. Él, además de católico de *El Debate*, es extranjero, y pronto se encontrará libre en Cuba. Por eso es el más seguro de todos nosotros y el único que puede permitirse el lujo de decirles que no sin más contemplaciones. Yo que él los mandaría a la mierda encima.

José Manuel movió la cabeza.

—Ojala no te equivoques, Agustín.

—Pero ¿no le ha dicho a Enriqueta el asesor jurídico de la embajada de Cuba que lo de tu expulsión es un hecho? ¡Mira que eres pesimista, muchacho!

—Lo que tú quieras, pero...

Se produjo de nuevo un silencio y Agustín, después de repartir una onza de chocolate por cabeza, dijo:

—Y se acabó por hoy lo que daban... ¡Y pensar que a mí no me gustaba el chocolate!

El toque de corneta y las imperativas palmadas de los jefes de sala sofocaron los ruidos de la prisión como una mordaza. Los presos comenzaron a extender sus petates sin que se produjese la más mínima discusión por unos centímetros más de espacio. Las ausencias definitivas de los que se había llevado *Von Papen* permitían mayor holgura, siquiera por aquella noche. Luego se inició el desfile hacia los urinarios.

Olivares y sus compañeros realizaron apresuradamente esas postreras operaciones de cada jornada y se tendieron al fin sobre sus duras yacijas. Hacía mucho calor y

pronto quedó el suelo cubierto de cuerpos semidesnudos, y el aire de la sala impregnado de transpiraciones humanas. Algunos reclusos encendieron el último pitillo del día. Otros se pusieron a bisbisear con el compañero de al lado. Los más trataron de refugiarse en el sueño. El silencio fue poco a poco extendiéndose como una pasta espesa que ahogase los más pequeños rumores. A través de los ventanales abiertos podía contemplarse un trozo de la noche iluminada por el resplandor de una luna que no se veía. Fluía la noche como un río cargado de efluvios primaverales, evocadora de recuerdos, incitante como la visión de una muchacha desnuda. Para los reclusos era como asomarse al mundo, donde en aquellos momentos la vida en libertad sería una hermosa aventura para los otros hombres, para todos los hombres que no eran ellos. ¿Qué estarían haciendo la esposa, la madre, la novia, los hijos? Hora de la cita, de las ternuras y los deseos. Gentes por las calles. Cines y restaurantes repletos de público. Luces por todas partes. Alegres cenas en familia. Alcobas y lechos limpios y frescos, a la espera del amor y del descanso. La vida. ¡La vida!

Olivares, con una mano bajo la mejilla, dijo a su amigo, apenas en un soplo:

—La verdad, no acabo de comprender la muerte, Molina. Sé que a todos nos llega inevitablemente, pero yo no me veo muerto. Y tú?

Molina, de codos sobre la almohada, apagó en la lata de sardinas vacía la minúscula punta del cigarrillo que había estado apurando y luego contestó:

—Pues yo, tampoco, y menos morir a fecha fija, en pleno conocimiento, como puede sucedernos a nosotros. Pero lo que yo me pregunto ahora es si vale la pena.

—¿El qué?

—Morir por lo que tal vez vayamos a morir.

Tras una pausa y en el mismo tono susurrante, siguió diciendo:

—¿Tú crees que Cristo hizo bien, que los hombres se merecen que alguien muera por ellos? A los que tienen fe religiosa, como José Manuel, les queda al menos la esperanza de la otra vida, que debe de ser un consuelo inapreciable a la hora de morir. Pero ¿qué esperanza nos queda a nosotros?

—Ninguna, ya lo sé.

—Entonces...

—Haz como yo. Cuando me entra la duda, pienso en las injusticias del mundo, en esas injusticias contra las que nos levantamos: hambre, incultura, hombres explotados, mujeres envilecidas, niños sin infancia... En fin, todo eso que hemos esgrimido siempre como razón suprema de nuestra lucha.

—Ya.

—Mira, yo no sé si hay vida más allá de la muerte, pero sí que vivo y que la vida debe ser para el hombre algo más que vegetar. Al fin y al cabo, hombre y vida son inseparables, y el hombre es un proyecto inconcluso, lo mismo que la vida. Quizá sea

ésa la razón de la grandeza del hombre y de la belleza de la vida. ¿Te imaginas al hombre sin deseos de superación y la vida como una órbita cerrada, sin fin? Yo, no — hizo una pausa y, sin esperar la réplica de su amigo, continuó—: Y, amigo Molina, nosotros no estamos aquí por casualidad, sino por no haber realizado nuestro proyecto. Otros nos reemplazarán en la faena y, a esos otros, y después otros... Ahora bien, tú, y yo, y todos los que hemos vivido la misma experiencia, nos pasaremos el resto de nuestra vida preguntándonos por qué no pudo ser y si valía o no la pena intentarlo, y, al mismo tiempo, analizando y criticando nuestra conducta. Pero es inevitable. ¿Me comprendes?

—Sí, claro que te comprendo, pero ¿crees de verdad que nuestro sacrificio en plena juventud, por tu parte, y en el comienzo de la madurez, por la mía, servirá de algo?

—No lo dudes. Todas las grandes ideas se impusieron por el martirio y la muerte de los creyentes en ellas. El cristianismo, por ejemplo, no hubiera llegado a ninguna parte sin sus mártires. Su sangre fue la que hizo fructificar la palabra de Cristo. ¿Qué significaba entonces un oscuro predicador en un pequeño y oscuro rincón de la tierra? Entonces no había imprenta, ni telégrafo, ni radio, ni aviones, ni automóviles, ni ferrocarril. Los propagandistas del cristianismo tuvieron que recorrer los caminos a pie y hablar directamente a los hombres que querían captar, uno a uno, como quien dice. Pero el enemigo empezó a matar a los primeros conversos, muchos de los cuales acaso no habían logrado enterarse del verdadero alcance y significado de la nueva doctrina. ¿Y qué sucedió? Pues que cada sacrificado fue como un toque de atención para los indiferentes y creó en torno al vacío que dejaba una corriente de simpatía, de atracción y de interés. Así fue creciendo la mancha hasta extenderse por todo el mundo civilizado de la época. Otro tanto ha ocurrido con las doctrinas revolucionarias, Molina. No es fácil entenderlas, pero el recuerdo y el ejemplo de quienes murieron por ellas en las barricadas o por ellas sufrieron persecución y cárcel, conquistaron las masas. Ahora mismo están muriendo y sufriendo muchos individuos que ni siquiera alcanzan a comprender lo que ocurre ni por qué mueren o padecen. Si acaso, piensan que es por causa de la envidia, de una malquerencia, o por haber participado en este o en aquel suceso, llamémoslo paseo, represalia o como quieras. Y no es así. Mueren, aunque no lo sepan, por la revolución. ¿Crees que nuestros adversarios hubiesen empapelado a medio país tan sólo por vengar a Fulano y a Mengano? ¡Ca! Es posible que algunos se lo crean, pero se engañan, como se engañarían los que creyesen que una revolución se hace para sacrificar y despojar a determinados individuos con nombres y apellidos concretos. No, claro que no. La revolución, como tú sabes muy bien, es una idea. Bien. Pues la contrarrevolución se inspira en otra idea. Una y otra son ideas por encima de los individuos. Por eso son implacables. Por eso no tienen compasión. Así que nosotros...

—¿Queréis callaros, coño, y dejarnos dormir? —gritó alguien airadamente.

—¡Silencio! —reclamó Diéguez.

—¡Que se callen!

—¡A ver éstos!

Olivares se calló y Molina recostó la cabeza sobre la almohada. Siguió un largo silencio. La prisión se había quedado completamente muda. No obstante, Olivares insistió al cabo de un rato, muy quedamente:

—Si yo sospechase siquiera que me había equivocado, me volvería loco o me tiraría por una ventana.

Y Molina suspiró:

—Tienes razón.

Luego, Olivares, tras una última ojeada a la noche que se asomaba al ventanal, cerró los párpados y se recluyó en sí mismo.

(—¡Qué a gusto me encuentro así, a solas conmigo mismo, fuera del ambiente de la cárcel! Ahora soy libre. Puedo trasladarme a donde quiera y ver todo aquello que deseo. Aurora, Matilde, Marilú... ¿Isabelita? Sí, Isabelita. ¡Qué ojos tenía! ¿Negros? ¿Verdes? Negros desde lejos, de color verde-oscuro desde cerca, de color verde-esmeralda en algunos momentos, cuando asomaba a ellos la ternura, y casi grises, color de acero, cuando se distanciaba. ¿Por qué me aparté del grupo que formaban los demás muchachos y muchachas aquel día de la Almoraima? Qué sé yo. Tal vez fue una oscura intuición o una misteriosa querencia lo que me llevó hasta allí, a la vuelta de aquellos arbustos cercanos que la ocultaban a la vista de los que jugaban en la pradera, para descubrirla, sola, sentada sobre la hierba, como esperando a alguien.

¡Y cómo me sonrió aunque sólo nos conocíamos de vista! Un rayo de sol, muy tenue, le iluminaba el rostro. La había mirado muchas veces, pero nunca la había visto tan hermosa, tan irreal, y, al mismo tiempo, tan de carne y hueso, tan cálida. El pelo, negrísimo; los labios, carnosos, reventones; la nariz, pequeña, ligeramente respingona. La blusa de encaje blanco le torneaba el pecho florecido. Desnudos los brazos de piel dorada. El breve escote aparecía ligeramente enrojecido por el aire y el sol. Tenía las manos sobre las piernas cruzadas y los pies se asomaban por las orillas de la falda. Y sonreía.

—¡Hola! —contestó ella.

—¿Qué haces aquí tan sola?

—Nada. Ya lo ves. ¿Y tú qué buscas por aquí?

La respuesta me vino a los labios espontáneamente:

—Tal vez una muchacha como tú.

—Vaya, no está mal.

—¿Esperas a alguien?

—¿Tú qué crees?

Titubeé. Pero ella parecía invitarme con los ojos verde-esmeralda.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

—Prueba.

Me pareció que al acercarme y sentarme junto a ella levantaba el vuelo un enjambre de mariposas irisadas y percibí entonces el aroma penetrante del campo. Ella, sin dejar de sonreír, se me entró por los ojos como un remolino de viento. Me cegó un instante y, luego, sentí el viento dentro de mí, hinchándose el pecho, agolpándose en mi garganta. Y ella estaba inquieta y no decía nada.

—Isabelita.

—¿Qué?

—¿Sabes que eres muy hermosa?

—Ay, hijo, ¿cómo quieres que lo sepa? ¿Lo sabes tú?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un momento.

—Pues sí que has tardado en darte cuenta.

—Es que uno..., ya sabes.

Nos quedamos mirándonos, embelesados, hasta que ella bajó la vista a sus manos. Peinó unas hierbas con sus dedos. Sobre nosotros, el viento sonaba suavemente en los arbustos. De pronto gritaron mi nombre en la pradera y oímos la voz de Alfonsina:

—¿Dónde se habrá metido el pelmazo de Federico?

—Te llaman —dijo ella.

—Deja que me llamen hasta que se queden afónicos. No iré.

—Te echarán de menos.

—¿Y qué me importa a mí? No dejaría este sitio por nada del mundo.

—Pero pensarán mal de mí. ¿No te importa eso?

—Sí, sí, claro —dije, sin saber lo que decía.

Pero ella se levantó.

—Vamos.

—¿Podré ir a tu ventana esta noche?

—Esta noche no.

—¿Y mañana?

—¿Para qué?

Se había distanciado de mí sin moverse. Parecía otra.

Sonreía de distinta manera. Me miraba con sus ojos grises. Temí que se desvaneciera en el aire, que todo hubiera sido un espejismo en aquella tarde

tornasolada.

—Isabelita...

—¿Qué? Dime.

Las mariposas estaban en sus ojos, revoloteando. Se me acercaba otra vez. Pero súbitamente su mirada se hizo oscura, sin mariposas ni chisporroteos.

—Habla, hombre. ¿O es que no sabes qué decir?

Y dio unos pasos hacia la pradera. Yo la seguí.

—Verás. Quisiera que pudiéramos hablar tranquilamente tú y yo.

Entonces ladeó un poco la cabeza y me llegó a la cara una onda de calor. Me miró oscuramente.

—¿Quieres entretenerme conmigo? —y se detuvo.

Me dolieron sus palabras y el tono en que las dijo.

—De ninguna manera, mujer. Quiero hablar contigo. No me preguntes ahora de qué. Quiero hablar contigo. De muchas cosas. Eso es todo.

Sonrió de nuevo y se aclaró su mirada.

—Yo no tengo mucha conversación, Federico. Te lo adelanto.

—Haré yo todo el gasto, no te preocupes.

—Bueno, por probar...

Ya no hablamos más aquella tarde. La dejé ir delante de mí para poder verla andar, moverse a la luz de poniente. Me gusta contemplar a las mujeres así. De espaldas no se interponen la coquetería ni el ademán estudiado. Ellas no se conocen por detrás, no saben cómo son, y por eso no componen la apariencia. Isabelita, que tenía de frente una figura esbelta, frágil, graciosa y casi infantil, de espaldas parecía mucho más mujer. Al andar, los movimientos revelaban el esplendor frutal de su cuerpo.

Fui a su ventana en la noche del día siguiente. Ella me esperaba tras la celosía del portier, que se descorrió a mi presencia.

—¿De qué vamos a hablar esta noche? Supongo que lo traerás preparado. Puedes enseñarme gramática, o geografía, o historia, porque yo no sé nada de nada.

¡Ya lo creo que sabía! En las noches siguientes demostró saber más que yo en todas las materias que tocamos. A veces, cariñosa; a veces, retraída; a veces, huraña. Se dejaba besar cuando quería y rechazaba mis besos siempre que yo me creía más seguro de su deseo. Era ella quien llevaba la batuta. Me hizo vivir en plena inconsciencia, en plena enajenación. Para mí, los días eran inacabables tormentos. Sólo vivía esperando la hora de ir a verla. Mi madre observaba de reojo. Oí cuchichear a Alfonsina: ¿Qué le habrán dado a este hermano mío? Parece chalado. ¿Tendrá el mal de amores? Y una noche, la ventana de Isabelita permaneció cerrada. Silbé, tosí, paseé dando fuertes pisadas... Todo en vano. Me

marché cuando ya amanecía, húmedo de levante, agotados todos los cigarrillos, con los nervios deshechos, vencido, desesperado...

—Es que mi padre no salió anoche de casa. Estaba de mal humor y la emprendió conmigo con el pretexto de mi vestido para la feria, por no escuchar a mi madre, que siempre anda quejándose de celos —fue la excusa que me dio a la noche siguiente.

Yo la creí. ¡Cómo no había de creerla! Y le dije:

—Hablaré con tu padre.

—No, no; todavía es pronto. Deja que yo le prepare.

—¿Qué piensa tu madre?

—Mi madre es consentidora.

—¿Es que temes que se oponga tu padre?

—No, pero... Ahora está pasando por un mal momento, me parece a mí. Se trae algo entre manos. Es mejor esperar a que se aclare.

Siguieron varias noches en que ella parecía indecisa, inquieta. Guardaba largos silencios y se dejaba besar insensiblemente. En la oscuridad, yo no podía ver cuál era el color de sus ojos.

—¿Qué te pasa? —repetía yo a cada momento.

—Ay, hijo, ¿es que no sabes hablar de otra cosa? Llegué a no saber de qué hablarle. Hasta que una noche me confesó:

—Nos vamos a vivir a Ceuta. Mi padre ha cogido allí una contrata. Aquí está muy mal eso de la construcción y lleva varios meses sin hacer nada. No he querido decírtelo hasta el último momento. Mañana será nuestra última noche por ahora.

Quedé tan anonadado, que al pronto no supe qué decir. Sólo cuando ella me cogió la cara entre sus manos reaccioné:

—Eso lo arreglo yo mañana mismo.

—¿Cómo?

—Hablando con tu padre. Pidiéndole tu mano. Casándonos en seguida.

Isabelita me acariciaba las mejillas. Yo le cogí las manos y las apreté contra mi boca.

—No hay tiempo, Federico. Tú sabes que ya no hay tiempo.

La miré. Sus ojos brillaban, húmedos.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando aún había tiempo?

—Porque no quería obligarte, ¿comprendes?

—Entonces aquella noche en que no saliste a la ventana...

—Sí, fue cuando mi padre nos comunicó lo que pensaba hacer, su plan.

—¡Y yo sin sospecharlo! ¡Qué imbécil he sido! Pero, claro, he vivido todo este tiempo en otro mundo.

—Y yo también, Federico; yo también. Quise creer que a mi padre se le arreglarían las cosas sin necesidad de que nos fuésemos a Ceuta.

Le besé los labios. La abracé fuertemente. Nunca había intentado tocar su cuerpo, —pero la angustia y el desespero soliviantaron en aquella ocasión mi deseo de él, tanto tiempo reprimido, y mis manos buscaron sus pechos. Ella, pese a su honda turbación, tuvo aún fuerzas para separarse de mí.

—¿Qué haces?

Me quedé crispado.

—¿Es que no me quieres, Isabelita?

—¿Y me lo preguntas ahora, Federico?

—¿No me olvidarás?

—¿Y tú?

—Bien sabes que no.

—¿Crees que podría olvidarte yo?

—Pero quiero una prueba que sea, además, un recuerdo imborrable para los dos.

—Mañana.

—¿Por qué mañana?

—Mañana. No me preguntes más.

Y así fue. Guardamos silencio hasta que la calle quedó solitaria y entonces... Dejé que le bajase las hombreras de la blusa y del ajustador, y quedaron al aire sus pechos unánimes, nacarados, temblorosos, que acaricié al principio mudo y sin aliento, con inmensa adoración, que luego besé con deleite, enloquecido, entre débiles y sofocados gemidos, mientras mis manos avanzaban piernas arriba hasta su vientre, que se contrajo a mi caricia.

¡Isabelita! ¡Isabelita! ¿Dónde estás ahora, Isabelita?)

A Olivares le sacudió un intenso calambre, al que siguió un largo desmayo, y se quedó quieto. Aquí y allá se oían otros rumores de agonía. La luna era como el fantasma de una amante en la ventana.

Cuando salió al pasillo, le preguntó el preso que hacía la primera imaginaria:

—¿Adónde vas?

—A darme un refrescón.

—Haces bien. En las noches de lista es muy difícil resistirse después del susto. Ya ves ésos... —y señalaba los bultos temblorosos de los masturbadores.

Pero Olivares, camino de los urinarios en busca del grifo de agua limpia y fresca, ya no le escuchaba.

Los huecos producidos en la sala fueron ocupados al día siguiente por nuevos inquilinos, entre ellos dos miembros del comité de enlace de la prisión: Casi, el

confederal, y Cejador, el socialista. Gaspar fue transferido a otra sala por haber pedido el fiscal solamente seis años y un día para él.

José Manuel se acercó al grupo de los que felicitaban a Susano, el director del orfeón. Le decían, entre grandes muestras de alborozo:

—¡Treinta años! Eres un enchufado, Susano.

—¡Vaya suerte, compañero!

—Yo firmaría ahora mismo por treinta años. El caso es salvar la pelleja, hombre.

—Treinta años es como nada.

Susano se dejaba abrazar, achuchar y golpear amistosamente la espalda, y aguantaba el chaparrón de felicitaciones en silencio, o sonriendo inexpresivamente, como si se sintiera abrumado o aturdido. En su mirada se advertían, no obstante, un profundo abatimiento de ánimo y una gran amargura. José Manuel le cogió de un brazo y él se dejó llevar con la misma indiferencia con que soportaba las bromas de sus amigos. Libre ya del acoso, José Manuel le dijo:

—Ya veo que la cosa ha ido bien: ¡Enhorabuena!

Susano movió la cabeza pesarosamente.

—Conque enhorabuena, ¿eh?

—Hombre, salirse con treinta años de una acusación tan grave como la de haber matado al cura de tu pueblo es como si te hubiese tocado la lotería, amigo. Nunca me dijiste que te achacaran un asesinato.

—Pero yo no maté al cura de mi pueblo —replicó Susano, sacudiéndose súbitamente la apatía.

—Te creo. Pero no se trata de que te crea o no te crea...

—Lo sé —le interrumpió Susano—, pero éste es un caso especial. —Hizo una pausa y luego añadió enfáticamente—: Yo digo que es un caso especial porque el cura de mi pueblo soy yo.

José Manuel frunció el entrecejo y le miró atentamente.

—¿Cómo?

—Eso: que el cura de mi pueblo soy yo.

—Pero ¿qué dices, hombre, qué dices?

—Lo que estás oyendo.

José Manuel se encogió de hombros y dijo con sorna:

—Está bien. Lo que tú quieras.

Pero Susano, molesto por el gesto de escepticismo de su interlocutor, le replicó, accionando vivamente:

—Lo que yo quiera, no. ¡La verdad, coño! —Y como viera que José Manuel se retraía, dispuesto sin duda a desistir, cambió de actitud y prosiguió, en tono más persuasivo—: Sí, yo era el cura del pueblo el día 18 de julio. No creo que fuera un crimen, ¿eh? Naturalmente, me lo tenía callado, pero no porque me diera reparo

alguno confesarlo, sino porque me convenía ocultarlo hasta última hora. Era ésa mi bomba para el tribunal.

A pesar del aire confidencial y amistoso de Susano, José Manuel se sentía cada vez más confuso. Resultaba evidente para él que no se trataba de una broma, pero podía ser un síntoma de desequilibrio mental en Susano.

—Bueno, vamos a ver. Si tú eras el cura, ¿cómo es que te acusan de haberlo asesinado?

Por fin había planteado adecuadamente la pregunta a juicio de Susano, porque éste sonrió.

—Y no lo entiendes, ¿verdad?

—Pero ¿cómo quieres que lo entienda si tú me vienes contando que eras maestro de escuela, que dirigías un coro infantil y que te encontrabas entre el alcalde y el cura como entre la espada y la pared?

Susano rió ya suavemente.

—¿Y te lo creíste?

—¿Por qué no iba a creérmelo?

—Pues ésa es una historia que tuve que inventarme.

—Acabáramos, hombre! —y José Manuel respiró ya más tranquilo respecto a las facultades mentales de su amigo. Luego, recordando algo, le preguntó—: Entonces todo aquello que me contaste del concierto en el pueblo abandonado y de aquel par de viejecitos escondidos en el sótano es mentira también, ¿no?

Por el rostro de Susano pasó como una sombra. Dejó de sonreír y afirmó vehementemente:

—Eso es tan cierto como que tú y yo estamos hablando de ello.

José Manuel volvió a encogerse de hombros, desconcertado de nuevo, y dijo:

—Ahora sí que no entiendo nada de nada.

—Ven —y Susano lo apartó aún más de los otros reclusos, llevándoselo a dar una vuelta por el pasillo—. Todo tiene su explicación, hombre, y esto también la tiene, ya lo verás. A los dos o tres días de estallar el follón, aparecieron por allí unos tipos de milicias que obligaron a los del comité a detener a los más señalados de derechas, que eran unos cuantos caciques de la CEDA. Entonces me di cuenta del peligro que corría, porque ya nos habían llegado rumores también de la escabechina que estaban haciendo con los curas por todas partes. Yo estaba dispuesto a hacer algo, pero no se me ocurría qué, cuando la misma noche de las detenciones se presentó en mi casa el alcalde. Era, porque ya se lo han cargado según he sabido, un buen hombre, socialista, que hasta que llegó la República vivió condenado al hambre por los mandamases del pueblo. Como yo le había socorrido en algunas ocasiones, me estaba agradecido. Aquella noche, el más disgustado de todos era él. Vino a decirme que lo primero que pidieron los milicianos era que detuviera al cura, y que él lo había

evitado de momento respondiendo por mí, pero que no estaba seguro de poder parar otro golpe, porque la cosa estaba que ardía y era una lucha desesperada entre unos y otros. A su parecer, lo mejor era que yo abandonase el pueblo sin esperar un día más, y me preguntó que adónde quería ir. A mí me entraron sudores de miedo, la verdad, pero comprendí que aquel hombre me traía la salvación y, sin pensarlo mucho, le dije que a Madrid, donde tal vez me fuera más fácil ocultarme. Le pareció muy bien y quedamos en que él me mandaría un traje de civil y un salvoconducto en que se dijera que yo iba a Madrid por asuntos del comité, y que me llevaría su hermano en el automóvil requisado a uno de los caciques. Salí a las afueras del pueblo disfrazado con un sombrero y un traje de paisano y monté en el coche, que ya estaba esperándome. Como es natural, nos detuvieron en varios controles, pero llegamos a nuestro destino sin novedad. Por el camino había ido yo pensando dónde podría esconderme. Tenía algunos conocidos en Madrid, pero lo más seguro es que todos ellos estuvieran tan comprometidos o más que yo. ¿Cómo irles con esa embajada? Además, sería meterme en la boca del lobo. Así que decidí dejarlo a la mano de Dios. Bajé del coche donde me pareció, me despedí de mi acompañante y luego eché a andar por aquellas calles. Era temprano, pero ya se veían muchos milicianos con mono, pistola o fusil. Cada vez que me cruzaba con alguno, se me ponían los vellos de punta... Hay que pasar por ello para saber lo que es. Convinimos que mi ama, la viuda de un peón caminero, dijese a los que preguntasen por mí que había tenido que marcharme con unos milicianos que llegaron al pueblo de madrugada para prenderme y que no quisieron decir adónde me llevaban. Y mira tú lo que son las cosas. Al ver después a los milicianos se me ocurrió que la mejor manera de ocultarme sería vestirme como ellos. Claro que sí, pero ¿cómo? Y pensándolo y dándole vueltas y más vueltas a la idea en la cabeza hallé la solución. ¿Por qué no me alistaba en unas milicias? Y dicho y hecho. Entré en el primer cuartel de milicias que vi. Eran socialistas. No sé aún cómo tuve valor. Por fortuna, todo salió como la seda, gracias al salvoconducto del alcalde. Alegué que lo que yo quería era combatir a los fascistas y no quedarme tranquilo en el pueblo mientras otros se jugaban la vida por mí. Chico, lo dije con tanta naturalidad y les cayó tan bien, que quedé alistado inmediatamente. Me dieron un mono, un gorro y una manta, me destinaron a un grupo de novatos. Así empezó mi nueva vida. Como lo que más me preocupaba era que alguien me buscase, me dejé decir entre los milicianos, primero como el que no quiere la cosa y, luego, jactándome de ello, que yo había apiolado al cura de mi pueblo, y hasta di pelos y señales de cómo lo hice: que lo saqué de su casa a punta de escopeta, lo llevé al monte y allí lo despaché de un escopetazo con postas a la cabeza. Y hasta conté cómo me había pedido de rodillas que le perdonase la vida y cómo yo le arreé un puntazo con el cañón de la escopeta para que se levantara y siguiera adelante, porque era un enemigo de los trabajadores. Esta historia sirvió para que me clasificaran como

antifascista rabioso.

—Eh, Susano, eres el tío de la potra, coño —le gritó un miembro del orfeón al pasar junto a ellos.

—Déjalo, es un facha —bromeó otro colega dándole una palmada en el hombro.

Susano esperó a que desaparecieran los bromistas para continuar.

—Me hicieron miliciano de la cultura, que era el mejor enchufe que había en el frente, y así pasé la guerra. Pero un día se acabó la guerra, porque todo se acaba en este mundo, y entonces empezó para mí el verdadero calvario. Cuando nos entregamos a los nacionalistas, me incluyeron en el grupo de comisarios y oficiales, pero a los pocos días me apartaron a un grupo más reducido, al de los más responsables. Estuve tentado de decir quién era, pero temí que no me creyesen y empeorara mi situación y como, por otra parte, tampoco me preguntaron nada ni me acusaron de nada, preferí esperar a ver qué pasaba. Y lo que pasó es que me llevaron, junto con otros cuantos, a una especie de comisaría de la calle de Serrano. Y allí es donde supe de qué me acusaban, nada menos que de haber asesinado al cura de mi pueblo. Ya sabes lo que hacían en los campos de prisioneros, sobre todo al principio: aconsejarnos constantemente por los altavoces que denunciáramos los hechos criminales de que tuviéramos conocimiento. Pues se ve que alguno se acordó de mi historia y que, por miedo o por hacer méritos, me denunció. ¡Dios mío! Nada más entrar en aquella habitación llena de humo de tabaco, unos tipos en mangas de camisa me zarandearon hasta casi marearme y luego me arrastraron hasta una mesa, diciéndome mientras tanto: *Como no digas la verdad te vamos a mullir y no te va a conocer después ni la madre que te parió*. A renglón seguido, el que estaba detrás de la mesa me soltó la preguntita: *Vamos a ver, cabrón, ¿a cuántos has matado?* Me eché a temblar, porque yo sabía cómo se las gastaban allí, y no pude siquiera abrir la boca. Alguien entonces me atizó un guantazo que a poco me hace caer al suelo, al tiempo de preguntarme: *¿Es que no oyes?* Y, sin darme tiempo a respirar, volvió a la carga el de detrás de la mesa: *Ahora nos vas a contar cómo mataste al cura de tu pueblo, ¿verdad que sí? Sé buen muchacho y no nos hagas emplear otros métodos*. Comprendí que para evitarme lo peor no me quedaba otra salida que la de complacerlos. Ya se me presentaría en algún momento la posibilidad de deshacer el equívoco. Y conté, ce por be, la misma historia que inventara para los milicianos. Les interesó tanto desde el principio a mis interrogadores, que no me molestaron en todo el tiempo que duró mi declaración. El mecanógrafo era muy rápido, pero tuve que repetirle algunos detalles. A veces era el hombre de detrás de la mesa el que le dictaba en forma sucinta y clara. Terminado mi relato, me dieron a leer lo que el mecanógrafo había escrito por si estaba o no conforme con ello. ¿Qué me importaba a mí su exactitud si era falso? A mí lo que me importaba era salir de aquella habitación cuanto antes. Así que firmé sin leer previamente lo que firmaba, con lo que aquellos

tipos quedaron muy satisfechos. Aún me insultaron y me zarandearon, pero sin pasar a mayores, y al fin me echaron a empujones de allí. Hasta que vine a la cárcel no me fue posible preparar mi coartada. Lo primero que hice para ello fue confesarme con el padre Basilio. A decir verdad, se puso desde el primer momento a mi disposición. Buscó a mi ama, que por suerte aún vive, y preparó toda la documentación necesaria. Tuvo que llevar a cabo estas gestiones con mucha discreción, para evitar que algún enemigo personal mío, ¿y quién no lo tiene en estas circunstancias?, se nos atravesara en el camino. Además, pensábamos que la sorpresa sería nuestro mejor argumento ante el tribunal. Por eso seguí fingiendo y callando. Pero sí, sí...

—¿Es que no te dieron en el consejo de guerra la oportunidad de demostrar tu inocencia? —le interrumpió José Manuel.

—Claro que sí, hombre.

—Pues entonces...

—Espera y verás. El fiscal se ensañó conmigo. Me puso... Bueno, yo era el prototipo del criminal marxista: frío, despiadado, sádico. Un monstruo, vamos. Y, claro, solicitó para mí la pena de muerte. La defensa, cuando le tocó el turno, ni siquiera me mencionó al pedir al tribunal benevolencia para los demás acusados y llegó el momento en que el presidente preguntó si teníamos algo que alegar. Me levanté yo solo.

En un rincón, Casi relataba los incidentes del consejo de guerra a un grupo de amigos, entre los que se hallaban Olivares, Molina, Agustín y don Alberto. Decía:

—Y entonces el presidente preguntó al pobre Susano con voz de trueno: «¿Y qué tiene usted que alegar?» Y Susano dijo: «Que el cura, a quien dicen que he matado, soy yo».

—¡Ahí va! —exclamó Agustín.

—Como para morirse —murmuró don Alberto, atónito.

—Ya lo creo que sí —prosiguió Casi—. Hubo de verdad un momento en que pareció que iba a ocurrir algo gordo allí. El presidente dejó caer la cabeza contra el respaldo del sillón, los vocales se inclinaron sobre él, y empezaron a cuchichear los tres. El fiscal se quedó pálido como un muerto. El relator bajó la cabeza y echó mano al expediente y lo hojeó como si fuera a devorarlo. El muchachito defensor, con la boca abierta, nos miraba a nosotros, asustado, y nosotros nos relamíamos de gusto viendo el aprieto en que estaba metido el tribunal, y de milagro no rompimos a aplaudir. Después de unos momentos de confusión, el presidente preguntó a Susano si podía probar lo que acababa de decir y Susano, ya más tranquilo, contestó que sí, que había testigos en la sala que podían corroborarlo. Declaró la mujer y el padre Basilio, el que daba aquí los mítines, presentó documentos del obispado que no dejaban lugar a dudas. ¡Era la bomba final! ¡Qué emoción, compañeros!

—Y qué pasó entonces? —preguntó José Manuel a Susano.

—¿Qué pasó? ¡Hum! Pues que uno de los vocales me preguntó que por qué motivo me había declarado culpable de un asesinato inexistente. Yo le contesté que ¡cualquiera se negaba a firmar lo que le pusieran a uno delante aquellos tipos del interrogatorio, dados los métodos persuasivos que empleaban de garrotazo y tente tieso! Que hubiera firmado cualquier cosa... Entonces saltó el fiscal como un tigre diciendo que aquello que yo sugería era un insulto más que habría de tener en cuenta el tribunal a la hora de dictar sentencia. Que yo había utilizado la falsedad y el engaño con el deliberado propósito de desacreditar a la justicia. Y salió preguntándome por qué no me había pasado a las filas nacionales, como era mi obligación de patriota. No contesté a esa pregunta porque me parecía absolutamente improcedente, y así se lo dije. ¡Bueno! Para qué te quiero contar cómo se puso. Yo también perdí el control y cuando quiso saber cuántas misas de campaña había celebrado durante la guerra, yo le contesté a gritos: *Ninguna, señor. Yo estaba allí para enseñar a leer a los analfabetos. Yo no era cura entonces. Sólo era un miliciano.*

—Pero fue peor todavía —contaba Casi—, cuando le preguntó si también practicaba el amor libre. Susano se puso como loco. Miró fijamente al fiscal y, después de un breve silencio, dijo: *No, señor. Lo que yo hice fue casarme. Sí, señor, me casé...* El fiscal, que estallaba, le interrumpió: *Con alguna miliciana, ¿no?* Entonces, inesperadamente, Susano rompió a reír y, tras una pausa, riendo todavía, le dijo al fiscal: *Pues no, no me casé con una miliciana. La cosa fue más sencilla. Me hirieron en el frente, estuve en un hospital, me enamoré de la enfermera, que había sido hermana de la Caridad hasta el 18 de julio, y me casé con ella, allí mismo, en el hospital. Y hemos tenido un hijo. ¿Es eso un crimen?*

—Pero, hombre, Susano, ¿cómo se te ocurrió decirle eso al fiscal? —Y José Manuel se golpeó la frente y se cubrió los ojos con las palmas de las manos.

Casi seguía diciendo:

—El fiscal no tuvo más remedio que reconocer que el acusado era, efectivamente, sacerdote, porque el sacerdocio crea carácter y es inextinguible aunque, como en el caso de Susano, se tratase de un apóstata, de un renegado, de un judas. Teniendo en cuenta esas circunstancias, aun cuando no podía imputársele el crimen de que se le acusó al principio, pero considerando la peligrosidad de su conducta, etcétera, en fin un galimatías de éstos, rectificó sus conclusiones y pidió para Susano treinta años de reclusión. Y así quedó la cosa. Bueno, luego vino lo de Gaspar y, para remate lo del poeta. Os digo que ha sido un consejo de guerra de los que se ven pocos.

—Pues ¿qué le ha pasado a Gaspar? —quiso saber don Alberto—. Andaba por ahí de muy mal humor con sus bártulos a cuestas.

—Es que tiene muy malas pulgas el viejo —dijo Agustín, y añadió—: Será porque, como es más sordo que una tapia, piensa que todo el mundo se burla de él.

Estaba muy a gusto en esta sala y ahora, al tener que cambiar de ambiente...

—Lo que no entiendo —y Olivares se encogió de hombros— es cómo habiendo sido un dirigente del Socorro Rojo sólo haya pedido el fiscal seis años de cárcel para él.

—¡Ca! —dijo Casi—, si no le acusaban de nada referente al Socorro Rojo.

—¿Que no? Pues es lo que decía a todo el mundo.

—Ya. Pero se conoce que no se enteró de nada cuando le tomaron declaración, y firmó sin saber lo que firmaba. Le acusaban nada menos que de haber asaltado un convento de monjas al frente de una pandilla de forajidos y de haber tomado parte en las violaciones que tuvieron lugar allí.

—¡Pero, hombre! —exclamó, nuevamente asombrado, don Alberto.

—Cuando el fiscal se metió con él —siguió diciendo Casi— y pronunció su nombre, Gaspar se levantó y dijo que no oía nada. El fiscal repitió la acusación y Gaspar volvió a alegar su sordera. En vista de ello, el presidente le indicó por señas que pasara a estrados y se acercase al fiscal. Así lo hizo y entonces el fiscal le gritó al oído si era cierto que tal día... y contó lo del asalto al convento y las violaciones de las monjas. ¡Si hubierais visto cómo se puso Gaspar! Fuera de sí, temblándole más que nunca los mofletes, se encaró con el fiscal. *¿Violar yo monjas? ¿Pero usted cree que yo he podido violar a una mujer ni ahora ni hace tres años? ¡Qué más hubiera querido yo!* Y sin más se volvió a su sitio diciendo en voz alta que él creía que un consejo de guerra era algo más serio. Y se sentó. El fiscal miró a los del tribunal, éstos se encogieron de hombros y aquél yo creo que, fatigado de tanto gritar, alegó desacato al tribunal y solicitó para Gaspar la pena de seis años. Claro, Gaspar no se enteró del resultado hasta después, cuando se lo explicaron los compañeros en la celda. ¿Y sabéis lo que dijo? Pues que sólo le faltaba eso, que lo tomasen por facha...

—Un sainete, vamos —comentó Agustín.

—Un entremés cómico, diría yo, para dar paso a lo que vino después, el broche final. Habíamos pasado al mismo tribunal con los de la prisión de Torrijos. Primero nos tocó a nosotros, y luego a ellos. El último de todos era un tipo raro. Con gafas de cristales muy gruesos y una pelambarrera canosa que le llegaba hasta los hombros. Delgado y zarrapastroso. Parecía un espantapájaros. Pero, vaya bicho, compañeros. Según el fiscal, al principio de la guerra se convirtió él mismo en coronel de carabineros y, con un automóvil incautado y acompañado de un ayudante, que se llamaba Caballero, de un conductor y de una pareja de guardaespaldas, se dedicó a dar «paseos» por su cuenta. En total, más de ciento. El fulano, por lo visto, es poeta y se conoce que por envidia quiso llevarse por delante a Emilio Carrere, y eso que era su compadre. Gracias que a los gritos de Carrere acudieron los vecinos y evitaron que se lo llevaran. Pues bien, cuando el fiscal dijo lo de los cien asesinatos, el tipo pidió permiso al presidente para puntualizar. El presidente accedió y entonces él,

tranquilamente y en tono la mar de cortés, dijo: *Son exactamente ciento ochenta los cadáveres que pesan sobre mi conciencia. Ni uno más ni uno menos. He llevado muy bien la cuenta y tengo una excelente memoria.* ¡Figuraos la impresión que nos causó a todos el oír aquello! Daba escalofríos. Pero él, como si tal cosa, contó cómo y por qué había hecho aquello. Dijo que tenía un especial olfato para descubrir curas y frailes aunque se vistiesen de toreros, quizá porque son los tipos humanos que tiene en mayor estima. Por eso precisamente aprovechó aquellas semanas de confusión con el fin de enviarlos a una vida mejor. Operaba preferentemente en el Café Gijón. Cuando olfateaba a un eclesiástico, le saludaba en voz alta para que pudieran oírle los de las mesas de alrededor: *¿Cómo está su reverencia?* Eso ocurría en el mes de agosto del treinta y seis en Madrid... Por la reacción del interpelado colegía si había acertado o no. En el primer caso llamaba a su ayudante: *Caballero, cumple con tu deber.* Y se llevaban al presunto cura o fraile y lo mataban en las afueras de Madrid. Así estuvo operando hasta que alguien lo descubrió y tuvo que huir a Valencia. Se quitó el uniforme, licenció a sus colaboradores y, como allí no sospechaba nadie de él, pudo dedicarse a escribir sonetos. Yo creo que gozaba al contar todo esto. Sus últimas palabras fueron para pedir al tribunal, como un gran favor, que le condenara a muerte e intercediera para que lo fusilaran inmediatamente, porque estaba deseando morir para reencarnar y ser feliz en otra existencia...

—¡Coño, ese tipo es un loco de atar! —exclamó Agustín.

—Eso mismo pensamos todos —dijo Casi.

—Por supuesto que es un loco, un loco peligroso —opinó Olivares, añadiendo—: Pero ¿cuántos locos como ése andaban sueltos por España aquellos días? ¡Desgraciado del que se tropezase con uno de ellos! Estaba listo.

Molina movió afirmativamente la cabeza y entonces don Alberto, sacudiendo en la palma de la mano su pipa vacía, propuso:

—Y por qué no hablamos de bulos, señores? A propósito, ¿hay algo nuevo?

XI

... donde ni una fosa hallamos
para enterrar, en silencio...

Después de poner la mesa para cenar, Cristina apagó la luz eléctrica y se sentó en una butaca, junto al balcón abierto, sudorosa y cansada. De la calle subía una vaharada de asfalto caliente en aquellas primeras horas de la noche de julio. Algunos chiquillos, incansables, se resistían a recogerse en sus casas y seguían jugando a la luz de las farolas. Sus gritos y sus risas, sonaban como un cascabeleo alegre. De cuando en cuando se oía una voz de mujer:

- ¡Encarnita! ¡Luis!
- ¿Qué, mamá?
- Que subáis a cenar.
- Espera un poco.
- No. Ahora mismo.

Toda la vecindad, ligera de ropa, buscaba los respiraderos de ventanas y balcones, sin que ni aun así lograrse un alivio contra el sofocante calor almacenado en las habitaciones. Por los tubos de los patios interiores ascendían el humo y los olores de los guisos, el ruido de la cacharrería y el rumor de las voces familiares. Todos estos sonidos formaban un zumbido monocorde y confuso como el de un motor o el del oleaje del mar.

Cristina, con los ojos cerrados, no oía nada, ni siquiera el trajín o las voces de Alfonsina y Laura, que preparaban la cena en la cocina, ni tampoco el chirrido de la lima que su hermano Andrés manejaba en la habitación contigua. Inmersa en sus adentros, Cristina no escuchaba más que sus voces interiores. Como la mujer de Lot, sólo sabía mirar hacia atrás, hacia el pasado. Su vida era un montón de rescoldos o un desván de recuerdos. Y ella aprovechaba cualquier paréntesis de recogimiento para soplar sobre aquéllos o revolver éstos.

(Ay, Julio, y tú dijiste que nuestro Federico sería con el tiempo un hombre importante, que triunfaría porque tenía talento y voluntad, y tantas veces me lo dijiste, y tantas veces te oí decir lo mismo, que ya era cosa sabida para todos nosotros, y eso que entonces era sólo un niño, y la verdad es que no lo desmintió, y que a medida que crecía fue demostrando cada vez más claramente sus facultades, y sus profesores lo apreciaban y decían lo mismo, y consiguió siempre notas brillantes y como si el estudio fuese para él la cosa más sencilla y natural del mundo, y yo me sentía orgullosa al ver que seguía adelante sin gran esfuerzo y que conseguía todo lo que se proponía, y al mismo tiempo era modesto y

sencillo y formal, sin que nunca se le subieran a la cabeza los éxitos, y cariñoso y respetuoso conmigo y con su hermana, pero por qué se metería en política digo yo, por qué si él no tenía necesidad de ella y conocía además lo que le pasó a mi padre y lo que te pasó a ti, porque la política no es más que para los desaprensivos, aunque ya la cosa no tiene remedio y si pasó, pasó, que lo que importa más es saber cómo ha de arreglárselas de ahora en adelante, pues cuando recobre la libertad le será muy difícil abrirse camino contra todo y contra todos, él solo, sin ayuda de nadie, y tendrá que luchar mucho y nosotros con él; sí, Federico, te ayudaremos todo lo que podamos, empezando por irnos de esta casa, porque mis hermanos están deseando que nos vayamos, que los dejemos solos, que yo se lo noto y Alfonsina también, pues nos iremos y otra vez juntos los tres o tú y yo solos, hijo mío, si Alfonsina se casa pronto, qué problemas Dios mío, lograremos salir a flote y tú poco a poco irás conquistando lo que te mereces, quién sabe si todo esto que te ha pasado y que nos ha pasado no será para bien tuyo y nuestro. Dios es el único que puede saberlo, pues te ha sacado de un ambiente que resultaba demasiado estrecho y pueblerino, eso, pueblerino, y te ha enseñado muchas cosas y ahora te coloca en otro ambiente que quizá, aunque te cueste mucho dominarlo, te ofrezca luego más porvenir, mejor porvenir, yo creo que sí, que te va a beneficiar, Federico, porque no hay mal que por bien no venga si no desespera uno y confía en Dios, ya lo verás, que Dios aprieta pero no ahoga, y tú te mereces lo mejor, y no has hecho mal a nadie, de eso estoy tan segura como que soy tu madre, que te parí yo, y que te portarás bien siempre, siempre con la cabeza alta como decía tu padre, eso es lo que nadie nos ha podido quitar, de manera que cuando salgas, tú, como si tal cosa, a lo tuyo, sin olvidar nada, eso no, pero sin dejarte tampoco, ni mucho menos, arrastrar por los recuerdos, vida nueva en todo, ni Aurora ni ningún sentimentalismo ya inútil, mirando hacia delante, que es tu vida, y no como la mía, que es todo lo contrario, el pasado, porque ¿qué puedo esperar yo?, tan sólo veros a vosotros, a ti y a Alfonsina haciendo vuestra vida, y así yo seré feliz, todo lo feliz que puedo ser ya, por lo menos moriré tranquila, porque creo que no voy a vivir muchos años, ya me siento agotada, cada día puedo menos, pero no me importa con tal que vosotros podáis cada día más, que así ha sido siempre entre padre e hijos, y es la ley de vida, y para mí el mayor gozo que me espera es verte libre, aquí, con nosotras, para siempre, porque ya nada ni nadie nos separará, lo tenemos todo preparado para ese momento, hasta un traje, una camisa, una corbata y unos zapatos, que trajimos del pueblo, de los que te dejaste allí, que aún te valdrán, ya lo creo, o te arreglaremos esa ropa, tú no te preocupes...).

Sin embargo, cuando vibró el timbre de la puerta del piso, se estremeció, abrió los

ojos y se puso en pie automáticamente. Luego, encendió la luz eléctrica y exclamó, llevándose las manos al corazón.

—¡Jesús!

Se encendió también la luz del pasillo y apareció en él la figura de Alfonsina, seguida de tío Andrés, muy pálido, remangada la camisa y balbuciendo:

¿Quién será a estas horas? ¿Quién será?

Tío Andrés temblaba.

—¡Es él! —dijo entonces Cristina—. ¡Federico!

Entre tanto, Alfonsina había corrido a abrir. Cuando sonó el pestillo de la cerradura, Cristina estiró la cabeza en aquella dirección, anhelante, y se oprimió aún más el pecho con las manos. Tío Andrés cerró los ojos y dejó pender sus brazos a lo largo del cuerpo y apareció tía Laura secándose las manos en el delantal de cocina, asustada. En ese momento sacudió el aire la súbita y penetrante descarga de una radio vecina, que impidió oír todo lo demás.

Cristina se llevó instintivamente las manos a los oídos y gritó:

—¿Qué pasa?

Tío Andrés y tía Laura permanecieron mudos y expectantes hasta que reapareció Alfonsina con un papel en la mano.

—¿Qué es? ¿Qué es eso? —le preguntaron a dúo.

Alfonsina, sonriente, no hizo caso de sus tíos, y mostrando en alto el papel a su madre y levantando la voz sobre el estruendo de la radio, dijo:

—¡Una carta, mamá! ¡De Federico!

La mirada de Cristina se humedeció. Rota la expectativa, tío Andrés, secándose el sudor de la frente con la palma de la mano, exclamó:

—¡Vaya susto!

—¡Qué angustia, Jesús bendito! —suspiró, a su vez, tía Laura, añadiendo—: Van a conseguir que en una de éstas se me pare el corazón.

Una segunda radio y, casi simultáneamente, otras más tronaron con las vibrantes notas de un himno oficial y la estancia se anegó de ruidos ensordecedores. Cristina hizo señas a la muchacha para que se acercase y, luego, corrió a cerrar el balcón. Al mismo tiempo, tío Andrés y tía Laura desaparecieron camino de la cocina, arrastrado aquél por el enérgico brazo de ella. Tío Andrés, delgado, pasivo, abúlico; tía Laura, regordeta, sanguínea, posesiva.

Madre e hija se miraron, y aquélla dijo:

—Cierra la puerta.

—Quedaron solas y aisladas las dos en el comedor. El ruido de las radios se había ensordecido y alejado.

—Ven, Alfonsina, y léemela. Anda, date prisa —dijo Cristina volviendo a sentarse.

—Pero... —y Alfonsina señaló a la mesa preparada para cenar.

La madre se encogió de hombros.

—Que cenen ellos ahora, si les apetece, o que hagan lo que quieran.

Alfonsina obedeció. Tomó asiento en una silla junto a su madre y mientras rasgaba el sobre murmuró:

—No entrarán hasta que hayamos terminado de leer la carta. Es su forma de reprocharnos que vivamos pendientes de Federico.

—Piensan que les complicarnos la vida y que la situación de tu hermano puede perjudicarlos.

—No me negarás que es muy desagradable.

—¡Qué se le va a hacer! Pero tú no hagas caso ahora de eso. Vamos a lo nuestro, hija.

Alfonsina desdobló las cuartillas, que crujieron suavemente, y comenzó la lectura:

«Mis queridas madre y hermana...».

Cristina se rebulló en su asiento y cerró los ojos. Alfonsina, por su parte, se recogió el pelo de la frente sudorosa y continuó leyendo:

«Aunque ya conocéis a grandes rasgos lo ocurrido, siento la necesidad de explicároslo extensa y detalladamente por escrito. Es un modo como otro cualquiera de quedar tranquilo y, además, de ordenar un poco los hechos que están frescos en mi memoria, con el fin de que después, cuando haya pasado el tiempo, no tenga que esforzarme mucho para recordarlos con todos los detalles. Así que comenzaré por el principio. Estábamos en el patio, por la tarde, muy contentos porque acabábamos de enterarnos de que los presos falangistas, colocados en las oficinas de la prisión para espiar a nuestros compañeros, habían sido trasladados a la de Porlier a causa de la indiscreción de otro preso amigo nuestro, el cual, como el que no quiere la cosa, se dejó decir, en esta tarjeta semanal que nos permiten escribir a la familia, que de los cinco duros que le impusieron la semana anterior, tres habían ido a parar a manos de esos falangistas para obtener algunos datos de su expediente. Cosas de la cárcel. Pues bien, estábamos comentando ese chisme cuando el voceador gritó mi nombre:

—¡Federico Olivares García! ¡A jueces!

Para mí fue como un pistoletazo. Me quedé inmóvil y aturdido. Porque ¿sabéis lo que puede significar esa llamada? Pues sacarte de la cárcel y llevarte a uno de esos centros de información para la instrucción de nuevas diligencias. Es decir, vivir otra vez la pesadilla de una nueva acusación, noches de insomnio, interrogatorios... Mis amigos me miraban como se mira a una víctima, entre asustados y compadecidos. Se había hecho el silencio en el patio, un silencio que era como si cien brazos me empujasen por la espalda. Y así, sin darme cuenta, me vi ante el voceador.

—Soy yo —le dije.

—¿Por qué no has gritado presente? —me increpó él. Luego, al ver que no le replicaba, me ordenó—: Sígueme.

Andando tras el voceador llegué al centro, o sea, a la oficina del jefe de servicios. Por desgracia, no estaba ese día don Félix, quien me hubiera explicado en seguida de qué se trataba, sino el *Pelines*, un tipo que no te mira a la cara y que no te deja nunca hablar. El *Pelines*, sin levantar la vista de los papeles que tenía sobre la mesa, dió orden al voceador de que me acompañase al despacho destinado a los jueces. Mientras, yo había tratado de descubrir a Toledano, un compañero que desempeña el cargo de ordenanza junto al jefe de servicios.

Vosotras ya lo conocéis. Es ese chico moreno, de ojos pequeños y redondos, que os acompaña siempre que don Félix os concede una entrevista conmigo en su despacho. Pero tampoco estaba allí en ese momento. Tuve que seguir de nuevo al voceador. Por el camino le pregunté:

—¿Sabes tú para qué me llaman?

Yo quería prepararme. En estos casos, si uno sabe por dónde le van a salir, tiene mucho ganado. Lo terrible es lo contrario. ¿Qué querían saber de mí? ¿De qué se me acusaba? Mi acompañante se limitó a encogerse de hombros y decirme:

—A mí no me han dicho nada. Pero será para alguna declaración, digo yo.

Sentí que las piernas me temblaban. Me vi perdido. Y pensé lo peor.

¿No irían a leerme la sentencia de muerte? En ese caso, pasaría a capilla directamente... Fue un instante de desfallecimiento. Me dolieron los intestinos y tuve la sensación de que no me entraba aire en los pulmones. Un sudor helado me corrió por todo el cuerpo.

—¿Da usía su permiso?

Mi acompañante había entreabierto una puerta y asomado a medias por ella la cabeza al interior.

—¿Quién es? —preguntó una voz dentro.

El voceador dio mi nombre.

—Que espere ahí. Ya le llamaré —replicó, con acento autoritario e impaciente, el hombre invisible para mí.

Entonces, mi acompañante entornó la puerta y me dijo:

—Ya lo has oído. Espera aquí hasta que te llamen, y que haya suerte.

Y me quedé solo. Al fondo del pasillo, una sucia cristalera filtraba la luz de la tarde, todavía dorada y caliente. La atmósfera era sofocante y yo rompí a sudar, pero ya con un sudor ardoroso, de vida. Me desapareció el temblor de las piernas y, de pronto, me quedé tranquilo. No sé por qué la luz que yo veía al final del pasillo me transportó a una de aquellas tardes en que íbamos papá y yo a pescar cangrejos. Volví a ver a papá levantando un retel rebosante de cangrejos y le oí decirme:

—Mira, mira qué tenazas tiene éste.

—Debe de ser un abuelo, papá —me oí decir a mí.

Eran tardes también de julio o de agosto, muy calurosas, pero deliciosamente templadas junto al río, a la sombra de los árboles que lo bordean. Mientras papá iba revisando los reteles, yo solía darme un baño en alguna de las pozas que formaban los meandros del río. A veces lograba coger un barbo con la manga que para eso me había fabricado yo mismo. Cuando sentíamos hambre, improvisábamos una merienda con cangrejos asados. Papá, después, fumaba ensimismado y era yo quien levantaba por última vez los reteles. Regresábamos al anochecer, y durante todo el camino yo le hacía preguntas sobre todo lo que se me ocurría. Algunas eran preguntas difíciles, lo reconozco ahora, pero papá siempre me daba una respuesta que me dejaba tranquilo. Creo que fueron las lecciones más provechosas de mi vida. Era hermoso andar junto a él por veredas entre juncos y, luego, por aquel caminillo, cruzándonos con gentes que nos saludaban y nos decían frases cariñosas:

—Ya va para arriba el mocete, don Julio.

—¡A la paz de Dios, don Julio!

—Y la Rosario ¿cómo anda? —preguntaba, a lo mejor, papá, y añadía—: Mañana pasaré a verla.

—Gracias, don julio, pero parece que ya no se queja tanto de la reuma.

Salían las primeras estrellas. El campo, redondo como una plaza de toros, se henchía de rumores. Alguien, jinete sobre un borriquejo, cantaba entre dientes una copla. El ladrido de un perro. El grito de una ave nocturna... Y un aliento de paz.

—¿Por qué es tan triste la noche, papá?

—Porque algo se acaba, hijo mío, cada noche. En cambio, la mañana es siempre alegre, porque con ella comienza algo. Yo no lo entendía, pero sí lo entendía. Quiero decir que yo no hubiera sabido explicarlo entonces, pero que me dejaba lleno de certeza. Me sentía tan seguro a su lado... ¿Por qué recuerdo ahora a papá con tanta frecuencia y tan intensamente que me parece que está a mi lado, que lo siento, que lo huelo, como si respirase junto a mí? Quizá por eso mismo, por la seguridad que me daba... La única vez que tardó en contestar fue cuando le pregunté la razón de que hubiese tantos pobres pobres y tantos ricos ricos en el mundo, que unos tuvieran tanto y otros nada. Al cabo de un rato de silencio, me dijo algo parecido a esto:

—Por el miedo. Los hombres vivimos constantemente atemorizados ante el futuro: la muerte, las enfermedades, la pobreza... y luchamos por conseguir alguna seguridad frente a tantos riesgos. Ello nos hace egoístas, despiadados, y el hombre roba, engaña y hasta mata. Cree que acumulando riquezas y estableciendo distancias con sus semejantes puede llegar a ser realmente poderoso. Claro, en esta lucha sin cuartel, los más débiles son arrollados y aplastados por los más fuertes o los más crueles. Es lo mismo que pasa entre las bestias. Pero es mentira. Al final, todos somos vencidos.

No lo olvidé nunca.

—Fíjate —me dijo después, señalando con su brazo extendido la inmensidad que nos envolvía—. ¿Qué somos nosotros, tú y yo, en medio del campo y de la noche? —Y, tras otro silencio, añadió—: Nada.

Pero oí que gritaban:

—¡Pase! ¡Pase!

La voz me sonó como un cañonazo. Se desvanecieron mis visiones y volví inmediatamente a una realidad fantástica en la que me sentí como flotando, perdido. Atolondradamente empujé la puerta y penetré en el despacho. Allí el olor era distinto, a tabaco rubio, y me evocó otros ambientes placenteros que yo había ya olvidado. Anduve unos pasos y fui a detenerme ante una mesa, en posición de firmes. Al otro lado de ella había un hombre vestido de militar. Como tenía el rostro inclinado sobre los papeles de una carpeta abierta, yo no podía ver más que sus anchos hombros, su gran calva rielada por algunos largos cabellos domesticados, la frente y el arranque de la nariz. Entre los dedos de su mano izquierda humeaba un cigarrillo. Estábamos él y yo como metidos dentro de una gran bolsa de silencio. Yo no acertaba a comprender por qué estaba allí, qué esperaba ni qué podía suceder. De pronto el hombre de la mesa carraspeó. Entonces se movió su mano izquierda, que metió el cigarrillo bajo su nariz, y surgió una nube de humo que envolvió su gran cabeza. La mano tomó después al sitio que ocupaba anteriormente y todo siguió igual, y empecé a preguntarme dónde y cuándo había visto yo antes aquella cabeza. Y recordé... Sobre unos planos. La cabeza del militar ruso inclinada sobre unos planos, cierta noche, allá en Parla. Una fina voz de mujer dijo con acento extranjero:

—Al camarada general le agradecería mucho saber con exactitud la línea que ocupan sus fuerzas.

Nuestro coronel, un viejo militar de la campaña de Cuba —¡Ay, Olivares, me decía, aquello era muy diferente!—, pequeño, cetrino y sumamente valeroso. —*Las balas, sargento, se paran con el pecho, me echó en cara mi capitán cuando retrocedí con mi pelotón ante una casa fortificada por los rebeldes*—, me miró desconcertado. Entonces yo le dije:

—¿Me permite, coronel?

El coronel se sonrió, aliviado, y me hizo una seña afirmativa con la cabeza. Me coloqué ante el plano y tracé sobre él, con el índice de mi mano derecha, una línea imaginaria, con tanta seguridad y aplomo que el general ruso pareció quedar convencido. Después de seguir atentamente el recorrido de mi dedo, el general habló en su idioma con la intérprete, y ésta nos tradujo al castellano:

—El camarada general le da las gracias y dice que el despliegue de sus fuerzas le parece excelente.

En realidad, ni nuestro viejo coronel ni yo teníamos una idea clara de la verdadera

situación de nuestras tropas. Era cuando todavía los batallones o no llegaban nunca a las posiciones que se les confiaban o desaparecían de ellas sin contar con nadie. Los enlaces que enviábamos constantemente con el fin de averiguar si nuestros flancos quedaban o no cubiertos se perdían muchas veces o iban a caer en manos del enemigo o, si volvían, sus datos eran ya inútiles porque, entre tanto, las líneas ya se habían alterado radicalmente. Pero no podíamos quedar mal ante un general extranjero y, menos aún revelarle la magnitud del caos militar en que nos debatíamos. Esto sucedía en el duro otoño de 1936.

—Se llama usted...

El hombre de detrás de la mesa había levantado la cabeza y clavado en mí sus ojos. Tendría unos cuarenta años. Su cara era redonda, carnosa, de un moreno ensombrecido por una tupida barba mal rasurada. Tenía un cuello robusto y una mirada oscura agrandada por sus espesas cejas negras. Me di cuenta también que había desaparecido el cigarrillo de su mano izquierda.

—Federico Olivares García —contesté mecánicamente.

—Bien. Sabrá entonces que fue condenado a muerte por el delito de adhesión a la rebelión, ¿no?

—Sí.

—Diga sí, señor; o no, señor.

—Sí, señor.

—De acuerdo.

Entonces se le contrajo violentamente el rostro y tembló todo su cuerpo como si fuese a reventar y, al fin, soltó un tremendo estornudo que esparció por la mesa los papeles de la carpeta. Su rostro volvió otra vez a hincharse y el hombre sacó rápidamente un pañuelo mientras con la otra mano cubría los papeles para evitar que volasen por la estancia. Siguió una larga cadena de estornudos explosivos. Crujía la silla en que estaba sentado. Su cuerpo, sacudido por los espasmos, se contraía y se distendía. Su cabeza se erguía para abatirse después bruscamente. Su garganta emitía pitidos y estertores. Nunca había visto yo un hombre estornudando de aquella manera. Me quedé inmóvil y callado. Poco a poco fue disminuyendo la violencia de los estornudos, hasta que cesaron por completo. Sin embargo, permaneció con el pañuelo aplicado a la nariz por temor, sin duda, a que le repitiesen. Luego se sonó estrepitosamente varias veces y sus desahogos sonaron como trompetazos. Por último dejó caer la cabeza contra el respaldo de la silla, con los ojos cerrados y la boca abierta, jadeante y gemebundo. Hasta mí llegaban las ondas del aire que expulsaban sus pulmones y sus gemidos. Creo que en aquellos momentos no se acordaba de mi presencia y pude observar cómo le chorreaba el sudor por frente y mejillas, el movimiento agitado de su pecho, la blancura de sus grandes dientes y el abandono total de su persona, olvidado yo, a mi vez, de mi situación. Al cabo, suspiró:

—¡Vaya por Dios!

Abrió los ojos y me miró. Sus ojos estaban aún enrojecidos y llorosos. Pareció extrañarse al verme, pero su vacilación apenas duró un instante, porque se incorporó y empezó a poner en orden los papeles espurreados por la mesa. Entonces recobré súbitamente la conciencia de lo que estaba sucediendo. La angustia se me agarró al estómago como si me encontrase suspendido sobre el vacío y me acordé de vosotras, de papá, de Aurora y de todo lo vivido por mí antes de la guerra. De la guerra, nada. ¿Estaría ya casada Aurora? ¿Con quién? No me dolieron su recuerdo ni su abandono. Me pusieron triste, con esa tristeza de las despedidas irremediables. Allí terminaba la etapa más despreocupada de mi existencia. Y ahora, ¿qué?, me preguntaba.

—Bueno... —y el hombre de detrás de la mesa puso vuelto hacia mí un papel escrito a máquina hasta su mitad, aproximadamente.

Yo me quedé sin respiración. Él cogió una pluma, la humedeció en el tintero, me la ofreció y volvió a hablar con voz ronca:

—Firme ahí, debajo.

Quise hablar, pero no pude, porque mi garganta estaba seca y afónica. Pero él, que adivinó, sin duda, mi estado de ánimo, agregó, poniendo mucho énfasis en sus palabras:

—Su Excelencia el Generalísimo ha tenido a bien conmutarle la pena de muerte por la de treinta años de reclusión mayor. —Hizo una pausa y añadió, más suavemente—: Ande, firme.

Se me hinchó el pecho y se me iluminó por dentro la cabeza. Sentí como si cien campanas volteasen alrededor. Hubiera gritado. Incluso hubiera abrazado a aquel hombre. Veintisiete años como veintisiete potros salvajes se desbocaban dentro de mí. Nunca la alegría de vivir había estallado con tanta fuerza en mi corazón. Pero pude contenerme. Y estampé, al pie de aquellas líneas que no leí la firma más grande y clara de cuantas he tenido que trazar hasta ahora. Oía nítidamente el rasgueo de la pluma y seguí atentamente el orden de los signos hasta el final. Pese a la emoción que borbollaba dentro de mí, mi pulso permaneció tranquilo. No me turbé. Por el contrario, la nueva realidad se me reveló clarísima. Mientras firmaba tuve la sensación de que mi vida, mi verdadera vida, empezaba en aquel momento. No era como si resucitase, no. Era como si naciese. Lo que quedaba definitivamente muerto era lo anterior. En adelante, todo sería nuevo para mí. Tendría futuro, un futuro completamente distinto al que hasta entonces me había imaginado. Pero era ese futuro precisamente lo que no podía ver... Me quedé pensando en ello con la pluma en la mano, ajeno a lo que me rodeaba, ido de allí, cegado ante tan deslumbradora perspectiva.

—¿Ha terminado?

La pregunta del juez militar apagó aquellas luces y me devolvió al sombrío

despacho. Le miré y vi que tendía, sonriente, la mano para recoger la pluma. Se la entregué y entonces volvió a hablar:

—Que sea enhorabuena. Puede retirarse.

—Gracias.

Saludé y salí, acompañado de una ola zumbadora, como si un enjambre de avispas diera vueltas en torno a mi cabeza. ¿Es que me voy a marear ahora?, pensé. Y seguí diciéndome: sería ridículo, absurdo... Y me detuve. En sentido contrario, y guiado por el mismo ordenanza que me condujera a mí, se acercaban Molina y Agustín. Mis amigos me clavaron sus ojos interrogantes, y Molina me preguntó, torciendo la boca:

—¿Qué?

Supe luego que sonreí.

—Es para firmar el indulto —les dije.

Sus ojos resplandecieron y Agustín se frotó las manos. No hubo tiempo para cambiar más palabras. Y ellos siguieron su camino y yo el mío. Pero de pronto me asaltó una duda: ¿Por qué no viene con ellos José Manuel? Y temblé por mis amigos. ¡A ver si eran ellos dos los elegidos por la muerte! Porque, indultado yo y marginado José Manuel por su condición de extranjero y sus antecedentes políticos y religiosos ¿qué otra tercera salida les quedaba? Otra vez se apoderó de mí la angustia, de la que no pudieron liberarme los abrazos y las felicitaciones de los compañeros que me recibieron en el patio.

—¿Dónde está José Manuel? —fue lo primero que pregunté cuando, al fin, me vi libre de sus efusiones de afecto.

—Le llamaron también, nada más irte tú. —Fue Casi el que me lo dijo y añadió —: Vino por él Toledano y, según parece, reclamado por el asesor jurídico de la embajada cubana.

—Ése va a estar muy pronto en la calle —agregó Gonzalo.

Aquellas palabras me intranquilizaron aún más, pero sentí una gran alegría al reaparecer José Manuel sonriendo tímidamente, pero desbordándosele el júbilo por los ojos. Vino hacia mí corriendo.

—¿Qué? ¿Qué tal, Federico?

—Indultado. ¿Y tú?

Y nos explicó que había tenido una entrevista con el asesor jurídico de la embajada de su país.

—Ha estado muy amable y me ha hablado como un amigo. Volvió a sonreír y, bajando la voz para que le oyéramos únicamente los más allegados a él, siguió diciendo:

—Pues que todo está arreglado ya para mi expulsión de España. Seguramente se harán cargo de mí los de la embajada. Ellos me pondrán después en el primer barco

que haga escala en Cuba. Como es lógico, he insistido para que me acompañen mi mujer y mi hija. El único problema ahora es el del dinero para sus pasajes. Pero el señor este me ha prometido que se encargará de solucionarlo de alguna manera como asimismo de obtener de las autoridades españolas el pasaporte y el visado de salida para ellas. Puede que surja algún inconveniente, que, en cualquier caso, sólo lograría retrasar algunos días mi libertad y mi salida de España, pero que no me preocupe, que esté tranquilo, que el asunto está en buenas manos, me ha dicho. Y al despedirse de mí me ha abrazado efusivamente. Así que...

Y nos miró sonriendo un tanto apocadamente, como si le avergonzara ser tan afortunado en medio de tantas desgracias. Pero Casi le animó:

—Me alegro. Me alegro mucho, José Manuel, porque tu caso es el más absurdo y el menos comprensible de todos. Tú no tenías por qué estar aquí de ninguna manera. Esa es la verdad.

—Hombre, eso no hace falta decirlo —dijo Gonzalo.

—Pero no es porque seas indigno de estar entre nosotros —siguió diciendo Casi—, sino porque tú estás al margen de todo lo que ha ocurrido en nuestro país. Tú no has sido nunca beligerante.

—Bueno, eso es más discutible... —y José Manuel se puso serio—. No habré cogido armas y no se me podrá acusar de compromiso con vuestras ideologías, pero neutral, lo que se dice neutral, no lo he sido tampoco. He estado y estoy con vosotros y, cuando me encuentre libre en mi país, haré en vuestro favor todo lo que pueda, que no será mucho tal vez, pero estad seguros de que llegaré en el esfuerzo hasta donde mis medios y mis facultades alcancen.

José Manuel huía del énfasis y de las actitudes solemnes. Por eso quebró inmediatamente el tono de sus palabras agregando:

—Aunque algunos me tengan por carcunda y peatón.

—Bah, no hagas caso de lo que puedan decir cuatro majaderos —le replicó Casi—. Es cuestión de mala leche. Hay que tener en cuenta que aquí no somos todos los que estamos ni estamos todos los que somos. Estoy seguro de que los que hablan mal de ti son precisamente los mismos que quisieran ahora estar en tu pellejo aunque tuviesen que pasar por fachas declarados, porque, en el fondo, no son nada, ni siquiera reaccionarios. Son de los que se van con el sol que más calienta. José Manuel nunca renegó de sus creencias religiosas ni presumió jamás de revolucionario. Solía reírse de las disputas políticas de los presos e incluso de nuestras teorías, y hasta discrepó muchas veces de nosotros, sus amigos más íntimos, sobre el modo de enjuiciar el futuro de España. Cuando en una discusión requeríamos su parecer, decía, medio en broma y medio en serio:

—Pero ¿qué queréis que opine un tipo de derechas como yo? Porque yo soy de derechas. Ya lo sabéis.

Así se zafaba. Y si se zafaba así era porque, en el fondo, despreciaba todo lo relacionado con la política. El aprendizaje de ella en la preguerra y su experimentación durante el conflicto le habían decepcionado profundamente. Un día me confesó:

—No creo en la política, ni en la de derechas ni en la de izquierdas. Para mí no hay más que justicia e iniquidad. Y yo estaré siempre contra ésta, sea quien sea el que la perpetre. Claro que de poco le va a servir a la justicia mi actitud, porque soy muy perezoso y muy egoísta.

Hasta que volvieron Molina y Agustín no pude paladear el gozo que parecía querer reventar dentro dentro de mí. A ellos también les había comunicado el juez militar la conmutación de la pena de muerte por la de treinta años de reclusión mayor. Al fin, los cuatro amigos nos veíamos libres de la espantosa amenaza de un último amanecer en el cementerio del Este, cuando los hombres de la ciudad empiezan a abrir los ojos al nuevo día. Pero nos hizo frenar nuestro alborozo el percibir alrededor un cerco de patética y ávida envidia. Muchos nos miraban con esos ojos deshumanizados con que el hambriento en último grado contempla a los que hacen ostentación de su glotonería. Tuvimos, pues, que disimular, bajar el tono de nuestra voz, hablar de otras cosas. Sin embargo, decidimos celebrar el feliz acontecimiento con una cena especial. Como ya sabéis, abrieron hace un par de semanas un economato para los presos. En él venden sellos de correos y papel de cartas, pasta de dientes y jabón, tabaco y avíos de fumar, vino y algunas cosas de comer como latas de sardinas en aceite, fruta y no sé si algo más. Como gran parte de nuestros compañeros, nosotros teníamos declarado el boicot al economato y no comprábamos nada en él. Pero hicimos una excepción, habida cuenta de que no volvería a repetirse un suceso semejante. Reunimos el poco dinero que teníamos y adquirimos unas latas de sardinas en aceite y cuatro raciones de vino. Como aún nos quedaba un buen trozo de tortilla, queso y chocolate, cenamos como maharajaes. Apenas hablamos, porque no hacía falta. Nos bastaba con mirarnos para transmitirnos la alegría profunda que sentíamos. Al llegar el momento de fumar, José Manuel pidió también un cigarrillo, cosa que nos extrañó, pues llevaba mucho tiempo retirado voluntariamente del tabaco. Entonces nos reveló que el día en que fuimos juzgados hizo a Dios la promesa de no volver a fumar hasta que nos viera libres de la pena de muerte. Nos dijo todo esto con la sonrisa en los labios, con la tímida y como avergonzada sonrisa con que salía acompañar sus palabras siempre que se refería a sus sentimientos. Agustín soltó una de las suyas:

—Hay que reconocer que eres un beato simpático, hombre. Luego, José Manuel nos dijo:

—Ahora vais a permitirme que le escriba a Enriqueta. Voy a ver si hago la carta en verso.

Se apartó un poco de nosotros, sacó su cuadernillo y se puso a escribir, chupando frecuentemente su cigarrillo con tanta fruición que cerraba los ojos, retenía el humo en los pulmones y luego lo expulsaba con lentitud por boca y narices, como si se tratase de extraerle así hasta su última esencia.

Mientras, se nos habían unido Casi, Gonzalo, don Alberto y algunos más. Nosotros no queríamos hablar del indulto, por pudor, pero no así Casi, para quien significaba una buena nueva para todos los que se hallaban condenados a muerte o temían encontrarse pronto en esa situación.

—Vuestro indulto prueba que no hay que desesperar. Hace un rato me decía un compañero: *Si se han escapado del pelotón éstos, que no son ningunos fachas, también podremos escaparnos otros, ¿no?* Y es que parecía hasta hoy que no hubiera escapatoria. Ahora, el que más y el que menos se consolará pensando que también puede haber gracia para él. Porque ¿qué importan treinta años de reclusión? El caso es salvar el cuello de momento. Tal como andan las cosas por el mundo, lo más probable es que cambien. Si estallase la guerra en Europa... Los alemanes y los polacos están jugando con una bomba de mano, ¿no os parece?

—Sí, pero a muchos nos matarán antes. Ya lo he asimilado. La noche en que se llevaron a Cantero, confieso que perdí el control, más que nada porque todavía no me había hecho a la idea ni había hablado en serio con mi mujer sobre tal cosa. Pero ya sí. Hemos convenido lo que tiene que hacer para sacar los chicos adelante, que es lo principal. Los chavales son los que mandan. Y ella sabe lo que le espera. Dentro de un par de años todo habrá cambiado para ellos. Yo seré un recuerdo y nada más. Ahora, lo único que siento es que sea tan larga la espera. Si me hubiera ido con Cantero... Porque la verdad es que nadie se escapa a la muerte, y ¿qué más da, coño, morir un día u otro?

Las palabras de Gonzalo nos traspasaron de frío. Le miré. Parecía sereno, distante, absolutamente convencido y resignado, quizá un poco triste, como si ya se sintiese desligado de todo.

Nadie pudo animar la conversación. Claro que tampoco tuvimos mucho tiempo para ello, porque todavía andaba la gente fregando los platos de la cena cuando corrió por toda la cárcel ese escalofrío que anunciaba la lista. Y así fue. Apareció el *Pelines* con un papel en la mano, seguido de dos guardianes a quienes llamamos *Von Papen* y *Mister Eden*.

Inmediatamente los presos se pusieron en pie y se acercaron al *Pelines*. Como aquello ya no iba con nosotros, si bien nos levantamos, seguimos en el mismo sitio, salvo José Manuel, que, oculto tras nuestras piernas, permaneció sentado, aunque dejó de escribir, eso sí. Los cuatro éramos en esa ocasión sólo espectadores. Por primera vez en semejante situación me sentí tranquilo, invulnerable, indiferente casi, como si se tratase de un juego en el que no tuviera el menor interés. ¡Qué atrocamente

egoísta es uno! ¡*Qué importante, qué privilegiado, qué superior a todos ellos eres!*, gritaba dentro de mí una voz desvergonzada. Y esa misma voz me decía también: *A ti te espera un gran destino, una extraordinaria misión en la vida, y por eso no puedes morir ahora.* Y otras cosas así que me henchían de orgullo y de satisfacción. Claro, luego me avergoncé, pero en aquel momento sólo me faltó desdeñar a aquellos infortunados, cuyos gestos y miradas exudaban angustia y terror. No llegué a tanto, mejor dicho, no caí tan bajo, pero gocé suciamente en mi interior la seguridad que me amparaba.

Comenzó la, lista. El *Pelines* pronunciaba un nombre seguido de sus apellidos — en esto es más humano que *Von Papen*, que entre nombre y apellidos deja transcurrir una pausa escalofriante—, luego se oía la palabra «presente» y, por último, el *Pelines* ordenaba: «Coja la manta». Y el infortunado cogía su manta y salía al pasillo donde *Mister Eden* lo ponía en fila junto con los que llegaban de otras salas. Así fue deslizándose el sorteo hasta que le tocó su turno a Gonzalo. Gonzalo ni se estremeció. Tranquilo, desdeñoso, fue a coger su manta y luego se acercó a donde estábamos nosotros para abrazarnos uno a uno mientras decía:

—Me lo daba el corazón.

También nos dijo:

—Se ve que *el Mediquín y la Condesita* quieren quitarse de en medio a todos los testigos de sus canalladas. (Ya os explicaré a vosotras algún día quiénes son y qué hicieron *el Mediquín y la Condesita*).

Pero aún no nos habíamos recuperado de aquella tremenda impresión cuando sonó un nombre que nos dejó sobrecogidos, estupefactos. Volví atrás inconscientemente la cabeza y vi que José Manuel me miraba a su vez con una expresión de asombro y de desvalimiento irresistibles. Y se puso en pie lentamente, como si se desdoblase. Me hice a un lado y quedó a la vista de todos. Y en medio de un silencio fragilísimo, preguntó:

—¿No será un error?

El *Pelines* revisó el papel. Después dirigió hacia José Manuel la mirada de sus ojos turbios.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió a su vez con voz átona. José Manuel sonrió levemente, se encogió de hombros y dijo, como si se tratase de una aclaración innecesaria:

—Pues José Manuel Garrido León.

Pero el *Pelines* movió lentamente la cabeza en sentido afirmativo.

—No hay ningún error. Lo siento —murmuró.

—Pero... —y José Manuel dejó inconclusa la protesta. Luego, nos miró sucesivamente a Molina, a Agustín y a mí y me preguntó—: Entonces, ¿por qué me han engañado?

No supe qué contestarle. Yo no podía hablar. Tampoco fueron capaces de reaccionar Molina, Agustín, Casi, don Alberto y los demás amigos. En cambio, Gonzalo se vino hacia él diciendo:

—Vamos, compañero. Estaremos juntos. Dentro de poco habrá terminado todo.

El *Pelines* y *Mister Eden* esperaban inmóviles y en silencio, contra su costumbre, impresionados, sin duda, por la actitud de José Manuel, que decía:

—Pero si yo no he hecho nada. Ni siquiera soy español, y el mismo asesor jurídico de la embajada de mi país me ha dicho esta tarde que ya estaba decidida mi expulsión de España. ¿Qué ha pasado?

Y al hablar miraba al *Pelines*, abría los brazos y sonreía. El *Pelines* se encogió de hombros. Entonces José Manuel se volvió a mí y me entregó el cuadernillo, recomendándome que lo hiciese llegar a Enriqueta.

—Lástima que no haya podido terminar la carta...

Ya no pude contenerme más y me abracé a él. Nos besamos. Yo lloraba. Después le abrazaron, llorando igualmente, Molina, Agustín, don Alberto y Casi. Pero José Manuel no lloraba. Estaba más tranquilo y más dueño de sí que todos nosotros. Alguien, mientras tanto, le había puesto una manta sobre sus hombros. Nos pidió tabaco y una onza de chocolate. Se le tendieron varios paquetes de cigarrillos, pero eligió el mío, y Agustín le entregó, temblándole las manos, no una, sino las cuatro onzas de chocolate que guardábamos para desayunarnos al día siguiente.

—Gracias, gracias —murmuraba José Manuel.

Al fin se encaró con Molina, con Agustín y conmigo y nos dijo, sonriendo de nuevo, tristemente:

—Ya no iré a Cuba. Pero no importa, porque dentro de poco estaré con Dios, y lo primero que haré será pedirle que ponga fin de una vez a esta matanza... —Hizo una pausa y añadió—: Vosotros no olvidéis a mi Enriqueta ni a mi Adoración.

Volvió bruscamente la cabeza, cogió de un brazo a Gonzalo y salió con él al pasillo. Se alinearon los dos detrás de Cobos, el *Maravillas*, un chivato repugnante que había sido también delator de fascistas durante la guerra. El tipo suplicaba todavía con la mirada a los guardianes, como si esperase de ellos el perdón. A mí me sacudió un ramalazo de locura. Creo que grité echando a correr tras mi amigo:

—Pero ¡si todavía es un niño! Y es inocente, inocente de todo.

Los compañeros se abalanzaron sobre mí y me arrastraron hasta un petate. Eso me dijeron después, porque yo había perdido por completo la conciencia. También me dijeron que proferí insultos y amenazas, que *Von Papen* quiso abofetearme, pero que lo impidió el *Pelines*, quien trataba de hacerme callar diciendo:

—Cálmese y no diga tonterías, hombre. Cálmese y no diga tonterías.

Cuando me serené ya había concluido todo. Me sentía vacío, como si me hubiese abandonado el otro yo que llevamos dentro. Estaba cansado, exhausto,

inconsolablemente triste y avergonzado de mi suerte. Esa noche no hizo falta el toque de silencio, porque la prisión se había quedado muda y atónita.

Los presos se movían como fantasmas silenciosos. Sólo algunos pocos cuchicheaban. Se tendieron los petates y pronto el piso de las salas quedó cubierto de cuerpos semidesnudos, en realidad casi cadáveres.

—Estoy avergonzado —me dijo Molina en un susurro.

—Igual que yo.

—¡Qué frío estará pasando el pobre José Manuel! —dijo, entre dientes, Agustín.

—¡Dios mío! —suspiró alguien por allí cerca.

Yo pensaba también en el frío que estaría pasando José Manuel. Era muy friolero, tanto que jamás se quitaba la chaqueta, aunque para los demás hiciera un calor achicharrante en aquellas salas llenas de hombres sudorosos, durante las horas del mediodía o las primeras de la noche, cuando el calor de julio era como un cuajo denso y viscoso. Me lo imaginaba arrebujado en su manta y acurrucado en un rincón de la lóbrega estancia que en la prisión de Porlier utilizan para capilla. ¿Cuántos serían en total sus compañeros de la última noche? ¿Cómo saberlo? Tal vez medio centenar, tal vez ciento o más. Los habría de todas las edades y condiciones; jóvenes, maduros y viejos, intelectuales, campesinos, obreros, funcionarios... Gonzalo sí se mantendría firme. Era un hombre curtido por la vida y ganado para la muerte violenta. Gonzalo había visto morir a otros hombres en las mismas circunstancias. Él mismo había apretado otras veces el gatillo infame. Conocía el sistema. Conocía también el proceso: la víctima, resignada, paciente, o iracunda y desafiante, pero, en cualquier caso, con las raíces fuera, ingrávida, rota en mil incoherencias la conciencia como un espejo roto en mil pedazos; y el victimario, malhumorado e irascible, o frío y matemático, pero, en cualquier caso, descontento de sí mismo, cansado hasta los tuétanos, con la conciencia tan turbia como el agua de una charca. Pero José Manuel nada sabía de todo eso. No había empuñado nunca armas, ni había visto morir a un hombre de un balazo, ni siquiera había presenciado la agonía de nadie. Tendría que ir leyendo, línea a línea, las páginas de ese postrer capítulo de la historia de su vida, y descubriendo, uno a uno, sus sobresaltos y sus terrores. Y, además, solo. Siempre habíamos creído que estaríamos los cuatro juntos hasta el final, fuese cual fuese. Molina, Agustín y yo habíamos contraído el compromiso, si nos llegaba el temido trance, de sostener a nuestro joven amigo, de repartirnos su fragilidad y su miedo. Era nuestro hermano menor. A veces nos irritaba con su languidez, su desidia y su infantilismo, que solía utilizar para obtener ventajas: el mejor bocado, el sitio más cómodo, y despreocuparse de ciertos deberes. Teníamos que suplirle en las imaginarias y en la limpieza y en todo aquello que significara molestias y cuidados. Era como un niño consentido. Precoz en todo, ya a los dieciocho años fue padre y esposo. A los veintiuno poseía una cabeza privilegiada y un talento completamente

equilibrado y maduro. Hacía versos bellísimos y hablaba con una claridad y un encanto irresistibles. Por eso tolerábamos todos sus pequeños defectos y le queríamos entrañablemente. Y no sólo nosotros, sino cuantos le trataban de cerca o de lejos. Dentro de la prisión tenía amigos por todas partes. Él daba versos a quien se los solicitara y no sé los cientos de poesías que habrá escrito para las esposas, las madres, las hijas y las hermanas de los presos. Y nunca quiso nada a cambio. Si acaso, una onza de chocolate, porque, eso sí, era un goloso casi patológico. Tanto que yo le embromaba sobre ello y le decía que acabaría siendo diabético. Él entonces me replicaba, también en guasa, que prefería la diabetes a mis acideces de estómago. ¡Pobre! Menos mal que tendría el consuelo de Dios y que su fe le acompañaría. Naturalmente, se confesaría y ¿qué pensaría el sacerdote ante su conciencia adolescente? Es seguro que discutirían los dos y que José Manuel echaría en cara al confesor su inocencia y su inculpabilidad. Y seguro que el confesor quedaría turbado y acongojado, siendo también para él una madrugada alucinante y pavorosa, inolvidable, que le perturbará el sueño, le entenebrececerá el espíritu, le amargará sus relaciones con los hombres, y será el fantasma que le grite en sus soledades durante toda la vida. Y comulgaría después y... Pero yo no podía pasar de ahí. Cuantas veces lo intenté, otras tantas volví al principio, como si mi imaginación fuera incapaz de anticiparme lo siguiente. En efecto, no podía «verlo» en el camión y, luego, ante el piquete y, por último, desangrándose sobre la tierra, enrojecida su camisa, con el rostro desfigurado por los balazos y la muerte detenida en sus pupilas. ¡No podía! ¡No podía! Y vuelta a empezar hasta que el sueño, el miserable sueño animal, pudo más que mi congoja y se apoderó de mí. Y así fue, queridas madre y hermana, la noche de mi indulto...».

Alfonsina levantó los ojos del papel y miró a su madre. Cristina lloraba mansamente, con los ojos abiertos, perdida la mirada en la pared de enfrente, en la que destacaba una tosca reproducción de «Los borrachos» de Velázquez. Al cesar el sonsonete de la lectura, se estremeció y volvió la mirada hacia su hija. Alfonsina tenía también los ojos enrojecidos y llorosos. Ambas mujeres se contemplaron un segundo en silencio.

—¿Has terminado? —preguntó la madre al tiempo de enjugarse con los dedos las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—No. Aún queda bastante. Pero es que tenía ya seca la garganta —y carraspeó.

—Pues descansa un poco, hija. —Luego, Cristina, apretando con una mano el brazo de su hija, dijo—: No sé qué me habría pasado de no saber que el que escribe la carta es Federico. Es horrible lo que cuenta, pero menos mal que lo cuenta él, ¿me comprendes?

—Sí, mamá —y Alfonsina sacudió varias veces la cabeza—. ¡Gracias a Dios!

—Ni siquiera ha podido gozar, el pobre, la alegría de su indulto, como si tuviera

la culpa de lo que le ha ocurrido a José Manuel. ¡Este hijo mío no parece de este mundo! —y tras una breve pausa, añadió—: Sigue, que tus tíos estarán echándonos ya maldiciones.

Y Alfonsina, tras carraspear de nuevo, prosiguió la lectura:

«Me desperté antes del toque de diana. Una luz dorada y suave, una luz inocente y plácida, purísima, entraba por los ventanales. Al abrir los ojos sentí como si me bañase en su claridad, pero en seguida me asaltó el recuerdo de José Manuel. Miré alrededor y vi que tanto Molina como Agustín parpadeaban despiertos. Sin duda, los tres pensábamos lo mismo. Y yo lo dije:

—Nuestro amigo ya no existe.

Molina habló mirando al techo:

—Me parece que lo siento todavía dormir a mi lado. Pero ya no lo veremos más...

—Parece imposible —dijo en voz baja Agustín que añadió—: Me desperté con la duda, como si hubiera tenido un mal sueño, y lo primero que hice fue mirar a donde él dormía, y hasta ver su sitio vacío no me convencí de que era verdad. —Hizo una pausa y prosiguió—: José Manuel ha desaparecido y, sin embargo, todo sigue igual.

—Sí, todo sigue igual. Y eso es lo más monstruoso —dije yo. Y dije más—: Tenía que morir el menos comprometido. ¿Por qué? No lo comprendo. Como no comprendo que el asesor jurídico de la embajada le asegurase que estaba decretada su expulsión de España. ¿Qué razones tenía para mentirle de esa manera?

—Puede que a él también le hubiesen mentido —sugirió Molina.

—De acuerdo —e insistí—: Pero ¿por qué?

—Por qué, por qué, por qué... No acabaríamos nunca con los porqués. ¿Tiene la locura porqué? Pues esto es una locura, Federico, una locura sin porqué.

Eché un vistazo a la sala y advertí que todo el mundo estaba despierto y nos escuchaba. Lo comenté con mis amigos.

—Es natural —dijo Molina—. Todos conocían a José Manuel y sabían que estaba exento de toda clase de responsabilidad en la guerra. Es más, lo tenían clasificado como más bien de derechas. Pues si, aun así, ha tenido el fin que ha tenido, ¿qué pueden esperar los demás? Pensándolo bien, es como para que se le arrugue el ombligo a cualquiera. Supongamos que se lo hubiesen llevado antes de ser indultados nosotros, ¿eh? ¿No tendríamos ahora un nudo en la garganta? Pues eso es lo que le ocurre a la mayoría de los presos.

—Sí, pero nosotros nos hemos salvado —le repliqué.

Agustín, que permanecía callado, terció entonces:

—Porque nadie ha dado la cara por él: ni sus amigos de *El Debate* ni sus compatriotas, ni los católicos. Ni un solo dedo se ha movido en su favor ¡me cago en la leche! Entre todos le han dejado caer... porque era de los suyos, pero había estado

con los rojos... Eso le perdió, no lo dudéis.

Agustín nos dejó pensativos y ya cruzamos muy pocas palabras. El toque de corneta no alborotó el gallinero como otras mañanas. Nos levantamos, recogimos los petates y visitamos los retretes y lavabos sin hacer ruido y sin hablar apenas. El recuento y el tupi (el tupi es esa agua negra y dulzona que nos dan por la mañana) transcurrieron sordamente. No hubo bromas, ni carreras, ni prisas, ni discusiones. Ni siquiera se reunieron los comunistas para discutir las consignas de la jornada. Sobre todos los hombres seguía gravitando la pesadumbre de la noche anterior. La ausencia de José Manuel, que siempre volvía de los lavabos sacudiéndose el pelo mojado sobre la chaqueta, de la que no se despojaba ni para lavarse la cara, tomaba cuerpo y la sentíamos todos físicamente. Hacia su petate, recogido y atado, se dirigían furtivamente muchas miradas... El petate vacío hablaba por sí solo. Ya nunca se sentaría sobre él su dueño a escribir versos y a comer onzas de chocolate.

Nos hicieron salir al patio para oír misa. No era día de precepto, pero era el aniversario de la muerte de Calvo Sotelo. En la madrugada de aquel día, tres años antes, lo sacaron de su casa, le hicieron subir a una camioneta, lo mataron por el camino y luego dejaron su cuerpo ensangrentado en el depósito de cadáveres. Otros habían caído antes en la calle y fueron a parar allí también. Y, durante la guerra, más; y, después de la guerra, más. Y ahora, José Manuel. Me los imaginé a todos juntos, en comunidad, no viviendo a nuestra manera, sino en estado de pura inteligencia, sin noche ni sombras, más allá del tiempo, transidos de una intensa luz inalterable. Eran muchedumbre. Había también mujeres, pero no niños. Y todos jóvenes. Paseaban en pequeños grupos o formaban corros, sentados en bancos de piedra, bajo pórticos y frontispicios o entre estatuas, columnatas, arcos y fuentes... Desde todos los puntos arrancaban perspectivas de caminos orillados por grandes árboles, por entre los que se deslizaba una claridad dorada y apacible, como la que traspasa las vidrieras policromas de las catedrales. El cielo, de un azul turquesa inalterable, era una bóveda sin resplandores, quieta, sedosa, sin sol. Corrían bandadas de leves brisas juguetonas, como mariposas invisibles, que convertían en polvo de cristales los chorros de agua de los surtidores, estremecían las hojas de los árboles, cimbreaban los tallos de lirios y amapolas y dejaban una estela de suavísimos arpegios. Aquellos seres vestían túnicas blancas con collares y cinturones de oro y piedras preciosas. Calzaban cáligas de púrpura y lucían sobre la frente coronas de mirto, laurel o rosas. Me parecía que estaba contemplando un paisaje del Olimpo helénico. Vi a José Manuel y a Gonzalo deambular por entre aquellas gentes y, luego, reaparecer a José Manuel, ya solo, y dirigirse a mí. Venía coronado de rosas rojas. Su collar era de rubíes. Llevaba recogida a la cintura la blanca veste por un ceñidor de oro. Me miró sonriendo, igual que siempre. Era un José Manuel en trance de alegría serena, idealizado. En sus ojos resplandecía la inteligencia. Y sus ojos eran profundos, fascinantes, pero amistosos y

cálidos, compasivos y dulces. Yo intenté hablar, pero no pude. Y él entonces me dijo:

—Ya sé, ya sé lo que quieres preguntarme. Pues no, no sufrí tanto como se teme. Uno se queda tranquilo cuando comprende que ha llegado la hora de liberarse del peso de lo que ahí se llama vida, y que sólo es congoja, inseguridad y miedo, mucho miedo y, sobre todo y más que nada, miedo. Si, eso que ahí se llama vida es sólo miedo, Federico, porque está compuesta de preguntas que nadie contesta. Pues bien, llega el momento en que el miedo afloja su garra y te deja en paz. Morir... Bien, ¿y qué? Lo que deseas entonces es que la muerte acuda cuanto antes, porque llegas a desearla vehementemente. La capilla es como una estación de ferrocarril, donde aguardas tu tren. Nada más. Para mí, lo peor fue el frío. Frío allí y, luego, en el camión. Yo miraba los acerados cañones de los fusiles y me estremecía y daba diente con diente. Durante el viaje al cementerio, que parecía inacabable, el helor agarrotó mis miembros. Así, cuando me hicieron saltar a tierra, sentí como si me desgarrasen los músculos, como si me arrancasen la carne a tiras. El lugar estaba aterido. El alba, que era apenas una mancha de sangre en el cielo, movía en torno nuestro un vaho de carámbanos. Glaciales las voces, las órdenes, el chasquido de los cerrojos de los fusiles. Los fusileros del piquete se movían con frigidez mecánica. Las balas debían de tiritar en las recámaras de acero como los cuchillos de los gitanos de Lorca. El oficial se frotó vigorosamente las manos, entumecidas... A mí me tocó formar en la primera tanda. Todos mis compañeros tenían color de ceniza. Yo me encontraba como sumergido en un baño de hielo, insensible. Sólo percibí en aquel instante el calor del orín que me resbalaba por las piernas. Alguien gritó: ¡Viva la República! ¡Viva la libertad! Y el oficial: ¡Fuego! Pero en seguida cruzamos la zanja. Al otro lado de ella, ya no hacía frío, y nos encontramos envueltos en una atmósfera cálida. Entonces vi que mis compañeros recobraban su aspecto normal, más joven en muchos y, en todos, más terso y luminoso y más, ¿cómo te lo diría para que lo entendieses?, frutal. ¿Comprendes ahora? Allí esperamos hasta que se nos unieron los demás y todos juntos llegamos aquí. No conocí al pronto más que a mis padres, a don Tomás, mi protector, y a algunos otros, pero ya todos me son familiares. He visto a Calvo Sotelo, a Muñoz Seca, a Faraudo, a Castillo, a Melquiades Álvarez y a Pedregal, de los que tanto había oído hablar, y a otros muchos que han sido célebres en el tiempo. Por supuesto, ellos me conocían a mí de siempre, porque aquí no hay pasado ni futuro, sino sólo presente. El tiempo no existe aquí, Federico... Ni tampoco el odio, ni la envidia, ni ninguna de las torvas pasiones que ahí os inquietan y os dominan. Al llegar aquí, desaparece el miedo, y con él, todo lo demás, ¿comprendes?

José Manuel, que no había dejado de sonreír mientras hablaba, siguió moviendo los labios, pero yo no le oía... Hubiera querido preguntarle si hablaban de nuestra guerra civil, si también allí había partidarios de rojos y fachas, qué pensaban de lo que estaba pasando aquí, qué es lo que nos espera y si Hitler va a imponerse a

todos... Pero, aparte de que yo no podía hablar, la imagen de José Manuel se fue desvaneciendo lentamente, mientras yo pensaba, hasta desaparecer.

Habían empezado los himnos después de la misa. Jamás sonaron tan apagadamente. Ni siquiera los funcionarios se cuidaban de poner el énfasis acostumbrado ni se esforzaban mucho por sostener su tono vibrante y victorioso. A los gritos finales apenas respondieron algunas voces sueltas. El director no pareció irritarse por ello y desapareció rápidamente de nuestra vista, junto con su plana mayor, en la que figuraban don Félix y Antolín. Los amigos de José Manuel formamos en seguida un corro, pero ninguno de nosotros tenía ganas de hablar. Fumamos en silencio. El resto de los reclusos tampoco se mostraba locuaz. En general, aparecían taciturnos, metidos dentro de sí. Se hablaba, pero con sordina, como con temor de despertar a alguien. Yo sentía curiosidad por saber lo que pensaban y decían y me di una vuelta por el patio.

—Eso va en serio, camaradas —decía uno—. No vale meter la cabeza bajo el ala. Tenemos que estar preparados para afrontar lo peor. Que nadie piense ya que esto es un cachondeo...

—Si se han llevado a ese muchacho, José Manuel, y al chivato *Maravillas*, ¿qué podemos esperar los demás? —preguntaba otro.

Y oí comentar:

—No nos queda más esperanza que la guerra, que se enzarcen Hitler y las democracias, o Hitler y Rusia... Sólo entonces seremos algo, contaremos algo, porque ahora nadie se acuerda de nosotros.

—Claro, bastante tiene ahora cada cual con lo suyo.

—Naturalmente.

—Pero ¿habrá guerra?

—Eso parece.

—¿Y si gana Hitler?

—Eso no hay ni que pensarlo, leche.

—Pero si ganara...

—Pues a diñarla, compañero.

—¡Coño, qué suerte!

Y frases como éstas:

—A mí, con tal de salir de la cárcel, no me importaría volver a coger la fusila.

¿Con los fascistas?

—Con quien sea. Ya me las arreglaría yo después.

—Como que ibas a poder pasarte, hombre.

—Por lo menos lo intentaría. Y si me salía mal, pues, coño, cuatro tiros y a la mierda. Pero es mejor eso que rilarse todas las noches que hay lista, ¿no?

—Eso, de todas, todas.

—Pues que venga la guerra mañana mismo.

—Ojalá. Siempre es preferible morir como un hombre a morir como un conejo. Aunque no me gustaría morir de ninguna manera, pero...

El tema era el mismo, repetido en todas sus variantes y siempre con el mismo estribillo: la guerra en Europa como último recurso para sobrevivir.

Volví a mi grupo. Se había unido a él Susano, un tipo curioso que fue cura antes de la guerra y al que han condenado a treinta años de cárcel por haber sido miliciano de la cultura con nosotros. Decía cuando yo llegué:

—Pues me han obligado a ser otra vez director del orfeón. Me llamó ayer el *Pelines* y me lo dijo bien claro: o al orfeón o al penal del Dueso. ¿Y qué puedo escoger, eh? Pues el orfeón. Y ahora tengo que andar reclutando cantores porque, de los que había, sólo me quedan tres. Los demás, o han desaparecido con las listas o están condenados ya y no quieren saber nada del asunto.

—¿Y qué va a hacer usted si no encuentra voluntarios? —le preguntó don Alberto.

—Nada. Que los nombre el *Pelines* a tanteo. O, si no, cantaremos los otros tres y yo, salga lo que salga.

—Te veo en el Dueso, Susano —bromeó Agustín.

Entonces intervino Casi:

—No. Hay que evitarlo.

—¿Cómo? —quiso saber Susano.

—Muy sencillo. Como de todas maneras alguien va a ser obligado, por las buenas o por las malas, a apuntarse en el orfeón, y a lo mejor nos meten en él a chivatos e indeseables, yo creo que lo más acertado sería elegirnos nosotros mismos entre los más necesitados. Así mataríamos dos pájaros de un tiro: aliviarles el hambre y, de paso, contar con gente de confianza para cualquier cosa, por la libertad que los del orfeón tienen para ir y venir por la prisión, ¿no os parece?

Nos pareció una buena idea y Susano vio el cielo abierto. En eso estábamos cuando el voceador empezó a nombrar las tandas para las comunicaciones. Al poco tiempo vino Toledano en mi busca. Quería verme don Félix. Le seguí y fuimos a la oficina del jefe de servicios, donde me esperaban don Félix y nuestro amigo Antolín. Este, nada más verme, me dio un fuerte abrazo. El hombre estaba muy emocionado.

—Tenía un disgusto... —me dijo—. Pero ya pasó. Ahora es cosa de paciencia nada más. Chiquillo, cada vez que veía a tu madre o a tu hermana se me ponía un nudo aquí —y señalaba la garganta— que casi no me dejaba hablar. Yo creo que ellas se daban cuenta, pero yo no podía remediarlo.

Don Félix me felicitó también y me confesó:

—Yo también me alegro mucho de que le hayan indultado. De veras. Pienso, como Antolín, que lo peor ya ha pasado, y que ya es cuestión de aguantar un poco, no

mucho. Así, cualquier día nos veremos por ahí. Me agradaría que eso ocurriera pronto.

—Y yo también, por supuesto —dije.

—Lo peor —y su rostro se ensombreció— es lo que le ha ocurrido a su compañero. —Descargó un suave puñetazo sobre la mesa y agregó—: Es terrible que tengan que pagar a veces los que menos deben... Son consecuencias de estas situaciones... Es la suerte. Lo decide la suerte, lo mismo que cuando se salta una trinchera. ¿Por qué cae aquél y no éste? ¡Ah! Pero en este caso lo siento, y mucho.

Después, mientras fumábamos, Antolín me hizo saber que se iba a Sevilla a disfrutar un mes de permiso, pero que no por eso dejaríamos nosotros de vernos, siquiera una vez al mes, en la oficina de don Félix. Y don Félix me lo confirmó, añadiendo que no tengamos, mejor dicho, que no tengáis vosotras ningún escrúpulo en pedírselo. Este don Félix, algún año más joven que yo, es un ejemplo más, desde la otra parte, de cómo nuestra guerra ha provocado el desconcierto y la decepción en la juventud que la hizo. A su padre lo sacaron de esta misma cárcel una noche y lo mataron en la Dehesa de la Villa. Al día siguiente, su madre y él tuvieron que recorrer un espantoso camino hasta encontrar el cadáver para darle sepultura. A los pocos días de esto, don Félix se alistó en unas milicias con nombre supuesto. En cuanto llegó al frente, se pasó a los nacionales, quienes le sometieron a una minuciosa investigación antes de permitirle incorporarse a su ejército. Tomó parte en varias operaciones y terminó la guerra de teniente, mas como nunca pensó seguir la carrera de las armas, dejó el ejército en cuanto le ofrecieron una oportunidad para poder continuar sus estudios, porque lo que él ambiciona es ser notario. Esa oportunidad fue el cuerpo de Prisiones, pero mira por dónde le envían a la misma cárcel donde estuvo recluido su padre para hacer frente a una serie de problemas humanos y de conciencia en los que nunca había pensado y que le perturban y le colocan en una situación totalmente contraria a sus sentimientos y aficiones. Don Félix, es sin duda, uno de tantos jóvenes a quien la guerra, ganada o perdida, ha destrozado moralmente, ha quemado por dentro y ha envejecido prematuramente. Pero ¿a qué seguir con esta clase de consideraciones si nada de lo ocurrido tiene remedio? Él y otros muchos como don Félix, aunque estén en el bando vencedor, han perdido también la guerra, como nosotros o quizá más, porque a nosotros nos queda la excusa de haberla perdido y la esperanza de que un día podamos ganarla, no militarmente, sino espiritualmente, que es, en definitiva, la gran victoria. Por lo menos nos queda esa ilusión. Pero a ellos ¿qué ilusión les queda? ¿Tal vez la venganza? Puede que sí para quienes la guerra sólo fue una explosión de violencia, una ocasión de matar o morir. Pero no creo que para hombres como don Félix la venganza, sea una satisfacción y, menos aún, una justificación. No.

Han pasado sólo unos días desde la desaparición definitiva de José Manuel y ya

casi no se habla de su caso. No obstante, aunque la gente sigue yendo a consejo de guerra y vuelve de él con las acostumbradas penas terroríficas; aunque la gente hable, grite y discuta; aunque, a primera vista, parezca que todo ha vuelto a ser como antes, la verdad es que el espíritu de la prisión ha cambiado. Ha perdido frivolidad y se ha hecho más grave, más sombrío y también más consciente. Hay menos chivatos y, en cambio, existe mayor solidaridad entre los que forman cada uno de los dos grupos en que se dividen los presos: comunistas y no comunistas. Nuestra moral ha subido. Nadie se burla de nadie ni se piensa, como al principio, que sólo se condena a muerte a los asesinos y ladrones probados. El peligro se ha hecho tan palpable y tan amenazador para todos, se ha desenmascarado de tal manera que, en vez de dividirnos, nos ha agrupado, y, en vez de destruir nuestra conciencia revolucionaria nos la ha fortalecido. «Si hemos de morir o sufrir, muramos o suframos con dignidad» parece ser el pensamiento general. Considerarse víctimas inocentes es ya sentirse héroes. Y eso es lo que está pasando entre nosotros. La convicción de ser protagonistas de una gran tragedia es lo único que puede ayudarnos a soportar nuestra situación. Creedme que ahora se siente uno orgulloso de estar aquí. Por fin se ha producido la reacción que deseábamos. Hasta ahora, la gente era víctima de la confusión y el desvarío del final de la guerra. Ya, no. Ya se sabe por qué se está aquí, hay conciencia del porqué de nuestro sacrificio y también de cuál debe ser nuestro comportamiento. Y ha nacido una esperanza: la de que nuestra suerte está ligada a la de los países democráticos que, si bien se olvidan de nuestra situación en estos momentos, comprenderán nuestro sacrificio cuando tengan que enfrentarse con la misma prueba que nosotros, y no tendrán más remedio que hacernos justicia cuando aplasten a Hitler y a Mussolini. A este cambio ha contribuido mucho la desgracia de José Manuel, que ha abierto los ojos a los que todavía creían que la cosa iba sólo contra unos cuantos, coincidiendo con las noticias que nos habían llegado, pocos días antes, del comportamiento de Julián Besteiro, el hombre que ha dado la cara por todos. Yo nunca simpaticé con las ideas políticas de Besteiro. Me parecía demasiado moderado, fuera de nuestra realidad revolucionaria. Pero le admiré, eso sí, al hacerse cargo de la derrota sin haber intervenido en la batalla. Cargar a última hora con el muerto, como hizo él, mientras escapaban los que le dieron muerte, requiere un valor y una honradez extraordinarios, de los que se ven muy pocos ejemplos en la historia. Su actitud en el consejo de guerra, según hemos sabido, cubriéndonos y dándonos la mano a los que hemos quedado aquí como él, nos ha devuelto la confianza y el sentimiento de solidaridad que habíamos perdido. Yo espero que algún día Besteiro sea el símbolo de todos nosotros, de nuestros sufrimientos y de todo aquello que hubo de más noble y desinteresado en los vencidos. Si este hombre se equivocó alguna vez, y yo creo que sí, el último acierto le convierte en la más respetable figura de nuestro campo. Si falló como político, no falló como hombre, y esto es, en definitiva, lo que

más importa.

Bien. Quería decir lo que pienso ahora de todo esto y dicho queda en caliente, para que cuando pase el tiempo, y yo relea esta carta, me sirva de recordatorio y pueda volver a vivir estos momentos tal como fueron, íntegramente, en toda su pureza. Tal vez haga falta dar testimonio de ello, y en ese caso, yo quiero que el mío, por lo menos el mío, sea fiel a la verdad.

Veo que la carta se alarga demasiado. Además, se me está acabando el papel y queda muy poco tiempo para que suene el toque de diana. Pero me restan aún por decir algunas cosas, como, por ejemplo, que no hago más que pensar en aquel teniente de Burgos, ¿te acuerdas, Alfonsina? No sé lo que daría por conocer su nombre para poder recordarlo cada mañana. Yo tal vez no sea nadie para él; pero él para mí es más que un amigo y más que un protector. ¿Dónde lo colocaría? En mi corazón, junto a papá, y, si algún día tengo una casa, su nombre, grabado en una placa de bronce, ocuparía el lugar de honor en ella, para recordarlo constantemente, para que lo conociesen mis amigos y se lo aprendiesen de memoria mis hijos. Espero que en alguna ocasión se me dé a conocer. Mientras tanto, vosotras, que conserváis la fe, pedid a Dios para él lo que quisieréis para mí. También quiero decirte, Alfonsina, que deseo conocer a tu novio. A ver si me lo traes al despacho de don Félix. El que no te haya hablado de él hasta hoy se debe a que no es fácil admitir que nuestra hermana sea también mujer. Es un sentimiento difícil de explicar, porque es eso: un sentimiento que al pronto se escapa a la razón. Luego se llega a comprender. En tu caso, la dificultad era doble. Pero te aseguro que ya he superado el trance y que he encajado tu decisión. Todo saldrá bien, no te preocupes. Por último, quisiera pedirnos que no rompáis esta ni ninguna de mis cartas, que las guardéis para devolvérmelas cuando de nuevo sea un hombre libre. Llevar un diario es aquí muy peligroso, porque nos cachean de cuando en cuando. Se trata de una rutina carcelaria que, en otros tiempos, tenía como objeto buscar navajas, limas, seguetas o cualquier otra herramienta de este tipo, pero que ahora se emplea, sobre todo, para descubrir papeles comprometedores. Sospechan que nos comunicamos por escrito con el exterior y temen que tramemos complots o que mantengamos dentro del aparato burocrático de nuestras organizaciones: listas, acuerdos, manifiestos, noticiarios... De pronto, y sin previo aviso, se presentan los funcionarios, bloquean las salidas de las salas y luego proceden a registrar nuestras personas y nuestras cosas minuciosamente, tanto que, a menudo, hasta nos descosen las colchonetas y los mismos forros de los pantalones. Así es imposible guardar un memorial, porque está uno expuesto a que se lo encuentren y eso podría costar hasta un nuevo sumario. Por eso he escogido el sistema de las cartas mientras podamos contar con Antolín o, si se encontrase ausente como en esta ocasión, mediante el servicio que hemos organizado, del que no conviene hablar mucho, y que sólo nos cuesta una peseta por carta. Bueno, ya suena

el toque de corneta. ¡Adiós! Muchos besos y abrazos de vuestro...».

Se abrió bruscamente la puerta y apareció en ella Rosario, la esposa de Molina. Madre e hija, sorprendidas, dirigieron hacia Rosario sus ojos, todavía velados por las emociones que la lectura de la carta removiese en ellas.

—¿Puedo pasar? —preguntó Rosario, ya dentro.

—Sí, sí, claro —se apresuró a decir Alfonsina.

—¿Habéis terminado?

Sí.

—Bien —y Rosario, después de entornar la puerta, se adelantó hacia Cristina y continuó diciendo, en tono confidencial—: Acabo de llegar de la calle y Laura me ha dicho que llevabais largo rato solas, pero que como se trata de asuntos en que no os gusta que meta nadie la nariz —e hizo una mueca para significar lo absurdo de tal suposición—, no han querido interrumpiros...

—Son ellos los que no quieren saber nada de nuestros asuntos —le interrumpió Cristina.

—Ya lo sé, mujer, ya lo sé, pero no hay que hacerles mucho caso. Me supongo — y señaló las cuartillas que Alfonsina tenía sobre la falda— que habéis estado leyendo alguna carta de Federico, ¿eh? —Madre e hija afirmaron en silencio y Rosario prosiguió—: ¿Alguna novedad?

—No —contestó Alfonsina—, lo que ya sabíamos, sólo que con todos los detalles.

Siguió una pausa. Mientras, Rosario allegó una silla y fue a sentarse frente a sus compañeras. Luego murmuró, con voz quebrada:

—He visto esta tarde a Enriqueta...

Madre e hija fijaron en los de Rosario sus ojos anhelantes, y Cristina preguntó:

—¿Cómo está la pobre?

—Ya puede usted imaginárselo, Cristina —y Rosario movió lentamente la cabeza de arriba abajo al tiempo que miraba a su interlocutora con sus ojos humedecidos—. ¡Criatura! Casi no tiene fuerzas ni para hablar. Parece atontada, como si llevase muchos días sin dormir... Me costó Dios y ayuda que me contase algo. Empezaba y, de pronto, enmudecía, como si se le hubiesen olvidado las palabras... No sé, no sé qué va a ser de ella...

—Si pudiéramos ayudarle... —insinuó Alfonsina.

—Ya. Eso mismo pienso yo, pero ¿cómo? ¿Qué podemos hacer nosotras?

Las mujeres cambiaron entre sí miradas de desaliento e impotencia y las preguntas de Rosario no obtuvieron respuesta.

—Si estamos para que nos ayuden —añadió Rosario y prosiguió diciendo—: Ustedes no tienen ni casa y yo... Ustedes son parientes al menos de los dueños de este piso. Yo soy una extraña. Vengo precisamente de ver a un señor a quien mi

marido hizo algunos favores en la guerra. Me ha hecho cenar con su familia, por eso he llegado tan tarde; y me ha prometido hablar a un amigo suyo para que me dé una portería que tiene vacante. Se conoce que el portero que la ocupaba está ahora preso por haber formado parte del comité de incautación de la finca...

—Me alegraría que se le arreglasen las cosas, Rosario. Una portería es una solución, una buena solución en estas circunstancias, no lo dude. Ojalá nos saliese a nosotras una cosa igual...

—Pero, Cristina... Por muy egoísta que sea Laura, su hermano Andrés no consentirá que la ponga en la calle...

Cristina sonrió tristemente.

—No, porque nos iremos antes.

Rosario pareció asombrada al pronto, pero en seguida cambió de expresión.

—Sí, es mejor irse que ver malas caras. Comprendo, Cristina. Está visto que hasta para la propia familia somos como la peste.

Alfonsina, que había permanecido callada y como indiferente durante el diálogo entre Rosario y su madre, preguntó de pronto a aquélla:

—¿Y cómo se enteró Enriqueta...? ¿Quién se lo comunicó?

Rosario se estremeció.

—Que... ¿cómo se enteró Enriqueta...?

—Sí.

Rosario miró fijamente a la muchacha. Luego cerró los ojos y, tras una pausa, exclamó:

—¡A lo vivo, hija, a lo vivo!

(—¿Con quién quiere comunicar? —pregunta el funcionario, desde el otro lado de la ventanilla.

—Con mi marido —contesta Enriqueta y añade—: Hoy toca su letra.

—Pues dígame su nombre.

—¡Qué tonta soy! Su nombre es José Manuel Garrido León.

El funcionario levanta la vista hasta los ojos de Enriqueta y pregunta, con un extraño matiz en la voz:

—¿Cómo? ¿Cómo me ha dicho que se llama?

Enriqueta repite el nombre y entonces el funcionario se levanta y dice:

—Espere un poco. Voy a ver.

—Pero si toca su letra... —insiste Enriqueta.

Pero el funcionario no le hace caso y desaparece. Un tanto desconcertada, Enriqueta asoma la cabeza por la ventanilla y ve que el funcionario habla con otro y que éste hace gestos afirmativos.

—¿Qué pasa? —le pregunta la mujer que ocupa el siguiente lugar en la fila.

Enriqueta retira la cabeza de la ventanilla y se vuelve a la mujer para decirle:

—No lo sé. Se han puesto a hablar entre ellos...

—Claro, para fastidiarnos y hacernos sufrir. Saben que nos corre mucha prisa comunicar, porque nos aguardan los chicos en casa y porque muchas de nosotros tenemos que ir todavía a trabajar... y se ponen a hablar entre ellos los muy gandules... Bien se aprovechan, bien, de nuestra desgracia. Pero si se presenta una chica de buen ver que les habla con un poco de pitorreo, la atienden en seguida y hasta la invitan al cine si viene al caso. ¡Asquerosos!

En la otra cola, en la que se forma para entregar los paquetes de ropa y comida, hay tal algarabía que parece que está librándose allí una batalla campal.

—¡Tío grosero! ¡Tío aprovechado!

Y gritos, y carcajadas, y llantos... Un dolor inmenso y como podrido ya que revienta en un caos histérico.

Los guardias ordenan:

—¡Cállense!

—¡No nos da la gana! —le responden las mujeres. Y los guardias tratan de poner orden y empujan, arrollan y gritan también. Las mujeres se repliegan a regañadientes para empezar de nuevo a protestar con mayor vehemencia.

—Señora...

Es el funcionario, que ha reaparecido en la ventanilla.

—No puede comunicar con su marido.

Enriqueta mira, atónita, la cara del funcionario, que parece de madera.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta ella temblando.

—Que ha sido trasladado a Porlier.

—¿Trasladado a Porlier? — y la angustia le estrangula la voz—. ¿Cuándo?

—Anoche.

Enriqueta sigue mirando al hombre aquel como hipnotizada.

—Vaya a la ventanilla de paquetes. Allí le darán sus cosas —dice el hombre fríamente, y añade—: A ver, otra.

Enriqueta continúa inmóvil, mirando con sus ojos muy abiertos al funcionario. Éste ya no la mira, sino que mira a la mujer siguiente. Y la mujer siguiente le dice mientras la aparta suavemente de la ventanilla:

—¡Ánimo, hija mía! A lo mejor es cierto que está en Porlier.

Enriqueta sale de la fila como una sonámbula y va a ocupar el último lugar en la otra. Delante de ella, las mujeres comentan:

—Dicen que anoche se llevaron a muchos, que ha sido la mayor «saca» de todas las que ha habido hasta ahora.

Se oyó entonces un alarido junto a la ventanilla de paquetes. Acaban de entregar a una mujer un pequeño hato de ropa y ella, la mujer que lo recibe, parece que se desgarró en sus lamentos:

—¡Me lo han matado! ¡Me lo han matado!

Y el vocerío se encrespa y estalla en toda la fila:

—¡Cállense, cállense! —ordenan los guardias.

Cuando Enriqueta abre los ojos se encuentra sentada en el suelo, atendida por unas compañeras. Entonces rompe a llorar).

—Así fue como se enteró Enriqueta de su desgracia...

Rosario terminó entre lágrimas su relato. Alfonsina se dobló para recoger las cuartillas, que se le habían caído al suelo, y Cristina, con los ojos cerrados, gimió:

—¡Dios mío, Dios mío!

Luego, se quedaron las tres inmóviles y calladas, como en una fotografía, paralizado el tiempo y contenido hasta el más ligero rumor.

XII

... el cansancio de mil días
y de mil noches sin sueño...

Como día de zafarrancho, aquella mañana los guardianes habían obligado a todos los reclusos a salir al patio, con el fin de que las brigadas de limpieza pudieran actuar libremente. Después de barrer salas y pasillos en medio de una gran polvareda, la emprendieron con el fregado de los viejos entarimados, roídos por la carcoma, con cepillos de raíces y zotal diluido en agua. Ocho hombres, entre ellos Agustín y Zaldúa, desnudos de cintura para arriba, descalzos y con los pantalones remangados, avanzaban, de rodillas, empujando los cepillos al ritmo que marcaban todos a la vez:

—¡Uno, dos! ¡Uno, dos!

Los enseres de sus inquilinos —colchonetas, mantas, platos y bolsas— yacían amontonados junto a la puerta. El sol, que entraba por los ventanales como una canina lengua de fuego, levantaba humo de las tablas humedecidas, y el sudor corría por las espaldas, los torsos y las frentes de los hombres de la limpieza.

En el patio, los reclusos apenas si podían moverse. Formaban una masa compacta que, vista desde arriba, era como un empedrado de cabezas. Del gran conjunto bullente se desprendía una espesa vaharada formada por la respiración, el humo de los cigarrillos y las transpiraciones de tantos cuerpos sudorosos. El sol los acuchillaba y mantenía sobre ellos una atmósfera incandescente; una atmósfera que parecía una llama pálida e inmóvil. El rumor de la multitud ascendía como un fragor de oleaje, como un griterío inmenso, más agudo y potente que otras mañanas, tanto que impedía oír los berridos de los voceadores llamando a comunicar.

El *Conde Ciano*, con la gorra de plato caída sobre una ceja y el uniforme desabrochado por falta de botones, echó una rápida ojeada a la sala y urgió a los hombres de la brigada de limpieza:

—Venga, daros prisa, marmotas, que el personal se está cociendo en el patio.

Y desapareció. Entonces, Zaldúa, jadeante, se barrió el sudor de la frente con la palma de una mano mientras empujaba el cepillo con la otra, y murmuró:

—¡Cabrón! Menos mal que ya falta poco...

Después propuso un breve alto en la faena y los ocho hombres se enderezaron sobre las rodillas. El sudor les corría a chorros por la cara y el tórax. A algunos les goteaban las cejas y la nariz. En otros, los hilillos acuosos se descolgaban por el cuello. Y todos se lo rebañaron a puñadas, espurreándolo luego lejos de sí.

—¡Vaya ducha, compañeros! —exclamó alguien, sacudiéndose el sudor.

—¿Ducha? Un baño turco, eso es lo que es —dijo otro.

—No me refería, por supuesto, a las pocas tablas que nos quedan por fregar —y Zaldúa, dirigiéndose especialmente a Agustín, añadió—: Me refería al poco tiempo

que les queda para seguir haciéndonos putadas. ¿No lo sabéis vosotros?

—¿Qué? —preguntó Agustín.

—Hombre, que se espera de un momento a otro la firma de un tratado de alianza contra Hitler entre las democracias y la URSS.

—Ya. Sí, sabemos que se encuentra en Moscú una comisión militar franco-inglesa con ese objeto, pero ¿qué saldrá de todo eso, Zaldúa?

—Pues la guerra contra Hitler. Una de dos: o Hitler se achanta, lo cual sería tanto como tirar la esponja, o estalla la guerra. Yo creo más bien esto último, porque Hitler, como todos los chulos, no puede echarse atrás. En cualquier caso, el resultado será el mismo: pegarle hasta acabar con él; y si se acaba con él, se acaba con el fascismo; y si se acaba con el fascismo, nosotros seremos los amos. Ni más ni menos, camarada.

Pero Agustín movió la cabeza en señal de duda.

—No sé, no sé —dijo—. Puede que tengas razón, pero ya no me fío de nada ni de nadie después de lo de Checoslovaquia, y no lo creeré hasta que lo vea. Claro que ojalá aciertes.

—No lo dudes. Lo vas a ver muy pronto. Es sólo cuestión de días.

Y los negros ojos de Zaldúa brillaron de entusiasmo cuando remachó su parecer diciendo:

—¡Machacaremos al fascismo! ¡Lo machacaremos! De esta no sale. Te lo aseguro. La URSS tiene mucho poder. El Ejército Rojo está muy bien preparado, y ahora van a saber los alemanes lo que es un bombardeo por la aviación. Será la revancha.

Los hombres del grupo, sentados sobre sus talones, escuchaban a Zaldúa con mucha atención, pero guardaron silencio. Estaban fatigados, casi exhaustos. Sólo cuando arreció el griterío del patio, dijo uno de ellos:

—¡Cómo gritan esos, leche! Ni que se hubieran vuelto locos.

—Sí, como en el Tenorio —y Agustín declamó con énfasis cómico—: «Cual gritan esos malditos, — pero mal rayo me parta — si, en acabando esta carta, — no pagan caros sus gritos...».

—Se ve que les escuece el sol.

—Digo, como que el patio debe de ser un achicharradero.

—Bien, ¿vamos a acabar lo poco que nos falta?

Los hombres accedieron a la propuesta de Agustín, se echaron sobre los cepillos y reanudaron su trabajo, no sin que Zaldúa rezongara:

—No hay duda de que sólo el partido está a la altura de las circunstancias.

Sus compañeros guardaron de nuevo silencio como si no les importara otra cosa que rematar pronto el esfuerzo físico que estaban realizando. Y siguieron así, obstinados en su mutismo, hasta que alcanzaron la pared. Entonces tiraron los cepillos y se pusieron en pie trabajosamente. El sudor había rebrotado

abundantemente sobre su piel y, al enderezarse, los más de ellos se llevaron la mano a los riñones.

—Estoy hecho polvo —comentó Agustín—. Con unas cuantas mañanas como ésta, me quedo doblado para siempre.

—Vaya que sí. Con esto y el rancho que nos dan...

Pero apenas tuvieron tiempo para más comentarios porque empezó inmediatamente a retumbar la prisión con las carreras y el tumulto de los presos por los pasillos. Era un rumor creciente de pisadas y voces.

—¡Ya suben, ya suben!

—Sí, ya han abierto el chiquero.

—Coño, y cómo vienen: como potros.

Los guardianes gritaban:

—¡Cada cual a su sala! ¡Y prohibido salir de ella sin permiso!

—¿Qué pasará? —preguntó Zaldúa mirando a Agustín.

—¡Cualquiera lo sabe!

Pronto asomaron en la puerta los más veloces, que casi se dieron de bruces con la pila formada por los petates.

—¿Adónde vais tan corriendo?

—La guerra civil, compañeros, la guerra civil —contestó uno de los recién llegados.

Y apareció Diéguez, el jefe de la sala, y en seguida empezó a dar órdenes:

—Venga, lo primero es colocar los petates en su sitio. Entre tanto, los hombres de la brigada se miraban entre sí, perplejos, hasta que llegaron Olivares y Casi. Agustín salió al paso de aquél y le preguntó:

—Pero ¿qué ocurre?

Olivares, después de respirar hondo, se le quedó mirando y le preguntó a su vez:

—¿Es que no lo sabes?

Agustín pareció comprender.

—Ah, vamos. Que las democracias han firmado al fin con la URSS una alianza contra Hitler, ¿no es eso?

Olivares movió enérgicamente la cabeza en sentido negativo.

—Todo lo contrario, Agustín.

—¿Todo lo contrario? No lo entiendo.

Olivares puso una mano sobre el hombro de su amigo y dijo, con voz grave y entrecortada aún por el jadeo:

—Sí. Mientras la comisión militar aliada negociaba con los rusos, Ribbentrop se presentó de pronto en Moscú, ayer mismo, y firmó con Molotov un tratado de no agresión y mutua ayuda entre Alemania y la URSS.

—¡Dios! ¡Lo que nos faltaba!

Zaldúa, que había permanecido atento al rápido diálogo entre los dos amigos, preguntó a Olivares:

—¿Sabes lo que estás diciendo? Eso es absurdo.

—Será absurdo, pero es la verdad. Lo dice la Prensa y lo han confirmado nuestros compañeros de la calle.

Y Zaldúa no esperó más para reunirse con Planas y los de su grupo. Por su parte, Agustín no salía de su asombro.

—Pero eso es una traición a las claras, Federico —exclamó, visiblemente consternado.

—Eso mismo pensamos nosotros e incluso algunos comunistas. Por eso la noticia cayó como una bomba en el patio. Ya ha habido hasta bofetadas entre algunos exaltados.

Molina, don Alberto y otros compañeros confirmaron rotundamente lo dicho por Olivares y a Agustín ya no se le ocurrió más que preguntar:

—¿Y qué va a pasar ahora?

Pero las órdenes apremiantes de Diéguez para que recogiesen los petates y los colocasen en su sitio los obligó a interrumpir por el momento sus comentarios. La operación duró escasamente un par de minutos, porque todos obraban apresuradamente, nerviosos y excitados. Después, los hombres quedaron divididos en dos grupos: a un lado, los comunistas y sus simpatizantes; en el opuesto, todos los demás. En una y otra parte se formaron amplios corros, en los que la noticia del día comenzó a ser analizada y comentada desde todos sus ángulos.

—Para mí que los alemanes y los rusos han llegado a un acuerdo para repartirse el mundo. Para aquéllos, Europa; y, para éstos, el Oriente. Sin embargo, la verdad es que no acabo de comprenderlo —decía Molina, quien añadió seguidamente—: ¿Cómo es posible que después de tirarse a degüello durante tanto tiempo hayan llegado a entenderse Stalin y Hitler?

Don Alberto se quitó la pipa de los labios para decir:

—No olvide usted, Molina, que los dos son dictadores, que los dos son totalitarios.

—Es cierto —dijo Casi—. Yo siempre he sostenido que el partido comunista es la nueva derecha política. Los comunistas rusos hicieron su revolución o, mejor dicho, tomaron el poder, y todo lo que han hecho después, especialmente desde que Stalin se hizo con el mando, ha sido defender esa posición.

Les queda, eso sí, la literatura revolucionaria, pero nada más que eso, para disimular y apoyarse en los idealistas, que son los únicos capaces de batirse por la gran causa. Ya lo sabéis: tienen su papa, su concilio y sus dogmas. Como ya han llegado a donde pretendían, no permiten a nadie dar un paso más. No hay más revolución que la suya, como para los reaccionarios de cualquier país no hay más

patria que la de sus privilegios, ni más Dios que el que se fabrican a su gusto. Como veréis, es lo mismo.

Los razonamientos de Casi no acababan, sin embargo, de convencer a sus compañeros. Ellos también opinaban así, pero...

—Pero ¿qué va a pasar ahora? —insistió Agustín, añadiendo—: Que Hitler se traga a Polonia está más claro que el agua. Pero ¿qué van a hacer en ese caso las democracias?

—Pues resignarse —contestó don Alberto.

—Por lo pronto, no habrá guerra —opinó Molina—. Ya no habrá guerra. Esto de ahora es como otro Munich a costa de Polonia, consentido por Rusia, como el primero fue a costa de Checoslovaquia, con el consentimiento de las democracias. Aparte de todo, Stalin no ha hecho más que devolverles la pelota a Chamberlain y a Daladier.

—Está claro, Molina, pero entre unos y otros...

—Nos hacen la puñeta, ¿no? Claro que sí, Agustín. Nosotros pagamos.

Agustín repitió su pregunta:

—¿Y qué va a ser de nosotros, de todos nosotros, comunistas o no?

La pregunta iba dirigida a todos, pero ninguno se atrevió a dar la respuesta. En cambio, Casi dijo, señalando al grupo de los comunistas:

—Mirad cómo cuchichean. Apuesto a que están aún más confusos que nosotros.

En la pequeña asamblea formada por Zaldúa, Planas y sus adictos, no se discutía tan abiertamente, sino que más bien se escuchaban las explicaciones de Serafín, un joven activista de quien se sospechaba que era el jefe del aparato del partido dentro de la prisión. Los del grupo de Casi no podían entender lo que decía Serafín, pero sí sospechar, por las frecuentes interrupciones de que era objeto, que entre ellos tampoco resultaba fácil admitir la versión conformista de los dirigentes.

—Es que es un paquete... —siguió diciendo Casi.

—Desde luego que lo es, y hay que tener una boca muy dura para tragárselo sin masticar —opinó Federico—. Pero no hay duda de que defenderán a Stalin y la actitud del gobierno de la URSS.

Pero Agustín no se daba por vencido.

—Bien, pero ¿qué van a decir a sus camaradas condenados a muerte? ¿Por qué van a morir ahora los comunistas?

—Toma, pues por el partido —le contestó Olivares sin vacilar.

—Peor es nuestro caso, pues —y Cejador, el socialista, miró detenidamente a cada uno de sus compañeros como si buscara la respuesta en sus ojos—. ¿Por qué van a morir aquellos de los nuestros a quienes les toque la china?

Olivares contestó con la misma seguridad que antes:

—Pues por nuestras ideas. Nunca necesitamos de ellos para nada. No eran nadie

en España el 14 de abril de 1931 y muy poco el 18 de julio de 1936. Se nos unieron en la lucha, eso sí, pero no para nuestros fines, sino para los fines ocultos de la URSS, fines que la mayoría de los comunistas ignoraban. ¿Es que no os acordáis ya de lo que hemos discutido con ellos durante la guerra y cómo al final de ello terminamos a testarazo limpio? Y conste que yo no cogí las armas contra ellos. Era ya demasiado tarde y no valía la pena. Estábamos perdidos, y bien perdidos. Nuestro caso es aparte, compañeros.

—A lo mejor, como ya son aliados de los fascistas, les perdonan la vida —sugirió don Alberto.

—Ni hablar de eso —le replicó Cejador—. A la URSS le interesa que sus militantes españoles pasen por mártires de la causa. Hasta los presentarán como los únicos que mueren valientemente por sus ideas, y silenciarán a los nuestros o, cuando hablen de ellos, será para decir que pagaron su traición, puesto que entregaron España al fascismo.

Agustín estalló:

—¡Eso faltaba, hombre; eso faltaba!

—Los traidores serán ellos —gritó un exaltado.

—Sí —remachó—, ¡los traidores son los comunistas! —Y los increpó, preguntándoles—: ¿Qué vais a decir ahora, mamones?

Se hizo un súbito silencio en la sala, interrumpido por la misma voz, que ya sonó como una gran blasfemia:

—¡Me cago en la madre que parió a Stalin!

Entonces se puso en pie Zaldúa y avanzó en dirección al grupo de Casi. Sus camaradas se levantaron también e hicieron lo mismo Olivares, Molina y los suyos. Por un momento pareció que se iban a lanzar unos contra otros, pero Zaldúa se interpuso entre los dos bandos y empezó a hablar:

—Camaradas...

Unos y otros se contuvieron, pese a la excitación que revelaban sus ademanes y a sus miradas que relampagueaban de ira.

En primer lugar —prosiguió diciendo Zaldúa, después de una leve pausa—, puede que sea falsa la noticia, porque, ¿quién la ha publicado? La Prensa fascista, ¿no? Entonces...

—La noticia es cierta —le replicó secamente Casi—. La han dado igualmente la radio francesa y la radio inglesa, y tú lo sabes tan bien como nosotros.

Zaldúa no pestañeó siquiera. Sonrió y dijo luego:

Está bien. Tomémosla como cierta. ¿Y qué?

—¡Cómo que y qué! —bramó Agustín—. ¿Es que te parece natural que se alíen Stalin y Hitler? Si es así, ¿qué pintáis aquí vosotros?

Zaldúa volvió a sonreír, aunque no podía disimular del todo el esfuerzo que hacía

para aparentar serenidad.

—No te ciegues, camarada —e hizo un ligero ademán como para contener la fogosidad de Agustín—. Todo eso no es más que un truco.

—¿Un truco dices?

—Pues, sí; un truco.

—¡Coño, qué trucos! ¿Habéis oído todos bien?

—Sí, sí —y Zaldúa continuó sin alterarse.

Entonces intervino Cejador:

—Bueno, un truco, pero ¿en qué consiste?

Zaldúa movió la cabeza.

—Es un poco complicado, ya lo sé, pero supongo que lo entenderéis fácilmente. Hitler es un ladrón que necesita robar las riquezas que han acaparado las democracias, pero no puede atacarlas si antes no se asegura la retaguardia, y para ello tiene que contar con la URSS. La URSS, por su parte, tiene que evitar que se alíen Hitler y las democracias contra ella. Claro, Francia e Inglaterra hubieran querido que fuese la URSS la que se enzarzase con Hitler para recoger después el fruto con sus manos limpias, sin dar la cara y sin jugarse nada, cuando la URSS, después de vencer a Hitler, se encontrase disminuida como es natural, y ellas bien armadas y preparadas y sin haber perdido ni un solo soldado. Pero Stalin les descubrió la treta y lo que ha hecho es, sencillamente, tomarles la delantera y hacer contra Francia e Inglaterra lo que éstas querían hacer contra la URSS. Ahora, Hitler, después del tratado germano-soviético, tiene las manos libres para pelear contra los franceses y los ingleses. Y Stalin se queda en reserva. Y así cuando estén deshechos franceses, ingleses y alemanes, no tendrá más que poner en movimiento al Ejército Rojo para hacerse el amo. La cosa está bien clara, ¿no?

—Y tan clara —dijo Olivares—. Demasiado clara. Si es tan fácil comprenderla a tipos como nosotros, que estamos aislados y no somos precisamente unas lumbreras, ¿piensas tú que Inglaterra y Francia se están chupando el dedo, que no son capaces de adivinar las intenciones de Stalin, si es que son ésas sus intenciones? Y Hitler tampoco, ¿no? Hitler es tan imbécil que no ve la trampa que le prepara Stalin. Mira, Zaldúa, es tan burdo todo eso y tan gordo, que no hay dios que se lo trague.

—¿Se va a fiar Hitler de Stalin? —le preguntó Agustín—. No, ¿verdad? Pues entonces, ¿qué?

Le contestó Serafín, quien, entre tanto, se había adelantado hasta el centro de la sala:

—Es igual que se fíe como que no. La verdad es que el capitalismo ha llegado a su fin. No tiene salida. Pero es necesario darle el último empujón para que se derrumbe, y ese empujón es el pacto que acaba de firmar Ribbentrop en Moscú.

—¿Y si no hay guerra? —objetó Molina.

—La habrá, no lo dudes. Hitler no tiene más opción que la guerra. Y en cuanto a las democracias, carecen de ideales. Son países corrompidos. ¿No habéis visto lo que han hecho hasta ahora? Han ido cediendo y cediendo, porque lo que les importa es salvar sus colonias, su dinero, a costa de lo que sea, pero cuando Hitler les pida todo eso, y eso es lo que les va a pedir: materias primas, mercados, colonias, etcétera, que es tanto como arruinarlas, no tendrán más remedio que defenderse. Pero eso es la guerra, una guerra que aniquilará a las dos partes. Entonces, la URSS...

Serafín hablaba de una manera cortante, sin inflexiones en la voz, como quien repite por enésima vez las mismas ideas con idénticas palabras. Exactamente como el que desarrolla un problema sobre el encerado. Era un muchacho enjuto, grave, de mediana estatura. Vestía un viejo mono caqui por uno de cuyos bolsillos superiores asomaba el cepillo de los dientes. Miraba con fijeza, pero más allá de su interlocutor, como el orador que, desde lo alto de la tribuna, resbala su mirada por encima de la multitud que le escucha y a la que, en el fondo, desprecia.

Olivares conocía muy bien a los hombres como Serafín, elementales aunque inteligentes, de una sola idea, sin dudas ni vacilaciones.

—Bien —le interrumpió—, puede que ésa sea la intención de Stalin, aunque es mucho suponer que tú conozcas desde aquí lo que Stalin piensa y busca. Sin embargo, no estoy de acuerdo en eso de que las democracias capitalistas estén tan podridas y descompuestas que no sean capaces de hacer frente a Hitler. Son cómodas y egoístas, eso sí, y no quieren jugárselo todo a una carta, pero no olvides que tienen la industria más potente del mundo y más recursos como materias primas, hombres y territorios, que Alemania y Rusia juntas. Además, ¿tú crees que los Estados Unidos van a permitir que Alemania o Rusia se apoderen del mundo? Ni hablar de eso. Por consiguiente, la cosa no es tan sencilla como tú la planteas. Además, todo esto son suposiciones que pueden ser ciertas o no. Ahora, lo único cierto es que Stalin se entiende, no sabemos para qué ni por qué, con Hitler, que es nuestro mayor enemigo...

—¡Eso, eso! —le interrumpió una voz.

Y siguieron otras voces:

—¡Traidores!

—¡Fascistas!

Y, de pronto, estalló la tormenta. Los dos bandos se mezclaron y la discusión se fragmentó en numerosas discusiones que, más que tales, eran violentas disputas en las que fulguraban como relámpagos los peores insultos.

—¡Stalin es un hijoputa!

—Ahora iréis del brazo de la Falange y de los curas, ¿no?

—Gritaréis un viva a Stalin cuando os peguen cuatro tiros, ¿eh?

—¿Que entregamos España a los fascistas? Y vosotros, ¿qué? Vosotros les vais a

entregar el mundo.

—¿Para eso os sublevasteis contra la Junta? Ahora se ve claro.

En vano, Casi, Olivares, Cejador y algunos otros trataban de contener a sus compañeros:

—Compañeros, compañeros...

—¡Callaros!

Esto es un espectáculo vergonzoso.

A su vez, Zaldúa, Planas y Serafín procuraban reducir la exasperación de sus camaradas, con el mismo negativo resultado.

—Camaradas, camaradas...

No respondáis, no respondáis...

—¡Viva la unidad antifascista, camaradas!

Diéguen no hacía más que gritar:

—¡Atención! ¡Atención!

Pero nadie hacía caso del jefe de sala y la bronca fue creciendo hasta llegar a ese punto en que de las palabras se pasa a los hechos. Menos mal que en el momento crítico alguien dio la voz de alarma:

—¡*Von Papen!* ¡*Von Papen!*

Hizo el efecto del agua sobre un incendio. La ira se contrajo. El furor se detuvo y las palabras se quedaron sin aire. Poco a poco las miradas fueron dirigiéndose a la puerta de la sala y, al mismo ritmo, fue desvaneciéndose el alboroto hasta quedar mudos e inmóviles todos los contendientes. Porque, efectivamente, abiertas las piernas y cruzados sobre el pecho los brazos, se encontraba allí *Von Papen* contemplándolos desde lo alto de su desprecio. Se hizo el silencio y sonaron sus palabras:

—Sois como putas.

Luego fue pasando su mirada provocativa por cada uno de los hombres hasta fijarla finalmente en Serafín. Entonces dijo:

—Tú, ven acá.

Serafín se destacó del grupo donde se encontraba y, después de saludar brazo en alto al guardián, se quedó ante él en rígida posición.

—Tú no eres de esta sala, ¿verdad?

—No, señor —contestó Serafín.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque unos amigos me han invitado a comer en su «república».

El rostro con sotabarba de *Von Papen* se hinchó y enrojeció.

—¿República? ¿Todavía no te has enterado de que ahora son «imperios»?

Serafín apretó la mandíbula y no dijo nada. Había adivinado la intención de *Von Papen* en sus ojos y aguardó, apercebido. En efecto, la mano de *Von Papen* se movió

y se oyó el chasquido de la bofetada. Serafín mantuvo inmóvil y firme la cabeza, pero palideció como palidieron todos los demás. *Von Papen* aún los miró de nuevo, uno a uno, desafiante, y después ordenó a Serafín:

—Vete a tu sala.

Serafín hizo otra vez el saludo romano y salió de la sala erguido, con aire marcial. Cuando desapareció por el pasillo, *Von Papen* volvió a hablar, dirigiéndose a todos:

—Si vuelve a repetirse este escándalo, os dejaré un mes sin comunicación. ¿Estamos?

La pregunta era inútil y *Von Papen* no esperó la respuesta. Dio la espalda a los reclusos y se marchó despacio, taconeando fuertemente con sus desgastados zapatos y dejando tras sí una estela de silencio y de odio.

—Como me lo eche a la cara un día en la calle... —dijo una voz reprimida, entre dientes, que hizo estremecerse a todos, mientras aún seguían sonando los pasos del guardián.

Después, al verse libres de la presencia de *Von Papen*, los hombres se retiraron a sus petates, sombríos y apesadumbrados, sin ganas de hablar, como si sintieran vergüenza por lo que acababa de ocurrir y también por sí mismos.

Casi llevó aparte a Olivares y Cejador y les dijo en voz baja:

—Hay que reunir al comité para evitar que esto se repita, porque, en una de éstas, puede saltar la chispa y armarse la de Dios. Y no nos conviene. De ninguna manera. Y ahora, menos que nunca. No sabemos lo que están tramando entre bastidores, pero sea lo que sea, lo cierto es que las cosas están a punto de cambiar. Es lo único que está claro, ¿no te parece?

Olivares hizo un gesto afirmativo y añadió:

—Completamente de acuerdo, Casi.

El pacto germanosoviético fue más desconcertante aún para los hombres reclusos en la prisión que el mismo final catastrófico de la guerra civil. Fue un golpe teatral inesperado y tan inverosímil que hasta los más pasivos e indiferentes se sintieron conmovidos. No obstante, en vez de hacer cundir la desmoralización, excitó la rabia colectiva; en unos, para justificar lo aparentemente injustificable; y en otros, para abatir las orgullosas posiciones de quienes, hasta entonces, se proclamaban los más intransigentes y puros en la lucha contra el fascismo. Los comunistas tuvieron que recurrir desesperadamente a sus restos de fe y disciplina para defender lo que ni ellos mismos comprendían ni aceptaban en la intimidad de su conciencia; y los no comunistas, zaheridos por la dialéctica implacable de aquéllos, que los acusaban de debilidad y hasta de complicidad con el enemigo común, se encontraron de pronto con un argumento demoledor, a primera vista irrefutable, para aniquilar a sus oponentes. En la reunión del comité, Casi resumió así la posición de los comunistas:

—Todos sabemos que los comunistas coincidían con nosotros, y con toda la opinión, después que fuimos traicionados en la campaña de Extremadura y la huida del gobierno de la República a Francia, en que la guerra estaba perdida, suponiendo que no hubiesen llegado antes a esta conclusión, y todo hace sospechar que sí, y en que era preciso ponerle fin cuanto antes, claro que salvando todo lo posible. Negrín lo intentó en varias ocasiones sin ningún resultado positivo. Entonces surgió lo de Casado y Besteiro. Casado consultó con los jefes de Cuerpo de Ejército de Madrid, todos comunistas, y ellos no se opusieron, y dieron más bien a entender que aceptarían la apertura de conversaciones con los nacionales a fin de concertar la paz con ellos. Y al principio se inhibieron. Pero para rehuir toda responsabilidad y poder aparecer un día como los únicos verdaderamente intransigentes, lanzaron a Barceló contra Casado, quedándose los demás a la expectativa. De haberlo querido realmente, los comunistas hubieran barrido a la Junta de Casado en las primeras veinticuatro horas. Pero no era ése su plan. Por eso amagaron y no dieron. Sin embargo, después que Casado y Mera derrotaron a Barceló, temieron que la Junta aún pudiera salir airoso en su empresa y entonces pidieron formar parte de ella. La junta los rechazó. Luego, los acontecimientos se desencadenaron desordenadamente: fusilamientos de Barceló y de su comisario Conesa, descomposición del ejército, deserciones y hundimiento de los frentes y, sobre todo, marcha atrás de los nacionales, que veían ya claramente que no tenían ninguna oposición firme al otro lado de las trincheras. En vista de ello, los comunistas, que saben maniobrar como nadie, reclamaron íntegramente la postura de la resistencia a ultranza y cargaron sobre la Junta toda la culpa de la rendición. Sabíamos todo esto, pero no podíamos probarlo, y aunque hubiésemos podido probarlo, nadie lo hubiera creído. Pero ahora la cosa cambia. Con la firma del pacto con Hitler se han quedado al descubierto y a nosotros nos ha llegado el desquite. ¿Cómo acusarnos ya de cómplices del fascismo si ellos son aliados de Hitler, eh?

—Sí, todo eso me parece muy bien desde el punto de vista crítico y dialéctico con vistas al mañana —le objetó Olivares— pero lo que a mí más me preocupa es el presente y el futuro inmediato. A nuestros compañeros no les basta con saber eso que, en fin de cuentas, son historias del pasado, sino que necesitan agarrarse a alguna esperanza para poder soportar su situación. ¿Qué les vamos a decir ahora, cuando saben que Hitler y Stalin van de acuerdo?

La reflexión de Olivares provocó en los reunidos, primero el silencio y, después, vagos y contradictorios pareceres que, más que tales, eran la expresión de las propias dudas y vacilaciones.

—Yo pienso —dijo Casi como resumen— que tenemos que jugárnoslo todo a la carta de la guerra. Será, de momento, un respiro. ¿No hay que inventar bulos de cuando en cuando para levantarles la moral?

—Sí, pero son cosas de poca importancia, que se olvidan en seguida. Ahora va en serio —y el representante de Izquierda Republicana añadió—: ¿Y si no sale esa carta?

—Mala suerte —replicó Casi—. Pero no podemos escoger.

—¿Tú crees en la guerra? —le preguntó Cejador.

—Aunque no lo vea claro, no tengo más remedio que creer en ella. ¿Qué otra salida nos queda?

—Ninguna, por supuesto —contestó el republicano.

—Pues entonces... Y hay que vivir, ¿no?

Por su parte, Serafín dijo a los suyos:

—Las democracias no piensan más que en sus intereses. Cuando se consolidó el poder soviético, cercaron a la URSS y, después, amamantaron a Hitler para que les sirviese de martillo contra el primer país socialista del mundo. Buscaban, como siempre, que alguien diese la cara por ellas, se batiese por ellas y les sirviera luego el triunfo en bandeja. Pero Hitler, una vez que se sintió fuerte, no quiso ser criado, sino amo, es decir, que les salió la criada respondona. Entonces empezaron las carantoñas a la URSS para que les sirviese de martillo contra Hitler. Qué bonito, ¿eh? Pero ya era demasiado tarde y demasiado conocido también el juego que se traían entre manos. Y Hitler y Stalin se preguntaron: ¿Por qué batirnos en beneficio del gran capitalismo y del gran imperialismo? Y se pusieron de acuerdo en no pegarse. De esta manera, las democracias capitalistas se han quedado solas frente a Hitler y frente a Stalin. Pero Stalin, que es, sobre todo, un marxista ciento por ciento, se queda al margen porque sabe que el capitalismo está condenado a destruirse él mismo en una guerra a la que le empujan sus propias contradicciones internas, y espera intervenir en el momento oportuno y hacer triunfar el socialismo en el mundo. Y esto es lo que está ocurriendo.

—Bien, pero nuestros camaradas de la base no están capacitados para entender este razonamiento —opinó Zaldúa—. Ellos necesitan...

—La guerra —le interrumpió Serafín.

—¿Estás seguro de que se producirá?

Serafín se le quedó mirando fijamente a los ojos al tiempo de clavarle la respuesta:

—La guerra es un resultado matemático, camarada. Y no te lo digo yo; te lo dice el partido.

Los dos grupos en que se dividía la población reclusa levantaron aún más los muros que los separaban y disminuyeron las bandas neutrales. Aunque ya no hubo entre ellos enfrentamientos colectivos, ni tampoco más choques violentos, eran frecuentes, sin embargo, las escaramuzas por parte de unos y otros. La intranquilidad y la irritación, latentes en todos, se exteriorizaban con cualquier pretexto. Estaban

confusos, desorientados, descontentos consigo mismos. A ello contribuían también en gran manera las noticias del exterior que se filtraban por el locutorio o que algunos recogían de labios de los mismos guardianes, porque la firma del tratado germanosoviético había desatado los mismos temores y producido idéntico desconcierto en las filas de los vencedores. Sus amigos y familiares les soplaban a través de las rejas:

—A los curas y a muchos falangistas no les ha sentado muy bien que sean amigos Hitler y Stalin.

—Hay rumores de que van a poner en libertad a los comunistas.

—Dicen que si van a luchar por Stalin ahora.

—Me ha dicho un señor muy enterado que van a echarlo todo a rodar aquí los falangistas y los requetés, porque los requetés no tragan lo de Stalin, ni tampoco tragan a Hitler, porque son tan ateos el uno como el otro.

—Que se va a armar la de Dios aquí también.

—Que esto no hay quien lo entienda.

Alguien oyó decir a *Von Papen* discutiendo con *Mister Eden*:

—Puesto a elegir, me quedo con los comunistas, qué leche. Yo creo que somos muy parecidos en muchas cosas. No digo los de aquí, que son unos mierdas, sino los de Rusia. No discuten, coño; obedecen y van a lo suyo por derecho, con mano dura. Lástima que sean ateos. En cambio, a los otros no hay quien los entienda y no hay mayor puta que Inglaterra. Y los de aquí no son más que unos folloneros.

A lo que repuso *Mister Eden*:

—Desengañate, es la lucha de los pobres contra los ricos. ¿Y qué somos nosotros? Pobres, más pobres que las ratas. Pero si no podemos comer siquiera, coño. Entonces, ¿qué hemos estado haciendo hasta ahora? Pues sacarles las castañas del fuego a los marqueses y a los obispos, que maldito si se preocupan de nosotros. Lo que te digo, el indio.

Don Félix llamó al centro a Olivares. Le hizo sentarse, le invitó a fumar y, después de anunciarle que en su próxima guardia tendría una comunicación extraordinaria con su madre y su hermana, le preguntó:

—¿Qué me dice usted ahora, después del pacto germano-soviético?

Olivares se encogió de hombros, sonrió y guardó silencio.

—Vea usted la Prensa —y don Félix le mostró el periódico desplegado sobre la mesa—. Ha suprimido sus insultos contra Stalin y contra Rusia, y ahora sólo arremete contra Inglaterra y contra Francia. ¿Qué le parece?

Don Félix aparecía menos frío y distante que otras veces, aunque tan correcto como siempre. Sin embargo, Olivares prefirió evadirse.

—Una gran jugada política —contestó.

—Sí, una gran jugada política en la que tanto usted como yo somos simples

peones, ¿no?

—Exactamente.

—Ha llegado el momento en que uno ya no sabe cuál es su verdadero aliado ni quién su verdadero enemigo. ¿Quién gana entonces y quién pierde?

Olivares movió la cabeza en actitud dubitativa.

—Quién gana, si verdaderamente gana alguien, no lo sé. Tal vez nadie. Pero si sé quién va a perder si estalla la guerra de la que tanto se habla. Por supuesto, la juventud.

—Como siempre, ¿no?

—Eso es.

Don Félix se quedó pensativo un instante. Luego plegó el periódico lentamente y, como si hablara consigo mismo, murmuró:

—¿Y nosotros?

Olivares se encogió de hombros.

—Por lo que se refiere a mis compañeros y a mí, ya estamos acostumbrados a perder.

—Todavía es posible que nos obliguen a combatir otra vez.

Es posible; sí, es posible —recalcó siguiendo el curso de su pensamiento. Hizo una pausa y adelantando el busto sobre la mesa, le preguntó—: ¿No lo ha pensado? —Y como Olivares negase con la cabeza, añadió—: Pues no es ningún disparate. Dígame: ¿estaría usted dispuesto a batirse por Stalin?

—Eso sí que es un disparate —contestó Olivares rápidamente.

—¿Y por Hitler?

—¡Ni hablar! —y Olivares dio un pequeño salto en la silla.

Don Félix sonrió, pero volvió a preguntarle:

—¿Y por Inglaterra?

—Tampoco.

—Entonces...

—¿Y usted?

Don Félix le miró un momento a los ojos, movió la cabeza y dijo:

—Tampoco —y, tras de sonreír levemente, agregó—: Pues a lo mejor nos obligan, y en ese caso...

—No creo que nos obliguen a nosotros.

—Sí, hombre, sí, en batallones disciplinarios.

—Sería peligroso, ¿no cree?

Don Félix contestó con una sonrisa y, tras de sacudir de un papirotazo un copo de ceniza de su cigarrillo, caído sobre la mesa, se levantó, dando así por terminada la entrevista. Olivares se levantó también.

—Bien. Le voy a dar un consejo —dijo don Félix al estrecharle la mano—, y es

que no hagan ustedes el tonto y armen jaleos. Por el bien de ustedes, no armen jaleos.

Los reclusos presentían que algo decisivo para sus vidas estaba a punto de producirse y vivían pendientes del acontecimiento. ¿Qué podía ser: la guerra internacional? Sí, pero ¿cuáles serían sus consecuencias con respecto a ellos? Unos pensaban que los militarizarían y que, incluso, los movilizarían. Entre éstos, los más optimistas se veían incorporados con el mismo grado que habían ostentado en el ejército de la República. Pero los más sensatos, que formaban la mayoría, temían duras represalias de momento aunque, a la larga, fuera su salvación. No faltaban tampoco los que especulaban con un cambio político interior que los favoreciese, ni los que hasta pronosticaban una inminente «vuelta de la tortilla». Todos, sin excepción, estaban convencidos de que la guerra sería la reanudación de la suya, dando por supuesto que la contienda civil española no había sido más que el prólogo de la que se anunciaba como universal.

Las noticias que continuamente se recibían en la prisión, aun deformadas con arreglo a los propios deseos, no satisfacían ya, sin embargo, la excitada imaginación de los reclusos, que iba mucho más allá y se impacientaba y se desbocaba. Fue entonces cuando empezó la costumbre de preguntarse uno a otro:

—¿Y qué dice radio petate?

Y los bulos inundaron la prisión. Bulos de todas las categorías y dimensiones. Bulos sibilinos, verosímiles, inverosímiles, pueriles, burdos, sensatos, inteligentes, incluso sutiles y fascinantes.

Gaspar y sus correligionarios espiritistas aprovecharon el momento para celebrar una de sus sesiones, que resultó espectacular por el número de curiosos que asistieron a ella, tantos que muchos tuvieron que quedarse arracimados en el pasillo. Olivares, Molina, Casi, don Alberto y Agustín, lo mismo que Zaldúa y Planas, no pudieron negarse a los tercios y vehementes requerimientos de Gaspar y acudieron también.

—Pero si es una mojiganga de locos —alegó don Alberto, resistiéndose a la presión de Olivares.

—Ya lo sé; pero, si nos negamos, se va a enfadar seriamente el pobre Gaspar, que lleva yo no sé cuánto tiempo empeñado en demostrarnos las prodigiosas virtudes de ese médium de no sé dónde. Además, ¿qué perdemos yendo? Nada y, a lo mejor, nos divertimos.

Tuvo lugar, después de la cena, en la última sala del último piso. Se había dejado un hueco en una de las esquinas. Allí, sentado sobre una colchoneta, se hallaba un hombre desnudo de cintura para arriba. Este hombre, de más de cincuenta años de edad, era tan flaco que sus huesos apuntaban bajo su piel amarillenta como si fuesen a agujerearla, y tenía una cabeza completamente calva y unos ojos saltones de mirada acuosa y soñolienta. Su estómago se hundía entre los costillares. En su rostro sobresalían los labios abultados, los pómulos muy prominentes y las grandes orejas

por cuyos orificios asomaban guedejas de vellos encanecidos. Sus correligionarios habían formado una barrera ante él para contrarrestar la presión de la masa e impedir que ésta lo aplastase.

—Oye, si parece un faquir —comentó Agustín en voz baja.

—Debe de ser el médium, hombre —le dijo Olivares.

Ambos amigos, junto con Molina, Casi y don Alberto habían logrado situarse en la pared, cerca del hombre esquelético, y veíanse obligados a hacer fuerte hincapié contra el empuje sordo y constante de los demás asistentes.

Pronto, pese a que casi todos estaban tan desnudos como el médium, el calor se hizo húmedo y pegajoso, y antes de que comenzara la sesión los hombres sudaban como si estuviesen sumergidos en un baño de vapor. Como se trataba sobre todo de ver y oír, cada cual se estiraba cuanto podía, aunque tuviese que apoyarse en sus vecinos más próximos, y ello promovía codazos o protestas subrayadas con tacos e insultos. Por un momento, la reunión estuvo a punto de degenerar en airadas disputas, pero entonces una voz enérgica reclamó imperativamente silencio mientras que alguien reducía a una sola las luces eléctricas de la sala.

La escena quedó así en penumbra y súbitamente cesaron hasta los más leves y apagados rumores. En el silencio que siguió solo se percibía el gran jadeo arrítmico de la compacta y comprimida concurrencia. Tras una pausa, se oyó decir a la misma voz:

—Concéntrate, hermano, concéntrate.

El médium cerró los ojos y se tendió dócilmente sobre la colchoneta. Y la voz siguió repitiendo las mismas palabras en un tono cada vez más persuasivo y acariciador:

—Concéntrate, hermano, concéntrate.

Así hasta que fue ya una sola la palabra:

—Concéntrate..., concéntrate..., concéntrate...

Olivares miró al hombre que las pronunciaba. Tenía todo el aspecto de un campesino: robusto, rechoncho, rostro cuadrado, manos recias... Cabello y vello canosos; aquél, cortado a rape; éste, muy abundante en brazos, tórax y vientre. Estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Al hablar descubría su fuerte dentadura y escondía los ojos en la sombra de sus cejas enmarañadas junto a él, y también sentado en el suelo, se encontraba Gaspar, con los ojos cerrados y las manos en las orejas.

El médium se quedó rígido y el hombre aquel murmuró:

—Ya está en trance.

Hubo una pausa y, de pronto, el médium empezó a agitarse, como si le acometiera un temblor de calentura. Seguidamente, la agitación se hizo más violenta. Movía la cabeza a un lado y a otro, arqueaba la espalda y gemía por entre los labios

fuertemente contraídos. Y al efectuar esos movimientos, sus huesos crujían y chascaban, como si se quebrasen.

—Habla, hermano Nicolás —le ordenó suavemente, casi dulcemente, su inductor.

Pero el hermano Nicolás lo que hizo fue dar saltitos y reírse como si le hiciesen cosquillas. Aquella actitud provocó la cólera del otro, quien adelantando el busto hacia el médium le ordenó tajantemente:

—¡Fuera, espíritu burlón! ¡Deja en paz al hermano Nicolás! —Pero como siguiera riéndose, levantó los puños en el aire y conminó al invisible adversario—: ¡Fuera he dicho!

Don Alberto, aplastado entre Olivares y Casi, más altos y corpulentos que él, gimió, boqueando como un pez fuera del agua:

—Me desintegro, amigos. Como no entre un poco más de aire, yo me asfixio.

En efecto, se notaba la falta de oxígeno, pero eran los olores fisiológicos que saturaban el aire, junto con el calor húmedo que despedían los cuerpos, lo que producía en don Alberto y en los demás una angustiosa sensación de asfixia. Los hombres respiraban por la boca, fatigosamente, y por los rostros, los torsos y las espaldas corría el sudor. Casi y Olivares procuraron, no obstante, aliviar la situación de don Alberto separándose un poco de él para que dispusiera de más espacio y sus pulmones no estuviesen tan oprimidos. Entre tanto, el hermano Nicolás había dejado de reír y aparecía relajado.

—Habla, hermano, habla.

Pasados unos instantes de quietud, volvió de nuevo a agitarse. Su respiración se hizo más fuerte y ruidosa y, tras una sacudida, sus labios empezaron a moverse. Se puso rígido y sus manos se crisparon sobre la colchoneta.

—Habla, hermano. ¿Qué tienes que decirnos?

Y se oyó su primera palabra:

—Hermanos...

—¿Quién eres?

—No te importa.

—¿Estás en la luz?

—Sí.

—Pues habla, por favor. Te escuchamos.

Siguió un compás de silencio en que los hombres ahogaron hasta la respiración. Olivares cruzó una mirada con Casi y Molina y los tres pudieron observar la estupefacción en los rostros, sorprendidos por una misma corriente paralizadora. Ni pestañeaban siquiera y a la sucia luz que la empolvada bombilla proyectaba sobre ellos, formaban un único rostro gigantesco, petrificado por el estupor. Ni siquiera Agustín y don Alberto se habían librado de la sugestión colectiva y miraban, fascinados, al médium en trance.

Antes de que pudiera producirse una reacción entre los asistentes, balbució el hermano Nicolás:

—Veo...

—¿Qué ves? —preguntó rápidamente el hombre con apariencia de campesino.

—Veo... Veo sangre... Mucha sangre... Un río de sangre... —Su voz subía de tono, palabra a palabra, y se hacía, progresivamente, más dolorida y dramática. Prosiguió entre pausas—: El río de sangre pasa por campos y bosques, y también por ciudades... Hay hombres desnudos que se bañan en él y salen chorreando sangre... —También sus estremecimientos eran cada vez más fuertes—. Otros hombres ríen... Ríen... Veo sus dientes... Ríen y corren tras las mujeres... Las mujeres huyen, espantadas... Pero los hombres las alcanzan... Las cogen... Ellas gritan... —Gritaba ya también el médium. Se retorció las manos. Ballesteaba sobre la colchoneta y gemía. Pero hizo una pausa, respiró hondamente y empezó de nuevo, bajando el tono de su voz—: Hay otros hombres que beben y ríen... Y mujeres que beben y ríen con ellos... Suena la música... Es una música suave... Es de noche... Veo niños que duermen... Y calles solitarias y oscuras... Y oigo sirenas... Sirenas que aúllan... ¡Los niños se despiertan! ¡Corren hombres y mujeres por toda la ciudad! ¡Y los niños lloran!... Oigo cañonazos... Cañonazos, cañonazos, cañonazos... —El médium saltaba sobre la colchoneta. Al hincharse su pecho para respirar, quedaban al descubierto sus costillas, tirantes, descarnadas, como las de un esqueleto. Y gritaba —: Oigo explosiones... Es un río de fuego... Parece de día... Un día rojo. Las casas se derrumban... ¡Dios mío, los niños!... Caen entre los escombros... Cabecitas, piernecitas... Y llega el fuego... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El hermano Nicolás dio un postrer brinco y cayó exhausto sobre su yacija. Su voz, que había sonado en sus últimas palabras como un estertor, con fallos ininteligibles, se quebró definitivamente y comenzó a sollozar, al principio con ahogos, hipos y convulsiones, y luego, a medida que se iba relajando, con un llanto más apacible y fluido, con un chorro de lágrimas silenciosas.

Sin embargo, la gente permaneció allí hasta que el compañero del médium se levantó y se volvió para decir a los concurrentes:

—Compañeros, Nicolás va a despertarse de un momento a otro. Ha sufrido mucho y es conveniente que despejéis la sala para que pueda descansar.

Fue como la súbita interrupción de un turbio sueño, como si se encendiese bruscamente la luz en medio de una proyección cinematográfica. Los hombres se miraron unos a otros, sorprendidos, atónitos. Y fue un gran respiro después. Los espectadores sintieron de pronto el calor, la asfixia y el cansancio, y la necesidad de moverse, de respirar aire más puro, de volver a ser ellos mismos. Y también una enorme decepción. Otra vez la cárcel, la inseguridad, el temor. Y obedecieron perezosamente al principio y con prisa después. Y corrieron en grupos, a la

desbandada. Y nadie se rió.

Agustín dijo:

—Yo había oído a mi padre hablar de estas cosas. Molina comentó:

—Desde luego es un fenómeno impresionante. El médium decía lo que pensábamos todos.

—Sugestión colectiva —diagnosticó Olivares.

—Y la guerra. La guerra que todos deseamos y tenemos —opinó finalmente Casi. Entonces sonó el toque de silencio.

Días después, no habían hecho más que comenzar la faena del despioje, poco antes del segundo recuento mañanero, cuando una voz gritó en la sala:

—¡Silencio, compañeros!

Los reclusos, con los pantalones caídos a los pies, prosiguieron la cacería por entre las costuras y los pliegues de los calzoncillos, fumando o charlando entre sí, porque no era aquélla la voz de Diéguez ni de ninguno de los guardianes, hasta que volvió a oírse con más rabia:

—¡Queréis callaros, coño!

Ante esa insistencia, los hombres trataron de descubrir al autor de los gritos. Estaba en medio de la estancia. Se había subido los pantalones con una mano mientras que con la otra, colocada junto a la oreja, pretendía, al parecer, escuchar alguna voz lejana. Lo tomaron a chacota y le zahirieron con pullas:

—Míralo, pues no se ha puesto cachondo el tío por la mañana...

—¿Ya te ha dado el telele, tú?

—Anda, mata piojos y déjate de coñas.

—A que le ha dado por lo del espíritu...

Pero el aludido no hizo caso y fue andando en la misma postura hasta muy cerca de los ventanales.

—A ver si te suelta un tiro el chorchi, chalado —le advirtieron.

Él, sin embargo, no se dejó impresionar y, de pronto, se volvió a sus compañeros, muy excitado:

—¿No oís?

—Ni torta.

—Ahí va. A que ve visiones...

—El hambre le ha vuelto loco.

—¡Amarradlo, que se escapa!

Pero sus insistentes gestos invitando a los demás a que se le uniesen hizo que otros se le acercasen, un poco intrigados, y que alguno le preguntara en serio:

—¿Qué pasa, hombre, qué pasa?

Y la sala se quedó en silencio. El que había dado la alerta, repitió:

—Pero ¿no oís?

Los que estaban a su lado daban muestras de escuchar con mucha atención, y él se volvió al cabo de unos segundos para anunciar a gritos, presa ya de una incontenible exaltación:

—¡Que los alemanes han invadido Polonia! Se oye vocearlo a los vendedores de periódicos. ¡Por mi madre, compañeros!

La noticia y la patética forma de anunciarla pusieron en pie hasta a los más escépticos, como a toque de corneta, e impulsaron a todos a correr hacia allí, a saltos, trompicando y dando traspiés porque la emoción les había hecho olvidarse de subirse los pantalones. Pasada la primera confusión y tras algunos siseos reclamando silencio, se quedaron a la escucha, inmóviles y mudos, como traspuestos.

No se oía más que los ruidos acostumbrados: el timbre de algún tranvía, musiquilla de los receptores de radio vecinos, el rumor de los trajines en la cocina de la prisión, voces desperdigadas... Recostados contra las paredes de las garitas, los centinelas devanaban el aburrimiento pensando tal vez en sus novias lejanas, en las fiestas del pueblo o en su vuelta al hogar con la licencia en el bolsillo. El sol lamía los viejos tejados, y, sobre ellos la luz era un fulgor dorado que ascendía hasta un cielo vagamente azul. Nada especial perturbaba la rutina de aquella mañana de septiembre y todo hacía presumir que seguiría un día caluroso y monótono, exactamente igual a los anteriores. Ya estarían las mujeres formando cola en la calle para comunicar. Comenzarían pronto a llegar los paquetes con comida y ropa limpia. Se repartiría luego el correo. Se discutirían las noticias procedentes del exterior hasta la hora del rancho, y el rancho consistiría, como siempre, en pocas lentejas y muchos palitroques... Un día más, en fin, vacío, en blanco, lleno de interrogantes y de temores, que se iría de puntillas, subrepticamente, como un ladrón, al llegar las primeras sombras de la noche... Un día sin fecha en el calendario.

Pero de repente, aquellos hombres sintieron un hondo escalofrío, y luego una violenta sacudida nerviosa, la descarga de una emoción casi insoportable. Y era porque acababa de oírse claramente el grito del vendedor de periódicos:

—¡Últimas noticias, con la invasión de Polonia por los alemanes!

No pudieron ya contenerse y estalló el júbilo. La ansiedad, el miedo, la desesperanza, la decepción aniquiladora, el deseo de vivir y el dolor inenarrable, sentidos, sufridos y reprimidos durante tantas, tantísimas horas, se fundieron en un solo acorde triunfal, que en realidad era un grito instintivo de liberación.

—¡Ya está liada, ya está liada!

—¡Es la guerra, compañeros! ¡La guerra!

—¡La guerra!

—¡La guerra!

Se abrazaron y algunos formaron parejas y comenzaron a bailar con los pantalones a rastras, olvidados los rencores de partidos, las rencillas y las antipatías

personales. Zaldúa abrazó a Olivares y Casi cruzó un abrazo con Planas. Agustín había cogido de un brazo a Cejador y le hacía correr en círculo del modo que los pieles rojas danzan en torno al fuego. Don Alberto y Molina contemplaban el jolgorio de sus compañeros con los ojos humedecidos. Entre tanto, llegaban mensajeros de otras salas, que repetían la buena nueva desde la puerta y desaparecían rápidamente para seguir corriendo la noticia por toda la prisión.

Surgieron las carcajadas, las bromas y los chistes. Algunos se asomaron a los ventanales para saludar a los centinelas agitando los brazos y gritándoles:

—¡Salud! ¡Salud!

Pero los centinelas, alarmados al observar en los departamentos de los reclusos un movimiento y una algazara insólitos, se echaron los fusiles al hombro por toda respuesta, y ante tan elocuente conminación, los optimistas confraternizadores se retiraron más que aprisa de los ventanales, empujándose unos a otros y rodando todos finalmente por el suelo.

—¡Cuidado!

—¡Cuerpo a tierra!

—¡Joder, con los hijos del pueblo!

—Esos le pegan un tiro al lucero del alba.

—Y, a lo mejor, les vale un permiso.

—Coño, eso ya ha pasado alguna vez.

El susto sirvió para apagar los ardores nerviosos provocados por la invasión de Polonia, y restablecer la calma. Desahogada la presión interior, se imponían ya el análisis y el regusto de la noticia, sacarle todo su jugo y tratar de prever sus inmediatos resultados. Así, pues, se formaron los corros de siempre y, en ellos, las voces más autorizadas comenzaron a explicar la lección extraordinaria de aquel día.

—Sí, ya no hay duda. La guerra es un hecho —comentó Molina.

—Y ya está la suerte de todos otra vez en el bombo —dijo Agustín.

—¿Qué van a hacer ahora, los ingleses? —fue la pregunta de Casi, que él mismo se respondió—: Yo creo que ahora no pueden echarse atrás.

—Desde luego que no —añadió Olivares—, porque los ingleses sabían que, tarde o temprano, esto tenía que llegar. Pues ya ha llegado.

—¿Y Rusia? —preguntó Cejador.

—Por de pronto los ha enzarzado —respondió Casi—. Esperará a ver qué pasa y luego... Pero no olvidemos a los Estados Unidos y al Japón... La cosa se va a complicar más de la cuenta, me parece a mí.

Molina, moviendo la cabeza con pesar, se lamentó:

—Y pensar que van a morir millones de hombres, mujeres y niños... Es espantoso.

—Sí, y nos alegrarnos de que estalle la guerra, ya ves... ¡Eso sí que es espantoso!

—Pero no van a morir por nosotros, Federico, ni por culpa nuestra —le replicó Agustín—. Lo que pasa es que, de rechazo, nosotros, que estábamos perdidos podemos ganar.

—Y ganaremos, porque la victoria será de las democracias que, digan lo que quieran los fascistas y los comunistas, son todavía los países más ricos y más fuertes —y Cejador golpeaba el aire con el puño.

—Pues eso es lo más importante, cueste lo que cueste. Para nosotros es la única salvación posible, ¿no es eso? Pues entonces... Que den ellos el pecho ahora como lo dimos nosotros, qué leche —dijo Agustín.

A don Alberto, callado hasta entonces, se le ocurrió decir:

—Que se han olvidado ustedes de Mussolini...

—¿Mussolini? —y Agustín se echó a reír—. ¡Valiente mamarracho! Si Mussolini no vale más que para organizar desfiles... Ya se vio en Guadalajara.

Pero Molina planteó un problema que enfrió un poco el entusiasmo de sus compañeros.

—Bien. ¿Y España, qué va a hacer España? Tendrá que entrar también en el fregado, ¿no? Pues en ese caso nosotros correremos un gran peligro, no lo olvidéis.

En el corro de los comunistas decía Serafín:

—¿Veis cómo el partido tenía razón? Hitler ya se ha lanzado. Ahora les toca lanzarse a las democracias. Quiere ello decir que el capitalismo ha empezado a devorarse a sí mismo, como habían pronosticado Marx y Lenin. Estamos, pues, en vísperas del triunfo de la URSS, del triunfo de la revolución, de nuestro triunfo. Tenemos que estar preparados para cuando llegue la hora. Hay que redoblar nuestro trabajo político, movilizar las células... Y tenemos, sobre todo, que atraernos a los socialistas y a los republicanos, y vigilar a los anarcosindicalistas... Los anarcosindicalistas son nuestros peores enemigos en el campo revolucionario, pero no conviene ahora combatirlos de frente. Es mejor vigilarlos, comprometerlos y, si es preciso, aliarse con ellos para tenerlos cerca. Algún día ajustaremos las cuentas, ya lo veréis, y entonces les pasará lo que le pasó a Makno y a su pandilla en Ucrania. Eran unos contrarrevolucionarios...

La aparición de Toledano hizo que la pregunta de Molina quedase en el aire, sin respuesta, porque la atención de todos fue atraída por el ordenanza.

—¿Qué? —le preguntó inmediatamente Cejador—. ¿Algo nuevo?

—¿Traes más noticias?

—¿Qué se dice fuera?

—Sois la caraba, ¿eh? No le dejáis a uno ni respirar —y Toledano les hizo señas con la mano para que se calmasen.

Luego dijo: He leído la noticia en el periódico. Dice poco porque es un telegrama de última hora. Dice que los alemanes han atravesado la frontera de Polonia esta

madrugada y que avanzan hacia el interior. Nada más. Pero trae otra cosa buena y son las declaraciones de Chamberlain, quien ha dicho que si los alemanes atacan a su aliada Polonia, Inglaterra y Francia cumplirán sus compromisos e irán a la guerra por ella.

—¡Huevos, está claro! —le interrumpió Agustín.

—Desde luego —siguió diciendo Toledano—. Los funcionarios están con el morro alzado, más serios y alicaídos que Dios. Piensan que ya está liada y no les hace gracia tener que volver a las trincheras.

—Con lo bien que estaban ahora, hombre... Mira que es mala suerte —bromeó Agustín.

Luego, Toledano, dirigiendo sucesivamente su mirada a Agustín, Molina y Olivares, añadió:

—Y ahora viene... Bueno. Que mañana por la noche vosotros tres y cincuenta más saldréis para el penal de Ocaña a extinguir condena.

—¡Coño! —se le escapó a Agustín.

—¿A Ocaña? Ése es un penal con todas las de la ley, ¿no? —preguntó Molina.

—Bueno ¿y qué más da ya? No vamos a estar allí los treinta años, ni mucho menos... ¡Ni treinta meses! —comentó alegremente Agustín—. Y así cambiamos de aires y conocemos más gente. Ahora, lo que tienes que hacer, Toledano, es avisar a las familias para que podamos despedirnos de ellas.

—Hombre, claro. Ya he pensado en ello. Las veréis en la estación.

—En tren y todo. ¡Cojonudo, che!

Entre tanto, Olivares había observado que Zaldúa se dirigía hacia ellos y le salió al paso.

—¿Qué, algo más? —le preguntó Zaldúa.

—No, lo que ya sabemos. Bueno, hay algo más: que nos mandan a unos cuantos a Ocaña a extinguir condena.

—¿A Ocaña? ¡Rediez! Ése es un penal de verdad.

—Sí, con mazmorras y todo, según creo.

—Bah, pero será por poco tiempo.

—Ojalá.

—No te preocupes por eso. A lo mejor nos vemos allí —y al tiempo de alargarle la mano, añadió—: ¡Suerte, camarada!

Agustín declamaba con énfasis cómico ante sus amigos:

—Las celdas rezuman agua. No tienen más luz que la poca que entra por un estrecho ventanillo situado junto al techo. Golpeas los muros y no te oye nadie. Gritas y no te oye nadie. Estás en una tumba, compañero. Hace frío, mucho frío. Tiritas. Y de cuando en cuando oyes retumbar por aquellos túneles de piedra una voz tremebunda que te recuerda constantemente: ¡Treinta años! ¡Treinta años! ¡Treinta

años! ¡Infeliz! ¡Infeliz! ¡Infeliz!

Hubo risas y alguien gritó:

—¡Eso es del *Conde de Montecristo*, tú!

XIII

Así fue aquella jornada,
compañero.

(Amontonados en camiones abiertos, los expedicionarios con destino a Ocaña atravesamos la noche de la ciudad. Los compañeros, al despedirse de nosotros, no podían ocultar sus temores. Casi lloraba al abrazarme. ¡Qué gran tipo es Casi! Siempre lúcido, sereno, comprensivo, generoso. Siempre con una palabra de aliento y una sonrisa en los momentos difíciles. Un hombre que no ambiciona nada para él, que no se queja nunca, incapaz, yo creo, de odiar ni de guardar rencor. Presiente, sin duda, que la muerte anda rondándole. Y yo también. Le acusan de haber tomado parte en el asalto al cuartel de la Montaña, y eso se paga con la vida. Tú eres joven, Olivares, y verás el final de todo esto. No pude replicarle... El pobre don Alberto tuvo que morder fuertemente la pipa para disimular el temblor que le hacía tartamudear. Cejador apenas dijo nada, y Zaldúa y Planas sólo ¡suerte! ¡suerte!, muy conmovidos. Molina salió limpiándose las lágrimas. Agustín, aparentemente despreocupado, estaba muy pálido, como cuando siente hambre, y eso es señal en él de desfallecimiento físico, de angustia y de malestar. Suele decir en esos casos: estoy hecho polvo, compañero. Yo también estaba hecho polvo, pero creo que me dominé y supe fingir una entereza de ánimo que no era más que una máscara. Nuestros amigos temían seguramente que nuestro destino no fuese Ocaña. Sino algún otro lugar mucho más siniestro. Pero no. Está claro que es el penal de Ocaña. Lo dijo el Pelines, que nos pasó lista y nos contó antes de entregarnos a la guardia civil; nos lo repitió Toledano y nos lo confirmó el rumbo que seguimos al llegar a Cibeles. Hasta ese momento también temimos nosotros lo peor, aunque no nos dijésemos nada. Así, en silencio todos, hemos recorrido parte de la Gran Vía y de la calle de Alcalá. Calles por las que algún día, no recuerdo ya cuándo, paseé incontables veces. Yo era entonces joven y rico. ¡Qué riqueza la mía! Ya lo creo, porque ¿existe mayor riqueza que la esperanza? Yo lo esperaba todo entonces. Era como estar en una gran estación por la que en cualquier momento puede pasar el tren que nos lleve allí donde nos aguarda la plenitud. La plenitud que se presiente y que, sin embargo, se ignora, pero en la que todo es posible. En cambio, ahora... No es que no espere, sino que sé demasiado lo que espero, y es tan pequeño, tan mezquino... ¡Sobrevivir! Sólo eso. Ah, pero qué tristes y desoladas están ahora estas calles, todavía convalecientes de la guerra. Hay poca luz. Parece que los tranvías se van a desencuadernar de puro viejos y gastados. Los pocos automóviles que circulan no son más que chatarra. Y la noche huele a vejez, a decrepitud. Huele a asfalto recalentado, a portales

sombríos y sucios, a cloacas rezumantes, a humanidad desaseada, a recinto cerrado, a zapatos sudados... En su conjunto, un olor turbio, manso, cansino. Antes, cuando yo era joven, los olores nocturnos de Madrid eran un sahumero excitante que hacía levantar el vuelo a la imaginación. Al recorrer sus calles y entrever habitaciones íntimas, sorprender escenas de farol y esquina, tropezarse con muchachas alegres o con mujeres misteriosas, percibir cuchicheos en los portales, oír los gritos de los vendedores ambulantes, pasar frente a cafés y tabernas, detenerse un momento ante el ofertorio deslumbrante de los escaparates, uno se sentía inmerso en una onda de sensualidad. Era como bañarse en vida. La noche de la ciudad olía a mujer. Había sonado en todos los relojes la hora de la cita con ella, y, aunque a veces no supiéramos con cuál, presentíamos que estaba allí, que podía estar allí... Pero es mejor no pensar en aquellas noches. Murieron a tiros. Sí, murieron asesinadas. Ahora, los transeúntes van mal vestidos. Nos miran al pasar y ya no hay ni odio ni simpatía en sus miradas, sino más bien cansancio, indiferencia, desilusión. ¿Qué les pasa? ¿No han derrotado a los rojos y los han raído como a una mala hierba? Nosotros, pobres de nosotros, ya no somos nada. Nadie nos defiende. Ni una sola voz se ha levantado a nuestro favor. Estamos solos, marginados, enmudecidos, borrados de la lista, casi muertos y ni siquiera podemos quejarnos. Entonces, ¿por qué andan como si arrastrasen una pena incurable? ¿Será verdad que la victoria es como un delirio alcohólico que deja mal gusto de boca, tristeza orgánica y remordimientos de conciencia? Mis compañeros comienzan a hablar. Uno dice:

—Volveremos muy pronto, no os apuréis.

—Y volveremos cantando, con banderas y música —añade otro.

Molina me pregunta:

—¿En qué piensas, Federico?

—En lo que nos dejamos atrás. ¿Y tú?

—En lo que nos espera.

—¿Qué temes?

—La incertidumbre.

—Hombre...

Sí. La cosa no está clara. Podemos ser las primeras víctimas de la nueva guerra.

—Pero esa guerra es nuestra única salida.

—Ya lo sé.

—Y nada podemos hacer. Sólo esperar.

—Total, que vamos embarcados con rumbo desconocido.

—Exactamente, Molina. Sin saber adónde vamos.

—Si siquiera...

—¿Qué?

—Fuera uno capaz de odiar.

—Es verdad. Sería una ayuda.

—¿Tú no odias?

—No puedo. Y no creas que no lo he intentado... Pero he llegado a la conclusión de que todo esto es el producto de un gran fracaso, del fracaso de dos mil años de civilización. La filosofía, la religión, el derecho y, en fin, la cultura y todo eso, han resultado ser pura filfa. Nada. Mentira. ¿A quién culpar entonces? ¿A quién odiar? ¿A Fulanito, a Menganito y a Zutanito? ¿Al que te ha maltratado? ¿A estos guardias que nos conducen y que nos pegarían un tiro si tratáramos de huir? Sería ridículo. Ni aquéllos ni éstos ni ninguno hubieran hecho nunca lo que han hecho ni harían lo que hacen si antes no hubiera fallado algo debajo de sus pies.

—Pues eso mismo pienso yo y tampoco puedo odiar. Y lo lamento).

Rodeados por los guardias civiles, los expedicionarios, con sus petates al hombro, penetraron en la estación de Atocha, destartalada, alumbrada por algunas luces pajizas, con un aire recalentado que olía a tufo de carbón. En el primer andén se encuentra estacionado un tren de vagones normales con la máquina encendida, despidiendo una asfixiante humareda por la chimenea y chorros de vapor por los costados. Junto a uno de sus vagones, cuyos accesos vigilan sendas parejas de la guardia civil, espera el grupo de los familiares de los presos, mujeres en su mayoría, cargados de paquetes, formando un islote en medio de la masa movediza de los demás viajeros que corrían de un lado para otro, llevando a rastras sus viejas maletas, en busca de un hueco en algún vagón.

Instantáneamente, familiares y presos se fundieron en un solo grupo palpitante que los guardias encerraron en un círculo de tricornios y fusiles. En el primer momento del efusivo y arrebatado encontronazo, no se oyeron más que sollozos y suspiros. Las mujeres besaban con una insaciable voracidad y los besos se mojaban en lágrimas. Los abrazos parecían espasmódicos choques de unos cuerpos con otros. Con los ojos cerrados y las manos crispadas sobre los hombros o el cuello de la persona amada, aquellos seres se asían entre sí desesperadamente, convulsivamente, como si temieran que fuesen a morir al separarse. Los guardias, impenetrables, observaban la escena en silencio.

Poco a poco fueron surgiendo las exclamaciones y las palabras, y pronto el grupo quedó envuelto en el zumbido de una catarata de voces y de risas nerviosas. Los presos trataban de animar a sus parientes y éstos de animar a los presos.

—Ya es cosa de cuatro días.

—Volveremos pronto, ya lo verás.

—Ahora nos saluda la portera.

—¿No sabes? Tu jefe me preguntó el otro día por ti.

—A que no aciertas a quién vi ayer... Pues a Paco. ¡Paco, hombre, tu denunciante! Le han hecho encargado del taller donde trabajabais los dos antes de la guerra. Pues me ofreció un paquete de tabaco para ti el muy canalla. Y, claro, le mandé a la mierda.

—Se ve que hay canguelo.

—Digo, canguelo... Si hay ya quien daría algo por no haberse puesto nunca la camisa azul...

Allí estaba Rosario, que escuchaba, absorta, a Molina:

—Lo de la portería me parece bien por el momento. Es una buena ayuda económica y, al fin y al cabo, ahora tienes casa propia. Ya sabes que, con la nueva guerra, esto se va a ventilar rápidamente. Cuando yo salga, ya veremos...

La madre de Agustín decía:

—Ya he vendido casi todo lo que teníamos en la tienda... Olivares sintió temblar a su madre entre sus brazos. Luego fue Alfonsina quien se apretó contra él y le dijo al oído:

—Fernando no se ha atrevido a presentarse en la estación. Pero Ocaña está cerca e iremos un día a visitarte allí los dos juntos. Ahora ya no sabe cuándo le licenciarán.

Gritaba Agustín:

—Compañeros, no hay que ser dogmático ni sinalagmático ni gramático. Hay que ser simpático y diplomático.

El sargento que mandaba la escolta, irrumpió en el grupo para advertir, dando palmadas:

—Despídanse, por favor, despídanse. Vamos, vamos... Ya no queda tiempo para más.

Por su parte, los guardias comenzaron también a decir a los expedicionarios:

—Cojan sus cosas y dense prisa. El tren no espera...

Siguieron los últimos abrazos, angustiosos, interminables. Los presos tenían que desprenderse bruscamente de las manos que los agarraban. Entonces sonaron gritos de despedida, gritos histéricos que los hombres trataban de acallar. Después, la entrega de los paquetes y la recogida de los petates originó una gran confusión porque los expedicionarios apenas podían moverse. Los guardias apremiaban:

—Vamos, vamos. ¡De prisa!

Se tropezaban unos con otros. Alguno resbaló en la escalerilla del vagón y hubo quien la subió en vilo, empujado por los de atrás. Entraron a trompicones. Arrojaron la carga en cualquier sitio y luego corrieron a las ventanillas, y allí, de pie o encaramados sobre los asientos, apoyándose unos en otros, cada cual pretendía por

medio de gestos y señas, continuar con los suyos la interrumpida conversación. Gritos. Voces. Llamadas. Postreras recomendaciones. Levantaron entre todos una algarabía que les impedía entenderse. Que escribas... los niños... pronto... tabaco... esa ropa... a verte tu madre... la semana... el dinero... cuídate... que me mandes... no llores... dile se me olvidaba... en el paquete Juan... pues pídeselo tú... he puesto... ¡Maruja! algo de... ¡Pedrín! te lo mandaré a decir... un poco de tortilla mejor que las mantas... Olivares, Molina y Agustín hacían señas con las manos a sus mujeres y ellas les enviaban besos por el aire.

Un tirón de la máquina hizo entrechocar los vagones. Sonó después un pitido tan penetrante que dejó sordos momentáneamente a cuantos se encontraban en la estación, y el tren se puso en movimiento. Entonces flamearon los pañuelos y algunos familiares de los presos trataron de seguirle sorteando torpemente a quienes se interponían en su camino, primero a grandes zancadas y, por último, en franca carrera, hasta que la fatiga les hizo desistir.

En el vagón, al perderse de vista el andén, los presos se dedicaron alborotadamente a acomodarse en él. Sacaron los petates a las plataformas y colocaron los paquetes en los estantes para los equipajes, en medio de una zarabanda de idas y venidas, de tacos y exclamaciones, de bromas y chistes, que los guardias contemplaban en actitud neutral desde los puntos estratégicos que habían elegido para montar la centinela. Al fin, todo quedó en su sitio y cada cual ocupó el lugar que le correspondía en los duros bancos de madera, y siguió un gran respiro. Pero no duró mucho tiempo la tranquilidad. Alguien, cuando aún guiñaban al tren las últimas luces de los suburbios, empezó a cantar:

Asturias, tierra queridaá

—No, no —interrumpieron desde muchas partes—. Eso está muy oído. Algo mejor.

—¿La Pepa? —gritó una voz.

—Sí.

—¡Eso: la Pepa!

—Vale.

Y, a poco, crujieron las juntas del vagón con el estrépito del himno de la Pepa, coreado a voz en grito por todos:

*Es la Pepa una gachí
que está de moda en Madrid
y que tié predilección por los rojillos.*

¡Pepa!

El tren se hundía en la noche, una noche oscura y caliente, sin límites, como un negro mar sin riberas. Olía a paja y a tierra quemada por el sol. Alguna luz solitaria latía un instante y luego se apagaba y mientras los hombres cantaban, la grave voz de las ruedas de hierro llevaba el contrapunto, repitiendo monótonamente:

¡Treinta – años!

¡Treinta – años!

¡Treinta – años!

*«Los Ángeles». Águilas.
Verano de 1969*



ÁNGEL MARÍA DE LERA (Baidés, Guadalajara; 7 de mayo de 1912 - Madrid; 23 de julio de 1984) fue un novelista español.

Su padre era médico y así su infancia pasó por varias localidades de Castilla y La Rioja. Ingresó en el seminario de Vitoria, donde estudió Humanidades hasta que en 1930 sufrió una crisis de fe y lo abandonó. Se trasladó a Andalucía estudiando cuatro años de Derecho en la Universidad de Granada.

Estuvo en el Ejército Republicano donde llegó a ser comandante. Vivió los acontecimientos de la rebelión de Casado en Madrid y evoca parte de sus experiencias en la novela *Las últimas banderas*, galardonada con el Premio Planeta en 1967.

Estuvo preso de 1939 a 1947. Tras salir de la cárcel hubo de aceptar los más humildes oficios: peón de albañil, barrendero, agente de seguros hasta que fue contable de una pequeña fábrica de licores de Madrid. Poco a poco empezó a hacer colaboraciones de prensa hasta que publica su primera novela titulada *Los olvidados* que fue publicada en 1957. Tras ellos puede dedicarse profesionalmente a escribir. Su novela *La boda* fue llevada al cine en 1964 con la dirección de Lucas Demare. Entre los periódicos en que colaboró destaca el diario ABC.

Su obra se enmarca en el realismo de la posguerra, con un fuerte contenido social, escribiendo una veintena de novelas. Como fundador y presidente de la Asociación Colegial de Escritores se implicó en la defensa de los intereses de estos.

En 1973 fue el ganador del V Premio Ateneo de Sevilla por *Se vende un hombre*.

Con *Los que perdimos* toma a los personajes de *Las últimas banderas* en el momento y lugar mismos donde los dejara, conformando la tetralogía *Los años de la ira* con las novelas: *La noche sin riberas* (1976) y *Oscuro amanecer* (1977)

Se casó en 1950 y tuvo dos hijos.

Notas

[1] Centro de Reclutamiento e Instrucción Militar. <<